

Madame Putifar

PÉTRUS BOREL

(EL LICÁNTROPO)

Después de publicar Madame Putifar, Petrus Borel, el Licántropo (1809-1859) se hundió en el ostracismo al que le condenó la crítica del Segundo Imperio, poniendo una mordaza a su obra. Fueron los surrealistas los que desempolvaron a este «coloso» del romanticismo: André Breton, Paul Éluard y Louis Aragon, por ejemplo, hablaron de su aliento revolucionario, de su romanticismo frenético, de su parentesco con el marqués de Sade, de cuya vida y desventuras carcelarias se supuso que esta novela era una especie de guía. Pero «Madame Putifar», la novela negra por excelencia de la literatura francesa, describía las desdichas e infortunios de otro personaje prácticamente desconocido, al tiempo que abría una ventana a situaciones históricas del Antiguo Régimen: la existencia del Parc-aux-Cerfs, especie de harén de Luis XVI, las cartas selladas que condenaron de por vida a muchos a la mazmorra perpetua sin otra justicia que el deseo del rey y de su entorno, ni más crimen cometido por el reo que el de desagradar al poder por mil motivos arbitrarios.

Paul Éluard situaba «admirablemente entre el marqués de Sade y el conde de Lautréamont» a este escritor perseguido por el infortunio, cuya obra posee, según el poeta surrealista, «el mismo carácter de absoluto y de audacia que la suya».

Borel encarna la sombra maléfica de un romanticismo no domesticado, una puerta por la que irrumpen la pasión, un desorbitado deseo de venganza, el delirio y la locura: además, «Madame Putifar», traducida ahora por primera vez al castellano, traza el mapa donde los crímenes de la monarquía van señalando las etapas de la llegada de la Revolución Francesa.



Pétrus Borel

Madame Putifar

Valdemar: Gótica - 40

ePub r1.0
orhi 06.08.2017

Título original: *Madame Putiphar*
Pétrus Borel, 1839
Traducción: Mauro Armiño
Ilustración de cubierta: Fernand Khnopff: *De l’animalité (1885)*

Editor digital: orhi
ePub base r1.2



PRÓLOGO

La desgracia parece haberse hecho hombre en la vida de Pétrus Borel. Tanto por ironía sarcástica como por convicción, se dio a sí mismo el sobrenombre de «El Licántropo», el hombre lobo, sediento de libertades, y su época lo aceptó como si fuese un apellido más. Compartió la rebelión de los cenáculos románticos, y hubo momentos en que su gloria rozó el horizonte del escándalo; pero lo definitivo para Borel fueron la miseria y el olvido, la fatídica persecución de un infortunio que lo acompañó hasta dar con sus huesos en el hoyo a los cincuenta años de edad, en 1859. Había nacido en Lyon en 1809, y su padre le marcó desde el bautizo con ese nombre raro y latino, que parece corresponder a Pierre, como en alguna ocasión equivocadamente se le ha llamado, pero que exige por voluntad bautismal ser Pétrus.

En 1820, con once años, Pétrus Borel fue trasladado a París; y es en los círculos de los jóvenes románticos de primera hora, rebelados contra sus mayores neoclásicos, donde se forma, sobre todo en el Petit Cenacle, que él mismo contribuye a fundar en 1829 junto con el escultor Jehan Duseigneur, y que contará en su seno con dos figuras mayores de la literatura del momento: Théophile Gautier y Gérard de Nerval. Reúnen en sus tertulias todas las rebeliones: las artísticas, por su enfrentamiento con las formas neoclásicas, y también las políticas: en las calles del París amotinado en julio de 1830, los jóvenes poetas gritarán a voz en cuello un republicanismo que no tardará en ser ahogado.

Entre los miembros del Petit Cenacle, Borel, que empieza a publicar poemas en el *Almanach des Muses*, destaca por su pasión por la violencia estilística, por una postura que arremete contra los «filisteos» y burgueses y elige en todo la solución más extremada, extravagante incluso, estrambótica: lo demuestra su primer libro, el poemario *Rhapsodies*, de 1832, que traza ya su perfil de poeta maldito y solitario que echa una mirada sobre la daga liberadora o sueña con

ondinas; pero sus proclamas de fe republicana, con himnos al puñal vengador de las miserias que el Antiguo Régimen ha hecho sufrir a la Humanidad, tienen más sonoridad que sentido profundo, más arrebato que calidad lírica, a pesar de que a él mismo le parezcan «abruptas, amargas, sentidas, llenas de luego y, si se nos perdona la expresión, a veces un algo galantes, pero siempre un mucho demoledoras. Es un librito impregnado de hiel y de dolor», como escribe, con la firma de Champavert, en su siguiente obra. La producción de este tipo de lírica no tardó en recibir un calificativo, el de «frenética», con que la bautizó Charles Nodier. El libro llevaba, además, un prólogo incendiario en el que trazaba una imagen de sí mismo rápidamente glorificada por sus compañeros, al tiempo que exigía libertad absoluta para el campo de la creación. No dejaría pasar mucho tiempo sin sorprender, hasta el escándalo, a los cenáculos literarios: al año siguiente aparecía *Champavert. Contes inmoraux*[1]

En el prólogo, Borel engaña al lector convirtiendo su libro *Cuentos inmorales* en obra de Champavert, que sería el nombre real de Pétrus Borel, cuyo suicidio anuncia: «Pétrus Borel, el rapsoda, el licántropo, se ha matado, o, mejor, para hablar con la sinceridad prometida, se ha matado el pobre joven que se ocultaba bajo ese apodo con el que se había bautizado nada más salir de la infancia». Entre elogios al artista «muerto», esas páginas prologales repiten poemas de *Rhapsodies* y afirmaciones de su prefacio, como que su «republicanismo es la licantropía». Recogía el libro de Champavert seis novelas cortas, donde la truculencia, la crueldad y el horror se mezclan a venganzas extravagantes, ocurrencias macabras, cadalsos, tumbas y puñales. Y, sobrenadando la trama, la distancia irónica y burlona con que el autor comenta la marcha del relato. Pero en esas fechas, principios de la década de los treinta, la novela negra y el relato gótico estaban muertos como género literario original, tras su nacimiento en la Inglaterra del siglo XVIII y la boga de que gozó, sin grandes resultados para la literatura, cierto, durante el Segundo Imperio en Francia.

Por eso, cuando al año siguiente, 1833, Borel empieza a escribir *Madame Putifar*, está trabajando con unos materiales literarios de derribo que no utilizaba ya ningún escritor. Sin embargo, no fue el escrúpulo artístico el que detuvo la redacción de la larga novela, sino la miseria, que lo llevó a tareas ancilares y trabajos como la traducción del *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, que aparecería en fascículos en 1835 y en dos volúmenes al año siguiente. Tiene en

ese momento dos bocas que mantener, la de una compañera y la de su hijo Justus; a finales de 1836, para sobrevivir con el menor gasto posible, se retira con su familia a Baizil, una aldea del departamento del Marne, desde donde, por medio de un poeta amigo, hace llegar a manos de un tal Ollivier, con el que ha llegado a un pacto, capítulos que le serán pagados a vuelta de correo. *Madame Putifar estaba* concluida a mediados de 1837, y, aunque en el *Journal de la Librairie* de julio se anuncie su aparición para fechas inmediatas, lo cierto es que no saldrá de las prensas hasta el 11 de mayo de 1839.

El romanticismo había propugnado un retorno a la Edad Media, a las leyendas históricas; Borel aprovecha esa vuelta del interés hacia la historia del pasado, pero se detiene antes, en un ambiente histórico más o menos reciente, cuyas secuelas todavía persistían en la vida francesa; muchos de los posibles lectores de *Madame Putifar* habían vivido el ambiente de terror de los últimos años del absolutismo monárquico y de la Revolución; y aunque no son las cárceles y muertes provocados por esta última lo que relata —precisamente el personaje debe a la Revolución su libertad, cuya consecución remata de hecho la novela—, en el aire de 1830 aún aleteaba el terror de esos momentos históricos. Pero frente a la imaginería romántica que creaba a partir de leyendas más o menos históricas, Pétrus Borel organiza el relato a partir de libros de memorias y de retratos de personajes reales.

El crítico Jean-Luc Steinmetz, tras consultar listas de prisioneros liberados de la Bastilla durante las jornadas de la Revolución, y leer el documento *La Bastille dévoilée* (París, 1789) que narraba el asalto a la fortaleza, encontró a un tal Whyte, «al que han paseado durante varios días y al que se ha mostrado en todos los lugares públicos de París. Había venido, con el señor de Solages y el marqués de Sade, de Vincennes, donde estaba encerrado no sabemos hace cuántos años. Nunca hemos podido descubrir el origen de este prisionero. Desde hace algún tiempo había perdido la cabeza y su historia variaba cada semana. Se vieron obligados a trasladarlo a Charenton pocos días después de la toma de la Bastilla. Este prisionero hablaba muy bien inglés, es lo que ha hecho pensar que era irlandés; se nos ha asegurado que era pariente del señor de Sartine»[2].

Otros investigadores han conseguido precisar la identidad de este irlandés, encarnación de la pasión y de la desdicha, aherrojado en las prisiones reales de Luis XIV por arbitrariedades adjudicadas por el relato de Madame Putifar a la pasión amorosa. Así se ha llegado al conde Whyte de Malleville, oriundo de

Dublín, donde nació en 1730, y no en 1742 como el homónimo personaje de Borel. El conde de Malleville vivió, como el personaje novelesco, en Francia: se alistó en un regimiento irlandés de Luis XV y se casó en 1767; el dato siguiente nos lo presenta durante su traslado desde la cárcel de Vincennes a la Bastilla, junto con el marqués de Sade, el 24 de febrero de 1784; cinco años más tarde, el levantamiento popular abría las puertas de la Bastilla y ambos personajes, el conde de Malleville y el marqués de Sade, recobraban la libertad. El conde, como el Patrick Whyte de Borel, fue expuesto y paseado por las plazas públicas como mártir de los horrores provocados por las «cartas selladas» de Luis XV y Luis XVI; la cabeza de este último no tardaría en rodar en el cadalso.

A estos escasos datos que Borel conocía, el novelista sumó un ambiente medievalizante —como el terror con que el padre de la protagonista reina en su castillo, o con que el hijo de Patrick trata de vengarse de quien cree que ha asesinado a su padre— y unas aventuras que, por imaginarias que parezcan, tienen su germen en crónicas y libros de recuerdos, como las *Mémoires de Madame du Barry*, escritas por Étienne de Lamothe-Langon y publicadas precisamente en 1829-1830; y como las *Mémoires de Henri Masers de Latude* (1793), escritas por el prisionero de este nombre, que había conseguido escapar en varias ocasiones de distintas cárceles. Si las memorias de la Du Barry le sirvieron para ambientar el harén regio del Parc-aux-Cerfs, las del segundo permitieron a Borel hacer un esbozo realista y fiel del régimen de vida carcelaria, de las condiciones, suplicios y trabajos a que se veían sometidas las víctimas de las cartas selladas.

También dispuso Borel de modelos literarios para el tema de la cárcel, desde los títulos clásicos de Victor Hugo —*Los miserables*, *El último día de un condenado a muerte*—, hasta el ejemplo de narración carcelaria por excelencia de la época, *Le mie prigioni*, del italiano Silvio Pellico, traducida al francés en 1833.

En el momento de la aparición de *Madame Putifar*, las reticencias superaron a los elogios; el crítico más influyente de Francia en ese momento, Jules Janin, empezó a publicar sus ataques contra *Madame Putifar* el 3 de junio de 1839, denunciando la locura del autor, los desórdenes que podía causar la lectura del libro en los lectores, su inmoralidad, la conversión de una bestia fiera y lujuriosa como el marqués de Sade en víctima. La condena no pasó de los periódicos, pero supuso «el ensayo general antes de los grandes estrenos judiciales orquestados por la censura del Segundo Imperio», según Steinmetz, que llevaron ante los

jueces dos obras capitales del período, *Las flores del mal*, de Baudelaire, y *Madame Bovary*, de Flaubert. Pero, si *Madame Putifar* no fue condenada, la sentencia de inmoralidad de Jules Janin tuvo una secuela: arruinó para siempre la reputación de Borel, que no por ello renunció a seguir escribiendo: colaboraciones en periódicos, algunas novelas breves de tema histórico, como *La novia de Peñaranda*, publicadas en revistas. Él mismo fundó una publicación de vida efímera, la *Revue pittoresque*, se encargó de la crítica teatral en otra durante unos meses, llegó a dirigir, también por breve período, *Le Satan*.

Janin le había condenado, de hecho, al ostracismo definitivo, y tuvieron que intervenir algunos amigos del Petit Cenacle, como Gautier, que lo ayudó a conseguir un puesto de funcionario en Argelia, entonces colonia francesa; allí fue sucesivamente secretario de un mariscal, inspector de colonización en Mostaganem —cargo del que le destituye la revolución de 1848— y, una vez reintegrado a sus funciones, en Constantina. Dando tumbos entre distintos puestos, con enfrentamientos con sus superiores a los que trata de acusar de malversación, terminará siendo expulsado en 1853. Desde el inicio de su experiencia colonial, Borel se había declarado «literato in partibus», y cuando, en esa última fecha, fue cesado definitivamente de sus funciones oficiales, se vio obligado a seguir el consejo del Cándido de Voltaire: «cultivar su huerto» y a convertirse en colono. Y así murió, labrando sus tierras, por causa, al parecer, de una insolación.

El silencio había cubierto su nombre a raíz de la publicación de *Madame Putifar* y la sentencia definitiva de Janin: para su resurrección, Borel hubo de esperar a la revolución surrealista, para la que se convertirá en «el único autor francés por quien podemos hacernos una idea de lo que se llamaba, a principios del siglo XIX, el género frenético», según André Breton, que apreciaba sobre todo su ardiente soplo revolucionario. Louis Aragon, Paul Éluard, que lo sitúa entre el marqués de Sade y el conde de Lautréamont, y el resto de los surrealistas mantuvieron su nombre cuando los primeros fuegos del movimiento ya habían pasado: lo mismo que *Madame Putifar*, el Licántropo siguió siendo, hasta el final del surrealismo para las vanguardias poéticas del siglo XX, un escritor «de insurreccional memoria», como lo llamó Baudelaire.

MAURO ARMIÑO

NOTA A LA EDICIÓN

Las dos ediciones más recientes del texto subrayan las peculiaridades ortográficas de *Madame Putifar* y de su autor: Borel jugó a escribir su novela con la ortografía de la época de la acción, que mantiene, por ejemplo, en terminaciones verbales —oí para los imperfectos que, en 1830, ya se escribían -ai—. A esa ortografía le acompaña un lenguaje pasado de moda, que va mucho más allá del período histórico en que está fechada la trama, hasta el punto de emplear términos que no se utilizaban desde la Edad Media, y de devolver a la escritura rasgos etimológicos latinos no siempre correctos. Esta singularidad «ancien régime» de la ortografía desaparece —lógicamente, desde mi punto de vista— en la traducción; Baudelaire veía en esa «extravagante» ortografía un «cuidadoso ultraje a las costumbres del ojo público, un rasgo que completa la fisionomía amenazadora» de la obra.

Dos fueron las ediciones de Madame Putifar en el siglo XIX, de 1839 y 1877; y tres las publicadas en el XX. Las dos últimas, a cargo de dos grandes estudiosos de los períodos romántico, sadiano y finisecular, como Béatrice Didier y Jean-Luc Steinmetz, han sido las que me han guiado en el texto y en la anotación:

— *Madame Putifar*. Prólogo de Béatrice Didier: «Madame Putifar, roman sadien?»; al texto de la segunda edición le sigue un ensayo de Jean-Luc Steinmetz, «Les Malheurs du récit». Régine Desforges, Paris, 1972.

— *Madame Putifar*, texto de la primera edición, prologado y anotado por Jean-Luc Steinmetz. Paris, Le Chemin Vert, 1987. Reedición en Éditions Phébus, Paris, 1999.

PÉTRUS BOREL

MADAME PUTIFAR

A L. P.

Este libro
es tuyo y para ti,
amiga mía[1]

PRÓLOGO

Un dolor renace para una desvanecida;
cuando una pena se apaga otra florece;
Una zarza de lágrimas abierta es la vida.

Como si de un palenque se tratase, en mi pecho sombrío
tres bravos jinetes se enfrentan sin descanso,
y esos jinetes, de mí los tres enamorados,
se disputan mi persona, y bajo sus golpes de hacha
gime mi naturaleza; pero, sobre esos encarnizados,
mis quejas son trompas, son timbales,
que embriagan con sus sones al más lúgubre soldado,
y, lanzándole jubiloso bajo una lluvia de balas,
en su corazón derraman la furia del combate.

Joven es el primero de los jinetes, y tierno y avisado;
con elegancia lleva un coselete de acero,
y, relumbrando a través de una redecilla verde
como a través de los pinos los cristales de un glaciar,
sus ojos están enamorados; su hermosa cabeza rubia
tiene por tocado un casco que adornan lambrequines
y la tupida cimera lo envuelve y lo inunda
como hace el lampote[2] que cubre los palanquines.
Su caballo andaluz un largo penacho arrastra
y caracoleando va bajo sus estribos de oro
cuando hace brillar daga y rodela
con la habilidad de un torero vanidoso.

El segundo jinete, como un relicario
encaramado va, muy grave, sobre un mulo
que haría la felicidad de un anticuario gótico;
porque en su huesudo lomo, anguloso rosario,
han puesto con cuidado una ajada gualdrapa;
gualdrapa que vistiera algún viejo escabel
o encaparazonado la blanca hacanea
sobre la que llegara de Baviera Isabel.
Es pringoso, gordo y asmático; su árida montura
parece crujir bajo su peso e inclinarse hacia abajo:
una auténtica antítesis, una caricatura
de carnestolendas paseando a Carnaval.

Pero es un penitente, un monje, en su hábito
que arrastra, sepultado, velado por un capuchón,
que para venderse al cielo a este mundo se oculta;
predica la virtud muy a horcajadas,
pero Sabaoth le inspira, echa pestes, jura y suda;
a sus rivales lanza soberbios desafíos,
que oportunamente una pesada maza respalda:
está manchado de sangre y besa un crucifijo.

De los jinetes el tercero es un hombre de piedra,
como el Comendador, horrible y tenebroso;
un hiperbóreo[3], un hombre sin párpados
ni pupilas ni frente, que a hueco suena
como una tumba vacía cuando un arma la golpea.
Lleva en su mano izquierda una hoz cuyo acero
llora sangre, y a la grupa una trampa para alimañas,
donde se mece un ahorcado que hace muecas,
¡carne horrenda de horca! Por cimitarra
en su costado oscila un anzuelo enorme
que ensarta redecillas llenas de larvas
y gusanos de carroña, su cebo para peces.
El primer combatiente, el más hermoso… ¡el mundo!

que para atraerme me corona de flores;
y bajo mi paso dudoso, cuando el camino es inmundo,
extiende su capa y enjuga luego mis sollozos.
Que le siga él quiere, que me entregue desea
por entero a él, sin remordimientos ni reservas;
que me hunda en su pecho y me abandone
a su vago oropel… y me deje mecer.
¡Es el mundo jovial, risueña efigie!
Que ante mi juventud las puertas se abran
al cercado del futuro, todo lleno de magia,
donde surgen, espléndidos, mis días de gloria.
¡Lejanía inefable! ¡Hermoso cielo estrellado!
¡Es el mundanal ruido, con sus pasiones,
sus bellos amores velados, sus feos amores sin velo,
sus mil voluptuosidades y sus prostituciones!
Es el mundo y sus bailes, sus noches y mujeres, sus ojos,
sus fiestas, sus caballos, sus banquetes suntuosos,
¡donde abyecto es lo sencillo, y el desdichado infame!
Donde quien más goza es el más virtuoso.
El mundo y sus grandes, resplandecientes ciudades,
sus países de Oriente, sus *bricks* aventureros,
sus famas que retumban en todas partes,
sus inmortales héroes, sus guerreros triunfantes,
sus poetas, auténticos dioses cuya obra esparcida
en sus chimeneas besan las tribus embriagadas,
sus templos, sus palacios, sus realezas doradas,
sus crujidos, el ruido de sus pasos, voces y manos.
¡El mundo es! Y me dice: «Ven, joven, conmigo,
confía en mí, cumpliré tus deseos;
sí, por grandes que sean yo pagaré tu cuenta.
¿La gloria quieres?… Yo te la doy… ¿Placeres?…
Yo los mato, y en ti los mataré… Esas admirables mujeres
cuya sola vista enloquece, tú las poseerás,
y, en sus cuerpos lascivos, como sobre una piedra,
agudizarás tus pasiones duraderas.

El segundo combatiente, el de la actitud seria
y aire bondadoso, cuya compunción
ensombrece su rostro, pero es la soledad,
el retiro; es el claustro donde el amor
del Señor a chorros se derrama, y el dulce rocío
del silencio y la calma endulza la hiel,
donde la luz baña constantemente al alma:
¡Montaña en que el cristiano toca el cielo!
¡Eso es el claustro! Y me dice: «Sube hasta aquí, joven,
pon en mí tu confianza y deja ese mundo mendaz
donde todo se desvanece como tras un sueño
de ensueños embriagadores; el solo redentor
de las miserias de este mundo es el monasterio,
su contemplación, su austeridad.
Sobre la tierra sólo hay infección y vicio:
la gloria es cosa vana, y la posteridad
un error del orgullo, una absurda locura.
¿Querrías levantar, en tu camino, y de tu mano,
un monumento vivo? ¡Ay! El mundo olvida
y la vida en este mundo no tiene futuro.
Ven a saborear conmigo la paz de este retiro;
deja el amor carnal, deja sus impurezas,
sube, es tiempo todavía; tu alma no está hecha
para un mundo así; de sus virginidades
conviértete en guardián; ¡ven!, y si la oración
no consiguiese restañar la meditación,
entonces bajarás a la oscura carrera
de la sabiduría y la ciencia, y podrás inclinar
sobre sus sagrados crisoles tu frente pálida de vigilias,
magnificar a Cristo y lanzar tu desdén
sobre la Filosofía que ultraja sus maravillas
desde lo alto de sus tablados ruinosos de farsante;
y podrás, dedicándote al estudio bienamado
del arte, rendir culto a la sombra de este lugar;
sobre este domo y estos muros, ferviente Bartolomeo[4],

desdichado Lesueur[5], pintar la Biblia y a Dios…»

El combatiente último, el jinete sonoro,
el espectro frío, el gnomo de redes de pescador,
éste es al que acaricio y en secreto honro,
nivelador eterno, implacable segador…
¡Es la muerte, la nada!… Con sepulcral voz
sin descanso me llama: «Baja, niño, hasta mí,
húndete, niño, en mi seno, que reina es el dolor
de la tierra maldita, y el oprobio su rey.
Ven, baja hasta mí, ven, húndete en el fango,
crisálida, veleidad, sombra, nada:
ven cuanto antes, sin olvidar vendimio
de la cepa Humanidad, uno por uno, sus racimos.
Antes que el pesado mazo del dolor
te haya triturado el corazón, sopla tu llama;
¡Nuestra Señora de la Alegría y de la Liberación,
eso es la muerte! Y el prometido Canaán, ¡la tumba!
¿Qué esperas? ¿Qué quieres?… No creas el lenguaje
del claustro que soborna, cree en el mío;
¡No sabes, joven, a cuánto el claustro compromete!
El reposo promete, pero ¡no es más que un gitano
que miente, que te embauca y te mete en su trampa!
El hombre sigue en él presa de sus obsesiones,
bajo el viento del desierto no hay bonanza;
a capricho atiza el fuego de las pasiones.
En el claustro, escúchame, no estarás mejor
que en el mundo; guárdate de su engañoso reposo,
teme la horrible satiriasis de san Antonio,
teme las tentaciones, el remordimiento, los peligros,
los asaltos de la carne y las caídas del alma.
Bajo el viento del desierto arderán tus deseos;
la soledad aprieta, tortura, rompe, incendia;
y en males inauditos caerán tus sentidos.
Sólo en la fosa está la dicha verdadera y el descanso;
sobre la tierra se está mal, se está bien bajo la tierra;

No hay aquí placer que te carcoma, ni falsa amistad;
ni ambición, ni decepcionada esperanza… ¡Nada!…
¡Nada! La absoluta nada… una ausencia, un rayo
muerto, un mar sin fondo, un vacío sin eco…
¡Ven, te digo!… A mi voz te convertirás en polvo
¡como al sonido de las trompetas los muros de Jericó!»
Desde hace mucho tiempo así combate y disputa
este trío infernal, estos tres espadachines fieros:
Los muy malvados ocupan, por campo de batalla,
mi pobre corazón, herido bajo sus asesinos golpes,
¡mi pobre corazón desconsolado, que se agobia y aflige
dubitativo, religioso, loco, mundano y descreído!
¿Cuándo acabará la lucha, y quién me tendrá por presa,
—¡Dios lo sabe!—, del Desierto, del Mundo o de la Nada?

TOMO PRIMERO

LIBRO PRIMERO

Where is my lord? where is my Romeo?[6]
Shakespeare

I

Yo no sé si hay un fatal destino, pero hay desde luego destinos fatales; y hay hombres que son dados a la desgracia; y hombres que son presa de los hombres, y que les son arrojados como se arrojaban esclavos a los tigres de las arenas; ¿por qué? No sé. ¿Y por qué éstos y no aquéllos? Tampoco lo sé: en este punto la razón se extravía y el espíritu que profundiza se confunde.

Si hay una Providencia, ¿es para el universo, es para la humanidad, y no para el hombre? ¿Es para el todo y no para la parcela? ¿Está escrito el futuro de cada ser como el futuro del mundo? ¿Señala la Providencia a cada criatura con su dedo? Y si señala a todas, y si vela por todas, ¿por qué su dedo empuja en ocasiones al abismo, por qué su solicitud es en ocasiones tan funesta?

Los sabios, para quienes nada es tenebroso, dirán que el destino del individuo deriva de forma inmediata de su organización; que el hombre sin perspicacia será engañado, que el hombre sutil será engañador y sabrá evitar los escollos donde el primero tropieza. Pero, ¿por qué éste es astuto y aquél simple? ¿Ser simple y bueno es un crimen que merezca la desgracia y el suplicio? A lo que los sabios responderán: Éste es simple porque tiene la protuberancia de la

simpleza; y aquél es sutil porque tiene la protuberancia de la sutileza. De acuerdo, ¿pero por qué éste tiene ese órgano que falta en el otro? ¿Quién ha presidido ese reparto? ¿Qué capricho ha dado al uno la joroba del asesino y al otro la joroba de la mansedumbre? Sí, desde la procreación, ese capricho ha repartido las buenas y malas cualidades de los seres, ha repartido sus destinos: por lo tanto, los destinos están escritos; ¡por lo tanto hay un destino! El animal no tiene entonces su libre albedrío: no tiene entonces la elección de ser manso o feroz, de sufrir o de hacer sufrir, de amar o de matar. Los sabios se levantarán y seguirán diciendo: No hay pasión buena ni mala: es la sociedad la que ha llegado después y la que ha dicho: Esto está mal, esto está bien. Esto es bueno porque me resulta provechoso; esto es malo porque me resulta nocivo. De acuerdo: Pero si los hombres han de vivir en sociedad, ¿por qué la Providencia los hace insociables, por qué arremeten contra su propio objetivo? ¿Es acaso extravagante? Una Providencia no podría serlo. Además, esa razón no explica en modo alguno por qué hay hombres sociables víctimas de la sociedad; por qué hay hombres buenos cuya existencia es espantosa; por qué hay hombres víctimas de acontecimientos independientes de su voluntad, de acontecimientos que a su mente le sería imposible prever, que ninguna virtud humana podría precaver.

Verdad es que, para apartar de la desesperación, se ha inventado la vida futura, en la que el justo es recompensado y el malvado castigado; pero ¿por qué recompensar al justo que no ha tenido que optar entre la justicia y la iniquidad? ¿Y por qué castigar al malvado que no ha tenido que escoger entre el crimen y la buena obra? Sólo deben recompensarse y castigarse los actos voluntarios. Es a Dios, y no a lo creado, a lo que habría que glorificar cuando ha hecho una buena criatura, y a lo que habría que ajusticiar cuando ha hecho una mala. Era muy fácil, en lugar de hacer dos existencias, la segunda para enderezar los entuertos de la primera, hacer una sola adecuada.

Si el pecado original es una injusticia, el destino fatal original es una atrocidad. ¿Sería la ley de Dios peor que la de los hombres? ¿Sería retroactiva?

No me detendré más tiempo en estas ideas fatigosas e indignantes: no trataré de explicar estas cosas inexplicables: si insistiese mucho, me rompería la cabeza contra la pared. Aturdo mi razón cada vez que se hace preguntas, y me inclino ante las tinieblas.

A menudo he oído decir que ciertos insectos estaban hechos para entretenimiento de los niños: tal vez, también, el hombre ha sido creado para los menudos placeres de un orden de seres superior, que se complace en torturarlo,

que se alegra con sus gemidos. ¿No se parecen muchos de nosotros por su existencia a esos escarabajos traspasados por un alfiler, y pinchados vivos sobre un muro? ¿O a esos murciélagos clavados sobre una puerta, que sirven de punto de mira para disparar la ballesta?

Si hay una Providencia, tiene a veces extraños caminos: ¡malhaya aquel marcado por un camino extraño! Más le habría valido que hubiera sido ahogado en el seno de su madre.

A vosotros toca, si vuestros corazones no desmayan, profundizar y resolver; en cuanto a mí, pobre cuentista, voy a mostraros unos destinos horribles entre todos los destinos. Seréis mucho más felices que yo si podéis creer que una Providencia ha sido el tejedor de semejantes vidas, y si podéis descubrir el objetivo y la misión de existencias como éstas.

II

—Milord, venid al balcón: ¡qué hermoso crepúsculo! ¡Ah, qué afortunado sois, milord! Justo el mismo cielo que se vuelve vuestro vasallo y lleva vuestro escudo al costado. Mirad a occidente; esas tres largas nubes resplandecientes ¿no parecen vuestros tres fasces de oro horizontales? ¿Y no parece el sol vuestro besante de oro, en el campo de azur de vuestro escudo?

—Milady, echáis a perder vuestro ingenio; siguiendo vuestra costumbre, queréis desviar una conversación que os pesa, por un incidente, por cualquier mimo; pero ya sabéis que no me dejo engañar por vuestras trampas, y me escucharéis hasta el final. Así pues, os decía que, si no tenéis cuidado, a vuestra hija le ocurrirá una desgracia. Os decía que desde el principio yo había previsto todo lo que ha ocurrido, que había presentido lo que vos habríais debido presentir; y lo que, en vuestro lugar, cualquier otra madre hubiese presentido. Vuestros aduladores os llaman ingenua, pero sois obtusa. Ignoráis, como un recién nacido, todas las conveniencias. ¡Por mi espada, señora! No tenéis de noble más que mi apellido. Antes de mi primera marcha a las Indias, tras haber visto en ellos una lejana inclinación y un inicio de relación, os recomendé encarecidamente y os hice prometer que no les permitiríais ningún trato; ¡me habéis desobedecido en todo! Más tarde, cuando entré en campaña, os repetí formalmente la orden, y me desobedecisteis más formalmente todavía. A mi regreso del ejército encontré a Déborah convertida en compañera de Pat; encontré a Pat casi instalado aquí; Pat tratado como hubierais tratado a un hijo; Pat asistiendo a todas las clases de los maestros de Déborah, y estudiando con ella las artes del adorno. ¡Estáis loca! ¡Vaya proeza, en verdad! ¡Buen servicio el que habéis rendido a ese pobre padre de Patrick! Hoy no sabe qué hacer con el bribón de su hijo, que se va a labrar el campo con un solfeo en la mano o un Shakespeare bajo el brazo. Aunque sólo hubiese sido por respeto a mi familia, no habrías debido atraer aquí, y tratar de la forma en que lo habéis hecho, al hijo de uno de vuestros colonos, ¡y encima uno de vuestros colonos irlandés y papista!

—Querido esposo, sabéis lo sumisa que soy en todo con vos. No fue para desafiar vuestras órdenes, cosa que hice, sino simplemente por amor a vuestra

hija: sola, conmigo y algunos criados gruñones, sin distracción ninguna en esta hermosa, en esta pintoresca, pero taciturna y fúnebre mansión, la pobre niña se moría de aburrimiento y no cesaba de preguntar por su Pat, que la alegraba con su tosca alegría, que se la llevaba al jardín y al parque, que inventaba, para complacer a su noble amiguita, toda clase de juegos y de entretenimientos. Si compartía sus juegos, ¿no debía compartir sus estudios? ¿No habría sido cruel despedirle cuando llegaban los profesores de Debby? Si era su compañero, ¿no debía esforzarse en instruirlo y pulirlo para hacerlo más digno de ella? ¡Y el pobre muchacho tenía tantas ganas de aprender, y tanta facilidad! Así daba deseos de emulación a la perezosa Debby. Además, ya lo sabéis, ¡es tan gentil, tan dulce, tan previsor! ¡Ay, cómo me gustaría que muchos gentilhombres tuviesen herederos como él!

—Siempre con vuestros alardes de generosidad, con vuestras ideas bienintencionadas sobre las gentes de baja condición; por más que argumentéis, una mula y un caballo de raza siempre serán distintos, lo mismo que un irlandés y un hombre. ¿Adónde os llevarán todas esas proezas de virtud? Vuestras larguezas con los mendigos y los campesinos sólo conseguirán que, en el primer encuentro, esos infames católicos os desjarreten. ¿Adónde os llevará vuestra conducta con el pequeño Pat? ¿Adónde os ha empujado? Al crecer juntos, Debby y Pat se han convertido en estrechos amigos, y a la amistad le ha sucedido el amor: la joven condesa Déborah Cockermouth se ha enamoriscado del chico de vuestro colono: ¡la señorita se casaría de buena gana con él! ¡Dios me condene! ¡Se me ponen los pelos de punta! ¡La señorita rechaza todos los partidos brillantes; a la señorita le repugna cualquier noble que la galantee! He hecho voto de castidad, dice. ¡Diablo de papista! ¿Qué es toda esa jerigonza católica? ¡Dios me condene! Vamos mal…

—¿Por qué os irritáis de esta manera? ¿Por qué tanta violencia en este caso? Ese capricho de guardar celibato no es más que una chifladura de juventud, que se le pasará, sobre todo cuando encuentre un caballero de su elección y de su agrado. En cuanto a Patrick, sabéis que desde hace mucho ella y él han roto todos sus lazos; y que desde vuestro feroz ataque contra el muchacho, no ha vuelto a poner los pies en el castillo.

—¡Que ella y él han roto todos sus lazos!… ¡Que no ha vuelto a poner los pies en el castillo!… ¿Quién os ha informado tan bien? Señora, relajad vuestra vigilancia, realmente es demasiado rígida. ¡Ah!, ¿que ella y él han roto todos sus lazos?… ¡Palabra de honor!… Será por eso por lo que mi fiel Chris le ha visto

muchas veces merodear por los alrededores del castillo; será por eso por lo que ha oído varias veces lo que vos hubieseis debido oír, a Déborah levantarse por la noche, salir y bajar por el lado del parque. ¡Ah! ¡Que ella y él han roto todos sus lazos!… ¿De veras?… Está bien, seguid tranquila si queréis: yo, por mi parte, voy a redoblar la severidad; Chris le espiará; y si la desgracia así lo quiere, tomaré medidas que no serán suaves con vuestra tontivana de hija… En cuanto al campesino, es de menor importancia.

Sois dueño, milord, y sobre todo dueño de vuestros actos; yo únicamente soy vuestra humilde servidora, y me inclino ante vos. Haced lo que queráis; se recoge lo que se siembra.

—Con Dios, condesa.

III

Al día siguiente, terminado su aseo, lady Cockermouth envió a Déborah recado de que fuese a su presencia, por la escalera oculta, lo más secretamente posible, para no llamar la atención de su padre.

Debby, muy inquieta, llegó enseguida y misteriosamente: con paso tímido y aire cariñoso, se acercó a su madre para saludarla con un beso, pero sus labios no besaron más que sus dos manos, que sostenían una frente abatida.

—Os agradezco, señorita, que hayáis tenido a bien acudir de inmediato a mi habitación —le dijo la condesa descubriendo su rostro melancólico—; obedeced siempre así a mis dulces y prudentes ruegos, haréis el bien y os ahorraréis a vos y a vuestra desdichada madre grandes penas y grandes remordimientos. ¡Necesito tanto consuelo!… ¡Y cualquier consuelo sólo puede venirme de vos! En cierta ocasión, cuando erais niña, Debby, cedí a uno de vuestros caprichos: esta debilidad materna, tan digna de perdón, ha desgarrado mi vida, ya tan envenenada; estabais enamorada de Pat, el hijo del colono Patrick, siempre buscabais su compañía, lo invitabais a vuestros juegos, le ofrecíais vuestros juguetes, actuabais con él como con un hermano, os enfadabais cuando lo alejaban de vos; no me opuse rígidamente, como hubiera debido hacer, a todo trato vuestro con ese pequeño patán; trato totalmente inapropiado, que mortificaba violentamente a vuestro padre, que varias veces me conminó a que lo cortase con toda dureza. Para no quitaros a vuestro único compañero, para no afligiros, atendí a vuestros apremiantes deseos y favorecí vuestras entrevistas. Creía que sólo era una chiquillada de breve duración, pero os habéis mostrado tenaz en vuestros gustos; y, más tarde, nunca pude convenceros de que era conveniente y decoroso romper con ese campesino que ya era un joven; no quisisteis comprender que tirabais piedras contra vuestro rango. Sin duda no habéis olvidado —mi corazón todavía sangra por ellas— todas las tempestades que esa condescendencia me ha hecho soportar, todos los furores que ha hecho caer sobre vos y sobre mí; ¿no era suficiente?… Creía haber expiado mi pecado, creía agotada esa guerra; creía apagada esa disputa; ay, ¿me habré equivocado de forma tan burda? La ira de vuestro padre se ha despertado con más vehemencia que nunca; ayer, afirmando que seguíais manteniendo relaciones con el señor

Pat, ha lanzado insultos contra vos y me ha cargado de reproches. Intenté aplacarle, dando testimonio con todas mis fuerzas de vuestra inocencia. Traté de demostrarle que por maldad, sin duda alguien había engañado su buena fe. Le rogué que no calumniase a mi Déborah. Rechacé esa pérfida acusación. No, Déborah, vos no sois una joven que tenga trato nocturno: ¡es una calumnia! Estoy en lo cierto, ¿verdad?… No, Déborah, ¡no habéis podido prolongar, con peligro de vuestro futuro, una relación imperdonable, una relación funesta para el orgullo de vuestro padre, una relación funesta para mi tranquilidad! Estoy en lo cierto, ¿verdad?…

—¡Oh, madre mía, madre mía, perdón!… —exclamó Déborah cayendo entonces a sus plantas y escondiendo su rostro en los pliegues de su vestido.

—Dejad de gritar, Déborah, no vaya a ser que los gritos atraigan a vuestro padre, y apartaos de ahí. ¿Es así, alma perversa, como hacéis mi alegría?

—¡Oh, madre mía, perdón! No me echéis, eso sería maldecirme, y mi crimen ha sido únicamente causaros pena… ¿Queréis oírme?…

—Debby, hija mía, ¡qué cruel sois! ¿No me habíais causado ya suficientes tormentos? ¿Por qué he merecido tan poca piedad de vos? Aunque vuestra inclinación no hubiese sido culpable, desde el día en que pesó sobre mí el brazo de plomo de vuestro padre, y sobre vos su maldición, habríais debido sacrificarla. Tened cuidado, porque la que no sabe hacer un sacrificio, a menudo es sacrificada.

—Y, con frecuencia, también es más fácil ser inmolado que inmolarse. No se tienen en cuenta los esfuerzos vanos, las luchas impotentes, los combates secretos: ¿creéis en verdad que es tan fácil arrancar del corazón una amistad que data desde la cuna, un amor que ha crecido con la vida, una pasión que descansa sobre un ser perfecto, sobre un ser elegido? ¿Creéis que un amor sin límites es fácil de arrancar cuando tiene por base una estima profunda, y sobre todo cuando el bienamado no ha cometido otro crimen que haber nacido en un pesebre? Si hay quienes, a una señal dada, pueden enamorarse o desenamorarse, yo no soy así. Lo he intentado todo; me he dicho todo para superar mi pasión; y cuanto he hecho para destruirla no ha logrado sino consolidarla. Finalmente, he abandonado ese duelo desigual con la naturaleza; y me he dejado llevar por la corriente; si me arrastrase a un abismo, resignada a todo, la seguiría.

—Decidme, os lo ruego, ¿en qué escuela habéis aprendido un lenguaje tan odioso? ¿Ha sido en la escuela de vuestro campesino?

—Mi campesino no es hombre de escándalos; y si mi lenguaje resulta odioso

es que mi corazón es odioso, porque sale de mi corazón. Además, ya no soy una niña, alcanzo el tercio de mi vida y he tenido por maestro la desgracia.

—¿Qué desgracia?… ¡Dios del cielo! ¡Si vuestro padre os oyese, os mataría!…

—Estoy resignada a todo.

—¿Tienen fundamento entonces las sospechas de vuestro padre?

—Sí, madre.

—Así pues, ¿seguís viendo al joven Pat?

—Sí, madre, sigo viendo al señor Patrick Fitz-Whyte.

—¿Desde cuándo?…

—Desde hace un año aproximadamente.

—¡Desvergonzada!… ¿Dónde podéis ver a ese joven?

—En vuestra ausencia, el señor Patrick ha venido algunas veces al castillo; pero habitualmente nos reunimos de noche en el parque. Tomo a Dios por testigo de que, sin embargo, nunca hemos faltado a nuestros deberes, y que nuestras conversaciones siempre han sido edificantes. ¡El señor Patrick es un hombre noble, creedme!

—Si se me hubiera ocurrido la idea de que estabais a punto de caer, sería más culpable que vos, hija mía, si hubieseis sucumbido; os tengo cariño; y quitarle a alguien el cariño es aplaudir sus vicios, o ponerle en situación de lanzarse al mar por despecho. Vuestro padre sólo tiene vagas sospechas todavía, pero ya está dominado por una rabia indignada; tened cuidado de no confirmárselas, porque no sé a qué rigor podría verse arrastrado. A la prolongación de vuestras relaciones con Patrick atribuye, sin duda con toda justicia, vuestro rechazo de los distintos gentilhombres que se os han ofrecido. Dentro de poco os presentará un nuevo esposo: si de nuevo respondéis con una negativa, pretende encarcelaros en una casa de corrección de Inglaterra hasta que vuestros sentimientos se hayan vuelto más sociales.

—¡Encarcelada!… ¡Es decir que soy una loca, una prostituida!… En cuanto al esposo, aunque sea Carlos Eduardo[7], lo rechazaré. He hecho un voto que cumpliré: o soy de mi Patrick o soy de Dios.

—Déborah, ¡sois una mala mujer! Aunque respetáis el amor, apenas respetáis la piedad filial. No tenéis miramientos conmigo, conmigo que soy vuestra tierna madre.

—Aunque esté amargada, madre mía, creed en mi profunda piedad. Pero es

inconcebible que alguien pueda figurarse que el amor filial no vive de intercambios y de cuidados; que en el amor filial todas las cargas sean para el hijo que no puede alimentarlo bien si no es mediante la abnegación de sí mismo, mediante la abnegación de su razón y, a menudo, mediante la destrucción de su juventud y la ruina de su vida. ¿Creéis que un amor puede aguantar, que puede existir en semejantes condiciones?

—No creo que esas reflexiones se dirijan a vuestra desdichada madre: espero que las cargas entre nosotras dos hayan sido mutuas. Incluso, sin reprochároslo, creo que he hecho más que vos. ¡Qué no he soportado, qué no he sufrido por vos! Por haber favorecido, cuando erais niña, vuestras relaciones con un niño, me han hecho culpable de lo que ha ocurrido hasta vuestra edad madura. ¡Ah, Déborah, no acuséis vos también a vuestra desdichada madre! ¡Oh, sí, muy desdichada!… Habláis de amor filial comprado por la abnegación de uno mismo y con la ruina de la existencia: he sido yo quien lo ha comprado a ese precio. ¡Oh, todos los sueños dorados de mi infancia!… ¡Oh, qué bien hace la Providencia callándonos el futuro!…

—Si pudieseis leer en mi corazón, pobre madre, veríais hasta qué punto os amo. ¡Dejadme besar vuestras plantas, dejadme llorar sobre vuestra frente! Porque en la vida hay cosas muy atroces: a vos, a quien amo profundamente, a vos, a quien no habría querido aportar sino alegría y felicidad, a vos, cuyas torturas habría deseado aliviar, por un funesto destino, por no sé qué azar, qué fatalidad, os he sumido en la pena y el remordimiento. ¡Es horrible pensarlo!

—Hija mía, ¡cuánto reconfortan tus caricias mi alma! Quién sabe si no nos están reservados días felices. Todavía puedes hacerme saborear la felicidad. He sufrido tanto, apiádate de mí, no me hagas sufrir más, porque sucumbiría. Prométeme, y es el único y último sacrificio que te pido, prométeme que no volverás a ver al señor Patrick.

—¡No volver a ver al señor Patrick!… —repitió Déborah consternada.

—Sé que es doloroso renunciar al objeto de nuestro cariño; sé que os pediría algo muy difícil si la renuncia fuese totalmente voluntaria; pero ¿no es lo más decoroso prevenir una ruptura inevitable y prepararla una misma? ¿No es lo más prudente hacer de un acontecimiento, totalmente al margen de nuestro poder, un acto de nuestra propia y plena voluntad? Sabed que vuestro padre os hace vigilar escrupulosamente desde hace unos días, desde que ha empezado a sospechar. No tardaríais en ser sorprendida por sus espías… ¡que Dios os guarde!, estaríais perdida, y vuestra madre también.

—Ay, no me pidáis una cosa imposible.

—No exijo nada de vos, hija mía; sólo os ruego que evitéis una trampa, sólo os ruego que os ahorréis un abismo de males; ¡os suplico que tengáis piedad de mí!

Entre lágrimas y respirando con ahogos, Déborah cayó a los pies de su madre, y en esa postura permaneció taciturna y sombría como una estatua. Tras ese largo silencio, alzando la cabeza y levantando los párpados, dijo con frialdad.

—Haré lo que deseéis, madre, me ahorraré ese abismo de males; pero, al menos, concededme una gracia.

—Decid, hija mía.

—Permitidme ver una sola vez más al señor Patrick, para decirle adiós, para que al menos conozca su sentencia de mis labios. Esta noche estamos citados en el parque: ¡iré, y le diré todo!…

—¡Dejad, Déborah, que os estreche contra mi corazón! Sabía que erais buena. Y ¿no volveréis a verle de ahora en adelante?

—Os lo juro.

—Ojalá os mantengáis siempre en esa disposición tan prudente; ojalá este cambio no sea pasajero, ¡hará tan feliz a vuestra madre! Así no desmentiréis lo que yo diga. He respondido ante vuestro padre de vuestra buena conducta. Pronto sus sospechas se disiparán y, avergonzado por haberos acusado en falso, tal vez recobre la dulzura. Tenéis razón, es justo avisar a ese pobre muchacho, y prevenirle con cuidado; estaría mal, desde luego, romper groseramente con él y sumirle en la inquietud. Id por última vez a vuestra cita; pero tened cuidado para no dejaros sorprender por las gentes de vuestro padre. La campana para el almuerzo está sonando. Deprisa, volved a vuestro aposento; dirigíos desde él, como de costumbre, a la sala. Evitad tener aspecto compungido; vuestro padre debe ignorar lo que acaba de pasar entre nosotras.

Durante estas últimas palabras, la condesa mantenía abrazada a Déborah, que, preocupada, seguía fría, dando la impresión de sufrir por sus caricias y recibirlas con el aire paterno con que se reciben unas felicitaciones no merecidas.

IV

Déborah pasó unos instantes delante del espejo ajustándose el vestido arrugado y sus perifollos en desorden; se acercaba a él unas veces, se alejaba otras; se miraba y volvía a mirarse; echaba su bello busto hacia atrás y giraba la cabeza sobre sus hombros para ver si su actitud se serenaba. Se secaba las mejillas surcadas por las lágrimas. Por fin, a la segunda llamada para el almuerzo, creyendo haber disimulado bastante bien las huellas de su emoción, se dirigió a la sala. Para ganar calma, todavía caminaba despacio y se detenía en cada escalón, calentando con su aliento el pañuelo y aplicándolo sobre sus ojos como un colirio para beber la humedad de sus párpados.

—Os hacéis esperar, Debby —dijo la condesa cuando, al entrar, estaba haciendo la reverencia a su padre, que, fingiendo no ocuparse de su llegada, dejaba caer sobre ella una mirada que la conminaba a suprimir sus cumplidos.

Sin más presagios, Déborah presintió la tempestad; y trémula como un pájaro sorprendido por la tormenta, fue a acurrucarse en una silla.

El conde Cockermouth acabó de desconcertarla mirándola severamente, y murmurando en voz baja al oído de la condesa:

—¿No observáis, milady, el aspecto fatigado de vuestra hija? ¿Sus ojos apagados, sus párpados rojos? Todo esto huele a insomnio. Aunque Chris no la haya oído, estoy seguro de que ha pasado esta noche al raso. Tanto va el cántaro a la fuente que termina rompiéndose. ¡Diablo de papista! ¡Esto acabará mal!…

—¿No tenéis apetito, señorita? No coméis, comisqueáis.

—Es verdad, padre mío, no tengo hambre.

—Es muy sencillo —dijo en voz baja el conde a su esposa—, cuando se cena pasada la medianoche. ¿Estáis enferma, señorita?

—No, padre mío.

—Entonces, ¿qué vida lleváis, que tenéis cara de muerto?

—No estoy enferma, pero me encuentro indispuesta. Hace un momento he tenido un desmayo del que todavía no me he recuperado.

—Es muy sencillo —dijo de nuevo en voz baja el conde a la condesa—: tanto va el cántaro a la fuente que al final… ¡Maldito papista! Esto acabará mal. Si no me contuviese, machacaría a esta pequeña… ¡Ah, conque la señorita tiene

desmayos!… Señora, haced salir a vuestra hija; ¡no quiero ver a esta buscona a mi mesa! ¡Vamos, marchaos! Os prohíbo poner los pies en cualquier sitio donde esté yo; os prohíbo que volváis a presentaros aquí. ¡Marchaos!

—¡Padre!… ¡Padre mío!… —repetía Déborah bañada en lágrimas.

—¡Marchaos!… —repetía Cockermouth.

—Pero ¿qué os ha hecho mi hija, señor conde?…

—¡Vos a callar, señora celestina!…

Mientras gritaba sus últimas injurias, lanzaba contra su hija, en el instante en que ésta salía, una copa de estaño que la alcanzó en el hombro y la hizo lanzar un largo gemido. En su irritación, se levantó de su silla con tanta violencia que derribó la mesa, empujada por su panza enorme. Luego corrió fuera de la sala rompiendo todo a su paso y se encerró en su aposento.

Déborah, que escapó del alboroto, se retiró al suyo. Allí, abrumada de dolor, se dejó caer sobre un sofá en el que la adormeció la obsesión de los fantasmas de la desesperación. Sin embargo, aquel espectáculo no era nada nuevo para sus ojos y para su corazón; desde su infancia había asistido al martirio de su madre; pero en esta ocasión, ella era más que una comparsa, se veía en el primer acto de un papel cuyo desenlace temía.

El criado que fue a llevarle la cena la encontró en el mismo desorden, aún dormida sobre el sofá. Bajo la servilleta Déborah descubrió un billete sin firma, pero de la mano de su madre, que sólo contenía lo siguiente:

«Si necesitáis algo, pedídmelo por medio de la persona que os lleve la comida. Si esta noche vais a donde tenéis que ir, toda precaución será poca: corréis mucho peligro. ¿No sería prudente absteneros y hacer llegar mañana vuestra despedida al señor Patrick? ¡En nombre del cielo, hacedlo así!»

—¡Tu despedida!… ¡Patrick, mi amor, vida mía!… ¡Tu última despedida, Patrick! —exclamó Déborah cuando acabó de leer el billete—. ¡Oh, hay cosas a las que mi espíritu se niega, hay deberes que mi débil inteligencia no puede comprender, hay pensamientos con los que mi alma se asusta!… ¡Despedirme, Patrick! ¿Lo imaginas?… ¡Ir contra mi pasión! ¿Arremete uno contra lo que pide? ¿Qué he pedido yo? Decidme. Una se despide de lo que posee, de aquello de lo que ya está harta. Pero despedirse del buitre que nos tiene en sus garras, del carcelero que nos carga de cadenas… despedirse del poder que nos posee, ¡no!… —El niño puede romper su juguete, pero ¿puede el juguete romper al niño?… ¡Eh!, ¿quién soy?… ¿Puede una muela de molino molerse a sí misma? ¿Puede desarraigarse un árbol? ¿Puede dominar un valle la montaña que lo domina?… Y

¿puedo abismarme yo en el abismo que me abisma?… ¡Oh, hay cosas a las que mi espíritu se niega! ¡Hay pensamientos de los que mi inteligencia limitada se asusta!… ¿Yo, despedirme de ti, Patrick? ¿Lo comprenderías?

Después de haber comisqueado un trozo de pan humedecido por sus lágrimas y echado un poco de agua sobre el fuego de su pecho, Déborah se envolvió en una capa y siguió un largo corredor que terminaba en una antigua torrecilla, encastrada en unas construcciones modernas y llamada por su posición Torre del Este; de fortificación que había sido, se había convertido en belvedere, y sus almenas habían dejado paso a una rica balaustrada. Desde esa terraza excesivamente elevada se descubría un sombrío y lúgubre paisaje: al sur y al este, una llanura infinita, negra y roja; negra en el sitio de las turberas, roja en el sitio de los *bogs*[8]; unos pocos árboles, retamas y brezos, y algunas chozas informes semienterradas. Al norte y al oeste, cadenas de rocas peladas que parecían altas murallas melladas por el rayo, bordeaban el horizonte; aquí y allá ruinas de torres, de iglesias y de monasterios, encantaban la mirada y sumían el alma en el pasado.

Por aquel lado, un desgarramiento en las rocas forma una garganta profunda, asombrosa para los ojos. En la cavidad de esta Garganta del Diablo, como la llaman, fluye un estrecho torrente que sólo tiene una orilla por la que a duras penas pasaría un carricoche. A media altura de las rocas surge, con estrépito, la boca de una cueva, lo que vuelve todavía más infernal el carácter del sitio.

El agua de este torrente, fría en verano, cálida en invierno, goza de gran celebridad entre los aldeanos de los alrededores, que le atribuyen toda clase de curas milagrosas. Pero su propiedad más irrefutable, cuando se comete la imprudencia de bañarse en ella, es la de curar de la vida.

La descripción sólo podría dar una idea ingrata del hermoso efecto de un sol poniente que aparecía en el fondo de aquella garganta, estrechada todavía más por la perspectiva, del hermoso efecto de aquel largo pasillo sombrío rematado por un pórtico de oro esplendente, cuyo rosetón gótico parece el brillante disco del sol.

Ése era el maravilloso espectáculo que Déborah se complacía en contemplar desde lo alto de la Torre del Este, espectáculo del que, otras veces junto a Patrick, nunca se había saciado.

¡Cuántas horas habían pasado allí los dos, en medio de la meditación y de la exaltación! ¿Qué sitios habrían podido ser más queridos para ellos? Ni una

piedra, ni una losa en la que Patrick no hubiese grabado sus iniciales entrelazadas, o algunas fechas llenas de recuerdos y de penas.

Allá arriba, subidos en aquella torre, sólo podían ser oídos por el Cielo: el Cielo es discreto confidente, el Cielo no es burlón, el Cielo no es pérfido.

Además, desde lo alto de aquella torre, la mirada de Déborah tenía una tela de rayos de oro semejante a una tela de araña: un rayo partía de la granja de Patrick, otro desde el sauce hueco del torrente, otro de las ruinas del Priorato convertido en cementerio, y más de otros cien lugares en los que habían herborizado juntos, en los que habían leído algún libro preferido.

V

El timbre cascado de la casa solariega había dado la una de la mañana y Déborah, echada completamente vestida en su cama, se levantó sin ruido ni luz, caminó por el gran pasillo de la Torre del Este y bajó hasta una poterna que daba a los fosos secos del castillo. Hacia la entrada del parque, ayudándose con algunos arbustos, subió la contraescarpa y luego, para no ser descubierta, en lugar de seguir el camino ordinario que llevaba directamente a la Garganta del Diablo, tomó un sendero tortuoso y casi impracticable.

Varias veces creyó oír un ligero ruido tras sus pasos, pero, después de volverse y no ver nada, imaginó que podía ser algún animal salvaje o simplemente el eco de sus pasos. El cielo estaba claro, pero era imposible distinguir nada entre los matorrales de aquel agreste sendero. Cuando llegó al torrente, reconoció a lo lejos la voz de Patrick que cantaba una antigua melodía sobre la espera. Al oír ese canto se estremeció de alegría, y cuando llegó a poca distancia del sauce hueco, su punto de cita, gritó la consigna de encuentro habitual:

—¡To be!…

—*¡Or not to be!…* —respondía la voz que cantaba. Y al punto un joven de gran estatura envuelto en una capa salió de las breñas y corrió a su encuentro.

—Yo os saludo, Déborah, llena de gracia y de puntualidad —dijo afectuosamente, cogiéndole una mano, que besó.

—*My lord* está conmigo —replicó ella inclinándose—, soy bendita entre todas las mujeres. Pat, dulce amigo mío, ¡cuánto me tardaba el veros! ¡Oh, si supieseis! ¡Tengo tantas cosas que deciros! ¡Han pasado tantas cosas desde nuestra última entrevista! Pobre amigo mío, cantáis, vuestro corazón está contento. ¿Por qué he de venir yo a turbar esa felicidad? ¡Odiadme, Patrick! Soy vuestro genio malo.

—No, sois mi ángel, y lo sé todo. Esta tarde vagaba yo por la entrada del parque, vuelto hacia la Torre del Este donde creía divisaros, cuando, en la alameda de tejos, encontré a vuestra madre la condesa, que paseaba sola. Después de hacerme el recibimiento más gracioso, poco a poco, con mucho cuidado, vino a hablarme de lo que ocurría y a rogarme que rompiese para

siempre con vos; luego, empezó a hacerme violentos reproches por haber mantenido unas relaciones secretas y por haber burlado su vigilancia; por último, me conminó, me ordenó solemnemente que nuestras relaciones cesasen. «No soy insolente, no quiero humillaros —me dijo al marcharse—, pero cuando se olvida hasta el punto que vos olvidáis, conviene hacer que recuerden, Pat —añadió tuteándome con un aire de desprecio— ¿adónde quieres llegar? ¡Déborah es mi hija! ¡Es la condesa Cockermouth! ¡Y tú, Pat, tú no eres más que un zafio!»

—¡Vos, maltratado de esa forma, Patrick! ¡Oh! Os pido perdón por los amargos cálices que os hago beber. ¡Y es por mí, por mi causa, por lo que sufrís tales angustias!… Pero, ¡gran Dios! ¿Qué tenéis, Patrick? Hay un chirlo en vuestra cara.

—Acababa de alejarse la señora condesa, vuestra madre, y me adentraba en el parque, caminando con la cabeza baja sumido en iracundas ensoñaciones, cuando oí el galope de un caballo remontando la misma avenida: era el conde, que hacía maniobrar a Bereber, su hermosa yegua. Al verme, picó espuelas, vino derecho hacia mí, me rozó al pasar, saludándome con una sola palabra, *¡cerdo!*, y me golpeó con su fusta en la frente.

—¡Pobre amigo mío!… Por favor, Patrick, apoyaos en mi hombro; estoy herida.

—¿También vos, Debby?

—No es nada, una caída… No, Pat, os engaño, también es por una violencia de mi padre. Esta mañana, durante el almuerzo, me ha tirado una copa de estaño que, por suerte, sólo me ha dado en el hombro.

—Noble amiga, ya lo veis, de mí provienen todos vuestros males; ya es hora de que yo seque la fuente de vuestros dolores.

—No, de veras, no sois vos la fuente de mis males, como tampoco yo la de vuestros sufrimientos. Males y sufrimientos, alegría y felicidad nos son comunes. Lo mismo que a toda doble existencia confundida, lo mismo que a toda vida acoplada. Mi destino está mezclado con el vuestro, el vuestro está mezclado con el mío; si uno de los dos es fatal, arrastrará al otro: ¡tanto peor! Quien os golpee, me herirá, quien os ame, me amará; el amor duplica y une todo, mal y bien. La tormenta que derriba la encina derriba el muérdago; la encina no dice al muérdago: yo soy causa de tus males; el muérdago no dice a la encina, yo he dado lugar a tu ruina; no dicen: yo sufro y tú también; dicen: sufrimos. Patrick, no sigamos más tiempo en este tupido lugar; mi madre me ha hecho prometer que estaríamos vigilantes. Si por casualidad nos hubieran seguido

deslizándose entre esos tallares, podrían acercarse y sorprender nuestra conversación. Tengo cosas que pediros que exigen un profundo secreto. Trepemos la ladera, subamos al claro, allí nos sentaremos sobre aquella roca aislada donde nadie podrá acercarse a nosotros ni sorprendernos.

—Todavía estamos en la adolescencia, Debby, y, como si fuésemos viejos, de ahora en adelante sólo vamos a vivir de recuerdos. Desde hace mucho nuestra felicidad menguaba; hoy ha pasado bajo el horizonte; hoy nuestro astro se ha puesto. La noche y todos sus horrores va a descender a nuestra alma. Pero el futuro, lo mismo que el presente, está en Dios: ¡hágase su voluntad! ¡Qué lejos está ya de nosotros aquella época en que juntos podíamos dedicarnos a retozar libremente; aquella época en que la aristocracia aún no había trazado un surco entre nosotros y no había dicho: esto es noble y esto innoble; esto es mío, y esto del pueblo; aquella época en que mis caricias no eran una mancha, ni mi compañía un ultraje; qué lejos está también de nosotros esa época posterior en que, durante las ausencia de vuestro padre, aunque con reserva y discreción, me estaba permitido amaros, veros, estudiar en vuestros libros y herborizar con vos por los bosques y los montes! Con qué placer recuerdo nuestras pequeñas disputas botánicas, nuestras controversias sobre la clasificación de nuestros herbarios, el género, la familia y las virtudes farmacéuticas de nuestras plantas simples. ¡Cuántos cuidados teníamos con nuestros huertecillos, cuánta solicitud con nuestros semilleros! ¡Hoy, entre nosotros se ha ahondado un foso! Foso que la nobleza ha trazado a su alrededor, como Rómulo alrededor de su naciente ciudad; foso que no se puede franquear como Remo sino a expensas de la vida. ¡No soy yo quien retrocedería ante un abismo si no arrastrase a una mujer en mi caída, y si esa mujer, Debby, no fuerais vos! ¡Que Dios me libre por siempre de ser para vos piedra de escándalo!

—Pero es ahora cuando estamos en lo profundo del abismo, y cuando es preciso que salgamos los dos de él; ¿me comprendéis, Patrick?

—Igual que vos me habéis comprendido.

Al decir esto se levantó y se puso a caminar a grandes zancadas y en silencio entre los brezos. Déborah, también en silencio, permaneció acodada en la roca.

A la pálida luz de la luna, vagando entre la maleza, parecía una especie de figura cabalística, o como el inevitable viajero pintoresco con que los pintores animan la soledad de sus paisajes.

Mac-Phadruig, o Patrick Fitz-Whyte, era alto y de noble prestancia; tenía bellos rasgos, ojos azules, tez blanca y pelo rubio; modales educados y

decorosos; no había nada de rústico ni en su porte ni en su voz. Para poseer la prestancia de un hijo de castillo sólo le faltaba una cosa: un poco de grosera desvergüenza.

Sus ropas, sencillas pero de rico porte, se parecían al antiguo traje de la región. Llevaba largas trenzas rubias, a manera de *gibbes* o *coulins*[9], y un marojo de barba sobre el labio superior, a manera de *crommeal*. Estas modas irlandesas, proscritas desde Enrique VIII y hacía mucho abandonadas, le daban un aire extraño en medio de sus compatriotas *vestidos* a la inglesa.

Esa costumbre, tan laudable, de acercarse lo más posible a los mayores que uno ama, de convertirse en culto viviente de unos tiempos que se echan de menos, no era ni comprendida ni apreciada; al contrario, le hada pasar por loco. Sólo Déborah le aplaudía en esto; por nada del mundo le habría gustado ver a su *coulin* vestido como un londinense, de *cockney*[10].

En otro tiempo, las jóvenes daban así el nombre de *coulin* a su amado. Déborah, enamorada de ese antiguo término amoroso, se complacía en dárselo a Patrick; y en su boca la palabra se convertía en caricia. Sólo quien haya sorprendido en los labios de una provenzal el dulce nombre de *caligneiro*[11], puede concebir todas las delicias de *coulin* en boca de Debby. Hay ciertas palabras tan suaves moduladas por una amada que ningún instrumento podría suspirar una nota más melodiosa. Son peligrosos perfumes que embriagan. Son las armas más terribles de Dalila.

Así como las pequeñas modas semanales, creadas para uso de currutacos y lechuguinos, son algo lamentable, así las modas autóctonas o indígenas, patrimoniales y nacionales, son altas y graves cuestiones. Los tiranos y los conquistadores siempre las han considerado así, y las han considerado bien. Un pueblo cautivo que no habla la lengua de sus vencedores, que conserva religiosamente el traje de sus padres, es un pueblo libre, un pueblo no vencido, un pueblo indomable. No son las ciudadelas las que defienden un territorio, son las costumbres de ese territorio. Si los legisladores tuviesen la sutileza de los tiranos, habrían clasificado entre los traidores a la patria, y castigado con la muerte, a todo el que cambia y modifica el traje de su nación o imita el de los pueblos extranjeros. La incorporación del pueblo conquistado al pueblo conquistador no se hace mediante la alianza y el cruce de razas, sino por la unidad de la indumentaria y del lenguaje. Cuando los moscovitas defendían su barba y su traje frente al zar Pedro[12], no disputaban por su barba y por su traje,

sino por su libertad. ¿Adónde condujo a los polacos el abandono de su indumentaria? Cuando Enrique VIII proscribía los *gibbes* a los habitantes de la verde Erín, cuando proscribía su lengua y sus *ministrels*[13], no era eso lo que proscribía, sino la libertad de Irlanda, que asesinaba sin remisión. Cuando en la actualidad el sultán Mahmud[14] se empeña hasta el aburrimiento en *rusificar* o *afrancesar* a sus turcos, no se trata de turbante o de sombrero, de levita o de caftán, de hidromiel o de vino, ¡se trata nada menos que del asesinato de Oriente!

Si la mayor preocupación de un tirano es nivelar las asperezas nacionales y locales que frenan las ruedas de su carro, la primera preocupación de una nación que despierta, de una nación que trata de romper sus cadenas, es recuperar sus apariencias primitivas: así los moreotes[15] evocaron hasta su nombre de helenos.

Cuando los estudiantes alemanes trataron de resucitar la antigua indumentaria germánica, cosa que criticaba con fuerza el señor de Kotzbeue[16], golpearon a la tiranía en pleno corazón; y los tiranos, ante ese manifiesto, temblaron en sus tronos augustos y decretaron de parte de Dios el corte de las cabelleras largas y de los bigotes finos.

La indumentaria es la manifestación más llamativa de los sentimientos y de la voluntad del individuo y de la nación, es una reclamación permanente de su valor y sus derechos.

Patrick tenía toda la bondad de carácter de los irlandeses, dulces, educados, hospitalarios, generosos, pacientes ante el sufrimiento, audaces para emprender, valientes e impetuosos en su ejecución; de ingenuidad intelectual, y a veces satírica; más fáciles de engañar que de desengañar; amantes, afectuosos, fieles y auténticos; que no se dan nunca por derrotados, que nunca pactan con la iniquidad; que todavía sueñan con la insurrección incluso con el cuello bajo el pie de su enemigo. Mala pasta para convertirlos en esclavos, pero enjundiosa para hacer de ellos comensales. Religiosos por desesperación, como todos los oprimidos; sin aprecio por la vida, como todos los miserables; de ahí, inapreciables soldados.

La estancia de Patrick en el castillo durante su infancia, su contacto con gentes de condición, la educación femenina que había compartido con su inseparable Déborah, le habían dado la exquisitez del buen tono: una elocución fácil y selecta, buena presencia y discreción: cosas todas que contrastaban con sus rústicas ropas.

Su amor por Déborah no era fruto del orgullo o de una necia presunción. Era muy anterior a cualquier razonamiento, databa de los primeros pasos en la vida. Una atracción fortuita, magnética, había acercado a estos dos seres aislados y frágiles, nada más. Tenían la pasión del amor, pero no eran sabios en amor. El amante sufre su ley natural sin nada de malicia, sin saber una palabra de magnetismo: son los sabios, y no el que ama, los que razonan. Aunque su sentimiento fuese inalienable, no tenían ningún documento sobre su intensidad: porque sólo por la experiencia y la comparación se llega a fijar en el espíritu el valor de las cosas: todo valor es siempre relativo.

Su amor no tenía las apariencias de una pasión: no había símbolo extremo y violento; era un estado dulce, uniforme, constante; era un cariño estancado que ellos creían sin duda inherente a su naturaleza, y, como el aliento y la nutrición, una condición absoluta de su existencia. Pero no, hablando en términos más simples, no creían nada: ¿despreocupados del *por qué*? No analizaban nada; soy yo, un rétor, el que cree y el que analiza. Ellos vivían el amor, ¡y eso era todo!

Si la compañía de Déborah había afeminado a Patrick, la de Patrick había dado a Déborah un poco de ese porte masculino que, lejos de afear las gracias púdicas, las vuelve más amenas.

Déborah se expresaba mejor que Patrick, pero comprendía peor, no captaba los conjuntos, no resumía. Se acaloraba y hacía todo a la primera; Patrick sopesaba todo al principio, ejecutaba algunas veces, y a la larga se acaloraba. Todas las sensaciones de la joven eran extremas, alegría y dolor; se dejaba abatir enseguida; todas las sensaciones de Patrick eran profundas; la duda podía alcanzarle y afectarle, pero nada en el mundo tenía poder para abatirle. De la sensibilidad espontánea y exclamatoria de Déborah derivaba su razón; la razón de Patrick engendraba su sensibilidad tardía y fría; el uno era concreto y la otra abstracta.

Las líneas de los rasgos de Patrick eran tangentes a la tierra; las de los rasgos de Déborah tangentes a lo contrario. El color de su piel era oscura para una anglo-irlandesa, sus ojos y sus cejas eran negros; y si sus cabellos no hubieran sido levantados, espolvoreados y encintados, habría tenido la más bella diadema, una larga cabellera de jade.

Era, en suma, más constantemente activa que Patrick, más decidida por menos previsión, y, como él, soñadora de aventuras.

Tras una larga pausa de silencio, Patrick, dejando de vagar entre las retamas, se acercó a su noble amiga, que seguía inmóvil y acodada en la roca, como una

estatua llorante de mármol sobre un cenotafio, como una de las lúgubres estatuas de las tumbas de Canova[17].

Y, cogiéndole dulcemente la mano, se sentó a su lado.

—¡Oh, cómo inducen la noche y la sombra al recogimiento, Debby! ¡Oh, con qué pena se turba el hermoso silencio de estas charlas! Es tal la influencia de las escenas exteriores sobre nuestra alma que, en la calma de las noches, involuntariamente hablamos en voz baja, como, bajo las sombrías bóvedas de una iglesia, un impío sobrecogido de respeto a pesar suyo ante la majestad del lugar.

—Sí, es cierto, la oscuridad nos hace entrar en nosotros mismos, mengua nuestro cuerpo, lo estrecha, y la expansión misma adquiere un carácter misterioso.

—Hace un rato, Debby, cuando os hablaba mediante figuras, cuando os hacía bellas frases, decía que la altanería de la nobleza había cavado entre nosotros un foso que sólo podríamos franquear al precio de nuestra vida, como Remo; no hablaba con precisión; ¿no hay siempre algún medio para eludir la ley más textual? Oblicuidad y longanimidad hacen más que arrebato y bravata. Si colmásemos ese foso en lugar de arriesgarnos a franquearlo, ¿no obraríamos con mucha más prudencia?

—Sí, desde luego.

—¡Me marcharé, Déborah!

—¡Nos marcharemos!… ¡Bendito sea Dios, que nos ha inspirado a ambos la misma resolución! ¡Sí, Patrick, es preciso que nos vayamos!

—Lo que me obliga a irme, también me obliga a irme solo. Si me haría daño no alejarme ahora de vos, más daño me haría llevaros conmigo, arrancaros de vuestra familia, sacaros de la opulencia para no ofreceros a cambio otra cosa que el destino aventurado de un desdichado en el exilio, y las posibilidades de miseria que tal vez me esperan. Me siento capaz de soportar todo, salvo de veros sufrir.

—Eso, Phadruig, es una generosidad falsa; no podríais soportar verme sufrir, decís, ¿y podríais soportar saberme sufriendo? Vuestra generosidad se parece mucho a la del asesino que hiere apartando la vista.

—Antes de juzgarme con tanta severidad, habríais debido al menos dejarme acabar mi propuesta; y entonces habríais comprendido que, si en mi decisión no hay generosidad, al menos hay prudencia. Un secuestro, un rapto es desde luego

una aventura muy hermosa para una novela; pero, os lo ruego, seamos serios. Henos aquí convertidos en conspiradores, amiga mía, dejemos a un lado lo maravilloso. En el punto en que están hoy las cosas, ha llegado la hora de tomar una decisión. En lo sucesivo nos sería imposible mantener sin peligros la más escasa y más secreta relación, y toda ruptura nos resulta imposible mientras ambos vivamos en esta tierra; dejémosla; nuestros pasos no hollarán aquí más que espinos. Por eso había pensado que convendría adelantarme yo solo, y que me dirigiese a Francia, donde aman y acogen a las gentes de nuestro país, donde cuento con algunos compatriotas amigos en el ejército, sobre todo en los regimientos irlandeses, y entre el clero. Con su ayuda y recomendación encontraré fácilmente plaza en una compañía donde, con la gracia de Dios y mi espada, trataré de labrarme un camino. Francia no es ingrata con las gentes que adopta, con los que, como yo, le consagran su valor y su sangre. En cuanto tenga un empleo, en cuanto me crea sólidamente establecido, os lo haré saber en secreto y entonces podréis ir a reuniros conmigo con plena seguridad.

—No, Patrick, no; cualquiera que sea la prudencia de ese proyecto, nunca consentiré en él. Nos iremos juntos, no puedo estar separada de vos; os lo suplico, no me dejéis aquí, me moriría. Además, ¡no puedo! ¡Es imposible! ¡Tengo que marcharme de este infierno! Mi padre debe presentarme dentro de poco a un futuro marido, a un pretendiente de su gusto. Si rechazo a éste como a los otros, tiene pensado encerrarme en una casa de corrección de Inglaterra. Ya lo veis, esto no nos deja elección; es absolutamente necesario que me vaya, y pronto.

—Si es así, Déborah, sólo tengo una palabra que decir: ¡huyamos!

—Por mi parte, también yo había hecho muchos proyectos, y cuando pedí a mi madre permiso para venir a esta cita, que sería la última, lo hice para trazar con vos el plan de nuestra fuga. Me había dicho: si mi amado Pat quiere consentir exiliarse conmigo, cuando yo haya podido reunir mis joyas y mis objetos más preciosos, cuando él esté dispuesto, y no haya ningún obstáculo, una hermosa noche nos escaparemos de Cockermouth-Castle y haremos vela rumbo a Francia. También yo había pensado en Francia. Allí viviremos al principio de lo poco que hayamos podido llevar. Cuando hayamos agotado nuestros recursos, daremos clases de inglés; haremos cualquier cosa, hasta que yo sea mayor para pedir cuentas a mi tutor de las donaciones de bienes de mi abuelo.

—¡Oh, Debby, mi Debby, qué felicidad! ¿Te imaginas?… ¡Cómo va a desplegar sus alas bajo un hermoso cielo nuestro amor!… Allí, al menos,

seremos nuestros amos; allí, al menos, nuestro amor dejará de ser un crimen cometido en las tinieblas; podremos amarnos delante de todos; podremos salir con la cabeza alta por la ciudad, podremos asomarnos los dos a las ventanas. Tú podrás decir: Aquel que viene es mi marido. Yo podré decir: Esta madre tan bella que da de mamar a un niño es mi esposa, y ese niño es nuestro fruto. Allí tu amor tendrá como destino un hombre, y no un ilota[18] abyecto. ¡Allí, a quien me corte la cara con su fusta, yo le cortaré el cuello! Con esta sola esperanza siento que mi alma se yergue con la violencia de un álamo curvado hasta el suelo por una ráfaga. ¡Ay!, no puedo creer que me esté reservada tanta alegría. Todo esto no es más que un sueño: esperemos a despertar; todo esto no es más que poesía que el menor viento ha de barrer como las hojas secas del otoño…

—Callaos, Patrick, ¿por qué esas dudas injuriosas contra el futuro? ¿Por qué, en el momento en que se realiza nuestra felicidad, tratarla de falsa esperanza? ¿Qué le hemos hecho a Dios, para que nos niegue esa felicidad? Suena el reloj; escuchemos: las dos ya. Apremia el tiempo, Patrick, démonos prisa y ocupémonos de nuestra fuga: ya lo sabéis, ésta es nuestra última entrevista. ¿Cuándo partiremos?

—Estoy dispuesto y preparado para cumplir vuestros deseos: cuando queráis; dentro de ocho días, antes incluso.

—Partiremos de noche, para más seguridad.

—A medianoche, ¿queréis?

—¡Patrick, se me ocurre una idea! Ahora que vamos a ser espiados con rigor, todo cuidado será poco para que no fracase nuestra empresa en el momento de su ejecución; el 15 de este mes es el aniversario del nacimiento de mi padre; ese día, todo el castillo está en Fiesta: como sabes, hay una gran afluencia de extranjeros: los criados tienen trabajo para volverse locos, será imposible la vigilancia. Yo podría hacer a mis anchas todos los preparativos. Por la noche, suelen servir una gran cena a toda la nobleza de la comarca… Aprovechemos ese momento para nuestra fuga, será segura: entre el gentío me perderán de vista, y estaremos lejos cuando se den cuenta de mi ausencia.

—¡Bien, Debby, muy bien!, una idea maravillosa.

—Así que el 15 de este mes, Phadruig, a las nueve en punto, tienes que estar en la entrada del parque: yo estaré allí.

—Sí, en la entrada del parque, al pie de la terraza, en el camino de sauces.

—¿De acuerdo?

—De forma irrevocable.

—¡Patrick, soy tuya, me entrego a ti!… De rodillas, agachémonos: Dios, que habitáis en nuestro corazón, bendecid nuestra unión, bendecid nuestro amor; bendecid a Déborah, que delante de vos se hace esclava de Patrick, de Patrick, vuestro fiel servidor, su esposo elegido entre los hijos de los hombres. ¡Dios, protegedle, dirigidle y llenadle de vuestro espíritu! Porque la esposa seguirá al esposo, pero el esposo, ¿a quién seguirá?

—Naturaleza, tierra, cielo, sed testigos: por toda la vida y por toda la eternidad, que Déborah sea mi esposa y mi compañera; que yo sea el esposo de mi esposa: ¡éstos son nuestros deseos! ¡Dios, defiéndeme! ¡Dios, protégeme! Y yo defenderé y protegeré a la que se entrega a mí indefensa.

—Dame tu dedo, Patrick, para que le ponga este anillo; lo llevaba mi abuelo, y al morir me lo legó como último, como supremo recuerdo: para mí es una reliquia sagrada; lo quiero como a mi vida, y por eso te lo doy: llévalo.

—Os lo agradezco, amiga mía. ¡Oh, qué glorioso soy ahora! ¡Que esta alianza, en la vida y en la tumba, permanezca en mi dedo, donde vos lo habéis clavado! ¡Estoy tan orgulloso de esta empresa como un paladín!

—El cielo ya está clareando por el oriente: no nos dejemos sorprender por el alba; separémonos, Patrick; ¡adiós, amigo mío, adiós! Hasta el día en que rompamos nuestras cadenas.

—¡Adiós, Debby, adiós, amiga mía! ¡Adiós, mi amante! Cuidad bien de vos. Si tenemos que escribirnos, dejaremos nuestras cartas en el sitio de siempre. Soledades, por última vez hemos venido a turbaros; ya no seréis despertadas por nuestros gemidos. ¡Gracias por habernos prestado tantas veces vuestras discretas sombras! ¡Os abandonamos por siempre por una tierra lejana, que como vosotras nos será hospitalaria, y donde nuestro amor encontrará, incluso en medio de las ciudades y de la multitud, el desierto y la libertad que veníamos a buscar en medio de vuestras rocas! Un beso, Debby.

—¡Mil!… ¡Patrick! ¡Patrick, mi hermoso *coulin*!

Desconsolada, Déborah había arrojado sus brazos alrededor del cuello de Patrick, que la estrechaba contra su pecho palpitante, y que paseaba sus labios, todavía tímidos, pero ardientes, sobre su frente echada hacia atrás. No podían romper su abrazo; no podían superar una atracción que los ligaba.

Era su primer abrazo, fue largo: abrazados, boca con boca, descendieron el claro en medio de una embriaguez tan loca que pasaron la ribera y entraron en el lecho del torrente hasta media pierna. Este peligro destruyó el hechizo que los

poseía.

Patrick se adentró en el parque y Déborah volvió a tomar el agreste sendero por el que había venido. Varias veces volvió a parecerle que oía pasos tras los suyos; se detenía para escuchar, pero el ruido cesaba, lo mismo que cesa, en los prados, el canto de los grillos cuando se acercan pasos. Varias veces la precedió aquel rumor, y las cimas de los arbustos parecieron agitarse de forma sobrenatural. Un espino junto al que pasó le quitó el echarpe que flotaba sobre sus hombros; retrocedió para cogerlo; el espino se balanceaba, pero el echarpe había desaparecido. Su terror se hizo mayor y aceleró la marcha. Llegada a los últimos tallares del sendero, una explosión de arma de fuego estalló sobre su cabeza; el espanto la hizo lanzar un grito y doblar las rodillas; pero, recuperándose de inmediato, descendió a los fosos del castillo para alcanzar la Torre del Este. ¡Allí, grandes dioses, la sobrecogió el estupor! La poterna que había cerrado tras ella al salir estaba abierta.

VI

A las ocho de la mañana Chris entró en la habitación del conde de Cockermouth, trayéndole, como de costumbre, su dentífrico, es decir una garrafa de ron, que el conde vaciaba antes del almuerzo. Era el único cosmético del que hacía uso su amo.

—Y bien, Chris, ¿hemos hecho vigía esta noche?

—Mi *comodoro*, desde que me habéis dado patente de corso, no he dejado mi crucero; y he hecho buena caza y buen botín.

—¡Maldito papista! ¿Acaso?…

—No se admite la duda, mi comodoro. Hacia la una de la mañana, oí caminar por el corredor de la Torre del Este, luego abrir y cerrar la poterna; al punto me lancé en persecución de quien pudiera ser, siguiendo el mismo rumbo, pero a cierta distancia. Cuando, después de haber descendido por el sendero, llegué a la verja del parque, vi claramente, y tan de cerca como os veo a vos, a la señorita Déborah que seguía la orilla del torrente. Cuando estuvo cerca del sauce hueco, apareció de pronto un joven, y le vi de cara: era, porque reconocí enseguida su cabellera y su voz, ¡el señor boyero Pat! ¡Ah, mil trombas de agua! ¡Si no me hubiese contenido, mi comodoro, por respeto a vos, de buena gana habría alojado unas cuantas balas en los riñones de ese currutaco! A través de la maleza me acerqué lo más posible a ellos, y escuché: al cabo de una cantidad de cosas que no estaban muy claras para mí, oí a la señorita Déborah decirle a Patrick: «No sigamos aquí: mi madre me ha recomendado que tengamos cuidado; si, por azar, alguien oculto en esos tallares nos espiase, podría escucharnos y oírnos; subamos al claro».

—¡Maldito papista! ¿Eso oíste?

—Sí, mi comodoro, palabra por palabra. Así pues, subieron a la colina y fueron a sentarse a la roca, en medio de las retamas; allí, obligado, para que no me descubriesen, a permanecer a cierta distancia, oía mal sus diálogos; sin embargo, puedo afirmaros, mi comodoro, que ese granuja de Pat… ¡Ah, si no me hubiese contenido!…

—¡Vientre de papista! Esto acabará mal…

—Aquí tenéis, mi comodoro, el pañuelo de *my lord* Pat, olvidado en la

maleza, y el echarpe de la señorita Déborah. Seguía de cerca a la señorita a la vuelta y, con vuestro perdón, mi comodoro, le di un buen susto: escondido en un matorral en el momento que pasaba, disparé al aire mi carabina: ¡qué susto!, mi comodoro, creo que le quitará las ganas de los merodeos nocturnos.

—¡Perro de mar! ¡Imbécil! En vez de a Déborah, es a Pat al que hay que seguir para dispararle tu carabina en la cabeza…

—Mi comodoro, no hago nada sin vuestra orden; si no hubiese temido desagradaros, de buena gana, de muy buena gana, habría estrangulado a *master* Pat, a quien guardo rencor desde hace mucho. ¡A vuestro servicio, mi comodoro!

El conde estaba rojo de ira, sus pies rompían los paneles de la cama y sus puños golpeaban la pared.

—¡Maldita sea!… ¡Y no has matado a Patrick!… —aullaba—. ¡Cobarde! ¡Largo de aquí, largo!

De repente se bajó de la cama, estrellando su mesilla de noche contra el suelo. No era dueño de sí; su sangre había refluido hacia la cabeza; sus miradas eran lanzadas; paseaba arriba y abajo por el cuerpo arrastrando las sábanas; agitaba las piernas como si hubiese querido aplastar algo. Chris estaba petrificado.

—¡Y no le has matado, Chris! —aullaba cada vez con más rabia; echaba espuma por la boca—. ¡Lárgate! ¡Largo, te digo! ¡Te estamparía la crisma!… ¿No ves mi cólera? ¡Largo, de buena gana te mataría!…

Chris salió.

Lord Cockermouth permaneció inmóvil un instante, luego, de repente, se lanzó hacia el cordón de la campanilla y lo agitó con violencia dejándose caer sobre un sillón.

Casi al punto acudió la duquesa; al ver el desorden de su esposo y el desorden de la habitación, se quedó estupefacta a la entrada.

—¿No me habéis llamado, milord? ¡Grandes dioses! ¿Qué os ha ocurrido? ¿Qué es todo esto?

Al oír la voz de su esposa, Cockermouth levantó su cabeza abatida sobre el pecho; trató en vano de levantarse del sillón, la violencia lo había extenuado; su voz, rota por la rabia, era sorda y ronca.

—¡Ah! ¡Sois vos, señora!… ¡Bien!, siempre con vuestro airecillo cándido que tan bien os sienta. Creo que hasta en la misma horca os haríais la ingenua. ¡Bien! ¡Ahora, adoptáis el aire zalamero, *Saint hearted milk-soup!*[19]

—Milord…

—Milady.

—¿Qué tenéis, amigo mío? Hablad.

—Tengo que hacerme lenguas de vos, *mistress*; sois franca, sincera, sumisa, obediente; tenéis nobles maneras de ver y de obrar; no podríais ir contra vuestro rango ni contra vuestros deberes, no podríais faltar al honor de mi casa; sois buena madre, y de buen consejo y buena vigilancia; recibid mis más atentos saludos.

Todas estas congratulaciones eran dichas con énfasis y adornadas con risas insultantes.

—Conde, vuestras burlas son amargas.

—El que se siente herido se lleva la mano a la herida.

—Explicaos.

—Comprendéis perfectamente.

—Milord, es el apocalipsis[20].

—¡Ah! ¡Queríais engañarme, señora ingenua! Para vos, siempre ha sido ley infringir mis órdenes; siempre os habéis reído de mis deseos; nunca habéis querido conservar la menor dignidad, ni observar el decoro más común; ¡tened cuidado! ¡No me saquéis de mis casillas!

—Milord, no sé en qué he podido pecar.

—¡Ah! ¡Queríais engañarme! ¡Ah! ¡Para vos ha sido ley prostituir a mi hija! ¡No la prostituiréis!… ¿En cuánto la habéis vendido?

—¡Milord, soy madre! Habláis de un modo repugnante.

—¿En cuánto la habéis vendido al señor Pat? ¡Estabais de acuerdo con él, facilitabais sus avances mientras delante de mí protestabais de su inocencia y rechazabais mis demasiado ciertas sospechas! Sin duda, vos lo llamáis sutileza. Señora, esa sutileza lleva a Newgate.

—¡Conde, me ultrajáis!… ¡Me acusáis en falso!…

—¡Mentís, señora!

—¿De dónde vienen esas monstruosas ideas?

—¡Monstruosas! Vos lo habéis dicho… Esta noche, Chris ha seguido a vuestra hija al parque, y la ha visto haciendo de tórtola con Pat; la ha oído decir a ese boyero: «No sigamos aquí, mi madre me ha recomendado que tengamos cuidado…» ¡Ahí tenéis, milady, de dónde vienen esas ideas monstruosas! ¿Qué tenéis que decir?

—Os suplico únicamente que me escuchéis, mi señor; y veréis que, a pesar de esas apariencias, mi conducta ha sido pura. Aunque yo no pudiese creer en los informes de Chris, vuestro criado, temiendo no obstante que vuestras sospechas llegasen a confirmarse, por debilidad materna advertí a Déborah de vuestras dudas a su respecto para ahorrarle los sufrimientos que le causaría vuestra justa cólera. La interrogué: ella me confesó toda su culpa; desde hace un año estaba viéndose con Patrick, sobre todo en el parque, en citas nocturnas; pero con todo respeto y todo honor.

—¡Y vos lo creéis!… ¡Basta!…

—No calumniéis a mi hija, milord; haceos el gracioso, ¿no os da vergüenza vuestro espíritu grosero? Nunca habéis podido comprender el casto trato de dos almas; para vos el amor nunca ha sido más que un fauno o un sátiro.

—Un fauno o un sátiro, con todo respeto y todo honor, milady.

—Después de los reproches y los consejos que mis deberes de madre me dictaron, le supliqué que rompiese con Patrick; me lo prometió con una sola condición: la de ir por última vez a una cita que tenía ayer noche, a fin de leer a Patrick su sentencia y darle su último adiós. Se mostró conforme con todas mis decisiones y yo no podía negarle tan poco. Así pues, le recomendé que tuviese cuidado para evitar vuestros espías y no perder, por torpeza, en esa última entrevista, el fruto de sus buenas resoluciones. Ahí tenéis todo mi crimen, tomo a Dios por testigo, juzgadlo en vuestro corazón. En cuanto a Déborah, respondo con mi cabeza de ella en el futuro.

—¡Con vuestra cabeza!

—Ha roto para siempre sus relaciones con Patrick; por lo que se refiere a sus vínculos morales…, no sé: ¡sólo Dios puede leer en nuestra alma!

—¡Ha roto para siempre sus relaciones!

—¡Sí, milord!

—¿Eso creéis?

—¡Totalmente!

—Me encanta eso, condesa.

—Se consigue más con la dulzura y los ruegos que con las amenazas y los malos tratos.

—¿Creéis eso?

—¿Por qué ese aire burlón, milord? Os hablo en serio y vos os reís.

—Sonrío por la alegría que siento pensando que Déborah ha cambiado conforme a mis deseos, todo a mayor gloria de mi raza.

—Fuisteis mal hijo: sois mal esposo, seréis mal padre, milord.

VII

Lord Cockermouth tenía toda la apariencia de un verdadero puerco de Epicuro. Aunque grande, su grosor era desconocido en el Continente: dos hombres no habrían podido rodearlo con sus brazos. La panza le caía como un odre enorme y le golpeaba las piernas: tenía quince años cuando dejó de poder verse las rodillas. Su cabeza, de tipo inglés, parecía una chola de pepona monstruosa. La distancia entre el labio superior y la nariz, corta y respingona, era horriblemente desmesurada, y el informe mentón se ahogaba en su cuello de grasa. Tenía la cara violeta, la piel quemada y dorada, los ojos pequeños y entreabiertos; y trasudaba el *roastbeef* el vino y el ale por todos los poros. En una palabra, este pesado bulbo humano que aún se movía con bastante agilidad y energía, era uno de esos pólipos carnosos, uno de esos gigantescos zoofitos fungosos y esponjosos, indígenas de Gran Bretaña.

Para reanimar sus rentas, agotadas por una juventud crapulosa, lord Cockermouth, camino ya de la vejez, se había casado, aunque inglés de pura cepa, con la hija de un rico angloirlandés.

Sir Meadowbanks, su suegro, no tardó mucho en arrepentirse de haberle entregado a su hija por la vanidad de una *alianza honorable*; y para reparar su error había puesto en Déborah un cariño generoso. Durante las ausencias de su yerno había ido en varias ocasiones a vivir a Cockermouth-Castle, y varias veces había llevado a sus hijos a su mansión de Limerick. Había sido mucho tiempo cónsul de los comerciantes ingleses en Livorno, hablaba perfectamente italiano y le había encantado enseñárselo a Déborah, que a su vez se lo había enseñado a su amigo Patrick. A su muerte, sir Meadowbanks le había hecho donación, mediante testamento ológrafo, de todos sus dominios y el legado de su biblioteca italiana y de su colección de cuadros, algunos de los cuales, de grandes maestros, valían su peso en oro. Por último, sin deferencia alguna hacia lord Cockermouth, había donado la curaduría de esa herencia a un miembro del colegio de abogados irlandés, M. Chatsworth, joven de carácter probo e inflexible firmeza, cuyo solo nombre hacía temblar al viejo comodoro.

Desde su matrimonio, lord Cockermouth había sido nombrado gobernador de varias plazas en la India, y, varias veces, comandante o comodoro de pequeños

escuadrones. Esos años de ausencia habían sido los únicos años de tregua y consuelo de su esposa. En todas sus gobernaciones se había hecho aborrecer, él, su nombre y su recuerdo. No porque fuese injusto, sino porque tenía, en grado supremo, el carácter nacional, porque era inhumano. No habría empujado al crimen; pero, cuando se había incurrido en falta, no había escapatoria posible, empujaba a la muerte. En todos los casos infligía la máxima pena y los máximos suplicios. En el mar, había conseguido una reputación no menos espantosa. La sola vista de su corneta roja en el palo mayor horripilaba a los piratas. ¡Ay de los piratas que se dejasen capturar por él! Nada más cogidos, colgados. En realidad era raro ver su *brick*, de caza o en crucero de vigilancia de costas, sin algunas docenas de esqueletos flotando entre las vergas y los mástiles. Su fiel Chris, antiguo corsario convertido, vuelto al camino de la virtud, era, por temperamento natural, uno de sus más fervientes colgadores de piratas. También con frecuencia, para darse algún placer, lord Cockermouth se había hecho otorgar patentes, y a su costa y riesgo había armado en corso. Planteaba como principio filosófico que la raza humana es la más fecunda, y por consiguiente la de menos valor, y, dado que su fecundidad siempre estaba relacionada con la sangre humana vertida, había que poner mucho cuidado no en abatir un hombre, sino un roble.

En última instancia, como todos los seres crueles para con los demás, era muy complaciente con su persona y de un egoísmo que le hacía sobresalir incluso entre sus compatriotas, maestros consumados en egoísmo. Eternamente atiborrado de buena carne, y casi siempre con dos vinos de más, en sus momentos de abandono y de sutiles gracias, a veces, soltando una risa que era una verdadera onomatopeya de un cerrojo de prisión de melodrama, se golpeaba la panza diciendo: «¡Maldito vientre! Me sales por más de cien mil libras esterlinas».

Añádase a todo esto unas pretensiones aristocráticas desmesuradas; un orgullo impúdico; una altivez insostenible; y una gravedad flemática que le hubiese hecho pasar por un pensador ante quienes consideran profundas a las gentes taciturnas, y que, por ese motivo, sin duda, hubiesen hecho menos caso de san Antonio que de su compañero[21].

Así era, exactamente, el bruto al que habían dado a pastar a la pobre miss Anna Meadowbanks de apenas dieciséis años; a mi ánimo le repugnaría detenerse en las desdichas que la abrumaron. Sin experiencia alguna, ignorante

de sus derechos, dulce, buena, tímida, llena el alma de terror, aquella niña se había inclinado sin rechistar bajo el cetro, o mejor dicho, la maza de su esposo. Y su corazón ardiente, que no había encontrado dónde emplear sus pasiones, había derramado todo su amor concentrado sobre Déborah, único vínculo que la unía a la existencia.

VIII

Había transcurrido una semana desde su última entrevista en el parque; y, cada día, Déborah no había dejado de dirigir su paseo hacia el sauce hueco del torrente, donde inútilmente había desenterrado y abierto un cofrecillo de acero, depositario habitual de sus mensajes. Este silencio de Patrick la habría sumido en gran inquietud si, desde lo alto de la Torre del Este, no le hubiese divisado varias veces dirigiendo su carreta hacia las tierras de labor de la llanura.

El 10, al acercarse al sauce, su corazón se estremeció de alegría; en el sitio del cofre, la tierra había sido removida recientemente; Patrick acababa de dejarle esta nota:

> «Admiro vuestro silencio; y de él saco buenos augurios: los charlatanes no son gentes de honor. Si alguna vez publicasen vuestra correspondencia, sería desde luego auténtica».

El 11, Déborah confió al cofre esta carta.

> «Si admiráis *vuestro silencio*, yo admiro vuestro epigrama; y en sus monólogos encuentro vuestro espíritu demasiado severo con él mismo.
>
> Lejos de temblar ahora ante la hora de la ejecución, sigo inquebrantablemente convencida de que nuestra vida y nuestra felicidad sólo datarán del día de nuestra fuga, como el islamismo sólo ha datado de la hégira de Mahoma. Ya veis que os devuelto vuestra sal ática convertida en flor de Oriente; lo uno por lo otro.
>
> Hablando más en serio, casi siento remordimientos cuando pienso en todo lo que voy a hacerle a mi pobre madre. A menudo, cuando me prodiga sus caricias, me aparto para dejar caer algunas lágrimas que me arranca la idea de mi traición. ¿Por qué no es cruel como mi padre? Se sufre menos engañando a un malvado. Debo confesar que, aunque me tratéis de loca o de débil, tan arrastrada a la efusión por sus sentimientos, tan alcanzada por su resignación, muchas veces me ha venido la idea de arrojarme a sus pies y

decirle: Madre, soy tan criminal con vos… Creo que me aliviaría de un peso enorme que me ahoga; pero tranquilizaos, Patrick, no lo haré. Estad seguro de que tengo fuerza suficiente para resistir al impulso de un sentimiento que nos perdería, y de que una impresión pasajera no destruirá la obra deliberada de mi razón.

Siempre estoy encerrada en mi cuarto, y no veo a mi padre, a quien mamá espera calmar pronto. Según ella, me otorgará amnistía general por su cumpleaños; tanto más cuanto que casi está obligado a ello para la presentación de mi nuevo pretendiente».

El 12, Déborah encontró esta nota.

«Acuso recibo de vuestra carta. Por favor, noble amiga, si tenéis preparativos que hacer para vuestra marcha, hacedlos en el mayor secreto: tened cuidado con la actividad de los espías de vuestro padre, ya que seguís en guerra abierta. Ya sabéis cuál es el juego al que jugamos y conocéis nuestra apuesta.

Mi vida no es más que una palpitación continua: mi alma es como una golondrina que se balancea sobre una rama flexible, batiendo las alas, ensayando el vuelo, antes de tomar impulso hacia una ribera sin invierno.

Con la cara vuelta hacia Oriente, permanezco en pie como un hebreo comiendo en Pascua; ceñidos los riñones y apoyado sobre un bordón».

El 13, Déborah respondió:

«*My dear Coulin,*

Mi ánimo se queda pasmado cuando pienso en todo lo que puede una voluntad invencible; y cuando pienso que un hombre no hace ningún uso de su voluntad, que siempre podría ser invencible. Indudablemente, todo esto es por el bien de la sociedad, porque, si cada uno de sus hijos tuviese una voluntad formal, individual y espontánea, mañana mismo la sociedad estaría muerta.

Las trompetas a cuyo sonido se derrumbarán las murallas de Jericó son los símbolos parlantes de la voluntad; tocadlas, y caerán sus espesas murallas.

> Pasado mañana, los grillos que deben encadenar nuestra vida, los muros de la mazmorra donde debía pudrirse, se desmoronarán al sonido de nuestra voluntad, y colmarán el abismo que nos separa».

El 14, Déborah no pudo salir hasta la caída de la tarde; entre dos luces, se deslizó por las apartadas alamedas hasta el sauce hueco, y con la diligencia de la alegría se arrodilló para exhumar el cofre de acero; pero su cuchillo penetró en la tierra hasta el fondo, sin chocar con nada: ¡no había cofre!

Esta decepción fue tanto más estupefaciente cuanto más viva había sido la alegría presentida. Se volvieron más pesados sus brazos, la cabeza se dejó llevar por su propio peso, su mirada inmóvil permaneció clavada en la tierra; el trabajo de su pensamiento, como un reloj cuya cadena se ha roto, se detuvo.

Recuperada de ese primer pasmo, su mente se explicó con ingenuidad aquella desaparición: «¡Patrick, se dijo, no habrá querido dejar enterrado este cofre que tanto quería, no habrá querido abandonar este confidente fiel y secreto, esta joya que siempre exhalará para nosotros un dulce perfume de recuerdos! ¡Patrick habrá venido a desenterrarlo, Patrick ha hecho bien!»

Y, satisfecha por la buena acción de su amigo, regresó al castillo.

IX

—¿Quién va? —exclamó lord Cockermouth, al oír que alguien andaba en su aposento, donde, después de la cena, se dedicaba con lady Cockermouth a disponer el banquete del día siguiente—. ¿Quién anda ahí?

—Soy yo, mi comodoro.

Y, acercándose por detrás, Chris se inclinó al oído del conde.

—Hay novedades —dijo—, tengo algo que comunicaros.

—Señora, ¿queréis hacerme el favor de retiraros? Necesito estar a solas con Chris.

La condesa, que había observado el cuchicheo misterioso e insultante del criado, se levantó con un gesto de indignación y salió.

—Mi comodoro, hace un momento, paseando a vuestro caballo Bereber, he visto merodeando a orillas del torrente a *master* Pat: me bajo inmediatamente del caballo y me deslizo entre los matorrales para espiarle; le veo detenerse bajo el sauce hueco, hurgar en la tierra, retirar una caja, volverla a enterrar y alejarse. Entonces, con precaución, me he deslizado hasta el pie del sauce, he cavado en el mismo lugar y he desenterrado este cofre de acero; la cerradura es de secreto, me ha sido imposible abrirla.

Tras muchos esfuerzos, a golpes de hacha consiguieron desfondar la tapa.

Sólo había un billete recientemente sellado: Cockermouth lo cogió lleno de avidez. Mientras lo recorría con la vista su rostro cambió varias veces de expresión; la curiosidad dejó sitio a la sorpresa, y la sorpresa a la rabia contenida.

Por la noche, cuando Chris fue para quitarle las botas al conde, lo encontró en el centro de su cuarto, de pie, inmóvil como un Hermes en su estípite, con la cabeza inclinada y los ojos sepultados bajo sus cejas ceñudas; estaba fumando.

—Chris, ¿tienes algún rencor, tienes algún rencor contra Pat?

—¡Sí, comodoro, una vieja semilla de odio que guardo aquí y que suelta amarras!

—¿Y de dónde viene ese odio?

—De una afrenta sangrienta, mi comodoro. Hace de esto muchos años; un domingo, propuse a Pat que entrase conmigo en la taberna. En plena plaza, Pat rechazó mi oferta, pretendiendo que tenía por costumbre beber exclusivamente en las comidas, y sólo agua. ¿No quieres beber con un viejo marinero?, le dije. ¡Pues sí que eres remilgado, boyero! Señor Chris, dado que os mostráis insolente, me replicó, os declaro que nunca he bebido ni beberé jamás con un inglés, salvo en su cráneo. Entonces, mi comodoro, encendido por aquellas injurias, olvidando que estaban lejos los tiempos en que rompía a un francés sobre mi rodilla como una varita, me lancé sobre él y le golpeé violentamente; pero él, joven y vigoroso, de dos o tres golpes me dejó molido, entre grandes aplausos de todo el pueblo, que gritaba: ¡Muerte al inglés! Sí, lo llevo en el corazón, me pesa como una carga, mi comodoro. ¡Tragarse Chris una afrenta semejante! ¡Chris, un antiguo filibustero! ¡Chris, el *tigre de abordaje*! ¡Chris, *el antropófago*!, como me llamaban. ¡Dios me condene! ¡No quiero que entierren mi odio! ¡No me iré de este mundo sin haber puesto la rodilla sobre su pecho y mi cuchillo en su maldita garganta!

—¿Quieres saciar tu odio, Chris?

—Será para mí un gran honor, comodoro.

—¿Quieres saciar tu venganza?

—Será para mí un gran honor, mi comodoro.

—Vete a buscar dos botellas de ron y tu pipa.

Chris volvió enseguida con las provisiones, y el conde echó tras él los cerrojos de la puerta…

Las gentes del castillo vieron luz toda la noche en la habitación de su señor.

X

Las extorsiones del conde, su odio público hacia los irlandeses, la crueldad con que había tratado a los desdichados caídos en sus manos, durante las sublevaciones del sur de Irlanda, no le habían ganado los corazones de los montañeses de Kerry, a los que el clero alimentaba calurosamente en su mala disposición; porque el clero de toda Irlanda detestaba a Cockermouth, y por buenos motivos: en 1723, en el Parlamento, sedicentemente irlandés[22], fue él quien propuso, seria y tenazmente en un largo discurso, resucitar el suplicio de castración contra los sacerdotes católicos. Esta moción, acogida con frenesí, adoptada por el Parlamento, transmitida a Inglaterra *y fuertemente recomendada a su majestad*, fue rechazada gracias a la intervención del cardenal Fleury[23] ante el ministro Walpole.

La jornada del 15, aniversario del nacimiento del *Head landlord* de Cockermouth-Castle, fue, como de costumbre, un día tranquilo y de trabajo. Los campesinos no participaron para nada en las fiestas del castillo. Las campanas no agitaron el eco de su solemne tañido. Los colonos, arrendatarios y operarios acudieron por la mañana a presentar su indispensable felicitación; y un centenar de mendigos de la comarca fueron al son de la cornamusa a rendir homenaje ligio a la cocina.

La condesa mandó preparar una mesa en una sala baja del castillo, y servir a estos últimos un almuerzo copioso, cuyos honores hicieron ella y Déborah. Era un hermoso ejemplo: aquella noble dama y su bella hija, elegantemente vestidas, pero con modales sencillos, en aquella sala llena de humo, en medio de una horda de miserables, velando con solicitud porque todos tuviesen la misma pitanza, reservando los pasteles para los niños y los trozos delicados para los ancianos, respondiendo a todos con bondad, dando a los más dolientes palabras de consuelo y ropas a los más desnudos.

Durante todo el banquete, ruidoso como un banquete de mendigos, se dieron frecuentes vivas a lady Cockermouth y a miss Déborah. A los postres, las cornamusas volvieron a sonar a tambor batiente; y un viejo de aquellos truhanes, que tenía capacidad de *ministrel*, entonó canciones populares y cantos a la gloria

de sus nobles anfitrionas.

Caída la noche, fueron iluminados la avenida y el patio central del castillo; y los peatones y los jinetes y las carrozas llegaron en tropel.

Los invitados eran castellanos y gentilhombres de los alrededores y de algunas ciudades cercanas. Con el farol en la mano, un tropel de criados esperaban en el porche, y los introducían en el gran salón de verano donde recibían el lord conde Cockermouth, en traje de gala de comodoro, y la condesa, todavía hermosa y de una belleza interesante incluso a través de un bosque de atavíos. Déborah, bella como su madre, pero sin adornos recargados, para escapar a los melindres de buen tono que tanto habrían hecho sufrir a su alma preocupada, se perdía cuanto era posible entre la multitud y permanecía modestamente oculta como una violeta bajo una mata de hierbas.

Pero a la llegada del convenido esposo, fue arrancada de su soledad y presentada a su futura familia, que venía para concluir el trato. Déborah saludó de manera afable a todos sin abrir la boca, y pagó simplemente con reverencias sus felicitaciones y los madrigales de su pretendiente.

Era un gentilhombre del condado, joven galán de cuarenta años, salido de una familia que en otros tiempos, bajo Carlomagno, había sido recomendable, y que antaño había seguido a Guillermo el Conquistador. Este noble vástago no había degenerado; la ambición de sus ojos lo animaba siempre; pero, en lugar de conquistar naciones, conquistaba muchachas. Su vida estaba consagrada a las oportunidades del amor. Desde hacía pocos años, había vuelto de Londres para vivir en el seno de su familia restableciendo su salud, muy deteriorada por sus esfuerzos; y desde su regreso, la población de los alrededores de los dominios paternos casi se había duplicado. Las campesinas huían de él como de la peste, o como Dafne huía de Apolo; pero las pobres pastoras no se trocaban en laureles, como Dafne. Para poner fin a sus desenfrenos, se les había ocurrido darle a Déborah, que, en realidad, sólo era considerada como un linimento; y nuestro indecente hidalgüelo se había prestado de buena gana a esta maquinación que ponía en sus manos una mujer admirable y dinero para prolongar las conquistas en su declive. El dinero es el nervio de la guerra.

Déborah sólo le conocía por los informes que le habían anunciado. Pero nada más ver al galán, que exhalaba un fuerte olor a libertinaje, la niña más novicia hubiese sentido una repugnancia insuperable. Nuestra naturaleza se revuelve por sí misma al contacto de lo que puede serle funesto, como a los labios les repugna el veneno.

Apenas liberada de la impertinencia obsequiosa de su *encargado*, Déborah escapó del salón y corrió a su aposento. Allí, con prisa, se quitó sus perifollos de fiesta, encendió varias bujías, que colocó junto a las ventanas, se envolvió en una capa y, caminando de puntillas y conteniendo el aliento, bajó al jardín, donde desapareció en medio de la oscuridad.

En el salón, lord Cockermouth sacaba de vez en cuando su reloj: estaba en su sillón como en un potro de tortura y no participaba de las conversaciones. Cuando sonaron las nueve menos cuarto se levantó para pasear entre grupos de gentes que conversaban, dejando vagar sus miradas por toda la reunión, a la que tácitamente parecía contar; luego salió y se dirigió al segundo patio interior.

—¿Quién anda ahí? ¿Sois vos, mi comodoro?

—Ah, eres tú, Chris, hablemos bajo. ¿Estás preparado? Ya llega la hora.

—Sí, mi comodoro.

—¿Tienes tu carabina?

—Cargada hasta la boca, mi comodoro.

—¿La has visto?

—No, comodoro.

—Ya no está en el salón.

—Mirad, su aposento está iluminado: sin duda hace sus preparativos.

—Vete a cerrar el portillo de la Torre del Este y la puerta del corredor principal, y la tenemos prisionera. No hagas ruido. Y deprisa. Te espero aquí.

—Ahora está todo cerrado, mi comodoro.

—¡Bien!, sígueme; cojamos la alameda de tejos.

—¡Maldita suerte!, mi comodoro, esta noche el cielo ahorra en candelas; veo lo mismo por delante que por detrás.

—Cállate.

Llegados al final del cercado, subieron a una terraza redonda que flanqueaba una de sus esquinas; era una antigua torrecilla casi arrasada y terraplenada en su interior; a sus pies se cruzaban dos caminos.

—Oigo pasos, mi comodoro, allí, en el camino de Killarney.

—¿No ves algo que pasa de un lado a otro?… Chris, no te inclines tanto sobre el parapeto, podrías traicionarnos.

—¡Es él!

—Ahí se acerca. ¿Ves con claridad?

—¡Suficiente para darle en el corazón!

—Adelante entonces. ¿Tienes miedo, Chris?

—Sí, mi comodoro, a fallar… ¡Uf!… ¡En toda la tripa!

—¡Bien hecho! ¡Bravo!

—Vamos, el golpe de gracia —dijo Chris, saltando al camino.

Milord se quedó inclinado sobre el parapeto, contemplando a su criado en la tarea, ultrajando a su víctima y blasfemando de Dios.

—¡Maldito Dios!, mi comodoro, ¡qué dura tienen la vida los papistas! Ah, señor Pat, no queréis beber con los ingleses, pero queréis… ¡Vaya!, mira… es Chris el que te destripa.

—De parte de lord Cockermouth.

—A medias. ¿Tienes suficiente?

—Nunca terminarás de matarlo con la culata. Toma, Chris, coge mi espada.

—¡Venga, venga, venga! ¿Quieres más todavía?

—Basta, basta, Chris, haces como Arlequín, te diviertes matando a los muertos. Dan las nueve: me esperan para el banquete. Limpia la espada; devuélvemela; y vete a cambiarte de ropas.

Lord Cockermouth regresó al salón, pidió disculpas por su ausencia y rogó a sus huéspedes que pasasen a la sala del banquete. Inmensa galería cuya profundidad era la del castillo, terminaba en el jardín, con el que se comunicaba por medio de una amplia escalinata en abanico. La bóveda de arcos calados estaba adornada entre las nervaduras por un campo de estrellas sobre un fondo de azul ultramar. Las paredes estaban revestidas de madera de roble groseramente esculpidas. Restos de armaduras y de partesanas herrumbrosas cubrían los pilares, alternando los grandes ventanales de ajimeces de piedra y de vidrieras coloreadas.

A lo largo de esta galería se había dispuesto con un lujo regio una mesa de ciento cincuenta cubiertos. Lord Cockermouth estaba en el centro, frente a lady Cockermouth, a cuya izquierda se había reservado un sitio para Déborah, por la que preguntaba una y otra vez su amable prometido. Como la condesa también estaba muy inquieta por su ausencia, el conde llamó a Chris, y le dijo, haciéndole algunos gestos convenidos:

—Id a ver si mi hija está en su aposento, y reñidla por su descortesía.

Chris volvió casi al punto, con la cara pasmada, exclamando:

—Mi comodoro, ¡no he encontrado a la señorita!

Cockermouth hizo un gesto de sorpresa. Chris se acercó a él y añadió en voz

baja:

—Sin embargo, las puertas estaban cerradas y las bujías aún ardían…

A estas palabras, lord Cockermouth palideció, y su brazo, adelantado para coger una jarra, cayó inerte sobre la mesa.

Toda la reunión observó la extraña turbación de su huésped.

XI

Nada más alejarse lord Cockermouth y Chris de su víctima, Patrick llegó al lugar de la cita por la cañada de Killarney. Al acercarse a la terraza, su corazón henchido de inquietud se estremeció de embriaguez: en medio del silencio, un leve ruido de aliento y de suspiros acababa de acariciar su oído.

—*To be!*… —dijo entonces; pero ninguna voz acabó la frase convenida—. *To be!* —repitió con más fuerza.

Un estertor sonó a sus pies, y una voz moribunda murmuró: *or not no be*.

—¿Quién me ha respondido? ¿Es la sombra de Hamlet o sois vos, Déborah?

Entonces vislumbró un cuerpo atravesado en el camino, y cayendo de rodillas exclamó:

—¡Debby asesinada!

Bañada en su sangre, aún tenía la cara vuelta contra la tierra. La levantó y la hizo sentarse sobre la hierba, sosteniéndola en sus brazos y tratando de reanimar sus párpados cerrados con sus besos.

—¡Debby! ¡Oh, mi Debby! Echa una última mirada sobre Patrick. ¡Soy yo, soy tu amado! ¿Me oyes? Habla, ¿dónde están tus heridas?

—¿Patrick? ¡Ay! ¡Eres tú! Vete, esos crueles te matarán también.

—¿Quiénes?

—¡Vete! ¿No los ves? Van a matarte. ¡Huye!… Han jurado tu perdición.

—No temas. ¡Dime dónde tienes las heridas, para que las restañe!… Dime, ¿conoces a tus asesinos?

—Tus cuidados serán inútiles, Patrick, sólo me espera la muerte. ¡No me pidas el nombre de mis asesinos! Hay cosas que no se pueden revelar: es un secreto entre el cielo y yo. Amigo mío, antes de que expire, ¡perdóname y bendíceme! ¡Perdóname! Hace un momento, cuando caía alcanzada por un disparo, mi mente concibió un pensamiento horrible cuyo recuerdo me hiela de vergüenza: ¡sí, tengo que decírtelo!… Te he acusado de mi muerte: ¡oh, qué ingrata y culpable soy hacia ti! Y si mis asesinos me hubiesen herido en silencio, habría creído que moría a tus manos. Patrick, ¡no me maldigas!

—¡Abominación! ¡Yo matarte, Déborah! No tienes fe en mí, Debby; esa idea es obra de la duda que reina en vuestra alma.

—No, Patrick, fue obra de mi mente extraviada y de mis dolores.

—No es el momento ni la hora de los reproches, Déborah, te amo y te perdono. ¡Por ti daría mi alma, mi sangre, mi vida!… Dime, ¿qué tengo que hacer?… Dime el nombre de tus asesinos. ¡Por primera vez mi corazón comprende el crimen! ¡Por primera vez lo alimenta el deseo de venganza!… ¡Necesito matar!… ¡Y mataré!

—Os olvidáis de Dios, Patrick.

Estas simples palabras apagaron súbitamente su pasión y desterraron su delirio.

—Vuestra voz es un bálsamo que alivia, Debby, y vuestras palabras son rocío. Me parece, Debby, que vuestras fuerzas se recuperan. Sin duda vuestras heridas son menos graves de lo que pensáis. No podéis seguir más tiempo sin socorro: decid, ¿adónde tengo que llevaros?

—Me siento mejor, en efecto; la bala sólo me ha herido en la pierna; la oscuridad me ha salvado casi por completo de las estocadas. Basta con que me ayudéis a levantarme, todavía tengo fuerza suficiente para arrastrarme hasta el castillo. Pero tú, Patrick mío, en nombre del cielo, te lo suplico, ¡márchate! No estás seguro aquí: te repito que quieren tu vida. ¡Cuando me disparaban, creían disparar contra ti! ¡Huye!

—¡Huir! Y entonces, ¿qué?… ¿La muerte? ¡No, que llegue! La recibiré con alegría. Sin ti, ¿qué puede importarme la vida?

—Patrick, en nombre de Dios, cede a mis ruegos. En tierra extranjera se necesita oro: toma este joyero lleno de alhajas que llevaba; y vete a Francia, como íbamos a hacer los dos. En este estado no puedo seguirte; pero confía en mi juramento: en cuanto haya recuperado un poco de energía, me reuniré contigo.

—¡Huir sin ti! ¡Antes la muerte!

—Escucha mis ruegos: no puedes seguir en este país por más tiempo, te perderías y me perderías; si no es esta noche, mañana serías inmolado. ¿Qué te importa ir a Francia unos días antes que yo? Marcha, ve a preparar todo para recibirme, para recibir a tu esposa.

—¿No puede haber obstáculos que te impidan reunirte conmigo en mi exilio?

—Ya no puede haberlos, Patrick; todo ha cambiado, ya no huiré más, me marcharé delante de todos, a plena luz. Ya no tengo que temblar, ahora temblarán ante mí.

—Acabas de traicionar tu secreto, Debby, conozco a tu asesino, que debía ser el mío: tú me has dicho su nombre: es aquel en cuya presencia temblabas… ¡Ese mismo ha asesinado a su hija! ¡Es tu padre!…

—Ayúdame a caminar, amigo mío, y acompáñame hasta la entrada del cercado.

—Sufres horriblemente, pobre amiga, no hagas esfuerzos para ocultarme tus dolores; deja pasar tus suspiros, deja correr tus lágrimas. ¡Dios mío! ¿Hasta cuándo amontonaré sobre su cabeza desgracia tras desgracia? Te lo había dicho, soy maldito y funesto. Mis brazos amorosos no han enlazado en ti más que una pesada piedra que te arrastraría de abismo en abismo. Créeme, separemos nuestros destinos: ¡que el tuyo sea feliz!, ¡que el mío sea atroz!… ¡Quiero huir muy lejos de esta patria, pero olvídame, no vayas a reunirte conmigo, no vayas a coser el brillante tejido de tu vida a mi capa de luto!

—Cuando tengo necesidad de tan tos consuelos, ¿son ésas vuestras palabras de alivio? ¡Agobiadme, Patrick, abrevadme con ideas amargas! Pat, podrían verte, no me acompañes más: ya estoy en la alameda principal. ¿No ves allá las ventanas de la galería resplandeciendo con la llama de las velas? ¿No oyes el choque de los vasos y las carcajadas?… Iré sola hasta allí. ¡Adiós, Patrick, adiós! Quédate tranquilo, ni la ausencia, ni el tiempo ni el espacio tendrán poder alguno sobre mi amor. Mi alma te seguirá a todas partes. ¡Adiós!, pronto estaré a tu lado.

—¡Adiós, Debby! ¡Sólo contigo para la vida, y si Dios quiere, sólo contigo para la eternidad!

—¿Cómo te encontraré en París?

—Hay que recurrir a un medio extremo: pero, ¿cuál?… En la fachada del Louvre que da al Sena, hacia la sexta pilastra, sobre una de las piedras del muro escribiré mi nombre y mis señas.

Entonces sus labios se encontraron y permanecieron pegados largo rato. Déborah, desmayada bajo aquel beso desgarrador, estaba caída entre los brazos de Patrick, que vacilaba y se apoyaba contra uno de los tilos de la alameda. Por fin, consiguieron deshacer aquel abrazo.

Patrick volvió a remontar la zona de sombra; lloraba a mares, se aliviaba; porque había comprimido en su corazón todos sus sentimientos de desesperación para no afligir a su amiga.

¡Llora, pobre Patrick! ¡Alíviate!… Llora por tu destino, no puede ser más espantoso. ¡Pobre amigo! ¡A los veinte años huir solo de tu patria, bañado en

lágrimas y manchado con la sangre de tu amada!…

Déborah, encorvada sobre un palo, se arrastraba penosamente hacia el castillo. Había encerrado sus sufrimientos y agotado sus fuerzas morales para disimular delante de Patrick el horror de su estado. Las heridas seguían sangrando. Su debilidad aumentaba a cada paso.

El banquete avanzaba. Lord Cockermouth fingía una alegría y una afabilidad torpes, que dejaban traslucir más todavía su preocupación y su desazón. Varias veces le habían visto hablando en voz baja con Chris. Lady Cockermouth se agitaba en medio de la inquietud más violenta: había ido ella misma en busca de Déborah, a su aposento y por todo el castillo, y la había hecho llamar varias veces en el jardín y en el parque. Todos los invitados se habían dado cuenta de su ausencia, y adoptaban un aire misterioso para hablar de ella. Por todas las bocas paseaban palabras maliciosas y burlonas. El prometido, acoplado en una silla vacía, parecía bastante desconcertado: no sabía qué pensar de la desaparición de su pretendida, y se atormentaba intentando descubrir en su persona qué había podido inspirar a Déborah una aversión tan enérgica.

De repente, en una pausa de silencio, se oyeron en el exterior pasos sordos sobre la escalinata: todas las miradas se volvieron hacia aquel lado, y la calma se generalizó.

La puerta agitada y sacudida se plegaba como bajo el peso de un cuerpo.

—¡Es ella!… —exclamaron de todas partes—, ¡es ella! ¡Abrid!

Chris se precipitó entonces hacia la puerta y abrió sus dos hojas. Gritos de horror y de espanto resonaron en la sala.

Déborah, pálida y cubierta de sangre, en medio del desorden más horrible, entró, dio todavía algunos pasos y cayó de bruces sobre las baldosas.

El terror alcanzaba su colmo.

La condesa, enloquecida, lanzando lamentos y gritos desesperados, se había arrojado sobre el cuerpo de su hija, a la que ahogaba con sus besos.

El conde llamó a los criados, e hizo que se llevasen a Déborah.

La consternación reinaba en la asamblea: aterrorizados, los invitados abandonaban sus sitios y huían con tanta prisa que chocaban entre sí.

Sólo lord Cockermouth manifestaba calma y sangre fría, y quería retener a los que huían.

—Señores, volvamos a la mesa, por favor. Sólo se trata de un accidente

enojoso que no tendrá secuelas graves: que nada perturbe nuestra fiesta. Vamos, señoras, por favor, a vuestros sitios.

Sin hacer caso de los ruegos de milord, la muchedumbre seguía retirándose.

—Señores, os lo ruego, ¡a la mesa! ¿De quién huís? ¿Quién os echa? ¿Es la desgracia de miss Déborah? Me veis lleno de dolor, como vosotros. ¡Pobre niña! ¡Pero acabemos el banquete! Me siento conmovido por vuestras muestras de condolencia hacia mi hija; pero vuestra deferencia y vuestra sensibilidad van demasiado lejos. ¿Me dejaréis solo en medio de la fiesta que os doy? ¡No os marcharéis, señores! ¿Temblaríais por vuestras personas queridas? ¡No creo que estéis en ningún sitio peligroso! ¡Estáis en el *Head landlord* de Cockermouth-Castle, de un viejo soldado al que ofendéis! ¡Ah, señores, me hacéis la afrenta más insigne, la afrenta más cruel: renegáis de vuestro anfitrión, rechazáis su pan y su sal! ¡Eso es insultar mis canas, insultar la gloria de mi estirpe! ¡Os repito que no os marcharéis, os lo prohíbo, sin antes haber justificado semejante ultraje ante vuestro huésped!… Mas no: ¡sois todos unos cobardes! ¡Salid! ¡Salid, pues! Os lo ordeno; ¡deshonráis mi morada, me avergüenzo de vosotros!

Gritando estas últimas palabras, echando espuma de rabia y de despecho, el conde desenvainó su tizona y la blandió en torno a él avanzando hacia los invitados que se retiraban camino de la puerta; uno de ellos, un anciano, avanzó hacia él con paso seguro y con un falso aire misterioso, le dijo:

—Milord, tenéis sangre en vuestra espada…

A estas palabras, herido como por un rayo, Cockermouth, aplacado, se detuvo en seco, y de su mano dejó caer la espada, roja todavía de la sangre de Déborah.

LIBRO SEGUNDO

Where is my lord? where is my Romeo?
Shakespeare

XII

Después de haber dejado a Déborah, Patrick se dejó llevar por la desesperación: desesperaba de ella, desesperaba de sí mismo, desesperaba del porvenir y de la vida. ¿Debía irse, debía quedarse? ¿Qué decidir? Era de cobardes dejar a su amiga moribunda, era de cobardes huir del cuchillo de los asesinos, y, sin embargo, si ella debía sucumbir, él no podría acercarse a su lecho de muerte, no podría velar ni llorar a su cabecera: no sería en sus brazos, no sería bajo sus besos como ella exhalaría el alma: él sólo podría gritar por los caminos como un perro en el umbral de la casa donde su amo agoniza. Y sin embargo, si él caía bajo el puñal y si Dios la salvase… ¡Cruel alternativa! ¿Qué hacer? ¿Qué decisión tomar?

Indeciso, irresoluto, presa de esa duda angustiosa, caminaba, avanzaba a la aventura, como un lobo, por los campos de Killarney. Sus fuerzas, agotadas, le fallaron de pronto, sus rodillas se doblaron y se desvaneció bajo el peso de un sueño de plomo.

Al despertar, el resplandor del sol lo deslumbró: el sol doraba ya la cima de los roquedos de la Garganta del Diablo y las torres y las altas murallas de Cockermouth-Castle. Sus miradas asombradas se extraviaron a su alrededor: helado de frío bajo su capa humedecida por las brumas de la noche y chorreante

de rocío, estaba acostado al pie de un madroño a orillas del profundo lago. Poco a poco, sus miembros abotargados en el suelo perdieron su rigidez y, tambaleándose, se levantó quebrantado y dolorido.

La noche había traído su consejo: sin dudar, dio la espalda a Cockermouth-Castle y se alejó.

Al día siguiente, a la misma hora, estaba recostado en la proa de un *sloop* que salía del puerto de Waterford[24]; se despedía de la verde Erín, de Irlanda, su madre infortunada, que se borraba en el horizonte como se borra del libro de las naciones; y de sus ojos, pegados a las riberas natales, caían gruesas lágrimas que se ahogaban en el océano.

Tan pronto como hubo llegado a París, Fitz-Whyte fue a saludar a la mayoría de sus compatriotas al servicio de Francia[25]: eran muchos. Desde hacía dos siglos, desde su anexión a Inglaterra, Irlanda gemía aplastada por las persecuciones más inhumanas; todas sus tentativas por romper sus cadenas no habían hecho más que remacharlas y soldarlas más profundamente; para escapar a este juego odioso, al verdugo o a la miseria, sus desdichados hijos emigraban. De ahí esa muchedumbre de irlandeses aventureros, cuyo valor y genio proclama la historia del continente y del Nuevo Mundo.

El que mejor lo acogió de todos y se tomó el más vivo interés por su suerte fue monseñor Arthur-Richard Dillon[26], que hacía poco acababa de pasar del arzobispado de Toulouse al de Narbona, pero al que hubiera sido más justo llamar, *in partibus infidelium*, arzobispo de la Ópera.

Este apuesto prelado apenas era más conocido por sus ovejas que el príncipe Louis-Rene-Édouard de Rohan Guéméné[27], obispo de Canope, por sus egipcios de Bochir.

Monseñor Arthur-Richard había nacido en Saint-Germain-en-Laye, de una familia oriunda de Irlanda; y conservaba por la desdichada tierra ensangrentada de sus abuelos un afecto sentimental, tan natural en cualquier corazón amante y sensible.

Por eso, cuando Fitz-Whyte se presentó por primera vez en su palacete, haciéndose anunciar como un joven peregrino del condado de Kerry, aunque era muy temprano y monseñor aún no estaba visible, le hizo pasar al punto a su dormitorio y lo recibió familiarmente en bata de bombasí.

Las cortinas de la alcoba estaban cuidadosamente echadas, y, de no ser por algún ruido de respiración que se dejaba oír, de no ser por las pequeñas y lindas

babuchas y las elegantes ropas de mujer esparcidas sobre los muebles, se le habría podido creer en devota oración.

Su afabilidad borró pronto la timidez y el apuro de Patrick.

—Llegáis de nuestra querida patria, joven amigo —le dijo, cogiéndole afectuosamente una mano y haciéndolo sentarse a su lado en un sofá—; está muy bien, y os lo agradezco, que os hayáis acordado de mí como compatriota y me hayáis supuesto cariño por mis hermanos de Irlanda; vuestra venida a mi casa es un testimonio de estima que me honra y me llega a lo más hondo. Hablad sin temor, soy todo vuestro.

Monseñor estaba aquella mañana más predispuesto que nunca a la ternura y a la generosidad: vos ya lo sabéis, y el poeta más valiente lo dijo: *El placer hace al alma tan buena*. Fitz-Whyte habló largamente de sus desgracias de una forma ingenua y conmovedora que le cautivó por completo.

Durante el relato, sus miradas asombradas se paseaban por el lujo y el mobiliario mundano de aquella habitación. ¡Qué contraste, ay, con la abyección de los curas irlandeses! Lo que sobre todo confundía sus ideas eran aquellas galas femeninas desplegadas en medio de las mucetas, las mitras y las roquetas, una mantilla arrojada sobre una cruz y unas faldas revueltas con un *pallium*: encontraba desde luego una solución a este problema, pero como mancillaba la castidad de monseñor Dillon, no podía admitirla.

De repente el enigma se explicó por sí mismo, las cortinas de la alcoba se alzaron y una muchacha retozona apareció entre ellas; y sorprendida al ver a Patrick Fitz-Whyte, se quedó en contemplación delante de su hermosa figura de Ossian[28].

—Señor —exclamó—, ¡sois tan hermoso como vuestro corazón! El relato de vuestro infortunio me ha conmovido hasta las lágrimas; y en esta tierra en la que sois extranjero ya podéis contar con una amiga, sinceramente dedicada a vos.

—Y con un amigo —añadió al punto monseñor de Narbona—, que os ofrece su apoyo y su solicitud.

—Dillon —dijo la alegre muchacha acariciándole y besándole en la frente—, acabas de hacer una promesa delante de mí, y habrás de cumplirla; es una promesa sagrada, y haré que te acuerdes de ella si la olvidas. El señor es desde este momento mi favorito…

—Y vuestro feliz esclavo, señora —murmuró tímidamente Patrick.

Monseñor le instó a volver a menudo, asegurándole que su puerta siempre

estaría abierta para él a cualquier hora. Entonces Patrick hizo una genuflexión para besar su esmeralda arzobispal y pedirle la bendición, que recibió con recogimiento.

La buena disposición de Monseñor no fue desmentida en visitas posteriores: Patrick siempre lo encontró igual de solícito para servirle. Es presumible, en verdad, que la Philidore, que se había tomado por Fitz-Whyte verdadero interés, no fuese ajena a ese comportamiento.

No hay almas más generosas, más sensibles, más compasivas que las de las pecadoras: habituadas a seguir sin cálculo ni restricciones, todas sus tendencias, todas sus inclinaciones, todos los impulsos de su naturaleza; a sufrir la ley de sus impresiones, y a dejarse arrastrar por todos sus sentimientos, hacen el bien igual que hacen el mal. Si entregan su cuerpo como peaje a los barqueros, derraman perfumes y lágrimas a los pies de Jesús.

Aunque hijo de campesino, Patrick, que pertenecía a una familia de origen noble arruinada por los saqueos y las confiscaciones, entró poco tiempo después en los mosqueteros con las más fervientes recomendaciones para el coronel y la protección distinguida de monseñor Arthur-Richard Dillon, de Fitz-Gerald, brigadier de ejércitos; de O'Connor, de O'Dunne, del conde O'Kelly; del lord conde de Roscommon, del lord Dunkell, del conde Hamilton, del lord conde Airly-O'Gilvy, mariscales de campo; y del duque de Fitz-James.

Con semejante patrocinio, encontró a su coronel, M. de Gave de Villepastour, lleno de atenciones, de disposiciones favorables, de deferencias y de delicadezas.

Extranjero, hablando apenas el francés, lanzado sin ningún estudio previo a una carrera nueva, y tan distinta de su vida pasada, Patrick se hubiese hallado muy solo, muy desconcertado, e indudablemente habría tenido que sufrir mucho con todas las marrullerías de la soldadesca, si el azar no le hubiese hecho encontrar en ese mismo regimiento a uno de sus camaradas de infancia, Fitz-Harris, sobrino de Fitz-Harris, abad de la abadía de Saint-Spire de Corbeil.

Este encuentro inesperado fue una gran alegría para Patrick; abrumó con caricias y testimonios de amistad al viejo compañero, que lo recibió lleno de amabilidad y le prometió su adhesión y sus consejos.

XIII

Poco tiempo después de la espantosa escena del banquete, lady Cockermouth murió ahogada por una congestión sanguínea. La conmoción de su cerebro había sido tan violenta que había enajenado su razón.

Déborah, a la que al principio desahuciaron, se restablecía lentamente y preguntaba con insistencia por su desdichada madre, cuya muerte ignoraba: «Una indisposición grave la retiene en cama —le decían—; en cuanto esté mejor, os visitará».

El aire falso y apurado de quienes le respondían esto la había perturbado y suscitado en su mente una sombría sospecha que no se atrevía a manifestar, pero que la devoraba. Cada día preguntaba por su madre con más impaciencia, cada día le daban la misma respuesta. Como algunos criados con ropas de luto habían cometido la imprudencia de presentarse en su aposento, comprendió con toda claridad que la engañaban, disimuló su pena, y, aprovechando un momento en que por casualidad su guarda estaba lejos y la había dejado sola, saltó de la cama y, a pesar de su gran debilidad, se arrastró apoyándose contra los muros hasta el cuarto de su madre. Al entrar, la agobió la ansiedad: su corazón latía hasta romperle el pecho, había dejado de respirar… Muebles polvorientos, frío y silencio… ¡Nadie!… Las cortinas del lecho, echadas… ¡Está durmiendo!… Muy despacio se acercó a la alcoba, muy despacio alzó las cortinas: ¡la cama vacía!… ¡Nadie!… Lanzó un grito de horror y cayó desvanecida.

La encontraron, helada y moribunda, sobre aquel suelo, tras largas búsquedas por todo el castillo. Sus heridas se habían abierto de nuevo; su mal se complicó peligrosamente, y su curación se volvió más lenta todavía.

La desaparición de Patrick Fitz-Whyte y los rastros de sangre encontrados en el sendero de Killarney hicieron pensar sin ninguna duda que había sido asesinado. Este suceso difundió el espanto por los alrededores de Cockermouth-Castle. ¿Quién podía ser el autor de aquel crimen? Los aldeanos no ignoraban las relaciones de su hermano con la hija del señor; y, como su gran sentido común siempre les había hecho presentir un final desdichado para aquella relación, sabían perfectamente a qué atenerse en el secreto de su corazón: sólo un hombre había podido tener cierto interés en asesinar a Patrick; pero no se atrevían a

susurrar, sin estremecerse, el nombre detestado de aquel hombre.

La escena del banquete no tardó en divulgarse: la mayoría de los gentilhombres que habían asistido a él profesaban por lord Cockermouth no menos desprecio y odio que los aldeanos; pero como nada les recomendaba la menor circunspección, pronto se difundió el rumor de que el conde, sorprendiendo a Patrick y a Déborah en un encuentro amoroso, había matado al joven y herido peligrosamente a su hija; y que delante de toda la asamblea, en un acceso de cólera, al retorno de la emboscada, había desenvainado su espada todavía manchada de sangre. Este relato confirmó a los aldeanos en su opinión, y los animó a hablar.

En los campos de Irlanda, como en los de España, se ha conservado hasta el presente una antigua costumbre de los celtas: toda persona que pasa cerca de un sitio donde se ha matado o enterrado a alguien, coge una piedra y la echa religiosamente en ese lugar: poco a poco, ese montón de piedras forma un cerro elevado que, con frecuencia, a la larga, termina por cubrirse de tierra y de vegetación hasta parecer un montículo natural. No es raro encontrar, incluso en Francia, sobre todo en las provincias armoricanas, esos testimonios de la piedad de nuestros antepasados. Los sabios los clasifican entre los monumentos galos, célticos o druídicos; y, aunque al excavarlos a menudo se hayan encontrado restos de osamentas humanas, tales señores no están muy de acuerdo entre sí sobre el origen de esos túmulos.

Todavía hoy se ve, en ese sendero de Killarney, el montón de piedras arrojadas en el sitio mojado por la sangre de Déborah; y todavía lo llaman la tumba de Mac-Phadruig, o la tumba del amante.

Los clamores que entonces se alzaron contra lord Cockermouth se hicieron tan generales y tan directos que el conde creyó no poder soportarlos más tiempo sin peligro, y que por el medio que fuese tenía que lavarse y blanquearse solemnemente a ojos del público del atroz crimen que se le imputaba. La animosidad le acusaba incluso de haber envenenado a lady Cockermouth, y ya no podía aparecer fuera del castillo sin verse obligado a soportar los abucheos de los niños, que le gritaban sin misericordia: *Milord Caín, ¿qué has hecho de Patrick?*

Mediante prácticas insidiosas, después de haber arrancado a Déborah el secreto de la existencia y del retiro de Fitz-Whyte, puso una denuncia contra él ante la Justicia, acusándole y persiguiéndole como asesino de su hija.

Como la causa sería juzgada en las sesiones que iban a inaugurarse en

Tralée[29], en los primeros días de marzo, arrastró hasta allí a la pobre Debby, apenas convaleciente.

Y precisamente llegaron a Tralée el día de la llegada de los jueces, venidos para la celebración de las audiencias. La tarea que esperaba a estos magistrados era enorme: sin contar la causa de Patrick, tenían que despachar a media docena de homicidas y una buena docena de ladrones: estos formidables asesinos irlandeses no eran, los pobres, sino buenos aldeanos papistas que habían cometido la monstruosidad de desquitarse de las palizas de sus colonos ingleses, y estos insignes ladrones no eran sino desdichadas familias, sumidas en la miseria por las últimas confiscaciones, que, empujadas por el hambre y el frío, habían robado algunos cestos de turba y algunos celemines de patatas.

Déborah se encontraba con su padre en el balcón de la hostería cuando pasaron, camino del tribunal, los dos jueces —*justicias*—, maese Templeton y maese Gunnerspoole, vestidos con un gran traje muy coqueto de satén blanco con adornos de color rosa, y colosales pelucas espolvoreadas de blanco. Su séquito estaba formado por el alcalde, alguaciles y lacayos de librea blanca, que llevaban grandes ramilletes en el ojal. Sólo faltaban un tamboril y una zampoña para terminar de dar un aire picaresco a aquella mascarada.

Toda la ciudad, con la mirada afable y la sonrisa en los labios, estaba en movimiento, como si de un día de fiesta se tratase, y las calles, endomingadas, estaban llenas de elegantes vestidas de blanco, de burgueses de azul y de soldados de rojo.

La temporada de sesiones judiciales es, en las pequeñas ciudades, una época de feria y regocijo por la gran concurrencia que los casos civiles y criminales provocan.

Cuando los dos jueces divisaron en la ventana al conde Cockermouth, le hicieron un gracioso saludo. Para lograr su prevaricación, había ido a visitarlos nada más llegar y a hacerles asiduamente la corte. Una simpatía de borrachera y de gula había establecido inmediatamente entre ellos una especie de compañerismo; y casi todas las noches cenaban juntos y copiosamente.

La coquetería y el aire jovial de estos magistrados sorprendieron a Déborah, quien por primera vez veía jueces; no podía imaginarse que fuesen *proveedores de la muerte*. Los señores Templeton y Gunnerspoole tenían buen color, eran gordos, obesos, pastosos y enérgicos. Es preciso, se decía, que estos caballeros tengan una estima total por su infalibilidad, porque a buen seguro que ni la

aprensión, ni las penas ni los remordimientos hacen mella en ella. La alegría del pueblo, provocada por la sola presencia de hombres venidos para diezmarlos, no sorprendía menos penosamente a Déborah. La muchedumbre quiere espectáculo; todo lo que crea espectáculo le sirve: curas, soldados, barqueros, jueces, reyes y verdugos.

La segunda causa sustanciada por el tribunal fue la de Patrick. El conde lord Cockermouth le acusaba de haber seducido a su hija, de haberla instado a huir con él, provista de sus joyas y sus piedras preciosas, de haber intentado asesinarla durante la cita fijada para la partida, y de haber huido a Francia cargado con sus despojos para escapar *a la espada de la justicia*.

Los falsos testigos, abundantemente comprados, no dejaron de cumplir con su deber; cierto que pusieron una conciencia escrupulosa en merecer su salario.

Dos hechos evidentes iban fatalmente en apoyo de estas acusaciones: la desaparición de las joyas y de los diamantes de Déborah, y el billete encerrado en el cofrecillo de acero desenterrado por Chris, que Cockermouth declaró haber encontrado en el aposento de su hija. Sólo contenían unas pocas palabras, ¡pero abrumadoras!

> «Unas horas más, y no perteneceremos más que a Dios: ¡seremos libres!
>
> Hasta mañana, *my dear* Déborah, como hemos convenido, pase lo que pase, a las nueve en punto al pie de la terraza en la cañada de Killarney; id sin temor, vuestro Patrick estará allí.
>
> No olvidéis, en la confusión de la partida, lo más precioso que poseéis; me horroriza, por vos, la necesidad».

Puesta en la alternativa más dolorosa, al no poder justificar a su amante sin descubrir a su padre, y al no poder salvar a su madre sin inmolar a su amante, Déborah se encerró inexpugnable en esta oscura negativa: «Patrick es inocente, Patrick no me robó ni intentó asesinarme. Mi padre no ha matado a Patrick, porque Patrick está en Francia». Fue imposible arrancarle una sílaba más.

Tras algunas discusiones insignificantes, el Tribunal, con su religión bastante esclarecida, entró rápidamente en deliberación, y rápidamente, porque la hora de la cena se acercaba, pronunció sentencia condenando por contumacia a Patrick, convicto de seducción, rapto, robo y asesinato, a la pena capital.

Al leer la sentencia, Déborah se arrojó de rodillas en medio del tribunal,

gritando: «¡Gracia para Patrick! ¡Es inocente!…»

Los jueces levantaron la sesión, y el conde hizo que se llevaran a su hija desvanecida.

Por la noche, los señores Templeton y Gunnerspoole acudieron a la magnífica cena que lord Cockermouth había mandado preparar para celebrar la memorable sentencia de su justicia esclarecida y pura. Llevó su barbarie hasta querer que Déborah asistiese a ella, pero la joven se rebeló abiertamente, y no apareció.

Sin embargo, durante toda la noche se vio obligada a oír, desde la cama, donde gemía, sus carcajadas, sus palabras desenfrenadas, sus alegrías de bajos fondos.

Al alba, se levantó sin hacer ruido. Para salir tenía que pasar por la sala de la orgía: el espectáculo que encontró no quebró su decisión, pero llenó su alma de dolorosa piedad. Los dos jueces, totalmente borrachos, habían rodado bajo la mesa; Chris estaba envuelto en el mantel entre un montón de botellas; y su padre, completamente cubierto de sanies, dormía, en el desorden de Noé[30], tendido en las baldosas.

Habiendo encontrado plaza en un carruaje público que partía, montó en él para alejarse cuanto antes de Tralée, y dirigirse a Dingle-i-Couch, donde le habían hecho esperar que encontraría varios barcos aparejando rumbo a las costas de Francia.

Poco después de su partida de Tralée, cuando se clausuró el tribunal, Patrick Fitz-Whyte fue colgado en efigie en la plaza mayor.

XIV

Invadida por la inquieta alegría de ver de nuevo a Patrick, Déborah, con los ojos vendados, atravesó Normandía como atraviesa la ciudad un enamorado melancólico para ir a saludar a su amada. ¡Qué le importaba Dieppe, su Saint-Jacques, sus poletenses[31] y sus marfileros! ¡Qué le importaba el valle de Arques, su castillo y sus ruinas! ¡Qué le importaba Rouen, su Saint-Ouen y su Bourg-Théroulde[32]! ¡Qué le importaba Gisors, su iglesia y su torre! ¡Qué le importaban los olorosos pomares, las casas de madera, las colinas solitarias, el hermoso cielo azul turquí de aquellos valles! Su alma sólo aspiraba a Patrick: su mirada inmóvil trataba de atravesar el desesperante horizonte sólo para ir a morir a sus pies. Ver sin Patrick, sentir sin Patrick, admirar sin Patrick, hubiese estado mal, si es que era posible. Únicamente un corazón desierto o un corazón herido pueden ir solos por el mundo viajando y divirtiéndose: el corazón desierto para colmar su vacío, el corazón herido para tratar de olvidar.

Cuando sonaba la una de la mañana, el coche llegaba a las puertas de París: del seno de la oscuridad oyó entonces Déborah alzarse la voz del ruiseñor que cantaba. Aquel gorjeo melodioso, que parecía festejar su bienvenida y presagiar de parte de Dios la felicidad, acarició voluptuosamente su alma y expulsó las tristes ensoñaciones que la agitaban. Desde sus últimos encuentros nocturnos, desde que se había visto privada de toda felicidad, desde la desmesura de sus males, no había oído cantar al ruiseñor, al *rossin-ceol*; creyó volver a la época en que había pasado tan hermosas noches con Patrick, sentada a orillas del torrente, entre los peñascos de la Garganta del Diablo, o errante por los matorrales espinosos de Dove-Dale, el valle de la tórtola, elevando su alma con la contemplación de la naturaleza y el culto de la amistad.

Desde los primeros resplandores de la aurora, Déborah, devorada por la inquietud, y a quien las fatigas mismas del viaje no habían podido adormecer en la cama donde se había tumbado, salió, acompañada para guiarla de un mozo de la posada de las Mensajerías. Al llegar al *quai* del Louvre, sintió una violenta emoción al ver esa galería que bordea a lo lejos el Sena; aquella larga fachada insignificante, con algunas falsedades, se desarrollaba ante sus ojos como un

inmenso papiro: la recorría con la mirada, buscando el jeroglífico cuya llave sólo ella tenía. Aquellos muros, mudos para la muchedumbre, tenían para ella una voz, una voz dulce o desgarradora, una palabra árbitro de su destino.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco… Cuenta las pilastras: de pronto estalla su alegría, vislumbra terca de la sexta, como estaba convenido, unos caracteres trazados sobre una de las piedras del basamento; se acerca y lee: PATRICK FITZ—WHYTE, *palacete de los Mosqueteros*. En medio de la embriaguez, Déborah vacila, balbucea; pierde la razón, el sentido del decoro, cubre de besos aquel muro depositario fiel, pasa su dulce mano sobre la inscripción, la acaricia; llora, sonríe; habla irlandés, se arrodilla, reza… Luego, garrapateando unas palabras sobre una cartera, se la da al criado, atónito:

—Id, por favor, y deprisa, al palacete de los mosqueteros —le dice—, preguntaréis por el señor Patrick Fitz-Whyte, y le entregaréis esto; tratad de traerlo con vos, yo me vuelvo a la posada.

Después de extraviarse varias veces en su camino, al volver a la posada encontró a Patrick, que la esperaba hacía largo rato; enloquecidos, se lanzaron uno en brazos del otro y confundieron, en un sabroso beso, sus lágrimas y su embriaguez. Se cubrían de las más tiernas caricias, intercambiaban palabras del más puro amor. Tras estos primeros arrebatos, Patrick se fijó en el luto de Déborah; su alegría se vio turbada, sentimientos tristes y el pesar se mezclaron a ella. Déborah estaba admirada ante la elegancia de su amigo; la guerrera de mosquetero realzaba su espléndida figura, y ponía de relieve todos los atractivos de su hermosa cabeza rubia.

Durante el almuerzo, se contaron todo lo que había marcado su existencia, todo lo que les había ocurrido desde su separación. Déborah, para alejar la pena y la desesperación del corazón de Phadruig, pasó en silencio un solo hecho —rogando a Dios que él lo ignorase siempre—: el juicio del tribunal de Tralée, y su condena a la horca.

Ese mismo día, Patrick instaló a Déborah en un pequeño alojamiento de la hostería Saint-Papoul, situado en la calle de Verneuil[33].

Su preocupación más urgente fue ir a dar las gracias al Señor que había protegido su fuga y su reunión, y pedirle que bendijese su alianza, velase por ellos, jóvenes sin apoyo arrojados en una tierra extranjera y disoluta, y les confiase a la vigilancia de sus ángeles para que los apartasen de todo escándalo y les guardasen en todos sus caminos. Así pasaron toda la noche, rezando en una

capilla oscura de la abadía Saint-Germain-des-Prés; la iglesia era plácida y solitaria, sólo una lámpara velaba como ellos.

Patrick consagraba a Déborah todos los momentos, todo el tiempo que le dejaba libre su servicio militar: lo pasaba a su lado saboreando las voluptuosidades inagotables del amor, de la amistad, de la vida doméstica, del retiro. Fitz-Harris rara vez iba a cenar con ellos o a pasar unas horas en su compañía. Desde hacía tiempo se había producido un gran enfriamiento en sus relaciones. Los favores del coronel hacia Patrick y las señales públicas de estima que le concedía habían envenenado el corazón de Fitz-Harris, de temperamento envidioso. También lo envidiaba por su belleza, su inteligencia, su saber, e incluso por Déborah. Por la otra parte, Patrick no había tardado mucho en darse cuenta de que sólo con muchas restricciones y reservas podía convertir en amigo suyo a un hombre tan charlatán, tan cuentista como Fitz-Harris: charlatán misterioso que siempre tenía algún secreto que pasear de oreja en oreja, que se abría al primer recién llegado, que honraba al universo con sus confidencias e incluso divulgaba a menudo, en perjuicio propio, arrastrado por su monomanía de contar, sus intimidades más delicadas, que hubiese debido enterrar en lo más profundo de su corazón.

XV

Cuando el cielo estaba sereno, salían e iban a rezar en alguna iglesia que aún no conocían, o a visitar algún monumento, algún museo, algún paseo: les gustaba sobre todo recorrer los alrededores de París, sus bosques, sus palacios, sus castillos.

Un día, cuando entraban en el jardín de las Tullerías, fueron vistos por el señor de Gave de Villepastour, el coronel de Patrick, que paseaba por la terraza de los Guardias.

—¡Qué feliz mortal es este Fitz-Whyte! ¡Come el pan de los dioses!… ¿No es aquel —dijo a Fitz-Harris, que se hallaba a su lado— que pasa por allí con esa cestilla de flores del brazo?

—¿Qué cestilla, mi coronel?

—¡Qué cestilla!… ¡Patán!… Esa egeria, esa dríade que siempre le acompaña. Vos, Fitz-Harris, que sois su Pílades[34], debéis de saber quién es esa ninfa de cabellos de ébano.

—¿De cabellos de ébano?… Mi coronel, esa seña no es muy positiva: la familia de las ebenáceas es muy numerosa; los naturalistas, mi coronel, distinguen el ébano, el ebenoxilo, el caqui, el *paralée, el royen…*, y además, mi coronel, el ébano rojo, el ébano verde, el ébano gris, el ébano negro y el ébano blanco. Entendámonos, la ninfa, ¿tiene los cabellos de ébano, de ebenoxilo, de caqui, de *paralée o de royen*? ¿Tiene la ninfa los cabellos pelirrojos, verdes, grises, negros o blancos?

—Fitz-Harris, vuestra broma es mala y no sirve de nada; ¿os interesa acaso el puesto de bufón de la corte? Pues desde la muerte de Angely[35] y del estúpido Maranzac, bufón del difunto monseñor, hijo de Luis XIV, se ha suprimido el economato de locuras.

—Hoy en día, mi coronel, los príncipes hacen esos asuntos por sí mismos.

—Ya los he encontrado juntos varias veces. ¡La belleza de esa criatura es *encantadora*! Un cuello blanco como un cisne…

—Perdón, mi coronel, si os interpreto, pero ¿no habéis visto en el castillo de Choisy-le-Roi, los cisnes negros de Madame Putifar?

—Claro que sí; pero son cisnes de mal color, son cisnes de corte. Bromas aparte, ¡esa muchacha es una Venus!

—¡Una Venus!… Entonces, mi coronel, sirve para hacer pipas turcas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir pipas de espuma de mar[36].

—¡Sí! Todo en ella es seductor: ¡talle fino, pies pequeños, piel de alabastro!…

—Sigamos entendiéndonos, mi coronel: los naturalistas distinguen el alabastro pardo de la alabastrita, que es blanca; si realmente tuviese la piel de alabastro… os pido perdón, pero tendría un detestable pergamino.

—¡Malvado Scaramouche! Me aburrís con vuestras bromas. ¿Olvidáis acaso que estáis hablando con el señor de Gave de Villepastour, vuestro coronel? ¡Estáis faltándome al respeto!

—Sois vos quien me faltáis… mi coronel: ¡soy vuestro proxeneta! Pretendéis que traicione la amistad: hago oídos sordos. Mas ya que os lo tomáis así, después de todo ella es lo bastante mayor para defenderse y yo me lavo las manos: esto es lo que queréis saber a todo precio: se trata de una joven irlandesa, de alta y noble familia, que se ha enamoriscado de Patrick y le ha seguido a Francia; tiene veinte años, es hermosa, es casta: perderéis con ella vuestra mitología, mi coronel; sigamos: vive en el palacete Saint-Papoul, en la calle de Verneuil; y si deseáis verla, es muy fácil: todos los domingos acude a misa de doce a la abadía Saint-Germain-des-Prés.

—¡Os hacéis el romano, Fitz-Harris, pero sois un pérfido! En vuestros ojos veo la secreta alegría que sentís traicionando a un hombre que os ama; más que yo por saber, ardéis vos por decirme lo que fingís querer callarme. Es una mala acción la que habéis cometido. No es la primera vez que, con la máscara de la amistad, habéis tratado de hacer daño a Patrick o de perderle en mi ánimo. ¡Sois un cobarde envidioso! No es así como Patrick ha conseguido mi aprecio, que vos nunca tendréis.

Y diciendo esto, el coronel le volvió la espalda y se alejó. La lección era dura: Fitz-Harris se puso a silbar mientras la devoraba.

El señor marqués de Gave de Villepastour era el producto incestuoso de un amor de la Regencia; la crónica escandalosa decía que una sangre finísima corría por sus venas. Para algunos, un brazo poderoso, un brazo casi real, le había impulsado y protegido en la sombra, y aunque apenas tenía veinticinco años, lo

había convertido en coronel. Buen perro cazador de raza; por eso cazaba bien, pero con velo y mitones, es decir que, hasta en sus excesos, conservaba un decoro que los cortesanos pisoteaban. En sus libertinajes todavía le quedaba una especie de pudor que habría hecho ruborizarse a los libertinos de la época de la Regencia, y algunas tradiciones —no me atrevo a decir sentimientos— del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, totalmente perdidas en la corte, y que debía a su preceptor, hombre del gran reinado, cuyas rígidas lecciones, después de todo, sólo habían conseguido hacer de él una especie de hipócrita. En suma, el señor marqués no era más que un fatuo, un hidalgüelo lleno de afectación en sus modales y en sus palabras, ceremonioso, cumplímentero, falso, ridículo y perfumado; un ejemplar bípedo del *Viaje a Italia* de Dupaty[37], o de las *Cartas a Emilia sobre la mitología de* Dumoustier[38].

Muy satisfecho con los informes que le había dado Fitz-Harris, le había reprendido con tanta dureza únicamente para no deberle su traición, y para dárselas de digno con un hombre que no sabía poner freno a sus chanzas.

El domingo siguiente, a las doce en punto, oloroso como un ramo de flores, todo emperejilado de encajes, todo vestido de satén verde primavera, emblema de su esperanza amorosa, acudió a Saint-Germain-des-Prés y fue a situarse contra un pilar de la nave, cerca de lady Déborah.

A fuerza de monerías no tardó en atraer una de sus miradas. Este primer éxito le embriagó y lo volvió más obsequioso todavía. Cuando el Libro de Horas se le escapó a Déborah de las manos, él se arrodilló precipitadamente para recogerlo y no se lo devolvió sino después de haberlo cubierto de besos. Se inclinaba constantemente a su oído murmurando:

—¡Sois adorable! ¡Os adoro! ¡Sois un ángel! ¡Sois divina!…

En otras ocasiones, con un fervor indecente le dirigía casi directamente estrofas de los salmos o pasajes de oraciones que podían contener alguna alusión. ¡*Rosa mystica,* rosa mística!, le decía. ¡*Turris eburnea,* torre de marfil! ¡*Domus aurea,* habitáculo dorado! ¡*Va insigne devocionis,* vaso deslumbrante de devoción! ¡*Janua cœli,* puerta del cielo! ¡*Stella matutina*, estrella de la mañana, estrella del pastor, estrella de Venus! ¡*Fœderis arca,* arca de la alianza!… ¡*Columba mea*, paloma mía!… ¡*Sic lilium inter spinas, sic amica mea inter filias*, como un lirio entre espinas, como mi amiga entre sus compañeras!

Por miedo a hacerse notar, Déborah no se atrevía a quejarse ni a cambiar de sitio, y soportaba con resignación evangélica todas las impudicias y todos los

manejos del marqués; fingía no prestarles ninguna atención, y permanecía tan insensible y tan fría como una estatua a las carantoñas de un niño.

A la salida de misa, M. de Villepastour la persiguió y la abordó en el pórtico:

—Mil perdones, señorita, pero ¿no sería de vuestra linda mano este lindo guante que acabo de encontrar en vuestro sitio?

—Perdón, señor, vos me lo habéis quitado durante la elevación.

—Encontrado o quitado, ¡qué importa!… Os ruego que creáis que la restitución de este talismán supondría para mí un doloroso sacrificio, si tal sacrificio no me hubiese permitido oír el sonido melodioso de vuestra voz.

—Gracias, señor, seguid adelante; dejadme.

—¡Dejaros! ¡Ay! ¿Puede alejarse el acero del imán que lo arrastra?

—Tened piedad de mí, señor; no me cubráis de vergüenza. ¿No bastaban ya vuestras impiedades en la casa de Dios?

—¿Mis impiedades?… Os adoraba, me creía en el templo de Amatonte[39]… Con ambas rodillas he de suplicaros que no me rechacéis. Desde la primera vez que os vi, señorita, vuestra belleza me dejó prendado, me encantó, me encendió con el más ardiente amor; he hecho grandes esfuerzos por apagarlo; no era lo bastante presuntuoso para atreverme a aspirar a vos, tesoro de perfecciones; ¡lucha inútil! No he hecho más que hundir más la flecha que quería arrancar. Ahora me doy perfecta cuenta: el amor sólo puede curarse con el amor. No seáis inhumana, no seáis sorda a tanta pasión. Una sonrisa, que no sea de desprecio; una sonrisa, que no sea de desdén; una palabra, que no sea de cólera, y derramaréis un poco de calma y de alegría en el alma de un desesperado, y haréis el más feliz del más infortunado de los amantes.

—Señor, por favor, os lo repito, retiraos. Vivo en esta calle: ¿queréis perderme a ojos del mundo, a ojos de mi esposo? Sólo un hombre peligroso y perverso puede jugar así con el honor de una mujer…

—Vuestro honor es tan caro para mí como el mío, señorita: Dios me libre de mancillarlo nunca, tendría un remordimiento eterno. Me retiro, esperando que esta deferencia sea apreciada en su valor y haga vuestro corazón más misericordioso hacia mí, que deposito a vuestros pies misterio, amor y obediencia.

Sin embargo, el marqués de Villepastour no se alejó del todo; la siguió a cierta distancia para cerciorarse de la verdad de los informes de Fitz-Harris. Después de haberla visto entrar en el palacete Saint-Papoul, siguió su camino

con aire de perfecto contento, con un aire casi juguetón.

XVI

Por esa misma época, Fitz-Harris recibió de Killarney una carta de su hermano contándole que su antiguo amigo Patrick Fitz-Whyte, desaparecido del país, acaba de ser condenado a muerte por contumacia en los tribunales, y a ser colgado en efigie en el puerto de Tralée, por seducción, asesinato y rapto de la hija de lord Cockermouth. Esta horrible noticia, lejos de afligir a Fitz-Harris —me horroriza decirlo— no despertó en su corazón lleno de envidia más que una secreta alegría. Se apresuró a asentir al juicio calumnioso de los jueces de Tralée: era demasiado su placer encontrando a Patrick culpable para no prestar fe a esa increíble sentencia.

Inmediatamente comunicó la carta a sus amigos íntimos, diciéndole a cada uno que era destinatario único de la confidencia y que debía guardar el secreto. Pero, lo mismo que él, todos tenían confidentes, y esos confidentes tenían otros muchos: de modo que al cabo de unos días el secreto se convirtió, en el regimiento, en el tema general de las conversaciones, y llegó a oídos de Patrick, a quien afligió mucho.

En la pensión de suboficiales, durante la cena, delante de todos sus compañeros, no pudo dejar de dirigir vivos reproches a Fitz-Harris.

—¿Qué os he hecho —le dijo— para merecer de vos tanto odio o tan pocos miramientos? Me habéis tratado de una manera aviesa, a mí, que soy compatriota vuestro, amigo vuestro. No debíais de haber informado en primer lugar a estos caballeros de la carta que habéis recibido de Irlanda, sino a mí. Habríais debido ser, por lo menos, más circunspecto, y no remitiros de forma tan temeraria a los rumores de una correspondencia. ¿Se han inventado los hechos, son falsos? Vosotros lo ignoráis. En verdad debo deciros, señores, que no lo son. Pero es algo que vos, amigo mío, no ignoráis, vos que gozáis de mi intimidad… Aquí, caballeros, para lavarme de la infame condena que pesa sobre mí, tendría que haceros revelaciones que el honor me prohíbe y siempre me prohibirá hacer. Ha de bastar que os diga, para que os deis cuenta de la enormidad de ese juicio, que la mujer a la que me acusan de haber asesinado y raptado, miss Déborah, condesa de Cockermouth-Castle, es mi amada y mi esposa. La mayoría de vosotros, señores, la ha visto en mis brazos. Sé que no hay piedad para el

asesinato; sé que nada provoca más nuestro desprecio y nuestra indignación que las decepciones de estima: cuando nos ha decepcionado un hombre al que honrábamos y al que creíamos virtuoso, sé lo grande que es nuestra cólera; sé que nuestro deber es desenmascararlo y exigir que la reprobación caiga sobre él; pero vos, Fitz-Harris, no habéis podido dudar un solo instante de mí; no habéis podido ni podéis creer que soy un criminal, ¡no, eso es imposible! Vos, a quien mi corazón se había abierto como un libro, por más esfuerzos que hagáis para cegaros, para ahogar la voz que en el fondo de vuestra conciencia os grita que soy puro y justo. ¡Yo creía en vuestra amistad, Fitz-Harris!

—Caballeros, ¿qué pensáis de esta queja? —exclamó entonces Fitz-Harris con aire burlón.

—Caballeros, ¿qué pensáis de esta perfidia?… Harris, ¡os acuso de traición!

—¡No tenéis espada, Patrick!

—Caballeros, esto es un grito de su conciencia: se provoca a duelo a quien uno considera su igual, y no a un hombre de oprobio digno del cadalso que le reclama, un asesino. ¡Yo no me vengo con el acero, Fitz-Harris!

—¡Habréis de batiros!

—No me batiré.

—Entonces me degollaréis al volver alguna calle.

—Yo no me vengo con el acero. La estima y la amistad que siento por un hombre, Fitz-Harris, no desaparecen en un momento: mi amistad se basa en la estima, mi estima en nobles cualidades, y las cualidades nobles, vos lo sabéis, no son pasajeras ni volátiles. Si un amigo me hiere en un momento de error, ese amigo no deja de ser, tanto a mis ojos como a ojos de todos, y al margen de esa falta completamente personal, tanto antes como después, un hombre galante, lleno de buenos sentimientos y digno de estima. El amor y la amistad tienen un flujo y un reflujo de penas y placeres, de maleficios y de beneficios; sentiría el desprecio más profundo por mí mismo si mi amor o mi amistad creciese o menguase siguiendo ese flujo y ese reflujo, si no fueran, una vez dados, inalterables.

Desconcertado, Fitz-Harris no replicó a estas últimas palabras; sólo hubo algunos cuchicheos indecentes en torno a la mesa.

No tardó en difundirse por todo el cuartel, y Fitz-Harris contribuyó con todas sus fuerzas a acreditarlo, el rumor de que Patrick se había negado a batirse, que Patrick era un cobarde al que era imposible llevar al campo del honor. No contentos con hacer de él un cobarde, le hicieron un necio: la escena de la

pensión de suboficiales fue falseada y ridiculizada y se convirtió en tema de burla.

XVII

El marqués de Gave de Villepastour era muy inconstante en sus gustos satisfechos, pero muy fiel en sus deseos. Pocos días después de la misa de Saint-Germain-des-Prés, resuelto a hacer una nueva incursión, y sin otros motivos justos, después de haber condenado a Fitz-Whyte a un arresto, se envolvió en una capa que lo ocultaba perfectamente y fue al palacete de Saint-Papoul, a llamar a la puerta de lady Déborah.

Ella esperaba a Patrick y abrió enseguida.

—¿M. Mac-Whyte, por favor? —dijo él, desfigurando la voz.

—No está, señor, pero no tardará en volver.

—En ese caso, permitid que lo espere, necesito verlo y hablar con él.

—Pasad, señor.

Nada más cerrarse la puerta a su espalda, M. de Villepastour exclamó en tono agradable:

—Mi bella señorita, habéis metido el lobo en el aprisco; ¡no se necesita ni cayado ni pelliza!

Y tirando lejos su sombrero y su capa, se mostró como la primera vez, con su brillante traje verde primavera.

Al verlo, Déborah lanzó un grito de espanto y huyó al fondo de su aposento; él la siguió y se arrojó a sus plantas.

—Por vuestras babuchas que beso, y vuestros hermosos pies que guardan, y por los que yo daría todos los tronos y todos los cetros de los reyes, ¡no huyáis de mí, señorita! No temáis nada, conmigo estáis en noble y segura compañía. Antes preferiría perder la vida ahora mismo que causaros el menor dolor. No os ofendáis por la estratagema que he empleado para entrar en vuestra casa; sé cuánto descaro y falta de delicadeza hay en mi conducta; pero cuando la pasión nos guía, y cuando la razón es pisoteada, ¿puede uno escuchar las frías conveniencias? Me muero, tenía que veros, que oír vuestra voz, que embriagarme con vuestras emanaciones, porque sois una flor de belleza, cruel señorita, un tulipán lleno de néctar: ¡dichosos los abejorros que beben en vuestro cáliz!… ¡Ay! ¿Adónde me arrastra mi delirio?… ¡Ay, ay!, estoy loco, loco de amor…

No, M. de Villepastour no deliraba ni estaba loco: únicamente hacía la comedia con bastante habilidad. No tenía el más ligero sentimiento por Déborah, su alma era fría, su cabeza caliente. Su pulso latía, los deseos sensuales lo arrastraban; lo animaba el ardor de la voluptuosidad; su imaginación acariciaba un cuerpo admirable, que sus miradas de fauno adivinaban; todo su pensamiento se concentraba en eso: en abrazar aquel cuerpo hermoso, en recorrer a besos aquellos encantos desnudos.

La inocente Déborah, engañada por aquellas apariencias, se conmovió un momento; carecía de fuerza para rechazar con dureza a un hermoso joven que le parecía más desdichado que culpable. Sea cual fuere el candor de una mujer, no puede defenderse de un secreto orgullo cuando un enamorado inclinado a sus pies le revela el poder de su belleza.

—Levantaos, señor —le dijo entonces con acento emocionado.

Estaba tan turbada que no pudo añadir más.

—Quien levanta, perdona. ¡Oh, me perdonáis! ¡Qué buena sois, tanto como hermosa! Tantos atractivos, tantas percepciones no pueden ocultar un alma inhumana. Os lo agradezco: dejad que os bese las manos. Por el exceso de mi ardor he merecido vuestra cólera; pero vos, que sois tan buena, os habéis dignado comprender que la culpa es de vuestros seductores encantos, y que no estaría bien castigar en mí un pecado que procede de vos.

—Si os he rogado que os levantaseis, señor, ha sido porque me resultaba molesto teneros a mis plantas —dijo secamente Déborah, profundamente herida por el aire ya triunfante del marqués y su canto de victoria—; y si os ruego que os retiréis, es porque me importuna que permanezcáis aquí. ¡Salid, os lo ruego!

—Sí, lo sé, debo de resultaros importuno, todavía soy un extraño para vos. En efecto, nada es más insípido que encontrarse a solas con un ser indiferente, pero es tal el poder del amor de este ser indiferente y extraño que para vos soy que, con una sola mirada, con una sola palabra, vos, sublime metamorfosis, podéis convertirme en esclavo, en amigo, en un amante unido a vos por cadenas de flores. ¡Vamos, dejad caer sobre mí esa mirada iniciadora, decid esa palabra mágica, para que cambie mi destino!

—Señor, conmigo dejad a un lado vuestra maravillosa jactancia; podéis ahorrárosla; un lechuguino como vos debe de necesitarla a menudo. Creedme, nunca seré nada para vos por cien razones, y porque estoy unida, no debéis ignorarlo, no por lazos de flores, sino por lazos indisolubles.

—Lazos indisolubles, *my dear miss*, son cadenas pesadas, que para ser

soportables necesitan ocultarse bajo guirnaldas de rosas.

—¡Pero eso es, en pocas palabras, Marmontel[40]! ¿Estáis haciendo, señor, un poema de ópera?

—Del que vos sois la feroz heroína, mi hermosa dama.

—Y vos, sin duda, el héroe no menos ridículo que fastidioso. Os lo suplico, señor, me importunáis, ¡retiraos! Lo sabéis, estoy esperando a mi esposo: a cada instante temo que llegue; ¡marchaos!, os lo suplico, que no os encuentre aquí. Ahorraos un escándalo, ahorradme a mí una escena horrible de ver: ¡es tan violento y tan celoso que os mataría!

—¡Ja, ja! Lo pintáis como un ogro; siento curiosidad por saber cómo me devorará, y me quedo…

—Marchaos, por favor, os lo suplico de rodillas, señor… ¡Santo cielo! ¡Están llamando!… Es él, estáis perdido. Ya os lo había dicho.

—Que sea bienvenido.

—¿Qué hacer?

—Abrid…

—No, señor; seré más generosa que vos digno, tendré piedad de vos; mirad, aquí tenéis la puerta de una escalera secreta, tomadla; partid, huid.

—¿Partir? ¿Huir?… No, gracias; para otros vuestra escalera oculta, no para mí, estoy a gusto y no me moveré. Abrid al ogro.

—¿Es lo que queréis? Sea. Pero vos sois el único responsable de lo que ocurra.

—Abrid al ogro.

—¡Basta, señor!…

Un momento después, sola, con aire apenado, volvió a aparecer Déborah con una carta abierta.

—Bueno, ¿qué os pasa? ¿No era él, mi bella milady?

—No, todavía no.

—Pero ese billete es de su mano, reconozco la letra. Sin duda os anuncia que no puede venir. Y no vendrá. Apuesto a que el libertino estará *bloqueado* en el calabozo.

—¿Sabéis entonces?… ¿También sois mosquetero?

—¿Lo parezco?

—No, pero tenéis su insolencia. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿No ha de poder venir cuando tanto le necesito? Santo cielo, ¿quién me librará de vos?

—Nadie.

—He retrocedido mucho tiempo ante el escándalo, vos me obligáis a él: salid o pido socorro por la ventana.

—No pediréis socorro.

Y diciendo esto, el señor marqués la apartó de la ventana, luego echó los cerrojos con doble vuelta y se metió las llaves en el bolsillo.

—Ya veis que estáis encerrada conmigo; nadie entrará aquí salvo que eche abajo las puertas: resignaos.

Desesperada, Déborah se arrojó casi desvanecida sobre el diván.

—¡Qué niña sois! Preocuparos por tan poco; sois una loca por querer hacer una escena nocturna; dentro de poco serán las nueve, una escena que os haría perder vuestra reputación. Estamos solos los dos, ¡sólo nosotros! Nadie en el mundo sabe ni sabrá que estoy a vuestro lado; nunca hubo amores más secretos, nunca hubo amores más rodeados de nubes ni prometieron más placer. Porque sólo en lo misterioso y en lo repentino hay placeres verdaderos. ¡Vamos, Diana mía, dejaos llevar, dejaos que ese hermoso cuerpo os arrastre al espasmo del placer! El placer es raro e infiel, a menudo cuesta muchos esfuerzos y fatigas terminar saboreándolo; lo tenéis a vuestros pies consumiéndose, ¡recogedlo!… Combatís locamente contra vos misma; veo que también vos estáis encendida; vuestra frente ha palidecido, vuestros ojos brillan de deseos, vuestro pecho late dulcemente en su prisión, vuestras manos queman como carbones mis labios, os estremecéis cuando os toco. ¡Ah, muero! ¡Devolvedme caricia por caricia!… ¡Mezclemos nuestra alma, nuestra vida, nuestra juventud!… ¡Un beso, uno sólo… y seré un semidiós! ¡Qué cruel sois, señora!…

—¡Y vos qué peligroso!

—¡Cuánto me hacéis sufrir! Caricias, llantos, amenazas, desesperación, ¿nada puede con vos?

—Nada; Dios me asiste, no sucumbiré.

—¡Sois un muro!

—Contra el que os rompéis, señor.

—Veo con pena que habéis de ser reeducada, señora; siempre habéis vivido lejos de la corte, estáis guarnecida de prejuicios burgueses y de costumbres provincianas: conseguiréis un hermoso éxito de ridículo en Versalles.

—Es el único que una mujer honrada puede desear en este sitio.

—Sin embargo, si no fuera por vuestro salvajismo, vuestra belleza os daría derechos muy distintos, y sólo con ellos podríais mostraros en todo vuestro

esplendor.

—Recibid mis cumplidos, vuestra cantinela de seducción no es monótona: habéis tocado sin fruto la cuerda de la pasión, ahora probáis la del orgullo.

—Vuestro amante, o vuestro esposo, como vos lo llamáis, no es más que un simple mosquetero; yo soy más que eso: mi palabra tiene peso, mi brazo es poderoso; si sentís algún interés por ese pobre muchacho, si vuestro destino está unido al suyo, ¿podría resultaros indiferente verle prosperar, verlo ascender a la cima de los favores y de la fortuna?

—Magnífico. Ahora resuena la cuerda de la ambición.

—Al dejar vuestra isla, ¿hicisteis por casualidad proyectos de fidelidad conyugal? ¡Dios mío! ¡Qué atrasada está vuestra Irlanda! Pero sería un crimen que tantas perfecciones, tantas bellezas, tan perfectas para ser célebres, pasasen de incógnito por esta tierra. La mujer es el instrumento creado más hermoso; pero abandonada a sí misma es el mueble más triste y más insignificante. Para poner en marcha la poesía y la armonía que esconde es menester que, como en el clavicordio, una mano hábil pasee por su teclado de marfil; es menester que una boca enamorada la anime con su soplo, como un oboe.

—Sois infatigable.

—No es ése sino otro más de mis títulos, milady.

—¡Qué impúdico!

—Quien no es impúdico nunca será señor en amor.

—Entonces, debéis de ser rey.

—Rey y reo[41], señora.

Poco a poco, el marqués se había deslizado suavemente por el sofá, hasta llegar a Déborah, y trataba de cogerle el talle y las manos.

—Dejadme, señor, no os acerquéis; os lo repito, todos vuestros esfuerzos son inútiles. ¿Vais a empezar de nuevo vuestros asaltos? ¡Sois un loco!

—¡Ah!, qué pena que vos no estéis loca, los dos seríamos más cuerdos: yo no me empeñaría en querer enternecer un corazón de mármol ni en sembrar mi semilla entre las piedras; vos, mistress, no dejaríais perderse en palabras y melindres un tiempo que, para nuestra mutua felicidad, podría emplearse de manera tan deliciosa. ¡Cuántas caricias hubiéramos podido ya cambiar! ¡Cuántos besos hubiésemos debido ya recoger, cuántos desmayos!… A propósito, ¿os gustan las estampas, hermosa miss? Mirad, traigo conmigo un libro lleno de excelentes grabados, cuyos dibujos se atribuyen a Clodion[42]. Acercad la

lámpara, ved, mirad.

El marqués de Villepastour había sacado de su bolso un librito ricamente encuadernado y lo presentaba abierto a Déborah; era una de esas obras repugnantes de obscenidad, adornadas con dibujos, para la comprensión e ilustración del texto, como los que tanto se hacen y consumen en esta época inmunda. Déborah dejó caer sobre él una mirada confiada, que apartó al punto, lanzando un grito de horror y lanzando lejos aquella basura. El marqués corrió a recogerlo cuidadosamente, riéndose hasta las lágrimas por su fina broma.

—Vaya un caso, hermosa dama, que hacéis de las *Horas de Citerea*[43]…

—Señor, ¡gozáis de todo mi asco y de todo mi desprecio!

—Estos grabados son realmente muy bellos; en la corte han sido muy apreciados: las damas del palacio de la reina han hecho sus delicias con él; y a mí me ha dado éste una dama de honor. El señor mariscal príncipe de Soubisse, mariscal sobre todo en esta materia, se suscribió, sólo para él, a doscientos ejemplares. Si la señora quiere aceptar el homenaje…

—¡Me dais horror! No os acerquéis, o grito que hay fuego. Marchaos, dejadme, estáis equivocado; los que son como vos no tienen nada que hacer aquí. Os lo he dicho: nunca seré nada para vos.

—Perdón, seréis mi víctima. Ya son más de las diez, de buena gana me acostaría en vuestro lecho si, junto a una inspirada Judith como vos, no me temiese la parodia de Holofernes. ¡Buenas noches!

El marqués, después de envolverse de nuevo en su capa, hizo varios saludos ridículos y se retiró, henchido de cólera y despecho, que se había esforzado en disimular.

XVIII

Cuando al día siguiente Patrick fue a visitar a Déborah, la encontró agotada y afligida todavía por las afrentas y los terrores de la víspera.

—¿Qué tenéis, qué os ha pasado, amiga mía? —le dijo besándola en la frente —. Parecéis apenada.

—Ayer, mi buen Pat, sufrí mucho por vuestra ausencia.

—Amo vuestra ternura, y sin embargo debo reprochárosla: no hubieseis debido alarmaros hasta ese punto, la cosa no era grave; por una palabra, por un pecadillo, M. de Gave de Villepastour me había arrestado en el cuartel y metido en el calabozo durante veinticuatro horas, como os escribí: eso es lo que ocurrió, de veras.

Déborah se guardó mucho de devolver franqueza por franqueza y de desvelar el ataque de que había sido objeto. La sensibilidad de Patrick se hubiera visto demasiado afectada; su ánimo sombrío hubiese concebido demasiado terror y cólera, y se habría consumido en mortales angustias. Además, ¿para qué turbar la paz de su alma? Puede disculparse a una enamorada por sembrar celos en un corazón, por despertar un amor que se apaga, pero sembrarlos por capricho en un corazón exaltado y dominado por una pasión profunda hubiera sido una barbarie de la que las mujeres frívolas suelen hacerse demasiado culpables, pero imposible en Déborah. Además, no por cálculo, sino por deber, aunque se hubiese creído obligada a confesárselo, no lo habría hecho en aquel momento, por miedo a abrumarle; porque también él parecía preocupado.

—Estáis preocupado por algún pensamiento sombrío, Patrick: alguien o algo os ha herido. Cuando tenéis el alma lastimada, vos lo sabéis, es fácil leer en vuestros ojos.

—Es cierto, estoy totalmente consternado todavía por un suceso que me ha llenado de tristeza: Fitz-Harris fue detenido ayer con una carta sellada, y conducido a la Bastilla.

—¿Qué crimen ha cometido?

—Sois injusta con él, Fitz-Harris es incapaz de un crimen. Su fechoría es bastante imaginaria, pero probable. Ya sabéis lo indiscreto, charlatán y maldiciente que es; conocéis su afición a propalar epigramas y chismes

escandalosos; estoy convencido de que perdería la cabeza por una buena frase, incluso por una palabra. Recientemente, refiriéndose a la acusación, habría recitado, al parecer, en un salón una copla difamatoria sobre Madame Putifar; esa copla andaba hacía tiempo, desde luego, por la corte y la ciudad. Por desgracia, esa noche la oyó un agente secreto de M. de Sartine[44], y lo ha vendido.

—No veo motivo para que os lamentéis. A las fábulas de Fitz-Harris les faltaba una moraleja que por fin ha encontrado: la Bastilla. Quizás aprenda cierta reserva: es una lección saludable.

—Mejor diríais una lección terrible: una vez que se entra, nadie sabe si saldrá.

—¡Ah, sería horrible!…

—Esta mañana, en el almuerzo, me he sentido desgarrado por el aire burlón con que nuestros compañeros, e incluso sus sedicentes amigos, han hablado de su desgracia. Han llevado su cobardía hasta el punto de criticarle por haber perseguido con sus sarcasmos a la cándida Madame Putifar, a la que han compadecido cariñosamente; han llegado incluso a hacer su apología, ellos que solían cubrirla a diario con el fango de sus injurias. ¡Oh, milady, cuán despreciables son los hombres! Sé de sobra que quizá no haya una sola persona a la que el ánimo envidioso de Fitz-Harris no haya herido en algún trocito de su corazón: pero ¿hay que ser siempre tan feroz? Estos caballeros, que han convertido en ley la venganza con la espada, se vengan igual con la lengua. Estos caballeros, que han convertido en ley de honor tratar de arrancar la vida a quien sea, incluso a un amigo, que por casualidad les ofenda, no han hecho una ley de honor, al parecer, de no aplastar a un ausente ni herir a un hombre derrotado. Ninguno ha expresado el más mínimo pesar, ninguno ha tenido el menor pensamiento loable en su favor. ¡Malhaya aquel que sólo gana amigos mediante el terror que su brazo o su boca difunde! Si sufre una caída, aplaudirán. En cuanto los leñadores han abatido un roble bajo el que iba a resguardarse a la menor tormenta, el rebaño temeroso acude enseguida a ramonear y destruir las ramas que tantas veces le habían prestado generosa sombra. Esa maldad, esa hilaridad, ese desamparo general han causado en mi corazón dolorosas impresiones que me han animado a intentar salvar con la más firme decisión a Fitz-Harris.

—En eso os reconozco, Patrick, siempre noble y grande; pero dudo que el

éxito corone esa buena obra.

—Sabéis perfectamente cuánto puede la voluntad y la obstinación; en otro tiempo me lo expresasteis muy bien en un billete. Si no logro hacerle recuperar toda su libertad, tal vez consiga abreviarle su cautiverio, y, si fracaso en todo, al menos tendré una satisfacción íntima; nadie podrá reprocharme nada.

—¡Qué generoso sois, Patrick!

—Mañana, sin más tardanza, iré a Choisy y me arrojaré a las plantas de Madame Putifar: haré tanto, le imploraré de tal modo que su corazón vengativo no dejará de conmoverse, y acaso por primera vez de perdonar.

—¡Qué generoso sois, Patrick! Os alabo por ello; pero no lo hagáis únicamente por íntima satisfacción, como hace un momento decíais. No esperéis que vuestra generosidad sea pagada alguna vez; la generosidad no es una moneda de cambio: es un escudo de oro sin efigie; el que lo recibe lo refunde; es una llave de oro que abre a los hombres nuestro corazón y que nos lo cierra sin piedad. Cuando oigo a una persona denigrar o calumniar a otra, siempre me veo tentado a decirle; Estaréis sin duda obligado… No es que yo pretenda destruir en vos un elevado sentimiento, el que de todos más acerca la criatura al Creador: la generosidad es una parcela de la Providencia. ¡Id, salvad a Fitz-Harris! Pero estad seguro de que nadie en el mundo haría por vos lo que vos vais a hacer por él; y Fitz-Harris menos que cualquier otro con toda seguridad.

—¡Santo cielo! ¿Sabríais acaso?…

—Yo no sé nada. Pero Fitz-Harris es un ser de la peor calaña, un charlatán, un hombre que pone la lámpara debajo del matorral, y que dice *racha*[45] a sus hermanos.

—¿Quién os ha informado?

—Os repito que no sé nada; sólo lo que me dicta mi corazón.

—Entonces poseéis una perspicacia que deriva de la astrología; estáis iluminada por divinos presentimientos; Dios os ha dotado de una segunda vista.

—No, Dios sólo ha aprisionado mi alma dentro de un instrumento frágil y sensitivo; todo lo que choca con ella, la agita y hace resonar largamente, y son esas vibraciones lo que mi alma escucha.

XIX

En efecto, a la mañana siguiente, Patrick, más decidido que nunca en su valerosa empresa de sacar a Fitz-Harris de las mazmorras, se dirigió a hora temprana al castillo de Choisy-le-Roi, que, como muchas otras cosas reales, había pasado de manos de la difunta duquesa de Château-Roux a manos de la Poisson, Madame Lenormand[46], Madame Putifar.

Aún no se había levantado la favorita: fueron a anunciarle que un mosquetero del rey solicitaba audiencia. Sorprendida e intrigada por aquella visita tan tempranera, envió inmediatamente a su doncella, Madame du Hausset[47], a ver quién podía ser y qué podía desear.

—No tengo ningún mensaje que dar a Madame Putifar —dijo Patrick—, no tengo nada que pedir para mí, salvo que le plazca hacerme el favor de verla y hablarle un momento, favor por el que le guardaré gratitud eterna, y momento que será el más dulce de mi vida.

Madame du Hausset se apresuró a referir de corrido estas mismas palabras a su ama.

—Me ha dicho esto —añadió— con un tono de unción y excelente cortesía que me ha seducido. Es jovencísimo, veinte años como máximo; es hermoso, de una belleza rara, más hermoso que el señor de Cossé-Brissac y que el conde de Provenza; ¡más hermoso que vos! Hermoso con una hermosura desconocida, hermoso como para ponerse de rodillas delante de él. ¡Es un ángel! Es un mosquetero del *Paraíso perdido*[48].

—¡Por Dios, Mme. du Hausset, vaya entusiasmo! ¡Esta mañana sois toda salitre! —dijo Madame Putifar, fingiendo profunda indiferencia.

—No exagero nada, señora, vos misma lo veréis. ¿Debo introducirle?

—No, amiga mía; decidle que estoy indispuesta y no puedo recibir a nadie.

Era un desinterés falso para disfrazar sus impacientes deseos, porque ardía en ganas de verle.

—¡Seríais muy cruel, señora!

—Apuesto a que vuelve a tratarse de algún joven necio enamorado de mí, como con tanta frecuencia me ocurre, algún joven fatuo que viene a hacerme una

declaración a lo Don Quijote.

—No, señora, en su cara se ve que tiene sentido común y pena.

—Basta. ¡Que pase!

Cuando Patrick entró, Madame Putifar, graciosamente tendida en su lecho, hizo un gesto de admiración y se quedó un rato contemplándolo con mirada lánguida.

—Señora, os pido perdón de rodillas —dijo entonces Patrick con sensible emoción y dando algunos tímidos pasos— si vengo a turbaros hasta en la paz del sueño y a espantar con mis tristes ruegos vuestras ensoñaciones de la mañana.

—Acepto vuestra visita, mi querido señor, como un feliz presagio de la jornada que empieza.

—Veo enternecido, señora, cuán lejos estaba yo de presumir vuestra bondad atreviéndome a esperar que llegaría hasta vos. Os ruego que creáis que ni el orgullo ni una vana presunción me han impulsado a dar este paso.

—Por favor, señor, acercaos, tomad un asiento y sentaos a mi lado.

Sobre el terciopelo rojo de un amplio sillón donde estaba sentado, la hermosa figura blanca y rubia de Patrick se dibujaba maravillosamente y se coloreaba con reflejos de laca que parecían dar a su tez sonrosada la transparencia de una mano presentada a la claridad de una vela. A su lado, en un pequeño mueble de Charles Boulle, había, desparramados, lápices, pasteles, dibujos, algunas planchas de cobre, algunos buriles, y el *Tancrède*[49], del señor gentilhombre ordinario, abierto por su *cortesanesca* dedicatoria.

En ese momento, Madame Putifar se dedicaba a grabar una pequeña pintura de François Boucher. Ya había grabado y publicado una serie de sesenta estampas según unas piedras finas talladas en hueco de Guay[50], salidas de su gabinete. Hoy ese infolio es muy raro, pues sólo se imprimió un pequeño número de ejemplares para amigos.

Así pues, siempre estaba muy ocupada en las bellas artes, sobre todo en la pintura. Es lo que, cierto día en que M. Arouet de Voltaire la había sorprendido dibujando una cabeza, le había ganado este madrigal tan gracioso:

Putifar, tu lápiz divino
debía dibujar tu rostro,
nunca más bella mano
habría hecho más bella labor.

Patrick parecía muy apurado; para tranquilizarlo y ahorrarle las molestias de una primera frase inicial, ella le dijo muy afable:

—Sin duda, sois extranjero.

—Soy irlandés, señora, y me llamo Patrick Fitz-Whyte.

—Me había parecido por vuestro acento. ¿Venís entonces de las guerras de la India, con el barón Arthur Lally de Tollendal[51]?

—No, señora; sólo dejé mi patria hace un año.

—¿Y cómo es que no estáis en el regimiento irlandés del conde Arthur Dillon?

—Para no alejarme de París, preferí entrar en los mosqueteros; y me resultó fácil, con la augusta protección de mis señores François Fitz-James y Arthur-Richard Dillon.

—Si sois ambicioso, si queréis llegar a los altos cargos, haríais bien consiguiendo la nacionalidad, como el difunto duque James de Berwick[52].

—Eso no, nunca, señora. Se pueden tener dos madres como dos patrias; pero renegar de las entrañas que nos han concebido, de la tierra que nos ha dado la vida, sólo puede ser propio de un corazón desnaturalizado. Para Irlanda, mis recuerdos, mis lágrimas y mi amor; para Francia mi abnegación, mi fidelidad y mi gratitud; pero rechazo la prostitución, porque eso es lo que fue la del difunto señor mariscal duque de Fitz-James de Berwick, irlandés, afrancesado, grande de España.

—Os alabo por tan nobles sentimientos, que sin embargo los demás considerarán austeros.

—No ignoro, señora, que serán tratados de prejuicios. Si todos los impulsos y todas las inclinaciones espontáneas del alma son prejuicios, reconozco sinceramente tener muchos, y digan lo que digan nuestros sofistas y su vasta filantropía, un irlandés siempre valdrá para mí más que un italiano; una retama de Macgillycuddy's-Reeks más que un castaño de las Tullerías, las hermosas orillas del Loug-Leane, donde titubearon mis primeros pasos, siempre me serán más queridas que las orillas del lago de Ginebra. Y es ese sentimiento indefinible, al que se han sumado la amistad y la conmiseración, señora, lo que me ha traído a vuestros pies.

—Hablad sin miedo, mi joven amigo, no soy más que caridad para vos.

—Tenía en los mosqueteros un solo compatriota, un solo compañero, un solo amigo, señora, que por orden vuestra acaba de ser arrojado a los calabozos de la

Bastilla.

—¿De quién se trata?

—De un tal Fitz-Harris, sobrino de Fitz-Harris, abad de Saint-Spire de Corbeil.

—Fitz-Harris… ¡Ah, ya sé, un hombre infame!… ¿Cómo podéis interesaros por un malvado sin que os dé vergüenza?… —exclamó la Putifar con acento de cólera y de rencor.

—Tenéis razón, señora, al juzgar así mi corazón, que, en efecto, no puede sentir ningún interés por la maldad; por eso vine a pediros gracia para Fitz-Harris.

—¡Gracia para un panfletario, un libelista, que va por todas partes ensuciando con sus insultos la majestad del trono! ¡Un vil calumniador, que lleva su cobardía hasta el punto de ultrajar a una débil mujer a la que Faraón se digna honrar con una mirada de benevolencia! ¡No, no habrá gracia para ese hombre!… Los asesinos no son los criminales más peligrosos para una monarquía: la puñalada de Damiens[53] ganó tantos corazones para el Faraón como los que le han quitado los golpes de pluma de Voltaire. Al tal Damiens habría que haberlo enviado a la Bastilla, y a vuestro señor amigo habría que haberlo descuartizado.

—Vuestra justicia ha cometido un extravío, señora: por el Dios que adoro y por todo lo que vos veneráis, os aseguro que Fitz-Harris no es un malhechor, un secuaz innoble y peligroso, un libelista, un odioso panfletario. Sin duda vuestra policía, para realzar su celo y hacer valer su captura, os lo ha pintado con los colores más atroces; pero Fitz-Harris es un hombre puro y un fiel servidor del rey.

—Negáis entonces que me ha ultrajado públicamente, recitando contra mí un poema injurioso.

—Vuestros agentes, señora, deben de ser de Gascuña o de Flandes, porque tienen un gusto notable por la amplificación y la hipérbole: ese largo poema, esa Ilíada difamatoria se limita simplemente a una copla, cuyos versos, según me han dicho, antes son malos que malvados. Como veis, no sólo no niego la falta, sino que no trato siquiera de mitigarla: mitigarla sería destruirla. Es cierto, y yo se lo reprocho enérgicamente, que Fitz-Harris ha cometido un error que, si vos no fuerais tan buena, podría ser imperdonable, el de repetir en un salón un epigrama salido, según se dice, de la corte, y que desde hace mucho corría por

todas partes; pero lo recitó lo mismo que se repite una noticia, sin intención hostil, sin segundas intenciones, desconsiderada y locamente, como hace todo. Pone su vanidad en ser de los primeros que conocen los rumores de la ciudad, busca noticias del primero que pasa y va devolviéndoselas al primero que encuentra, igual que se las han dado; no es, y os ruego que me permitáis esta extraña comparación, más que una especie de portavoz, de cuerno acústico, que trasvasa de forma maquinal cuanto se le confía; para ser justo, no habría que castigarle a él, instrumento, sino a quienes se lo llevan a la boca.

—¡Qué bien hacéis de sir Fitz-Harris un loro perfecto, un amabilísimo papagayo[54]!

—Veo satisfecho que os habéis dignado comprenderme, señora, y me atrevo a esperar que no haréis de Fitz-Harris víctima, como papagayo, de la grosería de los barqueros.

—Vuestra generosidad, tan flexible, señor, os abre mi corazón y mi estima. Hablad de vos, todo os será concedido; pero olvidaos de ese hombre: semejante trujimán en una época de vilipendiadores como ésta es un ser pernicioso que conviene secuestrar del mundo.

—¡En nombre de Dios, señora, en nombre de vuestro hermano, al que amáis!…

—No conseguiréis nada. ¡Ya estoy suficientemente rodeada de enemigos, amotinados para perderme! Excepto algunos artistas y algunos poetas que me han consagrado hasta la muerte todo su afecto interesado, no cuento con un solo corazón que lata por mí; no oigo a lo lejos más que los ladridos del odio, no tengo a mi alrededor más que perros muertos.

—Ah, señora, no os dejéis abatir así por la melancolía. Cierto que los hombres son ingratos e injustos, pero todavía os queda todo un mundo de amor y de amigos.

—¿Eso creéis?… ¡Ay! ¡Cuánto bien me hace lo que decís! —suspiró ella, cogiéndole la mano y estrechándosela con ternura—. ¡Qué destino más cruel! ¡Verse desposeída de todo, de la juventud, del amor, del Poder!… ¡Ah, cuánto ha reanimado mi corazón lo que me habéis dicho! Si pudierais sentir cuánto se sufre siendo la execración de todo un reino… Porque sé perfectamente que toda Francia me aborrece: me culpa de todas sus desgracias, me convierte en su fuente. ¡Pobre Francia! Cuando yo falte, verás si eres más feliz. Es a mí a la que reprochan los desastres de la guerra de siete años; ¡todo me acusa, todo me ataca,

hasta ese cardenal de Bernis[55]!… ¡Es una víbora a la que he dado calor en mi seno!… Nunca deis calor a una serpiente en vuestro seno, mi hermoso joven.

En ese momento la Putifar, después de haber retirado lentamente su edredón, se encontraba encima de su cama casi enteramente al descubierto. Su fina camisa de batista y encaje, en desorden, dejaba dibujarse voluptuosamente la amplitud de sus caderas, y su hermosa cintura de la que estaba tan orgullosa. Aunque en esa época tuviese cuarenta y un años, su cuello aún poseía una curva majestuosa y sus senos eran blancos y firmes; sólo sus rasgos habían sufrido cierta alteración, pero no la alteración de la vejez, sino la descomposición del remordimiento. Apoyada en su almohadón, tenía la cabeza inclinada hacia Patrick: su sonrisa constante, su contemplación lánguida expresaban una codicia que hubiera debido hacer sospechar si su mirada estaba húmeda de pesares o de deseos.

A Patrick le pareció oportuno ese instante para un último esfuerzo: se puso de rodillas, cubriendo de besos el brazo que la Putifar dejaba colgar en el borde del lecho con coquetería.

—En el nombre de Dios, señora, en el nombre de todos los que os aman, perdonad a Fitz-Harris, no seáis implacable.

—¡Ay, Dios mío! ¿Adónde me lleváis?… ¡No, no me habléis de ese hombre!

—¿Cómo, señora? No, es imposible, sois tan buena. ¿Cómo? ¿Por una palabra, por una bagatela, por una inconsecuencia, por un error arrancaríais de la naturaleza, del amor, de la existencia, a un niño, a un loco?… ¿Cómo? ¿Haríais pudrirse en un calabozo a un joven bueno y guapo, que acaba de entrar en la vida? ¡No, no, es imposible! Vuestro corazón no ha podido maquinar esa venganza, vuestra alma no ha podido hacerse a esa idea: ¡gracia, gracia para Fitz-Harris!

—No: para vos, cualquier cosa, nada para él.

—¡Ah, qué cruel sois, señora! Me desgarráis el alma, me causáis un mal horrible. ¡Gracia, gracia, salvadle!… De acuerdo, sí, ese hombre os ha herido, ese hombre es un cobarde, un asesino, lo que sea. ¡No merece sino el verdugo! Pero mostraos magnánimo, ¡perdonadle! ¡El atributo más bello, el más hermoso florón de la corona es el derecho a la clemencia! ¡y vos tenéis ese derecho! ¡Perdonadle, sed regia! Porque Dios os ha dado un cetro; porque Dios os pesará en la balanza de los reyes; ¡porque Dios os ha hecho Soberana!

—Todo sea por vos, Patrick; ¡que lo pongan en libertad! Habéis conseguido

gracia para él, pero decidle que se la doy no por él, sino por vos.

—Gracias, señora, gracias. ¡Gracias sean dadas a Dios! En mi delirio, no sé cómo expresaros mi gratitud.

—Nada de gratitud, Patrick. Desahogándome en vuestro pecho como no lo había hecho con nadie en el mundo, no he hecho de vos un servidor, sino un amigo.

—Muy indigno de vos, señora.

—Dejad que sea Dios quien juzgue eso. Adiós, señor. Id pasado mañana a Versalles, donde yo estaré, y os daré la carta de gracia de ese hombre.

Entonces la Putifar llamó a la Madame du Hausset e hizo acompañar a Patrick.

Se hallaba en un estado de emoción indefinible, todo lo que acababa de ocurrirle acudía en tropel a su cabeza. Un pensamiento, que arrojaba lejos de sí, volvía a reaparecer siempre en medio de aquel vértigo; le parecía, aunque repugnase a su razón, que en el momento en que, en su arrebato de gratitud, había cubierto de besos los brazos de Putifar, dos labios ardientes se habían posado en su frente.

XX

La beneficencia es la única voluptuosidad del alma que es pura.

En medio de esa plenitud de espíritu, de esa dulce satisfacción que irradia en el corazón tras una buena obra, Patrick corrió a su vuelta a contar a Déborah la noticia de sus éxitos.

—¡Está salvado! —exclamó arrojándose en sus brazos—. Mañana le concederán gracia, ¡mañana será libre!

Déborah compartió sinceramente su alegría. Es uno tan feliz viendo a los que se ama hacer el bien; es tan sensible uno a su sensibilidad, tan grande con su grandeza…

No ocurrió lo mismo con la Compañía: cuando, durante la cena, Patrick anunció que había conseguido la libertad de Fitz, aquellos caballeros, estupefactos, se esforzaron a porfía en mostrar contento; pero aquel contento era frío y afectado. Aquella noble obra hecha por un hombre que ganaba a viva fuerza su estima, por un hombre al que temían, les resultaba profundamente dolorosa; además, esa obra les reprochaba su dureza y su holgazanería.

Después de la cena, el señor marqués de Cave de Villepastour mandó llamar a Patrick. Lo recibió en su despacho con una frialdad helada y le habló en un tono altivo y seco que no solía adoptar con él.

—Señor Fitz-Whyte —le dijo—, desde hace unos días corren por la Compañía rumores infamantes sobre usted. La fuente de esos rumores es una carta escrita por el conde de Kerry a Fitz. Tengo aquí una traducción, que han tenido a bien hacerme.

Patrick reconoció, en efecto, la letra de su amigo.

—Los hechos son flagrantes. Tenéis veinticuatro horas para justificaros. Si en ese tiempo no os habéis lavado de estas ignominiosas acusaciones, seréis expulsado de los mosqueteros. No podría permitir, sin faltar al rey, que un malhechor viva más tiempo entre sus guardias gentilhombres. Veamos, ¿qué tenéis que responder?

—Nada. Nunca me he rebajado y nunca me rebajaré a lavarme de una calumnia. La conducta del hombre honrado es una justificación permanente, y la única que le conviene.

—¿Tratáis entonces de calumnia estos informes?

—No son esos informes lo que trato de calumnia, sino el juicio de los jueces de Tralée lo que declaro calumnioso. Apelo a Dios nuestro Señor.

—Como queráis; por lo que a mí respecta, me remito a la justicia de los hombres.

—Es decir, señor, a la justicia que condenó a María Estuardo, a Tomás Moro, a Jane Grey, a Enguerrand de Marigny, a Juana de Arco, a Carlos I y que crucificó a Cristo.

—Basta; seguís teniendo veinticuatro horas.

Sumido en una profunda tristeza, Patrick fue a encerrarse en su cuarto. En medio de su abatimiento, lleno todavía de esperanza en la bondad de Dios —que a menudo, para probar la grandeza de su fe, se complace en herir a sus servidores más justos—, muy lejos de blasfemar, apenas se atrevía a lamentarse de su destino. Se resignaba; pensaba en las personas doblemente agobiadas por llagas del alma y del cuerpo, y daba gracias a Dios, que lo trataba con miramientos incluso en su aflicción. Sin embargo, a veces le faltaba el valor; y derramaba torrentes de lágrimas cuando su ánimo, asaltado por los fantasmas del recuerdo, le mostraba, en el camino de Killarney, a Déborah ensangrentada, moribunda bajo los grilletes de sus asesinos, y alzaba para él, en el puerto de Tralée, una horca roja donde colgaba su efigie. Pasó toda la noche agitado, sin poder gozar del más ligero sueño; cuando, abatido por la fatiga, se arrojaba sobre la cama, sus párpados permanecían abiertos y sus ojos fijos como los ojos de las aves nocturnas; su sangre hervía de fiebre como si hubiese sido arrebatado lejos por un caballo. Cuando se levantaba, caminaba a zancadas por el cuarto, abría la ventana, se arrodillaba y rezaba con la cara vuelta hacia el cielo, paseando su mirada entre las estrellas. Nunca es más pura y más dulce la plegaria del hombre que cuando, sobre la tierra en la que gime, nada le separa de los cielos, a los que aspira cuando, entre él y el firmamento, sólo está la inmensidad.

Para matar el tiempo, leyó también algunas *Noches*[56] de un poema que desde hacía poco acababa de elevarse de improviso de las brumas del Támesis. Meditaciones lúgubres sobre la muerte, la nada, la Eternidad, que halagaban el marasmo de su espíritu.

XXI

Al despertarse, Déborah encontró a Patrick sentado al pie de su cama. La contemplaba.

—¡Ya estáis aquí, Phadruig! —exclamó—; ¡me habéis asustado!

—Levantaos y vestíos, amiga mía; necesito que vengáis conmigo.

—¡Parecéis abatido! ¡Qué pálido estáis! ¿Sufrís, Phadruig?

—Sí.

—¿Qué os pasa, amor mío?

—Si Dios no me sostuviese, estaría desesperado y tendría la muerte en el corazón… ¡Ah, no me beséis en la frente! Mi frente está cubierta de ignominia. Los jueces la han mancillado, el verdugo la ha marcado con su hierro. Soy un asesino, un cobarde asesino, un contumaz…

—No, no, Patrick, no sois nada de eso.

—Sí, os repito que sí; preguntádselo al pueblo de Tralée, que me ha visto colgar.

—¡Cómo! Así pues, ¿lo sabéis? Maldito sea quien os lo haya dicho…

—¡Y si sólo lo supiera yo!… Lo sé todo, amada mía, desde hace un tiempo, y no os lo decía porque esperaba callaros por siempre lo que vos misma no ignoráis: ¿quién os había informado?

—Sólo abandoné Irlanda después de ese crimen. Asistí al juicio y oí la sentencia de los jueces. Y a mi llegada os lo oculté para ahorraros el pesar que ahora sentís.

—Pero ¿quién me denunciaba ante el tribunal?

—Mi padre.

—¡Ah, el muy infame!

—¿Y quién os ha informado, Patrick?

—El rumor público. Hace unos días, Fitz recibió una carta de su hermano que le informaba; rápidamente la comunicó a todos sus camaradas; y M. de Villepastour, a cuya casa dirigimos nuestros pasos, tiene incluso una traducción.

—¡Ah, el muy infame!… Patrick, anteayer mismo os dije que erais generoso y que ibais a hacer algo que nadie en el mundo haría por vos, y Fitz-Harris menos que nadie. Después de esto, ¿seguiréis pensando en ir hoy a buscar a

Versal les su carta de gracia?

—Sí.

—Patrick, Patrick, sois demasiado generoso.

—Y vos, Debby, no suficientemente cristiana.

—Nunca lo seré hasta ese punto, nunca ofreceré una mejilla después de otra; ni hasta el punto de besar la mano que me golpea; ni hasta el punto de abrazar tiernamente al enemigo que me ahoga.

Mientras hablaban de los detalles del proceso y del juicio, llegaron al palacete del marqués de Villepastour.

Al entrar, Déborah lo reconoció enseguida como su impúdico, su desconocido y su fatuo de traje verde primavera; y no pudo contener un grito de sorpresa y de espanto. Para ocultarle a Patrick la causa, fingió haberse golpeado contra un mueble.

—¿Qué os trae, señor Fitz-Whyte? —le dijo el marqués de una forma brutal.

—Me disteis veinticuatro horas para justificar, señor, si no recuerdo mal.

—¿Justificarte ante este hombre?… ¡No, vete, vete! —exclamó Déborah colgándose del brazo de Patrick y arrastrándole hacia la puerta—. ¿Justificarte, cordero mío, ante las fauces abiertas de este lobo?… La virtud está aquí ante el tribunal del crimen. ¡No, no, vete, Patrick, vete, amigo mío!…

—Debby, déjame hablar, te lo suplico.

—¿Hablar? ¿Y a quién?… Pero si aquí no hay nadie, Patrick, nadie que pueda oírte. Este hombre no es un hombre; ¡no tiene ni fe, ni ley, ni Dios, ni corazón, ni alma! ¡Es menos que un tigre, menos que un mono, menos que un perro! Es una serpiente que mancha con su baba venenosa… ¡Vete!

Mientras Déborah, extraviada por su resentimiento, gritaba estas terribles palabras, punzante reprobación del crimen por parte de la inocencia, que habría desgarrado un corazón menos envejecido en la depravación, el marqués de Villepastour, acodado tranquilamente en su mesa, acogía cada una de sus palabras con una sonrisa injuriosa.

—Os pido perdón, señor, por los exabruptos que la señora acaba de decir contra vos; estoy asombrado y dolido. Sin duda su mente está trastornada. Aunque el orgullo, el honor y conjeturas espantosas me prohíben cualquier justificación, señor marqués, dado que una sola palabra invierte y aniquila totalmente el cadalso de mi condena, y muestra toda la enormidad de un juicio tan absurdo que repugna a la razón más necia, creo mi deber deciros lo siguiente: Esta mujer que llora a mi lado, joven, bella, buena, fiel y pura; este ángel que

Dios en su bondad infinita me ha dado por guía y por amiga desde mis primeros años; esta parcela de Dios que me la ha dado, por la que derramaría gota a gota mi sangre, y lágrima a lágrima mi vida, por la que expiraría lentamente en las torturas del tormento sólo por ahorrarle el más leve dolor; esta mujer que yo tenía, que tengo, que amo, que adoro, mi ídolo, mi culto; esta mujer, mi paloma, mi bienamada, mi esposa, vaso sagrado al que mis labios sólo se acercan estremeciéndose, es la misma de la que me hacen asesino y degollador. ¡Es esta misma, miss Déborah, condesa de Cockermouth-Castle, a la que maté, a la que asesiné cobardemente, y en cuya sangre, feroz caníbal, lavé mis manos y sacié mi sed!… ¡Ah, es atroz!… ¡Oh, esto me destruye y anonada!…

—Nada me dice, señor, que ésta sea en efecto la condesa Déborah de Cockermouth-Castle… Perdón, mi trabajo me reclama y no puedo oíros por más tiempo.

Y, con aire importunado, M. de Villepastour, pasando a otro cuarto cuya puerta cerró tras él, dejó groseramente a Patrick y a Debby, que lloraban y se habían abrazado.

Patrick hizo algunas preguntas a Déborah sobre sus arrebatos contra M. de Gave; mas ella sólo respondió de una manera vaga y oscura.

XXII

Daban las doce de la mañana cuando Patrick entraba en el castillo de Versalles, en los aposentos de Madame Putifar.

La sesión del consejo acababa de concluir, y los ministros se retiraban en medio de una gran agitación.

Fue anunciado e introducido ante ella inmediatamente. Rodeada de escritorios, de rollos de papeles y papelotes, estaba sola, con un rico atuendo, y engalanada con ese cuidado rebuscado que no puede ser el de diario, con ese cuidado de galanía que deja al descubierto tanto el primer sentimiento de la joven como el último sentimiento de la mujer.

—Señor Patrick —le dijo ella en el tono más afectuoso—, aquí tenéis las cartas de gracia que vuestra voz y vuestras conmovedoras palabras me han arrancado en favor de M. Fitz-Harris, vuestro amigo; si tenéis el deseo de complacerme, como yo tengo el de seros agradable, debe perder para siempre ese título que vanamente le honra, y que a mis ojos os compromete gravemente. Cortad, hacedme caso, toda relación con ese insensato. Es la primera vez que Firmo el perdón de una injuria semejante: pero puedo decir, puesto que lo hago por vos, que si hubieseis sido vos el que me hubiese pedido los otros, desde luego éste no sería el primero. Mi corazón, que sufriría por rechazaros, os ha concedido la libertad de este caballerete Fitz-Harris sin condición alguna; pero la seguridad del Estado y la mía exigen que dentro de ocho días haya abandonado Francia.

—Habéis hecho una digna y magnánima acción, señora; ¿por qué es preciso que un remordimiento la restrinja? Habéis obrado según vuestra sabiduría, ante la que mi espíritu se prosterna como yo me prosterno a vuestros pies.

Mientras Patrick, de rodillas, exhalaba como podía su gratitud, y cubría de besos el vestido de Madame Putifar, una voz de hombre gritó desde una habitación vecina:

—¡Pompón! Creo que el consejo ha terminado. ¿No vas a venir? Mi almuerzo ya está listo.

Luego se entreabrió una puerta.

La misma voz dijo entonces con un tono satírico:

—¡Ah, perdón, señora! No os sabía ocupada.

—No, no, pasad sin miramientos; aquí no hay nada extraño —replicó la Putifar—, el señor es amigo mío, como veis, y muy digno de serlo vuestro.

Luego añadió en voz baja a Patrick:

—Tengo todavía muchas cosas que deciros; venid mañana por la noche al Trianón; cenaréis conmigo. Adiós, marchaos.

—Mi pescado frito está listo —continuó la misma voz—, y venía para que probaseis mis huevos en su jugo.

Entonces Patrick, levantándose y volviéndose para dirigirse a la puerta, hizo un movimiento de sorpresa y una genuflexión, al ver a Faraón, en traje real, con el cordón azul, la cruz y las placas, y con un delantal de tela blanca, una cuchara en una mano y una enorme cacerola en la otra.

—Levantaos, señor —dijo alegremente Faraón a Patrick—, y ruego a Dios que os conserve en su santa guardia. Veo encantado, Pompón, que mi imagen está tan bien grabada en el corazón de mis súbditos que me reconocen incluso de marmitón.

De este modo Faraón, para animar su vida privada, totalmente vacía y totalmente nula, se divertía a veces… mi pluma se niega a escribirlo, ¡cocinando!

Tan pronto como Patrick salió, gruesas lágrimas corrieron por sus párpados; sensible y grande, le había conmovido hasta las entrañas ver lo que habían hecho de su rey.

¡Y su corazón se partió y aumentaron sus llantos cuando, al atravesar una galería adornada de pinturas, encontró con la mirada a Luis IX y a Carlomagno!

XXIII

Provisto de su carta de gracia, Patrick se dirigió inmediatamente a la Bastilla, y penetró en el vientre de aquel toro de piedra, semejante al toro de bronce de Falaris[57], donde las víctimas eran arrojadas vivas.

Se hizo guiar hasta Fitz-Harris, al que encontró en una pequeña bodega tan baja que había que permanecer inclinado; húmeda, sucia, sin más aire que las exhalaciones pútridas de los fosos, ni más luz que una débil claridad que escapaba de una tronera.

Estaba tumbado sobre algunas pajas enmohecidas, con la cara vuelta contra tierra. Adormecido o abotargado por el frío, no oyó que descorrían sus cerrojos. Patrick le dirigió unas palabras en irlandés: ante aquella voz amiga que hacía resonar aquel lugar de horror con su lenguaje natal, se estremeció y levantó la cabeza.

—¡Levántate, Fitz-Harris, estás libre!

—¡Tú aquí, Patrick! Ay, desdichado, ¡antes la muerte!

—Vengo a buscarte, estás libre; ¿me oyes? Levántate, te digo.

—¿Libre yo? No, es un sueño. Es una locura… No puedo creerlo… ¿Ya no hay cadenas, ni piedra, ni verdugos? ¿Aire, cielo, flores y mujeres?… No, no puede ser, eso no está reservado para mí… Sé que estoy perdido; ¡esta noche he oído el reloj de la muerte!

—Vamos, ven, Fitz-Harris; partamos sin demora. El viento caprichoso que abre las puertas, las cierra a menudo enseguida: ¡démonos prisa!

—Pero ¿es que ha muerto?

—¿Quién?

—¡La infame! ¡La Putifar!

—Calla, Fitz-Harris, y sé más cuerdo. Has vuelto a decir suficiente para que, si hubieras salido, volviesen a arrojarte en esta mazmorra; y, estando todavía dentro, para que te metan en la cisterna de los olvidos. Vamos, ven, sígueme, por favor. Mira, aquí tienes tu carta de gracia.

Fitz-Harris se la quitó de las manos y la arrugó sin mirarla. Luego, con paso vacilante, avanzó hasta la puerta, y allí se detuvo en seco, diciendo:

—¿Seguirte, Patrick?… ¡Oh, no! Acabo de recuperar la razón: te he ofendido; te he traicionado; he sido cobarde contigo; tú eres enemigo mío, tú me odias, tienes sed de venganza… No, no, no te seguiré… Carcelero, cerrad mi calabozo; no saldré de aquí.

—Fitz-Harris, yo no soy enemigo tuyo, tú no me has ofendido, o, si lo has hecho, se me ha olvidado. Somos hijos desdichados de la misma tierra; soy tu compañero, tu leal hermano. ¡Ay, tus dudas desgarran mi corazón!… Ven, sígueme sin temor; ven, amigo, ven con tu hermano.

—¡No, no! Los muros de un calabozo son buenos consejeros, que vuelven a uno suspicaz y prudente: no te seguiré, enemigo mío… ¿Quién me dice que esto no es una trampa, que al final de ese largo corredor sombrío no hay algunos secuaces que me esperan con el hacha en la mano?… ¡Ah, tú sí que sabes vengarte, Patrick! Sin duda, habrás ido a decir a los que me han sumido en esta guarida: «Ahí tenéis un hombre que os molesta, que también a mí me molesta; ¿queréis que mi odio sirva al vuestro? ¿Necesitáis la ayuda de mi brazo? Yo me encargo». Luego vienes a anunciar mi libertad, y es la muerte lo que me espera detrás de este muro… ¡Ah, tú sí que sabes vengarte, Patrick! Después de todo, eres leal, no me engañas; porque si la muerte me espera detrás de ese muro, detrás de la muerte me espera la libertad. Sí, sólo en ella puede concebir el hombre alguna esperanza de encontrarla; salvo que, como tantos otros prestigios, no sea más que un simulacro vacío. Adelante, te sigo… ¡Que pase lo que tenga que pasar! No seré un cobarde: antes veinte puñaladas en mi pecho que pudrirme en este calabozo. ¡Adelante, te sigo!

Con la ansiedad de un espíritu colmado de fantasmas y visiones por la exasperación del sufrimiento, siguió a Patrick, y, en efecto, vio con asombro creciente que delante de ellos caían todos los grillos y todas las puertas. Cuando hubieron cruzado el último puente levadizo, y sus temores se habían difuminado por completo, su alegría estalló en frenéticos arrebatos… Entonces, al mirar su carta de gracia, que seguía teniendo arrugada entre las manos, y al leer: *A petición de M. Patrick Fitz-Whyte y sólo en consideración a él, otorgamos…*, se postró a las plantas de Patrick gritando:

—¡Patrick, Patrick! ¡Qué generoso sois! ¡Os debo la vida! ¿Cómo testimoniaros gratitud suficiente? ¡Os he ultrajado tanto!… ¡Qué indigno soy, qué miserable! Dudaba de vos, no podía creer… ¿Puede comprender el infierno al cielo? Perdón, perdón por todo el mal que os he hecho. En adelante, mi vida entera sólo estará consagrada a lavar mis crímenes contra vos. Haré lo que sea

para recuperar vuestra estima; porque quien sea estimado por vos debe serlo por Dios. En cuanto a vuestra amistad, no me la devolváis nunca, sería profanarla. Guardadla para corazones más rectos que el mío. ¡Oh, tenéis mi gratitud eterna!

—Fitz-Harris, nada de gratitud. No me debéis nada, os dije que yo no me vengaba con el acero, pero no os dije que no fuese vengativo; ésta es, pues, mi venganza: un beneficio por un ultraje. Es más cruel, creo yo, que la venganza con el acero, ¿qué opináis vos? Obligar a alguien que os odia a bendeciros, incluso a pesar suyo, en el lucro de su conciencia; obligar a un hombre a ruborizarse, a morirse de vergüenza ante su semejante: ¡eso es, si no me equivoca una venganza! ¿Qué decís vos, Fitz-Harris? Me parece que ahora estamos e paz.

XXIV

Mientras Patrick estaba en Versalles junto a Madame Putifar, el señor marqués de Cave de Villepastour se aventuró a volver al palacete Saint-Papoul para intentar una nueva aventura.

Pese a lo que esperaba, Déborah lo recibió con una cortesía, una soltura y un aplomo elegante que lo desconcertó casi desde el primer momento.

Calificándole con todos sus apellidos, nombres, señorías, grados y títulos, lo introdujo en el mismo saloncito que pocos días antes había sido testigo de sus ataques y de su breve vergüenza.

—No he podido resistir la necesidad que siento de agradeceros, milady, vuestra indulgente discreción hacia mí —dijo con aire zalamero sentándose en el sofá—; porque si no he entendido mal esta mañana, el señor Fitz-Whyte ignora por completo mi persecución y mi pequeña escaramuza del otro día; vuestra sorpresa al reconocerme ha estado a punto de traicionarme; mas vuestra generosidad y vuestra presencia de ánimo han redimido al instante ese impulso involuntario; no tenía derecho a esperar tanta bondad de vos, condesa, porque me habíais tratado de forma muy inhumana. Esto viene a derramar un poco de bálsamo en mi corazón; en medio de mi alegría me creo menos desdeñado, y mi orgullo y mi presunción han impulsado su audacia hasta el punto de volver a encender la antorcha de mi esperanza en el altar del amor que no había cesado ni cesará nunca de arder por vos en mi seno.

—Señor, si yo había ocultado a mi esposo las afrentas con que fui colmada por vos, y si esta misma mañana no le he señalado con el dedo al hombre que tiene por deber asiduo ultrajarme, ha sido por él y no por vos, sólo por él, a quien temía afligir con esta nueva pesadumbre en un momento en que su corazón desfallecía bajo el peso de la desesperación. Os ruego que no interpretéis de otro modo mi conducta, y sobre todo que no la interpretéis en favor vuestro; no sólo sería injurioso para mí, sino que os volvería enormemente ridículo, cosa a la que debéis de ser más sensible.

—Sabéis, inhumana criatura, que esta mañana me habéis maltratado delante de Fitz-Whyte, que me habéis interpelado con mucha acritud. De oíros, yo, tan ingenuo y tan cándido, soy una montaña de crímenes… ¡De acuerdo! No

obstante, reconoced al menos que no soy avaro, porque de buena gana daría todos los crímenes que pesan sobre mi conciencia por veros como mi cómplice en cierto pecadillo delicioso… Pero con vos, pierde uno el lenguaje. Sois una pequeña diosa, pero una diosa de mármol, que sirve para ser colocada en un templo de mármol. No queréis ser el templo viviente de mi corazón; sin embargo, en ese santuario también seríais la sombra, porque debéis salvar las apariencias, como Joás[58] en el templo del señor; y quizá como él pasaríais de ese santuario al trono. Ya os lo he dicho, hermosa mía, menos en Versalles en cualquier sitio estaríais fuera de lugar; ahora tendríais una buena oportunidad; dejadme actuar a mí; Madame Putifar ha prescrito; ha perdido su favor; su crédito pende de un hilo; Faraón está harto de ella; una extranjera tendría mucho atractivo para él; un poco de carne herética le sentaría bien a su paladar hastiado.

—¡Seguid, señor marqués de Villepastour, marchaos!… ¡Veamos hasta dónde os rebajáis! Os tenía por infame, ¡ahora os considero innoble!

—Os portáis conmigo de manera brusca, milady; me tratáis sin miramientos. No veo por qué habría de ponerme yo mitones cuando vos os remangáis; vamos, ¡en la guerra como en la guerra, y las cartas sobre la mesa! No desconocéis el juicio que en Irlanda acaba de deshonrar al señor Fitz-Whyte, vuestro amigo, vuestro amante o vuestro esposo, da igual. Tampoco ignoráis, sin duda, que el sitio de un contumaz no está entre los guardias gentilhombres de su majestad. Es preciso que el señor Fitz-Whyte se marche, es preciso que, para dar ejemplo, yo lo expulse solemnemente. Tampoco ignoráis, por otra parte, mi amor o mi capricho por vos; capricho que vuestros desdenes han excitado y vuelto perseverante; capricho al que los obstáculos han convertido en pasión vehemente. ¡Os amo, *my fair lady, os* amo! Y ved hasta qué punto: ¿queréis salvar a Fitz-Whyte?…

—¡Basta, basta, señor! Comprendo el resto. ¡Qué no debe esperarse de un corazón tan noble como el vuestro! ¿Habéis venido aquí para chalanear con la virtud de una desdichada mujer? ¡Trabajo inútil, señor! ¿Habéis venido para enredarme, a mí, crédula y débil, en los repliegues de un trato tortuoso? No seré engañada, Dios me ilumina. Querríais que, con la esperanza de salvar mi alma del oprobio que le preparáis, porque Patrick es mi alma, me entregase angustiada… No concibo que la abnegación pueda llegar hasta ese extremo. Porque una vez mancillada por vos y cuando yo os reclamase el salario de mi vergüenza, os reiríais de mí en mi cara, Satanás.

—No es un trato lo que os propongo, *my fair lady*, es simplemente un intercambio de deshonor por deshonor. Para rendiros a mis deseos es preciso que faltéis a vuestro honor de esposa; para salvar a Fitz-Whyte yo tengo que faltar a mi deber de capitán: fechoría por fechoría, no tendremos nada de qué ruborizaros el uno delante del otro. Creedme, sed sabia: descendamos juntos al abismo del mal, y descendamos con traje de fiesta; descendamos alegres. Se dice que todo el fondo está tapizado de flores donde se embriagan con los más raros placeres, con placeres proscritos, los que se han atrevido a franquear sus bordes espantosos y descender sus horribles barrancos. No despreciemos el crimen: es repugnante para el vulgo, como ciertas mujeres de máscara fea; pero a menudo, como en esas mujeres, tiene bellezas secretas que ocultan placeres inefables.

—Con vuestra doblez, vuestros sofismas, vuestras zalamerías, podríais ser peligroso para cualquier mujer abandonada de Dios; pero, para mí, os repito que no sois más que un importuno. ¡Salid, señor marqués!

—Entonces, veamos qué sería yo para vos con audacia y con violencia…

—¡Deteneos, señor!… Lo había previsto: no estoy sola aquí como el otro día; mi semblante tranquilo habría debido informaros.

Y diciendo esto, Déborah se apodera de dos pistolas ocultas bajo un cojín del sofá.

—¡Si dais un paso hacia mí sois hombre muerto! Salid, os digo; salid, os lo ordeno… ¡Idos a otra parte a llevar vuestros vicios! No volváis nunca aquí. Tened la bondad de creer que soy una mujer resolutiva. Hoy me he limitado a las amenazas, en otra ocasión prescindiré de ellas…

—Hermosa mía, ya que os lo tomáis así, me retiro. Calmaos, por favor; lo que pretendía hacer era por vuestro bien; era, condesa, para sacaros de la burguesía en que estáis empantanada y para salvar generosamente al señor Fitz-Whyte del oprobio que le espera. Quedaos tranquila, no volveré a importunaros; y si, por casualidad, se apoderase de mí ese capricho belicoso, lo acometería únicamente con la armadura de uno de mis antepasados, con la daga en una mano y la lanza en la otra.

—Señor marqués, cosa es esa que me parece aventurada, de creer las crónicas; vuestros antepasados limpiaban las armaduras, pero no las llevaban.

El señor de Cave marqués de Villepastour no esperaba una réplica tan aguda a su fanfarronada; con la boca cerrada y la expresión bastante corrida se retiró; y lady Déborah le acompañó hasta la puerta con sus pistolas en las manos y mucha cortesía.

XXV

De vuelta en su casa, nuestro personaje recibió una carta muy amable de Madame Putifar: le pedía que fuese a saludarla cuanto antes. Esto le animó algo en medio de su desengaño. Al día siguiente, cual cortesano feliz, acudió a su *petit lever*[59].

—Ah, marqués —le dijo ella—, estoy encantada con la diligencia que habéis puesto en acudir a mi reprimenda.

—Ojalá, señora, nunca reciba otras tan dulces.

—Decid mejor que menos indiferentes. A un gentilhombre que, como vos, tiene aventuras galantes, no ha podido parecerle ese billete muy tierno, o si lo ha encontrado tierno quizá sólo sea porque ha estrujado el texto y está contra mi capricho. ¡Os aseguro, marqués, que no estoy enamorada de vos! Esto, a vos, a quien todas las mujeres adoran, os sorprende. Mas os ruego que hagáis una excepción conmigo; las excepciones son las que ratifican las reglas. Tranquilizaos, marqués; y no estéis incómodo. Palabra de honor que no tengo la intención de seduciros. Si vuestra depravación sólo dependiese de mí, seguro que moriríais como Newton o como santa Agnès o santa Rosa de Lima.

—¿Os referís, señora, porque soy poco docto en esas materias, a lo que se entiende por el sistema de *Newton*[60]? En tal caso, el señor Arouet de Voltaire bien podría haberse dispensado de hacer un resumen de esas teorías para uso de las damas. Por otra parte, en líneas generales, las damas no son partidarias de los resúmenes.

—Vais demasiado lejos, marqués; metéis los pies en el plato y sacáis las cosas de quicio.

—Sois vos, señora, la que hace un momento, con vuestros despiadados sarcasmos me armabais un escándalo de manera algo desvergonzada.

—¡Pardiez!, marqués, ¿de qué os quejáis? ¿No sois un fatuo, y no merece todo fatuo que le tomen el pelo?

—No todos por una boca tan linda como la vuestra.

—Ése es un halago que me costará caro, ¿verdad, maese zorro?

—No, señora; a lo más, una carta de encarcelamiento, es totalmente

desinteresado.

—Marqués, hablemos en serio; porque no os he pedido que vinieseis para divertirnos con frivolidades. En vuestros mosqueteros, según creo, tenéis a un joven irlandés llamado Patrick Fitz-Whyte.

—Sí, señora.

—¿Quién es ese hombre?

—Un gran desgalichado.

—¡Basta! Me había parecido muy apuesto.

—Una especie de idiota en el sentido griego y francés de ese término, es decir un necio y un oso.

—Tanto peor, porque me parecía seductor. Y sus hermosos cabellos rubios, marqués, ¿de qué color son?

—Feos y rojizos.

—Marqués, tened en cuenta que bajo la piel del león yo veo las orejas del burro. Tenéis una mente rencorosa. ¿Qué os ha hecho ese pobre muchacho? ¿Qué tenéis contra él?

—¿Tener yo algo contra él? No, señora, al contrario, es él quien tiene una bellísima mujer contra mí.

—¿Una mujer?

—Mujer o doncella.

—¿Muy hermosa?

—Sí.

—Pues peor.

—Después de vos, señora, es la persona más cabal que yo haya visto.

—Antes o después de vos, marqués, ese joven es el hombre más hermoso y más amable que conozco. ¿Estáis enamorado de su amante?

—Exacto. ¿Y estáis vos enamorada del amante de esa joven?

—Exacto.

—Es un bribón.

—Es una marisabidilla.

—Antes o después de vos, señora, es la joven más digna y más llena de castidad.

—¡Castidad!… ¿Comprendéis vos esa palabra, marqués?

—Os juro que no demasiado; pero más sin embargo que la virtud que le hacen significar.

—Creedme, marqués, esa virtud es sólo una palabra.

—Entonces, señora, si esa palabra expresa una virtud que no es más que una palabra, mi pobre razón empieza a perder pie; por favor, esto es demasiado metafísico.

—Os declaro por tanto que ese joven es protegido mío. Habréis de tratarle con distinción y concederle todos los favores posibles.

—Señora, lo expulso mañana.

—No, porque me pondríais en la necesidad de darle asilo.

—¡Pero si es un asesino, si es un contumaz! Acaban de ahorcarlo en Irlanda por haber asesinado a la hija del conde de Cockermouth-Castle.

—Si así fuera, marqués, sería un joven de malas costumbres; sería un amante peligroso. ¿Decís que la mató?

—Sí, la mató; pero un poco como se mata en el teatro; porque mató a esa joven por la que yo muero.

—Marqués, os prohíbo que lo expulséis; os prohíbo que le hagáis la más ligera afrenta.

—Pero, señora, no puedo tener, sea cual fuese mi deseo de complaceros, a un asesino en mi compañía, a un hombre marcado por las leyes: el honor del cuerpo se opone a ello.

—¡El honor de los mosqueteros!… ¡Vaya una razón!… Marqués, cuando esas dos palabras están juntas, rechinan. Además, si el honor de ese cuerpo se opone a ello, el honor de otro lo ordena: ¿habéis oído, marqués?

—Señora, soy vuestro más humilde y abnegado servidor; sin embargo…

—No hay restricción alguna; esperad al menos unos días a que os lo entregue, o a que yo me ocupe de su destino. Hasta entonces, oídlo bien, me respondéis con vuestra cabeza. Con esto, señor marqués, ruego a Dios que os tenga en su santa guardia. Marchaos y haced lo que os he dicho.

Y el señor marqués de Gave de Villepastour, tras un besamanos, se retiró.

XXVI

A las nueve en punto, Patrick llegaba al Trianón.

Un lacayo esperaba su llegada; fue llevado al punto a un saloncito donde Madame Putifar, indolentemente abandonada en un diván, paseaba más indolentemente todavía sus dedos por las cuerdas de una mandolina.

A sus pies se quemaban perfumes de Arabia.

La ventana, tapizada de clemátides y de enredaderas, se abría a la brisa embalsamada de la noche, o para hablar *sincrónicamente* un lenguaje contemporáneo, al tibio aliento del amante de Flora.

El diván, el sofá, la otomana, hechos con diseños de François Boucher, era probablemente lo más fantástico que había producido la escuela del Borromini[61]; es decir, la escuela de la línea atormentada.

Para llegar a *seguetear* y a *alambicar* aquellas superficies y aquellos perfiles —perdóneme el lector estas palabras técnicas—, la potencia de imaginación que había debido tener el autor se acercaba mucho a la del genio, tal vez lo era, cosa que no me atreveré a afirmar hasta que un concilio, formado por Sófocles y el abate de Voisenon[62], de Teócrito y de Vadé[63], de Leonardo de Vinci y de Watteau, de Miguel de Cervantes y de san Agustín, haya decidido irrevocablemente de qué forma invariable se revela el genio, y si esa forma es la línea recta o el *tarabiscot*[64].

La mesa, el velador, las consolas y las jardineras estaban cargadas con jarrones de porcelana de la manufactura de Sèvres de Madame Putifar, llenos, todos ellos, de flores raras y olorosas. Un lustro de cristal de roca, de brazos con corladura, más *alambicados* todavía que los muebles, y cargados de bujías con adornos entrecruzados, iluminaba aquel delicioso harén. Sí, harén, y no *boudoir*, porque todo aquello tenía un no sé qué de oriental, escaso en la forma, pero abundante en la idea.

No era como en Crébillon hijo, *rococó* bajo un aspecto oriental, era lo oriental bajo un aspecto *rococó*.

En ocasiones hemos visto investigar los motivos que habían podido volver la mirada de los franceses hacia Asia en esa época tan poco orientalista; los

motivos que habían podido imprimir a su mente una dirección tan general; los motivos que habían podido provocar un entusiasmo semejante para que todo producto de la imaginación, del espíritu o del pensamiento, toda obra de arte o de lujo para conseguir cierta acogida tuviese necesariamente que imprimirse o impregnarse más o menos de un color o de una forma persa, china, hindú, turca o árabe.

Unos atribuyen esta monomanía a la traducción de *Las mil y una noches* del abate Galland[65]; otros a la guerra de la India, o a algunas causas equivalentes.

Para ser bien dilucidado, este problema exige investigaciones y un examen que nosotros no podríamos hacer, y menos aún en este lugar. Me parece sin embargo que no es en los hechos eventuales donde habría que buscar un motivo que la nación y la corte tenían en sí mismas.

Un relajo completamente asiático era la causa única de ese acercamiento y de esa simpatía.

La molicie, las voluptuosidades, el incesto, la poligamia, la pederastia, la alegría, la galantería mora en vez de la caballeresca; la esclavitud y, por último, la indiferencia por la esclavitud habían asimilado de este modo dos pueblos tan distintos en tantos otros puntos.

Hasta Faraón mismo, que tenía su sultana favorita, su Parc-aux-Cerfs, sus cartas de encarcelamiento, igual que Mustafá[66] su harén y sus cordones.

El dogma cristiano que había rehabilitado Esopo estaba aniquilado. Hércules y Venus, la fuerza y la belleza física, eran los únicos objetos de culto. No había melancolía, ni castidad, ni modestia, ni meditación, ni ensueños; no había nada grande, ni profundo, ni triste, ni sublime. La contemplación eterna del esplendor de Dios, ¡qué ridiculez! Y sin embargo triunfaban Mahoma y su alegría, Mahoma y su sensualidad, Mahoma y sus huríes.

De hecho reinaba el islamismo puro: en verdad, bajo las pelucas y los miriñaques eran tan musulmanes como bajo el turbante y la basquiña.

¡Flores, bujías, perfumes, canapés, jarrones, cintas, damascos, una voz melodiosa, una mandolina, espejos, joyas, diamantes, collares, anillos, pendientes, una mujer hermosa, llena de atractivos, lánguidamente recostada!… ¿Podría concebir la imaginación algo más seductor? ¿Y no bastaba para sembrar la turbación en un alma joven, tan dada al entusiasmo, que se encontraba por primera vez en un *boudoir*? ¿Quién de nosotros, lo bastante afortunado para penetrar en el lugar más secreto del gineceo, no ha sentido, bajo el poder de un

encantado desconocido, una emoción voluptuosa?

Sorprendido, deslumbrado por tanto brillo, tanto aparato y tanta magia, Patrick permaneció unos instantes sobrecogido de admiración y de duda; luego, en un arrebato, fue a postrarse a las plantas de Madame Putifar y a pegar sus labios temblorosos en sus babuchas indias, bordadas de oro y piedras finas.

Gozando de su arrobamiento infantil y de la agradable impresión que había causado en su ánimo, Madame Putifar dejó caer sobre él, desde lo alto de su indolencia, una mirada tan risueña como su boca.

Un sentimiento suave, cuyo recuerdo ya había perdido, y que por eso le parecía tan nuevo como el primer pálpito de amor en el corazón de una muchacha, humedecía su alma decrépita. Su cuerpo, gastado por la depravación, y al que el placer no aportaba ya titilaciones suficientemente fuertes, desfallecía con el casto contacto de una boca posada sobre su pie.

No había duda posible; un amor que se había acercado tímidamente al corazón de aquella mujer a través de los sentidos acababa de entrar profundamente en él de golpe, y de manifestarse allí como dueño.

Cuando declinaba el día, en esa hora en que las tinieblas descienden, el cielo parece en ocasiones renacer de pronto al esplendor: esos últimos fuegos son más centelleantes y más inflamados que los fuegos del mediodía.

No era un amor lleno de confianza, de ilusión, de locura, de entusiasmo, semejante al que se despierta en la juventud. Era el amor celoso, el amor inquieto, el amor sabio, el amor codicioso de goces; era la pasión material. Esta clase de amor está tan lejos de los primeros, que elevan el pensamiento, desarrollan la inteligencia, ennoblecen, consagran y emancipan, que no hay sensación bastante noble, bastante delicada para que podamos expresarla; ni idea que pueda exhalar como un perfume; ni vagarosidad, ni ensueño; son los sentidos los únicos que hablan en él con su voz ronca; es, por último, un amor hueco, inerte y estúpido cuando no actúa; desvergonzado, perseverante, implacable cuando es herido o desdeñado.

Después de haber dado señales de un respetuoso homenaje, Patrick se levantó; ella le pidió, con un aire de grandeza familiar, que se sentase a su lado, y Patrick obedeció diciendo:

—Hace un momento, al entrar en esta mansión de hada, en medio de mi nerviosismo, unos sonidos armoniosos de voz humana y de guitarra han acariciado mi oído. ¿Estabais cantando, señora? ¿Por qué he de venir yo, como un rústico pastor, a turbar con el ruido de mis pasos el valle solitario y el canto

de Filomela[67]?… Perdonadme señora este idilio y el malhadado papel que en él juego.

—Poeta y galante a un tiempo, poeta como el señor Dorat[68], galante como el señor de Richelieu. Sois todo un espíritu, sir Patrick.

—Vuestras alabanzas y vuestra indulgencia son tan generosas como vuestro corazón, señora; mas permitidme rechazar el diploma de poesía y de galantería que os dignáis otorgarme; si Dios me hubiese dado semejantes dones, no serían los señores Dorat y Richelieu los que yo hubiera tomado por émulos, podéis creerlo. Prefiero a Young y a Bayard[69].

—¿Young, ese nuevo visionario?

—Sí, señora.

—¿Y Bayard, esa gazmoña?

—Sin miedo y sin reproche, señora.

—Tenéis unas ideas muy extrañas sobre la vida. No sé, señor, qué lucro podréis sacar de ellas —replicó la Putifar en tono de despecho, ofendida como estaba por esas austeras palabras.

—Sin embargo, señora, no quedaré decepcionado; nunca he pensado sacar lucro alguno de mis sentimientos ni de mi conducta; quedo simplemente convencido de que el bien conduce al bien.

La conversación adquiría un tinte serio que contrariaba los designios de la Putifar; la cortó en seco con una pregunta repentina.

—Sois músico, ¿verdad, sir Patrick?

—Menos de lo que me gustaría para mi contento.

—¡Decidme algún canto de vuestro país!

—Aunque con frecuencia, como un hebreo a orillas del río de Babilonia, me siento y lloro cuando me acuerdo de Sión, no he colgado mi arpa de los árboles, y no os responderé, señora: *¿Cómo cantaría yo un cántico del Señor en una tierra extranjera*[70]? Sí, porque aquí no estoy ante una enemiga de mi Dios. Os cantaré todo lo que pueda agradaros, señora; mas temo que nuestros aires populares, sencillos, lentos, expresivos, os resulten insoportables, acostumbrada como estáis a las arietas de ópera. A cambio sólo os pido un favor, que os dignéis acabar la romanza que ha interrumpido mi llegada.

—¿Sólo eso, sir Patrick?… Os advierto que no me quedaba más que una sola estrofa, que era ésta.

Madame Putifar, después de preludiar en su mandolina, empezó a suspirar

con una voz perlada, llena de sentimiento, de cadencia y de afectación:

De tantos amantes a vuestra ley sometidos,
¿a quién dais, Iris, vuestro voto,
a la peluca rubia o morena,
o al más querido por la fortuna?
Ay, qué feliz yo sería
si fuera al más enamorado.

—Esta música está llena de encanto, ¿verdad? Acompaña maravillosamente la delicadeza de la letra.

—Sin embargo, si a mí, profano, me estuviese permitido opinar, me ha parecido mejor desde lejos. ¿No es un poco sosa y amanerada? ¿No os parece la letra bastante tonta?

—¿Qué decís, querido? Os perjudicarían esas palabras si alguien os oyese. ¡Una romanza de nuestro poeta más distinguido y de nuestro compositor más correcto y más en boga!

—Señora, ya os lo he dicho, sólo soy el aldeano del Danubio.

—No sé cuál fue la elección de Iris, pero la mía en caso semejante no sería dudosa, sir Patrick; mi corazón no dudaría mucho entre la peluca rubia y la peluca morena. ¡Fuera la peluca morena!

—¡Fuera la peluca rubia!

—¡Ay, Patrick, no tratéis así vuestra hermosa cabellera de Febo! No estáis suficientemente engreído de vos mismo. Veo que es menester que os amen para que seáis amado. Dejad al menos que os amen.

—Señora, no me prohíbo el amor.

—Esta noche hace un calor agobiante, ¿verdad?

—Menos agobiante sin embargo que las noches pasadas.

—Pues yo me ahogo, y ya veis, no llevo más que esta ligera bata.

Mientras decía esto, Madame Putifar hacía melindres incitantes; levantaba y entreabría como al descuido su bata y, complaciente, mostraba a Patrick sus hombros rollizos, sus bellos senos, su hermoso pecho y sus piernas blancas, jóvenes y graciosas de formas, que desde hacía veinte años hacían las delicias de Faraón.

Aparentemente, Patrick permanecía bastante frío ante aquel espectáculo; sin

embargo, sus miradas, encendidas de repente, se detenían, amorosas, un instante en aquellas elocuentes desnudeces; y la Putifar, que adivinaba su emoción, soplaba sobre aquel incendio con las posturas más excitantes y el abandono más culpable. En el joven estaba produciéndose un violento combate entre su fogosidad y su razón, entre su apetito y su deber. Comprendía perfectamente todas las invitaciones tácitas de la Putifar; sus sentidos respondían a ellas, su sangre hervía, estaba temblando de fiebre. Una especie de mano invisible lo inclinaba hacia ella, lo mismo que nos inclinamos hacia una flor para aspirar su perfume. Cuando, enloquecido, se sentía a punto de arrojarse sobre aquel cuerpo arrebatador y aplicarle largos besos, sus manos se aferraban al canapé y se contenía con violencia.

Luego, cuando recuperaba un poco de calma y pensaba en todas las mancillas que había debido de sufrir aquel cuerpo, sobre el que tal vez no había un solo sitio virgen para pegar a él sus labios, una cortina de hierro caía entre ella y él, sus sentidos se helaban, su razón rompía y pulverizaba como un martillo sus deseos, y entonces la imagen de Déborah se alzaba como una aparición por encima de aquellas ruinas.

Extenuado por aquella lucha, temiendo que al final flaquearía y se encontraría envuelto en una seducción irresistible, para romper bruscamente el encanto se levantó y se puso a pasear por el perímetro del *boudoir*, examinando uno a uno los cuadros y las pinturas de las *boiseries*.

Mas, para devolver al altar y al sacrificio a la víctima que se le escapaba, Madame Putifar dijo a Patrick:

—Volved, os lo ruego, a mi lado, señor; no estáis en paz; pagadme vos ahora, devolvedme arieta por arieta, me habéis prometido una canción irlandesa.

—Señora, no ignoro todo lo que os debo.

—¡Vamos, venid aquí, diablillo!…

Patrick no podía mantenerse lejos por más tiempo sin una falta de cortesía manifiesta. Volvió, pues, a sentarse en el diván, en el mismo sitio, cogió la mandolina y cantó una larga balada.

Durante todo el tiempo de aquella salmodia, Madame Putifar, en una especie de éxtasis, le otorgó toda su atención y todas sus miradas: lo contemplaba con el aire satisfecho de una madre arrobada ante el donaire de su hijo, o de una amante que se felicita en su mente por la hermosa criatura que felizmente ha elegido. Estaba orgullosa de su conquista, por su belleza, por su juventud; se felicitaba de que, ya madura, el destino le hubiese reservado una presa tan fresca.

Cuando Patrick hubo acabado su canto, ella se lo agradeció con demostraciones casi frenéticas, cogiéndole las manos y apoyándolas en su pecho, que palpitaba.

—En vos todo es perfecto, milord, vuestra voz cautiva y seduce; es suave y fácil; la moduláis con un gusto y un talento realmente exquisitos. Antes de haber saboreado el placer de oíros, creía que una garganta como ésa sólo podía ser napolitana.

—Los irlandeses, señora, siempre han tenido grandísima aptitud para la música, y siempre la han honrado y cultivado. En los tiempos más antiguos, como refiere Dryden[71], destacaban punteando el arpa, y no había casa donde no se viese al entrar ese instrumento colgado de la pared, para uso del dueño del hogar o de las visitas y sus anfitriones. Hasta los aldeanos más rústicos son sensibles en el más alto grado a sus encantos. Todo honor y hospitalidad para quien se presente al sonido de un laúd a la puerta de una cabaña; la familia abre inmediatamente su círculo; cualquier peregrino cantor es un hijo más, ocupa un sitio alrededor del caldero de patatas, y tiene su ración de tocino y de leche. El *minstrel* es como la alondra, se siembra para él. Con esta mandolina, señora, yo daría la vuelta a Irlanda en medio de la abundancia, y cada cabaña sería para mí un capitolio donde obtendría un triunfo, no tan teatral como los de Italia, pero más conmovedor y más dulce para mi alma sencilla, modesta, recelosa.

—¡Qué armonía la de vuestra lengua, llena de vocales y de desinencias sonoras! Ignorante de mí, que la creía desabrida y cruda como el *patois* inglés; os pido perdón, sir Patrick.

La lengua irlandesa, que no tardará en desaparecer como tantas otras —el inglés ya ha invadido diversos condados—, es una lengua soberbia, tiene todo el genio de una lengua meridional; sólo en el español pueden encontrarse palabras tan bellas, tan sonoras, tan majestuosas. Ved nada más que los nombres propios: ¿conocéis algo más pomposo que palabras como Barrymore, Baltimore, Connor, Magher esta Phana, Orrior, Siego, Mayo, Costello, Burrus, Killala, Ballinacur, Kinal-Meaki, Pobleobrien, Offa, Iffa, Arra, Ida, Killefenora, Inchiquin, Rossennalis, Banaghir, Corcomroe, Tunnuchaly, Clonbrassil[72]?…

Sin embargo, Madame Putifar, más afectada por una idea insidiosa que por esas bellezas, insultaba al inglés y reanimaba con su zalamería en el corazón de Patrick el amor glorioso hacia la patria. Sabía que todos los amores son hermanos, y que un alma en la que se agita el entusiasmo suele ser un barco

bastante fácil de capturar.

—Si no temiese exigir demasiado de vos, mi hermoso amigo, os hablaría de una curiosidad, que sin duda vos, tan cortés, me perdonaríais; os diría cuánto deseo conocer el sentido de esas palabras que acabáis de cantar con tanta languidez; porque ¿serán de amor? De alguna amante que arde por envolver en sus brazos a un insensible, a un ingrato, que parece desdeñarla, que parece no comprender lo que le dicen sus miradas encendidas ni lo que le revelan sus caricias… Pobre Safo[73], que sueña con Léucade, pobre ninfa, pobre náyade, que agota sus fuerzas rompiendo el hielo de un estanque…

Por el acento de reproche con que habían sido dichas, Patrick creyó, sin temeridad, poder sospechar que esas gratuitas suposiciones de Madame Putifar aludían directamente a su posición y a su comportamiento. Herido por semejante impudor, respondió con sequedad a sus zalemas:

—Señora, la traducción es la siguiente:

«Mac-Donald pasó de Cantir a Irlanda, con una tropa de los suyos, para ayudar a Turconel contra el gran O'Neal, con el que estaba en guerra.

»Mac-Donald, atravesando el Root del condado de Antrim, fue acogido amistosamente por Mac-Quillan, que era allí el amo.

»Mac-Quillan guerreaba entonces con los pueblos que habitaban al otro lado del río del Bann.

»La costumbre de los habitantes de esta región era robarse unos a otros; y como siempre el más fuerte tenía razón, el derecho no servía de nada.

»El mismo día que Mac-Donald partió para unirse a su amigo Turconel, Mac-Quillan reunió sus *galloglohs*, para vengarse de los ultrajes que le habían hecho las poderosas poblaciones del Bann.

»Mac-Donald, que había sido acogido con tanta hospitalidad por Mac-Quillan, creyó que no estaría bien abandonar a su huésped en aquella peligrosa expedición, y le ofreció sus servicios.

»Mac-Quillan aceptó encantado el ofrecimiento, declarando que él y su posteridad estarían agradecidos. Los dos guerreros juntos atacaron al enemigo, que fue obligado a devolver el doble de lo que le habían robado a Mac-Quillan.

»Así acabó esta campaña, que fue muy dichosa para Mac-Quillan: no perdió ni un solo hombre, y los dos bandos volvieron cargados de un considerable botín.

»El invierno se acercaba, y el irlandés invitó al escocés a pasar el invierno

con él en su castillo, y a alojar su tropa en el Root. Mac-Donald consintió; mas esa invitación resultó funesta para el huésped.

»Porque su hija fue seducida por el extranjero, que la desposó en secreto, sin su consentimiento. De ese matrimonio vienen las pretensiones de los escoceses sobre los bienes de Mac-Quillan.

»Los soldados de Escocia fueron alojados entre los granjeros del Root; los distribuyeron de forma que en cada casa había un escocés y un *gallogloh*.

»Los campesinos de Mac-Quillan daban a cada *gallogloh*, además de su pitanza, un cuenco de leche. Esta costumbre dio lugar a una riña entre un escocés y un *gallogloh*.

»Habiéndole pedido el extranjero la misma cosa al granjero, el *gallogloh*, saliendo en defensa del huésped, le respondió: *¿Cómo os atrevéis, miserables escoceses, a compararos conmigo o con uno de los* galloglohs *de Mac-Quillan?*

»El pobre campesino, que deseaba verse libre de los dos, les dijo: *Amigos míos, voy a abrir las dos puertas; marchaos al campo a solucionar vuestra disputa, y el que vuelva vencedor tendrá la leche*.

»Aquella riña acabó con la muerte del *gallogloh*, y el escocés volvió tranquilamente al lado del granjero, y cenó con muy buen apetito.

»Los *galloglohs* de Mac-Quillan se reunieron inmediatamente tras ese asesinato para vengar la sangre de su hermano. Analizaron el comportamiento de los escoceses, su peligrosa prepotencia, y la afrenta que su jefe había hecho al suyo seduciendo a su hija.

»Se decidió que cada *gallogloh* mataría a su huésped durante la noche, y que no se perdonaría siquiera al capitán. Pero habiendo descubierto el complot la mujer de Mac-Donald, avisó a su esposo, y los escoceses huyeron a la isla de Raghery.

»Desde esa época, los Mac-Donald y los Mac-Quillan se hicieron una guerra que duró casi medio siglo, y que sólo concluyó cuando los dos partidos presentaron sus quejas a Jacobo I.

»Jacobo favoreció a su compatriota el escocés, y le dio cuatro grandes baronías, y todos los bienes de Mac-Quillan; pero, para tapar esa injusticia, otorgó a Mac-Quillan la baronía de Enishoven y el antiguo territorio de Ogherty: esta decisión real le fue comunicada por sir John Chichester.

»Mac-Quillan, descontento con tal juicio, y más todavía ante las dificultades de transportar todo su clan a través del Bann y de Lough-Foyle, que separaban sus antiguas posesiones de las nuevas, aceptó el ofrecimiento del portador de

ofrecimientos del rey, que le proponía sus propias tierras.

»Mac-Quillan cedió su derecho sobre la baronía de Enishoven a cambio de posesiones que estaban más cerca; y desde entonces los Chichester, que así obtuvieron el título de condes de Donegal, son propietarios de esa considerable región; y el honrado Mac-Quillan se retiró a unas tierras muy inferiores a las suyas».

Cuando acababa la última estrofa, llamaron a una de las puertas y comunicaron a Madame Putifar que la cena estaba servida.

Levantándose al punto, tomó a Patrick de la mano para guiarle.

—Os pido perdón —le dijo con coquetería—, si me tomo la libertad de seguir con este *negligé*; pero soy tan perezosa que no tengo valor para ponerme una *toilette*.

Así pues, se sentó a la mesa como estaba vestida en el canapé, es decir, desnuda en una especie de bata o de *robe-de-chambre* de satén blanco que las damas de la época llamaban un *laisse-tout-faire*[74].

Quizá haga mal anotando aquí esa palabra impúdica, pero expresa perfectamente la desvergüenza que reinaba en esa época. ¿No dice más, por sí sola, y no resume mejor sus costumbres negativas que diez infolios? Es una de esas palabras que encierran en sí mismas toda la crónica de una edad pasada, y que perviven a través de los siglos como monumentos acusadores de los tiempos que les dieron nacimiento. Además, ésta pone en evidencia su etimología, y no es de las que preparan torturas a los futuros Pierre Borel y Ménage[75].

¿Era una sala, un *boudoir*, un salón o una habitación el segundo cuarto al que se dirigieron para cenar? ¿A qué uso estaba destinado? Era difícil saberlo: había en él toda clase de muebles, hasta una cama en una alcoba, hasta una pequeña biblioteca que Patrick se entretuvo un momento en hurgar con la mirada mientras la Putifar hacía algunos preparativos. En su perímetro había amplios sofás cubriendo casi todo el suelo y dejando apenas sitio para circular alrededor de la mesa. Vacilando sobre su silla o sus piernas, turbado por un leve exceso de bebida, acababa de dejarse caer de una manera deliciosa.

Patrick se había figurado que en la cena encontraría abundante compañía; cuando se vio en aquel gabinete misterioso, encerrado a solas con la dueña, empezó a creer seriamente —cosa que su escasa previsión le había impedido hacer hasta ese momento—, que Madame Putifar tenía algunos proyectos para él, y que tenía la partida perdida.

Se le encogió el corazón, la repugnancia invadió su ánimo al descubrir aquel manejo descarado para rodear a un hombre y ponerle en un aprieto. Comprendió entonces lo falso y peligroso de su posición. Se maldecía por haber aceptado la invitación. Retirarse era imposible: ¿cómo hacerlo? No había puertas visibles, estaban ocultas detrás de colgaduras, ¿dónde? Desconocía los atrios y los alrededores de aquella casa. Además, ¿le dejarían escapar los espías? Mil aventuras galantes y siniestras pasaban una y otra vez por su mente; además, huir no le libraría del resentimiento de aquella mujer. Así pues se resignó, dado que estaba totalmente a su merced, decidido a comportarse dejándose llevar por la inspiración del momento, y se confió a la guarda de Dios.

Madame Putifar estaba aquella noche de una amabilidad obsequiosa y de una alegría fácil: un cortesano la habría encontrado divina. Con todo lo que tenía de agradable en su poder trataba de desarrugar la frente preocupada de Patrick e infundir un poco de alegría comunicativa a su corazón.

Atrincherado tras una cortesía dulce y una amabilidad llena de reserva, Patrick seguía conservando una dignidad desesperante que no pudieron hacerle perder ni los platos afrodisíacos con que lo cebaba, ni el *vino rancio*[76] que le escanciaba a vaso lleno. Sobre todo la despechaban la espontaneidad y el aplomo de Patrick, porque no le permitían atribuir su frialdad a la timidez o a la ingenuidad.

Acostumbrada, con ayuda de anécdotas y de aventuras licenciosas, a halagar y a poner de buen humor a Faraón, aficionado a los cuentos como Scha-Baham[77], pero de cuentos muy escabrosos, probó el mismo procedimiento con Patrick. Pasó revista a toda la corte; casa del rey, casa de la reina, casa del delfín, casa de Madame y de Mesdames, casa de monseñor duque de Orléans; por último, todo el clero y toda la ciudad.

Precisamente la víspera había recibido el periódico que le informaba de todo lo que de extraño y célebre le ocurría en su *abbaye* a la Gourdan —*alcahueta*[78]— de la calle Saint-Sauveur; el periódico que el señor de Sartine le dirigía paralelamente de todos los hechos escandalosos y atroces dependientes de la policía de París y del Reino; y el periódico de su policía propia, particular, oculta y no menos activa que la del charlatán señor de Sartine.

No faltaron las rarezas más divertidas, las anécdotas más libidinosas, los disparates capaces de hacer llover fuego del cielo; pero, lejos de producir el mismo efecto en el ánimo de Patrick que en el regio ánimo de Faraón, aquellas

infamias despertaron repugnancia en su corazón y lo afectaron dolorosamente.

La cena transcurrió, por tanto, en medio de estas conversaciones salpicadas de palabras muy frívolas y de arrumacos nada ambiguos.

A los postres, ella pidió cinco o seis vasos de champán espumoso a la señora du Husset, la única servidora de la cena.

—¡Cinco o seis vasos de champán!… —repitió Patrick maravillado—; ¿qué queréis hacer con semejante provisión, señora?

—¿Qué es eso, amigo mío, para un gran mozancón como vos? Durante la cena habéis bebido tan poco que debéis de sentiros cortado.

—Nada de eso, señora, he bebido más que suficiente; estoy acostumbrado a vivir de manera muy sobria.

—¿Queréis hacerme creer que con dos botellas de champán os emborracharíais como el difunto Regente? Vamos, tended vuestro vaso; ¿no os da vergüenza dejarme beber sola?

—Señora, vais a emborracharme, no soy bebedor.

—Si no sois bebedor, ¿qué sois entonces? ¿Qué os gusta? Porque un hombre, y un hombre joven sobre todo, impetuoso, no puede dejar de tener alguna pasión. No es lo normal, no es posible, sería monstruoso. ¿Qué os consume? ¿Qué os domina? ¿A quién amáis? ¿Qué hacéis? ¿Sois acaso jugador?

—¡Jugador!… Nunca he puesto los pies en un garito, señora.

—No sois bebedor, no sois jugador… ¿Os gusta el teatro?

—No me aburro en él; pero no me resulta necesario.

—No sois jugador, ni bebedor, ni aficionado al teatro… ¿Os gusta la danza y el baile?

—Señora, haría el sacrificio de bailar por una mujer a la que amase, si el primer sacrificio que exigiría de una mujer semejante no fuera el de renunciar a la danza.

—¿Sois cazador?

—Señora, no tengo ningún instinto feroz que saciar. Siento una admiración demasiado constante por las fieras y los pájaros, criaturas perfectas, alabanzas vivientes de Dios, para poner empeño en aniquilarlos. No me creo mejor leñador que cazador: soñaría bajo un tilo, escucharía cantar a una alondra, pero no podría herirlos, me horroriza toda destrucción.

—Os hacéis demasiado gazmoño, pastorcillo mío; no creo ser más sanguinaria que vos, y esta mano, que habéis cubierto de besos tan tiernos, ha hundido en las cacerías de Faraón el cuchillo en el corazón de más de mil

ciervos acorralados. Recapitulemos: no sois bebedor, ni cazador, ni jugador, ni aficionado a bailes ni espectáculos… ¡Dios mío! ¿Qué sois entonces? ¿Qué os gusta? Hablad… Abrid vuestro corazón… Porque todo eso trae a la mente ideas horribles… ¿Tenéis acaso esos gustos vergonzosos?… No, probablemente se trata de alguna inclinación secreta que no osáis confesar. ¡Ánimo! Hablad: soy buena, perdonaré, os perdonaré todo. Un amor es digno de perdón: un joven lleno de ardor y de vida bien puede sentir amor por una mujer que, con algunos encantos, ha ido hacia él y se ha complacido en alimentar en su corazón una esperanza tal vez orgullosa; mas no, ese joven no ha puesto sus miras demasiado alto: le aman; todo está dicho. ¡Que sea feliz!… Pero hablad, tened confianza en mí, decidme qué pasión es ésa…

—Amo…

—¿A quién?

—A las mujeres.

—¡A las mujeres! ¡Ah, qué bien!… ¿A las mujeres?… Pero eso es muy vago. Las mujeres, eso es un universo; ¿no tenéis patria?

—Perdón, señora, tengo una que colma mi corazón y que lo colmará por siempre.

—¿Bella?

—¡Bellísima!

—¿Noble y rica?

—Noble y rica.

—¿Joven todavía?

—Muy joven.

—Sois un adulador muy hábil, Patrick. Vamos, ese cumplido bien vale una copa de champán; vamos, dadme vuestro vaso. ¡Un verdugado! ¿Qué sortija tenéis en el dedo? ¡Vaya antigualla! ¿De dónde la habéis sacado? ¡Dios mío! Parece un anillo encontrado en el vientre de un tiburón.

Mientras lanzaba estas exclamaciones, Madame Putifar se levantó de la mesa, fue a hurgar en un cofre de laca china y volvió al lado de Patrick.

—Dadme vuestro dedo —le dijo—; dejad que os quite esta ridícula sortija y que os ponga esta más digna de vos.

—Señora, ¿no os he dicho hace un momento que entre las mujeres tengo una amiga?

—Sí.

—¿Joven, bella y noble?

—Sí.

—Pues bien, señora, esa mujer…

—¡Cómo! ¿Esa mujer?…

—¡Perdón! ¿Tengo, pues, que decíroslo, señora?… Pues bien, esa mujer no es marquesa.

—¡No es marquesa!

—¡Y se llama Déborah!

—¡Déborah!… ¡Patrick, qué cruel sois!

—Esta sortija que queríais arrancar de mi dedo es el signo de nuestra alianza; fue su abuelo quien se la dio en el momento de expirar. Déborah amaba esta joya tanto como su vida; y me confió ambas. De noche, bajo el cielo, en presencia de Dios y de la naturaleza, acepté todo, mujer y prenda; e hice un juramento que vos no querríais verme incumplir.

—En otro tiempo, una jovencita os dio ese dije, está bien; conservadlo, guardadlo. Mas ¿qué importa? ¿Es ésa una razón para que yo no pueda ofreceros hoy este anillo precioso? Dejad, quedarán bien los dos juntos.

—Señora, no puedo; no podría tener dos amores.

—Tened uno solo, y divididlo en dos partes.

—El amor que tengo, señora, no se divide.

—¿Quién os habla de amor? Aceptad únicamente esta sortija.

—Una sortija es una alianza, señora.

—De acuerdo entonces.

—Es un juramento.

—De acuerdo entonces.

—Una y otro están hechos, señora. Es una mujer, os digo, a la que he prometido amor eterno; no os empeñéis, vuestros ruegos serán vanos.

—¿Comprendéis que me hacéis una afrenta, joven? ¿Quién os habla de amor? ¿Quién os pide amor? ¡Imbécil! Me ultrajáis, ¿entendéis? Me ultrajáis doblemente rechazando este anillo y prestándome intenciones que me cubren de vergüenza. ¡Marchaos inmediatamente, señor! ¡Qué lástima! ¿Quién ha podido haceros creer que yo quería algo de vos, desdichado?… ¡Yo! ¿Querer yo de vos? Rebajarme, envilecerme hasta ese punto… Dentro de poco no podrá una dar limosna a un mendigo sin que él crea que quieren comprarle su amor. Marchaos, señor. ¡D’Hausset! ¡D’Hausset! ¡Hola! ¡Que suban mis criados, que me pongan a este hombre en la calle! Creo que estaba loca… ¡Un mal inglés, un pequeño mosquetero, un don nadie, un hombre de no sé dónde, al que concedía mi gracia,

al que elevaba hasta a mí, al que quería salvar!… Porque quería salvarte, ¡miserable! ¡Porque tu infamia toca a su fin! ¿Qué podía darme tanto afecto y confianza? Lo sabía todo. Pero me cegaba contigo. ¡Eres un cobarde que degüellas y ultrajas a las mujeres! ¡Eres un asesino! Tu efigie todavía cuelga sin duda de la horca en Tralée. ¡Humilla, pues, tu frente ignominiosa, miserable contumaz!

—¡Contumaz!… Lo cierto, señora, es que soy tan desdichado como justo. ¡Contumaz!… ¿no resuena esa palabra en vuestro corazón? ¿No despierta en vos recuerdos, y no os exige piedad? ¿Habéis perdido acaso la memoria, señorita Poisson, señora Lenormand? ¿No os acordáis ya de vuestro padre, el carnicero de los Inválidos, que, culpable de robos y depredaciones, huyó no se sabe adónde para evitar la espada de la ley? Si sabéis tan bien quién soy, yo sé quién fue él y quién sois vos: vos sabéis que soy inocente, y yo sé que él no lo es…

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Nadie me librará de este infame? ¿Tendré que romper todas las campanillas? ¡Ah, por fin llegáis, señores, pasad, y echad a la calle a este hombre!

En ese momento aparecían en una de las puertas cuatro grandes molosos de librea.

—¡Eh, eh, señores, más despacio! Esperad, por favor, todavía tengo que decirle algo a la señora —les gritó Patrick.

Y cogiendo de la biblioteca un volumen de la *Nouvelle Héloïse*, hojeó algunas páginas y añadió:

—Lo que tengo que decir no es mío, es del ciudadano de Ginebra. Es lo siguiente: La mujer de un carbonero es más digna de estima que la amante de un rey[79].

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Nadie echará de aquí a este hombre?…

Los cuatro criados avanzaron para apoderarse de él.

—¡Alto, señores lacayos, que nadie se acerque! ¡He entrado aquí con los honores de la guerra, y sólo saldré con los honores de la guerra! —exclamó Patrick sacando su espada—: Que nadie se acerque; al primero que dé un paso, lo mato. ¡Vamos, lacayos, velas! Alumbradme… mostradme el camino… yo os sigo.

XXVII

Antes de salir, Patrick hizo un profundo saludo a Madame Putifar.

Palpitante de rabia, con la mirada extraviada, se había dejado caer sobre un sofá sobre el que permaneció largo rato en la inmovilidad más sombría.

Luego, súbitamente, cuando recuperó la energía, fue a sentarse como estupefacta ante un escritorio; pero su agitación era todavía tan fuerte que su pluma le temblaba en la mano como un penacho al viento. De impaciencia, la tiró lejos, y llamó a su doncella.

—¡Du Hausset! Sentaos aquí, le dijo; vamos, escribid, por favor, lo que voy a dictaros.

Al señor marqués de Gave de Villepastour

«Marqués:

Teníais razón, el caballerete Fitz-Whyte es un necio, un oso, un asesino, cuanto queráis… Me lo habíais entregado, os lo devuelvo; os había prohibido expulsarlo de vuestra Compañía, os conmino a expulsarlo cuanto antes de la forma más ignominiosa.

Éste es, marqués, nuestro deseo en este momento.

Vuestra servidora».

—Y ahora, otra.

Al señor Phélipeaux Saint-Florentin de la Vrillière[80]

«Santito mío:

Venid a verme en cuanto recibáis la presente. Tengo necesidad de vos, es decir de vuestro afectísimo ministerio. Necesito dos cartas selladas; revoco la revocación en favor del mosquetero Fitz-Harris, y quiero el pronto encarcelamiento en el Torreón del mosquetero Patrick Fitz-Whyte.

Venid enseguida, pequeñín mío; es menester que nos pongamos de acuerdo en todo esto.

Vuestra fiel amiga».

—Dádmelas, que las firme. Id ahora mismo a sellarlas y entregádselas a mi correo para que, mañana mismo, las haga llevar a sus direcciones.

Hecho esto, se sintió algo aliviada. Empezaba a sentir esa satisfacción que llega después de la venganza, satisfacción muy dulce para el corazón del ofendido, pero satisfacción feroz.

Importuna para sí misma, desengañada como estamos en una cita en la que uno se encuentra solo; desorientada, como se está cuando un proyecto largamente meditado resulta fallido en el momento de su ejecución y no hay otra salida que matar el tiempo; de un humor *masacrante*, sin necesidad de dormir, se metió en la cama donde no saboreó un descanso que no buscaba.

¡Sobre el fuego de su pecho abrasado su odio hervía en el caldero de hierro de su corazón!

En el despecho suele uno acrecentar más el sufrimiento, se complace en el mal que se sufre y que se hace, mientras la felicidad tasca el freno; uno quiere tascarlo mucho tiempo; quiere el insomnio; el pensamiento fermenta en él a gusto y esa fermentación es una corriente rápida de ideas sobre la que uno se deja ir a la deriva, como una barca sin velas ni remos.

Así fue como transcurrió toda una noche que ella había proyectado de antemano para sus liviandades.

Quien cuenta sin huésped, cuenta dos[81].

XXVIII

Patrick, por su parte, pasó esa noche en medio de una gran agitación, que no tenía ni la misma fuente ni el mismo carácter.

Después de haber sido echado de manera tan brutal del Trianón, en lugar de regresar a la ciudad donde, a esa hora tardía, no hubiese encontrado ningún albergue abierto, se resignó a vagar por el campo esperando el día.

Tomó un camino al azar, y, al cabo de un rato de marcha, se encontró en la linde de un bosque por el que se adentró con ese santo estremecimiento que sobrecoge siempre a un alma soñadora cuando penetra en un lugar profundo, sombrío, silencioso; y fue a sentarse bajo un espeso olmo cuyas ramas, inclinadas hasta el suelo, formaban un pabellón de verdor sobre el borde escarpado de un estanque.

Perdido en la oscuridad bajo aquellos ramajes se entretenía viendo pasar, retozar y pacer a su alrededor, perfectamente seguras, las liebres, las ciervas, los corzos; la escena se parecía a esos frontispicios de fábulas donde se ve a Esopo, Pedro o La Fontaine, rodeados familiarmente de animales.

Cuando su espíritu no se veía disipado por un trasgo que se deslizaba a flor de agua, debido a un efecto de luna a través del follaje, o por la compañía de alguna fiera, o por el canto de algún pájaro nocturno, Patrick se sumía en una gran tristeza.

Apenas en el tercio de su vida, como un viajero cansado, hacía un alto y se volvía para medir la ruta recorrida. Se sondeaba con el fin de ver cuánta fuerza le quedaba para acabar su dolorosa peregrinación.

Todos sus males, todos sus dolores, todas sus penas, todas sus fatalidades acudían en tropel a su memoria. Intentaba sopesarlos con sus alegrías y sus dichas, pero era inútil; los pesos eran demasiado desiguales.

Su pasado era horrible; y su doloroso presente no le prometía nada nuevo para el futuro.

«¡Dios mío, Dios mío!, exclamaba en medio de su desesperación. ¡Qué semejante me habéis hecho a esos hombres que llaman malvados! En lugar de estar aquí gimiendo y solitario, me saciaría de placer y de voluptuosidad en brazos de una especie de reina; y mañana, en lugar de inclinarme, como sin duda

lo estaré, bajo el peso de su resentimiento, en lugar quizá de ver caer sobre mí la trampilla de un calabozo, subiría de cuatro en cuatro los escalones de la fortuna. ¿No es posible, Dios mío, que pueda ser feliz sin cambiar de sentimientos? ¿Qué me reserváis en la otra vida para hacerme ésta tan cruel?»

Luego, después de llorar mucho, se consolaba, como tratan de hacerlo todos los desdichados comparando sus miserias con miserias más horribles. Sobre todo su último infortunio le parecía muy leve cuando pensaba en el rey Lear, ese buen anciano arrojado por sus desnaturalizados hijos a la puerta de su palacio, en una noche tormentosa, sin abrigo, vagando por el campo, medio desnudo, transido de frío, con su frente calva y sus cabellos blancos batidos y mojados por la lluvia.

Con el alba regresó a Versalles donde, en la plaza de armas, vio al recadero de Madame Putifar que partía apresuradamente.

De regreso al cuartel, dio sus órdenes a su ayudante y se dejó caer en la cama para descansar por fin un poco.

Su sueño no fue muy largo, su despertar poco afable: en nombre del señor capitán, sin que se le comunicase el motivo del arresto, fueron a arrancarle de su habitación para meterlo secretamente en el calabozo.

XXIX

Al día siguiente, a eso del mediodía, desde el fondo de su prisión oyó tocar llamada tres veces; llamada extraordinaria, que lo sumió en gran asombro, y cuando se devanaba los sesos para explicarse el motivo, se abrió la cancela de su calabozo. Le rogaron que saliese y subiese a su alojamiento para ponerse el uniforme y su fornitura de gala.

Cuando estuvo preparado, el oficial y los dos guardias que, mosquete al brazo, le habían acompañado, lo condujeron al patio de honor.

Allí, cuál no sería su asombro al ver a la Compañía en armas, formada a lo largo de todo el perímetro y dejando un espacio en el centro.

A su llegada volvieron a sonar las trompetas, y lo llevaron al centro de aquel espacio reservado, donde permanecían a caballo el capitán-coronel y su estado mayor.

Sólo entonces comprendió lo que iba a ocurrir, y que la escena estaba preparada para él.

Al darse cuenta, su alma se sublevó; y, paseando a su alrededor una mirada altanera, hizo un gesto de desafío como para retar a combate, y se llevó la mano a la espada; pero súbitamente un frío glacial recorrió sus venas y le sobrecogió un estremecimiento visible. Su pálido rostro transpiraba un sudor mortal; vacilaba, sus oídos zumbaban y silbaban, sus ojos habían dejado de ver, su ánimo estaba anonadado.

Fue en ese momento cuando le hicieron ponerse de rodillas.

El señor de Villepastour ordenó al teniente relator hacer la lectura del decreto que expulsaba a Patrick Fitz-Whyte de los Mosqueteros de la Guardia por ser un hombre marcado por las leyes, convicto de asesinato y ahorcado por contumaz en Irlanda.

Durante la lectura de esa sentencia había reobrado la percepción y el sentido; tenía la cara entre sus manos. Gruesas lágrimas se filtraban a través de sus dedos, y unos sollozos desgarradores escapaban de su pecho oprimido.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuraba como la noche anterior en el bosque —, ¿qué me reserváis en la otra vida para hacerme ésta tan cruel?

Tras la lectura de la sentencia, el teniente que la había hecho avanzó hacia

Patrick y le conminó a ponerse en pie para proceder a su degradación.

En primer lugar le quitó por los pies el sable, los cordones, el tahalí; luego le arrancaron sus bocamangas y sus solapas, y uno por uno sus botones con las armas reales. Después le despojaron de su uniforme; luego le cortaron el pelo al cero, como a un condenado al último suplicio, y le pusieron una blusa y una capucha de tela basta.

Las trompetas hicieron resonar el aire con sus insultantes fanfarrias.

Y entonces el señor de Villepastour se acercó a él, y desde lo alto de su caballo le golpeó tres veces en el costado con la hoja de su espada gritando tres veces:

—¡Vete! ¡Estás desterrado!

XXX

Avergonzado de recorrer la ciudad con aquella innoble indumentaria, Patrick acudió a toda prisa al palacete Saint-Papoul.

—¿Me reconoces? —le dijo al entrar a Déborah, que se quedó consternada—. ¡Mira, contempla lo que los hombres han hecho de tu esposo!… ¿Le han envilecido suficiente? ¿Le han mancillado bastante? Di…

No pudo seguir hablando, y se desmayó.

—¡Eh! ¿Qué os ha pasado, amigo mío? Hablad, Patrick, ¿qué os ocurre? ¿Qué os han hecho esos malvados? ¿Quién te ha puesto ese gorro y ese saco?… Háblame, respóndeme, amigo mío.

—¡Amigo vuestro!… ¡Pobre mujer!… Guardaos de darme ese título, que ya no puedo aceptar; es demasiado mi oprobio. La infamia es contagiosa, dejadme, huid de mi lado. Vos, noble y pura; yo, vil e ignominioso; infamado e infamante, ya es imposible que estemos unidos. Separemos nuestros destinos ahora que todavía estamos a tiempo: ¡ojalá el vuestro sea feliz! ¡Ojalá el mío sea lo que pueda agradar a Dios!… En otro tiempo ya os dije que renunciaseis a mí; soy funesto, ya lo veis. Dejadme rodar solo de abismo en abismo; no unáis vuestra vida, que sin mí sería bella, a la mía, que no será sino espantosa hasta el final.

—No te desesperes, Patrick, cálmate. Sé bueno conmigo; deja de decir esas cosas horribles que tanto daño me hacen, y que quizá yo tendría más derecho que tú a decir. Mira, si uno de los dos es funesto para el otro, no estoy lo bastante ciega para no darme cuenta de que soy yo; soy yo la que te hace daño; soy yo la causa primera y única de tus males; soy yo la que resulto fatal para ti. Sin mí, seguirías viviendo contento y tranquilo a orillas del Lough-Leane, al lado de tu anciana y cariñosa madre que, sin duda, llora tu eterna ausencia… Además, ¿qué pensarías de un amor que se apagase con la dicha del objeto amado? Créeme, no es amor profundo y verdadero el que cae antes del sacrificio. Mi amor por ti, y lo sabes, es duradero; es un amor a prueba de adversidades; no lo rechaces. Mira, ninguna de las plagas con que el cielo pueda herir a la humanidad podría alejarme de ti. Si has de ser desdichado, si tu existencia ha de estar siempre devorada por la pena, como dices, cosa que me niego a creer, cosa que no puede ser, déjame estar a tu lado. La Providencia me ha puesto ahí para enjugar tus

lágrimas, para sostenerte en tus abatimientos, para aliviar la carga de tus males compartiéndolos. ¡Deja que me quede contigo!… La soledad duplica la desdicha. Una compañía es un vaso que Dios da al hombre para que derrame en él el exceso de sus aflicciones.

—Señor —repetía Patrick golpeándose la Frente—, ¡qué culpable soy! ¡Golpéame, sé inmisericorde! Me has hecho el don más grande y más hermoso que se puede hacer al hombre; me has dado uno de tus ángeles; ¡y yo que te acusaba, que blasfemaba de ti! Perdón, perdón, será la última vez… Mira, que se haga tu santa voluntad, me inclino ante ella. Puedes agobiarme con la carga que sea, me encontrarás resignado en todo momento.

—Escucha, Patrick; después de todo, quizá yo haga mal imponiéndome a ti y queriendo unirme a tu destino. Si creyese que mi alejamiento iba a devolverte la felicidad, me alejaría, no sin dolor, pero sin rechistar. Escucha, si quieres me abandonarás, me olvidarás cuando alcances la alegría y la felicidad; pero cada vez que seas desgraciado, volverás a arrojarte en mis brazos, en los brazos de tu amiga; yo te consolaré.

—¡Pero si sólo de ti, amiga generosa, puede venirme toda alegría y toda felicidad! Ya que quieres inmolarte, quédate, quédate a mi lado; no me abandones; no escuches lo que te digo; cuando sufro, ya lo ves, me vuelvo loco. Te digo que me abandones porque querría morir, dándome perfecta cuenta de que tú eres el único eslabón que me une a la existencia; dándome perfecta cuenta de que sólo de ti, en el mundo, no está harta mi alma, amiga mía.

—Si, en un impulso de generosidad que yo censuro y rechazo, hubieras exigido nuestra separación, hubieras separado nuestros destinos, no te habría pedido más que una gracia, una sola, que hubiera implorado a tus plantas: la gracia de ir de vez en cuanto a llevar a tus besos el fruto de nuestro amor, el niño que llevo en mi seno.

—¡Tierra y cielo! Pero ¿qué dices, Déborah?…

—Ya no tengo ninguna duda, Patrick, voy a ser madre.

—¡Ah! ¡Bendito sea Dios, Déborah, bendito sea Dios que me envía tanta alegría! ¡Bendito sea Dios que me da un hijo! —exclamaba Patrick, que acababa de pasar bruscamente de las lágrimas a la más loca alegría.

Se arrancaba y desgarraba su blusa y la pisoteaba, se arrojaba en brazos de Debby, se colgaba de su cuello, la abrazaba, le besaba la frente, le besaba los pies.

—¡Ay, querida Debby, nunca creí que me estuviese reservada tanta felicidad!

¡Qué insensato era!… Porque Dios nunca me negó nada. ¿No fue él quien me dio una amiga y unos amores, una amiga que los hombres han querido arrebatarme, y unos amores que ellos han obstaculizado y envenenado? Ahora lo veo claro, Dios es la fuente de toda voluptuosidad; y el mundo, la fuente de toda tribulación. Ahí radica toda la lucha, toda la fatiga. Defender y salvar de los ataques de los hombres los bienes que Dios nos ha dado. Y ese bien, yo sabré defenderlo, no me lo destruirán… Además, el mundo no tiene nada que hacer entre un padre y su hijo: lo esconderemos, lo ocultaremos a sus miradas como un tesoro que se entierra; lo mantendremos a la sombra y al abrigo de todo contacto. ¡Dios mío, Dios mío, qué feliz soy!… Y tú, Debby, ¿estás feliz?

—Feliz y orgullosa, Patrick.

—¿Puedes comprender, Déborah, toda la extensión de mi alegría? Quizá te parezca frívolo y pueril; pero mira, acaba de cumplirse mi deseo más ardiente, acaba de realizarse mi sueño más hermoso; mi anhelo, mi deseo constante era tener un hijo en mi juventud. ¡Qué interés tendría ser padre en el declive de la vida, tener hijos que no me conocerían sino aburrido y caduco, que entrarían en la vida cuando yo descendiese a la tumba; a los que yo faltaría justo en el momento en que tendrían necesidad de mi solicitud; unos hijos a los que nunca vería convertidos en hombres, cuya carrera no podría seguir y a los que no podría sostener en la adversidad! No quiero hijos que tiemblen al oír mi voz austera, y que se compadezcan de mis canas y finjan en mi presencia. Lo que yo quiero es un amigo, un compañero de mi vida que me ame y me siga a todas partes; que él sea joven como yo, y yo fogoso como él; que comparta mis juegos, mis trabajos, mis ilusiones, mis penas, mis placeres e incluso mis desenfrenos; en fin, que no tenga para mí ningún secreto en su corazón, y yo ningún secreto en el mío para él. ¿Comprendes ahora mi felicidad? Mira, cuando yo tenga cuarenta años él tendrá veinte. Gracias, Dios mío, gracias. Ahora estoy satisfecho, porque eso compensa muchas penas. Será hermoso como tú, Déborah; será hermoso como tu alma. Jugaréis los dos, él será tu muñeca; jugaremos los tres, sin enfrentarnos nunca. Y si el Señor hace que sea una niña, tú tendrás una amiga, una compañera; y yo seré igualmente feliz: la llamaremos Kentigerne, y si es niño será Kildare[82].

XXXI

Patrick le dijo a Déborah después de la cena:

—¿Te diviertes en esta ciudad? ¿Te gusta este país? ¿Echas de menos Irlanda?

—No, amigo mío, no echo de menos Irlanda, pero sí el cielo, el aire, los árboles y las rocas de Cockermouth-Castle; las correrías por los bosques y las montañas; los paseos por el lago de Killarney; los crepúsculos de la Torre del Este, y sobre todo nuestras noches en el parque y bajo el sauce hueco del torrente. Sólo echo de menos lo que se echa de menos cuando se abandonan los campos para ir a las ciudades; sólo echo de menos lo que del mismo modo habría echado de menos en Dublín si para vivir en esa ciudad hubiese tenido que abandonar nuestras ásperas montañas de Kerry. La vida en las ciudades encoge a los seres humanos; estas cajas, estas jaulas en que uno se debilita encarcelado, comprimen y hacen sangrar al alma como un corsé: nuestra mente se limita entre el suelo, el techo y cuatro paredes; nuestra mirada, que no puede ir más allá, se rompe y se abate sobre nosotros mismos; nos acostumbramos a complacernos en nosotros mismos, a satisfacernos con nosotros mismos, a empequeñecernos, a menguar. La vista continua de las obras de los hombres nos vuelve mezquinos y burgueses como ellos: olvidamos los grandes espectáculos de la naturaleza, olvidamos el universo, olvidamos la humanidad, nos olvidamos de todo, menos de nosotros y de algunos gustos que satisfacer: toda la creación se convierte para nosotros en unos pocos muebles, algunas sillas, algunas mesas, algunas camas, unos trozos de tela o de seda, de los que nos enamoriscamos y a los que nos pegamos como la ostra a la roca, sobre los que vegetamos y reptamos como líquenes. Pregúntame, amigo mío, si estoy contenta a tu lado, y te responderé que sí, en todas partes, en todos los lugares; pero ahora sé perfectamente que vivir en esta ciudad, ni en ninguna otra, no podrá agradarme nunca.

—Entonces, Déborah, si tuvieses que dejar París, ¿lo harías sin pena?

—Si voy contigo, lo haría de buen grado, incluso encantada, porque aquí mi cuerpo languidece en la inercia y mi alma en la agitación. Además, ¿qué quieres que me una a esta tierra? Me resulta tan extraña como las estepas de Ucrania; y soy tan extranjera para ella como un indio: no conserva ni la tumba de mis

abuelos ni la cuna de mis hijos; no tiene ni un solo recuerdo para mí.

—Cuánto me alegra, amiga mía, ver tu buena disposición; porque, mira, aquí ya no estoy a salvo; tenemos que dejar París a toda prisa; de la misma forma que huimos de Irlanda, tenemos que huir ahora de Francia.

—Si es así, vayámonos, vayámonos, escapemos. Acepto esta fuga con alegría. Partamos, dejemos esta tierra nada hospitalaria; estoy preparada, Patrick; pero, dime, ¿qué peligro nos rodea, qué peligro nos amenaza, quién nos destierra?

—Hoy a mediodía, cuando he llegado cubierto con esta blusa de tela a postrarme a tus plantas, acababa de ser expulsado ignominiosamente de los Mosqueteros; y la noche pasada, anoche mismo, Madame Putifar me expulsó del Trianón. Desde hace un tiempo, el comportamiento de M. de Gave de Villepastour conmigo había cambiado; yo ya me había fijado en esa alteración antes incluso de la llegada de la carta de Fitz-Harris. Tan pronto me abrumaba con deferencias como me hablaba y trataba brutalmente. Luego, terminó por ser siempre duro y cruel, y por perseguirme despiadadamente con su odio, que estoy seguro de no haber merecido. Parecía sentir una secreta alegría haciéndome sufrir; parecía saborear una venganza. ¿Y de qué se vengaba en mí? ¿Le he hecho yo algo alguna vez a ese hombre? Por eso aprovechó con solicitud y rabia la ocasión que acaba de presentársele para perseguirme. Hace un mes se habría preocupado tanto de acallar las acusaciones que corrían contra mí como encarnizamiento ha puesto en proclamarlas ahora, haciéndome un escándalo ignominioso y cubriéndome de infamia; pero no es eso todo, no es eso lo más horrible. Al implorar gracia para Fitz-Harris, yo había tenido el don, cosa halagüeña y muy honorable, de agradar a Madame Putifar; en una palabra, hice su conquista. Al principio me había negado a creer en tanto éxito a pesar de sus manifestaciones inequívocas; pero la pasada noche mis dudas escrupulosas se han disipado para dejar sitio a la más sólida convicción. Mi cita de ayer por la noche era nada menos que una trampa, una cena sutil, un cara a cara, un duelo de amor. Todo estaba perfectamente maquinado para mi seducción: a la emboscada no le faltaba nada. Realmente no sé cómo mi virtud pudo escapar sana y salva a través de tantas trampas, redes, cepos, lazos, espejos, reclamos, nasas y varetas. Lo superé todo, resistí a todo: mi resistencia negativa la enardeció; quiso forzarme como se fuerza a una doncella honrada. ¡Trabajo inútil! Permanecí inexpugnable. Despechada, sus cálidos amores se convirtieron en cólera, en rabia, en furia; llamó e hizo subir a cuatro lacayos para que me pusieran en la

puerta; pero, gracias a mi espada, hice una salida más triunfal. Me doy cuenta, pero la rectitud de mi corazón me ha impedido ser dueño de mi conducta, le he hecho a Madame Putifar una de esas afrentas que las mujeres no perdonan nunca; y, con mayor motivo, ella, tan resentida, tan rencorosa, tan vengativa, tan inhumana. No sólo le he hecho una afrenta, sino que la he afrentado en su rabia; la he provocado con insolencia; le he devuelto sarcasmo por sarcasmo. Ahora mi perdición está jurada sin duda alguna; soy un hombre destruido, estoy bajo el peso de su resentimiento, y su resentimiento siempre es terrible. Esa mujer tiene todo el poder en sus manos, todo se pliega a su palabra; le basta con dignarse hacer un gesto para que su voluntad se cumpla; no tiene más que decir: ese hombre me molesta, y ese hombre desaparece del mundo o de la escena del mundo. Y lo más fatal para mí es que conoce el juicio de los tribunales de Irlanda y mi condena. En su furia, me ha perseguido con la palabra de contumaz, y me ha recordado la horca de Tralée. ¿Cómo ha llegado eso a sus oídos? Ha de tener una policía muy activa, espías que están a la escucha, o ha sido informada por el señor de Villepastour: varias cosas que se le escaparon en la conversación me inclinarían a creer en esta última posibilidad con bastante fundamento. Tenía proyectos para mí: se habrá informado, como hace cuando quiere conseguir un joven. Gracias a esta circunstancia, podrá, porque sólo de ella depende, ocultar su venganza tras una máscara honesta; podrá actuar contra mí con más desvergüenza, si no con más rigor. ¿Lloras, Déborah?… No tengas miedo, amiga mía, no te asustes: no trato de disimularnos el peligro en que nos vemos; pero, por más cercano e inminente que esté, no hay motivo para desesperar. Adelantémonos al mal que con toda seguridad nos preparan en la sombra. Dejemos ahora mismo esta ciudad, ¡huyamos, huyamos! Es nuestro único recurso, pero es infalible. Todavía es fácil escapar: sólo necesitamos una decisión rápida y valor; y tenemos las dos cosas. No llores, no te aflijas, amada mía; ten confianza en Dios, que nos envía esta tribulación; su bondad es un océano, no caigamos en la ridiculez de pretender sondarla con nuestra corta inteligencia. ¿A quién le fue dado nunca comprender sus designios? ¿Quién sabe si la desgracia no es un beneficio oculto? ¿Quién sabe si lo peor no es precursor del mal, si el mal no es precursor del bien, si el bien no es precursor de lo mejor?

—Te agradezco, Patrick, tu preocupación por consolarme, cuando tu propio espíritu está totalmente desolado. Te doy las gracias por los esfuerzos que acabas de hacer para tomar a la ligera y con indiferencia una dolorosa y funesta aventura; tus sufrimientos han transpirado a través de tu falso entusiasmo, y ver

tu sonrisa forzada me ha hecho tanto daño como un espasmo. ¿No quieres que llore, Patrick? ¿Crees que es posible? ¿Que yo permanezca fría ante las desgracias que te agobian y cuya fuente soy yo, porque es de mí, otra vez, de quien te llegan estos nuevos infortunios?

—¿Tú, Debby, la causa de mis infortunios? ¡Qué locura!…

—Sí, sin mí, sin el amor que crees deberme, te habrías dejado llevar por la pasión que tu belleza, tus atractivos y tu buen decir habían hecho nacer con tanta violencia en esa mujer; en lugar de ser hoy perseguido por su odio, serías su favorito; saborearías todas las voluptuosidades y todos los placeres refinados de una corte suntuosa; serías el más honrado y apreciado de Versalles; a tus pies zumbaría la tropa lisonjera de los cortesanos que irían a picotear en tus manos los favores de tu amante. Gloria, fortuna, títulos y alegrías, lo habrías conseguido y conquistado todo: te habrías labrado un futuro, y ese futuro sería bello. ¡Soy yo la que ha destruido todo eso! ¡Vuelvo a ser yo la causa de que haya sido inmolado!…

—Acabáis de suponerme, Debby, dos sentimientos: uno me alegra y el otro me molesta. Es cierto que por vos, como me habéis hecho el honor de suponer, yo rechazaría a la mujer más bella del mundo, a la más rica, a la más poderosa, la intriga más ventajosa capaz de labrarme el destino más brillante; pero no es cierto, y perdonadme la dureza, que sin vos me hubiese dejado arrastrar por esa Putifar, que le hubiese vendido mi juventud para distraer de sus remordimientos, mis besos al peso, al marco de plata, y mi pobreza, de la que tan orgulloso estoy, a cambio de una infamia opulenta. No niego que vos habéis desarrollado la bondad de mi corazón, que vuestro amor exquisito no lo haya ennoblecido; pero tengo la presunción de pensar que había en mí suficiente nobleza de nacimiento para no ser, sin vos y sin vuestra influencia, vil y despreciable.

—¡Qué cruel sois conmigo, Patrick! Sé estimaros, tenedlo por seguro; no soy lo bastante impertinente para suponerme el origen de vuestra delicadeza y presumir que, de no ser por vuestras relaciones conmigo, hubierais sido un hombre deshonesto; pero, sin fatuidad, me había permitido pensar que, abandonado a vos mismo, sin lazos, sin juramento, sin un cariño que colme vuestro corazón, puesto en la fatal alternativa en que os habéis encontrado, hubierais preferido faltar a la exigencia de vuestros virtuosos principios y forzar vuestra repugnancia antes que hacer una afrenta sangrienta a esa Fredegunda cuyo odio no se sacia fácilmente. ¿Hubierais sido tan culpable por preferir unos desenfrenos agradables, el fasto y los honores a una cruel persecución? Joven

como sois, ¿hubierais preferido la corte a un calabozo y, tal vez, la vida a la muerte? Por más que me diga tu bondad, no podrá quitarme la convicción de que soy yo la fuente única y funestamente fecunda de todos tus males: si acabas de ser ignominiosamente expulsado de los Mosqueteros, acúsame a mí únicamente, porque yo soy la causa de ese atroz suplicio; y lo que te digo no es una locura, escucha: hay una cosa que, hasta ahora, me había parecido que debía ocultarte para no destruir la paz de tu alma, para no sembrar la turbación en tu espíritu y la cólera en tu corazón; habrás de perdonarme ese silencio, que era mi deber guardar como hoy lo es romperlo. No sabes a qué atribuir el cambio ocurrido repentinamente en el señor de Villepastour, su solicitud por conseguir la carta de Fitz-Harris, su encarnizamiento en encontrarte culpable, en condenarte a la degradación, en expulsarte de su Compañía. No sabes cómo explicarte su falta de humanidad hacia ti, que habías sido objeto de su predilección y de su protección durante tanto tiempo. No sabes de dónde procedía el júbilo que parecía saborear castigándote y el espíritu de venganza que parecía animarlo contra ti. Pues bien, Patrick, todo eso procedía de mí, y sólo de mí… Dónde, cómo y por qué, no lo sé; desde hace algún tiempo se había apasionado brutalmente de mi persona y me perseguía sin cesar con sus vergonzosas proposiciones…

—¡Gran Dios! ¿Qué dices? ¡Él, otro infame!… Gran Dios, ¿te has quedado sin cólera?

—Aquí mismo, ahí, en ese sofá, se entregó varias veces a impúdicos asaltos, violentándome; pero, gracias a Dios, gracias a mi valor, conseguí vencerle, lo arrojé de esta casa lleno de despecho y de resentimiento; y ha trasladado a ti su rabia, se ha vengado en ti…

—El muy cobarde…

—Ahora podrás entender los gritos de asombro que lancé cuando me llevaste a su presencia; ahora podrás comprender mi arrebato y mis invectivas contra ese monstruo de lujuria que se presentaba como juez austero y que fingía contigo religión y majestad. Ahora podrás comprender la urgencia que he puesto en aceptar tu proyecto de marcharnos: ¿podía acoger yo con indiferencia un medio tan oportuno de poner fin a una intriga que empezaba a asustarme, que me envolvía, que se burlaba de mi resistencia y de mí? Lucha penosa en la que podía sucumbir, en la que tenía todo que perder, si por generosidad la mantenía en secreto, o si te llamaba en mi ayuda. Tu espíritu honesto no puede hacerse una idea de este hombre, tan temible como obcecado; es uno de esos lanzados para

quienes lo único sagrado son sus deseos, y a quienes ni ruegos, ni lágrimas, ni piedad, ni debilidad, ni justicia, ni honor podrían conmover ni detener. ¡Sí, sí, Patrick, marchémonos, vayámonos ahora mismo! Tu decisión es buena: no sigamos más tiempo en esta Babilonia, en esta Capua; nos hemos equivocado, no tenemos nada que hacer aquí. Con los lobos, hay que aullar; quien estando entre ellos bale, será su presa.

—No temas, querida Déborah, que mi decisión vacile hoy que sé que nuestros enemigos nos son comunes y pueden coaligarse para perdernos mejor, hoy que te sé madre y que mi tutela se ha redoblado, hoy que ya no nos debemos exclusivamente a nosotros mismos sino al hijo que Dios nos envía. Vayamos a buscar lejos de aquí una tierra menos disoluta, donde, si los hombres no han de ser mejores, son menos poderosos; una tierra donde no tengamos que encontrar hombres de nuestra patria, Fitz-Harris que divulguen mi infortunio, me llamen contumaz y me reprochen mi horca de Tralée; donde nuestros hijos no tengan que sonrojarse nunca de su padre ni estén marcados por su mancilla. Mira, para que pierdan todo rastro de su origen, cambiaremos de nombre y los engañaremos sobre el país de sus abuelos. Para poner en práctica semejantes designios se necesita una fuerza, una voluntad y un valor raros; pero Dios nos ha dado ese valor. Quienes lo tuvieron suficiente para marcharse del techo bajo el que habían nacido, para arrancarse de los brazos de su madre, de las orillas del lago de Killarney, de las soledades de Kerry, lo tendrán suficiente todavía para renunciar al mundo, para separarse de todo lo que han conocido hasta ese momento, para renunciar a lo que han sido y a lo que podrían ser, para ir a pedir una parte de sol, de tierra y de fraternidad en uno de esos pueblos ignorados que esta sociedad llama salvajes. Sacaremos entonces de nosotros mismos y, de la naturaleza sublime que ha de rodearnos, alegrías y consuelos que compensarán todos nuestros sacrificios, que compensarán todas nuestras renuncias, y no pediremos a la sociedad placeres falsos para aturdirnos de los males que causa. El odio siempre acecha; pongamos en práctica sin demora nuestro plan de partida. Es preciso, Déborah, que mañana no nos encuentre ya aquí.

—Ordena, amigo mío, estoy dispuesta a seguirte a donde sea.

—Acaban de dar las ocho en la Abadía; antes de que sea más tarde voy a ir a las Mensajerías; reservaré dos plazas en cualquier carruaje, con tal de que parta al alba y se dirija hacia el sur. Iremos a Marsella, o a Génova, o a Livorno; y allí embarcaremos para el lugar del universo que hayamos elegido.

—Ve, Patrick, y vuelve enseguida. No te dejes ver mucho; cúbrete con la

capa. Mientras, para distraer mi preocupación, prepararé nuestro equipaje, que cerraremos cuando regreses. Vete, cuídate, y que Dios te acompañe.

—Un beso, Debby.

—No, un beso da a la separación más breve el aire de una ausencia larga. Vuelve pronto, y lo tendrás a tu regreso.

—Dame la mano por lo menos, amiga mía.

—No, todo a tu vuelta.

—¿Marcharme sin haber besado esa frente que piensa en mí, esas manos que me acarician, Debby? ¡Oh, no, estoy seguro de que no lo quieres! Me traería una desgracia. Dicen que el hierro no entra donde se han posado los labios de una mujer amante.

—¡Oh!, entonces te besaré por todas partes, Patrick, déjame que te vuelva invulnerable. Déjame que te bese en el sitio del corazón.

Déborah se había arrojado al cuello de Patrick y lo estrechaba con pasión; apartaba, abría sus ropas y paseaba su boca pegada a su pecho.

—Vete, márchate, ahora ya no tengo miedo; te he cubierto de talismanes.

Nada más salir Patrick, nada más cerrarse a sus espaldas la puerta del palacete, un ruido confuso y repetidos gritos de ¡socorro!, ¡al asesino!, hirieron los oídos de Déborah.

Abrió precipitadamente la ventana y reconoció la voz de Patrick y ruido de espadas.

Pero en la profundidad de la calle oscura no distinguía nada.

Una idea repentina brotó en su mente; arrancó una cortina, la prendió fuego con la antorcha y la lanzó por la ventana; su caída la incendió más todavía; iluminaba horriblemente el lugar de la escena.

Distinguió a cuatro hombres lanzados contra Patrick, cuatro aceros centelleantes dirigidos contra su pecho; Patrick se defendía como un león.

Ante este espectáculo, Déborah lanzó un grito desgarrador y llamó a Patrick.

—¡Adiós, Debby, adiós!… ¡Estoy perdido! —respondió él—. ¡Adiós para siempre, Debby! Piensa que eres madre…

—¡Sí, de un hijo que te vengará! Ánimo, resiste; ¡ataca, ataca! Vuelo hacia ti, bajo ahora mismo…

En ese momento Patrick recibía una estocada en el costado y caía de bruces en el pavimento.

Todo esto ocurrió con la rapidez del relámpago.

Cuando Déborah salió al frente de las gentes del palacete, la cortina, que

seguía ardiendo, lanzaba una claridad débil; la calle estaba silenciosa; ¡no había nadie!

Sólo, a lo lejos, una carroza hendía el aire.

Déborah quiso lanzarse en su persecución; pero el espanto la había quebrantado y cayó desmayada.

En su caída chocó con un acero al que hizo sonar; era una espada ensangrentada: la de Patrick.

Las gentes del palacete recogieron del suelo a la mujer y la espada.

LIBRO TERCERO

Where is my lord? where is my Romeo?
Shakespeare

XXXII

Cuando Déborah volvió en sí, se encontró en su aposento.

Exigió que la dejasen sola, para cortar en seco esos insípidos consuelos que pueden prodigar personas extrañas, consuelos tan triviales como los saludos consagrados por la educación; y, a pesar de toda clase de ruegos, rechazó los cuidados de una guardia, para alejar un testigo al que habría tenido que mostrar su dolor como espectáculo, si su presencia no la hubiese reprimido de manera penosa.

Pasó toda la noche en una turbación cercana a la locura, acusando de sus desgracias al mundo, a la Providencia y al Destino, dirigiéndoles alternativamente amargos reproches, maldiciéndolos; y cuando había paseado suficientemente su cólera del Cielo a la tierra, de los hombres a Dios, la volvía contra ella misma y hacía recaer una por una sobre su cabeza las blasfemias que había proferido. Lamentaba haber recibido la existencia y entrado en la vida; invocaba a la muerte. Mediante un impulso natural de la desesperación, se daba puñadas en la frente como si quisiese rompérsela, dejaba escapar los horribles pensamientos que luchaban entre sí en su cabeza y se golpeaba el pecho como un prisionero golpea los muros de su calabozo para romperlos y abrir un pasaje a su alma cautiva, rebelándose contra el cuerpo que la obligaba a vivir.

Una vez incluso, en el paroxismo de su delirio, abrió una ventana para arrojarse por ella; pero un estremecimiento en sus entrañas le recordó súbitamente que era madre: sintió un profundo horror ante aquella acción y volvió a arrojarse sobre el lecho en medio de un chorro de lágrimas.

A veces se decía:

—¿Sabrá mi hijo en el futuro el sacrificio que hoy hago por él? ¿Es, después de todo, un don tan deseable la existencia? ¿No maldeciré haberle dado esta vida que no me ha pedido y que, sin embargo, sería un crimen quitarle? ¿Y no me dirá, como yo le diría a mi pobre madre, por qué no me habéis ahogado en vuestro seno?

Por la mañana, extenuada por el cansancio, se encontraba en un ligero adormecimiento cuando el ruido de su campanilla agitada con fuerza vino a arrancarle de aquel reposo. Temiendo que se tratase de algún personaje importante y estando, además, en un desorden y una absorción de ideas que no le permitía hacer siquiera un recibimiento falso, dudó en abrir; pero la idea, por más absurda que le pareciese, de que podía ser Patrick salvado de la muerte, le hizo sobreponerse a la repugnancia y le dio fuerza suficiente para arrastrarse hasta la puerta.

Su asombro fue grande al encontrar allí a Fitz-Harris.

—¡Cómo! ¿Sois vos, miserable? —le gritó—. ¿Todavía venís en busca de una víctima? ¡No entraréis!

Quiso entonces cerrar la puerta; pero Fitz-Harris interpuso el cuerpo y se lo impidió.

—Señora, por piedad, no me echéis así… Estoy condenado a dejar Francia, y me marcho; pero antes vengo a decirle a mi viejo y verdadero amigo Patrick un adiós tal vez eterno. Vengo, con el corazón lleno de vergüenza, de remordimientos y de gratitud, a besarle al menos los pies, a pedirle una última vez perdón por todo el mal que le he hecho y a agradecerle todo el bien que él me ha hecho a cambio. ¡Le debo la vida!

—¡Y él os debe la muerte!… ¡Me ultrajáis, bribón, en mi dolor! ¡Hundid a placer el acero en mi herida! ¡Qué refinamiento de barbarie! ¡Venir a rogar a la esposa que salude a su esposo al que han matado! Porque seguro que vos, digno amigo, sois de los que lo han asesinado.

—¡Patrick asesinado!… ¿Qué decís?… ¡Oh, Dios mío!…

—Cobarde, finges sorpresa; ¿no lo sabías, verdad, miserable hipócrita que ayer mismo, bajo mis ventanas, lo mataste, tú o los tuyos? Tú estás

perfectamente, no tienes heridas; no fue en tu sangre donde tiñó esta espada. Ay, ¿por qué no te traspasó ese corazón lleno de perfidia?

Desde las primeras palabras que le confirmaban la muerte de Patrick, Fitz-Harris había sentido una conmoción violenta; sus piernas se habían doblado y, casi desmayado, había caído de rodillas.

Permaneció un rato con la cabeza abatida sobre el pecho en silencio; luego, levantándola y clavando en Déborah una mirada enternecida, le dijo con un leve acento de reproche:

—Sé que he sido muy culpable con vuestro esposo, señora; que he sido mal amigo, mal hermano; que atraje sobre él la burla y la desdicha. Es cierto que le he traicionado, a él tan bueno y leal. Mi perfidia me ha hecho conocer la extensión de su generosidad. ¡Oh, si supieseis qué remordimientos me desgarran sin cesar por el daño que le he hecho!… Siento que llevo conmigo un pesar que envenena mi vida en su fuente y que sin duda ha de secarla pronto. Es verdad que, llevado por mi instinto envidioso, he sido traidor, miserablemente traidor; pero ¿es eso una razón, señora, para cargarme a mí su muerte? ¿No hay algunos escalones entre el malvado y el asesino?… ¡Yo tu asesino, Patrick! ¡Qué horror!… El cielo me es testigo de que no tenía otro deseo que redimir mi conducta pasada hacia ti, y expiar mi traición toda mi vida. ¡Pobre amigo al que ya no volveré a ver! ¡Te he perdido sin que me hayas otorgado un perdón solemne! ¡Pero desde lo alto del Cielo, como desde la tierra, puedes perdonarme, y te imploraré tanto que me escucharás!…

Hay algunos gritos del corazón, algunos acentos de verdad que no pueden engañar, porque no pueden fingirse; y así, Déborah sintió en aquellas palabras pronunciadas con efusión que había ido demasiado lejos en su cólera contra Fitz-Harris, y le dijo en tono más moderado:

—Admito, señor, que he puesto sin duda demasiada vehemencia en mis suposiciones; pero vuestras acciones anteriores ¿no las habían provocado y no las justificaban? No es asesino sólo aquel que se sirve de un puñal o que da el golpe; y en la horrible catástrofe que acaba de arrebatarme a mi esposo, vuestra perfidia hacia él no ha dejado de influirme.

Fitz-Harris hizo entonces algunas preguntas sobre la muerte de Patrick; pero Déborah no respondió.

—¿Por qué, señora, he de ser proscrito en esta hora y no he de poder ofreceros, en esta penosa circunstancia en que estáis completamente sola, tal vez incluso rodeada de enemigos, en tierra extranjera, lo que rodo hombre puede y

debe ofrecer a una mujer: apoyo y defensa? Si, en medio de mi desgracia, tuvierais deseos de abandonar Francia, yo podría prestaros algunos servicios; estaría encantado y sería glorioso para mí que os dignaseis aceptarlos. Regreso a Irlanda; ¿sería vuestra intención regresar también? Yo podría acompañaros durante el viaje y brindaros todos los cuidados materiales y evitaros sobre todo las situaciones desagradables en que a veces se encuentra en semejante caso una joven bella como vos. ¿Deseáis retiraros a otro sitio? Por vos renunciaría con alegría a ver de nuevo mi patria; os seguiría a cualquier parte por agradaros; me uniría a vos, a vuestro destino… Todo mi orgullo y toda mi felicidad consistirían en ser vuestro humilde y obediente esclavo… Disponed de mí, me entrego a vos como expiación.

—Confieso que sería dulce para mí, abandonada y sola como estoy, tener un amigo que me ayudase a retirarme del abismo en que me veo sumida; confieso que ese amigo sería muy agradable, ya que tengo el proyecto de dirigirme a Génova para evitar la cólera de los enemigos de Patrick, que son los míos, míos y del niño que llevo en mi seno. ¡Quiera Dios que sea un hijo, y que sea el vengador de su padre! Pero no puedo aceptar nada de vos, a quien aborrezco. Cualquier relación con vos sería criminal. Llevad a otra parte vuestra perfidia. Os prohíbo formalmente, en todo tiempo y lugar, que volváis a presentaros ante mí y que me mancilléis con vuestra voz y vuestra mirada.

—¡En nombre de Dios, señora, sed más humana! ¡Arrojad un velo espeso sobre mi pasado, por el que gemiré en secreto toda mi vida! Aceptad sin escrúpulo mi adhesión; no me privéis del único medio que tengo en mi poder para reparar los errores tan grandes que he cometido contra vos.

—Lo dicho, dicho está; no lo haré; no os empeñéis; ¡idos, con toda mi execración!

—Milady, ¡qué lejos estáis de tener la generosidad de vuestro esposo!

—Yo no perdono nunca.

—En nombre del cielo, milady, perdonadme. ¡Perdonad una falta de la que estoy arrepentido! No dejéis que me vaya bajo el peso de vuestro resentimiento. ¡Perdón, perdón!

—¡No, nunca!… Si fuese hombre, os golpearía con esta espada; pero soy mujer, y no tengo más armas que la de los ancianos; os maldigo… ¡Salid!… ¡Que la abominación caiga sobre vos!

—Unir a los remordimientos que me roen, milady, vuestra maldición ¡es matarme!… Responderéis de mi vida ante Dios.

XXXIII

Después de la expulsión de Patrick, el señor marqués de Gave de Villepastour fue a reunirse con Madame Putifar.

—Buenos días, adorable marqués —le dijo ella agradablemente, ofreciéndole a besar una mano tan cargada de joyas que parecía un escriño.

—Veo con placer, señora, que aún no he caído en vuestra desgracia; hacéis con tanta presteza *toilette* nueva de los sentimientos que con vos uno siempre está ansioso por saber si sigue por las nubes o ha caído en el polvo. Ese pobre Patrick se ha visto arrastrado de vuestra ternura a vuestro odio en un santiamén. ¿Sabéis que no habéis tardado mucho en desenamoraros? ¿Qué puede haberos hecho ese pobre muchacho?

—Marqués, palabra de reina, me faltó al respeto.

—¿Ese villano?… ¿Hasta qué punto, señora?…

—Hasta la cintura.

—¡Ah, el muy desvergonzado!… Habéis hecho bien, señora, castigando a ese libidinoso: no hay peor caries para la corte y la ciudad que esas gentes contagiosas. Es hora de poner freno a las costumbres equívocas y detenerlas en su desbordamiento, porque de otro modo el mundo caerá en disolución. Dentro de poco, señora, si todo sigue a este paso, nadie se atreverá, en cualquier parte, a tocar a una mujer, mascar pastillas, abrir un libro, sentarse en un sillón; y, para que a uno no le violen, tendrá que encerrarse en una coraza. Hace poco en un sermón, ved hasta dónde llega la perversidad de nuestra edad de hierro…

—Decid mejor de mercurio, marqués.

—… un predicador clamaba: «Si los niños tienen hoy nodrizas es por puro libertinaje».

—¿Qué hacer? Son nuestros filósofos los que corrompen todo.

—Sobre todo nuestros filósofos economistas.

—Hay que tener cuidado cuando se limpia de orugas un árbol para que no caigan las flores: al sacudir los prejuicios, han sacudido la virtud.

—Lo han sacudido todo, señora. Mi visita, noble reina, no quiero andarme con rodeos, no es totalmente desinteresada: os he ayudado con adhesión a vengar las costumbres, vengo a rogaros que os dignéis ayudarme a vengarlas a mi vez.

—¿Qué queréis?
—Una carta sellada.
—¿Para quién?
—Para una mujer.
—Sin duda para la amante de vuestro salvaje, ¿verdad? ¿Os ha faltado al respeto, marqués?
—Exacto.
—¿Hasta dónde, marqués?
—Hasta donde vos queráis, señora.
—¿Y queréis emparedar a esa beata, necio, ahora que está libre? ¿Por qué os molesta? ¿No puede un hombre vencer siempre a una mujer? Valor, marqués, que terminaréis logrando ese honor.
—Gracias, señora; que un marino más hábil cruce ese estrecho; yo he tirado mi parte a los perros, renuncio a ella.
—Pero ¿es una fortaleza?
—Sí, señora, y sin puente levadizo. Es un bosque impenetrable de prejuicios y de virtudes provincianas donde extraviarse y donde cansar a la jauría de caza más resistente.
—¡Ah! ¿Conque la bella se hace la inviolable?… Nosotros la formaremos, marqués. Decidme, ¿es realmente bella?
—Bellísima, señora, llena de gracia y de ingenio. Aquí podéis ver su retrato, que han encontrado en el cuartel, en el cuarto de Patrick. Tiene sobre todo esa hipocresía inglesa que tantos atractivos nos ofrece a nosotros los franceses, hastiados de la desvergüenza de nuestras mujeres.
—Si esta miniatura no miente, es decididamente una joven encantadora. Yo me encargo de vuestra venganza, marqués, y le añado la mía: porque no dejo de sentir cierto rencor contra ella. Dejadme a mí, y quedaréis vengado.
—Os beso las manos señora, y descanso en vos, que sois experta en la materia; mi causa no podría tener mejor defensor; mas, ¿sería indiscreto preguntaros qué castigo reserváis a la culpable?
—¡Oh, querido, eso es un secreto!
—¿Un secreto, bellísima, entre vos y yo?
—¿Qué os importa? ¡Vuestras costumbres serán vengadas!
—Mi presunción me había impulsado a creerme más cerca de vuestra confianza; no os quedéis, señora, en los medios amigos; las amistades a medias son lo más funesto del mundo.

—Más despacio, marqués, no os ofendáis; sabéis que os apreciamos, lo sabréis todo, maldito curioso. Mis enemigos, y son muchos, irritados por el favor y el imperio que, pese a la pérdida de su amor, he conservado con Faraón, realizan todos los días nuevos esfuerzos y nuevas tramas para perderme ante él. Desde hace un mes, sobre todo, atacan de manera encarnizada y han ideado, tal vez por vigésima vez, para distanciarle de mí, proporcionarle informes a través de cierta linda intrigante. Al principio me alarmé, pero tengo casi la seguridad de que no me suplantará: Faraón me ha hablado mal de ella; no la encuentra ingeniosa; le aburre. Para asquearle del todo bastaría la menor novedad; pero estamos en período de escasez; en el Parque sólo hay dos o tres jovencitas a las que educan con cuidado, pero no hay nada maduro que recoger. ¿No os parece?……………………………

—¡Qué idea tan deliciosa! ¡Qué inspiración divina, señora!

—¿No creéis que esa joven pueda ser o pueda volverse peligrosa para mí? ¿No es una persona hábil, disimulada, ambiciosa?

—Estad tranquila, señora, es una criatura ignorante de todo; además, pobre, extranjera y abandonada, ¿qué queréis que haga? Yo temería más su necio orgullo.

—No os preocupéis por eso: es cosa de *La Madame*, ella la enderezará. Ha domado, querido, a la más rebelde.

Madame Putifar llamó, y entonces hizo que viniese su ayuda de cámara Lebel, intendente secreto de los placeres vergonzosos y regios, y le dijo:

—¡Por fin hemos encontrado la horma de nuestro zapato! Hoy mismo haréis prender a… Marqués, ¿dónde vive?

—En el palacete Saint-Papoul, en la calle de Verneuil.

—A una joven, irlandesa o inglesa… ¿Cómo se llama, marqués?

—Se llama Déborah de Cockermouth-Castle; pero allí deben de llamarla simplemente lady Patrick Fitz-Whyte.

—Ya lo habéis oído, mi querido Lebel; id, y no dejéis escapar esa presa: me respondéis de ella con la vida.

—Señora, vuestras órdenes serán puntualmente ejecutadas.

—Bueno, marqués, ¿estáis satisfecho?

—Señora, estoy en los ángeles. Y no sé cómo expresaros mi gratitud. Permitidme que bese vuestros pies…

—No, dadme vuestra discreta boca para que la bese; y por el amor que desde hace tanto tiempo arde en vos, venid esta noche a cenar conmigo.

—¡Oh, señora, me moriré!…

—No, marqués, no moriréis.

XXXIV

Después de fijar definitivamente su proyecto de retirarse a Ginebra, Déborah se dirigió a la abadía Saint-Germain-des-Prés, su iglesia preferida, para pedir a Dios que bendijese su plan o le inspirase otro si éste no le resultaba agradable.

A la entrada del coro, arrodillada, prosternada hasta el suelo, con la frente apoyada sobre sus dedos unidos, lloraba, y delante de ella el pavimento estaba mojado con sus lágrimas.

Cuatro hombres de catadura siniestra merodeaban en los alrededores, y de vez en cuando cuchicheaban entre sí. El que parecía ser su capitán paseaba constantemente sus miradas de lady Déborah a una miniatura que llevaba en la mano, como si estuviese ocupado en hacer una comparación.

Cuando entre ellos se elevó una disputa, el ruido de sus voces arrancó a Déborah de su ensimismamiento; se levantó, miró hacia el lado de los hombres y los alejó inmediatamente con un movimiento de sorpresa y terror.

Nada más prosternarse de nuevo contra las baldosas para ocultar su turbación, uno de los hombres se acercó despacio y le lanzó encima una amplia capa. La enrollaron en ella, la envolvieron como se hace con un cadáver y se la llevaron en brazos a pesar de sus gritos y sus sollozos ahogados.

En el pórtico, la arrojaron dentro de una carroza que los esperaba, y los caballos partieron al galope.

Así envuelta, Déborah habría muerto; la desenvolvieron enseguida, y únicamente le pusieron una venda en los ojos.

Cuando recuperó los sentidos, preguntó por los lugares a donde la llevaban; los hombres no le contestaron, y durante todo el camino no profirieron una sola palabra.

Después de dar mil vueltas y mil rodeos, cuando el día estaba terminando la carroza se detuvo; una puerta y la portezuela se abrieron; invitaron a Déborah a descender, guiándola de la mano, mas ella se negó diciendo:

—No daré un paso hasta no saber adónde me lleváis.

La arrastraron a la fuerza hasta un vestíbulo; allí, después de oír un pesado cerrojo cerrarse a sus espaldas, asustada, lanzó un grito desgarrador, y cayó desfallecida de rodillas.

—En nombre de Dios —repetía, uniendo sus dos bellas manos—, tened piedad de mí, no me matéis sin oírme; porque sé de sobra que estoy destinada a la muerte, porque sé de sobra que pende sobre mi cabeza; he sentido el viento del hacha. ¡Por favor, tened piedad de mí! No es que tema a la muerte, no es que me aferre a la vida ahora que han matado a mi esposo. No es que sea cobarde: ¡No, no, tengo valor suficiente para morir! No es que implore piedad para mí, es para el niño que llevo en mis entrañas, ¡porque soy madre!… ¡Tened piedad de él!…

A su alrededor todo seguía en silencio, y sólo su voz, aumentada por el eco, resonó largo tiempo en la sonora escalera.

—¿Estoy en el desierto que nada responde a mis lágrimas, o hablo a tigres?… No os han ordenado un doble asesinato: ¡gracia para mi hijo! No debéis temer que se os escape la presa: arrojadme a un calabozo hasta la hora de mi liberación, y tan pronto como mi fruto haya salido de mi seno, hundiréis en él vuestros cuchillos.

Cuando acababa las últimas palabras, un brazo rodeó sus hombros, una boca se posó sobre la suya y cubrió sus mejillas de besos. Déborah lanzó un grito, y ese largo estertor gutural que es expresión violenta de la repugnancia. Entonces una voz de mujer le dijo:

—No temáis nada, señora, no quieren vuestra vida, nadie os lleva al suplicio; aquí sólo estáis rodeada de personas que os quieren. Levantaos y calmaos, amiga mía. Vamos, criados, guiad a milady a su aposento.

Después de haber subido la escalera y oído rechinar varias cerraduras, de pronto le quitaron la venda y Déborah se encontró en medio de una habitación, frente a dos viejos criados de librea verde, tan feos y deformes que retrocedió espantada y fue a hundir el rostro en un sofá.

—Señorita, os pertenecemos, tenemos el honor de haber sido escogidos para serviros —le dijeron entonces aquellos dos esperpentos haciéndole una reverencia—, estamos dedicados a vos día y noche. Cuando nos necesitéis, no tendréis más que llamar. ¿Deseáis algo en este momento?

—Sí. Os ordeno que me digáis en qué guarida me encuentro y qué bestias salvajes sois vosotros.

—Calmaos, señorita, aquí no estáis en peligro. Nosotros somos honestos servidores. Dentro de una hora os traeremos la cena.

—Es inútil, señores, guardad para otros vuestro veneno.

Al cabo de una hora, en efecto, los mismos criados sirvieron a Déborah una

cena excelente; a pesar de sus instancias, ella no quiso acercarse a la mesa, y aunque estaba muriéndose de sed no aceptó siquiera un vaso de agua. Levantada la mesa, una dueña vino a invitarla a acostarse; y después de haberla ayudado a desvestirse y a meterse en la cama, le deseó una buena noche y se llevó la vela.

La fatiga y la pena no tardaron en adormecerla; pero en medio de la noche se despertó al final de un sueño penoso, y en medio de la soledad a sus ojos se pintó lo horrible de su posición y volvió a sumirla en la más viva inquietud. Se devanaba los sesos para descubrir en qué lugar, en qué manos y en poder de quién podía estar. El lujo de los muebles, los criados, los cuidados y los miramientos con que parecían tratarla no le permitían seguir creyéndose en una prisión; además, un aire puro de campo y un olor a vaquería, que varias veces le habían llegado en la carroza durante el trayecto, le habían dado casi la certeza de que estaba lejos de París; se le había metido en la cabeza que había sido raptada por orden del señor de Villepastour, y trasladada a una de sus casas de recreo.

De hora en hora esperaba verlo aparecer, y se preparaba para oponerle la resistencia más obstinada. Decidida a sufrir la muerte antes que el menor ultraje, estaba desesperada por encontrarse sin armas y la perseguía la pena de no haber robado un cuchillo de la mesa de la cena.

Para evitar cualquier sorpresa y estar en guardia, se levantó, abrió la ventana, que daba al jardín, pasó toda la noche en acecho pegada a la puerta de su habitación y escuchando atentamente las horas para ver si reconocía el timbre de algún reloj. No apareció nadie: y en la profundidad del silencio, no oyó en la cima de las torres más que voces extrañas midiendo el pasado, que ella maldecía, y anunciando el futuro que la llenaba de terror.

Por la mañana, cuando las dueñas entraron en su habitación, la encontraron dormida sobre el sofá, donde sin duda el sueño la había sorprendido; le pusieron unas bonitas zapatillas bordadas, rogándole que tuviese a bien bajar con ellas, cosa que hizo sin vacilar.

Después de haber pasado por una bella escalinata y unos corredores adornados de esculturas y flores, se encontró en un saloncito de baño revestido de estuco y de mármol de Alepo.

Las dueñas llenaron acto seguido con agua tibia y perfumada una bañera de ese mismo mármol, y la metieron en ella.

Pocos instantes después, con una rica bata de mañana, entró una dama, entrada en años, de figura vulgar pero de modales muy distinguidos. A una señal que hizo, las dos sirvientas se retiraron, y entonces ella fue a sentarse junto al

baño.

Desde las primeras palabras que pronunció, Déborah reconoció por su voz que se trataba de la mujer que la víspera le había hablado abrazándola.

Primero se informó con aire afable del estado de su apreciada salud, y cómo había pasado la noche; luego la conminó a perder todos sus temores.

—Aquí estáis a salvo, encantadora condesa, no tenéis que temer ni el más leve rasguño —le decía con una boca melosa—; yo soy la superintendente de esta casa y os lo juro por mi honor; aquí, por el contrario, no encontraréis más que personas solícitas por agradaros y satisfacer vuestros caprichos y deseos. ¿Tenéis alguna sospecha de cual pueda ser la ciudad donde vivís y del lugar donde estáis?

—No, señora.

—¿Habéis ido alguna vez a Fontainebleau o a Versalles?

—Sólo a Versalles, señora.

—¿Habéis sido presentada en la corte? ¿Conocéis al rey? ¿Lo habéis visto?

—Nunca, señora.

—Dado que decís que estáis encinta, sin duda tenéis un amante.

—¡Anteayer me lo mataron!

—Pobre niña… vamos, ánimo, haremos todo para consolaros.

—Permitidme que rechace de antemano todos los consuelos, los consideraría como otros tantos ultrajes. He respondido con sinceridad y complacencia a vuestras preguntas, señora; espero que tengáis a bien tratarme con el mismo miramiento, y que os dignéis responder a la que voy a haceros. ¿Estoy acusada y soy culpable de algún crimen?

—No, que yo sepa, milady.

—Entonces, ¿con qué derecho, contra toda justicia, me han secuestrado y me han arrastrado y encarcelado en esta casa?

—Para salvaros del abandono en que estabais, sola y extranjera; y por la necesidad en que habríais podido caer, y en la que no es conveniente dejar caer a una joven de noble y alta familia.

—El interés que se me demuestra es demasiado violento, señora; es un celo indiscreto e insultante que censuro y rechazo. Pero ¿podría saber al menos quién profesa una benevolencia tan exorbitante por mí? ¿En nombre de quién se me ha traído a este refugio? ¿Qué refugio es éste y qué suerte me espera en él?

—Ya lo veis, milady, lo siento mucho, pero aún no puedo responderos a todas esas preguntas. Dentro de unos días lo sabréis todo.

—Este misterio no puede ser sino ridículo y criminal, y os hago el honor de creeros demasiado seria para tomar parte en una mascarada estúpida, o demasiado honrada para prestaros a una conspiración infame. Respondedme, ¿estoy en una prisión de Estado?

—Esta estancia, milady, ¿parece un torreón? ¿Y tengo yo aspecto de carcelero?

—¿Estoy en un convento?

—Tal vez.

—Os ruego, señora, que no me dejéis en esta inquietud mortal. Es un suplicio horrible, una angustia que no podría soportar mucho tiempo. Pretendéis no tener en el corazón otra cosa que mi bienestar y mi alegría: sólo os pido un poco de piedad. Vuestro silencio confirma mis sospechas: marchaos, lo sé todo: haced lo que queráis con ese secreto. Estoy en poder de vuestro señor el marqués de Villepastour.

—No, milady, no es nada de eso.

Aquí *La Madame*, fingiendo vacilar, se calló y pareció recogerse por un momento. Era una gitana muy aguda. Desde hacía tiempo ardía de impaciencia por poner en práctica una de aquellas mentiras habituales que solía utilizar con sus *alumnas*; pero tardaba, y se hacía rogar y suplicar para darle mayor aire de verdad y de confidencia. Finalmente continuó:

—Escuchad, querida amiga, siento por vos un sentimiento de ternura que me habéis inspirado desde el principio; me parecéis buena, quiero serlo con vos. Mas prometedme una discreción total; porque, revelándoos lo que sería mi deber callaros durante mucho tiempo todavía, corro el mayor de los peligros. Para complaceros voy a cometer una falta gravísima, amiga mía, pero os amo demasiado para negarme a vuestro ruego. Un rico señor francés, el conde de Gonesse, que os ha visto varias veces no sé dónde y que ha concebido por vos el amor más ardiente y generoso, a fin de sustraeros a la maldad de vuestros enemigos y de poneros fuera del alcance de los peligros que os rodeaban, os ha hecho traer aquí misteriosamente; estáis en los Tres Molinos, a las puertas de Melun, en una de sus casas de verano de cuya guarda e intendencia me ocupo. Sería imposible descubriros en este lugar tan secreto como inviolable. Ahora podréis saborear en esta paz profunda una vida deliciosa, y abandonar vuestra alma a toda la voluptuosidad de la pena y de la melancolía.

—Señora, me permitiréis que no me crea esa fábula.

—Milady, os juro ante Dios y por las cenizas de mi padre que es la pura

verdad.

—Negarme a creer en semejante juramento sería acusaros de una perfidia y una maldad cuya sola idea me espanta: prefiero, señora, prestar fe a vuestra historia. Pero ¿qué proyectos tiene ese conde de Gonesse? ¿Qué quiere de mí?

—Es un hombre sensible y magnífico, no tiene otros deseos que ampararos bajo su protección.

—No abundan hoy hombres dominados por un desinterés semejante. Tengo el orgullo de creerme capaz de apreciar en su valor tanta virtud y de dedicarle toda la admiración y la gratitud que merece. Pero protegerme no es una meta: ¿qué proyectos tiene?

—Su ambición es haceros compartir su amor.

—¡No lo compartirá jamás! Mi alma ha descendido a la tumba de mi esposo.

—Y luego, cuando sea digno a vuestros ojos, os ofrecerá su mano y su fortuna.

—Que yo rechazaré. He hecho votos que no romperé. Tengo que vengar a mi esposo, y me debo al hijo que llevo en mis entrañas.

—Sea cual fuere la excelencia de vuestros austeros sentimientos, con el tiempo cambiarán. No se puede vivir siempre en una viudedad triste y poco razonable. Vamos, hermosa mía, si no queréis debilitaros, es hora de salir del baño. Descansad en mi benevolencia. Mi bondad y mi previsión no tendrán límites. Mi corazón y mi mano se os abren. Estad tranquila, no os ocurrirá nada molesto mientras estéis cerca de mí. ¡Os aprecio tanto! ¡Sois tan bonita! Dejad que ponga un beso en vuestra frente cándida. ¡Qué gracioso es vuestro cuello! ¿Se han visto alguna vez hombros más blancos?

Para conseguir su amistad, *La Madame* se esforzaba por parecer amable. La trataba con el mayor mimo posible y con todos los miramientos imaginables para conseguir sus favores y obligarla a que, ante su amo, la elogiase.

Entonces la ayudó a salir del agua, y cuando se levantó pretendió que se le cayese la ropa que la envolvía, pero Déborah la retuvo con sus dos manos.

—Vamos, hija mía, dejad caer esa ropa húmeda, para que os seque. ¿Tenéis miedo acaso de aparecer desnuda ante mí, ante vuestra madre? ¡Qué niña sois!

Déborah se sonrojó y bajó los párpados.

—¡Vamos, qué es eso de ruborizarse! El pudor está hecho para las feas, pero no para vos. Debéis estar orgullosa de tantas bellezas. No temáis mostrar todos vuestros atractivos. ¡Qué lástima sepultar todo eso en un forro de tela! ¡Qué lástima enclaustrar en un corsé ese bello seno, que se deslizaba bajo mi mano y

que se le resiste como un mármol pulido! ¡No puedo impedir que mis labios lo besen! Perdonadme estos besos, es la admiración la que me los arranca.

—Os ruego, señora, que me dejéis vestirme; y calmad, si os place, ese exceso de admiración. Vuestras miradas se detienen sobre mi cuerpo con demasiada complacencia. Me llenáis de vergüenza.

—Milady, estáis hecha de una forma divina, estáis hecha como un vaso precioso: vuestro talle es semejante a su cuello de boca ancha, y vuestras caderas a su ensanchamiento. Son tan amplias vuestras caderas que a duras penas puedo rodearlas con mis brazos…

—¡Dejadme, señora! ¡Os extraviáis, deteneos! ¡Sobrepasáis todos los límites!…

Déborah, con la mano apoyada en la frente, rechazaba la cabeza de *La Madame*, que se había arrodillado a sus pies y la abrazaba como si hubiese implorado una gracia.

—No os molestéis, amiga mía, no tengo el menor deseo de heriros. Sólo el azar ha extraviado mi boca. Os pido perdón. Conozco perfectamente el respeto que se debe a las jóvenes para intentar abusar de ellas. Pero no prohibáis al menos algunas confianzas sin consecuencia a vuestra superintendente dispuesta a dedicarse enteramente a vos; no le prohibáis al menos las quejas. ¡Ay, qué pena no ser lo que querría ser, un hermoso joven amado por vos! ¡Qué afortunado es el conde de Gonesse! ¡Qué deliciosos encantos os están reservados! ¿Hubierais podido hacer una elección más delicada? ¡Siento celos de esa elección… ¿De qué sirve ese anhelo estéril de ser un bello hermoso? Los jóvenes bellos no tienen en su poder todos los amores, todas las voluptuosidades. Mi anhelo debería agradaros. Os lo advierto, quiero vuestro cariño, y haré lo que sea por ganarlo.

—Nunca he negado mi cariño a quien me ha parecido digno de él, y me atrevo a esperar, señora, que tendréis muchos derechos para conseguirlo.

—Si queréis, milady, de la guardiana que soy haréis vuestra esclava. Hasta luego, hermosa mía, vendré a visitaros constantemente, tal vez esta noche. Llamad a vuestras criadas, que os acompañen a la habitación, donde ya debe de estar servido vuestro almuerzo. Hoy tendréis la compañía de mis dos doncellas.

Déborah encontró, en efecto, en su habitación una mesa de tres cubiertos abundantemente surtida de viandas frías, de entremeses y de botellas. En espera de sus dos comensales, se acodó pensativa a la ventana. Cavilando sobre lo que acababa de serle revelado, se preguntaba si debía creer en aquel conde de

Gonesse; en quién podía ser aquel hombre; si realmente el cielo le había enviado, en su abandono, un poderoso protector y, si no era por generosidad, qué sentimiento podía haber impulsado a aquel desconocido a raptarla; qué destino le estaba preparado, y qué salario le sería pedido a cambio de aquella abnegación.

La conducta de *La Madame* al salir del baño también volvía a pasar por su mente. Sus caricias, sus elogios excesivos, sus tocamientos, sus miradas encendidas, sus besos indiscretos, su turbación, sus espasmos, sus galanterías, todo aquello le parecía muy extraño. En su recuerdo sólo podía compararlo con las caricias amorosas de Patrick, y para ella no resultaba sino más inexplicable; la noble joven ignoraba cualquier depravación.

Rara vez quien planta y siembra tiene las primicias de la cosecha. Los frutos y las semillas que se venden en nuestros mercados no son más que las sobras de los insectos, de los animales feroces y de los pájaros. Así es como Faraón, creando para sí, con grandes gastos, un harén, no había hecho otra cosa que elevar uno para *La Madame*, que sacaba un abultado diezmo anticipado de sus odaliscas. A la cama real no llegaba más que el postre de la sirvienta.

Al cabo de un rato de cavilaciones, en la mente de Déborah surgió el repentino capricho de examinar su aposento, que todavía no había inspeccionado. Las paredes estaban cubiertas de grabados enmarcados y de pinturas; se acercó a ellas y retrocedió llena de asombro y repugnancia; no eran más que desnudos, desenfrenos, escenas lascivas, una de las cuales le permitió comprender el comportamiento de *La Madame* con ella y sus tenebrosas palabras.

Aquellas indecencias no le permitieron seguir creyendo en la virtuosa generosidad del conde de Gonesse. Comprendió que había caído en unas manos infames, y tal vez incluso en un lugar de prostitución. Ante esta idea, su alma se rebeló; su energía natural volvió a ella, decidió arrostrar todo, oponer a todo una voluntad obstinada e indomable, y cansar de tal modo con su carácter feroz que se viesen en la necesidad de devolverle su independencia.

Llena de cólera y de desesperación, corrió a la puerta de entrada, la cerró con doble vuelta de llave y echó el cerrojo, luego descolgó uno por uno los cuadros y los arrojó por las ventanas. Su caída y el ruido de cristales que se rompían provocaron un alboroto espantoso. Sobre la chimenea y encima de los muebles había estatuillas y grupos de bizcocho de porcelana que también representaban obscenidades; las rompió con no menor estrépito. En uno de los rincones del alojamiento había un armario de cristales lleno de libros licenciosos; después de

recorrer los títulos, envió todos los libros a reunirse con los cuadros destrozados en el pavimento del patio.

Ante aquel estrépito extraordinario, los criados y *La Madame* acudieron a la puerta del aposento de Déborah y llamaron repetidamente.

—Abrid, milady —dijo *La Madame*—; ¿qué os ha pasado, hermosa niña? ¿Qué os ocurre? Abridme, abridme por favor.

—¡No abriré! —respondió.

—Por favor, decidme qué queréis. Os obedeceremos. Si os desagrada algo en vuestro alojamiento, se cambiará. ¿Os ha faltado alguien al respeto que os es debido? Por favor, no tiréis nada más por las ventanas. Calmaos. Pero respondedme, milady, abridme.

—Sí, os responderé que sois una mujer abominable, y que ejercéis un oficio tan abominable como vos. Os habéis equivocado conmigo, no conseguiréis vuestro gusto. Os rechazo y rechazo vuestras trampas. Por más que rodeéis mi juventud de imágenes obscenas, no la corromperéis. Me habéis mentido, no estoy en casa del conde de Gonesse, un hombre decente, estoy en casa de un bribón. Estoy en una de esas casas que no tienen nombre para una boca púdica, y sin duda me destináis al tráfico de mi cuerpo y a los placeres de los transeúntes.

—En nombre de los santos ángeles, milady, os lo aseguro, creedme, todos vuestros recelos son falsos e injustos. Sois despiadada conmigo: soy una mujer de honor, al servicio de un hombre de honor, que os ha dado asilo en su finca: ¡ésa es la verdad ante Dios! ¿Quién ha podido poner en vuestro corazón una cólera tan grande y sospechas tan espantosas? ¿La indecencia de los cuadros que habéis roto? Pertenecían a la persona que ocupaba hasta hace poco vuestro aposento. Había ordenado a vuestros criados que los quitasen, pero los malditos cumplen muy mal mis órdenes. Os presento mis más humildes disculpas. ¿Por qué no queréis abrir, milady, a mí, que soy tan buena con vos? ¡Oh, me haréis perder la paciencia! Os digo que abráis…

—No lo haré, señora.

—Abriremos por la fuerza.

—Quizá.

Viendo que no sacaba nada de un espíritu tan irritado y tan firme, *La Madame* se retiró.

El baño y la rabia habían agotado las últimas fuerzas de Déborah, que desde la tarde del día anterior no había tomado ningún alimento: se sentó a la mesa. A pesar de su gran apetito, comió con mucha reserva, para no atacar demasiado las

pocas provisiones que allí había, y de las que iba a depender la duración del asedio que se disponía a sostener. Durante el día, *La Madame* fue varias veces a llamar a la puerta y a renovar sus instancias. Déborah no respondió. A la mañana siguiente, tres golpes muy violentos la despertaron sobresaltada.

—¿Quién es? —preguntó.

En esa ocasión, una gruesa voz de hombre gritó:

—¡De parte del rey y la justicia, abrid!

Déborah replicó desde su cama:

—¿Son tan poderosos el rey y la justicia?

—Por supuesto —respondió el señor de Cervière, porque era él.

—Entonces, que abran y que entren.

—Milady, sed más razonable, no me obliguéis a actuar con rigor.

—¿Quién sois vos para actuar con rigor en vuestro servicio?

—Soy el alcaide de este castillo.

—El alcaide de este castillo nunca será el mío.

—Dejad a un lado las bromas, milady.

—Dejadlas vos, señor.

—Pero, decidme, ¿por qué os encerráis así?

—Habríais podido, señor alcaide, dispensaros de una pregunta tan tonta.

—¿Qué ganaréis con esta resistencia? Antes o después os veréis en la necesidad de bajar el puente. Sois una loca si pretendéis sostener un asedio sin municiones; y un asedio, ¿contra quién? Contra personas que os aprecian. Ceded, os lo ruego, no se os hará ningún reproche, ningún castigo, os lo juro por mi honor: podéis creer a un viejo soldado.

—Joven o viejo, soldado o burgués, os creo, señor, pero dignaos creer también que no me rendiré a vuestras arengas. Os declaro que estoy absolutamente decidida a no salir de aquí salvo para salir de esta guarida y que sólo abriré al señor Goudouly, dueño del palacete Saint-Papoul, donde yo vivía. Id a la calle de Verneuil a buscar al señor Goudouly, y dejadme en paz.

—¡Voto al diablo! ¡Vaya una forma de responder a la solicitud que tenemos con vos! —exclamó entonces el señor de Cervière con un acento de cólera brutal —. Si queréis que os maltraten, se os maltratará. ¿Creéis que es tan difícil penetrar hasta vos y echar abajo la puerta? Ahora lo veremos…

El señor de Cervière se calló, y Déborah lo oyó alejarse por el pasillo y bajar la escalera; al momento siguiente, unos pasos pesados y acompasados conmovieron el suelo y se detuvieron junto a la puerta; resonaron entonces

varios mosquetes al caer sobre el suelo.

—Una vez más, milady, en nombre del rey y de la ley, ¡abrid!

—Una vez más, señor, en nombre del rey y de la ley no abro; el rey no puede querer la infamia de sus súbditos, y la ley no puede prestar apoyo a la injusticia.

—¡Soldados! Cumplid vuestro deber…

Tras esta orden, fueron dados violentos culatazos que apenas agitaron la puerta maciza y reforzada por los muebles que Déborah había amontonado tras ella.

—Señor alcaide, oídme —dijo ella, viéndose en apuros—; me río de vos, os desafío, y arrostraré a la muerte. Si os tomáis todas estas molestias para apoderaros de mí, es inútil, no me tocaréis; cuando hayáis derribado la puerta y las barricadas que me defienden, y cuando no me quede otro refugio, imploraré a Dios y me tiraré de cabeza por la ventana hasta el suelo.

Todavía siguieron dando algunos golpes, pero con menos fuerza y encarnizamiento. En medio de aquel rumor se dejó oír la voz de *La Madame*; cesó el ruido; le decía al señor de Cervière:

—Es capaz de todo; os lo ruego, no la irritéis más. Si ocurriese una desgracia, me detendrían a mí; no hagamos nada más sin orden superior.

Tras algunos cuchicheos, los asaltantes se retiraron, y el pasillo volvió al silencio.

XXXV

Hacía ya tres días que Déborah mantenía su insurrección en su fortaleza cuando, dando vueltas por su habitación, se fijó en estas palabras italianas trazadas con lápiz en el artesonado: *Cerca qui, troverai*. La sorprendió el tono misterioso de esas palabras; le pareció que no habían podido ser escritas sin una intención formal, y que debían de contener un sentido oculto. Examinó minuciosamente todos los revestimientos de la habitación, para ver si encontraba alguna otra frase explicativa de la primera, pero, al no encontrar nada, volvió a su sentencia: *Cerca qui, troverai*. Busca aquí y encontrarás.

—¿Es simplemente una máxima evangélica? ¿Es un pensamiento figurativo o positivo? *Cerca*, busca. La orden no es ambigua: *qui, troverai*, aquí. ¿En este alojamiento? ¿En esta casa? ¿En este mundo? ¿O en este mismo lugar? *Troverai*, encontrarás. Encontrarás ¿qué? Ahí está el meollo del misterio; ahí la recompensa del espíritu afortunado o sutil que comprenda la proposición. Busquemos pues…

Entonces paseó sus miradas alrededor, golpeando sobre los revestimientos de madera para asegurarse de si no había algún punto hueco que sonase bajo el golpe. De pronto vio, justo debajo de la inscripción, un panel del friso casi despegado junto al parquet. Introdujo sus dedos en la fisura; el flexible panel se entreabrió; su mano pasó entera y chocó con algo que cogió temblando y de lo que tiró hacia fuera. Era simplemente un librito italiano, las rimas de Petrarca; lo sacudió para quitarle el polvo y lo examinó sin encontrar nada entre las hojas. Aunque este descubrimiento le agradase y resultase muy oportuno para distraerla en aquella soledad y hablarle una lengua que la encantaba, no pudo creer que en él consistiese toda la clave del enigma, y otra vez metió la mano detrás del revestimiento; pero no encontró nada. Cogió su Petrarca y fue a sentarse en el sofá para releer sus sonetos favoritos. Al abrirlo, sus miradas cayeron sobre la guarda blanca que precedía al frontispicio: estaba recargado con una letra pequeña, apretada y redonda, semejante a la inscripción del revestimiento. Con gran esfuerzo, esto es lo que poco a poco fue descifrando:

«Quienquiera que seas, tú que has comprendido el secreto de mis palabras, te amo y te pido tu amistad. Deseo que este libro pueda darte todo el placer que yo he sacado y hacerte olvidar a veces la pesadumbre que acaso sufras. Sin duda, estas aquí cautiva como yo lo estuve cuatro años. Mañana me marcho, mañana seré libre. Sin duda ignoras el destino que te está reservado, y la inquietud no te deja reposo alguno. Tranquilízate; goza en paz, tu destino es hermoso, muy hermoso. Un criado indiscreto me lo ha revelado todo y me ha hecho muy feliz; quiero a mi vez darte la misma felicidad. Como yo, has debido de ser raptada de tu familia; y han debido de decirte, como a mí, que es un señor rico y enamorado el que te retiene escondida en una de sus mansiones, hasta que pueda casarse contigo. Nada de todo eso es cierto: estás en Versalles, en la casa del Parc-aux-Cerfs[83]; el señor al que ya has recibido, o al que debes recibir en tu cama, es Faraón, ¡el mismo Faraón! Comprende toda tu felicidad. Yo estoy embarazada de él, embarazada de una Majestad, ¡qué felicidad! Pobre María, ¿qué has hecho para merecer tanta gloria? ¡El cielo me ha oído, he rezado tanto para tener este bastardo! Que el cielo te conceda uno también, te lo deseo con todo el ardor de mi alma. Finge ignorar lo que acabo de descubrirte: si llegasen a sospechar que lo sabes estarías perdida, tu brillante destino sería destruido sin remisión. Esconde bien este libro y rompe esta hoja.

No me olvides en tus rezos, no olvides a *Maria degli Angeli*. Es el nombre que me daban en Ferrara, yo tampoco te olvidaré, mi bella desconocida, porque debes de ser bella como yo, ya que como yo has sido elegida. ¡Ojalá pudiera besarte!»

Asombrada, asustada ante lo que acababa de saber, Déborah derramó muchas lágrimas y permaneció sumida largo rato en triste abatimiento. Después de reflexiones demasiado sombrías, de repente, como después de una tormenta, el cielo de sus pensamientos se aclaraba, y se consideró menos desdichada, después de todo, que si estuviera en poder del marqués de Villepastour. En última instancia le pareció que era una circunstancia favorable y que debía salvarla, y adoptó la repentina resolución de cambiar totalmente de conducta, de fingirse sumisa, buena, amable, honrada, para acelerar lo máximo posible el día de la llegada de Faraón.

Después de arrancar y romper en menudos trozos la hoja del Petrarca, que

escondió por prudencia en la chimenea, se arrodilló y dio las gracias a Dios por no haberla abandonado en su aflicción, por haberle dado a conocer las emboscadas preparadas bajo sus pasos, y le suplicó que bendijese a la loca Maria degli Angeli, instrumento generoso de sus voluntades.

Luego se levantó y tocó la campanilla para llamar a los criados. Una dueña acudió a gañir a la puerta. Déborah le ordenó que fuese a rogar a la superintendente que tuviese a bien venir a verla.

XXXVI

Era cierto lo que decía Maria degli Angeli: la desdichada Déborah se encontraba en un lugar real e impuro.

Para vigilar como en Oriente a las mujeres del harén, para vigilar a las *alumnas*, nombre que se daba a las cautivas del Parc-aux-Cerfs, en vez de eunucos, había determinada cantidad de viejos monstruos, de viejos esperpentos desmesuradamente feos.

Los *halvagis*[84] dedicados a servir a las jóvenes de condición, iban vestidos de verde como cigarras. Los *baltagis* llevaban simplemente unas libreas grises. El propio Faraón lo había regulado, y todo lo concerniente a la etiqueta, seguida en aquella casa de manera más estricta que en la corte.

Además de estos horribles *agiam-oglans*, estaba el *kislar-aga* o *Kutzlir-agasi* —el guardián de las vírgenes—, ridículamente llamado señor de Cervière, y que caminaba casi a la par con el *capu-agasi*, *capi-aga*. Era un antiguo mayor del ejército, un coco, encargado del gobierno del lugar y de la vigilancia superior de los *bastangis*, de los *capigis*, de los *atagis*, de los *halvagis*, de los *baltagis*. Su deber era aplacar las sediciones de los sultanes, rechazar las tentativas exteriores, apoderarse de los *selams*, y expulsar y castigar a los audaces que osasen penetrar hasta las odaliscas. En caso de necesidad, podía requerir la ayuda de un acuartelamiento de *sphahis* situado en la vecindad, y que tenía la consigna de obedecer a su primera orden.

Para regular los gastos, mantener el buen orden, vigilar que las odaliscas no empleasen su ocio de manera inconveniente, y sobre todo que no mantuviesen trato entre sí, había un *kutzlir-agasi* hembra, llamada, según creo, Madame Dumant, pero a la que nunca se llamaba sino *La Madame*. Era una mujer de baja estofa, dotada de un espíritu de orden tan raro que Faraón le hacía el mayor caso y a menudo decía: «Si alguna vez al saltar un foso se hace hombre, la convertiré en mi *chaznadar-baschi*».

Inmediatamente después de ella venían dos doncellas de ayuda, para hacer compañía a las odaliscas adultas, para comer a veces con las nuevas y enseñarles buenos modales y asistir a las lecciones de danza, de música, de literatura y de

pintura que les daban.

Una docena de dueñas, criaturas de un rango inferior, empleadas para cualquier fin y cualquier servicio, espiaban a las *alumnas* rigurosamente.

Los trabajos viles y los trabajos duros eran realizados por criadas y *baltagis*, a los que por prudencia elegían viejos y horribles.

Todo este inmundo conjunto de criados estaba pagado con largueza; pero a la menor indiscreción los enviaban a pudrirse en una mazmorra.

Había odaliscas de todas las edades, desde los nueve o diez años hasta los veinte. Cuando cumplían los quince les revelaban el misterio de la ciudad donde vivían; pero se las apartaba todo lo posible de creer que estuviesen destinadas a la cama de Faraón. Cuando se sospechaba que conocían su destino, que por azar o por confidencias lo conocían, se las expulsaba haciéndolas entrar en un convento, o en un cabildo, o, si estaban embarazadas, se las casaba.

El costo de este serrallo era de unas ciento cincuenta mil libras mensuales, sólo en alimento y mantenimiento del harén y en emolumentos de empleados y criados. Aparte se pagaban los sueldos de los bajás encargados de la recluta de las mujeres, las indemnizaciones otorgadas a las familias o el precio de compra de las niñas, la dote que se les daba, los regalos que se les hacían y la prima por los bastardos. Todo ello suponía un derroche de más de dos millones de libras al año. Cada año el Parc-aux-Cerfs costaba a Francia unos cinco millones.

Duró treinta y cuatro años.

La superintendente que sucedió a Madame Dumant, poco después de la muerte de Madame Putifar, pertenecía a una de las mejores familias de Borgoña, y antes había sido canonesa de un convento noble.

Cuando los cortesanos se enteraron de la formación de aquel harén, habían pretendido a porfía el título de *capi-aga*; pero Faraón se había compadecido de sus pretensiones y de su bajeza, y, para gran desconsuelo suyo, había entregado la dirección al fundador Lebel, su *hazoda-baschi*, bajo la soberanía del bajá Phélipeaux de Saint-Florentin.

XXXVII

Pocos momentos antes de la llegada de Déborah al Parque, Madame Putifar había dirigido esta carta a *La Madame*:

> «Esta noche recibiréis sin duda, querida superintendente, a una joven condesa nacida en Irlanda, llamada Déborah, que os envío como alumna. Sólo he visto su retrato; me ha parecido bien, muy bien. Alguien que la conoce más particularmente me ha asegurado que posee mil gracias y mil atractivos, y que a buen seguro debe agradar a Faraón. Prestadle todos vuestros cuidados; *formadla* enseguida; mi deseo es que le sea ofrecida dentro de poco. Su *educación* os costará sin duda mucha asiduidad; tendré en cuenta vuestros esfuerzos porque, según me dicen, no tiene un carácter fácil, y además es una joven atiborrada de virtud y a caballo sobre el deber. Tenéis que darle la vuelta por completo. No descuidéis nada para seducirla: ni halagos, ni mentiras, ni promesas. Tratad, sobre todo, de destruir en ella cualquier sentimiento de pudor. Tal vez sea fría por el desconocimiento que tiene de todos los placeres que se sacan del libertinaje; descubrídselos todos. Atizad continuamente el apetito de la carne rodeándola de cuadros excitantes y poniendo en sus manos únicamente libros corruptores y alimentos prolíficos. Espero que por estos medios habéis de vencerla y de obrar una afortunada revolución en su temperamento. El día acordado para la primera visita de Faraón, actuad de modo que a su bebida se mezclen algunas sustancias afrodisiacas.
>
> »Os pido perdón por enviaros tanta tarea. Os ruego que, para agradarme, empleéis en esta ocasión toda la paciencia, toda la astucia y todo el ingenio que me encanta reconocer en vos, y que tantas veces habéis desplegado.
>
> »Podéis estar segura, de antemano, de mi mayor gratitud».

Para responder a esta carta e informar a Madame Putifar de la rebelión de Déborah, *La Madame* se apresuró a hacerle llegar este mensaje:

«Anteanoche recibí, querida ama, a vuestra joven irlandesa. Es realmente bonita, la he visto desnuda, en el baño; su cuerpo es hermoso, y perfecto de hechura; su cintura elegante, el sonido de su voz agradable, y sus modales no pueden ser más distinguidos. Seguro que encantará a Faraón, si consigo subyugarla; pero no es mucha mi esperanza. Es una virgen alarmada y recalcitrante, será difícil domarla. En este momento está en plena rebelión. Según vuestro deseo, había decorado su aposento con figuras, cuadros y libros obscenos; pero ayer, a la hora del almuerzo, la muy pudibunda, al fijarse en esos objetos escandalosos, se puso tan furiosa que se encerró, echó los cerrojos de su cuarto y tiró todo por las ventanas. Ni mis ruegos ni mis súplicas pudieron calmarla ni decidirla a que abriese. El señor de Cervière llegó inmediatamente, pero para fracasar del mismo modo. Ni sus razones ni sus amenazas han podido quebrantar su resolución, ella se ha burlado de él. Despechado, el señor de Cervière ha hecho venir la fuerza armada para asustarla y echar abajo la puerta, que ella había atrancado por detrás con muebles; puerta y joven han resultado inexpugnables, y milady ha declarado que si se entraba mediante la violencia en su cuarto, antes que rendirse se tiraría por la ventana. En ese momento ordené suspender el asedio y corté en seco el ardor belicoso del señor de Cervière; porque, llevada al extremo, esa barbiana habría sido capaz de cumplir su amenaza. En una circunstancia tan peligrosa, no he querido asumir la responsabilidad; así pues, espero vuestros consejos y vuestras órdenes».

Respuesta de Madame Putifar

«Dominadla por medio del hambre; dentro de poco, agotada de inanición, se verá obligada a rendirse a vuestra merced. Mostrad con ella una bondad desmesurada, no la riñáis, no la castiguéis. En adelante no os opongáis abiertamente a sus opiniones honestas; no contradigáis abiertamente su virtud. Sólo por medio de la trampa y el subterfugio conseguiréis capturar a esa virago. Recurrid a medios indirectos y ocultos. Emplead la doblez, engañadla, sobornadla; pero no entréis en liza con ella».

XXXVIII

Tan pronto como Déborah le rogó que fuese, *La Madame* acudió, y se quedó muy maravillada al encontrar la puerta desatrancada y abierta de par en par.

—Si me rindo no es por hambre, señora, podéis ver que la mesa sigue cargada de provisiones —le dijo Déborah empleando un tono dulce—, sino por un sentimiento generoso de mi corazón que, espero, sepáis apreciar. Os pido humildemente perdón por la cólera por la que me dejé arrastrar y por el escándalo que he dado en esta casa. Pero, criada como fui en un feroz rigorismo, y llena de repugnancia, como se me ha llenado, por la impudicia, me sentí profundamente herida por las imágenes con que se habían engalanado estas paredes. Os aseguro que, en adelante, seré menos fanática.

—Este cambio que no podría alabar suficientemente, milady, me encanta más de lo que me sorprende; estaba firmemente convencida de que erais buena, y que no era más que un momento de extravío provocado por una cólera perfectamente motivada. Os ruego que me excuséis por los objetos inconvenientes que habéis encontrado en este aposento, y que habéis hecho muy bien en romper; como ya os he dicho, pertenecían a un viejo que ocupaba este local hace unos meses, y yo había ordenado a los criados llevárselos; pero ¡se obedece tan mal! Os ruego sobre todo que tengáis a bien no hablar nunca de ese tema al señor conde de Gonesse; es un hombre tan severo con las costumbres, que no me perdonaría en su vida esa torpe negligencia.

—Señora, podéis contar con mi discreción.

—Vuestro pobre vientre ha debido de sufrir mucho desde hace tres días por vuestro enojo. Me haréis el favor de llevarlo a cenar conmigo; en compensación, quiero tratarlo suntuosamente como a un hijo pródigo; pero antes tenemos que hablar. Vuestros vestidos ya están preparados.

La Madame mandó traer entonces un vestido de *triomphante* color de pan tostado, hecho con un gusto delicioso; Déborah se lo puso, le iba y le sentaba perfectamente. En su entusiasmo, *La Madame* daba vueltas y más vueltas a su alrededor ajustándolo, sacudiéndolo para que ahuecase; parecía jugar a *tour-prends-garde*. Le cogía la cintura entre los dedos, le pasaba una mano voluptuosa por las caderas y por su redondeada popa; le besaba los brazos, los

hombros y la espalda en ese valle formado por el saliente de los omóplatos y el barranco de las vértebras. Todas estas zalamerías se entremezclaban con halagos y exclamaciones. Cuando hubo terminado con su catálogo admirativo, le dijo:

—Sólo os falta una joya para ser el más bello de los querubines.

Una sirviente a la que había hablado en voz baja volvió al instante y le entregó un *capse*[85]. Sacó de ella una larga cadena de oro, que le puso al cuello; de esa cadena pendía un medallón, el de Faraón en traje de aventurero galante.

—Esto, querida mía, es un regalo del conde de Gonesse; esta miniatura es su retrato; ha querido, ya que en este momento está lejos de vos, que su imagen estuviese siempre ante vuestros ojos, y ha dado poderes a esta joya para que repose sobre vuestro corazón, en espera de poder reposar él mismo.

—El señor conde es demasiado cortés y bondadoso; estoy confusa ante tantos favores, porque soy indigna de él y de sus sentimientos.

—¿Os agradan sus rasgos? ¿Qué os parece?

—Me parece guapo y apuesto, su figura es noble y dulce, y su mirada está llena de amistad.

—¡Venid, venid, querida milady, sois divina! ¡Sois un amor!

XXXIX

Déborah fingió tan bien su bondad que no tardó en ganarse el afecto de *La Madame*, mucho más de lo que hubiera deseado. Se veía constantemente perseguida por sus pequeñas atenciones obsequiosas, sus deferencias, sus halagos, y agobiada por su compañía, por su cortejo; porque era un verdadero cortejo de amante, un cortejo asiduo, hecho con una galantería exquisita; esa galantería caballeresca, cuya tradición han perdido, hoy en día, los hombres. *La Madame* sacaba un grandísimo placer de todas esas bagatelas que un enamorado roba al cuerpo de su amada; recogía como algo preciosísimo todas aquellas fruslerías que Déborah abandonaba y todos los ramos que se habían marchitado en su cintura o en su pelo. En varias ocasiones, cuando se dejaba arrastrar por una expresión demasiado apasionada de su ternura, había sido tratada secamente; por eso, como había perdido la esperanza de hacerle compartir su inclinación, se había refugiado en unos límites respetuosos y se limitaba a una especie de culto más que contemplativo y menos que platónico. A menudo, por la mañana, Déborah era despertada por dulces gemidos, profundos suspiros, y encontraba una mano puesta sobre su seno, y a su lado a *La Madame* muy agitada, sentada como si estuviese en una orilla e inclinada sobre ella en éxtasis como si se mirase en las olas.

Se apresuraron a informar a Madame Putifar del desenlace de la insurrección de Déborah y de su conversión. Desde ese momento, Lebel empezó a hablar a su amo de la nueva alumna del Parque, una joven condesa irlandesa, encantadora, cabal, arrebatadora, y a hacer el elogio más pomposo y más adecuado para picar su curiosidad. Déborah fue pintada varias veces con distintos atavíos; los retratos, puestos ante sus ojos, tuvieron el don de agradarle. Así excitado y seducido, Faraón manifestó su incesante deseo de poseerla.

Como el embarazo de Déborah resultaba cada vez más aparente, todos quedaron encantados por la solicitud de Faraón, y no tardaron en rendirse a su veleidad. Se preparó todo para recibirle. La mañana del día fijado para su primera entrevista, se rogó a milady que bajase a la sala de baño, y allí sus dueñas pasaron varias horas peinándola y perfumándola. *La Madame* la invitó a almorzar con ella, y durante toda la comida la exhortó a comportarse de la forma

más graciosa, a emplear todos los recursos de su inteligencia y de su belleza para enloquecer a su adorador; le exaltaba su bondad, y la felicitaba por haber conquistado a un hombre tan noble, tan rico, tan poderoso, y le pintaba todos los placeres, roda la fortuna y toda la gloria que la esperaban; terminó por último con esos consejos que una madre susurra, en la noche de bodas, al oído inocente de su hija.

Después de comer, la acompañó a su aposento, que habían decorado de forma deliciosa, y le puso un vestido ligero de satén rosa, sin olvidar la cadena de oro con el medallón. Cuando estaban a punto de ser las dos, hora que Faraón había elegido para su visita, *La Madame*, a fin de oscurecer el gran resplandor del día y sembrar misterio, bajó los estores, deseando mil felicidades a la pobre Debby, cuyo corazón latía dolorosamente y que temblaba como una hoja seca y se estremecía como un licor sobre un fuego ardiente; luego la besó en la frente estrechándole las manos con ternura y salió.

En cuanto se vio sola, Déborah se puso en el brazo derecho un largo crespón negro.

Estaba en medio de la más cruel de las angustias y a punto de desmayarse cuando de pronto oyó un crujido de escarpín en el pasillo y llamar débilmente en la puerta con el dedo; fue a abrir, y Faraón entró vestido de una forma magnífica que recordaba el comienzo del siglo y más todavía los buenos tiempos del amante de La Vallière. Llevaba una casaca de terciopelo negro cargada de brandeburgos de oro, una chaqueta de brocado de seda rameada de plata, calzones amplios como gredas de marineros y un sombrero gris sombreado de plumas y rodeado por una larga cinta rizada.

Su figura era soberbia, majestuosa su prestancia; deslumbrada, subyugada por aquella presentación imponente, y sin duda por la prestigiosa idea de que se encontraba frente a frente con uno de esos hombres a los que el crimen o la herencia del crimen convierte en pastor de una nación, Déborah se puso de rodillas e inclinó la frente hasta el suelo; mas Faraón la levantó de la mano y le dijo.

XL

—¿Soy acaso el aquilón, que curvo así a las flores? Levantaos, milady, y permitid que mis labios restituyan a vuestra boca todos los besos infieles que, en la tristeza de la ausencia, han prodigado a esta efigie que lejos de vos brillaba sobre mi pecho como una estrella en la sombra, y que viene a desvanecerse ante el sol de vuestros encantos. ¡Cuánto me tardaba estar a vuestro lado! ¡Cuánto me tardaba verme libre de los asuntos diplomáticos, y sobre todo insípidos, que me retenían en las fronteras cuando mi alma estaba junto a vos! Por fin os veo y os estrecho entre mis brazos; os hablo de amor; ¡soy feliz! Sois generosa, milady, por comprender a qué extremos pueden llevar los excesos de la pasión; me perdonaréis lo que haya podido haber de tiránico en mi conducta hacia vos. Os he raptado al mundo; os he hecho mi prisionera: ¡está mal, muy mal! ¡Pero os amo tanto! Toda mi vida será una expiación. Seguro que habéis debido de aburriros mucho en esta lúgubre morada.

—Languidecía. Esperaba ardientemente vuestra llegada.

—¡Niña cándida! Pero ¿qué es ese lazo negro que lleváis en el brazo?

—Es el luto por Patrick, mi desdichado esposo; el luto por mi esposo, al que me mataron la víspera de mi rapto. ¿Y quién me lo mató? Un tal marqués de Villepastour, un capitán del rey; porque no quise ser suya; y la concubina del rey, porque él no había querido ser de ella. ¡Es una abominación! Espero justicia de vos, señor. ¡Ah, vos me vengaréis!

—Yo no soy todopoderoso.

—¡Hablad con el rey, id a decírselo!

—Y el rey me responderá: «Que esas damas guarden mejor a sus amantes, si los quieren». Además, por uno perdido, dos encontrados. No puedo hacer nada. Cuando un perro se pierde, se pregona; cuando está muerto, no se vuelve a hablar de él.

—¡Calumniáis al rey, señor! El rey es justiciero; tiene el corazón recto y la palabra noble; el rey odia el crimen y lo castiga.

—Me halaga la opinión ventajosa que tenéis de él. Tranquilizaos, seréis satisfecha. Pero olvidemos un momento todas esas cosas penosas: mi carácter es suspicaz, el menor pensamiento sombrío me afecta y me llena de terror. La

melancolía es un veneno y la alegría un elixir. Venid, Déborah, venid, milady; venid a este sofá y hablemos de amor. Dejad vuestras manos en las mías, y dejad que me siente más cerca todavía de vos. ¡Sois todo lo que yo había presentido, una persona divina! ¡Estoy loco por vos! Si rodas las irlandesas tuviesen vuestra belleza y vuestra gracia, y yo fuese rey de Francia, no tardaría en cambiar mi tierra firme por vuestra isla.

—¡Que Dios preserve a mi patria de un azote como vos! ¡Qué desgracia sufrir el yugo del extranjero victorioso, obedecer la ley del más fuerte! Pero ¡qué oprobio tener por dueño a un mal hombre salido del seno de la nación, o elegido por ella!

—En verdad, milady, me hacéis un gran honor creyéndome un azote; cuando me conozcáis más, seguro que me estimaréis menos. ¡Oh, no os mováis! ¡Con la cabeza inclinada de esta forma estáis arrebatadora! ¡Qué blancos y hermosos son vuestros hombros! ¡Oh, necesito de toda mi educación para no devorarlos a besos! Con unos hombros así, querida, os aconsejo que no naufraguéis en la isla de Tovy-Poenammou. Estos vestidos escotados así son auténticas trampas para hombres. Desde luego, los vestidos escotados están bien, pero los cuellos desnudos estarían todavía mejor; seguro que sería más cómodo. No me gustan los obstáculos; pero se ha puesto de moda la manía de los envoltorios; y una mujer tendría mala fama si no estuviese envuelta en vendas como una llaga. Hace poco, dos bellas damas se apearon de una carroza y entraron en el jardín de las Tuberías; se les había ocurrido un medio delicioso para satisfacer a la costumbre y a la razón: totalmente desnudas, sólo iban envueltas en una tela de la gasa más clara, que mostraba sus formas perfectas y su bella encarnadura. Las miraban como se miran los melones a través de sus campanas de cristal, ¡era algo realmente delicioso!… En mi vida he sentido lo que siento a vuestro lado; ahora veo que el verdadero amor me ha sido totalmente extraño hasta este día. ¡Oh, milady, si supieseis qué pasión hace brotar en mi seno vuestro candor, y con qué fuego ardo a vuestro lado! Mi razón se turba… me ahogo… Quedaos, quedaos así, entre mis brazos… Esa resistencia es pueril y vana. ¡Muramos de placer, hermosa mía!

—¡Os ruego que os detengáis, señor! ¡No tenéis vergüenza! Estáis jugando un papel indigno del que Dios os ha confiado.

—Dios me hizo hombre.

—¡Y vos hacéis de perro!

—Sois descortés, querida, y tratáis mal a este pobre conde de Gonesse.

—¡Perdón, señor, perdón! Sé quién sois; no sois el conde de Gonesse. ¡Sire, vos sois Faraón!

—Soñáis, hermosa mía.

—¡Sire, dejadme! ¡Es una infamia! ¡Me hacéis daño! ¡No conseguiréis nada!… ¿Es ésta la hospitalidad que una joven extranjera encuentra en vuestro reino? Le matan a su esposo, y luego la arrastran a un lugar sin nombre, y la engordan para el placer del rey, y el rey la viola. ¡Es una abominación! Majestad, ¿no os morís de vergüenza? Vuestros antepasados no eran así, no difundían la corrupción por su Imperio; gobernaban su pueblo, y vos, Sire, ¡vos lo corrompéis! ¿No teméis ver surgir aquí, escapadas de su sepulcro y llorando, las sombras de san Luis, de Roberto o de Carlomagno?…

Pero Faraón, sin escucharla, la envolvía en sus brazos y la doblaba bajo su peso.

—¡Apiadaos de mí, Sire! ¡Dios mío! ¿Por qué desear tanto a una pobre niña desagradable? ¿No tenéis a vuestra merced las madres, las hermanas, las esposas y las hijas de vuestros cortesanos, que relinchan a vuestro lado como yeguas? ¿No tenéis a toda la corte? ¿No tenéis toda la ciudad? ¿No tenéis esta casa llena de odaliscas que os preparan, que se mueren en la espera, que me envidian sin duda por mis gritos de desesperación, que ellas toman por gritos de placer? ¡Ah, Sire, Sire, perdón, perdón!… ¿Queréis voluptuosidad? Pues no soy más que una zarza, un matorral espinoso cuyas hojas y flores han caído bajo el soplo del infortunio. No soy más que una extranjera sin encanto y sin buen habla, triste, sombría, marchita, con el corazón lleno de hiel, de asco y de abatimiento, que echa de menos sus montañas natales, que llora a su madre cuya tumba ha sido removida recientemente, y a su esposo, cuya sangre todavía está caliente. ¡Gracia, Sire, gracia! Dejadme: pedís placeres a una urna, pedís caricias a un ciprés. ¡Vedlo, estoy fría y helada como un muerto! ¡Piedad, piedad! ¡Humanidad, Sire! Mis entrañas están llenas: ¡no deis al huérfano que llevo en ellas una madre prostituida!…

—Altiva belleza, mi amor ennoblece, ennoblece y no prostituye. Que vuestro orgullo se calme; mirad, si uno de nosotros se rebaja, seguro que no sois vos. Porque tú lo has dicho, soy Faraón, y de buen grado daría mi reino de Francia por el de tu corazón. Pero no, puedo unir las dos coronas. Tómame por amante y todos tus sueños de felicidad y de grandeza se cumplirán. Justicia, venganza, reparación, todo te será concedido. Tu presente y tu futuro serán tan hermosos que oscurecerán tu pasado. Sabes que lo puedo todo. Pues bien, tú dominarás mi

poder. Lo poseo todo, y todo será para ti. ¡Opulencia, esplendor, cortesanos, esclavos, fiestas, espectáculos, triunfos, festines, voluptuosidad, días de placeres y noches de orgía, perfumes, músicas, amor, ebriedades!… todo lo que el universo ha creado de suave, de precioso y de envidiado vendrá a postrarse a tus pies; tu nombre resonará en el mundo, y la multitud se prosternará a tu paso y aplaudirá. Echas de menos tus montañas; pues se te harán otras parecidas. Echas de menos tu viejo castillo, será trasladado al lugar que señales con el dedo…

—Venderse por un reino o por un escudo, Sire, el oprobio es el mismo. ¡Me ultrajáis, Sire! Vuestras seducciones se ahogan en mi tristeza; no deseo otra cosa que la soledad de los bosques o la paz de la tumba. ¡Justicia y protección, Sire! ¡Me las debéis! ¡Devolvedme la libertad y poned en salvo mi honor!

—¡Ceded, y seréis reina!

—¿Y vuestra esposa?

—No la he amado nunca.

—¿Y vuestra concubina?…

—Ya no la amo.

—Y yo, Majestad, yo os odio.

—No hay nada tan cerca del amor como el odio.

—¡Gracia, Sire, gracia! ¡Dejadme!… Pero ¿qué hay que deciros?… ¿Me he expresado mal acaso? ¿Acaso mis palabras son intérpretes pérfidos? No conozco vuestra lengua; soy una pobre extranjera. ¡Oh!, si comprendieseis la lengua de mi patria, os diría cosas tan buenas y tan dulces que os enterneceríais; mas sois feroz como un sordo que golpea sin oír los gritos de su víctima.

—Vamos, sed más razonable. Toda resistencia es inútil, querida, y sólo sirve para enardecerme más. ¡Acabaréis consiguiendo que me vuelva brutal!

—¡Majestad! ¡Está mal golpear y retorcer así a una débil viuda, a una madre doliente! ¡Gracia, gracia! ¡De rodillas, mi rey! ¡Gracia, gracia! ¡Oh, no sois un caballero!… ¿Conque esto es un representante de Dios en la tierra? ¡Mi alma se rebela y mi razón enloquece! ¡Sois infame, rey! ¡Que la desgracia caiga sobre vos y vuestra raza! ¡Abominación!

—¡Ah! ¡Si os hacéis la romana, me vengaré de vos, Lucrecia[86]!

—¡Tarquino! ¡Alguien me vengará!

—¿Quién?

—Dios y el pueblo.

TOMO SEGUNDO

LIBRO CUARTO

Where is my lord? where is my Romeo?
Shakespeare

I

Una gran chimenea de mármol blanco en forma de arco de Amor. A la izquierda, Madame Putifar borda; a la derecha, Faraón se aburre.

Él bosteza.

Ella bosteza.

¡Qué simpatía!

—Vamos, sire, alegraos un poco. Si no sois más amable, querido, no os contaré las sabrosas historias que sé. Dios mío, ¿quién ha podido sumiros en una melancolía tan profunda?… En la cena habéis comido como un glotón. ¿Tenéis una indigestión?

—Sí, una indigestión de vida.

—Ya que estáis ahí como un catafalco, ordenaré que vengan mis músicos para que os toquen una misa de réquiem.

—No, por favor, dejad mis oídos tranquilos.

—Réquiem aparte, quiero que oigáis varias arietas nuevas, del Languedoc, de Mondonville[87]; son deliciosas; eso os distraerá.

—¡No, os repito que nada de música! Hace daño al oído y a la vista; hombres

en edad adulta, hombres maduros que lanzan vagidos en distintos tonos como niños de teta, o frotan con grandes meneos y mucha seriedad una cola de caballo sobre una tripa de cordero, o dan golpes sobre una piel de asno o soplan en un palo agujereado.

—¡Majestad, qué basto sois! A propósito de basto: ¿no os ha contado el señor duque d'Ayen[88] la divertida anécdota que tanto ruido ha hecho hoy? La aventura es realmente maravillosa. Según dicen, la semana pasada, la señora de Flamarens y la señora de Combalet se pusieron a hablar de los atractivos de su propia persona. La primera elogiaba mucho sus senos, y la segunda pretendía tenerlos igual. Ambas entablaron un violento debate. Para poner fin a la pelea hicieron una apuesta, y acordaron remitirse a los señores de Brissac, de Chaulnes, de Cucé y de Rochechouart. Estos señores aceptaron la misión; y fijaron el juicio para dos días más tarde, en casa de la Flamarens. Las dos enviaron circulares a todos sus amigos rogándoles que estuvieran presentes en la sesión y asistiesen a su triunfo. A la hora convenida todos estaban allí. Además de los cuatro jueces había, según dicen, una veintena de gentilhombres, clérigos y laicos. Hubo apuestas por ambas, como en una carrera de caballos; y se acordó que la perdedora daría a todos los presentes una cena magnífica. Una vez dada la señal, las dos damas se quitan su corsé de ballenas y ponen sus senos al aire…………………

La condesa de Flamarens fue proclamada en medio de grandes gritos vencedora, pero la decisión no satisfizo a la mayoría. Cinco, engañados por las apariencias del corsé, habían apostado por vuestra montera mayor, y quince por la Combalet. Se dice que el arzobispo de Toulouse, Richard-Arthur Dillon, perdió en esa apuesta tres mil libras; y que el arzobispo de Orléans, Sextius de Jarente, que quiso apostar seis mil libras por la señora de Combalet, fue excluido so pretexto de que apostaba sobre seguro. La cena tuvo lugar ayer, y seguro que ha sido una locura prodigiosa. La señora de Flamarens cumplió con mucha gracia las formalidades prescritas, y la señora de Combalet ha decidido que su corsé ponga buena cara a la mala fortuna. Vamos, sire, sonreíd. ¿No es divino el

invento de la cuchara de potaje? A mí, cuando me lo contaron, me pareció delicioso, y todavía me río hasta llorar.

En este punto la Putifar rió y Faraón gimió.

—Decidme, querido, ¿por qué estáis enfadado? ¿En qué he podido desagradaros? Hablad, os pido perdón.

Entonces Faraón se levantó y se puso a pasear lleno de indolencia.

—¡Oh, gobernar un pueblo! ¡Qué suplicio! ¡Qué infierno! ¡Qué fardo tan pesado es un cetro! Me quebraré bajo su peso.

—Querido, ¿no estoy yo aquí para ayudaros a soportar vuestra corona? ¿Os han abandonado todos vuestros ministros?

—¡Qué bien hizo d español Carlos V abdicando el Imperio!… ¡Abdicaré como él! Están envenenando mis días. Esta noche, se han olvidado de mi colación; y a mediodía el almuerzo ha sido detestable. La realeza es una cosa dura y cruel en estos malos tiempos. Todo se opone a ella, ya no tiene *súbditos*, ya no tiene servidores. ¿Adónde ir a buscar respeto y obediencia? El *trono* ha perdido su prestigio, ya no es nada; ahora un *trono* es un trono, un rey es un rey, nada más. Desde ahora que no vuelvan a servirme para comer rodajas de vaca; la vaca es una carne viscosa; me hace daño. El presente es sombrío, pero todavía me asusta más el futuro. La *filosofería* ha corrompido al pueblo. ¡Todo se enfrenta a mí!… ¡Qué desgraciado soy!… Mi persona inviolable y sagrada ha sido ultrajada… Pompón, tú que tanto te ocupas de mi gloria, ¡véngame!

—¿Vos ultrajado, sire? ¿Y por quién?

—¡Oh, por nadie, por una niña, una tonta, una alumna del parque, una impertinente!

—Estoy segura. Una irlandesa, ¿verdad?

—Sabía que yo era el rey, me ha rechazado y me ha maldecido.

—¡La muy indigna! ¿Despreciaros ese gusano?… ¡Ah, me muero de rabia!… ¿Y qué le habéis dicho a *La Madame*?

—Que la echaría a patadas si alguna vez volvía a ocurrirme una afrenta semejante; que eduque mejor a sus alumnas, y que case inmediatamente a esa virago con una dote cuantiosa para aplacarla.

—Sire, eso es imposible. Una mujer como ésa es un ser peligroso. No puede volver al mundo, tiene que ser encerrada de por vida en una prisión de Estado, ¡y la más secreta! Dejadlo en mis manos, sire, vuestra afrenta será lavada.

—¿Ha habido alguna vez príncipe más desdichado con su pueblo?

—Olvidáis, sire, que esa joven no es de vuestro pueblo. ¡Es una extranjera,

una salvaje! Vuestros súbditos valen mucho más.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Cuántas preocupaciones roen la realeza! ¡Qué oficio tan penoso es el oficio de Rey en la actualidad! Me pesa la vida; que otro se haga cargo de Francia, este país me aburre; todo me aburre, no quiero seguir gobernando, tengo que abdicar.

—Tranquilízate, querido; vamos, cálmate: esa joven impúdica será castigada. Expulsa de la cabeza todas esas negras ideas. ¡No ha sido nada! ¡El león picado por un insecto! ¡Aplastaremos a ese insecto! Vamos, sire, alegraos, divertíos. ¿Por qué no hacéis café esta noche? Aquí tenéis vuestro *marabut*[89] y vuestro molino, y el moka, de aroma tan suave. Mirad, oled, ¿no huele deliciosamente? Vamos, querido, no pongáis esa cara; soplad el fuego; os contaré otra historia.

II

A la mañana siguiente, Madame Putifar mandó llamar a *La Madame* y al señor conde Phélipeaux de Saint-Florentin de la Vrillière; y los tres mantuvieron una larga conferencia en la que se decidió que lady Déborah sería enviada al fuerte Sainte-Marguerite.

Cuando dejó a Déborah, Faraón, furioso por su contratiempo, hizo los reproches más violentos a *La Madame* por la mala educación de su alumna.

—Perdonadme, sire —repetía ella, abrazándole las rodillas—, he sido engañada como vos. Es una mujer falsa: me ha engañado. ¡Es una hipócrita! ¡No volverá a ocurrir, sire! ¡Oh, la muy ramera…, esto lo va a pagar muy caro!

En cuanto el rey se hubo ido, *La Madame*, fue en busca de Déborah, y aunque se encontraba tendida en el suelo y desmayada, la abrumó a injurias mientras la sacudía brutalmente como para despertarla. Su cabeza, abandonada a su propio peso, chocaba contra el suelo y producía el ruido sordo de un cráneo humano cuando lo golpean contra una pared.

En esto acudió el señor de Cervière, que aún recordaba su fracaso y la vergüenza de su asedio. Añadió a las invectivas de *La Madame* insultos cuarteleros y levantando del suelo a Déborah la obligó a bastonazos a mantenerse de pie a pesar de su desmayo. Luego, una vez que pasó su primera furia, le quitaron sus hermosos vestidos, la arrastraron y la encerraron en una bodega que hacía las veces de prisión, sin más luz que la débil claridad que penetraba a través de las telas de araña de una lucera y sin más cama que un camastro de paja y heno.

Hacía varios días que Déborah languidecía en aquella bodega sin haber visto a nadie, y sin ninguna esperanza de salir —le lanzaban la comida por un ventanuco—, cuando una mañana, muy temprano, fue despertada por un ruido de pasos y de voces. A través de las tablas mal unidas de la puerta vislumbró una luz bastante viva que proyectaba manchas e hilillos resplandecientes sobre las oscuras paredes de su mazmorra. Aquellas luces fantasmagóricas aumentaban, menguaban y vacilaban con el aire de la bóveda, y pasaban por ella y la rayaban con escamas de fuego. La sobrecogió el espanto; se acurrucó, hundió la cara en la paja y encomendó su alma a Dios como si hubiese llegado su última hora. La

puerta se abrió entonces bruscamente y el señor de Cervière, con un farol en la mano, entró seguido por *La Madame* y algunos criados, y le dijo en tono rudo, tocándola con el pie:

—Levantaos, milady, y seguidme.

Al reconocer Déborah la voz del *kislar-aga*, hizo un esfuerzo para incorporarse sobre sus rodillas; pero le fallaron las fuerzas, sus piernas se habían abotargado sobre aquella tierra húmeda, y volvió a caer pesadamente.

A una orden del señor de Cervière, dos criados la levantaron y la llevaron a una carroza que esperaba en la puerta exterior del serrallo.

Al entreabrir los párpados, Déborah vio dos hombres armados que le cogieron los brazos y se los ataron a la espalda. Soplaba una brisa helada; medio vestida, Déborah tiritaba como un cordero; pidió ropas. Le respondieron: «Ya os calentaréis al sol». Se cerró la portezuela, sonó el látigo como la vaina de un espantalobos[90], y los caballos agitaron sus campanillas y partieron al galope.

Cuando Déborah se vio en medio de la noche, y arrojada en una carroza en compañía de dos hombres de caras siniestras, viles, ingratas y equívocas, hechas expresamente para la policía o para la mazmorra, sintió un terror profundo, y el miedo del frío le llegó hasta las entrañas.

Como no quería entrar en comunicación con sus guardias, no les preguntó, y cuando ellos trataron de dirigirle la palabra fingió no comprender y sólo les contestó en irlandés. Todas sus precauciones fueron inútiles; aquellos hombres, de corazón tan innoble como su cara y su oficio, no tardaron en asaltarla, al verse solos con ella, con malas palabras y burlas, que poco a poco se volvieron ultrajantes. La sentaron a la fuerza entre ellos; y allí, como Susana entre los dos viejos, la pobre Déborah estuvo obligada a sufrir sus infames diálogos, sus besos y sus tocamientos.

Después de una semana y más de torturas y de afrentas, de frío, de hambre y de insomnio; después de haber atravesado Francia en toda su extensión, llegó por fin a Antibes, antipolis, antibios[91], la ciudad colonia marsellesa, situada en un extremo de la Provenza, al pie de los Alpes Marítimos, en la hermosa orilla del mar de Liguria.

La carroza cruzó la ciudad al galope y se dirigió hacia la orilla del mar. Con la simple exhibición de su orden, el capitán del puerto puso a disposición de nuestros dos agentes de policía varios remeros y una barca en la que Déborah fue obligada a entrar. Cuando vio alejarse las orillas de Provenza, la dominó una

viva inquietud: no podía explicarse qué iba a ser de ella. Como no era presumible que en una embarcación tan frágil y sin víveres se pudiese hacer un trayecto largo para llevarla hasta una tierra extranjera, se le ocurrió naturalmente que iban a ahogarla en alta mar. Resignada, esperaba el momento tranquila, midiendo con la vista la extensión de su mortaja; pero, después de haber cruzado el golfo de Juan y alcanzado el cabo de Croisette, de pronto quedó claro su destino: estaba frente a una fortaleza que surgía de un cestillo de verdor y se dibujaba nítidamente en el azul del cielo. La barca bogaba recta: no tardó en llegar, al pie del castillo, a una pequeña bahía donde se hallaban fondeadas algunas barcas de pescadores de coral.

Allí tomaron tierra. Bajó el puente levadizo, llevaron a los dos exentos ante el alcaide e inmediatamente un carcelero llevó a Déborah a un calabozo que esperaba a su presa, como unas fauces vacías.

Era un calabozo de piedra desnuda. En un rincón había un catre, y sobre el catre un saco de paja y una manta de lana, de color ocre, agujereada como una criba. En otro rincón yacían derribadas una mesa de patas retorcidas y dos sillas de madera semejantes a un salero. Agujereados y rotos, aquellos muebles se caían de viejos, y a poco que se los moviese derramaban a su alrededor un polvo amarillento, como cedazos de maíz. Un ventanuco situado en lo alto, cerrado por una claraboya y barrotes de hierro iluminaba débilmente aquel espantoso interior: Déborah arrastró la mesa y se subió encima para ver de dónde venía aquella claridad.

La vista se perdía a lo lejos: era grandiosa, aunque sombría; sólo se veían dos cielos o dos mares, porque el cielo es la imagen del mar, porque el mar es la imagen del cielo.

III

Cuando, al día siguiente, el alcaide fue a visitar a Déborah, estaba acodada sobre la mesa y derramaba abundantes lágrimas. Él la saludó muy amablemente y le dijo:

—No os dejéis abatir por la pena, en este lugar no tendréis que sufrir.

—Si lloro —respondió ella— es por mis males pasados, y no por el presente o por el futuro; el exceso de dolores me ha vuelto insensible, estoy hecha a la desgracia lo mismo que se hace uno a un clima, ya no tiene poder alguno sobre mi alma.

—He venido, milady, para rogaros que me hagáis saber cualquier cosa que necesitéis. Pedidme sin miedo, se os concederá todo lo que sea posible.

—Señor, no necesito nada.

—Pero si carecéis de todo, bella dama.

—¡Ah, eso es cierto, señor!

Se tomó él entonces la libertad de sentarse, y, tras muchas palabras de consuelo, le dijo:

—No os asustéis, milady, por el vivo interés que siento por vos: amo a todos mis prisioneros. Hacedme la bondad de no ver en mí un carcelero, sino un buen castellano hospitalario. Aunque el rey pertenezca a mi familia, no cuenta con todos mis sentimientos. Me precio, milady, de que no hayáis de rechazar mis cuidados, y de que habéis de otorgarme vuestra confianza y vuestro afecto, que yo trataré de merecer con todas mis fuerzas. En esta isla desierta, en este castillo, sin esposa ni hijos, no tendré otros vínculos que me unan a la existencia que el afecto de los desgraciados confiados a mi guarda. Toda mi felicidad estriba en eso: difundir satisfacción a mi alrededor. Siento una alegría profunda cuando me veo amado por gentes que deberían odiarme. Lo cual demuestra que no hay cargo en la vida que no se pueda ennoblecer y santificar. El rey me ha hecho corchete; y con la ayuda de Dios he conseguido el carácter más hermoso: el de patriarca. A veces, en mis momentos de orgullo, me digo: tal vez sea un humilde instrumento de la Providencia, que me ha puesto aquí para remediar un poco el mal que se hace en este mundo. Interesáis mucho mi corazón, milady, sois joven y bella… No os preocupéis, yo, un pobre viejo que tiene un pie en la tumba,

puedo decíroslo. Sois mujer y desdichada, y por encima de todo sois, para mí, irlandesa. Siento la más alta estima, milady, por las gentes de vuestra nación. En el pasado mantuve estrecha relación con la persona del conde de Thomond[92], hoy mariscal de Francia, caballero de la orden del Espíritu Santo y comandante en Languedoc. No puedo pensar en él sin que mis ojos se empañen de ternura y de admiración. ¡Le soy deudor de grandes beneficios! Gracias a Dios, que os envía a mi lado; tal vez pueda pagar con vos algo de la deuda de cuidados, miramientos y generosidad que con él he contraído. Es una dulce esperanza de la que me jacto, no la destruyáis.

Déborah le dio las gracias con mucha afabilidad y le dijo que, como hasta entonces no tenía demasiados motivos para alabar a los hombres, era dueña de todo su cariño; que por eso le resultaría fácil conseguirlo, en gran medida y sin rival.

—Si no fuera pediros mucho, milady, os rogaría que os dignaseis darme a conocer la causa de vuestro encarcelamiento, que no queda expresa en vuestra carta sellada. Pero, a poco que hacerlo os entristezca, no lo hagáis.

—Como anhelo tanto vuestra estima como vuestra piedad, permitidme, señor, que remonte los hechos a su origen. No estaría bien que sólo me conocieseis a medias. Debo revelaros mi pasado en toda su integridad, segura como estoy de que no ha de pareceros menos digno. La amistad es más delicada que el amor, no se entrega a lo desconocido, no es implícita. Ante Dios y por el hijo que llevo en mi seno, juro que de mi boca sólo saldrá la verdad. Creedme, señor.

Y le contó con gran sencillez toda su vida.

Durante el relato, varias veces se detuvieron ambos para llorar, y, al concluirlo, Déborah perdió el conocimiento. Cuando se recobró de su turbación, el señor alcaide le prodigó los consuelos más auténticos y le renovó sus protestas de benevolencia.

—Olvidad que estáis prisionera —le decía—, no seré yo quien os lo haga recordar. Podéis vivir aquí tranquila, descansando y con todas las comodidades. Aquí sois libre, tan libre como los pájaros del cielo que cuelgan sus nidos de estas murallas. En este mundo, ¿no estamos siempre cautivos en algún lugar? Aquí o en otra parte, ¡qué más da!… ¿No tiene el águila misma su aire? ¿No tiene el oso su gruta? ¡En Francia hay diez millones de hombres libres que nacen, viven y mueren bajo el mismo techo! No son las cartas selladas las que

hacen más prisioneros, son los vínculos familiares, la pobreza, los trabajos mercenarios, el matrimonio, la despreocupación, los prejuicios. No podríais vivir, milady, en una mansión más amplia y más romántica, en una isla más deliciosa, junto a un mar más bello bajo un cielo más puro.

—Admiro, señor, los recursos de vuestra inteligencia: me da la impresión de que no estáis lejos de probar que sólo hay hombres libres en los calabozos. Esto me recuerda lo que Horace Walpole[93] escribía a uno de sus amigos, con tanta sutileza como vos, señor, y no menos exageración: «Desde hace mucho tiempo sostengo la opinión de que los externos de Bedlam[94] son tan numerosos que lo más rápido y mejor sería encerrar ahí al poco número de personas que todavía tienen sentido común, que así se encontrarían a salvo, y luego dar carta blanca a todos los demás». Mas decidme, si os es posible, ¿durante cuánto tiempo estoy condenada a ser libre en esta cárcel?

—A perpetuidad… señora.

—¿A perpetuidad?… ¡Los hombres llevan la crueldad hasta el ridículo! Condenan el futuro como si el futuro les perteneciese. ¡A perpetuidad!… Como si no pudiese uno estrangularse con su propia cadena y romperse la crisma contra el suelo. ¡A perpetuidad!… Mientras el juez deletrea esa palabra, la víctima, deslizando su mano sobre el pecho, puede hundirse el cuchillo en su corazón y rendir el último suspiro antes de que el juez pronuncie la última sílaba. ¡A perpetuidad!… ¡Sólo al hombre le es dado ser necio y bárbaro a la vez y todo junto!

El señor alcaide trató de calmar a Déborah, dándole la agradable esperanza de que, a buen seguro, a la muerte de la Putifar, volvería a ser libre.

—Es decir, volvería a ser esclava —replicó ella con una sonrisa—. Os contradecís, señor; la verdad siempre encuentra modo de salir de su pozo, es inútil ponerle una tapa.

Y el señor alcaide, tras responder a su sonrisa con otra sonrisa, le estrechó cálidamente las manos y se retiró.

IV

Al poco rato, un carcelero fue a ofrecerle de parte del señor alcaide un cestillo de higos y naranjas recién cogidas; más tarde le trajeron un colchón y ropa de cama, un espejo, un escritorio completo, algunos objetos de baño propios de una mujer, perfumes de Grasse y algunas bomboneras de bergamota.

Como Déborah, lectores, acabáis de trabar conocimiento del alcaide de Sainte-Marguerite, y como ella debéis de conmoveros con su noble y bondadoso carácter. Tendría pocas cosas que añadir para acabar su retrato: el carácter de los hombres sin doblez brota por sí solo. No os cogeré de la mano para guiaros y haceros descender conmigo a los repliegues tortuosos de su corazón; no nos perderemos a la busca de sus tenebrosos sentimientos.

El señor de Cogolin[95], ése era, creo, el nombre de este oficial del rey, aunque de unos sesenta y cinco años todavía era petulante y vigoroso. Su peluca pelirroja sobre su cara verdosa le hacía parecer extraño a primera vista. Dos grandes ojos negros, llenos de viveza, animaban sus rasgos, marcados, redondos y bastante insignificantes. La alegría y la despreocupación formaban el fondo de su carácter. Era inteligente y tenía ingenio para las agudezas; de cultura, mucha mundología y educación, y algunas veces, cuando se dejaba ir, un poco de esa brusquedad común a todos los provenzales. Era realmente bueno y se preocupaba concienzudamente por aliviar el destino de los desgraciados confiados a su guarda. Nunca les hacía notar su cetro, que tan fácil resulta a un alcaide convertir en maza. En la medida de lo posible, alejaba de ellos todo lo que podía recordarles que estaban presos, y les procuraba todas las distracciones que el lugar y su fortuna le permitían. Les proporcionaba juegos, periódicos y libros; para pasear, su huerto y todo el Fuerte; y con frecuencia se los llevaba a alta mar en sus salidas de pesca hasta las aguas de Asinara.

Por eso, todos los prisioneros y todos los habitantes del fuerte lo estimaban sinceramente, y sentían por él un respeto y un apego que, a ojos de personas ajenas a sus favores, habría podido parecer fanatismo.

En su juventud había amado mucho a las mujeres, acaso demasiado, y en su trato había contraído los modales amenos y las maneras exquisitas que lo

distinguían. Su mirada había conservado una expresión tierna, su voz un acento halagüeño y sus gestos un no sé qué de cariñoso. La veneración había sucedido en su alma al amor, y rendía a las damas un verdadero culto de dulía y de hiperdulía[96]. Sin embargo, y sentía gran pena por ello, desde que era alcaide de Sainte-Marguerite se veía totalmente privado de su compañía. Consideraba esa privación un castigo de Dios como expiación de los pecados que con ellas había cometido. Pero, para aliviar su aflicción, se rodeaba de todo lo que podía proporcionarle dulces recuerdos y halagar su idolatría. Hacía sus lecturas favoritas de Brantôme, de Bussy-Rabutin, de Madame de Sevigné…, por no hablar de Voltaire, su pan cotidiano. Las paredes de sus aposentos estaban cubiertas de retratos de mujeres antiguas y modernas célebres por sus talentos o su belleza. En medio de su salón, sobre un pedestal de mármol negro veteado de amarillo, se alzaba un busto de mármol de Ninon de Lenclos[97], sobre cuya cabeza colocaba todos los días una corona de flores cogidas por su mano. Pero luego, cuando Déborah se ganó todo su afecto y turbó su religión solitaria, Ninon fue olvidada algunas veces, y, en ocasiones, durante varios días llevó un rosario de rosas marchitas.

V

Poco tiempo después de su primera visita, el señor de Cogolin ofreció a Déborah, si sentía curiosidad por conocer la morada y la región en que vivía, hacer una excursión por la isla, y acompañarla para servirle de guía y de explicados o, como se dice en Roma, de cicerone. Déborah aceptó encantada.

Subieron primero a la plataforma más elevada del torreón.

Después de pasear sus miradas largo rato, Déborah dijo al señor de Cogolin:

—Ahora que conozco los lugares que me rodean, ¿podría saber dónde estoy?

—Milady, eso no es un misterio; si se me hubiese ocurrido que lo ignorabais, me habría apresurado a deciros que nos encontramos en la isla Sainte-Marguerite. Esta otra isleta, allá, al sur, de la que sólo la separa un estrecho canal, es Saint-Honorat, donde, si os agrada, será un placer para mí llevaros. Esas otras dos isletas que están ahí al lado se llaman la Fornigue y la Grenille; las dos son salvajes y están deshabitadas.

Bajaron luego hacia el interior de la fortaleza, y la inspeccionaron minuciosamente. Déborah no pudo por menos de sentir una fuerte emoción cuando penetró en el calabozo que en otro tiempo había sido habitado por la Máscara de Hierro[98].

La guarnición de aquella ciudadela sólo estaba formada en tiempo de paz por varios cientos de inválidos. Las escaleras, los parapetos, las terrazas y la ribera estaban sembrados de aquellos vestigios humanos tendidos al sol.

—¿Qué hacen aquí estos viejos valientes? —preguntó Déborah.

—Hacen lo que hacen todos los hombres, ¡nada! —respondió el gobernador. Y esperan lo que todos esperamos, ¡la muerte!

Entonces el señor alcaide invitó a Déborah a dar un paseo por su jardín, la única parte de la isla que no estaba inculta; luego se sentaron a la sombra de una encina y, mientras desgranaban y comían una granada, el señor de Cogolin hablaba.

—Esta isla se llamaba antiguamente Lerinus, y la de Saint-Honorat, Lerina. ¿De dónde les venían esos nombres? No lo sé, señora, y no me importa no saberlo, porque teniendo a mucha honra ser sabio, sé tanto como Estrabón,

Plinio, Bouche y Moréry[99]. Fíjese qué cosa más curiosa: debido a la inestabilidad de las cosas humanas, estas dos islas han cambiado de sexo, Lerina se ha convertido en San Honorato, y Lerinus en Santa Margarita, virgen y mártir. Esta última perteneció a los monjes de la otra hasta 1611, cuando Claude de Lorraine, duque de Chevreuse, su abad, consiguió que se la cediesen no sé por qué. Antaño, el cardenal de Richelieu ordenó poner en estado de defensa todas las costas de Provenza, por temor a una invasión de los españoles. Lo cual no impidió a éstos hacerse dueños de estas islas y fortificarlas todo lo que pudo permitirles el tiempo que estuvieron. En esta fortaleza, que apenas tiene dos tercios de lengua de longitud, y un cuarto de legua de anchura, elevaron cinco fuertes cuyas ruinas podremos ver enseguida. En la de Saint-Honorat, de un cuarto de legua de longitud por unos seiscientos pasos de anchura, y que antes era *el Paraíso terrestre en gentileza y rareza de flores, de viñas y de ajardinamientos, como antaño en santidad*, convirtieron en fuertes y bastiones las cinco capillas de la Trinidad, de san Cipriano y santa Justina, de san Miguel, de san Salvador y de san Caprasio, repartidas en distintos puntos de la isla. Las llenaron de tierra por dentro, las excavaron por fuera y colocaron en las alturas de cada una de ellas dos piezas de artillería.

Cuando el señor de Cogolin concluía su compendio histórico, en el que Déborah no se había interesado mucho, salieron del jardín y bordearon la orilla por la parte del golfo de Juan, donde encontraron, casi en escombros, la menor de las obras levantadas por los españoles, llamada el Fortín. Siguiendo tierra adentro, encontraron las ruinas del fuerte Monterrey, donde se detuvieron unos instantes. Luego, atravesando bosquetes de pinos, de filarias, de brezales, de torviscos, de lentiscos, de romero y de aladierna, y las landas de tomillos, de jaras, de estecas, de pequeños brezos y de lavandas con que estaba cubierto el inculto suelo, volvieron con el crepúsculo a visitar la torre del Baliguier y el fuerte de Aragón.

—Pero la quinta y más notable de las obras de los españoles —dijo entonces el señor de Cogolin— fue el Fuerte Real, que los franceses continuaron y perfeccionaron: es la ciudadela donde vivimos. Al señor de Saint-Marc, que fue su alcaide antes de serlo de la Bastilla, se le ocurrió la idea de construir en ella prisiones para los criminales de Estado, y consiguió la autorización para hacerlo. Son las más seguras de Francia.

—Nunca habría pensado que bajo un cielo tan hermoso —replicó Déborah—

existiese un lugar tan fúnebre. ¿No os parece que todo lo que hay de doloroso en el mundo se ha reunido aquí? Una tierra llana, abandonada, estéril y salvaje; unas plantas de cementerio, del color del suelo que las nutre; unos escombros y unas ruinas que dan testimonio por todas partes de la furia sanguinaria de los hombres y de la ley desesperante del Tiempo; una fortaleza y unos viejos mutilados; una cárcel y unos carceleros, cadenas, cautivos, gemidos. ¿No es, en verdad, la isla de la desolación?… Aunque esa desolación me sonríe, responde a la de mi alma.

—Me hacéis temblar, milady.

—A mi espíritu le agrada esto…

—Un valle amoroso os iría mejor, tórtola mía.

—¡Oh! De la tórtola los hombres han hecho un ave nocturna y de presa.

VI

Cerca de las antiguas cuadras, un barquero los esperaba y les hizo pasar el Frioul, brazo de mar de un cuarto de legua aproximadamente que separaba Sainte-Marguerite de Saint-Honorat. En la orilla opuesta, un benedictino, que paseaba solitario, se les acercó y ofreció galantemente su mano a Déborah para bajar de la barca. Después de que el señor de Cogolin lo hubo saludado y explicado que venía con aquella dama extranjera para visitar la Abadía, el hombre santo pidió permiso para acompañarlos. Los condujo primero a la capilla de san Caprasio, situada en la punta occidental; luego a las de san Salvador, san Miguel y san Cipriano y santa Justina, diseminadas a orillas del río Norte, en el que se miraban. Un poco más al este encontraron la capilla de la Santa Trinidad.

Déborah quedó sorprendida por la marcada diferencia entre dos islas tan vecinas, por el total abandono de una y el estado floreciente de la otra, que estaba casi viva y muy concurrida. Los peregrinos iban de iglesia en iglesia para rezar. En los viñedos, los vergeles, los campos, los prados y los jardines trabajaban monjes y jornaleros. Grandes alamedas de árboles de monte alto surcaban el suelo llano, cuya uniformidad variaban boscajes y espesuras de arbustos odoríferos. Esmaltaban el verdor y encantaban la vista las plantas y las flores más raras y más exquisitas. Un aire puro y embalsamado acariciaba el olfato. A cada paso que Déborah daba y que agitaba la hierba se alzaban bocanadas de perfumes que ascendían como de un pebetero. Aquella naturaleza desconocida que de repente se revelaba a sus ojos acostumbrados a la vegetación septentrional la llenaba de asombro y admiración. Iba de árbol en árbol, de hierba en hierba, deteniéndose, contemplando, oliendo, recogiendo, saboreando y preguntando, como un niño, el nombre de cada nueva planta.

—Estos arbustos que reptan por el suelo y a lo largo de esas murallas son alcaparros —respondía el benedictino, encantado de tener una ocasión para mostrar su sabiduría—; los provenzales siguen dándole el nombre griego, *tapenos*, del adjetivo *tapeinos*, que quiere decir bajo, humilde o rampante. Aquí tenéis el lentisco y el terebinto, que dejan fluir una resina, y en los que se injerta el pistachero, perteneciente al mismo género. Aquí, a orillas del mar, podéis ver el mirto, que cubre las costas marítimas de Saint-Tropez, y la bella Barba Jovis,

de hojas argentadas. Esto es el *elaegnus*, el *chalef* de los turcos, que los provenzales llaman *saule muscat*. Esto es la casia de Santo Domingo, tan frágil como olorosa: es muy codiciada por los perfumistas de Grasse para sus esencias. Y aquí está el agnus-castus, cuyo nombre es un pleonasmo, y al que más tontamente todavía llaman vulgarmente pimentero. ¡Oh!, y esta planta extraña que os hace lanzar gritos de asombro es el áloe, *aloe folio in oblongum aculeum abeunte*; su floración es muy curiosa, pero extremadamente rara; aseguran que sólo se produce cada cien años, aunque, por un fenómeno inexplicable, su tallo se alza en poquísimo tiempo hasta treinta pies y echa algunas ramas de las que brotan ramilletes de flores. Pero lo más maravilloso es la detonación que precede al nacimiento de su tallo, detonación exactamente igual a la de un trueno violento o a una descarga de artillería.

A estas palabras, el señor de Cogolin soltó una carcajada tan tremenda que milady se sobresaltó y creyó por un momento que era un tallo de áloe que brotaba de repente.

—Vuestra risa es impía, señor alcaide —prosiguió el cenobita—; ¿hay algo imposible para Dios? ¿No es una lástima ver a la impotencia humana pretendiendo circunscribir la omnipotencia del creador?

Luego siguió con la misma calma su nomenclatura y sus disertaciones.

—Esto, señora, es el *amélanchier*[100], nespilus folio rotundiore fructu nigro, que no hay que confundir con el *nespilus folio rotundiore fructu rubro*, y el *nespilus filio oblongo serrato*; éste es el *ilex aculeata coccigrandifera*, especie de encina de la que se coge la grana de kermes o escarlata; aquí tenéis el alcanfor, excelente vulneraria, y el carthame de Egipto, del que se extrae el afeite vegetal con que las mujeres enloquecidas por sus cuerpos mancillan sus rostros hechos a la imagen de Dios. Y aquí el jazmín de Arabia, el zumaque, el *aligousier*, el *bois-puant*, el *mahaleb*[101] y el almecero. De rodillas, señora, no pongáis la mano sobre ese arbusto sagrado, es el *argalou*, en provenzal *arnaéou*, y en latín *paliurus*. Por su aspecto y sus flores se parece al azufaifo, pero ved, su tallo está erizado de dos tipos de espinas. Crece en abundancia en los alrededores de Jerusalén, y en los tiempos de la Pasión sirvió para hacer la santa corona de espinas que los judíos hundieron en la frente de nuestro Salvador. Aquí tenéis, por último, el acederaque, árbol de Siria, que ha conservado su nombre árabe. Es el que produce esas semillas grisáceas, duras, lisas, coriáceas, llamadas lágrimas de Job: sirven para hacer bonitos rosarios. Mirad cuán bello es su follaje; sus

flores, dispuestas en ramilletes, difunden un aroma suave. Se cultiva en todas las comarcas meridionales del universo. Los americanos lo llaman el orgullo de la India.

Avanzando hacia la torre del monasterio, encontraron casi reunidas en un grupo la capilla de Nuestra Señora, la gran iglesia de San Honorato y la capilla de san Porcario.

Dejando de lado entonces su sabiduría botánica, el benedictino le dijo a Déborah:

—Desde la Ascensión hasta Pentecostés aquí se reúne una gran cantidad de personas piadosas que vienen a visitar estas siete capillas para ganar las indulgencias concedidas por los soberanos pontífices, de la misma manera que se ganarían en Roma visitando las siete iglesias basílicas.

Luego la llevó entre la capilla de Nuestra Señora y las ruinas de la capilla de san Pedro, para enseñarle un pozo milagroso excavado en la roca, y cuya agua, muy límpida, es excelente de beber. Aquel pozo, según afirmaba, nunca tenía más de tres cubos de agua, y por mucho que se sacase, nunca tenía menos.

En esto, el señor alcaide sonrió y se burló un poco de nuestro monje:

—Aunque vuestro milagro sea curioso —le decía—, sin embargo no es único, tiene cierto grado de parentesco con los cinco céntimos eternos del judío errante.

Sin responder a este ataque, Dom Fiacre prosiguió leyendo en voz alta y con énfasis una inscripción antiquísima, grabada sobre una lápida de mármol y situada en el punto más alto de un muro vecino al pozo.

Isacidum ductor lymphas medicavit amaras,
Et virga fontes extudit e silice.
Aspice, ut hic rigido surgunt è marmore rivi,
Et falso dulcis gurgite vena fluit;
Pulsat Honoratus rupem laticesque redundant,
Et sudis ad virgæ Mosis adæquat opus[102].

—La señora, sin duda, no sabe latín… Estos versos comparan a san Honorato con Moisés, por haber hecho brotar agua de una roca y convertido en potables unas aguas amargas. *Lymphas medicavit amaras!*… San Honorato también echó de esta isla a los animales venenosos que volvían desierta…

—¡Diablos! Echar a los animales venenosos para traer monjes… Eso, reverendo —exclamó el señor Cogolin—, es ir del negro al moro, de la fiebre a la agonía, o de Caribdis a Escila.

—Y aquí fundó nuestra abadía, la primera de todo Occidente. No tardó en difundirse la fama de su virtud, y atrajo a tantos solitarios de las regiones más apartadas que muy pronto la isla se pobló tanto como los desiertos de Tebaida. En los tiempos de san Amand abad, había más de tres mil solitarios. Fue hacia el año 375, señora, cuando san Honorato fundó este ilustre monasterio.

—Os ruego que me perdonéis, reverendo, pero Baillet demuestra claramente que no fue sino en el año 391; Tillemont, que no fue sino en el 401, y el abate Expilly en el año 410. Pero qué más da. Tengo tanta fe, mi reverendo Dom, que puedo creer en esas cuatro fechas, y aseguraros que todavía me sobra para el empleo que de ellas hago. Una palabra más: me viene a la mente ahora que Bouche dice, no sé dónde, que san Honorato nació en el 425. Su parecer sería entonces que san Honorato fundó vuestro monasterio unos cincuenta años antes de su nacimiento; es la opinión que me parece más razonable, y me apresuro a asumirla.

—Señor alcaide, con gran pena veo —le dijo entonces Dom Fiacre totalmente convencido— que os roe la lepra filosófica. Habéis bebido vuestra ración de Voltaire; rezumáis la Enciclopedia. Creedme, retened vuestra razón con las dos manos; la inteligencia de Francia está de orgía. Si no es por mí, que sea por esta señora, ¡callaos! Que Dios os libre de ser una escuela de escándalo.

Al salir de la iglesia de la santa Trinidad, se dirigieron hacia una alta y gruesa torre construida sobre la roca, cuyas piedras estaban talladas en punta de diamante, y la puerta orientada hacia el Norte.

—¿Es ésa vuestra abadía? —preguntó Déborah a Dom Fiacre—; palabra que nunca lo hubiera adivinado; esa torre no tiene ningún carácter abacial.

—Tampoco fue carácter lo que quisieron dar a esta maravilla de la cristiandad. Fue comenzada en el siglo X, para servir a un tiempo de vivienda y de muralla a sus religiosos frente a los sarracenos y los corsarios, que hacían correrías a lo largo del litoral. Fue bajo el reinado de Ramón Berenguer I, conde de Provenza, cuando se construyó: pero no fue llevada a la perfección hasta una bula del papa Honorio II, exhortando a todos los cristianos a venir a la isla a vivir tres meses, para ayudar y defender a los monjes de Lerins de los ataques de los infieles, o a contribuir, con sus limosnas, a la construcción de la torre,

concediéndoles las mismas indulgencias plenarias que sus predecesores habían concedido a los cruzados. Esa bula conminaba además a los que se habían apoderado de algunas iglesias y de algunos bienes dependientes del monasterio a no demorar su devolución.

—Sin querer dármelas de filósofo, me permitiréis deciros, mi reverendo Dom, que la bula que establece esos privilegios es muy sospechosa, y que no puede ser de Honorio II, a quien se atribuye, porque el papa que se supone haberla decretado habla en ella de su predecesor Eugenio; y no hay ningún papa Honorio que haya sucedido a un Eugenio. En segundo lugar, habríais debido decirle a la señora que aquellos a los que se conminaba la devolución de las iglesias y los bienes robados al monasterio no eran nada menos que obispos. Mientras nuestros buenos monjes se divertían haciendo una ciudadela para garantizar sus bienes del pillaje de los sarracenos, los obispos se los robaban. En cuanto la conminación hecha a todos los cristianos de dirigirse durante tres meses a una isla que sólo tiene una legua de superficie, admitiréis, reverendo, que era una broma de mal gusto.

Mientras hablaban, habían pasado las dos puertas y subido algunos escalones en cuya cima se encontraba un puente levadizo que llevaba al pórtico de la torre. Allí apareció una escalera estrecha y oscura. Cuando Déborah ponía el pie en el primer escalón, se dejó oír un gemido, y ella retrocedió. Al ver precipitarse hacia ella un monstruo enorme que bajaba reptando, huyó espantada. Para tranquilizarla, Dom Fiacre la cogió del brazo y la llevó hasta el animal que había provocado su espanto.

—No tengáis miedo —le decía—, es uno de mis amigos, una foca que desde hace unos meses vive con nosotros en el monasterio, sin temer a los hombres, como veis, y sin hacerles ningún daño. Acariciadla, señora; es muy sensible a las caricias. La cogimos aquí, a la orilla del mar. Se ven muchas en las riberas de estas islas durmiendo al sol.

Después de haber visitado varias celdas, un refectorio inmenso, el alojamiento de la guarnición, una plataforma provista de cañones y, al fondo del segundo dormitorio, la biblioteca, célebre por el gran número de manuscritos y de impresos preciosos que poseía, entraron en la iglesia de la torre, bajo el vocablo de santa Cruz, donde descansaban los cuerpos de varios santos.

Dom Fiacre los llevó en primer lugar ante el gran y magnífico relicario de san Honorato, totalmente incrustado de pedrerías y maravillosamente esculpido; luego les presentó tres flores de lis de plata, donde se hallaban engastados huesos

de san Pedro, de san Pablo, de Santiago el mayor, de Santiago el menor, y de casi todos los apóstoles; una espina de la corona de Cristo, madera de la verdadera cruz y varias reliquias insignes; por último, una caja dorada que contenía los huesos de quinientos religiosos muertos por los sarracenos, de la época del abaciado de san Porcaire, y otra caja de treinta religiosos martirizados con san Aigulfo.

—Para no ofenderos más, reverendo, no me he permitido interrumpiros —dijo entonces el señor de Cogolin—, pero os ruego ahora que me permitáis algunas observaciones. Al hablar de san Aigulfo habríais debido añadir que su martirio y el de sus compañeros no fue obra de los sarracenos, como dais a entender a la señora. No calumniéis a estos pobres sarracenos, ya tienen demasiado sobre sus espaldas. Habríais debido decirle que, después de elegir los monjes de Lerins a Aigulfo, monje de Fleury, por abad, éste quiso reformar los desórdenes que reinaban en el monasterio y proponer la regla de san Benito, cuyo cuerpo había traído a Francia; que el piadoso abad no encontró un espíritu dócil entre sus religiosos, que se entregaron a horribles excesos contra él, excesos que habrían sublevado al sarraceno más feroz; que llegaron a volver su furia contra el monasterio y lo asolaron, hasta el punto de que los vándalos habrían sentido vergüenza; que raptaron a Aigulfo y a varios monjes más vinculados a él, que les cortaron la lengua, que les sacaron los ojos, y que, después de haberlos dejado dos años en la isla de Caprera, los mataron en otra isla desierta el año 675. No podéis negar los hechos, reverendo. Además, no son únicos, y ese *Paradisus terrestris*, este *quies piorum*, este *solamen dulce*, este *sinus tranquillissimus*, como lo llamabais hace un momento, con Dom Vincent Barral, fue muchas veces una guarida horrible. Todo esto no es otra cosa, reverendo, que simples observaciones históricas, hechas sin malicia; no os enfadéis, os lo ruego, pero sobre todo no acuséis ni a Voltaire, ni a la Enciclopedia, ni a los pobres sarracenos.

—Si hay gentes, señor, lo bastante dejadas de la mano de Dios para hacer el mal, hay otras que no tienen más trabajo que sacarlas a la luz; que ocultan las partes sanas y muestran las llagas; que gastan toda su vida y toda su inteligencia buscando todo aquello que puede cubrir de vergüenza a la humanidad, y desenterrando las podredumbres que deberían cubrir con una montaña. ¿Cuál de los dos será más culpable ante Dios, aquel que haya hecho el mal en la efervescencia de la pasión, o aquel que se haya complacido en desvelarlo, con la insulsa sangre fría de un alma sin entusiasmo y de un corazón perverso? Os dejo

que elijáis. No digo esto por vos, señor alcaide; sois un hombre bueno, generoso, virtuoso, al que amo y respeto; no estáis entre los primeros, pero sí bajo la influencia de los segundos; y eso es lo que me aflige. ¿No es doloroso ver que incluso los hombres más justos y nobles no han podido librarse del contagio, y que han bastado unos pocos gusanos para enviciar y corromper a Francia, como bastan unos pocos gusanos para destruir la más hermosa fruta?

Tras un momento de silencio, volviéndose hacia Déborah y señalándole el altar mayor, Dom Fiacre continuó:

—Señora, ahí reposa el cuerpo de san Venant, hermano de san Honorato, el de san Vincent de Lerins, tan célebre por su doctrina como por su virtud. Y aquí tenéis un hermosísimo relicario que contiene los restos de san Patricio, apóstol de Irlanda. El deseo de perfeccionarse en la vida religiosa que había abrazado, le llevó a retirarse al monasterio de Lerins, donde vivió nueve años.

Dom Fiacre no pudo acabar: Déborah, que de pronto había palidecido y vacilado, había caído pesadamente de rodillas sobre el pavimento de la iglesia.

Su desmayo fue largo.

La trasladaron bajo un cenador del jardín.

Cuando volvió a abrir los párpados, el señor alcaide exprimía sobre sus labios el zumo de una naranja, y el benedictino estaba postrado de rodillas ante ella, con los brazos en cruz. Un sentimiento de pudor y de apuro coloreó sus mejillas, y le hizo soltar un grito tímido y llevarse los dedos al corsé, que habían desatado. Pero sus primeras palabras fueron de agradecimiento por los cuidados que le prodigaban.

—No os alarméis, mis queridos señores —añadió—, no es más que una emoción violenta. La vista de las reliquias de san Patricio ha despertado en mi alma recuerdos dolorosos de patria y de amor, que me han destrozado y sofocado… Soy irlandesa, reverendo, y mi esposo, al que asesinaron hace unos meses, se llamaba Patrick… ¡Oh, mi pobre Patrick!… Ved, padre mío, aquí está, éste es su retrato que cuelga de esta cadena. ¿No es, no era guapo? Pues bien, todavía era más puro y más justo. ¡Los muy crueles me lo mataron sin matarme!…

—Adorad los decretos de Dios, hija mía; ¿qué sabéis de los motivos que os han arrebatado a vuestro esposo al inicio de la vida? ¿Qué sabéis el destino que os espera?… Conocéis los males que os han alcanzado, pero ¿conocéis aquellos de los que habéis sido librada, y de los que él os libra?

—Ahora me siento mejor, reverendo, mucho mejor; puedo levantarme y

caminar: acabemos nuestra peregrinación.

El señor de Cogolin, sosteniendo a Déborah, la llevó entonces a la cala de san Columbano, gruta a cuyos pies el mar bate continuamente. En aquella hora la marea había subido, y no pudieron entrar en ella sin mojarse hasta la rodilla.

—Éste es —dijo gravemente Dom Fiacre— el lugar salvaje donde se ocultaron san Eleuterio y san Columbano cuando los sarracenos mataron a los quinientos religiosos cuyos huesos hemos visto hace un rato. Pero habiendo visto las almas de aquellos santos cenobitas subir al cielo, en forma de brillantes estrellas, san Colombán salió de esta espelunca y fue a ofrecerse al hacha de los infieles para unirse al martirio de sus hermanos.

A estas palabras, el señor alcaide soltó una carcajada, y como incrédulo, mirando con aire malicioso a nuestro serio mistagogo, exclamó:

—¡Ah, por todos los diablos, reverendo, nos la queréis pegar!… Pero esa patraña no es de recibo. En realidad, si esa matanza ocurrió durante la noche, jamás girándula alguna ni ramo de fuegos artificiales han producido un espectáculo más bello que esas quinientas una almas subiendo al cielo, como cohetes volantes, a manera de estrellas de fuego. Confieso que me gustaría mucho ver un fuego artificial de almas como ése, y, sobre todo, saber si para hacerlas subir así no necesitaron un mimbre como los petardos.

Al salir de la cala, profanada por las burlas del señor alcaide, en dirección a la punta Sudeste de la isla, subieron a una barquilla para pasar el estrecho que separa Saint-Honorat de un islote, llamado Saint-Féréol. Cuando bajo el abaciado de san Amán vivían en la isla más de *tres mil solitarios*, como todos no podían alojarse en Lerina, una parte de estos santos personajes fueron a vivir a Lerinus, Sainte-Marguerite, que cuenta entre sus anacoretas más célebres a san Eucher de Lyon, y se asentaron también en las restantes isletas de alrededor, en la Fornigue, en la Grenille, y en la que debe su nombre a san Féréol, cuya celda todavía se ve y en la que apenas cabe un hombre.

Después de haber permanecido un rato bastante largo en aquella roca salvaje, que de lejos parece una hoja seca flotante, y desde donde la mirada, rozando la superficie del mar, huye por toda su extensión con la velocidad de un trasgo, hasta el golfo de Génova, regresaron al Frioul y a la barca que los había llevado.

Déborah dio las gracias muy amablemente a Dom Fiacre, luego se puso de rodillas y le pidió su bendición.

—Bendita seáis —le dijo— en nombre de Aquel que es el refugio de los afligidos; bendita seáis ante la faz de las tres inmensidades, pálida imagen de la

inmensidad de Dios, la tierra, el océano y el cielo. No os dejéis dominar por la desolación, hija mía; la desesperación no debe manchar un alma cristiana; la desesperación es una gran blasfemia contra Dios. Rezad, y él no os abandonará. ¿Qué es para el Todopoderoso una cadena y un cerrojo?… El que sacó a Daniel del foso de los leones bien podrá sacar a su sierva —*ancilla sua*— del foso de los hombres.

VII

Dos o tres veces por semana, el señor alcaide reunía en su salón a todos los prisioneros y les daba una especie de veladas, donde se hablaba y se jugaba a la baceta y al hombre[103]. Rara vez acudía Déborah a ellas; sólo iba cuando no se sentía triste. El dolor verdadero no necesita distracción: se encierra, se queda frente a frente consigo mismo, se complace en su propia pena, como una mujer ante el espejo que repite su imagen; cualquier otra cosa que no sea el dolor es algo feo y repugnante. Dicen que el dolor es como esos cristales de óptica que, gracias a un extraño juego, perturban, empequeñecen o prolongan las formas más bellas y convierten en figura grotesca una estatua admirable. Pero quizá no sea, por el contrario, más que un cristal que aclara, que nos descubre la realidad de lo que la educación, las prevenciones, las ilusiones, la turbación de las pasiones y el orgullo nos presentan bajo una luz falsa. El dolor podría compararse a la balanza de la Justicia, si la balanza de la Justicia pesase con justicia.

La fortaleza no guardaba entonces más que ocho o diez prisioneros. Entre ellos estaban dos viejos llenos de salud y razón, a quienes sus hijos, poderosos en la corte, habían hecho incapacitar y encerrar como locos para apoderarse y gozar de sus bienes adelantando la herencia.

Aunque no le faltasen muchas cosas al bienestar material de Déborah, estaba más sombría y más abatida que nunca. La perseguían extraños deseos, aspiraba a un estado distinto y lejano; y como se hallaba cautiva, se decía:

—Lo que me falta es la libertad.

Pero esa necesidad vaga, el hombre la lleva consigo en todo tiempo y lugar: libre o cautivo, de luto o alegre, su alma siempre se ve turbada por esos impulsos hacia un infinito y hacia algo desconocido inexplicables. ¿Es la oscilación de la llama que arde en nuestra lámpara de arcilla, y que trata de volver al fogón de donde ha sido sacada? ¿Es el recuerdo de una vida mejor y pasada, o el presentimiento de una vida mejor y futura?… El primero que comparó la vida a un viaje y el hombre a un peregrino, lanzó uno de esos grandes fulgores que rara vez salen del genio humano, y que, como el rayo, extienden una capa de luz en

las tinieblas. ¿No es el hombre, en efecto, como el viajero que siempre aspira? Pero ¿a qué aspira?… Para alguno, su aspiración no es la nada de la rumba.

La soledad en que vivía Déborah exaltaba su sensibilidad y liberaba en ella esos vapores negros que asaltan a las mujeres durante la gestación. El recuerdo de los males sufridos no abandonaba su mente, y su corazón estaba lleno de remordimientos y quejas. Se acusaba de la muerte de su madre y de la muerte de Patrick. Tenía la impresión de que sus sombras vagaban sin descanso a su alrededor y la rozaban. En el chirrido del cerrojo de su puerta sacudida, en el ruido del viento, en las pulsaciones de los psocos[104] y de los falsos pulgones, que hieren y atraviesan los viejos muebles con su oviscapto, creía oír sus pasos o quejas y gemidos. El señor de Cogolin iba de vez en cuando a pasar un rato con ella, pero su conversación era tan frívola que Déborah no gustaba mucho de sus delicias y sacaba poca energía de ella. También la visitaba con bastante frecuencia Dom Fiacre; pero como la agobiaba inmisericorde con dogmas y doctrinas, era más importuno que agradable, y jugaba más bien el papel de un perseguidor que de un santo paracleto[105]. En cuanto al resto de los prisioneros, huía de ellos cuanto podía. La vista de muchas de aquellas víctimas que, como ella, habían traspasado en su juventud la puerta de aquella fortaleza y cuyos cabellos habían encanecido bajo sus bóvedas la entristecía profundamente y era un presagio de su destino; destino frente al que se enfriaba toda la fuerza de su alma. Rara vez sostenía una conversación, sus respuestas eran breves, y en ocasiones, incluso, insensatas. Su placer más vivo era pasear por el jardín del alcaide, pasear por él sola, y por la parte más sombría.

Hacía cuatro meses que Déborah había sido trasladada a Sainte-Marguerite cuando dio a luz un varón. Grande fue su alegría, y le puso por nombre *Venganza*. Este nombre hizo temblar al señor de Cogolin; y Dom Fiacre empleó cuanto sus medios oratorios pudieron sugerirle para que sustituyese ese nombre impío por el nombre patronal de un santo apóstol. Pero Déborah fue inflexible.

El nacimiento de aquel niño le devolvió toda su energía y todo su valor. En los cuidados y solicitudes maternales encontraba olvido para sus desgracias. Era un gran consuelo ser madre y ver revivir a Patrick, de quien el niño era viva imagen; ser tutora de una criatura más débil todavía que ella misma; tener una existencia que dependiese de la suya, y una educación por hacer. Su futuro, que le parecía vacío, sombrío y sin meta, acababa de llenarse de repente. Tenía una larga y dulce tarea, trabajos, deberes, compañía; todo su afecto quedaba

empeñado, toda su vida ocupada. Creía que el niño aún podría ser para ella fuente de felicidades verdaderas, entregándose al culto de un recuerdo viviente, pero para eso tenía que liberarse de la mazmorra donde estaba condenada a languidecer y a morir, debía recuperar su libertad. Esto la preocupaba desde hacía tiempo. Pareciéndole que por fin había llegado esa hora, escribió la siguiente carta a su tutor sir John Chatsworth, abogado de Dublín:

«Mi querido y honorable amigo:

»Os necesito, sois mi único refugio, no me falléis, porque entonces todo me fallaría. Acordaos con placer de aquella pobre Debby, vuestra hija, como la llamabais y como la amabais, cuyos bracitos tantas veces se agarraron a vuestro cuello, y a la que tantas veces acunasteis sobre vuestra gran toga negra. Me conocisteis en la cuna, me quisisteis desde mi infancia; seguid amándome siempre, amadme por lo menos una vez más, os lo ruego en nombre de vuestro padre, mi abuelo, que tanto os apreciaba. Él me puso bajo vuestra protección, me hizo vuestra pupila, os confió mi defensa y mis bienes: salvadme, sois dueño de mi fortuna y de mi vida.

»Cuando abandoné Irlanda, hace diez meses aproximadamente, os dirigí un memorial con todo lo que acababa de ocurrir en mi familia, y con los motivos que me obligaban a expatriarme; ese memorial era triste, ese memorial era desgarrador, y sin duda vuestro buen corazón debió de quedar muy afectado; os pido perdón por la pesadumbre que os causé. Creía que el exilio iba a poner fin a mis sufrimientos y a darme la felicidad que tanto ansiaba mi alma, porque tenía con quién compartirla. ¡Creía encontrar en Francia libertad y hospitalidad!… ¡Ay, nunca hubo decepción más grande que la mía! ¡Ojalá hubiese ido al desierto de Barca[106]!… Os adjunto un nuevo memorial, preciso y verdadero, de cuanto me ha ocurrido desde mi huida al Continente. El primero era desgarrador, ¡éste, espantoso! Si vuestro corazón siente repugnancia ante los cuadros sombríos, si la injusticia os duele, cogedlo, rompedlo, arrojadlo al fuego… Ha de bastaros saber que en la actualidad soy prisionera en una cárcel de Estado, de donde no debo salir si no es a hombros de un enterrador. Pero con vuestro auxilio y vuestra ayuda, eso no sucederá. He madurado largamente distintos proyectos de evasión, y me he decidido por éste, el más seguro y más sencillo. Costará, sin duda, sumas considerables; pero que eso no os haga perder el tiempo; a Dios gracias poseo riquezas suficientes, y desde hace tres días soy mayor de edad.

(Aquí venía un plan de fuga muy audaz y perfectamente detallado).

«Aunque todas estas recomendaciones puedan pareceros minucias, no debe descuidarse ninguna, la suerte del empeño depende de eso.

»Asumo rodos los gastos de armamento, equipamiento y viaje. Si encontráis un individuo apropiado que os pida más de veinte mil libras, dadle más, no dudéis. Estoy dispuesta, si fuese necesario, a sacrificar todos mis bienes para salir del lugar en que me encuentro. Para pagar una vida, incluso la vida más desdichada, no hay rescate demasiado caro.

»Todo esto ha de causaros muchas molestias y pesares, mi querido tutor, mas estad seguro de que sé apreciar la inmensidad del favor que vais a hacerme, favor que está más allá de cualquier agradecimiento. Siempre conservaré por vos una gratitud inalterable, que, unida al afecto que domina mi corazón, hará de vos el hombre más amado, como sois el más digno de serlo».

Cuando Déborah hubo acabado esta carta, corrió a llevársela al señor de Cogolin, a quien ella, muy astutamente, ya había hablado de su proyecto de escribir a su tutor, para pedirle cuenta de los bienes que le había legado su abuelo: proyecto que el alcaide había aprobado y alentado de todo corazón. Y ella se la presentó abierta, rogándole que tuviese a bien leerla, convencida de antemano de su negativa, por galantería, por delicadeza, y sobre todo porque apenas sabía unas cuantas palabras de inglés.

—Cerrad vuestra carta, amiga mía, os devuelvo confianza por confianza —le dijo, cogiéndola y besándole las manos—, selladla y entregádmela luego; uno de mis criados irá enseguida a Antibes, se la entregaré.

Déborah le dio las gracias cortésmente, pero con extremada reserva, temerosa de traicionar toda la alegría que sentía ante aquel primer éxito.

LIBRO QUINTO

Where is my lord? where is my Romeo?
Shakespeare

VIII

—¡Hola! ¿Dormís, centinela?

—¿Quién vive?

—Orden del rey. Echad el puente.

Se hizo un largo silencio. Sonaron las once horas de la noche en el castillo. La oscuridad era profunda.

—¿Quién vive? —gritó de nuevo una voz en la lejanía.

—¡Orden del rey! ¡Jean Buot!

—¡Ah!, sois vos, señor Buot. Vuestro muy humilde servidor. Sin duda nos traéis caza. Todas nuestras jaulas de pichones están llenas, ¿de qué gancho queréis que las colguemos?

Rechinaron las cadenas del gran puente levadizo, que bajó pesadamente, y avanzó una carroza: dos hombres descendieron de ella, uno llevaba espada al costado, el otro cadenas y pernos en los pies y en las manos; y a estos dos hombres les siguieron otros dos, el sargento de guardia y el portero del torreón.

Cuando llegaron a un recinto cerrado por una muralla de altura excesiva, en la que únicamente se había practicado una entrada, defendida por dos centinelas, tras ellos se abrieron y cerraron tres puertas enormes, selladas de trecho en trecho en el espesor de un muro que tenía más de dieciséis pies.

Una lámpara de hierro, realmente sepulcral, iluminaba con luz moribunda sus pasos, que resonaban bajo las bóvedas y se mezclaban a los chirridos de cerrojos y de rejas, girando sobre sus monstruosos tejuelos. A cualquier sirio donde se dirigiese la vista, entre las tinieblas sólo se encontraba un espantoso espectáculo de cerraduras, cerrojos, grilletes, candados y barrotes de hierro.

Después de pasar por una escalera de caracol, tortuosa, estrecha, escarpada, que bordeaba el camino y multiplicaba las vueltas y revueltas, bloqueada de toesa en toesa por puertas rigurosamente cerradas, en el primer piso se abrió un portillo, semejante a una muralla de vaivén, y todos penetraron en una amplia cámara, con bóveda de ojiva y un solo pilar en el centro.

Alzando entonces el joven cargado de cadenas su cabeza inclinada de víctima, leyó sobre la puerta esta inscripción: «Carcer tormentorum», *Sala de interrogatorios*; y vio las paredes de los muros y el arranque de las bóvedas cubiertos de instrumentos de tortura, extraños y desconocidos. Todo alrededor había compartimentos de piedra, rodeados de anillos incrustados en unos bloques que servían para sujetar, en el momento del interrogatorio, los miembros de los desgraciados sentados en aquellas sillas de dolor. Aquí y allá se veía también la armazón de algunos catres, en los que se encadenaba al paciente cuando, anonadado por el exceso del dolor y a punto de expirar, le daban un poco de descanso para devolverle la sensibilidad y hacerle luego sufrir nuevos suplicios.

El oficial del rey en el torreón no tardó en aparecer. Una vez que el señor Jean Buot le entregó las órdenes y la carta sellada del ministro Phélipeaux de Saint-Florentin de la Vrillière, contempló un instante a su nuevo huésped y, según la costumbre, ordenó a los carceleros registrarle. Para que lo hiciesen con más celo, él mismo empezó por darles buen ejemplo. Después de remangarse, introdujo sus manos en todos los bolsillos; y, como un cirujano que quiere sondar una hernia, paseaba sus dedos por los lugares más secretos. ¡Vergüenza y asco!… El prisionero hizo un gesto de indignación, apartó la cabeza y escupió contra el muro. Le quitaron el dinero, el reloj, las joyas, las puntillas, la cartera… Lo liberaron de sus hierros: sus brazos y piernas estaban desollados por el roce y amoratados por la presión que, deteniendo la circulación de la savia, había levantado alrededor hinchazones como en un cepo estrangulado por ataduras. Cuando nuestro desdichado fue liberado de sus trabas, el señor Jean Buot exclamó con un énfasis realmente ridículo:

—Señores, este hombre es un forzado temible, tened cuidado; y vos,

comandante, sacad si os place vuestra espada de la vaina.

Ante esta exhortación, el prisionero no hizo sino sonreír, pero fue una sonrisa amarga.

Finalmente lo despojaron de sus ropas y lo cubrieron con harapos, empapados sin duda en las lágrimas y los sudores de agonía de algún desdichado muerto encadenado.

Gruesas lágrimas caían de los ojos de aquel joven, sus piernas desfallecían; se dejó caer sobre uno de los asientos utilizados para la tortura. Aprovechando su desmayo, dos carceleros lo arrastraron fuera de aquella sala; y volviendo a bajar la tortuosa escalera, y atravesando por debajo una guarida poco más o menos igual que parecía servir de cocina, lo hicieron pasar a un horrible calabozo, en el primer piso, donde lo tendieron en una especie de litera después de encadenarlo a la pared. Luego, como si estuviese en condiciones de entenderle, el señor lugarteniente del rey le hizo entonces la recomendación terminante, breve y altiva, de no permitir el más ligero ruido, porque aquélla era, según dijo, *la casa del silencio*.

En efecto, era la casa del silencio, pero también era la casa del hambre y de la muerte.

Poco después empezó a recobrar los sentidos; pero a medida que los recobraba, aumentaba el sentimiento de sus lágrimas. Para tratar de descubrir en qué lugar podía encontrarse, se incorporó en el catre, palpando con los dedos todo alrededor y tratando de descifrar algunas formas en la oscuridad. De pronto le parece oír un ruido de respiración penosa, presta atención: el mismo ruido se prolonga. No hay duda, ¡alguien respira!… Pero ¿es la respiración de un ser humano o de una bestia feroz? Le sobrecoge el terror, se inclina, sigue escuchando… Esta vez su oído distingue un roce ligero y un crujido de miembros estirados que se dislocan.

—La oscuridad es tan espesa que no puedo verme ni a mí mismo. ¿Hay alguien más en este lugar? —dijo entonces, casi en voz baja.

No hubo respuesta. Pero un objeto se movió, y exhalaron un largo suspiro.

—¡No temáis, vos que podéis estar cerca de mí! No soy más que un miserable prisionero. En nombre de Dios, tened la piedad de responderme.

—¿Quién habla aquí? ¿Sois vos, carcelero?… ¿Quién viene a turbar a esta hora la paz de mi calabozo?

—*Spiorad-naom*![107] ¡Pero si conozco esa voz!

—¿Estoy despierto o soñando? —murmuró la misma voz sorda—. Un acento familiar ha llegado a mi oído.

—*Dia-an-mac*![108] ¿Qué visión fúnebre pasa una y otra vez delante de mí y engaña mi alma? ¡He enloquecido! No es él… está muerto… ¿Quién sabe si sigue en la tumba?… Patrick, Patrick, hermano mío, ¿serías tú? ¿Eres tú, Mac-Phadruig?…

—¡Fitz-Harris!… Ay, desdichado… ¿también tú en este abismo?

—¡Patrick, Patrick, hermano mío! ¡Vuelvo a encontrarte!… ¡Dicha espantosa!… ¡Si puedes, ven para que me arroje en tus brazos, para que sienta, estrechándote contra mi corazón, que no eres un fantasma! Porque mi ánimo turbado no puede creer que seas tú; porque todo esto no le parece sino una ilusión febril.

Y precipitándose, en medio de las tinieblas, todo el espacio que les permitía la longitud de sus cadenas, ambos chocaron pecho contra pecho y cayeron de rodillas abrazados.

En ese abrazo de serpiente, se cubrieron de besos y de lágrimas.

Por Pin, Fitz-Harris exclamó:

—Patrick, ¡he llorado tanto tu muerte!… Ahora te encuentro. ¡Y ahora debo seguir llorando por ti!…

—Hermano mío —respondió Patrick—, ya que los dos estamos destinados al sufrimiento, bendito sea el cielo que nos ha preparado un destino gemelo y nos ata a la misma desdicha como a dos esclavos a la misma galera. ¡Qué alegría encontrarte, hermano, incluso bajo el hacha del verdugo!

Y se abrazaron de nuevo, y lloraron, y luego reinó un largo silencio.

—Pero Harris, no me dices nada de Déborah; ¿la has visto después de mi desaparición? ¿No sabes qué ha sido de ella? Vamos, habla, no temas aumentar mi aflicción; tengo el presentimiento de su infortunio, tan horrible probablemente como el nuestro. ¡Pobre niña!…

—Antes de abandonar Francia, hermano mío, quería despedirme de ti y pedirte por última vez perdón y olvido de todo el daño que de manera tan cobarde te había hecho; con ese propósito me dirigí al palacete Saint-Papoul; pero me abrió Déborah, sola, enloquecida, frenética, y, acusándome de cosas cuyo sólo recuerdo me hace temblar, me dijo que te habían matado y que yo era de la partida que había provocado tu muerte. Cuando se desdijo de esa idea atroz, para reparar mis faltas contra ti, le ofrecí entregarme a ella como

expiación; pero me rechazó pidiendo que cayera sobre mi cabeza la abominación. Y esa maldición cayó sobre mí como un manto de plomo. Me sigue a todas partes como loba; me muerde, me roe, flota sobre todos mis pensamientos envenenándolos. Por último, la dejé, me marché, y no he vuelto a verla.

—Tengo en cuenta, Fitz-Harris, ese paso que demuestra la excelencia de tu corazón, de la que jamás he dudado. Te agradezco tus buenos oficios ofrecidos a Déborah; lamento que se haya mostrado tan dura contigo. Sé que no suele olvidar las injurias, que guarda rencor… Pero ¿no se encontraba también en un momento terrible? Cuesta perdonar cuando las heridas están abiertas, cuando el hierro está en la herida. No te aflijas por su maldición: la maldición lanzada en medio de la cólera no fructifica. Si alguna vez regresamos a la vida, si alguna vez volvemos a ver a Déborah, tranquilízate, yo haré que sus sentimientos hacia ti sean mejores. En cuanto a los míos, créeme, no han cambiado. Echemos al olvido para siempre lo malo que ha habido entre nosotros; recordemos únicamente los días en que nos quisimos, y que somos compañeros de infancia, de juventud, de infortunio y de patria. Conservemos nuestra amistad, hermano, la necesitaremos.

—No puede haber entre nosotros amistad, hermano; la mía no honra, y soy indigno de la tuya; no aspiro sino a ganar de nuevo tu estima, y te pido perdón y piedad.

Y se abrazaron de nuevo, y lloraron, y luego reinó un largo silencio.

—Patrick, ¿dónde estamos? Porque el cielo estaba tan oscuro que no he podido reconocer dónde entraba.

—Estamos en el torreón del castillo de Vincennes.

—¿Y qué ruido sordo y regular es ése?

—Silencio. Es la ronda que pasa debajo de nuestras ventanas. Vuelve cada media hora, y mañana y noche da la vuelta a los fosos.

—Pero, dime, Patrick, porque sigo sin saberlo, ¿qué circunstancia ha podido hacer pensar que fuiste asesinado?

—El mismo día en que fui expulsado de la compañía, después de tomar la decisión de abandonar Francia por razones que no ignorarás y por otras que te haré conocer más tarde, cuando, al anochecer, salía para ir a las Mensajerías, fui asaltado en nombre del rey por cuatro hombres armados. Salté hacia atrás para echar mano a mi espada, decidido a no rendirme: pedí ayuda contra los asesinos y herí a varios. Se abre una ventana y Déborah, al reconocer mi voz, me llama y

me grita: «¡Ánimo! ¡Ataca, ataca! ¡Ahora mismo vuelo en tu ayuda!» Pero en ese momento uno de los cuatro esbirros se coloca detrás de mí y me hunde por la espalda el acero en el costado; caigo, me levantan inmediatamente y me arrojan con ellos en una carroza que aguardaba a unos pasos de allí… Y ya hace catorce días que estoy en esta mazmorra. He querido escribir a Déborah para informarle de mi suerte, pero me han negado, contra toda piedad, papel y tinta; me han negado todo menos un poco de pan y agua. Pero, explícame tú, Fitz-Harris, por qué fatalidad has venido a reunirte conmigo en este torreón.

—Hacía tres días que había salido de París, estaba en Calais y esperaba en la posada que algún paquebote se hiciese a la mar cuando de pronto un hombrecito florido como un amor entró en mi cuarto y me preguntó por el señor Fitz-Harris. Con la mente ocupada en una idea divertida, y al no augurar nada bueno de aquella visita, le devolví pregunta por pregunta y le dije: «¿Queréis hablar con él en persona? —Sí, señor. —Entonces, dirigíos a él. —Es lo que hago, señor —me respondió. Soy Jean Buot… —Señor, encantado. —Soy agente de policía. —Os felicito por ello, caballero. —En nombre del Rey, de la Ley y de la Justicia, señor Fitz-Harris, quedáis detenido. —Decid mejor en nombre de la que se acuesta con el Rey, la Ley y la Justicia»… Y cuando se acercaba para apuñalarme, lo levanté del suelo y lo metí en un baúl vacío que había visto en un rincón. En el momento en que bajaba la tapa, lanzó un silbido; tres hombres de su séquito se precipitaron en el cuarto, liberaron a su capitán y me ataron para llevarme a la cárcel. Me hicieron atravesar la ciudad a pie; durante todo el trayecto hube de soportar la rechifla y los insultos de la muchedumbre. ¡Qué alegría sienten los hombres al ver sucumbir a sus semejantes! A veces, a falta de otras cosas, hacen ovaciones y triunfos, pero lo que prefieren sobre todo es ver llevar a alguien a la horca. Estuve ocho días en esa prisión donde me había depositado mi exento. El carcelero me hizo la confidencia de que el señor Jean Buot había hecho una conquista merodeando por la ciudad, y que se olvidaba de mí, así como del honor, junto a aquella mujer en medio de excesos de voluptuosidad. Cuando por fin escapó de los brazos de su Agnès Sorel, el señor Jean Buot reapareció, me puso grilletes en pies y manos y me hizo subir a una carroza. Como se acordaba de la aventura del baúl y no se sentía seguro a mi lado, me puso una cadena debajo de las rodillas y alrededor del cuello, que me obligaba a estar inclinado, y nunca quiso desatarme las manos durante todo el viaje; prefirió tomarse la molestia de darme de comer en la mano, como a un pájaro. ¿Estabas durmiendo, hermano, cuando me metieron en este calabozo? Mi

turbación era tan grande que no me queda ningún recuerdo.

Apuntaba el día. Al débil resplandor que iba entrando por una especie de tronera, Fitz-Harris pudo trabar conocimiento de la fosa donde había sido arrojado. No fue largo el examen; además de un suelo embarrado y cuatro paredes podridas, cubiertas de una grasa negruzca, de estelas de caracoles y de telas de araña espesas de polvo, semejantes a membranas de murciélago, no descubrió otra cosa que una especie de lecho excavado como un fregadero en la piedra, sobre el que estaba tendido Patrick, y, al pie o a la cabeza de ese lecho o de ese pilón, un agujero de letrinas del que salía una hediondez infecta: aquella cloaca era el único lugar que las cadenas permitían alcanzar a los prisioneros.

Lo que aumentaba mucho el triste horror de aquella mazmorra era la voz monótona de los centinelas del exterior que, con la consigna de ordenar a los transeúntes que apartasen la vista del Torreón, no cesaban de repetir desde el alba: *Seguid vuestro camino*.

A pesar de sus repetidas solicitudes, Patrick no había podido obtener los cuidados de un cirujano para su herida, que seguía sin ningún vendaje y le hacía sufrir de una manera horrible. Rogó a Fitz-Harris que se la mirase. El sable había penetrado muy hondo en el costado y había provocado un ancho desgarrón. La llaga estaba sangrante, envenenada y purulenta. Fitz-Harris la limpió ligeramente con una paja y agua y se desgarró la ropa para hacer compresas y vendas. Lleno de paciencia y solicitud, siguió haciendo hasta la curación total, es decir, durante seis semanas por lo menos, ese penoso oficio, sin otro medicamento que el agua impura y unas cataplasmas de miga de pan que masticaba.

Hacia el mediodía, Fitz-Harris oyó en el exterior los ladridos de un perro, que parecían salir del pie de la torre, por encima de la tronera de la mazmorra. Al principio sólo se fijó en ellos para bromear:

—¿Oyes ese perro que ladra? —le decía a Patrick—; ese pronóstico me anuncia que perderé mi libertad y que me encerrarán en un torreón. ¡A buenas horas! Ése sí que es un perro que se respeta, y, como no quiere hacer profecías temerarias, espera que mis desdichas se cumplan para predecirlas. ¿No crees que se parece un poco a esos echadores de horóscopos que dicen con aire sagaz a las muchachas cuyo vientre enorme sobresale como un balcón: «La sota de picas, señorita, anuncia que habéis perdido vuestra flor»?

El infatigable perro seguía con sus ladridos. De repente, totalmente sorprendido, Fitz-Harris se mantuvo callado, prestando oído:

—¡Será posible! Me parece que es la voz de mi pobre Cork; el feroz señor

Jean Buot no permitió que subiese conmigo a la carroza, diciendo el muy burlón que sólo tenía orden para una cabeza. ¿Es verosímil que haya podido seguirnos desde Calais, donde ese hombre le hizo perderse? Sin embargo… ese sonido trágico es el suyo. ¿No lo reconoces?

Entonces le silbó y lo llamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Cork, amigo Cork!

El perro respondió con unos ladridos de júbilo que disiparon todas las dudas. Transportado de alegría y de admiración por tanto instinto y cariño, recogió algunos trozos de pan seco y se los arrojó por la lucera, el perro se calló y se le oyó comerlos. En ese momento entró el carcelero; traía el desayuno. Fitz-Harris le puso de manifiesto el gran placer que para él sería que le permitiesen tener a su perro con él, y le rogó que se lo trajese. El carcelero le respondió con brusquedad: *Eso es imposible*. Fitz-Harris le suplicó como se suplicaría a una amante cruel: el carcelero le volvió la espalda y se retiró. Fitz-Harris enjugó una lágrima, llamó a Cork, le tiró la mitad de su ración y a gritos se despidió de él ordenándole que buscase un nuevo amo menos desgraciado. Pero al día siguiente, cuál sería su sorpresa, a la misma hora regresó para ladrar al pie del torreón. Como la víspera, Fitz-Harris compartió con él su almuerzo, y de nuevo rogó al carcelero, que siguió respondiéndole: *Eso es imposible*.

Todos los días, con frío y con lluvia, el fiel Cork fue a gemir y a hablar con su amo, cautivo e invisible; y cada día Fitz-Harris compartió su pan con él, del mismo modo que imploró por él al carcelero que, inexorable, siempre respondía con el mismo graznido: *Eso es imposible*.

Fue en septiembre cuando los sumergieron en aquella sucia mazmorra: sin fuego y sin mantas, pasaron allí todo el invierno, que fue largo y riguroso. En los primeros días de marzo, el señor lugarteniente del rey en el Torreón fue a visitarlos. De Guyonnet era bastante bueno, bastante justo y bastante agradable con sus prisioneros. Por desconfianza, se mantuvo al principio a distancia, con la espada en la mano; pero tras hablar un rato con ellos, sus prevenciones cesaron: había pensado que enfrente tenía unos locos furiosos, y no encontraba sino dos jóvenes llenos de inteligencia, de dignidad y de resignación.

—Amigos míos, estoy profundamente apenado por haberos tratado con tanta dureza —les dijo—, lamento muchísimo mi error. La resistencia que, durante vuestro arresto, opusisteis a los agentes de policía y sus informes me habían engañado. Os describían como locos peligrosos. Os pido perdón por mi conducta, tan mala, hacia vos; trataré de repararla con todo lo bueno que hay en

mí y en mi poder. Estoy maravillado, y me felicito sobre todo de este maravilloso azar que me hizo juntaros en la misma mazmorra a dos amigos y compatriotas. Lo que el azar ha hecho tan bien, me guardaré mucho de deshacerlo; no temáis, no seréis separados. Vamos, amigos míos, levantaos y seguidme.

Liberados de sus grilletes, nuestros dos infortunados le siguieron.

Después de haber dado vueltas largo rato por el caracol de la escalera, llegaron al cuarto piso, a una gran sala semejante a la de la tortura. En uno de sus rincones, tres puertas, armada cada una con dos cerraduras, tres cerrojos y enormes pesas para impedir que se deslizasen, y que se abrían a contrasentido una de otra, de modo que la primera quedaba atrancada por la segunda, que a su vez lo era por la tercera, totalmente forrada de hierro, los introdujeron en una sala octogonal, muy lúgubre, que en comparación con la fosa de donde salían les pareció un lugar de recreo. Tenía una chimenea, dos sillas, un catre, una mesa, un cántaro desbocado y cuatro ventanas oscuras que dejaban pasar algunos rayos de luz tamizada por una estrecha lucera provista de una alambrera, de una hilera de barrotes y de dos enrejados de hierro.

El señor lugarteniente ordenó que les proporcionasen fuego, libros, papel, plumas y tinta, y les aplicó el régimen ordinario de los prisioneros, con vino, carne y arenques. Por un exceso de favor raro, les concedió, para restablecimiento de su salud, el paseo por el jardín, de treinta pasos de largo, entre su carcelero y cuatro sargentos de guardia. La constancia de Cork le había conmovido; permitió a Fitz-Harris tenerlo a su lado, e incluso llegó a acariciarlo varias veces. ¡Cosa inaudita!

El primer cuidado de Patrick fue escribir para tratar de conseguir algunas nuevas de Déborah. Tres días después recibió un baúl y una carta del señor Goudouly, su antiguo hostelero. Después de testimoniar un gran asombro y satisfacción por saberle prisionero en Vincennes, por creerle muerto y bien muerto hacía mucho, el buen hombre añadía en su respuesta que, al día siguiente de la noche en que Patrick había sido atacado y raptado al salir del hotel, lady Déborah había salido y no había regresado, y que luego, a pesar de todas sus investigaciones, no había podido descubrir qué había sido de ella; por último, que si alguna vez llegaba a enterarse de algo sobre su suerte, se apresuraría a comunicárselo.

Cuando Patrick hubo acabado la lectura de esta carta, no profirió una palabra; con las dos manos apretadas contra los ojos, permaneció anonadado.

Fitz-Harris, que le había pasado un brazo alrededor del cuerpo, le estrechó afectuosamente contra su corazón, y le dijo en tono dulce:

—Créeme, está en Ginebra.

Entonces Patrick se arrodilló silenciosa y fríamente ante el baúl y lo abrió: lo llenaban todos los vestidos de Déborah; los cogió y los arrojó a los pies Fitz-Harris gritando:

—¡Toma, aquí tienes sus despojos!… ¿Conque está en Ginebra? ¿Por qué iba a dejar todo esto? ¡Sus vestidos, sus joyas!… ¡No, ha muerto sin remisión!… ¡Pobre Déborah! ¿Dónde estás ahora? ¡Los muy bárbaros! ¿Qué han hecho de ti? Mira, Fitz, estas ropas todavía exhalan su aroma. Me parece que todo esto respira, que Déborah está cerca de mí. ¡Ah, Fitz, cuánto sufro!… ¡Oh, Dios mío!… Para que un hombre diga que sufre, tú sabes, Fitz, que tiene que sufrir horriblemente.

Entonces se abatió sobre aquel montón de galas y, con la cara hundida, permaneció mucho tiempo inmóvil, ocultando sus lágrimas y ahogando sus sollozos.

Después de mucho llorar, se puso de rodillas y, cogiendo uno por uno todos aquellos velos, aquellos terciopelos, aquellos satenes, aquellas cintas, todos aquellos objetos que acababa de aplastar con el peso de su cuerpo abatido, los agitaba, se los mostraba a Fitz-Harris, los cubría de besos, los estrechaba contra él, los extendía a su alrededor.

—Mira, amigo Harris —decía dolorido—, el echarpe que palpitaba en sus hombros como las alas de un ángel en nuestra última cita nocturna en el torrente. Mira, aquí está toda su ropa de luto por su madre, su desdichada madre… Y este vestido: todavía tiene impresas sus formas. ¡Oh, bésalo por amor hacia mí!… Y aquí están los guantes de seda de sus piececitos. Y el peine que mordía su cabellera. Estas mangas encerraron sus brazos tan hermosos, tan blancos, que se movían con tanta gracia. Este corsé rodeó su talle redondo como la corteza rodea la albura; palpitó con los latidos y los suspiros de su corazón. ¡Y cuánta vida y elegancia prestaba ella a todos estos trapos sombríos e informes! Todo esto pertenecía a su pudor; todo esto era su follaje. El pudor es un árbol que sólo el invierno del alma y la muerte despojan de sus hojas. No quiero dejar estos despojos en este baúl; sería meterlos en la tumba y plantar un jardín encima; sería cerrar el libro de mi amor. Quiero que ese libro permanezca abierto para leerlo en todo momento.

Cogió entonces todas sus ropas, todas sus galas, y las colgó aquí y allá de las

paredes y de los barrotes del tragaluz.

IX

El señor lugarteniente del rey era curioso y preguntón, y tenía una singular habilidad para provocar conversaciones, para dar pie a relatos, para sonsacar recuerdos. Como iba muy a menudo a visitar a nuestros dos cautivos para que le hablasen de Irlanda, no tardó en sentir por ellos verdadera estima y en mostrar sincero interés, inspirado por su juventud y buen carácter.

No es que sus caracteres, como probablemente se habrá podido notar, fuesen igual de bellos, pero eran igual de buenos. Fitz-Harris, desconsiderado, inconsecuente, ligero, aventado, frívolo, superficial, enredador, desordenado, tenía todos los defectos de una cabeza que no se controla, de una inteligencia natural y transparente, y precisamente por esto, por esos mismos defectos, se le perdonaba todo, incluso lo que estaba completamente mal. El mal hecho por él parecía menos mal; se lo llamaba entonces atolondramiento, y encontraba sonrisas, indulgencia y perdones donde un alma pensativa, grave, prudente y uniforme como la de Patrick no habría encontrado otra cosa que indignación y desprecio.

Fitz-Harris era variable como el tiempo; y, como ciertas comarcas, sólo tenía dos estaciones, la primavera y el invierno, mayo y diciembre, alegría y *spleen*. Saltaba bruscamente de la alegría más loca a la hipocondría más estúpida. Patrick ponderaba sus actos. Reprimía alternativamente sus excesos; alternativamente le quitaba o le devolvía sentimientos. Lo peor era que Fitz-Harris no sabía emplear su tiempo. Patrick leía mucho en los libros y en su corazón, escribía, recogía notas, dibujaba. Fitz-Harris hablaba, cantaba, bailaba, caminaba, reía, hacía cuchufletas, vagaba, perdía el tiempo, paseaba, titubeaba y retozaba con Cork en sus horas de felicidad perfecta; en sus ratos de abatimiento, gimoteaba como un caimán; chocaba con todo y todo chocaba con él; se llenaba de una rabia nacida sin motivo, cogía un libro, examinaba la encuadernación y lo dejaba, se tumbaba en la cama, se respaldaba contra la mesa o paseaba de silla en silla ridículamente silencioso. De día en día, sin embargo, sus impulsos de alegría se volvían cada vez más raros y más breves y, en la época de que hablamos, era presa de una desesperación casi permanente.

El 13 de abril, más sombrío que nunca, merodeaba y daba vueltas por su

prisión octogonal, yendo de pared a pared, de rincón a rincón, leyendo y descifrando, quizá por enésima vez, los nombres, las fechas, las inscripciones, las sentencias y los versos escritos en los muros por las manos casi siempre inocentes de los desgraciados que, en otros tiempos, habían estado encerrados en aquel calabozo.

HIEMS ÆTERNUM[109] —1680

EL RELOJ NUNCA DARÁ PARA MÍ LA HORA DE LA LIBERTAD. —1701.

¡OH PURO AMOR DE DIOS!… HACE UN MES QUE HE DESPOSADO A JESUCRISTO. DESDE ESA ALIANZA CONSIDERABLE, YA NO REZO A LOS SANTOS, NI SIQUIERA A LA VIRGEN MARÍA, PORQUE EL AMA DE CASA NO DEBE IMPLORAR AYUDAS NI DE LA MADRE NI DE LOS CRIADOS DE SU ESPOSO. - 1695. — JEANNE MARIE BOUVIÈRE DE LA MOTEE, GUYON DU QUESNOY[110].

EL CONDE DE THUNN[111]. —1703.

EL CONDE DE THUNN. - 1713.

LENGLET DUFRESNOY[112]. - 1725.

1734. — CLAUDE-PROSPER JOLYOT DE CRÉBILLON[113].

—Desde ahora seré virtuoso; no escribiré más de TANZAI NI DE NÉARDANÉ.

DIDEROT[114].

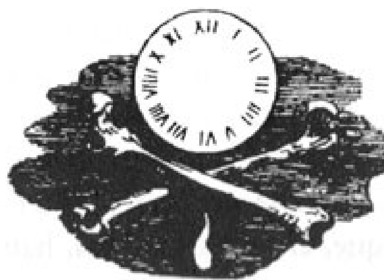
HENRY MASERS DE LATUDE[115]

Espíritu mío, tranquilizaos y sufrid en paz vuestros dolores.

MARQUÉS DE MIRABEAU[116]

La vida huye, los que encierran hombres y los encerrados pasan. Sólo Dios permanece y juzga.

SALDRÉ CUANDO ESTE RELOJ MARQUE LA HORA Y EL MOMENTO.



No había acabado Fitz-Harris esta última inscripción cuando entró el señor de Guyonnet con semblante alegre y solícito.

—Buenas noticias, señores —exclamó—, buenas noticias… Los hechos son éstos. Acabo de saber hace un momento que Madame Putifar tiene una enfermedad peligrosa, muy peligrosa; desahuciada por los médicos. He pensado que, si le escribieseis para pedirle vuestro perdón, en este momento supremo, a punto de bajar a la tumba y presentarse ante Dios, no podría negaros perdón y piedad. Vamos, no hay tiempo que perder; escribid enseguida vuestras súplicas, y yo las enviaré ahora mismo… Deprisa: la muerte está a su cabecera… Quizá ya haya muerto.

—Mil gracias os sean dadas, señor de Guyonnet; ¡qué bueno sois! —exclamó Fitz-Harris besándole las manos.

—Bien, bien, Fitz, más tarde me daréis las gracias. Escribid: volveré dentro de un momento en busca de vuestras cartas. Ánimo, Patrick, adelante, amigo mío; ¿qué hacéis ahí?… Vamos… los segundos cuentan.

—Gracias, señor de Guyonnet —replicó Patrick fríamente—. Vos sois generoso, pero esa mujer no lo es. Aunque tuviese la certeza de conseguir mi liberación, no querría pedírsela. Yo soy justo, puro, inocente; el crimen me cargó de cadenas; cuando mis cadenas caigan, alabaré a Dios. Pero la virtud no tiene coyunturas para plegarse ante el crimen. Podéis iros, señor, mi cuerpo y mi corazón saben sufrir: mi boca nunca pedirá gracia.

—Sois un loco, amigo mío.

—Quizá; pero tened por seguro que no soy un cobarde.

—Dejadle, señor lugarteniente; qué importa, yo hablaré por los dos.

—No, Fitz, te lo prohíbo.

—*No hagáis a vuestro hermano lo que no querríais que os hiciesen*. Un día

pediste gracia para mí, y me sacaste de la Bastilla; hoy quiero pagar esa deuda, quiero pedir por ti, quiero salvarte; quiero sacarte del Torreón. Hermano, quiero hacerlo y tengo derecho.

X

Súplica de Fitz-Harris a Madame Putifar

Madame:

Estáis sufriendo por Dios en un palacio; yo sufro por vos en una mazmorra; imploro a Dios por vos y os imploro por mí, y en espíritu voy a prosternarme a vuestros pies. Madame, quien no hace más que nacer es bastante viejo para morir; vos, que habéis pasado la edad de veinte años[117], puede sorprenderos la muerte. Una vez que llegue, no estaríais en condiciones de concederme una justicia que sólo debo pediros a vos, y vos me perseguiríais después de vuestra muerte, de la que Dios nos guarde. Madame, se debe perdonar: ¿queréis que empañe vuestro recuerdo y que diga que habéis sido inexorable? Hay un momento en que debemos dejar de ser injustos y bárbaros; es ese momento en que nuestra próxima disolución nos obliga a descender a las tinieblas de nuestra conciencia y a compadecernos de las pesadumbres, las penas, las desdichas y los infortunios que hemos causado a nuestros semejantes; tal vez os ha llegado ese momento, señora; como sabéis, hace ya muchos meses que me hacéis padecer y soportar mil muertes en el Torreón, donde hasta los súbditos más desleales del rey serían dignos de piedad y de compasión; y yo con mayor motivo, puesto que os ofendí leve e involuntariamente y que por ello os pido mil veces perdón e imploro la misericordia de vuestro buen corazón. ¡Ay, si pudieseis oír los sollozos, las quejas y los gemidos que me obligáis a lanzar! No tardaríais en enviar la libertad de mi persona. Madame, se debe perdonar. Siempre he sido de corazón humilde y respetuoso con vos; y más lo sería hoy si debiese mi querida libertad a vuestro favor.

Se debe perdonar, Madame. Morir, ser depositado en la tumba es la ley común; pero, estando vivo, ser hundido, como vos me habéis hundido, en una tumba de piedra, ¡eso sí que es cruel!… Madame, soy un niño, apenas tengo veinte años; soy un loco: bien y mal, todo lo que he hecho hasta ahora, lo he hecho por infantilismo; no me toméis en serio. No soy nada,

nada, menos que un sonido acabado, o que una chispa apagada, menos que un hilo de araña que revolotea en otoño; menos que una brizna de paja… ¿Qué peso creéis que tengo en la balanza de vuestro destino? ¡El interés que tengo por derribar un trono!… Madame, ordenad que pongan esta brizna de paja en la puerta, y el viento la arrastrará y se perderá en el torbellino del mundo.

Se debe perdonar, Madame. Tengo veinte años. ¡Ay, si supieseis cuánto amo la vida, me la concederíais! Dejarme vivir no es peligroso, creedme; todos mis sentimientos son buenos. Tengo veinte años. Si supieseis cuánto amo a las mujeres; si supieseis que mi culto por ellas llega hasta la idolatría, que mi respeto y mi cortesía se extienden incluso a las mujeres viles y caídas, no podríais creer que haya en mí maldad alguna contra vos, tan noble, tan bella, tan grande, tan admirada, tan admirable. No, señora, los impulsos que vuestra belleza y vuestra valentía han suscitado en mi ánimo han sido siempre los más contrarios al odio.

Se debe perdonar, Madame. En nombre del Dios eterno que nos juzgará a ambos, que será vuestro juez como vos sois el mío; si queréis que él tenga piedad de vos, tenedla vos de mí. ¡Tened piedad de mi pobre alma! ¡Tened piedad de mi pobre cuerpo! ¡Tened piedad de mis sufrimientos!…

En nombre de Dios que os hizo tan bella, señora, ¡dad orden de que me quiten mis cadenas!

Se debe perdonar, señora. Bajo la misma bóveda, atado a la misma cadena, sufre en silencio mi amigo, mi hermano, mi Patrick, el mismo Patrick al que en otro tiempo concedisteis la remisión de mi falta; tened la bondad, señora, de derramar sobre él todos los ruegos que acabo de dirigiros en mi nombre. Tened la bondad de obrar como si dos voces unidas os hubiesen implorado. Querría pagar mi deuda con él. Concededme su gracia, señora, en nombre de vuestro hermano al que amáis, en nombre del marqués de Marigny[118]. Sed generosa: ¡perdonadle! Si os dignáis ser buena conmigo, sed mejor todavía con él, os lo suplico. Si me atreviese, si no temiese heriros, os diría cuánto vale… ¡Gracia! ¡Gracia para él, señora! ¡En nombre de vuestro hermano, gracia para mi hermano, señora! Si os fuera imposible hacer estas dos buenas caridades, si vuestro corazón no pudiese realizar un doble esfuerzo, si vuestra piedad sólo debiese cubrir con su manto a uno de nosotros dos y dejar al otro desnudo, os ruego señora que

me olvidéis y concedáis todo a Patrick.

Unid, señora, a mi perdón la condición que queráis; cualquiera que sea, me someteré a ella como a un decreto del Cielo: seré vuestro fiel esclavo, y os serviré de rodillas, y me acostaré en vuestros umbrales. Abandonaré Francia para siempre. Si sucumbís al mal que os domina, llevaré durante toda mi vida vuestro luto, e iré todos los días de mi vida a rezar de rodillas sobre vuestra tumba…

¡Gracia, gracia!… ¡Con la cara contra el suelo, gracia!… Señora, la prisión acabará conmigo; el pesar ya me ha extenuado… ¡Oh, qué dulce sería volver a ver un árbol, volver a ver una hierba de los campos, un pájaro, un caballo…, oír un clavicordio, estrechar la mano de una mujer… de una amante!

Se debe perdonar, señora. Tengo una pobre madre de setenta y un años que necesita de mi ayuda, y que, como yo, cuenta sus momentos por las lágrimas. Dignaos poner fin, señora, a nuestra desolación; siempre os he deseado el bien, y, como muestra de agradecimiento, os lo desearé toda mi vida.

¡Gracia para Patrick, señora, gracia para mí! ¡Gracia en nombre de vuestro hermano!

Con veneración, respeto y sumisión,

Señora,

quedo vuestro muy humilde y muy obediente servidor y súbdito

Fitz-Harris

Desde el Torreón, a 13 de abril de 1764. El 29 de este mes, a las once de la noche, señora, se cumplirán las cinco mil ochenta y ocho horas que me tenéis en el dolor.

XI

Por fin, dos días más tarde, el señor de Guyonnet entró acompañado de un sacerdote: era el párroco de la Magdelène. Este sacerdote había asistido en Versalles a los últimos momentos de Madame Putifar, que, pocos instantes antes de expirar, le había entregado una carta.

La esperanza de Fitz-Harris se reanimó. Temblando de emociones diversas, rompió el sello, lanzó una rápida mirada, y cayó de bruces al suelo.

XII

Castillo Real de Versalles
14 de abril de 1764[119]

A LOS SEÑORES FITZ-HARRIS
Y PATRICK FITZ-WHYTE

NO.

Vuestra muy devota sirvienta

Putifar

LIBRO SEXTO

Where is my lord? where is my Romeo?
Shakespeare

XIII

Hacía casi un año que Déborah había escrito a sir John Chatsworth, su tutor, y su carta no había tenido respuesta.

Al principio esperó con la paciencia de un prisionero; pero, a la larga, el temor y el desánimo fueron infiltrándose, gota a gota, en su corazón. Sólo encontraba una explicación triste y desesperante para aquel silencio: o la carta no le había llegado, o sir John Chatsworth la había abandonado, o sir John Chatsworth había descendido a la tumba. El señor de Cogolin se esforzaba por animarla en su aflicción. Generoso samaritano, derramaba bálsamo sobre las heridas de su alma y aceite en la lámpara moribunda de su esperanza. Pero era sobre todo de los cuidados y los sentimientos maternales de donde Déborah sacaba la fuerza y olvido para sus males.

Inopinadamente, hacia esa época, un hombre, que decía ser lord Cunnyngham, se presentó en la fortaleza y se hizo llevar a presencia del alcaide.

Y después de que el señor alcaide y ese extranjero mantuvieran una entrevista bastante larga, hicieron llamar a Déborah.

No sé si un presentimiento la iluminaba, pero llena de alegría acudió corriendo y se precipitó en los brazos de aquel desconocido llorando y llamándole «¡tío, mi buen tío!…»

—¡Ah!, sir John me ha hecho sufrir mucho dejándome sin respuesta tanto tiempo… Pero, estáis aquí, y todo está olvidado. Tío, mi buen tío, ¡os doy las gracias por haberos dignado acordaros de mí, por haberos dignado encontrar un poco de piedad para una mujer en el infortunio!

Muy lejos de concebir la menor sospecha, el señor de Cogolin estaba muy emocionado ante aquellas muestras de ternura.

Tras los primeros transportes y las primeras efusiones, lord Cunnyngham gritó: ¡John! ¡Thom!…, y dos criados de rojo, engalanados y galoneados, entraron con un fardo cada uno: eran objetos para regalos que Déborah había pedido con insistencia. Hizo don, acto seguido, de los más preciosos al señor alcaide y reservó los sobrantes para distribuirlos entre los prisioneros y los carceleros. Su deseo era reconocer con aquellos presentes los cuidados y las bondades del señor de Cogolin, los favores de los carceleros, los miramientos que los desdichados que gemían bajo aquellas bóvedas habían tenido con su propia desgracia, y quería, por encima de todo, ganárselos y volverlos adictos a su causa si la necesidad lo exigía.

El alcaide besaba las manos de Déborah y le prodigaba las expresiones más amables para testimoniarle toda su gratitud. También saludaba con palabras respetuosas a lord Cunnyngham, y terminó incluso por atreverse a decir, temblando, que si ninguna obligación le forzaba a abandonar la isla pronto, se sentiría muy honrado si se dignaba ser su huésped.

—Es tarde —añadió—, tenga la bondad de quedarse a cenar y aceptar hospitalidad por esta noche.

La propuesta convenía demasiado bien a sus proyectos para ser rechazada. Déborah aceptó todo y pidió al señor de Cogolin, a cambio, permiso para ofrecerle al día siguiente, así como a todos sus prisioneros, antes de la marcha de su tío, un almuerzo espléndido, que ella misma deseaba pagar. Luego, tras coger un puñado de oro en una bolsa que acababa de entregarle lord Cunnyngham, lo arrojó sobre la mesa, rogando al señor alcaide que se lo diese al mayordomo y tuviese la bondad de enviárselo para disponer todo el servicio.

El señor de Cogolin se inclinó graciosamente en señal de adhesión.

Déborah tomó la mano del desconocido y lo guió hasta su mazmorra.

Allí, se arrojó a sus plantas, ebria de alegría, y le dijo con efusión:

—Permitid, señor, que os manifieste sinceramente los verdaderos sentimientos que vuestro sacrificio ha suscitado en mi alma, y que hace un momento manifestaba haciendo teatro. Sois, señor, mi salvador, sois el salvador

de mi hijo… Este pobre niño, nacido en la esclavitud, no olvidará nunca, como tampoco yo, la deuda que hoy contraemos con vos. Ignoro, señor, las promesas que el señor Chatsworth pueda haberos hecho, pero estad seguro de que, cualesquiera que sean, las cumpliré con creces. Nada en el mundo podrá pagar mi deuda con vos.

—Milady, soy pobre; pero, en su gracia, Dios me ha dotado de sentimientos bastante ricos, de los que estoy orgulloso. No he puesto precio alguno a lo que hago en este momento; por vuestra liberación, señora, no quiero ningún salario. No es el atractivo de ningún lucro lo que me ha traído a vuestro lado; han sido vuestras desgracias. Leí el memorial que dirigisteis a sir John Chatsworth, y me sentí conmovido. Pronto habré gastado dos tercios de mi vida, señora, y sin embargo, hasta ahora nunca he hecho ninguna acción loable. Mi vida estaba vacía; no sabía realmente por qué pasaba por este mundo: al fin mi vida tiene un sentido. Hace cuarenta años nació un niño en una choza del condado de Sligo[120] para ser hoy el martillo que ha de romper las cadenas de una joven madre cautiva. Un salario, señora, destruiría la belleza de mi acción: no la destruyáis, os lo ruego; necesito mucho esta expiación.

—Señor, contáis con toda mi admiración, y estoy encantada de entablar con vos una lucha de generosidad; pero dejemos para más tarde ese combate. Ocupémonos ahora sin descanso de la salida material de nuestra aventura. ¿Habéis traído, señor, las limas que pedí?

—Aquí están, milady.

—Bien. En ellas se funda toda la empresa, que no por eso es menos segura. Ved en qué se basan los destinos. Sin las rugosidades casi imperceptibles de este endeble trozo de acero, en lugar de reconquistar el mundo y la vida como voy a hacer, tal vez estaría condenada a pudrirme en esta mazmorra. ¿Ha de asombrar que la necesidad infrinja el honor y la justicia cuando la necesidad altera todo, cuando turba la razón, el valor, la relación de los seres y las cosas? Hace que el hombre que tiene hambre anteponga el pan al honor, como en este momento antepone la tosca inteligencia del artesano al que primero se le ocurrió roer el acero con el acero, mucho antes y muy por encima del genio de Dante y de Shakespeare. ¡Este eje de hierro es para mí mucho más que Milton! La blasfemia que acabo de decir, ¿no merecería, ante jueces libres a los que una lima no les sirve de nada, hacerme pasar por las manos de los verdugos, como ante los jueces atiborrados de salsas de carnes exquisitas el desgraciado que ha preferido

un trozo de pan al honor y a la equidad? Volved a poner a cada cual en su sitio, y todo se enderezará. O dadme unos jueces prisioneros, y seré absuelta; o devolvedme la libertad, y volveré a poner a Milton por encima de la lima, al poeta antes que al herrero; o dad al pobre jueces que tengan hambre, y será absuelto; o saciadle y volverá a poner el pan detrás del honor. Éste es, milord, el plan de evasión que he madurado en mis largos ocios, preferible a cualquier otro: es sencillo. Si lo seguís estrictamente, tendremos un éxito total. Mañana, nada más acabado el almuerzo, milord (y os doy este nombre encantada), os marcharéis y regresaréis inmediatamente a La Napoule. Os haréis a la mar y navegaréis de modo que no volváis aquí, para mayor seguridad, hasta media noche; atracaréis en un costado de la isla, a la entrada del canal, donde haréis bajar a tierra a toda la tripulación armada, que dejaréis en la orilla, vigilando, dispuesta para acudir a la primera señal. Y acompañado únicamente por algunos hombres cargados de escalas, en el mayor silencio, os deslizaréis a paso de lobo hasta las murallas del castillo que dan a poniente. Mi ventana será fácil de reconocer en la oscuridad: pondré en ella un echarpe. Para llegar hasta aquí, vuestra escala ha de tener unos cuarenta pies… El resto es cosa mía… Esta noche serraré uno de los barrotes lo suficiente para que ceda al primer golpe. Obrad con tiento, pero con la mayor seguridad. No temáis: la guardia de esta fortaleza no es mucha, como podréis verlo. Se compone de algunos viejos inválidos. De noche sólo hay dos centinelas; uno en la plataforma, otro en el puente levadizo. Por regla general sus mosquetes no están cargados; y a menudo el uno es ciego y el otro sordo. Si, contra toda posibilidad, diesen la alerta y gritasen ¿quién vive?, no respondáis. Si amenaza, no os mováis. Si el cuerpo de guardia se despierta y hace una salida contra vos, prendedlos y hacen con ellos lo que queráis. Pero no matéis a estas buenas gentes, por favor; que no corra la sangre. Pero, podéis estar tranquilo, nadie ha de molestarnos. A buen seguro no será el ruido de nuestra fuga lo que las despierte.

Nuestro falso lord Cunnyngham se llamaba simplemente Icolm-Kill.

Era un antiguo tabernero del condado de Sligo, que, por haberse visto envuelto en algunos disturbios de los *Boys*, no sé si en los de *White*, de los *Steel*, de los *Oak* o de los *Peep-of-day*[121], había visto arrasada su taberna y había tenido que huir para no ser ahorcado sin juicio, como solía hacerse. Para escapar

de la pobreza, se había hecho hombre de mar, y sucesivamente se le había visto ser negrero, corsario y pescador de ballenas. Con sus modales de tabernero y su aspecto de marino, sus apariencias eran las de un personaje mixto bastante grotesco con su traje de terciopelo y su casaca de tisú de oro. Pero su condición de extranjero lo amparaba todo, e incluso se habría hecho perdonar mucho más. ¡Ser extranjero es con mucho la cosa más cómoda del mundo!

Sir John Chatsworth le tenía desde hacía mucho por hombre de buen corazón y temple, y, lleno de confianza en su astucia, no había dudado en encargarle una misión tan delicada y poner entre sus manos el destino precioso de su pupila.

En un trance continuo, y en la postura más molesta, inclinada sobre la hueco de su lucera, Déborah pasó toda la noche cerrando por arriba y por abajo un enorme barrote de hierro, que había envuelto en franela como a un enfermo para apagar el ruido de la lima. Sus riñones, tan débiles, se resintieron de aquel trabajo largo y penoso, y sus suaves y bellas manos quedaron despiadadamente desgarradas.

Al día siguiente, desde que apuntó el alba, toda la fortaleza estaba en movimiento. Los prisioneros, adornados con sus harapos más hermosos, yendo de pasillo en pasillo, de calabozo en calabozo, se llamaban unos a otros intercambiando palabras joviales. Temiendo no tener apetito, algunos habían ido a hacer hambre a las terrazas y plataformas más elevadas. En la vida insulsa y uniforme de la celda, en la vida sombría y estúpida de la mazmorra, el incidente más vulgar causa una emoción profunda.

Antes del almuerzo, el señor de Cogolin invitó a lord Cunnyngham a visitar el Fuerte Real, y a dar un paseo por la isla.

Icolm-Kill aprovechó hábilmente la ocasión para inspeccionar los lugares, los accesos y el emplazamiento del castillo, y para escoger en el Frioul[122] el lugar más cómodo para realizar su desembarco nocturno.

En la mesa, el antiguo tabernero se vio obligado a sentarse en una especie de trono que se había dispuesto magníficamente para él. Era tratado como una majestad, y tenía incluso todo su prestigio: su gesto más torpe, su frase más pesada, maravillaban.

Todos bebían sin tregua a su salud, y en aquellos brindis se sentía muy honrado quien podía chocar su vaso con el cubilete del extranjero. A los postres,

después de haber propuesto un brindis por la prosperidad de Francia y por su harto desdichada hermana Irlanda, brindis que fue calurosamente acogido, pidió permiso para retirarse, y dijo al señor de Cogolin que había decidido, en lugar de volver inmediatamente a Sinigaglia, donde era cónsul de los comerciantes ingleses, dirigirse acto seguido a Versalles para pedir del rey la libertad de su sobrina; y que, aunque no volvería sin haberla conseguido, esperaba volver a ver a su huésped dentro de pocos días.

Todos se levantaron y, para honrarle, se empeñaron en acompañarlo.

Los veteranos de la fortaleza, que habían recibido buena parte de las larguezas de Déborah, también acudieron, vacilando, titubeando, con las armas al brazo, a mezclarse al cortejo.

En el momento en que lord Cunnyngham, con un pie en la orilla y otro en la parte posterior de una barca a la que subía, depositó un beso en la frente de Déborah, el aire resonó con una salva de mosquetería y con los repetidos gritos de ¡Viva lord Cunnyngham! ¡Viva lady Déborah! ¡Viva Irlanda!…

—¡Viva Francia! —respondió Icolm-Kill.

El barco singló hacia el Este en el golfo de Juan, dobló el Cabo Gros y pronto desapareció tras el promontorio.

A la caída de la noche, cuando todo reposaba en el castillo, para conservar su actividad, Déborah no había probado las viandas ni las bebidas sino con la mayor reserva. A su carcelero, que aparentemente no había tenido esa prudencia, se le olvidó, en su turbación, cerrar la puerta de su calabozo, y, para evitar cualquier sorpresa, se vio en la necesidad de atrancarla por dentro con sus dos escabeles y su catre.

Durante las primeras horas del atardecer, acabó de serrar el barrote que había mermado considerablemente la noche anterior, y lo limó hasta que no quedó suspendido, por así decir, más que por un alambre.

Luego cogió su echarpe y lo hizo flotar en la ventana como una vela, para que en la oscuridad sirviera de señal y de farol.

Acto seguido, escribió y colocó sobre la mesa esta nota, dirigida al señor de Cogolin.

> «¡Que Dios ayude a su sierva!
>
> El deber más santo del cautivo es romper sus cadenas. Vos, mi noble y generoso amigo, tenéis el corazón demasiado elevado para ver con malos

ojos que yo cumpla con ese deber. Creedme, no lo hago sin pesar. Se sufre de una manera inaudita engañando a un hombre como vos. No hay nadie en el mundo tan digno de miramientos, pero, en esta ocasión, no he podido obrar siguiendo a mi corazón. Poseída por el demonio de la libertad, para el que el hierro y muros son inútiles, ¿podía dejarme guiar por las consideraciones? Por otro lado, no me pertenezco: una madre se debe a su hijo.

Lo confieso, es cierto: habéis tenido tantas solicitudes conmigo, me habéis rodeado de tanta galantería, vuestra humanidad alegraba tan generosamente la carga de mis desdichas y ocultaba tan bien la cara odiosa de mi destino que mi situación no era absolutamente insoportable. Pero, ¡ay!, hombres como vos son excepcionales y no se suceden. No es que quiera induciros a un pensamiento triste y señalar con el dedo vuestras canas; no, ojalá Dios haga vuestra vejez la más larga y más hermosa del mundo, lo deseo de todo corazón. Pero ¿no entra en la ley de la naturaleza que podáis sucumbir de un momento a otro? Si después de Trajano viniese Tiberio, ¿no estaría yo a merced del crimen como estaba a merced de vuestra benevolencia?

Me llevo de vos un dulce, precioso y venerado recuerdo, que nunca se borrará de mi memoria fiel.

Contad con toda la gratitud que puede caber en el corazón de vuestra hija, padre mío; bendecidla».

Una vez hecho esto, se arrodilló junto a la cuna de su hijo y rogó al buen Pastor que velase por la oveja y el cordero, por la viuda y el huérfano: imploró a Dios a fin de encontrar gracia ante él como Agar e Ismael[123], y le suplicó que le enviase un ángel bueno para guiar su empresa y coronarla con el éxito.

De pie, temblando de inquietud, inmóvil, con el oído pegado a la ventana y la mano abocinada sobre su oreja para agrandar su concha y aumentar la sutileza del oído, oyó dar las once, las doce, la una… ¡Vana espera! Su liberador no aparecía. No oía más ruido que el chapoteo y el bramido del mar, azotado por un mistral violento, y los mugidos de las focas, que disputaban en la arena y se zambullían en el agua.

Finalmente el ruiseñor paseó sus melodiosos bordados sobre aquella nota grave y monótona. A sus acentos, Déborah se alteró, y se puso de rodillas para

recuperar la serenidad rezando.

Su ánimo se había llenado súbitamente de sombrías aprensiones: desde que aquel pájaro había cantado a su llegada a las puertas de París, donde tantos infortunios la esperaban, se había convertido para su alma supersticiosa en una criatura de funesto presagio.

De repente lanzó un grito de espanto.

Al levantar los ojos había visto una sombra negra agitándose y dibujándose entre la ventana y el azul del cielo.

—¡Silencio, milady, silencio! No tengáis miedo, soy yo, Icolm-Kill.

—¡Ah, sois vos, milord!… ¡Bendita sea vuestra llegada!…

En su entusiasmo, Déborah se abalanzó hacia la ventana y cubrió de besos la mano de Cunnyngham que sacudía el barrote serrado. El barrote se rompió al primer golpe de un mazo.

—Todo marcha a pedir de boca, milady. No hemos visto ni oído a nadie. La noche es oscura: vamos, estáis salvada. Mantened la calma: tenéis necesidad de sangre fría y de agilidad para salir de esta porta, para descender por esta larga escala flexible, que tiembla bajo el peso del cuerpo y vacila como obenques. Valor, milady, valor, démonos prisa.

Déborah sacó despacio a su hijo de la cuna y lo envolvió por completo en una capa para apagar sus gritos si acaso se despertaba; y se lo entregó a Icolm-Kill, con las recomendaciones maternales más tiernas.

Luego se deslizó hasta la escala y descendió con una ligereza y un aplomo indecibles; y más rauda que una gacela, y más iracunda que una leona que sigue al raptor de su cachorro, atravesó, tras los pasos de Cunnyngham, matorrales de filarías, de lentiscos y de aladiernas; y después de salvar un claro de lavandas, llegó a las antiguas cuadras de caballos.

Allí, una tropa de marineros, como moros, apoyados en sus largas carabinas, vigilaban desde la orilla.

Al ver a Déborah, no pudieron retener un grito de alegría. Todos se prosternaron, y Déborah se arrojó de bruces sobre la arena.

Nunca hubo cántico más solemne, nunca incienso alguno se elevó hasta Dios más puro y más suave que aquel silencio de acción de gracias.

Luego corrieron a las canoas, llegaron a la balandra, izaron las velas y, con la velocidad de un pirata, salieron a alta mar.

Déborah no quiso descansar, y, junto a toda la tripulación, permaneció en el puente del navío, acechando el alba, para solemnizar el día de su liberación y ver

al sol levante iluminar con sus rayos su libertad.

Veinte siglos antes, tras la expulsión de Dioniso el Tirano, los siracusanos habían rendido ese mismo homenaje conmovedor a ese astro, y habían ido a saludarle en su levante, para decirle que por fin iluminaba a un pueblo libre, y prometerle bajo juramento que desde entonces sólo iluminaría a un pueblo libre.

Cuando los vigías gritaron desde lo alto de las gavias: ¡Sol! ¡Sol! ¡Sol!, y el rey de los cielos levantó su cabeza en el horizonte y sacudió su cabellera de oro sobre los mares, Déborah, cogiendo a su hijo entre las manos y suspendiéndolo orgullosa por encima de su cabeza, se lo presentó cara a cara.

Y todos los marineros, agitando sus sombreros y haciendo ondear sus cinturones, entonaron con voz grave este himno a la patria:

> *Irlanda, madre nuestra, sufres, el inglés te ha cargado de cadenas; ¡pero tú siempre eres hermosa y nosotros te amamos siempre!*
>
> *El inglés te ha clavado un cuchillo entre los dos pechos, y constantemente remueve ese cuchillo en la herida; su sangre se mezcla a tu leche, y tus lágrimas a tu sangre.*
>
> *Irlanda, madre nuestra, sufres, el inglés te ha cargado de cadenas; ¡pero tú siempre eres hermosa y nosotros te amamos siempre!*
>
> *En el horizonte, un día se alza sobre la verde Erín, donde la Libertad hundirá su brazo en las fauces del león británico, e irá hasta su vientre para arrancarle el corazón.*
>
> *Irlanda, madre nuestra, sufres, el inglés te ha cargado de cadenas; ¡pero tú siempre eres hermosa y nosotros te amamos siempre!*

XIV

Fitz-Harris no sabía, pobre loco, lo que es el corazón de una mujer herida, y sobre todo el mal corazón de una mala mujer herida. Se le había ocurrido pensar, pobre loco, que Madame Putifar no sería inexorable con él. Se había dicho: mi súplica es tan suplicante, se prosterna tanto a sus plantas que es imposible que su corazón, que el corazón de una mujer, incluso de la mujer más implacable, no se conmueva. ¡Pobre loco! Por eso, como hemos visto, la respuesta breve y feroz de la favorita agonizante le hirió, por imprevista, como una puñalada. En cuanto a Patrick, tenía demasiado sentido común y conocía demasiado bien su mundo para haberse engañado un solo instante con semejante esperanza. El fatal monosílabo no causó en él la más ligera molestia. Se mostraba tan poco desanimado que podía pensarse que su boca lo había proferido y que su mano lo había escrito. Nada podía devolver la calma y la razón al ánimo extraviado de Fitz-Harris: seguía inconsolable. Le dijesen lo que le dijesen, le parecía que era cosa suya, que era cosa de su libertad. Estaba convencido de que la puerta del Torreón, horrible presentimiento, acababa de tapiarse; estaba convencido de que acababa de contraer con las piedras de su mazmorra, con sus grilletes, un himeneo indisoluble, un himeneo eterno, que sólo había de romper la muerte.

El comportamiento del honesto señor de Guyonnet, siempre honorable, fue también digno de los máximos elogios en esta ocasión. Vivamente afectado por el gran dolor de Fitz-Harris, se apresuró a sumar sus cuidados a los cuidados fraternos de Patrick, para atenuar su desolación. Y no era sólo buenas palabras lo que añadía a las caricias y frases consoladoras que Patrick le prodigaba. Las promesas parecían no costarle nada, y sin embargo las promesas del señor de Guyonnet no eran vanas, siempre cumplía más de lo que había prometido, sin contar con que prometía menos todavía de lo que espontáneamente hacía. A partir de esa época sobre todo, no sé que nuestros prisioneros hayan solicitado de él alguna gracia que no hayan obtenido, ni que hubiese un solo favor en la incumbencia de su cargo y de sus deberes del que no les hiciese gozar. A veces, incluso, se adelantaba a sus deseos, y toleraba a Fitz-Harris sus caprichos de niño, como hubiera hecho un padre en su debilidad. Después de haber sacado a nuestras dos víctimas del primer calabozo en el que habían sido sepultadas, para

acelerar su restablecimiento les había concedido una hora diaria de paseo por el jardín. Este favor era raro y delicado; pero todavía hizo más: permitió a Fitz-Harris, para distraerle de su abatimiento, pasear por la plataforma del Torreón, desde la que podía verse la panorámica más amplia y soberbia. A veces le reñía dulcemente; para darle ánimo, le acusaba de no tenerlo, y le demostraba, o al menos se esforzaba por demostrarle, que aún no había llegado el momento de desesperar, que la negativa de Madame Putifar no suponía nada, ya que su reinado había pasado, y era imposible, por más perseverante que fuese su odio, que la sobreviviese y extendiese sus efectos más allá de la tumba. Un día, incluso, quiso inducir a Patrick, con estas últimas razones, a escribir al teniente general de policía; pero Patrick no quiso hacerlo.

E hizo bien.

¿Qué habría conseguido? A través de un mal charlatán con trazas de magistrado, el señor de Sartine, si, contra toda verosimilitud, este hombre se hubiese dignado responderle, le habría mandado decir: «Aunque Madame Putifar haya bajado a la tumba, no debéis dejar de expiar hasta el final el ultraje que cometisteis contra el rey en la persona de su sierva». Y por lo que se refiere a su amigo, se habría hecho aplicar sin duda esas tristes y vergonzosas palabras repetidas desde hacía once años a un leal gentilhombre inclinado por el peso de los años y por el peso de sus grilletes, que se apagaba bajo aquellas mismas bóvedas, por un crimen muy parecido al crimen de Fitz-Harris: «O sois el autor de los versos en cuestión, o conocéis al que los ha escrito; en el segundo caso, vuestro silencio obstinado os hace igual de culpable: decid su nombre y quedáis libre». ¿Hubiera sido capaz Fitz-Harris de semejante indignidad? Le habría resultado tan imposible cometer esa delación como a Pompignan de Mirabel[124]: tal era el nombre del anciano.

La muerte de Madame Putifar no aportó, ¡cosa atroz, absurda, inaudita!, el más ligero alivio a la suerte horrible de los desdichados que se pudrían por su causa en ninguna de las cárceles de Estado. Nadie en el Torreón vio sacudir sus cadenas, nadie vio abrirse sus cerrojos, nadie, repito, ni el barón de Vennac[125], capitán del regimiento de Picardía, que desde hacía diez años expiaba el error de haberle dado un aviso que, aunque interesaba a su existencia, también podía humillar su orgullo; ni el caballero de la Rocheguerault[126], natural de la provincia de Gales en Inglaterra, y detenido en Amsterdam, a quien desde hada diecisiete años, ¡oh, Dios mío!, tenían en aquella sombría fortaleza, como

sospechoso de ser el autor de un panfleto, *La voz de los perseguidos*, que antaño había desagradado a la favorita; panfleto que el desdichado ni siquiera conocía; ni a no sé qué gentilhombre de Montpellier, cuyo nombre se me escapa; ni a veinticinco más que ni siquiera sabría señalar con el dedo… La tiranía tiene secretos impenetrables.

¡Cuánto debió de felicitarse Patrick por no haber seguido el consejo del señor de Guyonnet! ¡Cuánto debió de aplaudirse por su silencio cuando, poco después, vino a informarse, sin duda, del traslado de la Bastilla al Torreón, y el riguroso y cruel encarcelamiento, por orden del teniente general, de Henry Masers de Latude!

Lo que resultó más eficaz que las dulces razones de Patrick y el celo del señor de Guyonnet, lo que más contribuyó a sacar a Fitz-Harris de su estado de melancolía, lo que terminó sacándole decididamente de quicio, fue un envío de su tío, el abad de Saint-Spire de Corbeil, que recibió hacia finales de aquel año. Poco después de la negativa y de la muerte de la Putifar, en lo más álgido de su dolor, Fitz-Harris le había escrito para informarle de su destino una magnífica carta totalmente descabellada.

Este abad de abadía, este verdadero abad, era un hombre sencillo y digno, que se había ocupado de Fitz-Harris desde su infancia y que le quería mucho. Mortalmente afectado por las desgracias de su sobrino, le había enviado, como respuesta, una carta llena de cariño y de solícito consuelo; porque hay algunos corazones raros, que Dios no prodiga mucho, en los que la desgracia ajena hace una incisión, como un hacha en la corteza de la palmera y que, como la palmera, deja fluir, a través de esa incisión, un vino generoso. La amistad de este hombre, como tantas amistades, no tenía únicamente mesa abierta de palabras: tenía la boca más sobria que las manos. En una palabra, su carta, en la que prometía dedicarse sin descanso y utilizar todo su crédito y todas sus fuerzas para arrancar a Fitz-Harris de los arpones del odio por los que, pobre niño, su vida se había visto fatalmente enganchada, su carta, digo, iba elocuentemente acompañada de una bolsa de mil quinientas libras.

En su alegría, Fitz-Harris cogió esa suma, la puso en un montón e hizo tres partes: una para su anciana madre, otra para Patrick y otra para él. La de su madre fue enviada enseguida. Con su delicadeza habitual, Patrick rechazó la suya.

—Nada divide nuestra amistad ni nuestro destino, querido amigo —le dijo a Fitz-Harris—, no compartamos el campo de nuestra miseria ni plantemos setos

en él. Lo que tengo, lo que querría tener es a ti; lo que tú tienes, lo que querrías tener es a mí: con eso basta. Sentados en el mismo fuego, a la misma mesa, encarcelados bajo la misma bóveda, no te preocupes, hagas lo que hagas, hermano mío, siempre seré, inevitablemente, comensal tuyo.

Dueño de dos partes, Fitz-Harris se enfrentó a un problema a la hora de gastar su dinero, como un niño que, en medio de una feria, tiene unos cuantos centavos en su mano. Este serio asunto le ocupó tanto que permaneció en silencio. Después de haber pensado en ello rodo el día, con los codos apoyados en su tesoro, siguió pensando en ello roda la noche. Por fin, al día siguiente, le dijo muy contento a Patrick:

—Casi he tomado una decisión, salvo opinión mejor: esto es lo que he decidido y lo que ante todo vamos a comprar. Primero, un collar de plata para Cork, un gran jarrón de gres de Flandes, dos tarros japoneses, varios cuadros y un clavicordio.

Al oírle, Patrick, que no había podido por menos de sonreír, cogió la mano de Fitz-Harris y estrechándola afectuosamente, le dijo:

—¡Estupendo hallazgo! ¡Todo esto es encantador, delicioso! Pero, ¿no sería mejor pensar en las cosas esenciales que pueden necesitar nuestro cuerpo y nuestro espíritu antes de regalarnos todos esos objetos de lujo?

Esas palabras, objetos de lujo, parecieron enfrentarse a las ideas de Fitz-Harris y contrariarlas.

—¡Objetos de lujo! —repitió—. ¿A qué llamas objetos de lujo? ¿Un collar para Cork? ¡Hace tanto tiempo que le prometí uno magnífico! ¡Un gran jarrón de gres de Flandes, para sustituir nuestro innoble cántaro de agua! No es desde luego ningún objeto de lujo. La media libra de tabaco que nos da todos los meses el rey siempre anda por cualquier sitio y se echa a perder; un tarro japonés para meterla y otro tarro japonés para poner margaritas y rosas: eso desde luego no es ningún despilfarro; además, ¡me gustan tanto los tarros bonitos! ¡Me gustan tanto las porcelanas bellas! Algunas estampas, algunas fiestas galantes de Watteau para alegrar un poco estas paredes negras y desnudas, no es excesivo. ¡Un clavicordio!… ¿Cuántas veces no hemos lamentado ambos carecer de algún instrumento para abreviar las honras lentas y taciturnas de nuestro cautiverio, para buscar en el estudio y los encantos de la música el olvido pasajero de nuestros males? Sí, sí, necesitamos un clavicordio. ¡Hace tanto bien la música! Recuerda cómo la melodía más ingenua reanima el corazón. Sí, sí, necesitamos un clavicordio, ¿no es cierto, Patrick?…

A razonamientos tan invencibles fingió Patrick rendirse. Aquellas fantasías de Fitz-Harris podían ser locuras, pero, en su situación y en el estado de su ánimo, era de eso, y sólo de’ eso, de lo que Fitz-Harris tenía necesidad. De haberlo comprendido inmediatamente, Patrick habría considerado una crueldad seguir persiguiéndole con sus frías interpretaciones de la realidad. Lo razonable, por más razonable que sea, en ocasiones resulta muy molesto y debe ser evitado. Un hombre que se aburre y que no tiene una capa para tapar los agujeros de su jubón acaba de recibir una cantidad de dinero: la razón dice que debería comprarse una capa; la locura, que se la gaste en las tabernas. En esa capa, ese hombre se envolvería con su aburrimiento; esa capa se convertiría en su mortaja. Pero en las tabernas, con sus agujeros en los codos y su cuello raído, en compañía de alegres libertinos, se liberará de su mal; cobrará ánimo en el vientre, y, montado de nuevo en la silla, volverá a toda brida a la vida. Lo razonable es muy a menudo mortal. La locura es en ocasiones razón; la razón es en ocasiones locura. Hay algunos casos en que la razón tiene realmente un aire tan estúpido, en que la lógica tiene un giro tan absurdo, que habría que ser muy serio para no reírse a carcajadas.

Si la sorpresa de Patrick había sido mayúscula cuando Fitz-Harris le había dado a conocer el empleo que pensaba hacer de su dinero, la sorpresa del señor de Guyonnet fue todavía mayor. Con toda la solicitud debida a un enfermo, trató de hacerle algunas reflexiones bastante prudentes; pero nunca consiguió hacerle comprender que tenía necesidades más reales y urgentes, y que un clavicordio o unos tarros japoneses no eran artículos de primera necesidad.

Gracias a la benevolencia del señor de Guyonnet y a su infatigable complacencia, Fitz-Harris no tardó en entrar en posesión de lo que tan ardientemente había soñado; dejo que el lector piense la alegría y el júbilo que lo invadió, y con qué satisfacción debió de ver la puerta de su cárcel abrirse para dejar pasar, uno tras otro, a cada uno de sus deseos realizados.

Esas primeras compras no habían agotado todos sus fondos; pero otras nuevas que hizo con no menor solicitud, a saber: un chaquete, un ajedrez, un boliche, dos juegos de dominó cuyos dados de marfil eran casi in-8°, uno de los cuales estaba destinado al señor de Guyonnet; algunas obras que Patrick había pedido, una provisión de naipes, vino español, varias frascas de licor y algunas libras de azúcar y de té no tardaron en dejar su bolsa seca. Y si la orden de puesta en libertad hubiese llegado solamente un mes después del generoso envío de su tío, y para hacer que bajasen el puente levadizo sólo hubiese tenido que dar

un escudo, habría fracasado. Pero esa orden no llegó.

No había de llegar nunca.

En medio de todos sus nuevos juguetes, en medio de la especie de holgura y de placeres que acababa de llegar a su cárcel, olvidadizo, frívolo e inconsecuente, Fitz-Harris vivió durante algunos meses una especie de dicha. Pero este baile, esta mascarada, con los que acababa de regalar por así decir a su infortunio, tuvieron, como todas las fiestas, un día siguiente triste y lúgubre. Las rosas y las margaritas se marchitaron en su tarro japonés, las fiestas galantes de Watteau se ahumaron junto con las paredes; el clavicordio enronqueció. Su aburrimiento, que sólo había sido suspendido y no secado en su fuente, se volvió más encarnizado y más profundo. La libertad es una necesidad inexorable.

La estima que el señor de Guyonnet había concebido por los dos jóvenes privilegiados no se había debilitado; el interés que se había tomado por su destino no se apagaba. La pesadumbre ingenua de Fitz-Harris, la resignación de Patrick, le llegaban al alma; porque en el corazón de aquel hombre habitaba la piedad. Todos los días, desde hacía bastante tiempo, y como si se hubiese impuesto ese piadoso deber, iba a pasar un rato con ellos. Tales momentos estaban dedicados al juego o a agradables conversaciones. Se divertía enseñando a jugar al chaquete a Fitz-Harris y al ajedrez a Patrick. En algunas ocasiones les llevaba noticias de la ciudad o de los escándalos de la corte. La mayoría de las veces se hablaba de Escocia, de Inglaterra y de la pobre Erín. La crónica de su juventud, los acontecimientos de que había sido testigo, y los recuerdos que había recogido durante una carrera larga en aquellos tiempos tan curiosos, también ofrecían una mina bastante fecunda. Pero, por encima de todo, allí saboreaba un placer sombrío: a Fitz-Harris le gustaba oírle contar la historia y el cautiverio de los desdichados que desde hacía cinco siglos consecutivos habían ido sucesivamente a languidecer o a morir en los intersticios de aquellas espesas murallas, en los mechinales de aquel palomar de la muerte. Enguerrand de Marigny[127] era el alfa de aquel horrible alfabeto de infortunios secretos o desvelados, del que Mirabeau debía de ser la omega.

¡Enguerrand de Marigny! ¡Mirabeau! Fue un rey quien forjó el primer anillo de aquella cadena, y cuyo último anillo estranguló a la realeza.

Sobre las paredes de la cámara de piedra octogonal que habitaban nuestros dos compañeros, el nombre del conde de Thunn estaba escrito varias veces, como sabemos. El tal conde de Thunn era un señor de una antigua nobleza del

imperio que, de buenas a primeras, fue arrojado en el Torreón por ser amigo de un teniente general de policía. Su esposa, la condesa, fue llevada también a la Bastilla por haber solicitado con insistencia su libertad, y su hijo, que por entonces servía al rey en el ejército de Italia, fue encerrado también, por haber exigido la liberación de su familia, en Vincennes, donde no tuvo la satisfacción de ver a su padre: nadie le dijo que estaba muy cerca. Al cabo de once años de detención, el conde de Thunn murió sin saber tampoco que su hijo languidecía en el mismo torreón, y éste no tuvo siquiera el triste consuelo de abrazar a su padre agonizante. Un día, el señor de Guyonnet, en respuesta a la petición de Patrick según creo, habló de esta interesante desgracia. Nada más acabar su relato, Fitz-Harris, que había parecido sentirse vivamente afectado, sobre todo por las últimas circunstancias, se levantó y exclamó en tono de cólera:

—¿Sabéis, señor de Guyonnet, qué es una cosa abominable? Podemos concebir el mal con un fin, incluso con un fin criminal; se concibe el mal provechoso; se concibe que para saltear se degüelle a un hombre que pasa; se concibe que el caribe ase a su prisionero y se lo coma, que se desuelle a un enemigo para hacer una silla con su piel: está bien, es sensato; pero lo que subleva es el mal hecho por capricho, el mal insignificante, el mal que nada exige; las pequeñas crueldades de todo momento, las pequeñas barbaries refinadas, las amables atrocidades que se practican en las cárceles. Cuando la sociedad priva a un ser dañino de las posibilidades de hacer daño, la acción de la sociedad debe detenerse ahí; y, si en ocasiones tiene el derecho, como se lo arroga, de quitar la vida, su verdugo debe tener una hoja fuerte que haga un corte seco y rápido, y no un alfiler… Una prisión es una tumba, es un asilo de muerte, es un asilo sagrado cuyos muros no deben prestar oídos a la cólera, cuya guarda no debe prestar ayuda al odio. Padre e hijo están prisioneros en la misma fortaleza, sus calabozos están contiguos; ocultar al padre que los gemidos que oye a través de la pared son los de su hijo, ocultar al hijo que las cadenas que suenan y resuenan por la bóveda las arrastra su padre; cuando su destino es común, ¡dejarles sobre su destino en una ignorancia recíproca y cruel! Bajo el peso de once años de desesperación, el anciano sucumbe… no reunirlos en un mismo calabozo, para que al menos el padre expire en los brazos de su hijo, para que al menos el hijo recoja el último suspiro de su padre, ¡abominación!… ¿Quién exige eso? ¿El rey? ¿La ley? La ley no puede prescribir pillerías tan bajas. ¡Dios mío! ¿Qué habría importado que el padre estrechase la mano de su hijo, que el hijo besase las canas de su padre? ¿Quién estaba interesado en esa

lenta y cruel barbarie? ¿Quién había dictado ese programa?… Mediante ese acto sin nombre, esa cosa execrable, ¿qué ganaba el reino en luces, en paz, en grandeza, en opulencia? ¿Dónde estaba la moral de esta obstinada atrocidad? ¡Oh, es un hecho horrible!… ¡Pobre conde de Thunn!… Pero, ¡santos del cielo!, estoy soñando; si las cosas son así, ¿quién me dice que mi anciana madre no está detrás de esta muralla, bajo esta bóveda? ¡Mi anciana madre, que me llama, que reza y que llora, que tal vez esté muriéndose! ¡Ah, piedad, piedad!… ¡Antes la muerte!… Partidme el pecho, abridme el corazón; tengo dentro un sollozo que me ahoga… Pero ¿qué digo? ¡Ah, perdón, perdón, mi razón está extraviada! Perdón, señor de Guyonnet, vos sois bueno, vos sois un hombre; no, no, mi madre no está ahí, ¿verdad? Mi anciana madre no está ahí, me lo habríais dicho. Su majestad el teniente general de policía y el rey no la han encerrado en esta caverna por haber implorado misericordia de su corazón de piedra; el rey no ha escrito el menú de mi suplicio, no ha dicho: ¡Que la madre no vea al hijo, que el hijo no vea a la madre! Después de todo, ¿no es curioso, si no execrable, que ciertos hombres, cuando les entra el capricho, puedan acomodar así a sus semejantes, y no está bien hecha la sociedad en la que se cometen infamias semejantes bajo el amparo del rey y en la alcoba de la ley? Sed sincero, señor de Guyonnet, ¿qué os parece este reino?… La ley aquí no es de hierro, es un pastel de cera que se alarga, se acorta, se enrolla y desenrolla, se pliega y se despliega, y a cada instante toma mil formas nuevas bajo el índice del rey o de los compadres del rey. La ley es aquí una cortesana que hace y deshace. La ley…, pero, ¿qué digo? No hay ley: hace mucho que la ley está desfigurada. Al principio era pura, era justa, como todo lo que viene de Dios o del pueblo; pero la monarquía desfloró su castidad, la monarquía la sobornó, la monarquía la habitó; y de ese incesto salió una raza de hijos de perra, una nidada de bastardos que han sustituido a su madre después de haberla ahogado. ¡Ésa es la horrible camada que nos rige! ¡En su nombre se nos despedaza y se nos roe!… La justicia, antaño guarda vigilante, que hacía valer la ley en provecho del pueblo, hoy sorda, atontada, soñolienta, come, en la escudilla del rey, la sangre más pura de sus súbditos, a los que, en lugar de pan de puro trigo, sólo entrega un pan de adormideras y cizaña, un pan amargo que produce vértigos. Veo que os asombro, señor de Guyonnet; estas palabras de cólera os parecen raras en mi boca; es cierto, en otro tiempo yo era incapaz de una idea que no fuese frívola, pero la cárcel ha puesto más plomo en mi cabeza; la desgracia ha consumido mi juventud y me ha arrugado el corazón. Todo lo que me ha pasado, todo lo que ha

ocurrido a mi alrededor me ha dado que pensar. Yo era feliz, era bueno: el dolor me ha agriado; me doy cuenta de que cambio; me doy cuenta de que me vuelvo malo. El conde de Thunn, por ser amigo de un hombre virtuoso, el señor de Brurauté, que no lo era de un tal señor d’Argenson, criado cuyos bolsillos llenaba el rey de firmas en blanco, fue arrastrado al Torreón; y su compañera, arrancada de los brazos de su hija, fue metida por la fuerza a la Bastilla; y su hijo cargado de cadenas; después de once años de cautiverio en un calabozo contiguo al calabozo de su hijo, el anciano conde de Thunn muere solo, abandonado como una bestia hidrófoba… ¡Eso es todo!… La familia se hunde en la desolación, matan al jefe, despedazan cada uno de sus miembros. ¿Y es eso todo?… Los hombres conservan o pierden la memoria de los hechos; la historia los calla o los consigna… ¿Y es eso todo?… Es un hecho pasado, lo mismo que otros hechos pasados… ¡Eso es todo! ¿Y todo está dicho?… No, eso no es todo, no, no, no todo está dicho; es imposible, sería demasiado inicuo, sería demasiado atroz. ¡Paciencia! El obrero recibirá su salario. Después de la afrenta, ¡la venganza! Creedme, el drama que se interpreta tendrá un desenlace. ¡Pidamos a Dios que no sea terrible!… ¡Ay!, mientras me apiado sobre mis manes, infortunado conde de Thunn, mientras lloro tu destino, olvido el mío, no menos horrible. Pero, ¿por qué estoy aquí? ¿Cuál es mi crimen? Unos agentes de policía que tienen por oficio crear culpables, dicen que yo dije no sé qué sobre una nada que se había prostituido al rey, y que el rey prostituía a Francia. ¡Qué daño tan grande, aunque yo hubiera dicho lo que dicen que he dicho! Sin duda, para mostrarse solícito, para mostrarse amable, para ganarse un golpe de abanico protector en el hombro, o para procurar el ascenso de algún patán de su familia, el señor teniente general de policía ordenó mi crimen y mi arresto. ¡Que pueda disponer así del destino de un hombre, que las babosas de corte, los secuaces de policía puedan jugar a pares o nones con el destino de las gentes de este reino, es una abominación, es una vergüenza!… ¿Se puede tolerar? ¿Y el burro, al que llaman el pueblo, no da coces?… ¡Oh, no, el animal no es peligroso! Acoquinado en la cuadra que la monarquía le ha preparado, tiene una cama fresca y paja en el pesebre, lo demás le importa poco. De buena gana vuelve la espalda a la ignominia. La albarda de la servidumbre le va mejor que la albarda de la gloria. Admitamos por un instante, si es preciso, que en otro tiempo me permití una irreverencia respecto a la Jimena del rey; pero esa mujer está muerta, está olvidada; sus cenizas hace tiempo que están frías. ¿Por qué su cólera sigue viva? ¿Por qué la antorcha de su odio arde todavía? ¿Quién se hace el heredero de sus resentimientos?…

Vengadores póstumos del honor ausente de una hermosa, quijotes, criados, entrometidos, magistrados irreprochables que servís de escudo al putanismo, ¿hasta cuándo me mantendréis encadenado? Faraón sin duda ha volado a nuevos amores; ¿qué hace pues la nueva sultana? Al mismo tiempo que goza del presente, al mismo tiempo que se promete un futuro halagüeño, ¿no podría volver hacia atrás una mirada compasiva, y poner término a los sufrimientos excesivamente largos que su antecesora ha amontonado en el fondo de la alcoba real? ¿Será que entre las putas, como entre los reyes, las nuevas dinastías no son otra cosa que nuevas dinastías de males? De nuevo os pregunto, ¿en nombre de quién sigo estando encadenado? ¿Quién quiere mi perdición? ¿El rey o Francia? Francia no es la confidente de la corte ni de la policía; ignora y siempre ignorará sin duda mi destino. A Francia no se le dice todo; se le ahorra su propia vergüenza. En cuanto al rey personalmente, reina poco y gobierna menos todavía; es un rey de porcelana. Poco le importa que hagan lo que quieran con sus súbditos. Además, de ser malvado, cosa que no puedo creer, si hubiese ordenado a sus subalternos hacerme daño, bien se le podría desobedecer sin muchos escrúpulos en este punto como en tantos otros. ¡Sería tan fácil engañar la voracidad de Saturno! Cuando alguien quiere un caballo, se dirige a un chalán; cuando quiere vino, va a la taberna; pero ¿a qué puerta llamar para que os traten según el derecho?… Rebosamos de justicieros, pero no hay justicia; no se hace, ni se vende, ni se da. Vamos, señores del Parlamento, vos que podéis, por favor, un poco de amor por el inocente. Basta de togas negras detrás de los culpables; basta de hacer malabarismos con Jansenio; sois grandes casuistas, ya se sabe. Vamos, señores, ¡levantaos y partid! Para defender al oprimido, para salvar al inocente, no es preciso estar en fila como sillas de iglesia, bajo los artesonados sonoros de un palacio. ¡Hola, señores! ¡Hola!, ajustaos de nuevo las pelucas, dejad ahí vuestras Filis; calzaos la espuela, ceñid la espada; ¡a caballo, a caballo! ¡Volad donde se llora, volad donde se lanzan eternos gemidos! ¡Penetrad en las cárceles, bajad a las mazmorras; haced llenar las cisternas; devolved a la vida, al mundo, a sus familias, a gentes de honor a las que tienen sepultadas, a gentes valerosas a las que agotan! Y si por casualidad Faraón os preguntase por qué se os ha ocurrido obrar así, decidle, vosotros que tan bien sabéis sermonear: «Sire, es una tarea santa la que hemos hecho. Sire, nosotros somos los conserjes de los derechos de vuestros súbditos, y no los escribanos de vuestro capricho. Nosotros somos, sire, el cetro del pueblo, y no la alabarda del rey. A cada cual su oficio, sire: nuestro apostolado no es el vuestro; nosotros, sire, estamos para deshacer el

mal; tanto peor para vos». Pero no, compañeros de miseria, vosotros que, como yo, habéis sido condenados a eterno sufrimiento, estad tranquilos, pudríos en paz en vuestros calabozos. Los señores del Parlamento no os turbarán; ¡están acostados sobre rosas! Bellos filósofos, por más que digáis, aquellos tiempos que calumniabais valían más que estos. Venid aquí, detrás de este torreón, no lejos de este castillo, venid y veréis todavía el tronco carcomido del roble bajo el que se sentaba un rey caballero para hacer justicia a todo el que acudía. Entonces la justicia emanaba del rey. ¡Oh, si nada más que por un día la sombra de ese hombre de pro pudiese apartar su sudario y venir a sentarse al pie de este árbol, cuántos males serían reparados! ¿Qué noble cólera no se apoderaría de él cuando fuesen a decirle: Sire, ahí arriba, en ese torreón, retienen encadenado a un joven, ¡qué digo!, a dos valientes jóvenes, por culpa de una mujer de cuerpo enloquecido, que vivía con vuestro hijo el rey? —¡El rey mi hijo! —exclamaría —. No, no, ese hombre no es mi hijo; ese hombre no es de mi tronco; ese hombre no es de mi casa; ¡ésa no es mi sangre, ésa no es mi raza! ¡Es un bastardo!… Grito, lloro, me agoto, despotrico, pero ¿de qué sirve? Mi condición sigue estando ahí, inmutable. A cualquier lado que me vuelva, me encuentro siempre con ella cara a cara. Lo sé, está escrito, debo perecer… ¡Abominación!… ¡Oh, Dios mío!, una vez más, ¿quién soy yo? ¿Es necesario para el equilibrio del mundo que yo esté en esta mazmorra? ¡Qué importa que el pobre átomo esté aquí o allá! Vamos, señor de Guyonnet, podéis ponerme fuera sin temor; el sol no se oscurecerá; los muertos no saldrán de sus sepulcros.

Fitz-Harris se calló en este punto: su cólera no estaba agotada, pero sí sus fuerzas; le falló la voz. Caminando arriba y abajo a zancadas por su prisión, había soltado esta larga proclama con una cólera tan real, sus labios habían humedecido cada palabra con tanto veneno que, como un arcabuz que tiene retroceso al herir al enemigo, se había herido a sí mismo. La piedra, al salir disparada, había roto la honda. Para ocultar las lágrimas que caían de sus ojos, echó los brazos alrededor del cuello de su amigo, a quien sus palabras habían devuelto tristemente al terreno de su infortunio y sumido en una emoción casi igual de grande. El señor de Guyonnet, que había escuchado todo con una paciencia religiosa, que incluso en ocasiones no había podido dejar de sonreír a las frases más felices y más sangrantes, aunque algo alterado, esforzándose por tomarse todo aquello a la ligera, se puso a sermonear a Fitz-Harris con toda su bondad y gracia habituales.

—Estaba lejos, querido compañero, de sospechar que fueseis tan malvado, le

decía; pero de veras, sois un temible misántropo; os habéis enfurecido contra el universo. Vuestro infortunio es grande, lo admito; pero tendrá un término, y los hay peores. No os excitéis, resignaos; podéis estar seguro, mi querido amigo, de que no sois ni el decano ni el príncipe de los desdichados. Cuando sacáis la espada contra el molino de viento de la monarquía, cuidad de no pareceros también a Don Quijote, si me permitís utilizar vuestra excelente expresión. El manto real, color de cielo, y sembrado de dorados como el firmamento de estrellas, bien puede tener bajo sus pliegues algunos agujeros y algunas manchas, pero no por eso deja de ser un refugio amplio y seguro para el pueblo.

El señor lugarteniente del rey se creyó obligado todavía a decir muchas otras cosas parecidas, que me gustaría no repetir y que Fitz-Harris apenas escuchó, y a las que, preocupado como estaba, no prestaba gran atención.

Tras esta molesta algarada, el señor de Guyonnet evitó con el mayor cuidado tocar, durante sus conversaciones, algún punto que pudiese despertar en sus jóvenes prisioneros la idea de su desgracia, y poner ante sus ojos la sombría imagen de su destino; y cuando Fitz-Harris trataba de informarse sobre algún antiguo cautivo del Torreón, sobre algún encarcelamiento oculto, le decía:

—Dejemos donde están a esos desgraciados; hablemos, si os parece, del castillo de Beauté y de sus orgías, de Isabeau[128] y del insolente Bois-Bourdon; y dejemos tranquilo el Torreón. Como sabéis, me pagan por eso. Un día me hicisteis probar con demasiado crueldad la sensatez de ese vulgar refrán: Nunca hay que hablar de la cuerda en casa del ahorcado.

El tío de Fitz-Harris, el abate de Saint-Spire de Corbeil, con un celo y una perseverancia realmente apostólicas, no había cesado de trabajar, desde que se lo había prometido, por su liberación. Con una rodilla en tierra, con su frente calva inclinada en el umbral, había llamado a todas las puertas del poder, incluso a la puerta de Versalles; pero de Caifás le enviaban a Pilaros, de Pilatos a Caifás, de Caifás a Herodes. Unas veces era una negativa brutal, otras una respuesta evasiva; aquí asumían un falso aire de interés y decían frases estériles; allí se tapaban sin miramientos los oídos. Por todas partes se dedicaban a hinchar con tanto ardor la falta de Fitz-Harris, a exagerar su perversidad, a demostrar su profunda maldad, que nuestro santo abad había terminado por no saber qué pensar, por dudar del carácter de su sobrino, y por no estar lejos de considerarle

como un temible mortal al que había que tener, por prudencia, encerrado para seguridad y consolidación del Estado. En sus cartas, siempre le había ocultado con bastante habilidad el escaso éxito de su gestión, y había intentado mantenerle en la consoladora idea de una próxima liberación; sin embargo, tras una larga espera, al no ver que ocurriese nada, éste había creído discernir, bajo unas palabras oscuras y confusas, una verdad penosa que la benevolencia disfrazaba. Y su desengaño volvió a ser cruel en esta ocasión, porque había esperado mucho de la devoción y las altas influencias de su tío. Desvanecida esa esperanza, no le quedaba ninguna en el mundo. Su perdición le pareció directamente jurada. No tenía nada que esperar, salvo del azar, del tiempo o del cansancio de sus verdugos. Su irritabilidad se exaltó, volvió a caer en su abatimiento inicial.

Estar fuera era el pensamiento único que absorbía por entero a Fitz-Harris y que lo minaba. Junto con el deseo devorador de recobrar la libertad, Patrick alimentaba otros buitres que le roían, despiadados, el corazón. En varias ocasiones, espaciadas por largos intervalos, para conseguir noticias de Déborah o para impulsar investigaciones sobre su residencia o su destino, había escrito al señor Goudouly del palacete Saint-Papoul, y todas sus cartas habían quedado sin respuesta. Este perseverante silencio le había matado el alma. Como sólo por medio de este hombre se le había permitido esperar descubrir el refugio de su desdichada amiga, para él resultaba evidente que había perdido a Déborah sin remisión; era evidente que la última luz que brillaba delante de sus pasos en el campo de su noche acababa de apagarse en silencio.

Justo en el momento en que nuestros jóvenes amigos, en el sendero que cada uno había tomado, se habían visto despojados de toda esperanza, justo en el momento en que acababan de hundirse un paso más en las áridas arenas del dolor, y en que tenían más necesidad que nunca de consuelos, de distracciones y de solicitud, la lugartenencia del Torreón pasó de las manos del honrado señor de Guyonnet a las de un fanfarrón, un necio, un fatuo, un corrupto, un tacaño, un belitre, el caballero de Rougemont. Este caballero de desgracia, si no de industria, era una criatura del pequeño duque Phélipeaux de Saint-Florentin de la Vrillière. Se había casado, según creo, con la hija del ayo de pajes del duque de Orléans. No le faltaban motivos, como vemos, para que estuviese *a partir un piñón* con el teniente general de policía. Por ahora me limitaré a estos golpes de pincel o a estos golpes de maza, como se quiera: la continuación nos permitirá conocer sobradamente al caballero.

Ningún prisionero había tenido todavía el privilegio de ver ni siquiera la punta de la nariz del nuevo astro que acababa de elevarse sobre el Torreón, cuando ya todos habían sufrido su funesta influencia. La sangre se les había helado en las venas, los corazones se habían paralizado. Todo intruso que llega al poder cree necesario manifestar su elevación por medio de nuevos ascensos y de nuevas reformas. Del pequeño al grande. Uno enajenará los bosques de la nación, otro retirará un leño de la hoguera de sus prisioneros; otro reformará la carta de sus súbditos y suprimirá la religión del Estado, otro reformará la carta de sus prisioneros y suprimirá las dos manzanas del jueves y la galleta de dos céntimos del domingo. Uno encenderá la guerra civil, otro apagará una vela. En resumen, el nuevo gobierno se sentó pesadamente sobre el pecho de sus subordinados como una sombría pesadilla. Todo quedó reducido. Se multiplicaron los cuerpos de guardia, se doblaron los centinelas, se amontonaron las precauciones. Los habitantes del castillo fueron molestados o ultrajados; los del Torreón, agobiados y torturados. Se elevó un altar a la importancia: no se quiso responder a los prisioneros sino en tales y cuales condiciones, mediante tantos cerrojos, tantas barricadas, tantos alguaciles. El reglamento sufrió de mezquindad. No se sirvió otra cosa que malas carnes coriáceas, fibrosas y viscosas, de corvejón, de pescuezo, de paletilla, y como no se daba a los detenidos ni cuchillo ni tenedor de hierro, tenían que partirlas con las uñas y desgarrarlas a bocados; es fácil de imaginar la dura tarea a la que tenían que entregarse. El vino se volvió silvestre, el pan duro y grosero, el pescado maloliente; las verduras parecían haber atravesado un río a nado; los platos haber sido preparados a estocadas. ¡Nada de favores, nada de piedad! Fitz-Harris no volvió a subir a la plataforma de la atalaya. Nadie volvió a bajar al jardín; todo quedó condenado a una sombra eterna.

Esas mejoras se habían llevado a cabo hacía tiempo, y Fitz-Harris, poco hecho a una vida de penitencia, más exasperado que debilitado por tales privaciones y maceraciones, anhelaba vivamente ver la cara del nuevo potentado, cuyo brazo invisible había descargado tan pesadamente sobre sus coronas de espinas. Por fin, una hermosa mañana, tras hacer su ruido acostumbrado, una voz gritó fuera: «el señor lugarteniente del rey», y un personaje entró todo de una pieza, seguido de un carcelero y de dos artesanos que llevaban el mandil de piel, la llana al cinto y la azada al hombro. Rígido, afectado, estirado, casi tenía el aspecto de un palo o de la verga negra de un sargento, de la que colgaría horizontalmente una espada. Por todo saludo movió

torpemente la cabeza parpadeando y, cuando nuestros dos cautivos se levantaban cortésmente en señal de respeto:

—Bien, bien, señores —les dijo en tono desdeñoso—, no os molestéis, quedaos sentados. ¿Sois, según creo, irlandeses y mosqueteros?

—Sí, señor —respondió Patrick muy digno—, somos irlandeses, éramos mosqueteros.

—¿Criminales de lesa majestad, según creo?

—¡Prisioneros, sí! ¡Criminales, no! —volvió a decir Patrick.

—¿Cuál de vosotros se llama Whyte, por favor?

—Soy yo, señor.

—Entonces el otro…

—Entonces el otro, señor comandante, se llama Fitz-Harris; ¿qué deseáis?

—Nada —replicó más tontamente todavía el nuevo lugarteniente, examinando entre chanzas y veras, artículo por artículo, todo el mobiliario del calabozo.

Cuando lo hubo examinado bien, se puso a decir con un gesto de conmiseración:

—El señor de Guyonnet debía de estar loco. Pues sí que el rey estaba bien servido.

—No, señor —exclamó en ese punto Fitz-Harris, cortándole la palabra—, ¡el señor de Guyonnet no estaba loco! Os ruego, señor, que tengáis más consideración con un hombre que se lleva nuestro pensamiento y nuestras lágrimas, que se ha hecho amar como vos os hacéis odiar, cuya memoria veneramos como odiaremos la vuestra.

—El señor de Guyonnet estaba loco, repito —prosiguió en tono enfático el caballero de Rougemont—; ¡mira que permitir amueblar así una mazmorra! ¡Jarrones, estampas, un clavicordio!… ¡Pero si parece más el *boudoir* de una cantante de ópera que un calabozo! Ya pondremos orden.

—Seréis muy capaz, señor lugarteniente —añadió Fitz-Harris con una sonrisa acerada que mejor podría compararse a una hoja de puñal.

Los artesanos que acompañaban al nuevo monarca de Vincennes, eran, como por lo demás decían sus herramientas, albañiles; porque aquel hombre, a cada cual su gusto, tenía pasión por la albañilería: todo su corazón estaba con los canteros; siempre había alguno a su alrededor, a su lado, en su casa, con él; eran sus guardias de corps. ¿Qué se le puede reprochar? Desde su llegada, el Torreón estaba infestado de ellos: los había en las puertas, en las chimeneas, en los

canalones, en las ventanas; los techos estaban cubiertos, los fosos llenos de ellos. Aquello era un ataque de yeso, una verdadera escalada de mortero. Se hubiera dicho que, con él, todos los braceros de la tierra habían ceñido la corona. Si el señor de Rougemont, lo mismo que Luis XII, no era el padre de su pueblo, en cambio, si queremos ser justos, era el padre de los albañiles. Pero como no podía construir torreón tras torreón, torre tras torre, poner a Pelión[129] encima de Osa, ocupaba a toda esa gangrena en arreglos con frecuencia inútiles y casi siempre ridículos.

Tras el intercambio de palabras bastante ásperas que hemos referido más arriba, el lugarteniente del rey dejó a sus prisioneros; luego, midiendo la lucera con su espada, y volviéndose hacia sus dos artistas favoritos, les dijo:

—Compañeros, a nuestra tarea; como ya hemos hecho en los otros calabozos, vamos a realzar esa ventana de forma que no permita ver ni por encima ni a nivel. Sellaréis por el exterior una reja realzada hacia fuera, semejante a las otras, cuyas medidas daréis al cerrajero. Volveréis a sellar en los marcos los barrotes cruzados que la atraviesan, y, en el hueco, esa misma hilera de barrotes que mandaréis cortar a lo largo. Aquí, por dentro, para que la ventana esté fuera de alcance, incrustaréis esa reja acodillada y contraacodillada, que haréis que ajusten en la forja siguiendo el encargo, y que luego haré que mi herrero adorne con alambre de latón de mallas finas y apretadas.

Después de dar estas órdenes con su habitual énfasis, y fingiendo utilizar algunas palabras técnicas, como un burgués que ha encargado una construcción, cuando el señor de Rougemont se retiraba, Fitz-Harris se acercó a él y, atravesándole el pecho con la mirada, exclamó:

—Hacéis bien, señor lugarteniente, tapando esas ventanas; os hacéis justicia a vos mismo: no es necesario que el cielo sea testigo de las execrables cosas que hacéis aquí… Creedme, mi buen señor, os molestáis demasiado para interceptar la luz y el aire; pero sería más barato y más rápido hacer que nos ahogasen entre dos colchones.

—Me faltáis al respeto, joven, sin duda olvidáis que yo represento al rey —respondió lleno de orgullo el señor de Rougemont.

—¡El rey! ¡Él es mi bestia negra! ¡No me habléis de eso! —prosiguió bruscamente Fitz-Harris, mirándole de arriba abajo—. En cualquier caso, señor, si vos representáis al rey, hay que admitir que Su Majestad está grotescamente representada. Pero no, vos no representéis nada, no sois nadie, sois rey vos

mismo, sois Harpagón I.

—¡Insolente!… ¡Me las pagaréis!

—Creo, señor, que ya he pagado por adelantado.

A la mañana siguiente, poco más o menos a la misma hora, mientras los albañiles trabajaban en la lucera, las tres puertas se abrieron una tras otra, y apareció el señor de Rougemont, con su aire estirado de la víspera, seguido en esta ocasión por un carcelero y dos criados con su librea. Todos caminaban con paso marcial. Parecían los argonautas partiendo a la conquista del toisón. Llegados al centro del calabozo, todos se detuvieron súbitamente como un solo hombre, y el señor lugarteniente del rey, tomando solemnemente la palabra como un héroe de Homero, lanzó esta arenga a la faz del enemigo:

—No puedo tolerar un solo instante, sin faltar a los deberes de mi cargo y al rey, los monstruosos abusos introducidos en este gobierno por el señor de Guyonnet. Os lo dije ayer, señores, vuestra prisión se parece más al *boudoir* de una cantante de ópera que a una mazmorra. Sin embargo, el rey no ha podido tener la intención de convertiros en mantenidas; estáis aquí para sufrir. Es menester que en cada latido de su corazón el prisionero sienta todo el peso de su cautiverio, y se enfrente a su desgracia. Así pues, en nombre del rey vamos a proceder al embargo de todos estos objetos, que chirrían en este lugar.

—¡Más despacio, señor lugarteniente! —dijo entonces Fitz-Harris lleno de rabia—; estos objetos me pertenecen, y en nombre del derecho y de la razón nadie les pondrá la mano encima antes de que yo me haya separado de ellos. ¡Esperad!…

Apoderándose entonces del pico de uno de los canteros, lo blandió con fuerza y destrozó el clavicordio que los dos criados ya se llevaban hacia la puerta; luego, con la presteza de la flecha, recorriendo el calabozo a golpes de pico, hizo volar en pedazos todos los cuadros colgados de la pared. Tras otro ataque, después de romper el chaquete y el ajedrez, arrojó su arma y pulverizó sobre las losas los dos jarrones japoneses que el señor de Rougemont había colocado bajo su brazo con mucho cuidado. Acabada esta tarea, irguiéndose con orgullo y pisoteando los restos que alfombraban el suelo, exclamó:

—¡Ahora podéis cogerlo! Todo esto es vuestro, señores, ¡recogedlo!

El impetuoso Fitz-Harris había realizado aquel saqueo con tal velocidad que nadie había tenido tiempo de percatarse de lo que iba a hacer para oponer

resistencia. El señor lugarteniente del rey estaba allí de pie, en medio de aquel estrépito, con una consternación ridícula, como una oca atontada. Por último, sin poder disimular su ingenua decepción, dijo con acento de profunda melancolía:

—¡Es una lástima!

Fitz-Harris cogió la frase al vuelo.

—Es una lástima, en efecto, señor lugarteniente, que os hayan roto el huevo que vuestra ambición codiciaba con tanta ternura. Es una lástima, en efecto, porque contabais con estas cosas, ¿verdad? Habíais pensado: Pondré el clavicordio en el salón entre mis dos ventanas, los jarrones japoneses sobre la chimenea, causará buen efecto. ¡Sí, es una lástima! ¡Qué bonita era la piel del oso! Vamos, señor, antes hay que cazarla. Si odio por adelantado a los herederos que puedan disputarse mis despojos tras mi muerte no es para tenerlos en vida. Cuando ya no se tiene sed, más vale romper el vaso en que se ha bebido que verlo ir a los labios de un cobarde o de un patán.

Mientras Fitz-Harris lo trataba sin piedad y con dureza, fingiendo no prestar demasiada atención a estas afrentas sangrientas que tragaba como un hombre cuyo oficio fuese el tragar afrentas, el señor lugarteniente del rey se había acercado al carcelero y le había dicho algunas frases al oído; luego salió. Al cabo de unos instantes, nuestro hombre volvió, acompañado por cuatro sargentos de guardia. El señor de Rougemont ordenó inmediatamente a sus valerosos soldados que rodearan a Fitz-Harris y a Patrick, y no les quitaran ojo hasta nueva orden. Luego, una vez controlados sus prisioneros de guerra, mandó quitarles todo lo que el pico de Fitz-Harris había roto o dejado sano, o mejor dicho, mandó que se llevasen todo, hasta los juguetes, las cartas, las plumas, el papel, la tinta y los libros. Patrick le rogó con insistencia, aunque con dignidad, que le dejase al menos su Biblia. Sin dignarse responder a este ruego, abrió con aire de entendido la sacra obra; pero como era una versión inglesa: no pudo descifrar palabra. Para salvar el honor de su ignorancia, la rechazó con desprecio, diciendo con aire más entendido todavía:

—Biblia de hugonotes, grimorio de herejes, sólo sirve para la hoguera; llevaos esto.

Cuando la mazmorra hubo sido devuelta a su desnudez primera, es decir, cuando no tenía más que dos sillas de madera, un camastro, una mesa y un cántaro desbocado, se pusieron a hurgar en los baúles, de donde sacaron toda la ropa y todos los harapos que el señor lugarteniente del rey no consideró de absoluta necesidad para unos criminales. Cuando llegó a la maleta que el señor

Goudouly, el antiguo hospedero de Patrick, había enviado desde la hostería Saint-Papoul, y que contenía algunos ricos y tristes despojos de Déborah, el asombro del señor de Rougemont fue mayúsculo al encontrarla llena de ropas y joyas de mujer. No podía contener su estupefacción y su alegría interior. Si se hubiese atrevido, creo que habría besado de contento su hallazgo.

—Decididamente —terminó exclamando, mientras cerraba la maleta tras un éxtasis bastante largo y guardándose la llave en el bolsillo—, durante el mandato del señor de Guyonnet este torreón era un torreón de jauja. Los días se pasaban en placeres y las noches en orgías. Se bailaba, se daban bailes de disfraces. ¡Que Dios me perdone! Y éstas eran vuestras ropas para las mascaradas, ¿no es así, señores? ¡Qué ridiculez! Informaré al rey. Vamos, carcelero, llevaos estos harapos.

A la palabra de harapos, Patrick se estremeció y no pudo contener un estertor de rabia. Habría dado su mano derecha por conservar consigo aquellas reliquias veneradas de su amiga; hubiera dado su vida por arrancar aquellas reliquias a la profanación de aquel lacayo; pero la acogida que había tenido su primer ruego le obligó a guardar el noble silencio que convenía a su orgullo. Se limitó a enjugar una lágrima, y apartó la cabeza para no ver.

La expedición había terminado; el señor de Rougemont despidió a los sargentos de guardia; pero cuando iba a retirarse, viendo por casualidad al perro de Fitz-Harris, el pobre Cork, que se había acurrucado debajo de la mesa, volvió sobre sus pasos y, pasándole la espada por la nariz, dijo con aire triunfante:

—Calla, mala bestia —y luego añadió—; mi deber, señores, sería echar fuera a este animal; pero en este punto quiero faltar a mi sacerdocio; os lo dejaré. Como parece que lo apreciáis y lo cuidáis, estaréis obligados a compartir con él vuestra ración, que será escasa; eso de menos que comeréis; eso de más sufriréis de hambre. Quedaos con él.

Ante este innoble y último ultraje, Fitz-Harris lanzó un grito de asco, y respondió con una rabia soberbia:

—Nuevo Barnaville[130], pretendéis sacarnos de quicio, señor lugarteniente del rey; queréis obligarnos, como Jean Crônier, el hermano del gacetero de Holanda, a arrancar las piedras del muro, y a afilarlas, y a romperos la crisma, para que luego nos hagan pasar por una cámara ardiente, y hacer que nos envíen a la muerte o a remar a las galeras del rey; pero calculáis mal; no haremos nada, os lo aseguro. No es que temamos las galeras, creedlo: son la meta de nuestro

anhelo. ¡Por lo menos, allí tendríamos aire, veríamos el mar y el cielo!…

Fiel a su vergonzosa palabra, como hubiera podido serlo un hombre de honor, cosa que no era, el señor lugarteniente del rey comprobó servilmente su profecía de marmitón. La comida de nuestros jóvenes amigos se volvió escasa, en efecto. A las mejoras generales que había aportado, añadió otras específicas para ellos. Los carceleros tenían orden de no hacer para los prisioneros, fuera cual fuese la dureza del invierno y del frío, más que dos fuegos al día, es decir, meter por la mañana, al entrar en su calabozo, tres leños en la chimenea de aquellos que gozaban del dulce privilegio de tenerla y tres leños por la noche a la hora de la cena; pero para ellos se decretó la supresión universal de los seis leños. Todo prisionero tenía derecho, un derecho consagrado por la costumbre, a seis velas de sebo en verano, y a ocho en invierno; pero, velas de verano y velas de invierno, también pasaron para ellos al índice; lo cual, dada la estrechez de su lucera, guarnecida, como sabemos, por una multitud de espalderas de hierro, les procuraba durante varias estaciones el horror de diecinueve horas de noche de cada veinticuatro.

Por último, harto de languidecer en aquella mortal oscuridad, harto de tantear en aquellas tinieblas, sin poder aguantar más, Fitz-Harris hizo rogar una vez al señor caballero de Rougemont que tuviese la piedad de concederle un trozo de vela; mas éste tuvo el valor de burlarse de esa triste petición. Les dijo por medio de un mensajero, por el carcelero, que le extrañaba que pidiesen velas; que, a falta de bujías, unos gentilhombres como ellos sólo debían iluminarse con el claro de luna.

El señor caballero continuó de mejor gana con aquellos suplementos de malos tratos cuanto que le proporcionaban beneficios. Salían ganando tanto su sordidez como su venganza personal, o mejor dicho, esas dos damas se entendían como dos ladrones de feria. El señor caballero se parecía algo, en este caso, a esos casposos maestros que, a la menor falta, felices incluso cuando el presupuesto doméstico no convierte en ley su pretexto, condenan con solicitud a sus alumnos a la privación del postre o a pan seco; que, con la disculpa de amueblar la memoria, atrofian el estómago; que nunca castigan salvo en provecho de la cocina; y a quienes sus hambrientos discípulos podrían decir con todo derecho: Gracias, maestro, un poco menos de moral y más sopa.

Como esos ruines, no es que el señor lugarteniente del rey tuviese urgente

necesidad de tales miserias; pero uno y uno son dos, y los pequeños riachuelos hacen los grandes ríos; atesoraba; además, su avaricia le hubiese hecho el humilde servidor de un chelín de Alemania, de un ochavo gastado; no, no es desde luego que tuviese una necesidad urgente de dinero, porque su puesto era bueno; tan bueno como queráis; pero ¿tienen límites conocidos tanto lo bueno como lo bello? ¿No puede embellecerse lo bello? ¿No puede volver más bueno lo bueno? Si lo mejor es enemigo del bien, lo mejor no es enemigo de lo bueno. Lo cierto es que se las había arreglado para que su buen puesto, por bueno que fuese en sí mismo, hagámosle esa justicia, con cierta habilidad y ciertas dádivas oficiales, fecundase mediante un sistema de irrigación tan perfectamente apropiado que lo había bonificado considerablemente, y lo digo con la mayor sinceridad de mi alma y hablando con la mayor franqueza. Ese buen puesto ofrecía entonces la imagen de una primavera eterna; flores y frutas colgaban de él en cualquier estación. Recogía la cosecha durante todo el año. Pero bajo aquel tapiz de verdor habían pasado la azada, lo mismo que en un cementerio hubiesen hecho sonar las osamentas.

El señor lugarteniente del rey en el Torreón no recibía regularmente por su cargo más que tres mil libras; pero todas las ganancias y toda su habilidad conseguían, como hemos visto, cambiar la tesis. El animal muerto soplaba tan bien que la rana se convertía en un buey. El burro de cartón se volvía caballo de bronce. En una palabra, los mil escudos del cargo se convertían en veinte o veinticinco mil libras de renta, un año con otro. ¡Veinticinco mil libras de renta!… Pero ese oro era el precio de la sangre, eran las treinta monedas de Judas.

¡Veinticinco mil libras!… En última instancia, no era demasiado, no lo era siquiera para una adhesión tan extraordinaria al rey, a la realeza y al reino; porque aquella hermosa alma se entregaba con toda su energía al mal. ¡Qué vigilancia! ¡Qué visión de los asuntos! ¡Qué astucia! ¡Qué inteligencia! ¡Qué hombre a un tiempo de gabinete y de horno! ¡Qué tierna solicitud por la buena marcha de las cosas! ¡Con qué reciedumbre golpeaba con su cayado! ¡Con qué fuerza mordían los perros a su voz!… ¡Qué silencio en el Torreón! ¡Qué tristeza! ¡Qué bien emparedado estaba todo! ¡Qué herméticamente taponado! ¡Cuánto se sufría! ¡Qué frío reinaba! ¡Y qué hambre! ¡Y qué desesperación!… ¡Veinte mil libras! No, no era demasiado, era poco. ¡Y qué celo! ¡Qué imperturbabilidad! ¡Qué corazón inaccesible! ¡Qué amor por su deber! ¡Qué fervor! ¡Qué fanatismo tan hermoso! Tanto que a este servidor a ultranza le dolió en varias ocasiones no

verse suficientemente comprendido por sus amos. El señor marqués Paulmi d'Argenson, alcaide del Château, descendiente del primer superintendente de la policía del reino, el señor Marc-René de Voyer de Paulmi d'Argenson, el mismo que descubrió la religión del rey y de Pontchartrain para vengarse del marqués de Brurauté en la cabeza del conde de Thunn, como se ha visto; el señor marqués de Paulmi d'Argenson, digo, se vio obligado en varias ocasiones a pisar la cola de aquella serpiente llamándole al orden: ¡tan lejos le llevaba su regio entusiasmo!

La cólera es un poderoso flujo que sostiene y arrastra. En su cólera contra el nuevo orden de cosas, Fitz-Harris sacó algunas fuerzas al principio; pero cuando la marea llegó a su cima, cuando el flujo amortiguado se retiró, su barca se quedó sin agua y encalló de nuevo profundamente; el reflujo la dejó en seco; y volvió a encontrarse, como si estuviera en el centro de una playa solitaria, plantada en medio de su marasmo. ¿Qué hacer para distraerse? Sea de madera, sea de piedra, ¿qué hacer para distraerse en un ataúd? ¡Hablar!… Pronto se cumplirían diez años desde que aquellos dos pobres jóvenes estaban solos, frente a frente; se habían dicho todo: recuerdos de infancia, sentimientos de juventud, locuras, sueños, deseos, secretos, pensamientos de orgullo, pecados, amoríos, amores, amor a la patria, remembranzas de aldea, remembranzas de su padre, remembranzas de sus hermanos o de sus compañeros, remembranzas de su madre, remembranzas de su hermana. Habían pasado mil veces por los senderos de la montaña. En imagen, habían vuelto a jugar mil veces en la orilla del lago natal, a coger juncos verdes, a amontonar pedruscos, a tirar piedras a las golondrinas o a mover el agua con un largo remo de sauce. ¿Leer? Fitz-Harris no era un gran lector; la actividad de su cabeza no tenía un momento de respiro. Mientras que con los ojos seguía maquinalmente la línea en la página, en otra parte construía cosas mucho más hermosas que lo que el hombre ha escrito. Patrick, sí… Pero no tenían libros. Y de haber estado en términos suficientemente buenos con el señor lugarteniente del rey, como se decía, para pedírselos, hubiera pasado prácticamente lo mismo. En el Torreón no había biblioteca como en la Bastilla. El señor de Rougemont, por otro lado, no era un hombre literario; tenía desde luego una estantería, bonita como una caja de órgano, pero no tenía armarios para libros; y era preciso que un prisionero suplicase veinte veces ante de obtener alguno de los volúmenes domésticos que había en la casa. Los prisioneros mejor tratados conseguían a veces que les llevasen un cuaderno de papel; pero cada hoja estaba cuidadosamente numerada,

y tenían que justificar su empleo. Escribían algunas cartas, las entregaban abiertas al señor lugarteniente, que siempre las leía, pero que rara vez permitía que saliesen. Las que venían del exterior nunca llegaban hasta ellos, por así decir. En aquella desocupación, Fitz-Harris había adquirido una manía: retiraba la manta de lana de su catre, la tendía en el suelo, se acostaba en ella con Cork, y allí, en una especie de sueño o de apatía que se hubiera dicho procurada por el opio, pasaba jornadas, largas jornadas, inmóvil, mudo, con los párpados cerrados o la mirada clavada en las piedras de la bóveda, examinando los compartimentos y los extraños dibujos que en su imaginación abotargada parecían formar las uniones de las claves y de los dovelajes contrapuestos en su labrado y aparejo; y mientras tanto, Patrick, por su parte, sentado ante la mesa e inclinado sobre ella, con la cara apoyada en los brazos y tapada, lloraba a veces y se abismaba en unos sueños que Dios le enviaba, sin duda, pero que nadie conoció nunca y nadie conocerá jamás.

La solicitud del señor de Guyonnet con sus dos niños mimados, el régimen saludable de que gozaban en el Torreón bajo su mando, habían contrarrestado los estragos del aburrimiento en Fitz-Harris; pero luego, entregado al aburrimiento más devorador, perecía como una hierba anual bajo los primeros vientos fríos del otoño; se ajaba y palidecía como una pobre y encarcelada hierbecilla de los campos; se debilitaba por falta de espacio y de ejercicio. Por todo paseo, de vez en cuando se les hacía pasar de su calabozo a la gran sala común, que en cada una de sus esquinas ocultaba una cámara octogonal semejante a la suya. Esta sala sombría y desnuda, abovedada en ojiva, no tenía más que un solo pilar en el centro, a cuyo alrededor Fitz-Harris y Patrick daban vueltas y más vueltas tristemente como alrededor de una idea fija: se hubiera dicho caballos ciegos uncidos al eje de una laminadora. Se me olvidaba, los domingos también tenían una salida algunas veces: cuando el limosnero decía misa en la capilla del Torreón les llevaban allí; y allí, desde el fondo de una especie de jaulas, totalmente cerradas por dobles puertas en las que se encerraba a los prisioneros uno a uno como animales feroces, semejantes a una pareja de hienas grises o rayadas, de Polonia o de Coromandel, expuestas a la curiosidad del público, asistían con el corazón triste y encogido a la conmemoración de la última comida que tomó entre los hombres el profeta inocente, el cordero sin mancha tan cobardemente crucificado.

Como una hierba anual bajo los primeros vientos fríos del otoño, Fitz-Harris perecía, he dicho; y como tenía la sensación de su declive, como se veía secar y

envejecer, eso aumentaba su mal todavía más. Siempre tenía presente en su espíritu la idea de su final, se lo tomase frenética o seriamente, aceptase o rechazase esa fatalidad. A menudo, mirando sus brazos descarnados, sus piernas enflaquecidas, se echaba a llorar a borbotones. La sombría idea que le invadía lo inundaba todo, adoptaba todas las formas para abrirse paso. Una vez, entre otras, al servir la bebida, golpeó el cuello desportillado del cántaro y casi lo redujo a pedazos. Cuando luego recogió uno de aquellos trozos, bastante angulosos, se le ocurrió una fantasía y se dejó arrastrar por ella.

—¡Patrick! —exclamó—. ¡Tengo una idea! ¡Voy a grabar mi epitafio!

Y después de haber trazado el óvalo de un reloj de arena y de una guadaña, escribió:

Aquí yace
Kildare Fitz-Harris,
Nacido el 9 de abril de 1744
en Killarney, en el condado de Kerry, en Irlanda,
sepultado vivo en esta tumba de piedra
el 21 de septiembre de 1763,
a la edad de diecinueve años, cinco meses
y doce días

Tras levantar la esquina de su mortaja, con mano temblorosa, sobre esta pared interna, él mismo grabó estas palabras, dejando a otros, más afortunados, la tarea de escribirlo sobre la tapa

De profundis.

Con una mirada dulce y triste a la vez, y la cabeza blandamente inclinada sobre el hombro, inmóvil, Patrick le miraba.

—¡Bueno, querido Pat! —le gritó Fitz-Harris afectuosamente—, ¿no me dices nada? ¿No te parece que el epitafio es original, insólito y del todo digno de la celebridad del enigmático epitafio de Bolonia[131]? En cuanto a la guadaña y al reloj de arena, no soy muy ducho en escultura, te los dejo. Mis huesos en forma de aspa tampoco son muy maravillosos, y confieso que, a ojos de expertos, mis gotas lacrimales bien podrían parecerse más a peras que a lágrimas. Ahora te toca a ti, te cedo mi buril; venga, haz el tuyo.

—No, gracias, Fitz-Harris, estás loco jugando así con cosas serias; además, no tengo fuerzas; sin adulación, manejas el cincel como un griego.

—¡Dios mío, miss Patrick! Si os hacéis la melindrosa… —replicó malicioso Fitz-Harris—, no importa, trataremos de prescindir de vuestro talento; limitaos a dictar vuestra página, y la escribiremos.

Y se puso de nuevo a la tarea mientras Patrick, por condescendencia, y quizá también por miedo a que grabase a su costa algo inconveniente, le dictó:

Aquí yace
Patrick Fitz-Whyte,
nacido el 15 de junio de 1742,
en un pesebre, a orillas del lago de Killarney,
en el condado de Kerry, en Irlanda;
sepultado vivo, bajo esta misma hoja,
el 2 de septiembre de 1763,
a la edad de veintiún años, dos meses y diecisiete días.
¡Adiós, Déborah!
¡Volveremos a vernos allá arriba!…
De prof…

Fitz-Harris, dominado por un mareo, no pudo acabar esta última palabra. Se arrastró vacilante hasta el borde de su cama, fue todo lo que pudo hacer. En esa época se encontraba ya tan débil que la aplicación que había puesto para trazar aquellas inscripciones sobre la pared lo había agotado. Desde hacía un tiempo, incluso en la inacción, sin que ningún esfuerzo aparente los provocase, sufría desfallecimientos de ese tipo. También se quejaba de espasmos, de pálpitos de corazón, de sudores fríos. A menudo tenía en la boca un movimiento convulsivo penoso de ver. Constantemente tenía un escalofrío mortal. Aquellos dolores actuaban sobre sus nervios, lo molestaban, y su irritabilidad natural y su irascibilidad aumentaban en una proporción espantosa. Se fijaba en todo, se ocupaba de todo, él, que en sus buenos tiempos no se preocupaba por nada y a quien nada importaba; ahora, la cosa más nimia, sin saber por qué, lo crispaba, lo sublevaba. Se levantaba taciturno, y todo a su alrededor y sobre él le parecía sucio, mal hecho, desarreglado, y se afligía sinceramente por ello. Aquel calor ardiente que había tenido en su corazón se había enfriado. Lo que podríamos

llamar el poder de amar había abandonado su alma; estaba despegado de todo. Se volvía duro, insensible, consigo mismo y con los demás. Molestaba sin tregua a los carceleros. Dejó de acariciar a Cork. Cork se equivocaba siempre, Cork le importunaba, Cork era reñido constantemente. También desaparecieron las buenas palabras hacia Patrick; le reñía, le decía cosas crueles. Luego, cuando por casualidad renacía un impulso de ternura, ¡entonces era la locura! Acariciaba a Cork inmisericorde, lo besaba, le pedía perdón por haber estado tanto tiempo sin quererle. A Patrick le decía las cosas más dulces; lo mimaba y quería, en medio de su deferencia, darle todo, incluso sus cuidados, el pobre moribundo, incluso su parte de alimento. Mientras tanto, era mucho lo que Patrick tenía que sufrir; porque, como le será fácil suponer al lector, ese trato era áspero y difícil. ¡Pero qué hermosa su conducta! Haciendo total abnegación de sí, dejaba pasar, sin decir una palabra, los reproches injustos, los epítetos crueles; se plegaba, se inclinaba, se prestaba a ellos como un esclavo inepto; obedecía religiosamente las fantasías más extrañas, los caprichos más pasajeros. En la época a que hemos llegado, el mal había progresado tanto en Fitz-Harris que sus piernas temblaban y se doblaban bajo el peso de su cuerpo, y apenas si podía sostenerse de pie. Hacia el mediodía, Patrick le ayudaba a levantarse, lo envolvía cálidamente en una manta y lo sentaba en una silla, de donde no se movía hasta la hora de acostarse. Pero había que cambiarle veinte veces de sitio. Fitz-Harris le pedía que lo sentase mirando hacia la puerta; luego, junto a la mesa, deseaba estar más cerca de la chimenea. A veces, en los momentos de la melancolía más dulce, cuando había hablado mucho de su patria, de Irlanda, pedía volver a ver una vez más el cielo; entonces Patrick lo cargaba suavemente a su espalda, y se colocaba pegado a la pared, debajo de la lucera. Levantándose todo lo que podía, agarrado a los barrotes interiores, Fitz-Harris conseguía pasar la cabeza por el vano, y allí, mientras Patrick se doblaba bajo el peso, permanecía tristemente contemplando, a través de los encañados de hierro y los cristales sucios, algunas migajas de azul, un reflejo amarillo o una estrella solitaria. ¡Escena desgarradora y sublime! ¡Cosa horrible, capaz de hacer llorar a las piedras!… ¡Pobres jóvenes!

Fitz-Harris se hallaba desde hacía mucho en ese estado de languidez y consunción cuando, una mañana, al traerles a las once el carcelero su pitanza, les anunció, para la tarde, con objeto de que pusieran más orden en su calabozo, la visita del lugarteniente general de la policía del reino.

Porque el señor lugarteniente general de la policía del reino tenía por costumbre pasar, una vez al año, por la fortaleza, para hacer como si dijéramos

una presunta inspección. Rara vez faltaba. Le gustaba mucho hacerla. Para él era como una partida de campo, una cacería, a la que siempre invitaba a varios amigos. A veces llevaba incluso a los pequeños de su familia, en calesa, cuando se habían portado bien. No hay que decir que el señor lugarteniente del rey estaba avisado de antemano del día decidido por el señor lugarteniente general. A su llegada a los aposentos del alcaide, tras los *¿buenos días, cómo te va?*, exigidos por la cortesía, este último se iba, tan derecho como un asno que vuelve al molino, a sentarse a la mesa que sabía que le servirían. Entonces empezaba una suntuosa y espléndida comida donde había todo lo que la opulencia y la delicadeza más rebuscada han podido inventar y reunir. El señor lugarteniente general se atracaba, bebía, se deleitaba, se extasiaba, se confundía en elogios, probaba, degustaba, repetía del mismo plato, se lamía las barbas.

Hosanna in excelsis! ¡Qué fiesta! ¡Qué magnificencia! ¡Oh, Anfitrión tres veces dichoso!… Luego, una vez bien cebado, en el momento más álgido de su entusiasmo, enseguida insinuaban a este magistrado, enseguida le colocaban dulcemente en el tubo de la oreja que aquél era, poco más o menos, el régimen ordinario de los prisioneros, y que el cocinero que acababa de provocar su entusiasmo era el mismo del Torreón. Él lo oía o no lo oía, lo escuchaba o no lo escuchaba, lo creía o no lo creía, sea como quiera, que nada importa eso a nuestro caso; pero lo que, sin embargo, resulta positivo es que bien atracado, bien harto, bien bebido, como se diría en inglés, lo soltaban todo radiante en las torres, donde apenas estaba una hora, y nunca veía más que a cierto número de prisioneros, los originales, los más divertidos de ver, como él decía; aquellos desdichados, por miedo a aumentar sus miserias, no se atrevían a quejarse del trato recibido. Además, apenas tenían tiempo de decirle algunas palabras sobre la libertad que esperaban de su justicia. ¿De la justicia del señor lugarteniente general de policía? ¡Qué ridiculez!

El carcelero había dicho la verdad: en efecto, ese día, el señor lugarteniente general hizo su visita anual. Por la tarde, en efecto, un ruido extraordinario estalló a las puertas del calabozo, que se abrieron de golpe como por encantamiento y dejaron pasar con estrépito un numeroso cortejo. Marchaba a su cabeza, o mejor daba tumbos a su cabeza, el señor lugarteniente general, por varias razones, y porque además, al entrar, su pie chocó con el escalón que había que subir para entrar en el calabozo; escalón que, también por diversas razones, no había visto en el momento de su triunfal aparición. Vestido de negro, estaba como todo magistrado bien nacido debe estar. Por lo demás, era un personaje

insignificante. Inmediatamente detrás de sus altos talones venían otros cuatro comparsas del mismo color, sin duda funcionarios importantes; luego, el señor lugarteniente del rey en el Torreón, y los suyos, con uniforme nuevo. Ante este efecto teatral, Fitz-Harris, que, envuelto en todos sus harapos y en la manta, estaba sentado de espaldas a la puerta, hizo dar media vuelta a su silla para mirar de frente la cabalgata. Así pues, ya tenemos a los dos campos frente a frente. Fitz-Harris mira todo aquello con su expresión huraña. Si se llega a las manos, ¡cuidado!, la jornada será caliente. El señor lugarteniente general, de ojos brillantes y labios espesos, tras haber balbuceado de manera ininteligible unas cuantas palabras, consiguió por fin despegar lo suficiente la lengua para decir con una voz estropajosa:

—Prisioneros, ¿tenéis alguna reclamación que hacer? ¿Estáis bien alimentados?

A esta pregunta Patrick respondió:

—Nos alimentan bastante mal, señor; sí, bastante mal. Pero nos importa más el asunto de nuestra libertad; ocupémonos de lo más necesario, si os place, bis nuestro destino lo que se trata de cambiar, y no nuestra comida. Ponednos en libertad primero. Y cuando seamos libres, viviremos como los pájaros del cielo, no como os plazca a vos, sino como plazca a Dios.

—Bastante mal —añadió en tono áspero Fitz-Harris—; sí, porque hay que decirlo, nos alimentan bastante mal, horriblemente mal. Pero, señor, ¿no os avergüenza venir a pavonearos así con la boca llena en el antro del hambre, delante de unos pobres jóvenes a las que extenúan con ayunos? Sí, señor, además lo sabéis, estamos bastante mal alimentados. Ved mi estado; ved cómo mis brazos y mis mejillas están descarnadas. El señor alcaide aquí presente es su criado infiel que se aprovecha despiadadamente de la panera que el rey le ha puesto entre los brazos. El caballero saca beneficios de todo: del pan, del vino, de la sal, de las habas, de los arenques, de la carne podrida que nos da. Nos deja sin luz, sin fuego, sin ropas. Y gracias a nuestra hambre, a nuestra sed, a nuestra miseria, y a la ropa sucia que nos carcome, y el frío que nos corta, el caballero, sin duda, monta su cuadra, siembra de oro los garitos, mantiene a sus putas. El caballero compra prados al sol, tejidos de muaré e inglaterras a la señora. ¡El caballero se las da de buen padre! ¡El caballero educa a su familia! Y vos, el amo inmediato de este lacayo, sabéis todo eso, ¡y le dejáis hacer! ¡Sonreís ante sus vilezas! ¡Estáis conchabado con esas infamias! ¡Vergüenza y oprobio!…

Mientras Fitz-Harris soltaba estas últimas frases a pleno pulmón, el señor

lugarteniente general de policía, sumamente desconcertado, había pronunciado algunas palabras que la voz del prisionero cubrió y que no se entendieron; luego había hecho un gesto como para retirarse y que los demás le siguiesen. Pero, en ese punto, el pobre enfermo, a quien la indignación acababa de devolver algunas fuerzas, se había levantado de repente y, echando a un lado la manta que lo envolvía, se había precipitado contra la puerta. Con el choque, la puerta había vuelto a cerrarse y entonces, sin interrupción, por así decir, y de forma más temeraria todavía, había continuado:

—Audiencia, señor, por favor. ¿Qué prisa tenéis? ¿No habéis acabado vuestro festín? Hacedme caso, no volváis a la cantina; además, a cada uno le llega su turno; en esta hora sois mi huésped y yo vuestro copero. Ah, ya veo, mis palabras os pesan. No os esperabais este ramillete de cardos que yo he recogido sobre estas losas. Hace mucho que tenía estas cosas en el corazón; voy a morir… pero, al menos, no moriré sin habéroslas dicho. Cuando me ponen el pie en el cuello, como el gusano al que se pisa, me levanto; cuando me espolean, coceo. Hasta este día, me había hecho el tonto; había sido amable con vos durante vuestras visitas; con las manos juntas y dulcemente había implorado de vos mi libertad, había apelado con zalamerías a vuestra misericordia y a la justicia de vuestro corazón; pero ¿a qué ha conducido todo eso? ¿Qué mejora habéis aportado a nuestro destino, desde hace once años que venís a honrar nuestro calabozo con vuestra presencia…, desde hace siete años, desde la llegada a este Torreón de vuestro señor amigo, que venís, entre dos vinos, a imitar a san Vicente de Paúl, el hombre de las entrañas de padre? ¡Piedad!… ¡Hipocresía!… ¡Quitaos esa máscara, os disfraza mal, jabalí haciendo de filántropo! Señor lugarteniente general de la policía del reino, vos tenéis heraldos; enviadlos, os reto a ello, a proclamar por las cuatro esquinas de la ciudad lo que aquí nos hacéis, y por qué nos lo hacéis. Pero mejor será que os cuidéis de hacerlo, vuestros voceadores serían asesinados. Además, estas cosas no se divulgan: ése es el secreto del hogar, es la botella de tinta de la policía, es el jarrón de rosas del rey. Desde hace once años, señor, os pedíamos la libertad o la muerte; hoy que la muerte habita en mi seno, señor, ¡os pido la libertad o que me maten!…

Cuando Fitz-Harris decía esto, los carceleros, que desde hacía tiempo trataban de apartarle de la puerta, terminaron consiguiéndolo y cuando, desalojado como estaba de aquel sitio, recuperaba el aliento y blandía un nuevo venablo, Patrick, que se daba cuenta con dolor de que ya había dicho demasiado, le tapó la boca con la mano… Justo a tiempo. Las vaharadas del vino y de la

cólera subían a la nariz de los señores lugartenientes generales. Amenazaban, se encabritaban. Seamos francos, Fitz-Harris había golpeado con suficiente dureza sobre las escamas de aquellos reptiles como para que silbasen y mostrasen sus dardos.

—Salgamos, señores, salgamos, no aguanto más —exclamaba el señor lugarteniente general—. ¡Por favor, librarme de este foco de sedición! ¡Por favor, llevadme lejos del espectáculo de estos locos! Señor lugarteniente del rey, ahora mismo me arrojaréis a estos regicidas a los calabozos de Bizerta, en espera de lo peor.

—Que su Excelencia me deje la tarea de vengar a la corona, y descanse en mí —respondió con alegría el señor de Rougemont.

Y la tropa desfiló como había venido, no sin chocar, de camino, con las murallas. El señor lugarteniente en el Torreón formaba la retaguardia, se retorcía los brazos lleno de rabia; sus dientes crujían.

Tan pronto como desaparecieron todos del calabozo y Fitz-Harris volvió a encontrarse frente a frente consigo mismo, recobró la razón; pero las fuerzas que le había prestado la cólera se disiparon. Se desmoronó sobre las baldosas y, paseando la mirada a su alrededor, se puso a derramar un torrente de lágrimas. Temblaba. Patrick se apresuró a levantarle, le hizo sentarse y envolvió de nuevo en sus pañales al pobre niño.

—¡Oh, hermano mío! —le dijo entonces Fitz-Harris—. Estamos perdidos. ¿Qué he hecho? ¿Qué me has dejado hacer? En mi delirio, ya no sé qué he dicho a esos hombres, pero me parece que les he dicho cosas muy crueles y que se ponían colorados. ¡Oh, hermano mío, estamos perdidos! Escóndeme, volverán para matarme…

—No, pobre amigo mío —le respondió Patrick—. Vamos, ánimo, tranquilízate. No temas nada; estas gentes hacen morir, pero no matan.

Unas tres horas después de esta refriega, el señor lugarteniente del rey, armado de su bastón, y los tres carceleros del Torreón, armados cada uno con un palo, a tambor batiente y mecha encendida, se precipitaron inesperadamente en el calabozo. El señor lugarteniente del rey echaba espuma por la boca.

—¡Hola! ¡Aquí tenemos ahora a nuestros dos miserables! —empezó a gritar, volcando la mesa con una mano y rompiendo el cántaro de una patada para lograr un aspecto formidable—. ¡Carcelero, muéleme a golpes a este vil populacho! ¡Un noble gentilhombre, un servidor del rey, tratado así delante de su excelencia, por un miserable, por un gusano, por un chiquillo callejero!

¿Pretendías, bergante, que me expulsasen del cargo en que la estima de todos me ha colocado? ¿Querías robar su ganapán a un pobre padre de familia?… (A la expresión padre de familia, expresión tan explotada luego, el señor de Rougemont dio a su voz una inflexión sentimental. Si hubiese podido escupirse en los ojos, creo que, en su ternura, hubiera derramado algunas lágrimas). ¡Merecerías ser desollado vivo, asqueroso mendigo, que te hiciese tragar mi puño como una pera de angustia, que te deslomase con mi bastón! ¡Toma! ¡Toma! Te mataré, miserable…

—¡Eh!, señor, eso es una infamia; ¡pegar así a un enfermo! —gritó entonces Patrick interponiéndose entre el señor lugarteniente y su amigo, al que aquellos golpes habían derribado.

—¡A mí! ¡Carceleros, a mí! —replicó el señor de Rougemont.

Y dos carceleros se lanzaron sobre Patrick y lo golpearon violentamente. Patrick no protestó. Encogiendo los hombros de piedad, se limitó a arrancar lleno de orgullo el bastón de las manos del señor lugarteniente del rey, partirlo en su rodilla y arrojárselo a la cara en trozos.

Mientras ocurría esto, a espaldas de Patrick pasaba una cosa más bárbara, más innoble todavía, digna de un borgoñón de los tiempos de los Armagnac, digna de los tiempos en que, arropado en un paño de damasco forrado de marta, con el puñal en la mano, reinaba en el barro el rey Capeluche[132]. El tercer carcelero, hombre de matanza, se apoderó de Cork y, después de romperle la cabeza contra la esquina de la chimenea y contra la muralla, se divertía embadurnando de sangre a Fitz-Harris, tendido sin vida en el suelo, pasándole por el rostro el cuerpo muerto de su pobre amigo. Al volver Patrick la cabeza y ver aquella cobardía, lanzó un grito terrible; pero el señor caballero de Rougemont aplaudió con una sonrisa.

¿Qué corazón no se habría sublevado? Mi pluma tiembla y se me escapa. En este punto, a más de uno se le caerá el libro de las manos. ¿Qué puedo hacer? La verdad no siempre va vestida de satén blanco como una muchacha el día de su boda; y, ¡por Dios y por el honor!, no he dicho más que la verdad, que debo. Cuando la verdad es de barro y de sangre, cuando ofende al olfato, la declaro de barro y de sangre, y la dejo que apeste: ¡tanto peor! No soy yo quien la rociará con agua de colonia. No estoy aquí, además, para contar cuentos con olor a jazmín o a tomillo.

Este último acto, de una ferocidad suprema, había helado a Fitz-Harris y a

Patrick: permanecían medio muertos, aniquilados, como si esperasen el golpe fatal. Aprovechando aquel estupor, dos carceleros recogieron a Fitz-Harris y se lo llevaron fuera del calabozo; y el señor lugarteniente del rey y el tercer carcelero, cogiéndolo cada uno por un brazo, arrastraron consigo a Patrick. En la torre de la Superintendencia había cuatro calabozos de cinco o seis metros cuadrados, donde los catres eran de piedra y, al fondo del todo, una gran bodega a la que sólo se podía entrar por un agujero practicado en la bóveda. Fue en el borde de ese agujero, cuya trampilla habían levantado, y en el que de antemano habían colocado una escala, donde llevaron a las dos víctimas. Cuando llegaron, Fitz-Harris recuperó el sentido, y al ver que iban a meterle allí, su temperamento se rebeló: lanzó un grito, se libró del carcelero y se puso en pie de un salto. Entonces Patrick, con flema sepulcral, empezó a bajar la escala por sí mismo, diciendo:

—¡Hay que morir, hermano mío! ¡Hermano mío, hay que morir cuando place a Dios! ¡Ven…!

Vencido por estas palabras, Fitz-Harris se acercó al agujero para imitar a su amigo; pero cuando se inclinaba para aferrar los largueros de la escala, el señor lugarteniente del rey, o quizá un carcelero, yo no podría decirlo, lo empujó rudamente, le falló el pie y cayó como una masa al fondo de la cisterna.

Volvieron a subir la escala, y cerraron la trampilla.

XV

Hemos dejado a Déborah y a Venganza, una valiente madre y a su hijo escapados de la esclavitud, Genoveva de Brabante y su hijo Benoni[133] escapados del hacha del traidor Golo, con Icolm-Kill, el aventurero y sus camaradas, haciéndose a la vela en el balandro. Tras una estancia de casi un mes en las islas Baleares, tras distintas fortunas marinas que, por sí solas, podrían dar materia para un libro más grueso y quizá de un interés más palpitante que éste, pero sobre las que guardaremos un modesto silencio por no entender nada de las cosas del mar, luego de haber reconocido la playa de Irlanda, gritó tres veces: ¡Tierra! Y, de la misma forma que al salir de Lerins, cuando con el sol levante había gritado tres veces: ¡Sol!, los marineros, quitándose sus gorras, entonaron el himno a la patria; pero esta vez lo cantaron con aire triste y casi en voz baja. Ya no estaban bajo un cielo extranjero y libre; estaban bajo el cielo natal, presa del extranjero. El esclavo había vuelto bajo el látigo del amo.

Sir John Chatsworth acogió a Déborah con viva satisfacción. No esperaba el éxito de la empresa, a pesar de toda la habilidad y toda la audacia que él mismo había reconocido en Icolm-Kill. Sir John Chatsworth no era un hombre de poesía y de aventura. Lo que conocemos como destino, azar y providencia, sonaba a sus oídos como palabras vacías. Las cosas no le parecían fáciles ni prósperas; no lo veía claro, como suele decirse; por triste y malo que pudiera ser, el presente estaba bien a sus ojos; el futuro no era más que una bruma espesa encima de un abismo. Para él no había perspectiva, ni esperanza, ¡nunca!, pero tampoco decepción.

Lo que sobre todo causó la admiración del señor Chatsworth fue el magnífico cambio que se había producido en la persona de su pupila. De la joven y juguetona niña que había visto en Limerick la última vez, poco antes de la muerte de sir Francis Meadowbanks, su abuelo, el tiempo y las desgracia habían hecho una hermosa dama seria. En varias ocasiones el señor Chatsworth volvió a elogiar aquel cambio. Déborah, como es fácil de adivinar, dio amablemente las gracias a su tutor con toda la extensión de su gratitud sincera y profunda, y le prodigó un afecto tan bueno y auténtico que el alma aguerrida del hombre de ley

no dejó de sentirse emocionado algunas veces. Su llegada derramó un poco de alegría sobre la casa de sir John, y durante unos días casi llegó a darle un aire de fiesta; pero como esa alegría era severa, y ese aire de fiesta grave, porque la casa de sir John era una de esas casas inglesas donde reinan las normas y la austeridad, no deslucía la deliciosa melancolía que profesaba la joven desdichada, y que tan bien le sentaba al luto de su corazón. Sir John creyó que debía abrir a sus amigos las puertas de sus salones para que fuesen a rendir sus homenajes a los pies de su pupila. Dio varias comidas, mantuvo tertulias en las que, si hubiera sido posible, Déborah no habría aparecido, pero en las que brilló en todo su esplendor. Los infortunios y el valor de esta bella prisionera de Estado excitaban las más vivas simpatías y añadían un encanto secreto e irresistible a sus encantos naturales. Los primeros tiempos de su regreso transcurrieron algunas veces en medio del ruido mundanal, pero en su mayoría en el intercambio tranquilo de los testimonios más amables de amistad y gratitud, y en la confidencia y el relato del pasado.

Déborah supo entonces que lord Cockermouth, su padre, no vivía ya en Irlanda. Sin duda su desaparición, que había destruido el buen efecto que esperaba del juicio de Tralée, que sin embargo le había costado mucho, le había resuelto a tomar esa decisión. Había regresado a su hacienda de Killarney, pero sólo para venderla deprisa y corriendo antes de trasladarse a Londres, adonde, desde la muerte de su mujer, algunos de sus antiguos compañeros de mesa le aconsejaban que se trasladase; porque desde la muerte de Anna Meadowbanks alimentaba en algún rincón desconocido de su corazón un dolor bastante verdadero y penas que, a menudo, se habían translúcido, a pesar suyo, incluso en su correspondencia. En el fondo, lord Cockermouth no había dejado de sentir cierto afecto por su mujer y por su hija. Si había hecho sufrir a su esposa, no había sido porque se hubiese dado por tarea convertirse en el martirizador de aquella dulce criatura. No había pensado: Voy a ser malo con ella, voy a pagar con la ingratitud su cariño, su abnegación, su resignación. Anna había tenido una vida triste y penosa por el solo hecho de haber estado en contacto con aquella criatura tosca, grosera, brutal, y porque su temperamento delicado y selecto se había visto obligado a sufrir las leyes de un amo implacable y mediocre, cosa que nunca sospechara. Por conveniencia de familia, la tórtola había sido acoplada a un buey, y condenada a trazar un surco. Si lord Cockermouth había hecho sufrir a su hija, a Déborah, no era tampoco porque careciese de toda especie de cariño y apego hacia ella: era por Patrick. A pesar de su rústica

envoltura y sus costumbres triviales, este lord, como hemos dicho en alguna parte, mantenía el orgullo más altanero y las pretensiones aristocráticas más altivas. Le habitaba un sentimiento mal digerido, pero inalterable, del honor de su casa y de su sangre, y ese sentimiento vivaz no le había permitido transigir en favor de las relaciones de su hija. El solo pensamiento de que el hijo de un boyero, de un labrador, pudiera ser amigo, y tal vez el amante y el esposo, de Déborah le sublevaba, encendía en él una indignación y una cólera llena de una noble pasión, como hemos podido ver; cólera que no era de esperar si atendemos al carácter ordinario de este hombre. Tenía que parecerle muy mal de verdad, que la mancha con que sus blasones estaban amenazados le pareciese inevitable y enorme, para que hubiese llegado a prestar su apoyo, si no a ordenar, el atentado fallido contra Patrick en la cañada de Killarney; porque a este hombre desabrido de alma dura, que de buena gana aprovechaba los derechos de la guerra, siempre le había repugnado la injusticia; y una vez cometida esa primera injusticia, una vez comprometido en aquel triste asunto, sin duda se había visto arrastrado, él, guardián de la gloria de su casa y de su honor, y para salir de aquel paso cruel, analizando en su corazón el valor de aquella mala acción, a provocar o más bien a comprar la sentencia de los jueces de Tralée, que había declarado a Patrick asesino ausente de Déborah. Sí, por todo esto, hemos de reconocer que lord Cockermouth sentía un cariño bastante real por Déborah, y la gran turbación en que se había sumido, tras su regreso a la sala del festín, turbación que llegaba hasta el delirio, que le había hecho jugar un papel tan inconveniente ante sus invitados, que le había hecho sacar de forma tan desconsiderada su espada todavía ensangrentada, tenía su manantial en el profundo dolor que lo había sobrecogido interiormente al ver a su hija tan horriblemente mutilada por Chris, aquel asesino imbécil. Tras aquel golpe despiadado, para devolverla a la vida, para hacer desaparecer sus heridas, lleno de alegría había hecho que la cuidasen con el mayor de los cariños; y si, apenas convaleciente, la había llevado al tribunal de Tralée, fue porque una necesidad, imperiosa a sus ojos, no le había permitido actuar libremente en este caso.

Sea que los distintos cuerpos del castillo, en su mayoría antiquísimos, necesitasen reparaciones demasiado considerables, sea que, por una especie de superstición, nadie hubiese querido ir a vivir en aquel lugar maldito, como se consideraba, junto a un fantasma, junto a un servidor de Satán —porque el rumor público, que todo lo ennegrece y aumenta, había hecho todo eso, y cosas peores todavía, del viejo comodoro—, el lord conde de Cockermouth no había

podido encontrar comprador; pero se había prometido, y en vez de echarse atrás, había dividido sus hermosos dominios, y los había entregado trozo a trozo a los aldeanos vecinos. Unos granjeros habían comprado, como materiales, la mansión señorial, la habían demolido y habían extraído sus piedras para construir muros alrededor de sus cercados. Sólo habían respetado algunas salas del primer piso, que servían de graneros y de establos; en la actualidad, apenas si podrían encontrarse algunos vestigios; tal vez, en el fondo de alguna choza todavía haya algún anciano que guarde memoria de los Cockermouth. Así acabó este castillo, que estaba en pie desde hacía muchas centurias, y que, como los viejos robles del bosque, no tenía edad. Así acabó Cockermouth-Castle, como acaban a nuestro alrededor tantos monumentos, tantos de esos hermosos relojes de piedra que parecen puestos ahí para contar las generaciones que se suceden, como un reloj cuenta las horas transcurridas. Así acabó Cockermouth-Castle, así acaban las cosas más santas y bellas, bajo la guadaña del tiempo y bajo la guadaña del hombre: es el destino común. La espada del conquistador termina en chatarra; la mansión, cuyas torres escalaban el cielo, es arrasada a la altura del hombre; el asno rebuzna en la sala del trono, y el sepulcro real, medio enterrado, no es más que un comedero para cerdos.

Cierto día Déborah estaba sola en el salón; sentada junto a la chimenea, lela, y Venganza jugaba y rodaba a sus pies sobre una piel de leopardo. Entró el señor Chatsworth, arrastró una silla por el suelo y fue a sentarse a su lado. Déborah cerró su libro por respeto y se inclinó, y el señor Chatsworth le cogió la mano, se la estrechó afectuosamente y le dijo:

—Hace mucho, señora, que vuestro tutor tenía algo que deciros en secreto; pero, como no quería precipitar nada, en lugar de provocar una ocasión favorable ha esperado pacientemente a que la ocasión se presentase. El tiempo y el lugar son oportunos; escuchadme. ¿Me creéis amigo vuestro?

—¿Puedo dudarlo, señor?

—¿Me creéis suficiente amigo vuestro para no desear nada tanto como el interés de vuestro bien y de vuestra gloria?

—Sí, señor.

—Es que debo hablar de cosas muy delicadas, señora, de las que nadie en el mundo tendría derecho a hablar, a menos que fuese lo que yo soy para vos, y a menos de que tengáis en él la fe que tenéis en mí. Aquí, a vuestros pies, tenéis un hermoso niño, señora, al que amo como os amo a vos, podéis estar segura, y por el que estoy dispuesto a hacer lo que haría por vos; pues bien, vuestro amigo va

a deciros algo cruel: es preciso alejar este niño de vos, es preciso que este niño desaparezca.

—Y ¿quién quiere eso?

—El mundo, señora.

—¡El mundo!…

—El mundo y vuestro honor, señora.

—¡El mundo y mi honor!… No comprendo.

—El mundo tiene leyes y el honor es severo, señora; y el mundo y vuestro honor, y vuestro futuro, exigen de vos este sacrificio.

A estas palabras, Déborah cayó de rodillas junto a su hijo y, estrechándolo contra su pecho, le cubrió de besos y lágrimas.

—¡Abandonarte a ti, mi Venganza, a ti, mi Patrick, hijo mío, mi bien, mi alma toda! ¡Oh, no, nunca! —exclamaba.

—Este niño tiene que ser alejado de vos, señora; pero no digo que con ello lo perdáis.

—Lo comprendo, señor.

—El nacimiento y la existencia de este niño son totalmente desconocidos. Desde vuestra llegada, he obrado de modo que, sin explicaros el motivo, este niño fuese mantenido aparte; no divulguemos lo que el cielo, en su benevolencia, ha velado; confiadme este dulce ser, haré que sea criado en la sombra primero, y luego volveré a traerlo a mi lado, y le cuidaré, y velaré por él, y lo querré como mi propia sangre. Pasará por hijo de un pariente mío, alejado y pobre, o por huérfano, por adoptado.

—Vuestra oferta es grande y generosa, sir John, y os lo agradezco; pero siento que hay en mí algo enorme, inexplicable, que rechaza hasta el pensamiento de ese recurso y que nunca me permitirá prestarme a él. Admito que así podrían salvarse las apariencias; lo que pagamos a las apariencias podría quedar satisfecho; pero mi corazón no lo estaría, ni me salvaría del remordimiento.

—Hacéis mal, milady; una falta, y ésta es una, puede provocar remordimientos; pero no hay remordimientos cuando se ha borrado una falta.

—¡Una falta!, pero ¿de qué habláis? Yo no he cometido ninguna falta. Pero ¿qué queréis decir?… Yo tenía un esposo elegido por mí, un amigo, un amante, lo amaba, y éste es el fruto de nuestro amor, fruto que amo; lo que hice, quise hacerlo, y no puedo ver ninguna falta: no hay nada que borrar, señor.

—Considerando las cosas por encima, amiga mía, puede ser que ante la

naturaleza no haya ninguna falta; pero aquí no estamos a orillas del río San Lorenzo[134], y es una falta ante los hombres.

—¿Ante los hombres? ¡Piedad! ¡Cuentan con todo mi desprecio!… ¡Pues sí que tengo que alabarme de ellos, sí que debo tenerles miramientos! No, no, mi hijo no, no, mi Venganza, ¡no renegaré de ti! ¡No te quedarás sin madre! ¡No me llamarás señora! ¡No fingiré ser virgen a tu costa!… No insistáis, me hacéis sufrir de una manera horrible. Soy su madre, su madre, su madre, y sólo quiero ser eso. No estoy buscando una nueva alianza; que me dejen como soy, lo mismo que yo dejo a los demás. Se acabó. Estoy con mi hijo, y lloro a Patrick, ¡eso es todo!… Sois bueno, sir John, y os quiero; pero no hablemos más de este asunto; vos sois un hombre normal, y yo una loca; vos sois un arconte, y yo nada más que una pobre Safo[135].

Emocionado, enternecido hasta las lágrimas, sir John estrechó contra su corazón a la madre y al hijo, a Genoveva de Brabante y a su hijo Benoni, y les dijo:

—Esto puede herir mis sentimientos, lastimarme un poco el corazón; pero no os priva ni de mi amistad ni de mi adhesión; estoy con vos en la vida y en la muerte. ¡Hagamos las paces! ¡Bésame, pobre niño! ¡Abrazadme, pobre mujer!

Y el honrado sir John Chatsworth, que tenía a su servicio una inteligencia noble, no insistió ni volvió a tocar para nada ese asunto. Sobre él, silencio mortal.

XVI

Volvieron a subir la escala y cerraron la trampilla, y se hizo una oscuridad profunda.

—¡Oh, Dios mío!… —exclamó Patrick, doblando las rodillas y prosternándose con la cara hasta el suelo.

El horror y el espanto habían abierto por sorpresa su corazón estoico a la desesperación; pero no tardó su valerosa razón en recobrarse, para arrojar de su corazón aquel movimiento de debilidad como se quitaría con la mano una astilla.

Se puso de pie y, guiado en las tinieblas por sus gemidos, se acercó a Fitz-Harris, le llamó y prestó atención. Fitz-Harris no respondió. Se inclinó sobre él y le cogió la mano: su mano estaba fría. Entonces se apartó de su lado y, apoyándose en la muralla, empujó con el pie, hacia uno de los rincones del calabozo, la paja, o más bien el estiércol con el que habían tenido la delicadeza de cubrir el suelo. Después de llevar suavemente a su amigo hasta aquella litera, le puso la cabeza como sobre un cabezal y volvió a llamarlo; pero seguía sin obtener respuesta. Eran todos los cuidados que podía darle; se acostó a su lado, en medio de una ansiedad inexpresable, comprobando minuto a minuto los latidos de su corazón, escuchando en silencio su aliento, acechando el instante supremo en que por fin habría dejado de sufrir, en que habría pasado de la condición humana, tan triste, y de la más dura de las condiciones humanas, a un estado digno de envidia: el estado de la muerte. Permaneció mucho tiempo, sin duda, en aquella cruel posición porque un sueño de plomo, contra el que luchó a brazo partido, terminó por agobiarle y adormecerlo. Cuando despertó, Fitz-Harris se quejaba con fuerza: sus extremidades ya no estaban frías como el mármol. Patrick le pasó la mano por la frente y lo llamó casi en voz baja:

—¡Harris! ¡Harris, hermano mío!… —le dijo.

Esta vez Harris hizo un movimiento. Poco a poco fue reanimándose y cuando recobró el sentido, Patrick le dijo:

—Has sufrido un desmayo horrible, hermano mío; ¿sufres? ¿Dónde estás herido?

—Me duelen mucho los riñones, y en la cabeza siento punzadas que se cruzan como espadas. Mira, tócame aquí el cráneo.

Patrick llevó hasta ese punto la mano con precaución; bajo el pelo empapado en sangre, encontró un bulto enorme y la brecha de una herida.

—¿Sabes dónde estamos, hermano mío? —dijo luego Fitz-Harris.

—¿Dónde estamos, preguntas, hermano? En una mazmorra.

—¿Y qué hacen de nosotros?

—¿No recuerdas que el señor lugarteniente del rey se ha hecho cargo de vengar a la corona? Lo que hacen con nosotros es vengar a la corona.

—Dios me ha privado de la vista, Patrick; ¿estamos en medio de la noche?

—No, Dios no te ha afligido como a su servidor Tobías; pero no sé si estamos en mitad del día o de la noche; en este calabozo no hay ni tronera ni tragaluz.

—¿Es entonces una tumba?

—Peor que eso, hermano mío, una cloaca sin salida, un pozo inmundo.

—¡Un pozo! —repitió Fitz-Harris aterrado—, ¡un pozo! ¿Se venga a la corona con pozos?

—Con pozos, tú lo has dicho.

No sé qué cosa tan horrible pasó en ese momento por su alma; ambos guardaron un lúgubre y largo silencio.

Fue Fitz-Harris quien lo rompió:

—Sin duda —dijo—, nos han metido en esta mazmorra, condenados como estamos a morir de hambre: ¡mejor! Ya es hora de que nuestras desgracias tengan un Final. ¡Que venga la muerte! ¡Esa caprichosa se hace mucho de rogar! ¡Se diría una gazmoña, una remilgada, una beata que elige a su gente! ¡Que nos echen alimentos o que nos dejen sin ellos, ahora poco importa! Estoy harto de esta miseria, quiero acabar; si vuelvo a acercar algo a mis labios es que soy un cobarde.

—No cumplirás tu juramento, hermano —replicó tristemente Patrick—, porque si es hermoso dejarse matar, es vergonzoso dejarse morir; porque no sabes lo que es morir de hambre.

Hacía varios días y varias noches, eso al menos les parecía, que estaban allí, y nadie había vuelto a reaparecer; no habían oído más ruido que el que producían ellos mismos, como si estuviesen en las entrañas de la tierra. Eran víctimas ahora de los dolores de la inanición; y en ellos empezaba a ser penosa y lenta la operación de pensar; sus ideas se encadenaban mal y se entrecortaban. Para entonces, Patrick, que también había sufrido varios desmayos que había ocultado cuidadosamente, cogió la mano de Fitz-Harris y le dijo:

—Hasta ahora me había negado a creer, como tú, que a alguien haya podido ocurrírsele la idea de meternos en este abismo para dejarnos perecer; pero veo que ésa es la suerte que nos espera; tu previsión era exacta; y para rebajarnos al nivel de los animales, nos entregan a la muerte sin sacerdote, sin consejo, sin asistencia. Trabajo perdido: los que han sabido vivir como nosotros hemos vivido, los que han sabido sufrir como nosotros hemos sufrido, no se despojarán, en un momento supremo, de la dignidad que conviene al hombre; sabrán morir. Hermano, preparémonos para comparecer ante Dios.

Entonces Patrick se arrodilló y, tras un momento de recogimiento, continuó:

—Acabo de descender en espíritu, ¡oh, Dios mío!, al fondo de mi alma, y la he encontrado sin repliegues; por todas partes he buscado en ella un crimen, y no he encontrado más que faltas cuya remisión no me negará tu misericordia. No es que yo sea, ¡oh, Dios mío!, mejor que cualquier otro y que merezca más a tus ojos; pero me has dejado envejecer tan poco en el mundo que me ha faltado tiempo para el pecado. Vosotros a quienes, a lo largo del corto camino de mi vida, he podido ofender; vosotros, para quienes he podido ser objeto de escándalo, os pido humildemente perdón; perdonadme como yo perdono a los que se han vuelto enemigos míos, como yo perdono a mis verdugos. A ti, Fitz-Harris, hermano, ¿qué tengo que decirte sino que te bendigo y te llevo en mi corazón, como tú me bendices y me llevas en el tuyo? Después de la vida más dura, has tenido a bien, ¡oh, Dios mío!, enviarme la muerte más cruel; ¡hágase tu voluntad! Puesto que hay que morir, acepto y muero con esperanza. Me diste una amiga, ¡oh, Dios mío!, luego me separaste de ella; y me haces morir sin volver a verla. ¡Oh, Dios mío, qué amargo es esto! ¡Morir sin volver a verla!… ¡Ah!… ¡Qué frío está este puñal! ¡Con qué lentitud entra, y cómo duele! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Y su voz se ahogó entre tantas lágrimas. Fitz-Harris prosiguió entonces con audacia:

—En cuanto a mí, ¡oh, Dios mío!, no muero resignado como mi hermano, y muero sin esperanza. Un buen hombre vale más que los dos que vas a tener; seré sincero, hubiese preferido, ¡oh, Dios mío!, una manzana en mi mesa que una naranja en el jardín de las Hespérides. No volveré sobre el pasado, hermano mío: está olvidado, está expiado, según creo. Sólo te diré, mi dulce Patrick, que te amo, y dado que debo morir, dado que tú debes morir también, soy feliz de morir contigo.

—Abracémonos entonces por última vez —dijo entonces Patrick.

Y acercándose a Fitz-Harris e inclinándose sobre él, se dieron un largo beso, el beso ardiente del adiós, de un adiós eterno, el beso que entre el tajo y el hacha se dan dos amigos sobre el tablado del cadalso. Sus labios se separaron por fin; Patrick se puso al lado de su amigo, y allí, sobre una capa de estiércol, afectuosamente cogidos de la mano, como dos figuras talladas en el espesor de una tumba, con el alma quebrantada por el dolor y el cuerpo desgarrado por el hambre, se pusieron fríamente a esperar la muerte, que llegaba con lento paso.

Después, todavía hubo un largo intervalo. El dolor se había vuelto tan violento que arrancaba quejas de Patrick y hacía llorar a Fitz-Harris.

—¿Sufres mucho, querido Harris? ¡Tengamos ánimo! —decía Patrick.

A lo que Fitz-Harris respondía:

—Son las heridas las que me hacen sufrir, y también el hambre, un poco.

—Tengamos ánimo, Harris; sólo unas pocas horas de agonía, y el cáliz será bebido hasta las heces; todo habrá acabado. Sólo se muere una vez; ánimo, hermano mío.

—Tengo valor, Patrick; por cruel que sea, acepto esta muerte de buena gana, porque la muerte es un término. Tengo valor. Podría morir incluso por voluntad propia. Si me trajesen la carne de caza más suculenta en una bandeja de plata, la rechazaría con desdén.

—¡Pobre amigo mío! No pensemos en esas cosas: eso aguza más el hambre.

A estas palabras siguió un nuevo silencio, o, mejor dicho, siguieron nuevos gemidos. Nuestros dos mártires se habían cogido de la mano. La muerte no llegaba; pero el ayuno con su rastrillo de hierro les desgarraba las entrañas. De repente, la trampilla de la bóveda se levantó, un débil resplandor de antorcha fue esparciéndose por la mazmorra, algo que colgaba de una cuerda descendió y una voz conocida, la del carcelero, gritó desde fuera: «Coged vuestra pitanza». La sorpresa les hizo lanzar un grito. Les parecía que aquel mensaje venía del cielo. Después de permanecer algún tiempo colgando a unos pies del suelo, el objeto volvió a subir; un instante después dejaron caer algo, y la trampilla volvió a cerrarse.

—¿Qué es? —exclamó Fitz-Harris.

—No sé —respondió Patrick.

—Vete a ver, hermano mío.

No sin grandes esfuerzos, Patrick se arrastró de rodillas hacia el lado donde se había producido el ruido, y su mano encontró el objeto:

—¡Es pan! —exclamó.

—¡Pan! —repitió Fitz-Harris con un estertor de alegría—. ¡Pan! ¡Pan! ¡Santos del cielo! Dame, hermano, dame. El hambre es una cosa atroz; ya lo ves, no era cierto, no quiero morir.

Transcurrido un espacio de tiempo que les pareció bastante corto, al día siguiente, sin duda, la bóveda volvió a abrirse, una cuerda descendió de la misma manera llevando pan que, esta vez, Patrick fue a desatar. Desde entonces, rara vez tuvieron que soportar ayunos tan largos; les llevaban de manera bastante regular su pitanza, a saber: de vez en cuando tres o cuatro onzas de mal pan.

Para completar el horrible cuadro de su situación, enormes ratas, cuyo número parecía creciente, vivían o frecuentaban el mismo pozo. Aquellos huéspedes inmundos, por los que nuestras dos víctimas sentían la más violenta aversión, los acosaban sin cesar ni piedad con una familiaridad y una audacia repugnantes. Se apiñaban alrededor del cántaro de agua, sobre cuyo gollete depositaban su trozo de pan, y, en su encarnizamiento, a menudo lo tiraban, o colmaban, apiñándose sobre el cuerpo del otro, la distancia entre ellos y su presa. Durante el sueño, durante los momentos de silencio y de postración, aquellos animales pasaban por encima de ellos, los roían, les desgarraban las ropas, les cubrían de mordiscos en la cara y las manos. A Fitz-Harris, que tenía que hacer un gran esfuerzo para moverse, le costaba mucho soportarlas; se hubiera dicho que aquella calaña conocía su estado: arrostraba sus amenazas y le atacaba sin más miramientos que a un cadáver. Continuamente tendido sobre una paja podrida y sobre un suelo húmedo, sus piernas fueron poniéndose rígidas y se paralizaron, y, aunque todo su cuerpo estuviese en un estado de adelgazamiento y de demacración horrible de expresar, se volvieron como edematosas y se hincharon prodigiosamente. Sus pies adquirieron un volumen tan enorme que Patrick se vio obligado a quitarle los zapatos, que los apretaban como un borceguí de tortura. Con los pies al descubierto le esperaba una miseria todavía más cruel. Varias veces, bandadas de ratas hambrientas se arrojaron sobre ellos, y, a pesar de sus gritos y de los esfuerzos de Patrick, mal ayudado por la oscuridad, le desgarraron y mordieron los pulgares. No insistiré en la atrocidad de esta tortura; ya se sabe, además, la correlación que mantiene el corazón con las extremidades, y cuán agudo y fulminante es el estremecimiento del tétanos. Patrick sólo pudo poner a Fitz-Harris al abrigo de esa voracidad enterrándole los pies en la litera y cubriendo esa litera con una capa de tierra que, con la paciencia de un cautivo, había arrancado del suelo con sus uñas.

Nuestra naturaleza vivaz es reacia a la muerte. Rara vez la muerte nos priva

del espíritu de lucha. Sólo tras muchas refriegas sordas, tras muchos combates, nos derriba. Sin utilizar el acero o el veneno, no es cosa fácil matar a un hombre, sobre todo a un joven, a un hombre fuerte como Fitz-Harris, nacido para una larga carrera, sano y vigoroso, y en quien todos los resortes de la vida estaban completamente nuevos y eran del acero más puro. En el estado de decaimiento en que se encontraba en los últimos tiempos de su estancia en la cámara octogonal, ¿quién no habría pensado en verle apagarse pronto? Un médico le hubiese dado unas pocas semanas de vida. Y sin embargo, desde entonces había tenido un bajón terrible; había soportado un ayuno de varios días, y había pasado muchos meses acostado sobre porquerías húmedas en un pozo infecto, sin luz, sin aire, agobiado por dolores corporales, roído por el hastío y la desesperación más profunda, sin otra cosa para medir el tiempo, que no pasaba, que su imaginación, que la imaginación, esa loca que multiplica, amplifica y exagera; y sin tener por toda subsistencia otra cosa que agua, como sabemos, y de vez en cuando unas pocas onzas de mal pan. Al principio, parecía resistir y vegetar poco más o menos en la misma situación, sin mejorar ni empeorar, mientras Patrick iba minándose y deteriorándose a ojos vistas, como un niño arrancado de los pechos de su madre, o debería decir mejor como un hombre arrancado de los pechos fecundos de la libertad; luego, de repente, había sufrido un bajón, y bajaba día a día decayendo rápidamente. Pero a medida que su pobre cuerpo se acercaba a su disolución última, perdía conciencia de su situación, y de su mente se alejaba toda idea de aniquilamiento. Su estado no era otra cosa que un malestar pasajero; con voz moribunda decía que notaba cómo recuperaba sus fuerzas; su horizonte se aclaraba, su cielo se poblaba de estrellas, no le quedaban más que unas pocas horas por pasar en aquel pozo; estaba seguro de que dentro de poco sería puesto en libertad; la veía venir; y de hecho estaba llegando; pero ¡qué libertad!… ¡Pobre joven!

Lejos de separarse de las cosas de este mundo, tenía la cabeza llena de proyectos de moblaje, de aseo, de ropa, de equipamiento de caza. ¿De dónde sacaría el oro que necesitaría para hacer frente a estos lujos? Eso no le preocupó ni una sola vez: la pregunta no era sino demasiado fría y demasiado terrenal. Para reavivar del todo la flor algo marchita de su juventud, no debía apartarse nunca del caballo; debía incorporarse a él como un centauro a un impetuoso y fogoso caballo andaluz, al caballo berberisco más hermoso de todas las Españas. Ese caballo magnífico debía de tener un bocado repujado, de hierros de plata, una silla maravillosa, una gualdrapa del más rico tartán de Irlanda, una gualdrapa

de terciopelo, un mosquero de redecilla de oro; y no debía salir sino con un ramillete de rosas en la frente. Además, unas botas envidiables, unas espuelas que se hubieran dicho forjadas por san Eloy, una larga escopeta turca, taraceada, esculpida, cincelada, nielada, damasquinada; un par de pistolas de cinturón, pistolas de arzón, un cuchillo de caza con una divisa en la hoja, un cuerno de marfil, y una trompa de campanero. Su preocupación más ardiente era presentarse en Chantilly el siguiente día de san Huberto, y para eso debía encargar una casaca de terciopelo verde con pasamanos de oro. Su imaginación se acunaba constantemente con las ensoñaciones más seductoras. Caprichos, fantasías maravillosas nacían y se sucedían en su mente como las olas del mar. Edificaba hileras de novelas de las que se convertía en el héroe aventurero y cuyo desenlace le situaba siempre en medio de los placeres y en el colmo de la fortuna; y le contaba ingenuamente a Patrick esas novelas en el aire, con sus añadidos, sus mejoras, sus variantes. Mientras cazaba en el bosque, el príncipe se empeñaba en perseguir a una corza y sus crías, y se perdía. Solo, lejos del grupo de cazadores, en camino apartado, un jabalí furioso se arrojaba sobre él; pero cuando iba a resultar herido, Fitz-Harris, que providencialmente se encontraba allí, no sé cómo, descargaba sus pistolas en el costado del animal y le hundía el cuchillo en la garganta. El príncipe librado milagrosamente de la muerte, lleno de una gratitud espléndida hacia su audaz liberador, lo unía a su persona, le colmaba de bienes e, introduciéndolo en su intimidad, lo convertía en un favorito temido, poderoso y admirado. Nunca se olvidaba de Patrick en esos golpes de fortuna, siempre le dejaba el sitio más hermoso de su carro. A lo lejos, en el horizonte, sobre un árbol tirado entre dos rocas, encima de un torrente, corría una mujer ágil como una corza; pero, al llegar al centro del abismo, su ligero pie chocaba; caía, y desaparecía bajo las aguas. Fitz-Harris, que por azar recogía narcisos en la orilla, la veía; inmediatamente lo agitaba una simpatía indecible; corría hacia aquel lado, se lanzaba al torrente, se sumergía una y otra vez. Volvía a subir a la superficie con la joven abrazada a él: devolvía a la parte superior de la onda el más bello seno y la más hermosa cabeza de mujer que fuera dado ver. A la dudosa luz de la luna argentada, Fitz-Harris, en medio de un arrobo celestial, contemplaba enamorado a aquella pálida Ofelia; con un santo temblor depositaba sus labios amorosos sobre su frente húmeda y echada hacia atrás, y la arrastraba a la orilla. Había allí una barquilla de juncos cubierta por pieles de cordero teñidas de púrpura, donde Fitz-Harris depositaba dulcemente a la virgen desvanecida. La riqueza de sus ropas indicaba una doncella de alta cuna. Fitz-

Harris subía a la barquilla e iba a llamar a la puerta de una mansión vecina. Era precisamente la hija única y adorada del dueño de aquel castillo. El castellano lloraba junto a su hija, estrechaba a Fitz-Harris en sus brazos, le llamaba hijo. Isabel volvía a la vida y, mezclada la gratitud al amor, ofrecía a Fitz-Harris su gloriosa mano; y Fitz-Harris pasaba una vida hecha de oro y de seda en medio de las voluptuosidades tranquilas del himeneo, en medio de los placeres turbulentos de la caza.

Aquellas locuras, aquellas visiones, eran obra de la fiebre lenta que lo invadía: al poco tiempo no pudo ya contarlas. Su voz se había vuelto tan débil que no era más que el soplo del aliento; apenas podía unir dos palabras. Viendo el triste estado a que estaba reducido, Patrick empezó a alarmarse por su amigo. Se acercaba el momento de una separación cruel, y hasta entonces se había preocupado poco por esa idea; no había hecho más que vislumbrar vagamente, y como algo posible, la pérdida de su compañero de infortunio. Se sentía abrumado. Impaciente porque el peligro en que se encontraba Fitz-Harris fuese conocido por el lugarteniente del rey, acaso con la esperanza de que se conmoviera, pero como no podía hacérselo saber al carcelero que iba a llevarles la comida sin asustar al mismo tiempo al pobre moribundo y privarle de sus ilusiones, guardaba tristemente silencio; y como un Caronte cuya barca ha destrozado la tempestad, y que desde la playa a la que ha sido arrojado se ve obligado a contemplar como espectador inmóvil el navío que zozobra sobre sus amarras, que se hunde, asistía al naufragio de Fitz-Harris cuya nave iba desapareciendo poco a poco bajo la ola invasora de la muerte. Por Fin, en cierta ocasión, quiso el azar que Fitz-Harris dormitase en el momento en que apareció el carcelero; Patrick aprovechó la ocasión y, poniéndose de rodillas bajo el agujero de extracción, debajo de la trampilla, exclamó:

—¡En nombre del cielo, carcelero, te lo ruego; recuerda que somos hombres, que somos tus semejantes, que somos de carne y hueso como tú, y piensa en lo que nos han hecho sufrir! ¡En nombre del cielo! Si no eres una piedra, si queda en ti algún resto de piedad, ve a decir, hazme el favor de decir a tu amo, el señor lugarteniente del rey, que Fitz-Harris, mi hermano, se muere; que está entre la vida y la muerte; que si permanece una hora más en esta cloaca, está perdido. ¡Ve, sálvalo! ¡Ve, implora al señor lugarteniente del rey de rodillas como yo te imploro! Quizá su venganza se haya saciado por fin, quizá su odio esté harto y no desee este crimen. Amigo mío, coge una escala, una antorcha, desciende a este lugar de horror: verás nuestra miseria, y ya no podrás pensar en otra cosa

que en derramar lágrimas. ¡En nombre del cielo, carcelero, sálvalo, salva a mi hermano! Salva a tu hermano: porque todos somos hombres, porque todos somos tus semejantes. ¡Ve y serás bendito!

Pero el carcelero no respondió, y no contó nada. O depositó el mensaje a las plantas del señor lugarteniente del rey, o no hizo ningún caso, no lo sé. Patrick rechinó los dientes de indignación y de despecho. Avergonzado, se ruborizó frente a sí mismo, como quien acaba de caer en el pecado, por haber hecho, arrastrado por su celo hacia Fitz-Harris, una plegaria humilde, él, que no las hada nunca, y habérsela hecho a un criado, y haberla hecho en vano.

Aquel sueño extraordinario de Fitz-Harris se prolongó mucho tiempo: fue sin duda una letargia, y cuando despertó había recobrado el sentimiento y la palabra.

—¡Oh, Dios mío!, Patrick —dijo con una voz fuerte—, en la muralla de este panteón se ha abierto una grieta. Mira cómo se hunde a lo lejos, cómo la vista se pierde en la inmensidad: ¡qué hermoso espectáculo! ¿Qué es esa verde esmeralda engastada en el océano? ¡Oh, Dios mío, es la tierra de Irlanda! ¿No ves, en su hermosa ribera, nuestro salvaje condado de Kerry vuelto como una flor hacia el sol? ¡Qué aroma llega a mi corazón! ¡Qué bálsamo se respira! Ya no son los miasmas de un pozo: es el aire libre de las montañas, es el aire puro de la patria: *Spiorad-naom!*, ¡cómo se ha cubierto de repente el día! ¡Cómo se ha hecho de repente la noche! *Spiorad-naom*! ¿Dónde estamos, Patrick? ¡Ah, en la ciudad dormida de Killarney! ¡Qué silencio! Todo está en reposo. ¿Reconoces Killarney, Patrick? ¿Killarney la simple, Killarney la altiva? Ahora estamos en una de sus calles estrechas y tortuosas. ¿Quién sale de esa casa en ruinas? *Spiorad-naom!* Es Donald, es el bandido de mi hermano. Lleva en la mano un palo al que hace dar vueltas y que silba. Tres compañeros le siguen. ¡Cómo están, qué desaliñados! ¿Ves cómo vacilan? El muy bandido siempre pasará sus noches en madrigueras y tabernas. ¡Dios, la calle donde nací! Mira el techo donde nací; ése es el cuarto donde nací. Junto al fuego mi pobre y anciana madre vela, con el rosario en la mano. ¡Qué serenidad y qué tristeza en su hermoso rostro, símbolo de un alma sin reproche! ¡Qué imagen de la virtud! ¡Está velando, espera con ansiedad la tierna mujer a mi hermano, a su hijo Donald, que, sin piedad hacia ella, todavía va de acá para allá a esa hora por las calles evitadas de la ciudad! ¡Está llorando! Sin duda, llora por mí. Su espíritu habita en mi prisión: sufre lo que yo sufro; mis grilletes están clavados a sus pies: arrastra conmigo mis cadenas; me cree perdido sin remisión. ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! ¡Pobre mujer! ¡Consuélate, madre mía! Los muros de mi calabozo se han

desmoronado. ¡Nada de luto, nada de lágrimas! ¡El hijo ha vuelto a su madre, madre e hijo están juntos! Estréchale contra tu corazón, pobre madre, es él, es Kildare, es tu Harris. Deja que bese tu boca de miel, tus cabellos blancos; déjame echarme a tus pies y reposar en tu seno mi cabeza envejecida y oscurecida, como en otro tiempo descansaba en él mi cabeza rosa y rubia. El día renace, Patrick, ahora estamos en el camino de Kenmare; el sol se levanta; unas forjas parecen encenderse en la cima de las montañas, ¡qué esplendor! Casi había olvidado el sol. ¡Qué hermoso! ¡Gloria a ti, Dios del mundo! ¡Tres veces gloria a ti! Derrama sobre nosotros tus fuegos y tus rayos; caliéntanos; reanímanos; reverdécenos. La tiranía nos ha podrido en la sombra. Salud, rocas escarpadas, atrevidas crestas, cerros de piedra, valles profundos, espesos bosques en los que se aventuraron nuestros primeros pasos, en donde tantas veces, en nuestras correrías vagabundas, lanzábamos gritos desgarradores para que sonase el eco que resonaba de colina en colina. ¡Mira, Patrick, cómo desde aquí se divisa el Loug-Leane, el hermoso lago de Killarney! Es el mar llevado a las montañas. ¡Qué paz, qué calma! Es tu imagen, Patrick; elementos diversos que chocan en su seno, combates que se libran en él, nada se trasluce en la superficie. Allí se elevan las altas crestas de las Mac-Gillicuddy’s-Reeks y el Curran-Tual; pero las torres de Cockermouth-Castle todavía están ocultas bajo la bruma matinal. Ese montón de piedras cubiertas de musgo, ¿no son las ruinas solitarias del Priorato? Y no lejos de allí, ese lecho que humea, ¿no es, Patrick, la cabaña de tu padre? ¡Qué alegría volver a ver todo esto! ¡Oh, Dios mío, qué bella es la patria!… ¿Soy el juguete de una loca ilusión? Una magnificencia desconocida se despliega como un abanico y me deslumbra. Una brisa rosa y perfumada levanta un polvo de oro que se derrama sobre toda la naturaleza. ¿Ves en aquel bosque mágico, en aquella colina de mármol, pasar a Diana, la divina cazadora, con el arco en la mano y su media luna de ópalo en la frente? Tres bellos lebreles blancos que se dirían silueteados en marfil siguen sus pasos rápidos. ¡Con qué majestuosidad su cabeza se vuelve hacia el hombro! ¡Febe, Febe, oh diosa mía!… Alza los ojos, Patrick; allá arriba, allá arriba, ¿no ves ese ángel que, como una flecha, cruza la etérea bóveda? Sus labios oprimen la boca de una larga trompeta de oro; ¡qué fanfarria estruendosa esparce entre las estrellas! ¿Oyes en lo alto del aire esos conciertos de voces e instrumentos? Lluvia armoniosa que desciende de las nubes, penetra en el corazón y lo refresca. Todo centellea, todo centellea como un carbunclo; todo es rutilante, todo brilla, todo ondula, todo levanta una polvareda. ¡Esta magnificencia es el vestido de Dios!

Ese púrpura es el púrpura celestial. Una mujer negra y velada camina lentamente a lo largo de un riachuelo de cristal; lleva una mata de escabiosas prendidas en un anillo de oro. Me parece que conozco su paso. La brisa rosada y fresca ha levantado su velo. ¡Grandes dioses! ¡Es Déborah! ¡Oh, Dios mío, qué pálida está!… La sigue un joven, un hombre jovencísimo. ¡Oh, Dios mío, Patrick, cómo se te parece!… Es tu sombra. Hace sonar una larga espada en las piedras del camino. ¡Ahí está luchando cuerpo a cuerpo con un roble, el endeble arbolillo! ¡Oh, Dios mío, el roble se desarraiga, el roble se inclina, el roble cae, el roble lo aplasta!… ¡Ay, pobre niño, está muerto! ¡Qué bello árbol es un granado en flor! ¿-Quién es esa mujer tan bella que está bajo ese granado silvestre? ¿Es Eva o Venus? ¡Qué abandono en su postura! ¡Qué fuego y qué dulzura en su mirada! ¡Cuánto amor en su boca! ¡Cómo palpita y salta su seno! ¡Qué gracia en sus formas! ¡Cuántas voluptuosidades ofrecidas! ¡Oh, me moriría con sólo acercar mis labios a su pie!… ¿-Estoy soñando? No, no, no es una locura, no me engaña el orgullo. ¡Ella me ha visto, me sonríe, me llama!… Una fascinación irresistible me arrastra, me precipita hacia ella. Para mí renace el amor: ¡bendito sea mi destino! Voy a morir bajo un beso. Una fascinación misteriosa me atrae y me arrastra, te digo; me doy cuenta de que estoy vencido, debo ceder. Ven, Patrick, sígueme; ven, junto con la libertad se recobra el amor.

Tras estas palabras, Fitz-Harris, que yacía en su litera desde hacía veintiún meses, se irguió súbitamente sobre sus pies y, atravesando a zancadas la mazmorra, se lanzó contra la muralla. Allí, mientras se mantenía aferrado con las uñas a los salientes de las piedras, prosiguió:

—Ven, Patrick, ven, hermano mío, no me abandones en la felicidad. Te repito que en el muro se ha abierto una brecha; ven, sígueme; los fosos están llenos de brezos; sólo hay que salvar un paso. ¡Ven, sígueme; ven, seremos libres!

Al terminar estas últimas palabras cayó pesadamente, como una piedra, al suelo; luego se hizo un profundo silencio. Patrick recogió entonces al pobre desdichado en sus brazos; estaba frío.

¡Estaba muerto!…

XVII

Más vale la certidumbre más cruel que la duda más leve, que la incertidumbre más vaga: nada roe tanto como la incertidumbre, nada cala tan hondo como la duda; y Déborah vivía en la incertidumbre más profunda sobre el fin último de Patrick. Había visto perfectamente al hierro entrar en su costado, había oído perfectamente los gritos que había lanzado y su desgarradora despedida; había visto perfectamente su caída, había oído perfectamente rodar a lo lejos la carroza que se llevaba sin duda el cadáver y a sus asesinos; pero ¿quién lo había matado? ¿En nombre de quién lo habían matado? ¿Qué habían hecho con sus restos? Lo ignoraba. Por eso ardía en deseos de volver en secreto a Francia para tratar de levantar una esquina de ese velo, y para recoger los despojos mortales de su amigo, como aquellas valerosas mujeres de la Antigüedad que, en la época de las persecuciones, se deslizaban en la oscuridad hasta los lugares de los suplicios para amortajar los cuerpos de los mártires y darles sepultura.

Una vez regularizados los asuntos de sucesión, asuntos siempre interminables, tras dejar la administración de todos sus bienes en manos de sir John, se despidió de él no sin abrumarle con nuevos y preciosos testimonios de gratitud. En cuanto a Icolm-Kill, perseverando en su primera y noble resolución, no quiso poner precio alguno a la obra que había hecho, no quiso aceptar nada; sólo pidió a Déborah, como gracia o como favor, unirse a su fortuna. Un hombre hábil, experto en todo, del tipo de Icolm-Kill, era tan poco frecuente y de una utilidad demasiado inmediata para que la sutil condesa Déborah despreciase una ocasión tan hermosa para conseguirlo y convertirle en oficial de su casa. Se apresuró a rendirse a su deseo y le confió el cargo de ayo de su hijo e intendente.

En el puerto aparejaba un navío francés; con el alma acongojada y el corazón desgarrado en todos los sentidos, Déborah abandonó Dublín, se alejó con velas desplegadas de su amada Irlanda; pero esta vez no era para reanudar sus amores con su bello Patrick en la cita que se habían dado en el continente. ¡Aquella santa mujer partía con una urna en la mano!

Para poder escapar mejor al odio de la corte y de la policía, en caso de que su evasión de Sainte-Marguerite se hubiera propalado, Déborah se ocultó bajo el

nombre irlandés de Barrymore; pero Icolm-Kill, que en la Fortaleza había desempeñado el papel de un pretendido lord Cunnyngham para que nadie pudiese reconocerle, se limitó simplemente a quitarse la máscara. Nuestra joven infortunada emprendió el camino de París no sin terror; sin embargo, acercó animosa a sus labios aquel vaso lleno para ella de amargura, y lo vació a grandes tragos; porque en el dolor hay una voluptuosidad misteriosa por la que el desdichado siente avidez; porque el sufrimiento es tan sabroso como la felicidad. Tampoco volvió a ver sin turbación la calle de Verneuil, tan tranquila, tan noble, en la que había vivido con Patrick en la soledad y saboreado algunos momentos de una dicha muy rara. No puso su pie sobre el pavimento de esa calle sin estremecerse; todavía le parecía que estaba cubierta con la sangre de su amigo. La escena nocturna del asesinato de Patrick, como una oscura tapicería, se desenrolló entonces delante de sus ojos; oía con toda claridad el choque de las espadas. Desde su ausencia, el palacete Saint-Papoul había sido tan desfigurado por fuera que Déborah vaciló mucho tiempo antes de reconocerlo y atreverse a entrar. La casa había cambiado de dueño y de destino, y el nuevo portero le dio por seguro que el señor Goudouly, después de vender todo lo que poseía en París, se había retirado a su tierra, en el Béarn, hacía ya varios años. Por eso, sin duda, resulta bastante fácil de explicar que todas las cartas dirigidas por Patrick al buen anciano, en los últimos años de la lugartenencia del señor de Guyonnet, quedasen sin respuesta, para su gran desconsuelo. Su primer paso no había tenido un resultado feliz; era un pronóstico bastante molesto, que alarmó a Déborah vivamente. Había puesto muchas esperanzas en saber del señor de Guyonnet algo sobre el destino de Patrick; si no algo positivo, algo al menos que hubiese podido ponerla en camino y guiarla en sus dolorosas búsquedas. La pérdida de los objetos que durante su rapto habían quedado en la habitación a discreción de su hostelero, y que ese hostelero fiel, como ya vimos en su lugar, había recogido en un baúl y enviado solícitamente al Torreón, también le causó una gran pena. No le importaban las ropas ni las joyas; derramar una lágrima por esas cosas hubiera sido indigno; lo que lamentaba, lo que lamentó amargamente, durante mucho tiempo, por siempre, era la pérdida de algunas notas de Patrick, algunas estanzas que, siendo muy joven, Patrick había compuesto para ella; eran algunas tonterías con que le había rendido homenaje; eran algunas fruslerías que ella le había ofrecido como regalo; eran algunos libros favoritos, de él o de ella, excelentes por sí mismos y excelentes también por los recuerdos que despertaban, preciosos como el oro para la ramiza, las hojas de rosa, las flores de

violeta secas y conservadas entre las páginas como entre las páginas de un herbario. Era sobre todo, y por encima de todo, la espada de Patrick, aquella espada que había templado en la sangre de sus asesinos, y que se había encontrado a la puerta del palacete. ¡Se hubiera sentido tan orgullosa viéndola al costado de Venganza adulto, viéndola brillar en la mano de Venganza hecho hombre!

La ausencia del señor Goudouly sembraba en Déborah una gran perplejidad: ¿qué hacer para salir de aquella inquietud de la que su alma estaba tan cansada? ¿Dónde excavar para encontrar el filón que podría llevarla a la mina? ¿A qué puerta llamar? El golpe lo habían dado en la sombra hombres a sueldo de gentes que tenían todo el poder, y que habían debido de hacer desaparecer hasta la menor huella de su fechoría; ni una mancha de sangre había debido de quedar impresa en el polvo del apartado camino que llevaba a la fosa donde sin duda habían arrojado el cadáver de Patrick. Icolm-Kill escribió por si acaso, con mucha humildad, al señor lugarteniente general de policía para preguntarle si no había tenido conocimiento de un atentado cometido el 2 de septiembre de 1763, en la persona de un joven irlandés llamado Patrick Whyte o Fitz-Whyte, que servía en la primera compañía de los mosqueteros del rey; y en caso de que el asunto no le fuera desconocido, si no sería posible por su mediación recuperar el cuerpo del desdichado joven, que su familia quería exhumar y trasladar al país de sus padres. El señor lugarteniente general de la policía del reino respondió a esa petición, o, mejor dicho, mandó responder por medio de sus oficinas, que no tenía conocimiento alguno de ningún hecho semejante, y que lamentándolo mucho, ¡el muy hipócrita!, se veía en la imposibilidad de hacer nada por el consuelo de una familia, de cuyo dolor participaba sinceramente. La respuesta no causó gran sorpresa en Déborah; se la esperaba, o alguna otra parecida; lógicamente debía de ser así: ¿se han devorado alguna vez los lobos entre ellos?

A Icolm-Kill, obstinado, y al que nada desanimaba, se le ocurrió hacer otro intento. Se presentó audazmente en casa del señor de Villepastour como un tío de Patrick, recién llegado a Francia, encargado por su familia, que se había quedado muy preocupada, para enterarse a cualquier precio de su suerte. El señor marqués picó el anzuelo. Haciéndose el buen príncipe, confesó que Patrick era un joven encantador al que había apreciado mucho, pero que desconocía absolutamente lo que había sido de él; que desde que se había visto en la penosa necesidad de despedirle de su Compañía, es decir de los guardias gentilhombres de su Majestad, no había vuelto a tener noticias suyas, como tampoco de la joven

irlandesa que le había seguido a Francia. El señor de Gave, marqués de Villepastour, mentía. El señor marqués sabía mucho más, muchísimo más de lo que trataba de dar a entender: es evidente para todos los que han seguido hasta aquí esta tragedia; no lo era tanto para Icolm-Kill, pero la respuesta no le satisfacía demasiado; de buena gana habría abofeteado al muy canalla; pero como tenía que sondear a su hombre hasta el final, ofreciéndole el cebo prosiguió ingenuamente:

—Esa joven irlandesa, eso al menos me han asegurado —dijo—, está detenida por alguna secreta razón en una cárcel de Estado; en cuanto a Patrick, un rumor vago y que procede de no sé qué fuente llevaría a creer que fue asesinado una noche cuando salía de su hostería.

—¡Asesinado! —exclamó el señor de Villepastour—, no, no lo creo; no es que sepa algo, sólo se trata de una sensación que tengo. Asesinado, decís; ¿y por quién?

—Unos cobardes espadachines pagados por algunos personajes a los que Patrick había tenido la desgracia de desagradar cometieron el crimen; al menos eso es lo que se piensa, señor marqués.

—Esa historia es poco verosímil, mi querido señor; en cualquier caso, yo, en vuestro lugar, me dirigiría al señor lugarteniente general de policía. Es cosa de su departamento, a él le sería fácil responderos. El señor lugarteniente general de policía debe de conocer a fondo y con claridad el destino de vuestro señor sobrino, es más que presumible; id a visitarle.

Icolm-Kill no fue a visitar al señor lugarteniente general de policía, sino que le hizo llegar una segunda carta muy cortés, lisonjera, acuciante, suplicante y desgarradora; y, como respuesta, recibió esto:

> «Señor, habríais debido limitaros a vuestra primera petición, tras la carta que me honré en enviaros; habríais debido daros cuenta de que cualquier insistencia no podía ser sino enfadosa. Conozca o no cuál ha podido ser el destino de vuestro señor sobrino, dije todo lo que era mi deber deciros. Tened a bien comprender, si os place, que mi tarea es hacer cumplir las órdenes del rey y no divulgar los actos de su autoridad suprema».

Para Déborah fue totalmente evidente que aquellos dos hombres tenían en sus manos el secreto que buscaba, y que cerraban el puño; pero como conocía

exactamente lo que valían aquellos dos corazones sin piedad ni remordimiento, comprendió que debía detenerse en aquel punto. No es que hubiese perdido toda esperanza de conseguir un día, tarde o temprano, alguna certeza; esperaba más de la eficacia del tiempo, del azar o de la Providencia que de sus propios esfuerzos. Había salido de Irlanda con la intención de radicarse en Francia; la ignorancia en que seguía confinada respecto al destino de Patrick la confirmó en esa resolución; pero estaba impaciente por salir de París, ciudad a la que guardaba un franco y profundo rencor. Sufría por ello. París pesaba con toda su carga sobre ella; le parecía que allí sólo se respiraba el soplo envenenado de la codicia y del odio. No había una sola cara que no le pareciese una bandera de prostitución, de bajeza y de cobardía. Sin embargo, tampoco podía alejarse mucho de la ciudad: era necesario que estuviese cerca para captar el menor rumor público, el menor viento que pudiese llevarla sobre algún rastro.

Después de haber recorrido todo el territorio rico, variado, acomodado y lleno de pingajos que rodea París, aquella gran mezcolanza de hombres y de piedras; después de haber hurgado en todos los rincones más perdidos de aquellos territorios, para descubrir algún retiro bello, solitario e ignorado, y visitado todas las mansiones, todas las haciendas, todas las viviendas algo señoriales, libres, vacías, abandonadas o infieles y dispuestas a venderse al primer escudo de oro que brillase, encontró un pabellón bastante bonito que había pertenecido a un excelente médico cuya fortuna acababa de desmoronarse, situada afortunada y pintorescamente sobre una ladera que se miraba en un meandro del Sena, entre Triel y Évêquemont. Seducida por la situación, la majestad y la soledad de esa morada, Déborah no dudó en hacer aquella importante adquisición, y se retiró a ella para vivir en medio de su luto y del amor de su hijo, para consagrarse por entero a la educación de Venganza.

XVIII

Triste es mi tarea; pero ya que me he comprometido a contar estas desgracias, la cumpliré. Había creído mi ánimo más fuerte, mi corazón más duro o más indiferente; había creído que podría abordar estos infortunios y esculpir su largo bajorrelieve con la calma del artesano que modela una tumba; ¡cómo me engañaba! A medida que avanzo en este valle de lágrimas, mi pie levanta un torbellino de melancolía que se pega a mi alma como el polvo se pega al manto del viajero. No hay un solo ultraje cuyo espectáculo he descrito que no haya encendido en mí una rabia verdadera; no hay un solo sufrimiento de los que he pintado que no me haya costado lágrimas. ¡Valor, musa mía!, unas páginas más, y todos esos bellos dolores recogidos por ti con un cuidado casi religioso, todos esos bellos dolores ignorados por el mundo hasta este día, ahogados, perdidos, como hierbecillas bajo gavillas de hechos clamorosos e innumerables que siembran el suelo de la historia, habrán encontrado su desenlace y revestido una forma que no ha de permitirlos ya morir, morir en la memoria de los hombres.

Patrick permaneció anonadado ante el cuerpo inanimado de Fitz-Harris. Lo que ocurría dentro de sí era demasiado profundo y demasiado interior para traslucir nada. No se manifestó durante mucho tiempo. No, permanecía allí, inmóvil y mudo. El golpe le había traspasado de parte a parte. El dolor, como el clavo de Sisara[136], lo mantenía unido al suelo. Eran dos cadáveres de cuerpo presente; uno totalmente frío, el otro enfriándose; uno helado por la desesperación, el otro helado por la muerte.

Cuando el carcelero fue, como de costumbre, a llevar el trozo de pan de sus prisioneros, el ruido que hizo al abrir la trampilla devolvió súbitamente a Patrick a la vida. Se levantó, y con una voz desgarradora lanzó estas palabras hacia la bóveda:

—¡Mi hermano ha muerto!…

Obligando a Patrick a romper el hermoso silencio que guardaba su dolor, aquella visita abrió una vía de escape a su opresión: profundos suspiros salieron de su pecho acongojado; no había llorado hasta ese momento, pero entonces empezó a fundirse en lágrimas.

—¡Hermano mío! —exclamó entonces—, ¿por qué me has abandonado? Después de una comunidad tan larga y tan estrecha, ¿no debíamos morir juntos? ¿Por qué me dejas solo en este abismo? ¿No te amaba lo suficiente, no tenía suficiente ternura contigo?… Pero, no, ¿qué digo? ¡Has hecho bien en morir, hermano mío! La muerte ha puesto fin a tus sufrimientos. A menudo es un error nacer; nunca lo es morir. Nacer para llegar hasta aquí, para llegar hasta aquí después de haber nacido, ¿de qué sirve?… ¿Qué es, después de todo, la vida para la mayoría sino una larga serie, una larga multiplicidad de dolores entre dos enigmas, entre el enigma del nacimiento y el enigma de la muerte? Has hecho bien en morir, has hecho bien en disolverte, hermano mío. Si, devuelto a la libertad y al mundo, hubieras pasado unas horas más sobre esta tierra, ¿qué habrías conseguido? ¿No habías agotado ya todas las cosas menos malas que tocan al hombre? ¿No tuviste una cuna y el cariño de una madre? ¿No pasaste la infancia que goza sin segundas intenciones? ¿No tuviste un primer amor? ¿No tuviste veinte años? Lo que te quedaba por conocer no era más que trastos viejos; lo que te quedaba por sufrir, decrepitudes. Has hecho bien en morir, hermano mío. Pero soy tu hermano mayor, y habría debido ir por delante de ti en el camino de la muerte. ¿Por qué la muerte me ha perdonado más que a ti?… ¡Oh, no estoy celoso, hermano! Sin duda Dios tiene algún designio secreto para mí que no habría sabido cumplir contigo. Tú podías morir, no estabas atado; no dejas nada de tras de ti; pero yo, yo tengo en algún rincón perdido del mundo una mujer que me llama, y que necesita de mi ayuda, y sin duda un hijo que necesita que yo socorra a su madre; y Dios, ¿quién sabe?, quizá piensa devolverme a ellos, que me necesitan, y devolvérmelos a mí, que tanto los necesito. Si ése es tu designio, Dios mío, bendito sea. ¡Ya sabes que estoy resignado! Cualquiera que sea tu voluntad sobre mí, cúmplase, me prosterno… Pero si no debo volver a verlos nunca, sólo te pido una gracia, Dios mío: enviarme como a mi hermano, durante mi última hora, ilusiones inefables, enviarme la muerte en medio de un delirio.

Presa de las angustias más crueles, Patrick esperaba de un momento a otro ver descender a un enterrador para llevarse el cuerpo de su amigo; pero no aparecía nadie; y aunque temiese mucho el instante de aquella suprema separación, en que su compañero se alejaría sin piedad ni retorno, y lo dejaría abismado en una lúgubre soledad, lo llamaba con todas sus fuerzas. La naturaleza tiene leyes de destrucción y de descomposición inexorables tanto para el ser más hermoso como para el objeto más amado; y Fitz-Harris había muerto

en un estado tan malo, y aquel pozo era tan malsano, que Patrick no se atrevía, digámoslo con mayor exactitud, ya no podía abrazarle, ya no podía poner sus labios sobre su frente.

Después del mismo intervalo de tiempo que solía transcurrir entre cada aparición del carcelero, la trampilla se levantó por fin; Patrick se situó debajo de la abertura y gritó indignado:

—Señor carcelero, ¿no os he dicho que mi hermano ha muerto? ¿En qué piensa el señor lugarteniente del rey? Recordadle, por favor, que está aquí para cumplir con los hombres los últimos deberes.

Pero de nuevo, sin dignarse dejar caer una sola palabra, el carcelero se retiró.

Abismado en los pensamientos más amargos, con el espíritu quebrantado bajo la rueda de la reflexión y el cuerpo extenuado por una larga vigila (desde que Dios había llamado a Fitz-Harris, Patrick no había cerrado los ojos llenos de lágrimas), terminó adormeciéndose. En alas de un sueño, se durmió tan despacio que no pudo impedirlo. En el fondo de toda melancolía siempre hay algunas dracmas de opio.

Seguía durmiendo cuando uno de los hombres del Torreón, asomado a la abertura de la bóveda, deslizó una escala, conminando a Patrick a subir el cuerpo de su amigo. Deslumbrado por el resplandor difundido en el calabozo y sorprendido por aquella llegada repentina, Patrick se levantó al punto y se disculpó por no poder cumplir aquella orden pretextando su extrema debilidad. Pero la misma orden se repitió en un tono más brutal todavía, y alguien añadió en tono de broma:

—Después de todo, si el señor no quiere separarse del cadáver, la voluntad y el gusto son libres.

No por obedecer a semejante insolencia, sino por los manes de su amigo, Patrick reunió todas sus fuerzas, cargó valientemente sobre sus hombros el cuerpo de Fitz-Harris y empezó a subir, aunque debería decir a arrastrarse por la escala. Aplastado bajo su peso, con una sola mano disponible porque la otra sostenía y retenía el cadáver, poco faltó en varias ocasiones para que el peso lo tirase hacia atrás y acabase en una caída horrible. Lo más cruel era que no iba calzado, de suerte que, cada vez que se apoyaba en un escalón, éste le serraba la planta de los pies y le causaba un dolor excesivo. Cuando hubo llegado al calabozo superior, vio a cierta distancia a los carceleros y al señor lugarteniente del rey en el Torreón: los cuatro se mantenían apartados, sin duda para escapar al aire pútrido que exhalaba el agujero de extracción. Cada uno de los tres criados

llevaba un farol. En cuanto al señor lugarteniente, no llevaba nada; iba simplemente tocado con un pañuelo para la cabeza y envuelto en los ramajes de una bata no menos ancha que ridícula.

Sin darle tiempo a recobrar un poco de valor, aquellos cuatro miserables hicieron un círculo y arrastraron a su centro a Patrick, que se doblaba bajo su sagrada carga.

Después de haber subido varias escaleras de caracol, atravesado varios sótanos, varias salas, varios corredores, varias galerías, salieron a un jardín, el jardín del Torreón. Habían hecho en la tierra un agujero bastante profundo pegado al muro. Cuando Patrick fue conducido hasta él, comprendió enseguida que aquél era el lugar, y depositó en el borde su fardo. Bajo el peso que lo abrumaba, había hecho tantos esfuerzos durante aquella larga marcha a través de aquellos sombríos rodeos que gruesas gotas de sudor frío corrían de su frente y sus piernas se doblaban. ¿Podría concebir la imaginación un espectáculo más lúgubre, una escena más idónea para helar de terror? Por todas partes, grandes murallas negras aprisionaban las tinieblas y el silencio; unos hombres de aspecto siniestro, con rostros llenos de sombra; un personaje odioso vestido con una larga bata, como un hombre de palacio; tres linternas arrojando una luz sorda y escasa que sólo iluminaba por debajo el follaje empobrecido de algunos árboles; un agujero en tierra, luego un cadáver inmóvil llevado por un cadáver móvil cubierto de harapos y de largos pelos.

Una vez dejados sus faroles a lo largo de la muralla, cada uno de los tres carceleros cogió una azada y empujaron el cuerpo de Fitz-Harris a la fosa; ya habían arrojado sobre él varias paletadas de tierra cuando, ante aquella visión, recobrando algunas fuerzas, Patrick se puso de pie y con un gesto terrible les ordenó detenerse. Luego, acercándose despacio al señor lugarteniente del rey, que, con las manos a la espalda y su gorro de noche en la cabeza, se limitaba a contemplar la escena, le dijo con la nobleza que siempre acompañaba sus menores expresiones:

—¡En nombre del cielo, señor, no es así como se entierra a los hombres! El odio más cruel suele detenerse donde empieza la nada; pero el vuestro, que supera todos los límites, por lo que parece, traspasa también el umbral de la tumba. ¿No era suficiente, señor, con haber asesinado de manera cobarde a mi hermano y haberle dejado morir sin el socorro del arte y de la religión?… ¡Vamos, que lo lleven a la capilla y llamen al limosnero!…

A este hachazo, el señor caballero de Rougemont respondió pérfidamente

que en el Torreón no había sacerdotes para uso de los protestantes; pero Patrick le respondió humildemente que ellos eran irlandeses y católicos:

—Basta, joven —le replicó impúdicamente—, sólo rindo cuentas de mi conducta a su Majestad.

El señor caballero sabía perfectamente que sus prisioneros no eran ni ingleses ni anglicanos, y la razón que había parecido dar no hacía sino ocultar otra más auténtica que no había querido sacar a la luz. El señor caballero, que debía a todo el mundo, dentro y fuera del Torreón, a sus proveedores, a su carnicero, a sus carceleros, a sus mozos de cocina, debía también al párroco de la Sainte-Chapelle los honorarios de varias inhumaciones; y este último, que no podía sacarle ni un céntimo al bribón, harto ya, acababa de denunciarle ante la justicia. Por eso, cosa que Patrick ignoró siempre, Fitz-Harris fue enterrado sin cura ni exequias, como un perro.

Me faltan las expresiones; la palabra no tiene suficiente flexibilidad ni recursos; no sé qué decir, no sé qué signo emplear para describir el estupor profundo en que Patrick volvió a caer cuando, tras estos insultantes funerales, se encontró de nuevo solo en el pozo. Si la pérdida de un alma que nos es querida, en medio del barullo, las preocupaciones y el estrépito del mundo nos asesta un golpe terrible y deja a nuestro lado un vado que nada podría colmar, ¡qué vacío no debe de crear alrededor del cautivo, con qué mortal horror no debe de rodearle la pérdida del único alma que le acompaña, de la única alma que comparte el frío de su abismo! Si Patrick no hubiese estado sostenido por el pensamiento de Déborah, por una lejana esperanza, sin duda habría sucumbido bajo su dolor; quizás, incluso, no hubiese bastado ese pensamiento para defender de la muerte lo que en él había de más perecedero, si hubiese permanecido mucho tiempo más en aquella mazmorra. Pero al cabo de unas horas, diez o doce, creo, una voz extraña, desconocida, resonó de repente en su oído. La bóveda se había abierto sin que él se hubiera dado cuenta, tan absorto estaba, y la voz decía:

—¡Eh! ¿Hay algún ser vivo, alguna criatura de Dios en este agujero, en el fondo de estas tinieblas? ¡Cobarde abominación!… No sé cuál ha podido ser el crimen de este hombre que está en este abismo; pero lo que sé, señor lugarteniente, es que no hay que ser criminal con el criminal; que no hay que castigar el crimen con un castigo peor que el crimen, con un crimen sin fin y, sobre todo, sin provecho, y que no exigen ni la ley, ni el rey, ni mi rey, que es el vuestro, señor lugarteniente.

Ante estas reflexiones sencillas y austeras que reprendían un poco al caballero de Rougemont, el señor caballero, corrido en su confusión, sin duda, no respondió palabra. Pero, después de que la misma voz, tras un momento de silencio, ordenase echar una escala y, después de pedir antorchas, iluminar el agujero, el señor lugarteniente, temiendo sin duda que su prisionero, si era visitado, lo acusase, recuperó de pronto su elocuencia acostumbrada y empezó a decir, en tono ingenuo, el muy fariseo:

—Os lo ruego, monseñor, os lo suplico, me pongo a vuestras plantas, no bajéis a esa cueva, es un loco furioso, feroz, inabordable el que se aloja en ella; os va la vida en ello, ese hombre tiene momentos terribles ¡Por favor, monseñor!…

Pero fingiendo no hacer caso alguno de esta pérfida insinuación, la misma persona extraña respondió:

—Bien, bien, señor, que traigan antorchas, luz. Juzgaré por mí mismo. No olvidemos nunca, señor, que el insensato y el malvado son, ante todo, desdichados dignos de nuestra solicitud; debemos a uno nuestros cuidados, al otro nuestra piedad. Dios sólo pone en el mundo hombres; es el mundo, señor, el que engendra los malvados y los locos. Los malvados y los locos son su obra, son nuestra obra, señor lugarteniente.

Cuando el forastero descendió por la escala y puso sus dos pies en la costra negra del suelo, dirigió sus ojos hacia la costra gris y brillante de las murallas y de la bóveda; miró a su alrededor, dejó caer la mirada y la detuvo largo rato sobre Patrick, espectro de pelos y barba salvajes, de músculos debilitados y mal tapados por algunos restos de harapos, que permanecía en la inmovilidad más lúgubre; y, después de haber hecho visibles esfuerzos por animar su corazón que se partía ante aquel espectáculo, ante tantos sufrimientos, miseria y abyección, pudo al fin encontrar calma suficiente para decir, con un acento lleno de ánimo que hubiese ganado a la criatura más feroz:

—No temáis nada, prisionero, no vengo para haceros daño; vengo a consolaros, si puedo, a libraros del horror de este calabozo.

Ante aquel gesto de notable benevolencia, Patrick se levantó y se inclinó respetuosamente. Aquel caritativo forastero iba vestido de negro; a su costado brillaba una espada de acero. Su semblante era dulce y noble, su boca graciosa; su frente bella y pura revelaba un corazón sin limo ni remordimientos. La limpidez de su mirada proclamaba la limpidez de su alma. Mientras Patrick le contemplaba, prosiguió:

—Vuestra desdicha es grande, señor, y me llena de dolor; seguro que supera con creces vuestra culpa.

—En efecto, señor, mis desdichas son inauditas —le respondió tristemente Patrick—, pero no tengo reproches que hacerme ante Dios, ante la ley, ni ante mi conciencia. Haber agradado y desagradado a una adúltera, ése es mi crimen, que fue el de José[137], y que, como él, me hizo ser arrojado a una cárcel donde estoy condenado a morir.

—No tenéis que desesperaros así, señor; no hay más condenados que los que Dios condena. A menudo Dios se complace en rebajar a su servidor para elevarlo más alto. José salió de su prisión para reinar sobre Egipto. ¿Desde hace cuántos años estáis aquí?

—Fue el 2 de septiembre de 1763 cuando fui traído a este Torreón; y desde el mes de septiembre o de diciembre de 1773 me alojo en esta fosa.

—¡Cómo! ¿Os retienen en este abismo desde hace veinte años y un mes? ¡Pobre joven! Dios ha de reservaros realmente algo grande, ya que su mano os ha sostenido para que, bajo el haz de tantos males, no hayáis muerto.

—Yo no he sucumbido, señor, pero tenía un amigo, un hermano, un compañero de infortunio y de cautiverio que, extenuado, matado por la desesperación, entregó el alma bajo esta bóveda. Hace unas horas todavía, su cadáver estaba ahí, tendido. ¡Oh!, ¡que no hayáis bajado antes a este pozo! Era un joven valiente y bondadoso. La tierra lo ha perdido, el cielo lo ha ganado. ¡Oh, Fitz-Harris, amigo mío! Para ti todo fue cruel, tu vida, tu muerte, tu destino…

Conmovido hasta las entrañas, el forastero, cogiendo entonces la mano de Patrick, se la estrechó afectuosamente. Patrick, con una emoción no menos viva, se puso de rodillas y continuó:

—Se trasluce lo que pasa en vuestro corazón; vuestros ojos están mojados de lágrimas. No sé quién sois, señor, pero veo que sois un hombre honrado; permitid que me prosterne a vuestros pies.

—No, levantaos, amigo mío —le dijo el forastero—, y seguidme. Salgamos cuantos antes de este aire envenenado; venid, seréis libre; venid, yo soy la llave que abre y cierra la puerta de la libertad.

—Ya veo, señor —continuó Patrick con una emoción cada vez mayor—, que sois un mensajero del cielo enviado por Dios; acepto de buena gana lo que os dignáis devolverme, no por mí, sino por una mujer, objeto de todo mi culto y de

todo mi amor; mas esta libertad que perdí con un compañero, y que voy a recobrar solo, siempre estará para mí llena de sombra y llena de luto.

Cuando el forastero hubo salido de la cisterna, cogió de la mano a Patrick, que lo había seguido, y dijo al señor de Rougemont:

—Señor lugarteniente, os presento a un joven del que me honraré en ser amigo, un joven lleno de razón y de reserva, y de una dignidad que me edifica. Habéis hecho mal, señor lugarteniente, tratando de engañarme. Sois, señor lugarteniente, un oficial cruel; peor para vos: nunca seréis apreciado por nuestro joven rey. Ordenad que lleven al señor, si os place, a una habitación del Torreón, y que se le prodiguen inmediatamente los cuidados más atentos.

Al acabar estas últimas palabras, el forastero se alejaba con prisa y modestia para sustraerse a las muestras del emocionado agradecimiento que Patrick le daba.

Pero ¿quién era aquel extraño de voz dulce y poderosa, y al que tantos respetos parecían rodear? Era… Pues sí, aquel hombre, cuya mano se dedicó a librar de tantos hierros…, ¡horrible destino! Pasará el tiempo, y él mismo será a su vez cargado de cadenas que nunca se abrirán. Pasará el tiempo, y su cabeza blanca rodará sobre el cadalso. Ese hombre… inclinémonos; vicio, egoísmo, indiferencia, ¡avergonzaos! Aquel hombre era la virtud, era Chrétien-Guillaume Lamoignon de Malesherbes[138], ministro de París, y más tarde último consejero de Luis XVI.

Patrick había sido llevado a la cámara octogonal, donde tantos años de sufrimiento había pasado con Fitz-Harris, y estaba sentado tristemente, tratando de calentarse con los rayos de un enorme fuego, cuando el señor d’Albert, el nuevo lugarteniente general de policía, se presentó afablemente y le dijo:

—El señor de Malesherbes no ha querido, señor, dejar el Torreón sin daros por mi boca una última frase de aliento. Tranquilizaos, dentro de poco seréis libre. El señor ministro espera de vuestra deferencia que tengáis a bien dirigirle dentro de poco una memoria circunstanciada de vuestro cautiverio y sus causas. Además, os ruega que os dignéis unir a esa memoria una lista de la suma de dinero y de los efectos que juzguéis que os son necesarios para reaparecer adecuadamente en sociedad: para el señor ministro será un verdadero placer proveer lo necesario.

Patrick se inclinó graciosamente para demostrar su gratitud, y, tras dar la impresión de que reflexionaba un momento, respondió:

—Ese memorial que el señor ministro se digna pedirme, aunque me parte el corazón volver a bajar en mi pensamiento y remover allí el cúmulo de mis desdichas, lo haré según su deseo. Pero séame permitido, señor, abstenerme de unir a él ninguna lista: no necesito nada. La libertad me bastará.

Dio la impresión de que seguía pensando un momento, y continuó:

—Sin embargo, señor, tanta bondad me anima que tendré la audacia de implorar humildemente al señor de Malesherbes una cosa que, en mi aflicción, me ha hecho falta, y cuya vista me ayudará a soportar las últimas horas que todavía debo pasar en este calabozo, y que, en memoria suya, siempre conservaré santamente: un crucifijo.

LIBRO SÉPTIMO

Where is my lord? where is my Romeo?
Shakespeare

XIX

Adosada a un bosque, acodada entre dos bosques, la casa solariega de Déborah estaba situada como una corona almenada sobre la frente de una colina muy pendiente, y se miraba amorosamente en un meandro del Sena, cosa que, si no recuerdo mal, ya he contado. Un ancho foso pasaba por delante y se replegaba sobre sí mismo en cada extremo, como el adorno de un friso griego, para abrazar por la derecha la vivienda de los guardas, y por la izquierda las cuadras y la perrera. Un puentecillo de piedra lo franqueaba con su arco frente a una magnífica verja labrada a martillo, cuyas alas de hierro, semejantes a las alas membranosas de Satán, estaban selladas en los flancos por dos enormes pilares de ladrillos que soportaban sobre su ábaco figuras de terribles jabalíes de fauces abiertas, ojos desorbitados y cerdas erizadas. Una larga avenida de arena descubierta, entre unos parterres geométricos, llevaba a la mansión señorial, cuya escalinata mostraba, con gracia, su suelo de baldosas, y sus escalones, cargados de urnas de flores, parecían decir al forastero en el tono más amable:

—Subid, venid, pasad; sed bienvenido, sed nuestro huésped.

Pero el forastero, antes de llegar a la bienvenida de esa escalinata, tenía que sufrir rudas pruebas; y quien no fuese gente valerosa nunca la habría alcanzado. La larga avenida de arena estaba provista, en sus dos lados y cada diez pasos, por

elegantes y pequeñas casetas desde las que, al ruido del paso más ligero, salían perros encadenados de un tamaño formidable, que sólo dejaban un estrecho paso entre sus dientes de acero, entre sus espantosos ladridos.

Esta mansión aislada, solitaria, alejada, ceñida en todo su perímetro por la soledad más auténtica, se hallaba tan bien conservada y era tan afortunada su disposición, respondía de modo tan perfecto al sueño de Déborah, que, al tomar posesión de ella, no había tenido que mover ni una sílaba. Sólo que, al abrigo de un árbol resinoso, cuyos ramajes horizontales se abrían como un paraguas en el centro del amplio campo de césped que, adentrándose por todos sus lados en los bosques, desenrollaba el terciopelo de su alfombra verde al pie de la fachada interior, Déborah, fiel a su dolor y a su esperanza, había levantado allí con gran gasto, sobre una bodega subterránea, un magnífico sarcófago de mármol blanco en memoria de Patrick, destinado a recibir sus despojos terrenales si alguna vez, según sus votos, permitía el cielo que por fin los recuperase. Aquel sepulcro, cuya placa estaba velada y cuyo cartucho era mudo, eternamente postrado como un penitente bajo el peso del remordimiento; inmóvil, impasible, inalterable en medio de las variaciones y de las innumerables renovaciones llenas de encanto de la naturaleza, producía un soberbio efecto artístico; y, derramando todo alrededor el perfume de una gran tristeza, hacía planear y velar sobre la soledad de aquellos lugares el pensamiento uniforme que habitaba el alma tan grave de Déborah.

En los primeros tiempos de su retirada al desierto, nuestra sombría castellana había enviado a Icolm-Kill a su castillo de Limerick para que descolgase las preciosas pinturas que su abuelo le había legado religiosamente y las trasladase a Francia, así como su biblioteca italiana, de la que ya hemos hablado, no sé exactamente en qué parte de esta triste epopeya; y, aprovechando la ausencia de este hombre, había traído de París algunos artistas y algunos artesanos a los que había ocupado en obras secretas, en una sala situada al fondo de sus aposentos, contigua a su dormitorio, cerrada como una caja fuerte, en la que nadie penetraba nunca y en la que, para obedecer a la ley de este poema, ni nosotros mismos vamos a penetrar todavía.

Hacía varios años que Déborah llevaba una vida tranquila y solitaria en este nido de águila colgado del cielo y cubierto por el misterio del bosque. Su corazón, donde el cariño y el entusiasmo aún no se habían secado, se había apasionado por aquellos lugares llenos de seducción y de imperio. La naturaleza agreste, esa amiga discreta, generosa y cariñosa, mezclaba allí su perfume y su

rocío a la amargura de su hiel, a la sangre que fluía de su herida; y no negaré que, en el fondo de su melancolía, por más sombría y opaca que fuese, un rayo de felicidad no sintiese un pálido y tímido resplandor, a cuyo fuego se reanimaba su alma transida.

Rara vez encaminaba Déborah sus pasos más allá de los límites de su dominio; su pie rompía las redes de hiedra que sembraban el suelo de la floresta de mejor gana que pisaba la flor de la pradera prometida a la guadaña: cuando la necesidad o algún asunto indispensable la llevaban a la ciudad, a Meulan, a Saint-Germain, a París, se dirigía a ella en el fondo de su carroza y encerrada, para escapar a las miradas, bajo un espeso velo. No era porque temiese demasiado la mirada turbia y rencorosa de la policía, sino más bien por un sentimiento de desprecio y aversión por aquel mundo que había rechazado, y del que le gustaba apartarse como de un animal venenoso. Salvo los criados y la gente de su servidumbre, nadie se acercaba a ella, nadie era recibido en el castillo. La extraordinaria paz en cuyo seno se replegaba, despreciando lo que la multitud busca, aquella joven desconocida, extranjera, de una belleza tan extraordinaria que su regla, colmada con los dones de la tierra y del cielo, hecha para lanzar tanto brillo, tanto ruido, tanta resonancia como difundía silencio, no había dejado de suscitar, como es fácil de suponer, un interés general de curiosidad, de asombro y de admiración; e incluso, en algunos, un interés culpable. Todos habían intentado a su manera, según la mayor o menor posibilidad de sus recursos, traspasar aquella bruma, apartar con sus manos el seto compacto para tratar de ver por encima. Se produjeron y se saborearon las interpretaciones más inimaginables y las conjeturas más enloquecidas. Durante mucho tiempo, todos los brillantes gentilhombres de los feudos de los alrededores habían puesto sus cuidados y su gloria en tratar de abrirse paso hasta la misteriosa condesa de Barrymore, pero, aunque muchas veces provocaron los incidentes más novelescos, ni uno sólo había conseguido superar el salto de lobo de la puerta.

Como Déborah siempre iba vestida de luto por los manes de Patrick, los aldeanos la llamaban la diosa negra, y de mejor gana todavía la buena dama negra. Los hombres de los campos no son aduladores: ella se había ganado de sobra ese epíteto de buena. En efecto, la bondad de Déborah, como un árbol inmenso que se dobla bajo el peso de los frutos, albergaba bajo sus ramajes a todas las cabañas de alrededor; su bondad se dividía como un pan y parecía multiplicarse bajo la hoja del cuchillo que cortaba la parte de cada uno. Sabía

hacerse entregar hábilmente el secreto de cada dolor, y, mientras permanecía fiel a su soledad, su caridad iba de umbral en umbral con las manos llenas. Aquí se inclinaba a la cabecera del enfermo; allí volvía a encender la chimenea del pobre; más allá un día de nuevo el arado del labrador, que lloraba a sus bueyes muertos sobre el surco, o volvía a templar el hacha y las fuerzas del leñador melladas a los pies de los robles.

En cuanto a la administración del castillo, de sus tierras y sus bosques, Déborah se ponía totalmente en manos de Icolm-Kill. Reservaba sus preocupaciones para un objeto más santo y más digno, para su hijo, para Venganza, sobre el que derramaba constantemente el vaso inagotable de sus preocupaciones, y para el que hubiese querido deshojar todas sus horas. Detrás de los primeros matorrales del bosque había un manantial que salía de una piedra y fluía bajo una espesura de berros. Este lugar estaba lleno de reposo y de encanto. En sus momentos de ocio, a Déborah le gustaba ir a sentarse allí. Venganza jugaba entre las altas hierbas, ella leía o se dejaba arrastrar por el desorden de un ensueño. Por eso todos los días, sin fallar uno, tenía ausencias bastante largas; desaparecía por el fondo de su aposento en la habitación secreta donde no podemos seguirla; y también pasaba allí, con frecuencia, una parte de sus veladas y sus noches.

El renuevo se convertía en la imagen fiel del árbol abatido. La belleza todavía infantil de Venganza recordaba cada vez más la belleza viril de Patrick y prometía igualarla. En cuanto a su carácter, parecía hecho de una feliz mezcla. A las cualidades generosas y sólidas de su padre se habían unido la resolución, la audacia y la espontaneidad de Déborah. Alimentado en la mayor libertad, entregado a su fogosidad, sin cadena, sin collar, sin freno, sin yugo, sin deber, sin estudio, sin nada que pesase sobre él, sin nada que lo oprimiese o lo reprimiese, crecía salvaje, irregular, voluntarioso. Nada en el mundo de lo que podía desarrollar en él el vigor, la fuerza y el orgullo era considerado con indiferencia. Déborah pensaba que el hombre sólo necesita dos cosas: una salud de hierro y un alto sentido del honor. Así pues, la educación de Venganza era completamente militar: hubiese parecido bárbaro a unos rétores. Icolm-Kill, el antiguo faccioso, el antiguo pirata, su ayo titulado, le enseñaba a montar a caballo, a disparar la pistola, a nadar, a remar, a manejar la espada, a hacer armas; los guardias le enseñaban a servirse del fusil, el tiro al blanco, la caza de montería, los toques de trompa, en un palabra, todo lo que concierne al hermoso arte de la caza; y para endurecer su cuerpo con el cansancio, a menudo lo

llevaban consigo a cortar árboles. Venganza aportaba una disposición rara a todos estos ejercicios; se entregaba a ellos con todas sus fuerzas y conseguía encantar. Aquellas costumbres turbulentas que le daban, aquellos gustos ardientes que le inspiraban se añadían a su petulancia, a su audacia, a su valor natural: se había vuelto indomable. El vivo cariño que profesaba a su madre no bastaba para atarlo a su lado. El salón no le tenía muy a menudo bajo sus artesonados. Constantemente en acción, constantemente en medio del tumulto, era el más inexorable de los demonios: ¡era un diablo! ¡No había estrago ni fechoría que no imaginase! Se peleaba con sus perros y tomaba su perrera al asalto; cazaba el jabalí con los cerdos del corral; recogía la fruta de la huerta a disparos de arcabuz. Déborah aplaudía en voz baja todas estas algaradas, que hubiesen desesperado a tantas otras pobres mujeres: era obra suya, y estaba orgullosa. Déborah no quería que su hijo fuese un sabio precoz, sino un cachorro de león; no quería un petimetre sino un valiente. Como Venganza tenía que vivir con los hombres, Déborah le precavía contra ellos; además, podía ser que un día tuviese que vengar a su padre, y un padre no se venga con una flor de retórica.

XX

Nueve días después de su salida del pozo, Patrick recibió el crucifijo que había pedido. El cristo era de plata; la cruz de ébano y guarnecida de orfebrería; en la parte inferior estaba grabado el nombre del señor de Lamoignon de Malesherbes. Aceptando este signo con gratitud, Patrick lo acercó a sus labios y se dejó llevar por las emociones de una alegría dulce, interior, casi libre de tristeza, basada como estaba en una esperanza segura. El hombre poderoso, generoso, que le había sacado con tanto celo de su mazmorra, que se había prestado tan graciosamente a un simple deseo, no podía dejar de cumplir una promesa formal. Por eso Patrick veía la libertad a su puerta. Siempre estaba escuchando atentamente; la oía llamar al menor ruido. Sin embargo, el despiadado señor de Rougemont, con una complacencia inverosímil de su parte, se dedicaba a prodigar a su prisionero, según las órdenes del señor de Malesherbes, las atenciones más delicadas. Se hubiera dicho que su corazón se había convertido de repente a la humanidad. Pero en esa conducta nueva había una especie de afectación y de exhibición que, a buen seguro, a ojos de alguien menos interesado que Patrick en tomarse a aquel bribón en serio, hubiera debido de resultarle más que dudoso. En el despecho se saborea una especie de satisfacción llevando las órdenes más allá de lo necesario. Queremos conceder más de lo que se nos pide; nos complacemos en sobrepasar los límites. Condenad a un niño que lleva su delantal lleno de frutas a ofrecer una sola contra su voluntad: os lanzará todas a la cara.

Patrick vio reaparecer entonces en torno a sí todo aquello de lo que le habían despojado; desde lo que le había sido quitado a su llegada al Torreón hasta las confiscaciones del último lugarteniente. El viejo anillo que sir Francis Meadowbanks había dado al morir a su hija Debby, que Déborah había entregado a Patrick en señal de alianza, y que la Putifar no había podido quitar de su sitio, relumbró de nuevo en su dedo con orgullo. Fue para él una satisfacción dulcísima recuperar tantos viejos amigos perdidos, cuyo recuerdo, en algunos casos, iba borrándose incluso día tras día de su memoria; pero su corazón también sangró, y le quedaron pesares muy amargos: las joyas y los adornos de Déborah no aparecieron en el baúl. El señor caballero de Rougemont

afirmó que no sabía qué había sido de ellos; pero mentía por su boca, ¡el muy ladrón!

Cuando los baños y el vino rancio pusieron un poco de vida y de savia bajo su corteza reseca, Patrick, reuniendo sus fuerzas, muy débiles todavía, se dedicó a redactar el memorial que deseaba el señor de Malesherbes; y nada más acabarlo, el señor de Rougemont se apresuró a hacérselo llegar. Patrick había pensado, con razón, que su puesta en libertad seguiría inmediatamente al envío de su documento. Estaba seguro: era algo prometido, seguro, no podía dejar de ocurrir. Con las cadenas entre sus garras, batía las alas ensayando el vuelo. Le ardía la sangre, aspiraba con fuerza, llamaba; en la borda, inclinado sobre el mar, con los brazos desnudos, estaba dispuesto a levar anclas a la primera señal. Pero las horas, ciervas ligeras para el hombre de placer, tortugas perezosas y pesadas para el alma que pena, pasan; y las semanas, que reptaban lentamente como carretas atascadas en el barro, se amontonaban, y la voz que debía ir a gritar entre los barrotes: ¡Levantaos y sed libre!, no sonaba. Como aquel silencio se volvía cada vez más inexplicable, y Patrick quería a cualquier precio salir de aquel estado de espera que lo mataba, decidió escribir a su bienhechor, y le dirigió esta carta, breve, pero soberbia, aunque apropiada para hacerle recordar, si es que el señor de Malesherbes se había olvidado:

«Monseñor, el prisionero a quien, en vuestra misericordia, os dignasteis dar un Cristo, el simulacro más sagrado, espera de vos la cosa más sagrada, la libertad».

Este paso fue un golpe dado en la puerta de una casa desierta: nadie se asomó a la ventana y nadie respondió. El silencio que reinaba antes, reinó después. La madeja no se desenredaba, y el tiempo seguía pasando; cada día llevaba más desesperanza a la esperanza de Patrick. El edificio de su felicidad próxima, agrietado por todas partes, se derrumbaba piedra a piedra. Patrick, que había contado con los dedos de rosa de la libertad las delicias que la libertad iba a otorgarle, dando un paso hacia atrás los descontaba tristemente con los dedos de bronce del Destino.

Por más cruel que fuese esta inquietud en la que vivió durante varios meses, si es que aquello era vivir, no llegó sino demasiado pronto a su término. Un violento cambio operado en el régimen saludable de que gozaba tras la visita del señor de Malesherbes fue a iluminarle de repente sobre su destino. Irritado por el nuevo trato que se disponían a hacerle sufrir, y tras haber enviado su indignación a los pies del señor lugarteniente del rey, éste, quitándose por fin la máscara, le

había respondido:

—Os ruego que perdáis toda esperanza de ser alguna vez libre. El señor de Malesherbes ya no está en el ministerio, y vos sois mi enemigo; os tengo agarrado; nada de quejas: la mazmorra donde deberíais estar aún no se ha llenado.

El señor de Malesherbes acababa efectivamente de dimitir de su departamento, para seguir a Turgor en su retiro, y pese a las instancias del rey; pero que lo hubiese hecho sin haber ordenado la puesta en libertad de Patrick es lo que siempre será inadmisible. Puede ser, como algunos afirman, que durante su excesivamente breve administración, de dulce recuerdo, sobrecargado de trabajos y de asuntos, entre mil deberes y mil preocupaciones, embrollado en el tropel de detenidos que sacó de las cárceles, el señor de Malesherbes se hubiera olvidado de algunos detenidos en los calabozos, cuyas cadenas habría debido romper su virtud; pero que Patrick haya sido de este número, ¡imposible!, Patrick, sobre el que su caridad se había detenido de un modo particular, Patrick, a quien su bondad paternal había regalado con solicitud y complacencia un don tan sagrado, tan precioso. ¡No, eso no es posible, repito! No, el señor caballero de Rougemont debió de engañar al señor de Malesherbes, como Patrick pensó y como nosotros tenemos que pensar con él. Con toda seguridad aquel malvado debió de retener entre sus manos el memorial y la carta de su prisionero; con toda seguridad debió de recibir la orden de su liberación, y la desobedeció. Aquel hombre feroz, aquel estúpido felón que guardaba en su corazón, si es que tenía corazón, un odio implacable hacia Patrick, sobre todo en recuerdo de Fitz-Harris, no había podido hacerse, ni por un instante, a la idea de perder la presa en cuyas carnes sus uñas entraban todos los días con horrenda y nueva voluptuosidad.

Hasta entonces, el espíritu elevado de Patrick se había mantenido con energía. Su alma había seguido siendo bella, noble y prudente; sólo su cuerpo se había doblegado bajo la desgracia, y sufrido lamentables deterioros; pero aquel último asalto lo derrotó. Su razón se vio profundamente alterada. Su prudencia se extravió y se astilló como un cristal que recibe un golpe; y, yendo contra su esencia nativa, su temperamento dulce y distinguido degeneró. Con un asco profundo por todo, comenzó desde entonces poco a poco, a abandonar el cuidado de su persona, el esmero cotidiano que uno se debe a sí mismo: ¡triste síntoma! Él, que en medio del sufrimiento, siempre se había mostrado avaro de quejas y de llantos, dejaba ver siempre una lágrima detenida a orillas de su párpado, o en

el hueco de su mejilla descarnada y lívida. Prosternado ante su epitafio, que había grabado Fitz-Harris antaño, como sabemos, en la pared, con la boca pegada a su crucifijo, pasaba regularmente todas las horas de su larga jornada. Donde el otoño le había dejado, lo encontró la primavera. Nueve de los más bellos años con que cuentan los hombres, los gastó así, sobre aquella parrilla, presa de un dolor monótono, desgarrado en todos los sentidos por las vejaciones obsequiosas de un carcelero infatigable y cruel. Estos nueve años que con tanta lentitud pasaron para Patrick, cada uno de cuyos días fue una copa amarga que beber, vamos a franquearlos nosotros de un solo paso. ¿Quién podría encontrar suficiente valor para seguir crisis por crisis en semejante agonía?

Por fin, una noche de invierno, el 27 de febrero de 1784[139], si mi memoria no me engaña, las triples puertas de su mazmorra se abrieron de improviso y el señor de Rougemont, surgiendo con una antorcha en la mano, gritó:

—Levantaos, prisionero, y seguidme; ¡estáis libre!

En el patio, una carroza esperaba con la portezuela abierta. El señor de Rougemont le rogó que tuviese a bien subir a ella.

—Es demasiada ternura, señor —le dijo entonces Patrick con una sonrisa—; confieso que no esperaba ir en carroza a la libertad. Hubiese bastado, señor, con abrir ese portillo y bajar el puente.

Cuando obedecía aquella orden, dos personajes que ya estaban en el coche retrocedieron al verle con un gesto de espanto y de piedad; erizado de barba y de pelos, pálido, lívido, descarnado, los destellos macilentos y las sombras oscuras de la noche le daban la fisonomía y la transparencia de un espectro. Una vez que otros dos personajes, de aspecto vulgar, montaron tras él, la portezuela se cerró y los caballos arrancaron al trote. Cuando los dos hombres que habían retrocedido al ver a Patrick se recobraron, le hicieron con mucha cortesía algunas preguntas. ¿Qué preguntas eran? ¿Y qué respondió él? Lo ignoro; pero es de suponer que tenían relación con su miseria; porque, después de que Patrick hubo hablado unos instantes, le cogieron ambos la mano y se la estrecharon cordialmente. Una conmiseración sincera y dulce sólo se encuentra en los corazones que habita la desdicha, o en unos corazones por los que la desdicha ha pasado: aquellos dos personajes que, olvidando su propio infortunio, se habían conmovido con el destino de Patrick, eran prisioneros como él, y como él acababan de ser liberados del Torreón; uno de ellos, el de ropas más modestas, no era más que un gentilhombre tolosano, el conde de Solages, arrestado durante el ministerio

Amelot, tras denuncia de su padre, por desórdenes de conducta, por algunas locuras de juventud; pero el otro, el otro era una de las glorias de Francia, un mártir que sólo llegó a su calvario después de haber sido encerrado sucesivamente en el castillo de Chaufour, en el castillo de Saumur, en la Conciergerie, en el castillo de Miolans, dos veces en Pierre-Encise, exiliado en la Coste, encarcelado en Vincennes y luego, en la época en que nos encontramos, trasladado a la Bastilla[140].

Se empeñan en querer honrar la alta prudencia de Napoleón por el encarcelamiento, en una casa para locos, de ese hombre célebre entre los célebres; se escribe y se dice; pero se ha mentido y se miente: ¡es falso! No, esa crueldad no es obra de la sensatez imaginativa de Napoleón. En el mes de junio de 1789[141], ese hombre, tras una escena burlesca que había tenido con el estado mayor de la Bastilla, ya había sido conducido al convento de Charenton, de donde había salido durante los disturbios revolucionarios en virtud de un decreto que no le afectaba; y ya se le había devuelto a la libertad cuando Bonaparte sólo era un emperador en ciernes. Hubiese estado mal, por otro lado, de parte del emperador corso hacer así de emperador romano.

Lo que entiendo por gloria de Francia era el ilustre autor de un libro[142] contra el que todos gritáis de modo infame, y que todos tenéis en el bolsillo, y pido perdón al querido lector; era, digo, el muy alto y muy poderoso señor conde de Sade, cuyos degenerados hijos llevan hoy entre nosotros una frente noble y altiva, una frente noble y pura.

La mayor parte de los bultos depositados sobre una especie de carreta que seguía a la carroza pertenecían a este gentilhombre que, uniendo a sus gustos imperiales un gusto imperioso por las ropas espléndidas, poseía un guardarropa que, sin mentir y sin exageración, estaba formado por más de doscientos trajes engalonados o cargados de bordados, y que pronto tendremos el triste privilegio de ver figurar en una sangrienta mascarada.

La carroza avanzaba lentamente y siempre en la misma dirección. El espesor de aquella noche de febrero apenas permitía a nuestros prisioneros reconocerse; sin embargo todo les impulsaba a creer que se acercaban a París. Por fin, tras varios ¿quién vive? que resonaron en el silencio, algunos sordos zumbidos, algunos ruidos de herrajes y de puertas, la carroza se detuvo en seco y se abrió: las dos caras lúgubres y taciturnas que habían viajado con ellos se apearon inmediatamente y, haciendo su oficio de exentos de policía, invitaron a nuestros

tres prisioneros a seguirlos. Un grupo de oficiales y de sargentos de guardia, con la espada al costado, y de carceleros armados de antorchas y de llaves, que se encontraban a unos pasos de la portezuela, se apoderaron de Patrick en cuanto puso el pie en el estribo. Ante semejante atentado, comprendiendo la traición, Patrick paseó una mirada despavorida por las altas murallas que lo rodeaban y, reconociendo de pronto el patio interior de la Bastilla, que veintiún años antes, lleno de alegría, había cruzado para llevar a Fitz-Harris la carta de gracia que acababa de arrancar al odio de la Putifar, lanzó un grito terrible y cayó de bruces contra el pavimento.

Enterado, sobre todo por el libro de cartas selladas de Mirabeau, según aseguran, de los abusos y del execrable régimen de la cárcel de Vincennes, el nuevo ministro de París, el señor barón de Breteuil[143], acababa de ordenar su evacuación. Comandancia del Château, Lugartenencia el Torreón, el señor Paulmi d’Argenson con su capitán y sus treinta guardias, el señor caballero de Rougemont, con sus carceleros y sus beneficios, todo fue arrasado y barrido en un abrir y cerrar de ojos; y, poco tiempo después, una vez que todos los prisioneros fueron dispersados por diversas fortalezas, una vez que el intratable preboste de Beaumont, que se negaba a sufrir un nuevo traslado, hubiese capitulado y abierto de buena gana su calabozo que habían asediado inútilmente, esa Torre famosa y temible, morada de una larga serie de reyes, prisión de Estado durante una larga serie de siglos, se convirtió en el humilde teatro de una panadería que suministraba pan a París, a un céntimo más baratas las cuatro libras; y a poco que hubiesen excavado el suelo, habrían podido hacer pan sin trigo, como en los tiempos de la Liga; pan de harina de huesos.

XXI

Dadme vuestra mano, señor lector; dadme vuestra mano, tan linda todavía bajo su guante perfumado, mi bella dama, y remontemos juntos el sendero rápido que ondula y va a unirse como una cinta a la espalda de la colina. Los perros de guardia ya gruñen cuando nos acercamos; sus ladridos ya se propagan y resuenan. Aquí tenemos la verja de la mansión de Évêquemont; llamemos sin miedo. Seguidme.

Venganza iba camino de sus dieciséis años. Magníficamente desarrollado por una juventud feudal, y mantenido al margen de esa mancha humana que se denomina educación, ya había conseguido el porte y la prestancia de un hombre; y un no sé qué de esbelto, de cándido y de fino que tenía algo a un tiempo, si me atrevo a decirlo, de flor y de virgen. Armonioso y plácido como una estatua antigua, se hubiera dicho un joven atleta griego ameno y suave, un caballero normando cuya gracia no se atiranta siquiera bajo la armadura. Siempre se entregaba con ardor al arte del caballo y de la caza; sin embargo, Déborah, su dulce madre, empezaba a extender cada vez más su dominio sobre los sentimientos de su corazón. Vivía de buena gana a su lado; parecía valorar más que cualquier otra cosa su compañía, buscarla a menudo y complacerse en ella. El brusco y orgulloso escudero se convertía a su lado en un ángel de dulzura; un paje enamorado no hubiese tenido una previsión más delicada ni más atenta. El alma a esa edad se enmienda y se abre a los sentidos, a una pasión que todavía ignora y que pronto ha de invadirla; se llena de ternura; se viste de terciopelo para acariciar mejor. Al principio, las mujeres no son para el joven, en sus primeros años, más que una vasta y dulce pradera de hierba lisa y uniforme; pero a medida que avanza por la avenida de los sauces de la vida, esa pradera se esmalta, se jaspea, se individualiza y discierne cada vez mejor entre el heno apático y tupido de las flores elegantes que acá y allá lo dominan, o esas otras que, más modestas, se ocultan y que él ahoga. Las miradas del joven se detienen entonces por primera vez; por primera vez se fija en su madre; en sus hermanas, en las amigas de sus hermanas y en su nodriza; entonces, no ama sólo a su

madre, sino a una mujer divina; un vaso de ónice lleno de las esencias más suaves; sus hermanas se revelan a su vez llenas de encantos, de cualidades y de gracias; en las amigas de sus hermanas encuentra varias que son hermosas, hermosas hasta la turbación; y su vieja nodriza le parece cargada de bellos vestigios que despiertan la nostalgia.

El cariño tan delicado y tierno de su hijo hubiera sido para Déborah una fuente de consuelo muy dulce si la limpidez de esa fuente no se hubiese visto turbada por la más viva inquietud. Una tristeza profunda que, sobre todo desde hacía un año, llevaba pintada Venganza en su joven frente, y que cada vez se volvía más sombría, alarmaba el amor de su madre. Siempre parecía preocupado por un pensamiento secreto que lo aislaba. A veces se quedaba en silencio y frío a su lado; otras recibía sus besos como un ídolo insensible o, de golpe, dando la impresión de apartar con un gesto una imagen molesta, la estrechaba tiernamente contra su corazón; y en su efusión le daba los nombres y las caricias más tiernas. Déborah le preguntaba por su aire soñador, por la causa de su melancolía, y él respondía indiferente:

—No me pasa nada, madre, ¿qué queréis que me pase? No tengo ningún pesar; sólo soy un niño frívolo.

Las penas ocultas tienen un motivo más oculto todavía, que la mente más sutil rara vez consigue penetrar. Déborah atribuía a la vida retirada y monótona del castillo el hastío que observaba en Venganza y que lo afligía. A fin de llevarle con mano segura pronto remedio, decidió con mucha sensatez inducirle a emprender, junto con Icolm-Kill, algún largo y hermoso viaje bajo los cielos de la Europa más querida; y no dudó en proponérselo. Mientras ese viaje fue un proyecto, algo lejano, Venganza pareció prestarse a él con bastante deferencia; pero, después de que Déborah decidiese fijar el día de la partida y diese las órdenes para acelerar los preparativos, Venganza, tras luchar mucho tiempo consigo mismo, vencido por sus propios esfuerzos, fue en su busca una tarde a su cuarto y allí, en medio de un desconcierto que partía el corazón, le dijo:

—¡Creedme, madre, no es el hastío lo que me roe!… ¡No conseguiré nada pasando los Alpes o los Pirineos! No me alejéis de vos, madre, porque me moriría. Tal vez habría podido seguir guardando en el fondo de mi pecho el mal que en él alimento; mas vuestra decisión me pone en un aprieto: ¡no aguanto más! Es absolutamente necesario que salga de mi horrible condición. ¡Madre, os quiero! ¡Vos sabéis cuánto os quiero! Y sin embargo, voy a haceros daño; voy a hundir más de un dardo en vuestro corazón, yo, que no querría ser otra cosa que

vuestro escudero; porque, ¡malhaya el hijo que no es la muralla de los flancos que lo llevaron en su seno, oprobio para él! Nada más salir de las mantillas de la infancia, yo, criado con vuestros besos, crecido bajo vuestras alas; yo, que os debo tantos cuidados y tanto amor, que no debería acercarme a vuestro lado sino con una frente tímida, una mirada cariñosa, el corazón contento y lleno de gratitud y las manos unidas en señal de veneración, voy a alzarme contra vos y atormentaros como haría un malvado o un juez. ¡Oh madre mía!… Y sin embargo, os amo; sin embargo no querría ser para vos más que un motivo de gloria y de alegría. Perdonadme, madre… Sé poco; he leído pocos libros, pero he observado y pensado mucho. He dirigido mis miradas por todas partes en la naturaleza. He remontado a la fuente, al origen de los seres y de las cosas. Me he inclinado sobre cada nido. He entrado en el establo y en el aprisco. Me he introducido en las familias; he escuchado; y he visto que todo el mundo tenía un padre, menos yo. ¡Esa injusticia me ha afligido! He intentado penetrar ese misterio. He sondeado mi mente; he sufrido; sufro; pero para mí, como en los primeros días del despertar de mi inteligencia, nada ha quedado explicado. Ésa es, madre, la causa de este hastío que me agobia, y, como comprenderéis, no es un viaje lo que puede curarme. ¿Por qué el destino me ha maltratado de esta forma? ¿Cuál es mi indignidad para que reciba del destino menos que la más abyecta criatura? ¿Dónde está mi padre? ¿Dónde está? ¿Y quién es? Os lo suplico, mi buena madre, ¡decídmelo, mostrádmelo! La ignorancia en que estoy, me turba; ese vacío que veo a vuestro lado me espanta. ¿Nunca habré de estrechar en mis brazos a ese hombre que, como vos, debe de ser tan bueno, tan noble, tan hermoso, tan lleno de amor, y para quien yo debo de ser una criatura tan preciosa y tan querida? Hay un hombre bajo el cielo que me ha dado lo mayor que un hombre puede dar, la vida. Que me ha dado su sangre, una sangre corre por mis venas y pasa por mi corazón. Y a ese hombre, a ese bienhechor… ¡no lo conozco! ¡No estoy a sus pies! Hablad sin temor, madre mía, no perderéis nada con ello; no dividiré en dos partes mi cariño; una misma piedad os unirá a los dos. A mi alrededor no he visto más que cosas oscuras y dudosas, nada que pudiese ponerme sobre la pista; me he preguntado; ¿soy huérfano?, ¿ha muerto mi padre? Si está muerto, ¿por qué no nos queda nada de él? ¿Dónde está su sello? ¿Dónde su espada? Si está muerto, y la tumba del césped es su tumba, ¿por qué no tiene epitafio, por qué lleva un escudo velado, por qué no contiene huesos? Polvo de mi padre, ¿habéis sido dispersado por los vientos?… Si está muerto, y vos sois viuda, ¿por qué no lleváis luto, por qué no tenéis su título? Si

mi padre está muerto, ¿también están muertos el padre de mi padre, su madre, vuestro padre y vuestra madre? ¿Sois una estrella caída del cielo que en su caída ha roto el hilo que la traía? En esta tierra donde veo que todo está unido, ¿no hay ningún lazo que os una?… ¡Oh, qué culpable y cruel soy! ¡Qué ingrato, acercando una mano pesada, y tan audaz, al dolor más sagrado y más inviolable! No lloréis, madre mía, vuestras lágrimas caen sobre mi corazón y lo queman como fuego… Aquí la verdad no es lo que se muestra: han echado sobre ella un espeso velo. Detrás de nosotros hay un pasado que se oculta a ojos de todos, pero cuya existencia todo revela. Por favor, madre, imploro de vuestro amor que no me tengáis más tiempo en esta sombría perplejidad. ¿Por qué callarme quién sois? ¿Quién soy yo? ¿Adónde voy, de dónde salgo? ¿Soy tan indigno de esa confidencia? Soy muy joven todavía, cierto, pero soy serio; habéis formado en mí un alma sólida; conozco el peso y el valor de las cosas; no abusaré del secreto que me confiéis, madre, si es que hay un secreto en el fondo de todo esto. Decidme, madre, sed buena, si tengo padre; si le he visto, si debo volver a verlo; si vos lo amáis, si es necesario que yo lo ame. No me ocultéis dónde está, su retiro, su exilio o su refugio. Sería tan dichoso, tan feliz, viendo a ese hombre, besándole las manos y diciéndole: Buenos días, padre. Pero si el destino ha querido que nos fuese robado, que sea arrancado a vuestro amor y que yo me vea privado del suyo, ¡llevadme hacia su urna y yo la rociaré con mis lágrimas! ¡Decidme su apellido, que es el mío, para que lo bendiga! ¡Decidme cómo fue su vida, para que yo camine sobre sus huellas! ¡Habladme de sus virtudes para que yo me esfuerce por imitarlas! Por favor, madre, ¿dónde está mi padre, o su urna, y su espada?…

Este inesperado paso, la emoción de Venganza, su aspecto convencido, su voz apasionada, sus precauciones llenas de ternura y de respeto, sus temores antes de atreverse a abordar su confesión, habían causado al principio una impresión violenta sobre el alma de Déborah. En una penosa angustia, inmóvil, comiéndose con los ojos a su hijo, escuchaba ansiosa y bebía cada una de sus palabras. Pero cuando él terminó de pronunciar en tono triste su queja, que todo en la naturaleza tenía un padre menos él, anonadada bajo aquel golpe que daba despiadadamente en todo su dolor, que volvía a abrir de arriba abajo sus heridas, removida hasta el fondo de sus entrañas, acongojada, su corazón se revolvió en su pecho como una llama que se extingue, y de sus ojos cayeron abundantes lágrimas. Pero finalmente, tras recuperar el control sobre sí misma, respondió con bondad:

—Si se ha ocultado a tus ojos con tanto cuidado el pasado, hijo querido, es porque ese pasado es sombrío, es horrible. Y hubiera sido cruel, inútilmente cruel, afligir tu joven alma, turbar con él el cielo puro de tu infancia. Gozo en paz de tu juventud, saboreo el presente, sueño con el futuro, que será bello; pero no hago que tus miradas vuelvan hacia atrás. Hay cosas que envenenan, y no debe haber veneno en el corazón del joven. Verás, nuestro pasado es una esponja empapada en hiel; cuanto más la estrujases, más amargura derramaría. No intentes mirar por encima de tu madre, ni ir más allá. Que te basten tu madre y su amor. No quiero engañarte; no voy a encubrirte nada, espera todavía; un día lo sabrás todo, será preciso que lo sepas; pero pide a Dios que ese día llegue lo más tarde posible, porque ese día llenará tu corazón de cólera; rechinarás tus dientes y morderás con rabia un paz de ceniza y veneno. ¡Ámame, piensa en mí, vive para mí! No quiero luto en tu frente. Deja el pasado; sé feliz. Las flores son hermosas, las mujeres adorables; rus caballos están llenos de sangre; abundan los corzos en nuestros pastos. Vamos, señor pensador, venid a mis brazos; venid que os bese. No os odio por vuestra locura; al contrario, me siento orgullosa de la excelencia de vuestro espíritu, de vuestra sensibilidad, de vuestros bellos sentimientos.

Había puesto Déborah tanta unción en estas palabras, una dulzura tan inefable se había desprendido con ellas de sus labios, había añadido tanta gracia su desorden a sus encantos que Venganza, turbado, enternecido, se arrojó lleno de ebriedad a sus plantas y le cubrió las manos de besos; pero, superado pronto ese espasmo, sobre su frente volvió a reaparecer su acostumbrada preocupación; se levantó con aire sumiso y, con una pasión más grande todavía, exclamó:

—¡No, no, madre mía, no insistáis! No puedo seguir viviendo más tiempo en la incertidumbre en que me encuentro. Os lo ruego, ¡apartad de mí esta ignorancia! Por sombrío que sea el pasado, no me aterrará; me hará menos daño que la duda; no marchitará mi juventud, no envolverá cada uno de mis pensamientos con su liga acre y fétida. ¿Dónde está mi padre? Por favor, ¿dónde está y quién es? No lo sé. ¡Horrible condición! Tengo miedo a descubrirle en cada cara humana. Un frío mortal se apodera de mí lo mismo ante el viejo que llora en la cuneta del camino que ante el gentilhombre que pasa con su magnífico atavío. Como un cordero desolado busca a su madre perdida en el rebaño, yo busco a mi padre entre los hombres. Ante el tribunal de la naturaleza y de la razón no hay más que una clase de padre, lo sé; ante el mundo hay paternidades culpables e hijos repudiados. ¿Cómo llevaré la frente en el mundo?

¿Debo entrar en él por la puerta o por una salida secreta? ¿Me señalarán con el dedo o se inclinarán a mi paso? No es que quiera, si estoy marcado por una mancilla original, volverme humilde para pedir merced; no, sólo quiero andar por el camino que me corresponde. Según el mundo, todo hombre tiene trazado su camino; si es recto, está decidido; al que no lo es pertenece la audacia, la rebelión, la gloria y la aventura. El mundo quiere que el bastardo redima su bastardía. ¡Bastardo! Esta palabra parece molestaros, madre; tranquilizaos: si soy bastardo, nadie me verá ruborizarme por ello. Más vale ser el fruto de un amor que el fruto de una costumbre; eso he oído decir en alguna parte, y me parece bien dicho. ¡Malhaya quien pretenda afrentarme con eso!… Lloráis, estas palabras os desgarran, mi corazón no me había engañado: ¡soy un bastardo! ¡Bastardo! ¡Bastardo! Pues mejor, madre. Una espada, y este mundo que me rechaza se llenará conmigo. ¡Una espada! ¡Y se inclinarán ante mi paso, y yo legitimaré mi raza ilegítima en la sangre legítima de los vencidos! Bien, madre mía: ahora que acabo de descubrirme, de mostrarme por entero ante vos, ¿me encontráis suficientemente maduro? ¿Soy digno de una confidencia? Las cosas siempre son así: la madre se obstina en ver al niño en el hijo hecho hombre. Además, ¿quién tiene la medida de lo que el niño sabe y piensa? Cuando se le cree ocupado con un sonajero, sueña con sublevar el mundo, sueña con la cólera de un Lutero o la gloria de otro Alejandro. Hablad, madre mía, hablad, ¿qué teméis? Sabéis que os amo con toda mi alma. Nada que yo sepa podría separarme de vos. Yo soy vuestra mano derecha y vuestra armadura. Vos sois mi cielo, mi ídolo y mi vida. Hablad sin temor: aunque fueseis la pecadora más vil… ¡Oh, por favor, hablad! Provocaríais horribles sospechas, me haríais creer en cosas malísimas… En nombre de Dios, señora, ¿qué hicisteis de mi padre?… ¡Os repito que ha llegado el momento de rendir cuenta del pasado!

En medio de una agitación fácil de imaginar, Déborah se levantó entonces llena de valor y, después de abrir apresuradamente la puerta que daba a la habitación secreta, y que estaba cerrada como una caja fuerte, cogió a Venganza de la mano y lo arrastró tras sus pasos. Se dirigió hacia un retrato ante el que ardía una lámpara:

—¡Mira, cruel! —exclamó con una voz desgarradora—. ¡Ahí tienes a tu padre, ahí tienes a Patrick! ¡Murió asesinado!

—¡Asesinado! ¿Y por quién, madre? —replicó lentamente Venganza con energía y mirándola fijamente como un juez terrible.

Afligida, sorprendida y tal vez asustada, debería decir, ante la violencia y la

rebelión de aquel niño, con el alma abrumada bajo el peso de muchos recuerdos sombríos, horribles, amargos, que aquella fatigosa escena había provocado, rota, debilitada, anonadada, Déborah cayó entonces de rodillas, luego se desplomó, y más tarde, con los brazos colgantes y cerrados como un brazalete, con la cabeza tristemente inclinada, quedó desolada y muda como la imagen de Magdalena a los pies de la cruz. No lejos de ella, de pie, Venganza, a quien ya se le había pasado el arrebato, paseaba acá y allá unas miradas llenas de terror. A su vista se había ofrecido súbitamente un espectáculo extraño que lo dominaba. Aquella habitación misteriosa, en la que acababa de entrar arrastrado por su madre, en la que nadie, como tampoco nosotros, había penetrado hasta entonces, en la que Déborah había visto pasar tantas horas silenciosas, estaba tendida de paños negros, tanto las paredes como el techo, mientras la lámpara de plata que ardía ante el retrato de Patrick era la única claridad que menguaba el espesor de las tinieblas de aquel lugar de reflexión.

En aquella posición tan conmovedora, Déborah parecía totalmente absorta desde hacía un rato cuando, de repente, levantándose llena de dignidad, prosiguió con voz severa:

—Señor, el hijo es dado a la madre para honrarla y venerarla, y no para interrogarla. Una duda, una sospecha, curiosidad hacia ella, eso es algo feo y condenable. Sois culpable ante mí, señor; debería castigaros y levantar entre nosotros una barrera infranqueable… Pero soy buena… Os ruego que os dignéis creer, sin embargo, que si vacilo no es porque haya nada en el pasado que pueda avergonzarme. ¿Lo queréis, señor? ¿Lo exigís? ¡Seréis satisfecho!… ¡Y que pase lo que Dios quiera!

Avanzó entonces hacia la tumbona, ocupó un sitio en ella e hizo una seña a Venganza para que se sentase a su lado. Cuando Venganza obedeció, sus manos se unieron y se estrecharon tiernamente; luego, la madre dijo al hijo:

—Empezaré por el principio y no olvidaré nada; de mi boca saldrá toda la verdad: considerad cada una de mis palabras como si hubiese nacido de la sangre de Patrick.

Sin embargo, Déborah todavía volvió a guardar silencio. Su boca se cerró de nuevo ante la penosa revelación que iba a hacer, como cierta flor sensitiva a la llegada de las sombras de la noche; se recogía en su interior sin duda; en voz baja, se probaba frente a las olas, como el bañista temeroso, antes de atreverse a zambullirse en la onda del pasado amargo y salobre; como un pescador de Isquia, sentado en el cabo Miseno, que sueña y proyecta su mirada amorosa y

severa sobre el mar azul de Bayas, desde la isla de Caprea al golfo de Nápoles, de la orilla al final del horizonte; enternecida, paseaba su mirada en todos los sentidos por los años pasados y medía la extensión de su luto. Por fin, cediendo al peso del recuerdo como una tecla bajo el dedo que la aprieta, después de haber vuelto a rodearse de algunas dulces precauciones, empezó el relato sencillo y fiel de sus desdichas, cuyo surco, nacido al pie de su cuna en el castillo de Cockermouth, avanzaba en medio de repliegues tortuosos, excavado por una mano fatal, hasta la mansión de Évêquemont, aún no había acabado.

La mente de Déborah, tan sutil para los recursos, aportó una habilidad extrema a aquella delicada apertura. Guiada por su sentido exquisito y juicioso, se esforzó por insistir en todas las circunstancias que no podían despertar en el alma de su hijo sublevado otra cosa que sentimientos dulces y tristes, y se dejó arrastrar por la elocuencia de frases llenas de seducción; pero con toda la astucia de un viejo escudero, cada vez que veía acercarse algún incidente, algún choque cruel, había sabido reprimir su palabra y la había hecho sobria y moderada. Durante todo el tiempo que duró aquella dolorosa confidencia, acodada sobre las esculturas de la tumbona, con la frente apoyada en su mano y la mirada fija, Venganza escuchó con una gran calma aparente, con una aplicación impropia de su edad, y cuando terminó, Déborah, sin prisa ni rastro de apasionamiento, se había arrodillado ante su madre, le había cogido las manos, las había acercado varias veces amorosamente a sus labios y lanzó sobre ella una mirada en la que se mezclaban el dolor y la admiración, después de haber balbuceado algunas palabras de gratitud y dulces fórmulas de consuelo, le dijo:

—Miradme bien, madre mía, ya no soy el niño de antes, ¡soy un hombre!, al que la inquietud ha madurado, y al que todo lo que acaba de oír madurará más todavía. No temáis nada, madre; mi juventud no abusará del secreto que me habéis confiado.

Lady Barrymore, que, tras el estado de exaltación al que se había dejado llevar al principio Venganza, había temido alguna explosión violenta, arrastrada por aquella apariencia de sabiduría y prudencia atribuyó el honor de aquella mejoría al cuidado con que había sabido hacer sus confidencias; se felicitaba para sus adentros por su habilidad y su política… ¡Pobre mujer! ¡Pobre madre!… Ay, la cara humana es un telón de teatro cargado de pintura y maquillaje, que no deja que nada transpire, ni siquiera los preparativos de la más sombría tragedia.

Fue preciso que la campana de la mansión fuese por dos veces a tirarles suavemente de la oreja y a llamarlos a cenar para arrancarles finalmente de la dulce conversación que había venido tras las confidencias y en la que ambos descansaban de sus emociones tan reales y distintas. ¡Qué cambio se había producido en unas pocas horas! Los dos campos se habían acercado y mezclado. El sitiador había abierto su tienda, y la plaza sitiada su puerta. La espada sacada de su vaina para inmolar había regresado a su sitio. La madre desconsolada, que, vehemente como una ménade, había arrastrado a su hijo iracundo y terrible a la cámara fúnebre, dejaba ahora, tranquila y radiante, aquella cámara mientras él salía orgulloso y cariñoso. Iban ahora como dos personas enamoradas y llenas de simpatía, felices, orgullosas una de otra, buscándose con la mirada a cada paso. Rodeando blandamente con el brazo la cintura elegante de Déborah, con la cabeza apoyada en su bello hombro, Venganza caminaba bajo una lluvia de besos.

Como de costumbre, Venganza pasó la velada en el salón, al lado de su madre, en una amable ociosidad; Déborah trabajaba en su labor, mientras él, echado en un confidente, tenía en las manos un libro que no leía. Salvo dos o tres cuestiones insignificantes en apariencia, hechas con aire indiferente, incluso con un aire algo afectado, y en el que Déborah no se había fijado, no dijo una palabra sobre las cosas tan graves que acababan de ser agitadas, ni dio directamente un golpe de azada sobre el montón de escombros recientemente removido. Ante su semblante, de un olvido tan perfecto, se hubiera dicho que había transcurrido un mes entre la tarde y la noche; que el tiempo había borrado bajo su paso las huellas dejadas en la arena. ¡En la superficie lisa de la onda volvemos a encontrar las huellas de las olas aplacadas! Cada vez que Venganza, animado por su madre, tomaba la palabra, no carecía de entusiasmo; pero como si hubiera sido presa de un resto de preocupación íntima que a duras penas podía disimular, a menudo dejaba una frase a medias, sólo daba dos o tres golpes de hoz a su idea, y por una pendiente insensible volvía enseguida al silencio; pero, en el silencio mismo, se traslucía el nuevo orgullo que tenían en el alma. Se veía, como se ve en el brote sobre la corteza, que acababan de aumentar su estima mutua; que en su favor recíproco acababan de ratificar en su corazón nuevas cartas de nobleza y de crédito. Se veía, y transpiraba por todos sus poros, que el niño se había convertido de pronto para la madre en un hombre seguro, en un alma recta, probada y de rica complexión; una espada de temple fuerte y selecto,

penetrante y acerada; un campo presto a abrirse bajo la reja del arado del mundo, presto a dar su cosecha; un terreno firme donde fundar el edificio de una vida colmada por la gloria; y que, por su parte, la madre ya no era para el hijo una mujer sin alamedas ni salidas; un canto redondo en el lecho de no se sabe qué río; un jirón desgarrado en el pabellón del cielo, al salir del limo; una mujer, en una palabra, con una mancilla grabada con un diamante en su frente; intriga de corte reformada en una remonta, expolio de algún principito destronado o convertido en ermitaño. ¡Aspasia[144] caída en desuso, ramera destronada!

A las once, Venganza se levantó para despedirse de su madre; se abrazaron largo rato con deliciosas muestras de cariño; pero, en lugar de retirarse como de costumbre a su aposento, Venganza, después de ganar la escalinata, se deslizó en silencio hasta el parque, hacia los bordes preferidos de la fuente. La brisa difundía olores de roble; el firmamento era del azul más puro; Febe miraba amorosamente la tierra; y las estrellas centelleaban como si Dios las hubiese afilado.

Allí, con la mente totalmente aislada en medio de aquel espectáculo sublime, pensativo, silencioso, sentado a veces en una piedra, caminando otras a grandes zancadas entre las matas, con la cabeza altivamente erguida, el puño orgullosamente puesto en la cadera, nuestro joven huérfano permaneció hasta muy entrada la noche, como esos insectos que insisten en jugar en los rayos argentados de la luna. Luego, de repente, como si por fin hubiese recogido en los enebros la flor tan rara de la resolución, abandonando bruscamente el parque, se dirigió a su cuarto, donde su lámpara, que le esperaba velada a medias, inundada de esplendores nocturnos, parecía la antorcha de una vigilia fúnebre. Después de descolgar de la pared su espada, sus pistolas y su fiel carabina, después de recoger una miniatura de su madre que cubrió de besos y puso sobre su corazón, escribió deprisa unas palabras que dejó sobre la mesa, se envolvió en su capa y salió enseguida con precaución extremada. Al llegar al cuadro de césped, junto al cenotafio de Patrick, puso la rodilla en tierra —la empuñadura de acero de su espada brillaba a su lado sobre la hierba como una luciérnaga— y se apoyó sobre el fuste de su mosquetón. Después de haber mantenido un rato esta piadosa postura, se levantó lleno de entusiasmo y exclamó:

—Decidme, padre mío, ¿verdad que hago bien? ¿Verdad que éste es vuestro consejo? ¡No sería, si no, un cobarde, indigno de las entrañas de mi madre… No, no será, no puede ser… ¿No es cierto, cenizas de mi padre? ¿No es cierto?

Nunca, padre mío, se ha ofrecido a mi mente una idea con mayores encantos. Esa idea vuelve una y otra vez a mi mente, cada vez más joven y más seductora… Rosa, amorosa, fresca, me aborda coronada de pámpanos y flores, me estrecha voluptuosamente la mano y me dice: ¡Valor! ¡Adelante, adelante!… En el fondo de esta acción, encontrarás un contento inefable, una satisfacción, una estima de ti mismo que nada en el mundo te aportaría. ¡Adelante! ¡Bien, bien, sombra de mi padre! ¡Bien, bien, ánimo mío, más calma! Sé y comprendo mi deber, y conseguiré cumplirlo… ¡Qué cosa tan extraña es el mundo! Hace unas horas, si me hubiesen hablado de ese hombre, habría escuchado con benevolencia; si me hubiese cruzado con él, le habría presentado mis respetos; ¡cuántas veces no ocurre lo mismo en la vida, que la víctima estreche afectuosamente el brazo que forjó su desgracia! ¡Que el oprimido y el opresor, desconociéndose entre sí, se den el beso de la paz; que el desdichado incline la cabeza ante el autor de su abyección; que el pobre llore a la portezuela de la carroza donde se hace llevar triunfalmente el hijo de los que despojaron a sus antepasados!… Pero, a mí, padre mío, bendito sea el cielo, todo me ha sido revelado. No formaré parte de ese número, remontaré a la fuente de mi mal, y la secaré… ¡Qué cosa tan extraña es el odio! Hincha tanto el corazón que a la tierra, tan vasta para los que se aman, le falta espacio suficiente para contener dos corazones llenos de ese veneno…

Al terminar esta oscura invocación a los manes de su padre, Venganza, que vacilaba, apoyó su frente ardiente en el mármol y lleno de ardor puso sus labios sobre el escudete velado, tallado en la tapa del sepulcro. Como el amante que ha arrojado su brazo alrededor del cuello de su amada, no podía separarse de aquella fría piedra.

Finalmente, después de un largo rodeo llegó a las cuadras; ensilló en un abrir y cerrar de ojos su palafrén, y con pasos quedos, sin ruido, se adentró por una avenida de sicomoros muy oscura, en cuyo extremo había una puertecilla que daba a unas tierras sembradas.

Tras salvar esa barrera de un salto, picó espuelas y hendiendo el espacio con la velocidad de Wilhelm llevándose a Leonora[145], no tardó en desaparecer a lo lejos, entre las masas de sombra, en la llanura.

XXII

Cuando Venganza entró en París, el día sucedía de repente a la noche, como se ve en el teatro; y de las bambalinas empezaban a salir los personajes: Crispín y Sbrigani, Oronte y Mascarilla, Crísalo y Lucinda, Dandín y Dorina, Sganarelle y Scapín[146]; cada uno poniendo el pie en escena para hacer su papel. Venganza, como una flecha disparada, atravesó todo ese tropel de actores vigilantes. Arrastrado por el pensamiento que se había apoderado enérgicamente de su corazón, se lanzaba hacia adelante. Dentro de sí había una necesidad imperiosa que exigía ser obedecida. Pero ¿en qué valle apartado, en qué brusco barranco, bajo qué espesa sombra, bajo qué manto de hierbas verdes yacía la fuente envenenada y mortal donde el ciervo sediento debía tratar de apagar su sed?… Como un hombre al que sobresalta un ruido mientras duerme y que, espada en mano, avanza y tantea para matar en las tinieblas, Venganza avanzaba ciegamente con el arcabuz al puño. La cólera estaba preparada, pero ¡no tenía víctima! La hoja se agitaba en la vaina, impaciente por hacer una herida; pero ¿dónde latía el pecho execrado? ¿Se ofrecería alguna vez a sus golpes?

La pasión sabe ir hacia su objetivo sin ser informada y sin necesidad de guía. Es capaz de encontrar un anillo caído en el océano. Los excrementos de la bestia desemboscada que persigue nunca se borran para ella. Con ella no hay madriguera segura para la liebre, ni camada para el jabalí, ni cubil para el león…

En el barrio de los señores mosqueteros del rey, el ayudante de servicio respondió a Venganza que el señor de Villepastour se había retirado con el advenimiento del nuevo reinado; pero que si deseaba llegar hasta él, lo encontraría en su palacete, en la calle de la Université. Y en el palacete de la calle de la Université, el portero respondió que el señor marqués se había ido a pasar la temporada en su castillo de Colombes.

Hasta ese momento, Venganza había ignorado si corría tras una sombra vana, si no perseguía un animal muerto, un zorro cuya piel estaba ya en la tienda del peletero: por eso, cuando alcanzó la certeza de que tendría enemigo, cuando tuvo en la mano el hilo que con toda seguridad debía llevarlo a su guarida, en el fondo de su alma empezó a esbozarse un inicio de satisfacción. Su ánimo se calmó un

poco y su precipitación se contuvo; porque iba como un loco. Tranquilizado, como si tuviese por delante una tarea sin peligro, no se marchó de París sino después de dar descanso a su montura y haberse concedido a sí mismo unas cuantas horas de buen sueño.

Las flechas del fuego del mediodía caían del carcaj abrasado del sol, sólo los grillos llenaban con su canto el aire silencioso de los campos, cuando Venganza alcanzaba el oscuro cenador de verdor que, avanzando en la llanura como una escollera en el mar, como una culebrina fuera de la muralla, llevaba al castillo de Colombes; viejo castillo, feudal en su origen y luego estilo Luis XV; casco de piedra pintado, encintado y lleno de flores.

A la entrada de la avenida, la liza de madera, de color verde claro o verde manzana, estaba abierta; al fondo de la avenida también estaba abierta la verja. Venganza avanzó por ella sin vacilar; y cuando se acercaba bajo las ventanas, vio en los jardines, descendiendo los escalones de una terraza, a una dama con galante y rico atavío. Con una mano recogía un faldón de su vestido, con la otra se abanicaba con gracia. Echaba hacia atrás la cabeza con majestad, se balanceaba como una rosa que el céfiro agita, y lanzaba con elegancia, como un remo, su pie que levantaba las ondas transparentes de su falda, su piececito, apenas un bizcocho, cautivo en una zapatilla de seda amarilla, entrecortada por zonas rayadas más oscuras, y que, arrancando de la cima de un alto talón y con la punta hacia abajo, remataba una pierna divina con una suave caída. Una acompañante, deliciosa doncella, la seguía oliendo una rama de romero y llevando replegada en su brazo la cola desmesurada de su ama.

A la vista de aquella gran dama inesperada, Venganza cambió de intenciones y lleno de orgullo cabalgó hasta acercarse a la terraza. Echando entonces pie a tierra, y llevando a su animal de la brida, se mostró al descubierto y, saludando varias veces con su sombrero, como buen gentilhombre, con suprema cortesía, preguntó por el señor marqués de Gave de Villepastour a la deliciosa dama, que le respondió de forma suave y con voz azucarada:

—Mi marido, señor, está en este momento en el parque. Si quiere tomar esa avenida de ahí enfrente, lo encontraréis.

Venganza hizo una reverencia en señal de agradecimiento. Durante toda esta breve entrevista, mientras hablaban o se habían hecho sus reverencias, tenían los ojos clavados el uno en el otro, y sus miradas se habían buscado; por ambas partes se había producido un impulso de admiración inopinada. Se hubiera dicho que el diosecillo Cupido, ese pequeño arquero malicioso, había herido

inmediatamente a ambos con la misma saeta. Venganza, como sabéis, era la encarnación misma del bello joven de la antigüedad. La marquesa, de estatura elevada, mujer de treinta años muy joven todavía, también era hermosa. Una cabeza noble y soberbia, como las que se ven en las medallas de Siracusa; un cuello de una curvatura imaginaria, animada y flexible, con un dulce balanceo; un pecho como para provocar los celos de Juno, y dos admirables arranques de los senos, porque lo demás estaba oculto; prestancia, una apariencia rara, una abundancia majestuosa de atavío; ¡reina y diosa por mitad! ¿Cómo podía escapar Venganza a tanto prestigio hecho a su medida? ¿Qué derviche, incluso, hubiera podido escapar?… Roto por fin el encanto que lo ataba y retenía aún tras la respuesta recibida, volvió a subir con agilidad a su impaciente palafrén, y se adentró a rienda suelta en el parque por la avenida indicada.

—Celimena —dijo entonces la marquesa a su doncella—, ¿no te parece que ese joven es un muchacho magnífico? ¡Qué porte! ¡Qué gracia! ¡Qué rostro!… ¡Me ha dejado totalmente alterada!

La doncella hizo con los labios un pequeño ruido burlón, y respondió tras un silencio más burlón todavía:

—Con el corazón en la mano, señora, os aseguro que me parece un pastor delicioso. Tan delicioso que, si se dignase ofrecerme nidos de tórtola y adornar con flores mi cayado, de buena gana le dejaría ofrecerme y adornarme todo lo que quisiera.

—Celimena, qué terrenal sois. No podéis ver nada sin pensar inmediatamente en la cama. A mí no me gusta esa clase de espíritu grosero. Mas venid, sigamos a ese querubín al parque. Necesito volver a ver a ese hermoso ángel.

—Si quiere, ese bello amor verá muchas derrotas.

En el recodo de una pequeña alameda Venganza encontró al señor marqués de Gave de Villepastour que, espada en mano, perseguía a una mariposa de rico colorido que huía asustada, revoloteaba y se posaba de rama en rama. A unos pocos pasos, un criado llevaba, atado a una cadena de plata, un mono con traje de terciopelo, que portaba, colgada del cuello, una cestita de higos que devoraba.

—¿El señor marqués, por favor? —gritó entonces Venganza frenando bruscamente su carrera.

—Yo soy, señor, ¿qué queréis de mí?

Raudo como el rayo, tras saltar del caballo y tirar a un lado su capa, Venganza desenvainó su espada. Luego, con los ojos encendidos, se dirigió

derecho hacia él.

—Marqués, lo que quiero —continuó con energía—, lo que quiero, infame, es tu vida. Defiéndete. Vengo de parte de mi padre y de mi madre.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir, miserable, mírame bien, que soy el hijo de Patrick, y que Déborah es mi madre; y que vengo a exigir el pago de los ultrajes que mi madre sufrió, y el precio de la sangre de mi padre al que tú asesinaste.

—Decididamente es una manía de familia, mi valiente joven, querer que Patrick haya muerto y que yo lo haya matado —dijo entonces el marqués en un tono tranquilo y divertido; luego continuó con indiferencia, estrujando con los dedos los pliegues de un encaje—: ¡Conque vos sois, querido, el hijo de la señora Déborah! Palabra que era una persona encantadora y adorable… ¿Cómo está?… ¡Oh, me acuerdo perfectamente! Os parecéis a ella; sin embargo, os parecéis más todavía a vuestro señor padre. Por eso me decía hace un momento al veros: ¡Es sorprendente! ¿Conozco a este muchacho?

—En guardia, os repito, señor. ¡Defiéndete, miserable!…

—¡Alto ahí, más despacio, muchacho, sois muy colérico! ¿Qué mosca os ha picado? Venid conmigo a la casa, ¿quién sabe?, tal vez tenga muchas cosas que deciros: hablaremos tranquilamente.

—¿Estás de burla, infame? ¡Defiéndete, o eres hombre muerto!

—¡Muerto! No… Poco a poco. No tan deprisa…

—¡Oh padre mío! ¿No he de acabar con este cobarde?

Venganza golpeaba la tierra con el pie, se daba palmadas en la frente y blandía la espada de una forma terrible.

—¿No sabíais, pisaverde imbécil, que no se puede insultar a un niño ni a una mujer? Porque la mujer se convierte en madre, y el niño en hombre. ¡En guardia! Te lo repito una vez más, ¡en guardia!

—Mi pobre aprendiz, estás realmente loco; ¿buscáis acaso la muerte, querido? ¿No lo habéis pensado? ¿Queréis forzarme a que os haga daño?

—¡Morir! ¡Yo! No, señor marqués, no creo nada. Menos ternura, por favor. ¿No veis que, en esto, la justicia y Dios están conmigo?

—¿Dios?… Muchacho, eso le haría reír mucho al señor de Holbach[147]. ¡Sois realmente delicioso!

Cuando Venganza se precipitaba sobre él, y ya no era posible ningún tipo de contemporización, el señor de Villepastour, volviéndose hacia su criado, le dijo

entonces en tono resignado:

—Ya lo ves, Jasmin, el señor me obliga.

Cruzaron las espadas, Venganza atacaba como un león. El viejo hombre de armas se contentó al principio con parar elegantemente; pero, poco a poco, animado por el ardor y la audacia de su implacable adversario, fue tomando parte más activa en aquel terrible juego y se volvió también terrible.

Estaban en eso, tan pronto retrocediendo como lanzándose a fondo con estrépito cuando, de pronto, apareció la enamorada marquesa en el recodo de la alameda y, gritando gracia, fue a arrojarse entre los combatientes, tratando de cubrir a Venganza con su protección; eso le perdió.

Un brusco ataque lanzado demasiado brutalmente por el señor marqués, y que Venganza no pudo frenar, se abrió paso bajo el acero de su enemigo, le clavó en el pecho el abanico de marfil de la marquesa con que ella trataba de escudarle, le atravesó el corazón y se adentró por debajo del brazo hasta la guarda.

Venganza retrocedió un paso, lanzó una larga mirada a la marquesa y diciendo: ¡Madre mía!, cayó muerto.

—¡Bárbaro! ¡Habéis matado a este hermoso niño!… —exclamó entonces la señora de Villepastour con un gesto de espanto, un gesto horrible y dejándose caer sobre el pecho de Venganza, que ya inundaba la sangre.

—Jasmin —dijo entonces el señor marqués, sin muestra alguna de alteración ni turbación—, tengo la mano mejor de lo que pensaba.

La señora de Villepastour fue separada del cuerpo de Venganza, al que tenía abrazado mientras derramaba abundantes lágrimas, y llevada al castillo por Celimena, donde las atenciones más tiernas no podían devolverle la paz, mientras, Jasmin, ayudado por el señor de Villepastour, guiaba el caballo de Venganza hasta la espesura de un bosquecillo; lo ató allí, ocultó bajo un matorral al joven muerto y con el pie echó arena sobre el charco de sangre derramada.

—Esto, Jasmin, sólo es provisional… La campana nos está llamando, vamos. Volveremos esta noche, cuando hayamos decidido qué hacer de este botín.

En efecto, por la noche, el señor marqués y Jasmin reaparecieron. Después de sacar del bosquecillo el caballo, cargaron sobre la silla el cadáver y luego, después de haberlo atado con buenas cuerdas, condujeron fuera del parque, por una puerta por así decir secreta, aquella lúgubre comitiva. Una vez allí, después de haber golpeado cada uno con una piedra los flancos del caballo, el animal, que relinchaba por el olor de la sangre, se encabritó y huyó, espantado.

Viendo partir aquella triste cabalgata, el señor de Villepastour no pudo reprimir un impulso de pena.

—¡Pobre muchacho! —dijo—. Después de todo, era guapo y valeroso, Jasmin. ¿No es verdad que era un joven valiente?

—Valiente o no, volvamos, señor marqués, y deseémosle buen viaje. Buena suerte, muchacho. Por lo menos, querido amo, viajando a lomos de mula, ése no ha de temer que le roben la bolsa o la vida.

—¿Conoces, Jasmin, la historia de Mazeppa[148]?

—No, señor.

—Lo que acabamos de hacer me hace pensar en ella; ya te la contaré.

Por el fondo de la llanura el caballo ya no parecía más que un cuervo revoloteando sobre la cresta de un surco. Amo y criado regresaron al recinto del castillo: la aventura había salido bien; estaban satisfechos.

XXIII

Cuando cogí la pluma para escribir este libro, tenía la mente llena de dudas, llena de negaciones, llena de errores; quería entronizar una mentira, ¡un rey falso! Así como el pueblo, sujeto a la demencia, pone a veces la diadema imperial en una frente ridícula y que más bien debería flordelisar el hierro al rojo del verdugo, yo pretendía ceñir con la banda sagrada una idea culpable, ponerle un vestido de púrpura, derramar sobre su cabeza los santos óleos, colocarla sobre el pavés o sobre el altar, proclamarla César o Júpiter, y presentarla a la adoración de la muchedumbre que tiene menos necesidad de pan que de falsos dioses, que de falsos reyes, que de falsas ideas, que de fantasmas. Pero no sé por qué misteriosa operación, en el camino se ha hecho la luz para mí. La escarcha que cubría mi vidriera y la volvía opaca como una espesa gasa se ha fundido bajo los rayos venidos de lo alto, y ha permitido que una luz más bella llegue hasta mí. Donde el agua estaba cenagosa, he hallado una corriente límpida. Atravesando los juncos, me he zambullido en un lecho de la arena más pura, surcada por la sombra fugitiva de los peces plateados que pasan entre dos ondas como una flecha, como una barca que ha desplegado todas sus velas, como una naveta que corriese sin tregua de la mano derecha a la mano izquierda, de la mano izquierda a la mano derecha de Neptuno. La bruma se ha desgarrado, y a mis ojos se ha ofrecido la cima de los montes, semejante a una armadura gigantesca dorada por las llamas del sol, en el fondo de la grieta abierta en la bruma. A través de ese vapor de agua hirviente, mi mirada ha filtrado, y la ciudad asentada en la colina y el bosque abierto en la llanura que ese vapor ocultaba se me han aparecido por fin en toda su belleza.

¡Sí, hay un Destino!

¡Sí, hay una Providencia para la Humanidad y para el hombre!

¡No, los malvados no triunfan sobre la tierra! No, sobre la tierra cada cual recibe el salario de sus obras.

No, no se necesita una segunda vida para enmendar los errores de la primera, para otorgar al justo su parte y rehacer la parte del malvado. ¡En este mundo nada permanece impune!

¡No, no hay desorden en el gobierno del mundo!

¡No, los buenos no pagan por los malos, la virtud por el vicio!

No, no hay hombres que sean entregados como presa a los hombres sin que Dios intervenga.

Los buenos que sufren sólo son buenos en apariencia, o en caso de que sean realmente buenos, lo mismo que el hijo del malo puede ser justo, es que expían los pecados de su raza.

¡Sí, creo en la expiación!

¡No, el destino fatal del origen no es una atrocidad, sino una ley sublime!

¡Dios es un Dios vengador!

Su venganza es a veces invisible, a menudo larga y tardía, ¡pero es segura! Dios tiene ante sí el espacio; nada le presiona, nada le obliga a castigar al prevaricador en su persona antes que en la posteridad que debe salir de su costado.

Nosotros que no somos más que de un día, si la venganza no está en la punta de nuestra corta y frágil espada, ¡se nos escapa! ¡Pero nada escapa a la espada eterna de Dios!

Admito que esta opinión es una opinión terrible. ¡Sea! ¡Mejor! ¡Que vaya en busca del crimen feliz al baño de sus pretendidas delicias, que le agujeree el pecho con su barrena de acero, que se meta en él y le seque el corazón!…

La verdad es un arbolillo inflexible que ninguna fuerza en el mundo puede doblegar, y del que nada podría hacer un arco. ¡Es una roca que cae sobre aquel que la desplaza!

A lo largo de este libro me he esforzado por hacer florecer el vicio, por hacer prevalecer la disipación sobre la virtud; he coronado de rosas la podredumbre; he perfumado de nardos la cobardía; he derramado la dicha a manos llenas en el seno de la infamia; he puesto el firmamento en el barro; he puesto el barro en el cielo; ni uno solo de mis valientes héroes que no sea una víctima; por todas partes he mostrado el mal opresor y el bien oprimido… ¡Y todo esto, todos estos destinos crueles amontonados no han llevado, tras tantos esfuerzas, sino a desmentirme!

Lord Cockermouth, un corazón malvado, hijo acaso de un corazón más condenable todavía, ¿no expía sus errores por sí mismo y por su raza? Es castigado en su propia cabeza. Es castigado en su compañera. Es castigado en su hija. Su fortuna se destruye y, vivo, asiste a la ruina de su casa. El brazo de Dios lo persigue hasta en su descendencia, y sólo se detiene después de haber borrado todo.

Lady Cockermouth, la pobre tortolita acoplada con un buey, era un alma recta; pero hubo de pagar por su padre, un comerciante advenedizo. Señores, ¿triunfa el hombre honrado?

En cuanto a Déborah, no era la última razón de una raza doblemente maldita, y que acaba de verse apagar en la persona de Venganza, su hijo, un niño salido de dos cepas condenadas; porque Patrick, al que vemos tumbado sobre el potro de tortura más duro, procede de una antigua familia degradada tras unas revueltas populares durante las que esta familia sediciosa se había templado sin duda en más de una fechoría.

En cuanto a Fitz-Harris, si en su contra sólo hubiese tenido la traición a su amigo, a su hermano Patrick —la traición es el mayor crimen a ojos de Dios—, no hubiese recibido más que su salario.

¡Oh vosotros, a quienes mi sofisma halagaba, acunaba, acariciaba y consolaba!… Vosotros que tan locamente os habéis regocijado viéndome llevar en un carro triunfal la corrupción, que con alegría habéis podido ver sufrir lo que es honesto, porque todo cuanto es honesto sufre en mi libro, y que por un instante habéis podido creer conmigo en el destino ciego, ¡en la impunidad!, pisotead esa dulce mentira; ¡ocultad vuestra cara horrible en vuestras manos culpables! ¡Temblad, sí, temblad! Porque se acerca la hora en que todos estos infortunios que he cantado y montañas de otros más van a hacer inclinarse la balanza de la cólera de Dios. Porque en esta hora Dios atiza un castigo como el herrero el fuego de su forja, porque va a sonar la hora de una expiación inmensa sobre un timbre funeral, espantoso y horrible… porque Dios y el pueblo, esos dos formidables obreros, van a ponerse a la tarea… ¡y, como ellos, su tarea será terrible!

¡La monarquía tendrá que dar cuenta largamente ante Dios de sus orgías! ¡Y sus secuaces! ¡El pueblo los retorcerá entre sus poderosas manos como un harapo!

No hay ni una queja secreta, ni una lágrima en la sombra, ni un suspiro ahogado, ni una gota de sangre que Dios no recoja, y no pese, ¡y no vengue! Son otros tantos granos de pólvora que se amasan bajo el proyectil y que hacen el disparo tanto más fuerte, tanto más temible el día de la explosión. De ahí viene, de esas causas ínfimas y parciales, la conmoción de los imperios.

En el día de esas conmociones, con su propia maza mata Dios a Hércules. Entonces divide las naciones en dos partes: en una pone un toisón, en la otra unas fauces: y hace que esas dos partes luchen una contra otra hasta que la parre

de las fauces haya devorado a la parte que sólo tiene el toisón.

Cuando la expiación se ha cumplido por fin, y Dios no necesita ya de su herramienta, ¡la rompe!

Luego, Dios se servirá del pueblo; pero cuando esa herramienta se haya mellado en su mano y esté teñida de sangre, ¡también la arrojará lejos de sí!

Enviará entonces un hombre salido de no se sabe dónde[149], que lavará la sangre con sangre, que a medida que las madres den a luz cogerá a sus hijos y los aplastará sobre la piedra. ¡Luego, esa herramienta también será rota! Entonces reaparecerán las últimas sombras de una raza que debe desaparecer de la tierra. Pero Dios, para acabar el holocausto, nuevamente escogerá una herramienta en la propia casa de esa raza, y hará reinar sobre el pueblo, hasta que haya expiado sus nuevas fechorías y su nueva traición, esa última herramienta; un hombre de manos ganchudas llevando por cetro una pinza[150]; un gigantesco cangrejo marino; ¡una langosta sin gota de sangre en las venas, pero con un caparazón color de sangre derramada!

XXIV

Cuando el vaso de la cólera de Dios está colmado, basta una lágrima de mujer para que el vaso se desborde.

El rey don Rodrigo[151] forzó a Florinda, ¡y perdió España!

Faraón forzó a Déborah, ¡y perdió Francia!

Dios nunca decide eliminar un imperio por una falta aislada, sino que la hora de descargar el hacha sobre una nación llega cuando ésta ha alcanzado ese punto de ignominia, cuando tiene por amo a un hombre que practica el crimen o lo organiza.

Florinda llamó a su padre, y cuando su grito de venganza encontró un eco horrible en el corazón del conde Julián, éste, enloquecido por una preocupación feroz por su honor, llamó a los moros, y traidoramente les entregó al jefe de su patria.

Pero Déborah, más prudente que Florinda, la Cava, como la llamaron los mismos moros, es decir la Malvada, como hemos visto se remitió simplemente al pueblo y a Dios. Los filósofos ya habían aparecido, y el pueblo bebía con avidez el veneno que destilaban; Francia, sentada entonces sobre sus cuartos traseros como una bestia voraz, ya hurgaba con el morro en sus propias entrañas y se masticaba su propio corazón.

Así acabó en Francia, así acabó en España, la dominación de los reyes Codos.

¡Ay! En la época funesta en que nuestro esquife atraca, como el rey don Rodrigo después de la batalla, expulsada de su tienda real, sola y lamentable, tan abatida que había perdido el sentimiento, moribunda de hambre y de sed, tan teñida de sangre que parecía un brasero, llevando unas armas abolladas, rotas, antaño de pedrerías, una espada convertida en sierra bajo los golpes recibidos, un casco roto, hundido en su cabeza, la cara cubierta de polvo, imagen de su fortuna caída en polvo, sobre su caballo Orelia[152], agobiado, respirando apenas, besando a veces la tierra, la Monarquía vagaba por los campos de Jerez —¡nueva y llorante Gelboé[153]!— escapaba con tristes espectáculos ante los ojos, con el miedo en el oído y un gran fragor de guerra confuso; con miedo a todo, temiendo

todo, sin saber qué hacer con su mirada: si los alzaba al cielo, el cielo respiraba cólera; si los bajaba a la tierra, la tierra ya no era suya, estaba pisoteada, estaba enajenada; si los volvía hacia su interior, hacia sus recuerdos, hacia su alma, encontraba un campo de batalla más grande todavía.

Don la cabeza hinchada por la pena que soportaba, como el rey don Rodrigo, también subió, cuando acababa el día, a la cima de la colina; y desde allí, buscando a sus gentes derrotadas, sus banderas, sus estandartes caídos y que la tierra cubría, sus capitanes desaparecidos, su campo empañado de sangre que corría en riachuelos, triste al ver aquel desastre, presa de su profundo dolor, con los ojos bañados en lágrimas, exclamó como él: «Ayer era reina de un reino, hoy no lo soy de una villa; ayer villas y castillos, hoy ninguna poesía; ayer tenía criados, y gente que me servía; hoy no tengo una almena que pueda decir que es mía».

¡Oh desdichada! Si lo hubieses hecho en otro tiempo, si hubieses huido de tus deseos al paso con que ahora marchas, si ante los asaltos de la pasión no hubieses demostrado una cobardía indigna de un godo, y más todavía de una reina que gobierna, Francia gozaría de su gloria y de ese formidable poder que yace sobre el suelo y cambia el color de la hierba… Malditos sean el instante y la hora en que mi destino me trajo al mundo… Pechos que me disteis de mamar, ¿por qué no me disteis el sepulcro?… ¡Oh enemigos míos! ¡Oh vosotros, vengadores de los que Dios se sirve! ¡Matadme a golpes de puñal y haréis bien!… Pero el traidor es un cobarde, nunca hace una buena acción.

Luego, cuando su caballo Orelia cayó muerto entre sus piernas, ella hizo lo mismo que el rey don Rodrigo, en espera de que se disipasen las tinieblas, haciendo una almohada de sus arzones y diciendo; *Adiós, España, que el bárbaro señorea!…* Adiós, Francia, que la barbarie señorea!…

Junto a su querido Orelia esperó así la luz enemiga.

Luego, como al rey don Rodrigo, que se encerró vivo en la tumba, la culebra del remordimiento la devoró, y en el exceso de sus tormentos —su corazón proporcionaba agua a sus ojos, que lloraban, sus ojos a su boca, que bebía sus lágrimas—, como él, también ella gritó: «¡Muérdeme, culebra! ¡Acaba conmigo! ¡Descúbreme la cara de la muerte!… ¡Ay, mi deshonra será eterna, la fama me tendrá por mala, como tiene a otros por buenos! ¡Ojalá la fama, la memoria y el mundo pudiesen enmudecer! ¡Ojalá queden ciegos los cronistas, para que esto no se escriba… ¡Oh, si mi vida se acabase! ¡Oh, si viniese la muerte!… ¡Pero creo que soy tan mala que ni la misma muerte me quiere! ¡Mi aliento sin embargo ya

se debilita, mis dientes sin embargo ya se cierran! ¡Y mi lengua inerte y colgante lanza su punta!… ¡Muérdeme, culebra, acaba conmigo!… ¡Muéstrame la cara de la muerte!…»

XXV

El doloroso final de Fitz-Harris en el sumidero, después de veintiún meses de lucha con la muerte, después de una agonía desgarradora y tenaz; la pérdida de aquel hermano de infortunio, de aquel compañero de infancia y de miseria, y por añadidura la ineficacia de la promesa formal del señor de Malesherbes, promesa que pareció haber venido a encender la pálida llama de su esperanza sólo para dar ocasión al señor caballero de Rougemont a soplársela ante sus mismas narices con su insolencia y su crueldad habituales; la prolongación de su cautiverio, que decididamente no ofrecía más que el espejismo de una llanura árida y mortal, sin horizonte ni límites; todo aquello, todas aquellas amarguras, todas aquellas odiosas intrigas, todas aquellas aflicciones profundas habían terminado, como hemos visto, por socavar la razón de Patrick, que hasta entonces se había mantenido constantemente elevada, noble y orgullosa, que hasta entonces no había oscilado un solo instante, como un mástil robusto, en medio de las tormentas y de los siniestros más sombríos.

El traslado del Torreón a la Bastilla sirvió de puntilla. Fue un choque, un desengaño terrible para el alma de Patrick, que, ingenuamente, todavía alentaba la esperanza de una liberación (el alma del desdichado estaba tan dispuesta como el halcón a lanzarse sobre el señuelo más burdo); cuando, en lugar de la libertad que acababan de prometerle, se vio directamente en un recinto amurallado y bajo la bóveda de una nueva fosa.

Los nueve últimos años de su estancia en el Torreón, Patrick los había pasado en el estado de ánimo más abúlico y sombrío, abismado en Dios y abismado en la oración. Esta devoción extremada aumentó más todavía. Patrick rompió entonces totalmente cualquier trato con los hombres. Sordo a toda pregunta, no hacía ninguna, se prohibía con todo rigor hablar, sólo conversaba con el cielo. De rodillas o acurrucado, hecho un ovillo para así hablar de su Cristo, permanecía constantemente en la triste inmovilidad de un lirón abotargado. Le obligaban a salir de su mazmorra para ir a respirar el aire libre en las terrazas de las torres, pero él se sentaba tristemente en el fuste de un cañón y no lo dejaba. A veces, después de seguir largo tiempo con los ojos una paloma torcaz que volaba libremente en la altura, su corazón se encogía y se afectaba

hasta derramar lágrimas. Había entonces en su corazón una necesidad tan real y tan imperiosa de aislamiento y de misterio que ni siquiera se dirigía a Dios, como si hubiese olvidado por completo que se hablaba a su alrededor, salvo en el idioma de su madre y desdichada patria. «O thiarna —repetía a menudo prosternándose de bruces—, dean trocaire ormsa morpheacach[154]!»

Verdad es que Patrick había recibido del cielo un alma fuerte, una inteligencia sólida; pero le habían colmado tantos dolores, le habían agotado tantos sufrimientos… ¡Ay!, quién de nosotros no hubiese sucumbido como él bajo la carga de semejante pena, y el horror de una cárcel eterna… ¡Se me hiela la sangre en las venas sólo de pensar que Patrick tenía veinticinco años diez meses y once días cuando fue arrancado del mundo, de la libertad, de su amada, que a esa edad fue cargado de grilletes y que habitaba la sombra mortal de las mazmorras!

¡Pobre mártir!

Pero mientras Patrick se apagaba en medio de esa calma y mientras un silencio sepulcral reinaba en el fondo de su prisión, fuera se elevaban grandes rumores. Toda una nación se agitaba como un ejército; todo un pueblo hablaba y se embriagaba con el ruido de sus propias palabras; y en su embriaguez y en su embrutecimiento, aquel rebaño de esclavos gritaba: «¡Nuestros pastores son velludos como nosotros! ¡A por las tijeras! ¡Esquilemos un poco a nuestros pastores!»

Paciencia, dentro de unos días… Y cuando bajemos nuestro cubo al pozo, volverá a subir lleno de sangre. Y cuando busquemos una piedra para reposar nuestra frente, o a nuestro viejo padre para guiarlo en las tinieblas, nuestra mano no encontrará en todas partes otra cosa que pechos abiertos y cabezas cortadas.

XXVI

¡La hora del castigo se acercaba!

¡Oh, gracia, hermanos míos, creed en la expiación! ¡Creed en un Dios que castiga en este mundo! Sin esa creencia, nada tiene su razón, nada tiene su ley. El mundo no es más que un saqueo eterno, la Humanidad una voltereta odiosa e inextricable, la sociedad un sitio peligroso, y la tierra una cómplice cobarde.

Sin esa creencia, todo resulta oscuro, secreto, tenebroso, vergonzoso, lamentable. Esta vida no es más que un enigma sin clave, un logogrifo defectuoso, una charada ridícula e imposible. Todo reviste una imagen grotesca y absurda, desde las cosas más ínfimas hasta las mayores, desde la adversidad solitaria del ciudadano a la caída resonante de los imperios.

Sin esa creencia en la expiación que nos pone en la mano la llave de todos los arcanos, se llega insensiblemente a las deducciones más bufonescas, a las inducciones más ridículas, a las locuras más inimaginables; se llega, por ejemplo, como cierto espíritu de estos tiempos que casi pasaría por atento, como el señor Thiers, en una palabra, a asignar por causa inmediata y por origen de uno de los mayores acontecimientos humanos, me refiero a la Revolución francesa, una especie de pésimo retruécano hecho en el aire por un pequeño consejero del Parlamento, un cizañero, un charlatán, un hidalgüelo cuyo nombre no tenía siquiera ni ortografía, el señor d'Espré… o d'Epréménil[155], un miserable charlatán, digo, una lepra, una llaga, porque el charlatán es el peor de los azotes, un histrión disfrazado de golilla, un polichinela que, en las cuadras del rey, hubiese merecido recibir el látigo en su c… desnudo bajo su toga.

Yo no soy un personaje, no soy ni grave ni importante, no apunto ni al timón del Estado, ni a la hija de los recaudadores de impuestos, ni a la trompeta de Clío; sólo soy un simple novelista, ¡nada más!, pero confieso que, si alguna vez hubiera sido posible que una chirigota hubiese provocado algún acontecimiento, algún cataclismo, a ningún precio me habría gustado convertirme en su historiador.

Dieciséis volúmenes sobre las consecuencias de un juego de palabras, ¡no, nunca! Sé de sobra lo que me debo a mí mismo.

¡*Yo soy quien soy*[156]!, como diría un castellano.

XXVII

Al final de un antiguo bulevar que en otro tiempo protegía la ciudad, y que poco a poco, rodeado por ella, se ha afeminado en su seno, en el seno de esta reina del mundo, como antaño Hércules a los pies de la reina de Lidia, y que como Hércules se ha dejado despojar por su Ónfale[157] de su maza y de su piel de león; al final de ese viejo bulevar, digo, semejante hoy a una nodriza que canta al sol e hila su rueca, existía un enorme calabozo de piedra, con el que ya hemos trabado conocimiento, horroroso y sombrío, mellado, infecto y decrépito que, con la cara sucia, un aire atolondrado, inmóvil, con unos ojillos turbios, guarnecidos de aros de hierro y que se hubieran dicho traspasados por una barrena, miraba fijamente a su alrededor como un caimán medio podrido en el lodo de un pantano, que humea sus miasmas y olfatea una presa. Aquel vestigio de un tiempo ido, que parecía permanecer de pie como un viejo que se hubiese negado a bajar a la tumba a fin de devorar a su raza… era… Al oír este nombres brotan ante todo en nuestros pensamientos rumores de cadenas y gemidos, luego un ruido de guerra y gritos de triunfo… Era un lugar de odioso recuerdo: ¡era la Bastilla!

Esta guarida, que había prestado ayuda a tantas iniquidades, que se había empapado en tantos crímenes, que había bebido tantas lágrimas y tantos sudores de agonía, era objeto de la execración pública. Aquella hacha eternamente levantada sobre la cabeza del inocente, siempre dispuesta a diezmar, llenaba el corazón de odio y de terror. El pueblo sólo pensaba con espanto en esta cárcel; para él equivalía a la entrada del Ténaro[158]. No se atrevía a bordear aquellos muros sin miedo, como si aquellos muros hubiesen sido apéndices invisibles que atrajesen, que succionasen.

Chivo expiatorio cargado con los errores y los crímenes de sesenta reyes, sobre este monstruo se habían amontonado tantas cóleras y lo perseguían tanto que alcanzaba por fin su hora suprema. Los panfletos exigían a los Estados sus despojos. ¡El pueblo había jurado su perdición!

Hacía ya casi un año que París, que toda Francia incluso, se agitaban en medio de la ansiedad y la turbación. El suelo se movía subterráneamente, se

agrietaba y crujía como la cresta de un monte volcánico ante la llegada de la erupción. El pueblo, impulsado por las sugestiones de una miseria que se pretendía más profunda, por las sugestiones de un hambre ficticia y por otras sugestiones más tenebrosas y más terribles todavía, se volvía cada vez más activo e indócil. Con su cadena rota y su bozal arrancado colgándole del cuello, merodeaba sin descanso noche y día como un dogo escapado, o como un lobo del desierto que busca el lugar de un crimen para revolcarse en la sangre.

Pero lo que acabó de desnaturalizar a ese pueblo fue el miserable espectáculo que se le daba en los Estados de Versalles, donde sus representantes se peleaban y se importunaban como Pasquín y Marforio[159], como dos picaros. Por esta triste exhibición había comprendido enseguida que no tenía por rey más que una viga; que todo rey no es más que una viga desde el momento en que uno se hace carpintero, se coge el compás y el hacha, y, cosa más funesta todavía, que ningún hombre es tan fuerte como un mozo de cuerda.

Los dos bandos se inundaban sin descanso con un flujo de palabras. La corte y el tercer estado parloteaban y se picaban como dos viejas locuaces, como dos porteros, como dos urracas. Todo se iba en discursos. Cosa lamentable, porque eso es precisamente lo que el pueblo más odia.

Por último, tras parecerle sin duda a Dios que su herramienta estaba suficientemente templada y afilada, la empuñó con decisión y la puso a trabajar.

Cuando un pueblo se rebela contra sus divinidades, su primer gesto es romper sus imágenes; su primer gesto cuando se levanta contra sus amos es romper sus símbolos. Y como la Bastilla era el símbolo más manifiesto de una tiranía antigua y aborrecida, el pueblo lógicamente no podía dejar de decirse: Arrasemos este horrible símbolo como borramos las armas de la portezuela de las carrozas, y los escudos esculpidos en la piedra de los palacetes.

Así pues, el 14 de julio, mientras en Versalles se tiroteaban como de costumbre, la aurora prometía un día soberbio, y el pueblo, que ya había ensayado sus fuerzas, que ya había aprendido a mirar cara a cara a la muerte, que ya sabía cómo hundir un puñal, se levantó animoso, miró a su alrededor, se remangó y luego gritó: ¡Ha llegado la hora, porque el cielo nos es propicio! ¡Arriba, compañeros! ¡A las armas!

Y como por su parte no tenía ganas de jugar a las frases, nada más lanzar este grito corrió al palacete de los Inválidos. Allí se apoderó de todos los instrumentos de guerra que se enmohecían, y luego, cuando se vio con una

espada en el puño, la blandió con alegría y cólera, y fue a colocarse en orden de batalla bajo los muros de la Bastilla.

Desde lo alto de esta antigua covacha debía de ser un ejército curioso de ver aquella multitud compuesta por elementos tan diversos; aquella mezcla de hombres de todos los oficios y todas las especies, con los equipamientos más extraños. Unos niños llevaban sables que los superaban en más de un codo de altura; los pasantes de procurador enarbolaban ballestas; unos carreteros hacían sonar, en lugar de látigos, carabinas; abades, mujeres y monjes se ejercitaban con los fusiles; y como la víspera el Guardamuebles había sido saqueado, aquí se veía a un desguazador de barcos con un quijote al brazo; allá, un peluquero perdido bajo el casco de Carlos IX; más lejos un revendedor con la panoplia de Francisco I, o un albañil, lleno de vino y de sudor, con la armadura augusta de Bayardo.

A la vista de aquella extraña saturnal, ¿qué pensador no se hubiese visto dominado por una profunda y sombría ensoñación?

XXVIII

Cuando la muchedumbre, con su honda en la mano, como el joven David, estuvo cierto tiempo en presencia del gigante, fue arrastrada por su ardor habitual; y en medio de su turbulencia, para entrar enseguida en materia, exigió en tono imperioso la rendición inmediata de su enemigo, es decir, la entrega de las armas y de la plaza.

El alcaide era un valiente. Tenía consigo un refuerzo de treinta y dos pequeños suizos[160] que le habían enviado en secreto la noche anterior, sesenta inválidos y cuatro cañoneros[161]. Imagínese cuál pudo ser su respuesta. No ignoraba que en otro tiempo Turena y Condé tenían por infranqueable aquella muralla, y además, como la corte, que había reunido fuerzas considerables a las puertas de París, se prometía hacer en la noche del 15 al 16 una formidable camisada[162], en última instancia sólo se trataba de ganar un poco de tiempo.

El pueblo, que estaba resentido contra las tropas extranjeras y nacionales acampadas insolentemente ante sus narices, y que había barruntado maquinaciones ocultas y el golpe que se preparaba, no estaba dispuesto a prestarse a ninguna vacilación. Contaba las horas. Por eso, cuando estuvo casi seguro de que no conseguiría nada si no era con las uñas, se lanzó al combate. Fue de la calle Saint-Antoine de donde partió el primer ataque.

Cuando la multitud invadió los primeros patios, algunos audaces penetraron en el patio del Gobierno. Pero entonces, puesto contra la pared, recogiendo por fin el guante que le arrojaban, el alcaide mandó levantar de repente el puente levadizo del saliente y respondió con una severa descarga de fusilería. La sangre corre ya a oleadas.

Consternada primero, luego exasperada, la reunión popular aumenta constantemente. Por todas partes aparecen municiones, armas, combatientes. Barrios enteros bajan. Los cañones cogidos del palacio de los Inválidos llegan después de atravesar triunfalmente la ciudad. Dos viejos militares, soldados de marina, soldados de los Guardias y desertores que habían abrazado desde hacía unos días la causa popular se apoderan del mando, controlan el asedio y dirigen las baterías. Se coloca el cañón en el borde del foso; se ataca por los jardines del

Arsenal, se avanza por el patio de las Salpêtres; lo cruzan; llegan directamente frente al puente levadizo del saliente; invaden el cuerpo de guardia y el alojamiento de los inválidos, y prosiguen el combate con rabia.

Ante este fragor de guerra y ante el relato de esta matanza, los charlatanes se estremecen; y, tratando de sustituir esta lucha sangrienta por una guerra de palabras, envían, para parlamentar, una diputación tras otra. Pero, perdidos en el tumulto y la trifulca, estos habladores se desgañitan y agitan sus personajes, pero ni sitiados ni sitiadores se fijan en ellos, y sus palabras se pierden en medio del fragor de la mosquetería. Aquella misma mañana, antes incluso de que se hubiese disparado un solo tiro, un elector del distrito de Saint-Louis-de-la-Culture, el señor Thuriot[163], había ido a solicitar al señor alcaide y a hacer zalamerías sobre las plataformas, *coram populo*.

Los cañoneros fulminaban el puente levadizo cuyas cadenas habían intentado romper inútilmente a golpes de hacha. El alcaide, por su parte, ¿hubiese recurrido a su artillería? No sé, pero lo único seguro es que el cañón atronaba sin descanso, que sacudía la ciudad y el suelo, zumbaba en los aires y arrojaba, cerca y lejos, espanto.

Hacía ya tres horas que habían entablado la lucha y más de trescientos cadáveres mordían el polvo; por todas partes se transportaba a los heridos; pero el pueblo, lejos de entibiarse, aunque aún no viese ninguna salida y todo le prohibiese contar con la victoria, se volvía cada vez más terrible. Emboscados por todas partes, desde las ventanas y desde lo alto de los techos mil tiradores apuntaban tranquilamente; y cuando un asediado se asomaba por las troneras, sobre las torres, caía bajo la lluvia de sus balas. Un ardid de guerra salió a pedir de boca entonces a los de abajo y protegió sus maniobras. Habiendo sido volcados dos carros de forrajes, les prendieron fuego, y el espeso humo que el viento lanzaba sobre la fortaleza cegó completamente al enemigo.

Por último, bajo los esfuerzos del cañón, el puente levadizo del saliente cae, y en medio de los hurras y los gritos de muerte y de cólera, el pueblo se precipita, como un río que ha roto sus diques, en el patio del Gobierno. Allí, a la vista de los cadáveres de las primeras víctimas de la guerra, su rabia aumenta; descarga su furia contra las murallas, incendia los aposentos del alcaide; pero el sol es tan rutilante y el día tiene tanto esplendor que ese incendio, que, en medio de una noche sombría hubiese esparcido tantas llamas, apenas lanza un pálido resplandor.

De pronto una joven se ofrece a todas las miradas. Dicen que se trata de la hija del alcaide; se apoderan de ella; la tienden sobre un lecho de paja, al que prenden fuego, y la amenazan con quemarla viva ante los ojos de su padre si la capitulación se demora. En ese instante, el señor de Monsigny[164], el padre verdadero de aquella pobre niña, se inclina para llamarla e, impulsado por la desesperación, cuando va a precipitarse desde lo alto de las murallas, un tiro de mosquete lo alcanza y cae muerto en el foso; mientras, un valiente que ya había salvado una primera vez a la desdichada joven, la arranca de las manos de sus verdugos, se la lleva, la pone en salvo, y vuelve luego al combate.

El cañón, apuntado de nuevo contra el segundo puente levadizo, disparaba de una forma terrible y lo destrozaba.

Viendo que no podía resistir y que había perdido el puesto que su rey había confiado a su guarda, el desolado alcaide quiso hacer saltar por los aires su ciudadela, y ya acercaba la mecha encendida a veinte barriles de pólvora cuando algunos soldados cobardes[165] le retienen y se oponen a esa terrible proeza.

En esto, la puertecita que se encontraba al final del pequeño puente de servicio, y que daba acceso al interior de la fortaleza, se abre lentamente, pero ¿en nombre de qué orden? No se sabe[166].

Inmediatamente unos cuantos valientes se lanzan por ella. El pueblo se precipita tras ellos, derriba todo lo que se presenta, golpea sin piedad y termina penetrando en el cuerpo del monstruo. De este modo, los cobardes que en silencio habían entreabierto la puerta fueron los primeros en caer, y recibieron en el acto el precio de su vergonzosa traición.

Bajan el gran puente levadizo, la turba se desparrama por el patio interior. Por todas partes se mata, se pisotea en las escaleras, en los corredores, en las torres; se equivocan, se matan entre sí, se degüellan… ¡la carnicería es horrible!

¡Ay!, por experiencia[167] sabemos que, en las guerras civiles, en las guerras de las calles, es menos temible caer bajo los golpes del enemigo que bajo los golpes de los propios compañeros de armas.

En lo alto de la torre de la Comté y de la Bazinière no tardan en aparecer algunos vencedores, que plantan sus banderas en medio de los aplausos de la multitud inmensa que los secunda desde abajo.

Mientras unos echan abajo las puertas, rompen los cerrojos, inspeccionan las mazmorras, recorren temblando todos los lugares desconocidos e impenetrables de aquel horrible laberinto, y buscan cautivos para devolverles la libertad, otros,

engreídos con su victoria, cargados de trofeos y de despojos opimos, se apresuran a ir a anunciar lejos los grandes trabajos de Alcides[168], la gloria, el acontecimiento de la jornada, o rodeando a sus prisioneros de guerra y protegiéndolos del furor común, salen lentamente y forman cortejos.

Pero aquí y allá, a lo largo del trayecto, la mayoría de estos desdichados sucumben bajo los golpes de un populacho feroz. Es horrible de decir, pero siempre, en toda ocasión, hay cobardes, bandidos dispuestos a degollar a las gentes inermes, dispuestos a rematar a los que han sufrido el revés de la fortuna. En los accesos del arco de Saint-Jean, a pesar de los prodigios de valor que hace por salvarle el marqués de Pelleport[169], a quien este valiente había consolado durante un cautiverio de cinco años, el mayor de la plaza es despedazado; y cuando ponía el pie sobre la escalinata del Ayuntamiento, el alcaide se ve atacado traidoramente, y su cuerpo, acribillado a heridas, desgarrado en todas direcciones, es entregado a los ultrajes de una crápula innoble y feroz. Este hombre de pro se defiende durante varios minutos como un león. Jamás hombre tan animoso murió con más coraje. ¡Fue una escena horrible!… Si sólo diez hombres de su complexión se hubiesen comportado como él en la Bastilla, la Bastilla nunca habría sido tomada. Pero eso no entraba en los designios de Dios.

Impulsado por un instinto de curiosidad, por una necesidad de devastación y de venganza, la muchedumbre se precipitaba sin cesar en la Bastilla. Todos querían dar su coz. Todos querían ver delante de sus narices al coco que tanto tiempo había sido objeto del espanto general y el vil criado del despotismo y del verdugo. Se producía una extraña satisfacción pasando libremente bajo unas bóvedas secretas donde nunca hasta entonces había resonado el paso de un hombre libre.

Ni un solo rincón, ni un solo escondrijo, ni un solo tugurio escapaba a la búsqueda, a la avidez de la muchedumbre. Un viejo que, aunque niño entonces, participó en aquel asedio, me contaba hace unos días que todavía recuerda perfectamente una gran sala oval cuya entrada había sido condenada y por la que había sido uno de los primeros en pasar, totalmente cubierta de un artesonado negro, adornado de paneles de pintura representando suplicios, y en cuyos muros, todo alrededor, había grandes garfios de hierro incrustados. De uno de aquellos garfios colgaba de la nuca, según me aseguró, un esqueleto de hombre que había debido de ser colgado vivo. Pero sin duda estaba allí hacía mucho tiempo, porque sobre los huesos no tenía más que algunos jirones de ropa; el

resto, fundido y casi reducido a polvo, había caído sobre las losas, lo mismo que una cruz de caballero de San Luis. ¿Quién había podido ser aquel hombre? ¿Cuál había sido su crimen? ¿Quién ordenó aquella fechoría? Nadie lo sabe. Sólo la mirada de Dios puede seguir a la tiranía en sus últimos e impenetrables repliegues.

Este mismo viejo también me contaba, de una forma muy festiva, que después de entrar el primero, debido a su delgada cabeza, por un agujero o una especie de tronera en la sala de armas, se había apresurado a coger, no una buena carabina, sino, para extrañeza propia, una especie de maza o rompecabezas de hierro. Por la noche, hacia las siete, regresaba con paso belicoso hacia casa de su madre con su instrumento al hombro y, en la esquina de la calle Caumartin, una patrulla de la milicia burguesa topó desgraciadamente con él.

El cabo le pregunta con voz severa de dónde viene, y cómo es que lleva aquella arma.

—Vengo de la Bastilla —responde en tono altivo—; soy uno de los vencedores… Hemos acabado con nuestros tiranos y con el último asilo del despotismo… En cuanto a esta hacha, la he conquistado con mis propias manos, con riesgo de mi vida; es el fruto de nuestro triunfo, y es mi botín.

«Todavía estaba dispuesto a soltarle muchas más cosas —añadió mi viejo— cuando el cabo, cortando en seco mi ditirambo, me quitó mi rompecabezas y, llamándome pequeño vagabundo, me dio un puntapié que, si no llego a volverme, hubiera recibido en el vientre. Ésos fueron —prosiguió— todos los honores cívicos que me otorgaron; ése fue toda la ganancia que saqué de la victoria».

Si todavía viviese, ¿no os parece que Esopo podría escribir un buen apólogo con la pequeña aventura de ese joven patriota?

Pero volvamos a la Bastilla. En la torre del Pozo o de la Libertad, no sé exactamente, se dejaron oír de repente unos gemidos. Prestan atención; parecen salir del fondo de un calabozo. El terror hace presa en todos, y luego da paso a una generosa cólera. Rompen las puertas del calabozo, y, a la luz de una tronera, ven acurrucado, en un rincón, una especie de esqueleto que pide pan.

La agitación que había reinado en la fortaleza había impedido a los carceleros ocuparse de sus presos, y desde la víspera estaban sin comer.

Al verlo, retroceden al principio; luego, a la consternación le suceden las lágrimas. Cogen muy despacio a la pobre víctima y la llevan al patio. Allí, a plena luz, en medio de gritos de terror y de piedad, ven a un ser humano casi

desnudo, de una delgadez horrible, que apenas podía sostenerse sobre sus piernas consumidas, y la cabeza oculta bajo sus largos cabellos blancos. Una barba enorme le baja hasta la mitad del cuerpo. Sobre su pecho, en el que hay numerosos círculos, cuelga un crucifijo de ébano. Las uñas de sus manos y sus pies son más largas que las garras de un animal salvaje. Pero, sin dar la impresión de estar emocionado ni sorprendido por lo que pasa a su alrededor, con la mirada vidriosa y extraviada, el esqueleto permanece inmóvil.

Orgullosa de su conquista, de aquella acusación viviente, el pueblo forma en un momento una especie de pavés con algunos restos de muebles y de árboles arrancados del jardín del alcaide. Colocan sobre él al pobre cautivo; luego, levantado el pavés y llevado en hombros, los vencedores, vestidos por irrisión con las ropas doradas del conde de Sade, armados o cargados de instrumentos desconocidos y raros, que han cogido en la Cámara de las torturas, llevando viejos estandartes o harapos en la punta de sus lanzas, se apiñan alrededor; ebrio de alegría y de orgullo, el grotesco y siniestro convoy se mueve, se pone en marcha, desciende de la Bastilla en medio de aplausos y de clamores, y difunde a su paso el asombro, el espanto y el entusiasmo.

—¿Cuánto hace que estáis prisionero? —le gritan de todas partes al fantasma.

—¿Por qué fuisteis arrestado?

—¿Quién sois? ¿Cuál es vuestro nombre?

Pero Patrick, siempre taciturno e impasible, con la cabeza gacha y hundida bajo su barba y su cabellera, guarda un silencio inexorable.

XXIX

Cuanto más deprisa corría el caballo que llevaba el cuerpo de Venganza, más aumentaba su espanto, y más terrible y extraña se volvía su carrera: la cabeza, abandonada a su peso, caía sobre la grupa y la golpeaba; las piernas, blandas e inertes, que colgaban a derecha e izquierda, e iban y venían como estribos vacíos, golpeaban los flancos; y esto aguijaba sin tregua al pobre animal, como hubiese hecho un domador feroz; con el miedo en las orejas, el espanto en el corazón y el sudor sobre el pelo, saltaba, franqueaba como si fuese un foso, como el barranco de un torrente, largos espacios de tierra sólida; a veces, como una navaja abierta en toda su longitud, y lanzada contra un pecho enemigo, se deslizaba por encima del suelo; otras, lo rozaba como una guadaña. ¡No era ya velocidad, era frenesí!

Líbrate de ese espanto que te enloquece, corcel noble y fiel. ¿No ves que esas tinieblas no son la noche? ¡La noche, esa intermitencia de la fiebre que se llama el día! El peso que llevas, ¿no ves que es tu joven amo, tu compañero de infancia, a quien la muerte ha reducido al estado de fardo estúpido? ¡Ay!, de esa cabeza que se balancea en tus costados, y que tu carrera agita como si estuviese cortada y suspendida del arzón de una silla, no volverá a salir aquella voz animada que te hacía estremecerte como el sonido de la trompeta. Por favor, ¿para qué tanta prisa, corcel noble y fiel? ¿Quién te urge? No alcanzarás sino demasiado pronto el término de esta veloz carrera… ¡No llevas, como el caballo cosaco sobre el que antaño estuvo atado el joven paje del rey de Polonia, un hetmán a Ucrania! ¡No eres ninguna llave que haya de abrir el campo brillante de un futuro! Una barca que atraviesa una costa desolada hacia una costa oriental. No es a Mazeppa a quien llevas, te repito, sino un cadáver. No es hacia un trono hacia lo que corres, sino hacia una tumba. ¡Hacia la tumba!… Insensato de mí, ¿no es ése acaso el trono digno de envidia? ¡Oh, deprisa, deprisa, noble corcel! ¡La corona de amapolas que la muerte pone sobre nuestra cabeza es la corona más dulce, el más dulce reino, es el sueño del sepulcro! ¡Oh, deprisa, deprisa! El reino de la muerte es con toda seguridad el más dulce, porque por él todos dejamos la vida; ¡y entre nosotros nunca vive un tránsfuga de la muerte!…

La oscuridad protegía aquella fuga, pero ningún cuervo fue a volar por

encima del corcel ni a revolotear como una falena alrededor de una antorcha; no había lobos ladrones tras él; ni desierto de arena, ni soledades desoladas, ni estepas de árboles enclenques se descubrieron ante sus pasos. Tras varias verstas[170] de campiña cultivada, de campos unidos, no tardó en alcanzar, quizá casualmente, el bosque de Saint-Germain, desde donde, orientándose como un hábil piloto, se dirigió hacia las alturas de Triel. Escalando entonces con la rapidez de un rebeco la pendiente de la colina y llegando a la llanura, terminó plantándose con gran estrépito ante la verja de la mansión d'Évêquemont.

Allí, con el cuello tendido y la frente echada hacia atrás como un cisne asustado que bate las alas y crotora[171] a la vista de un cernícalo que planea por encima de su nidada, los ollares pegados a los barrotes de la reja, piafando y despellejando con la fuerza de sus patas la tierra, se puso a relinchar, lo mismo que un viajero de noche llama y golpea en la puerta de una hostería. Ante el ruido, los perros de guardia, despertados, se abalanzaron toda la extensión que les permitían sus cadenas y respondieron a los relinchos con ladridos. Fue un estrépito horrible, se hubiera dicho que en las nubes estaba produciéndose una cacería infernal.

Déborah aún velaba a aquella hora. Inclinada tristemente sobre el balcón de su ventana, escuchaba el silencio de la noche con la atención que se presta a una sinfonía. Al más ligero movimiento de las hojas, al más dulce murmullo del viento, se estremecía, pareciéndole todo aquello un presagio de la vuelta de su hijo, que, el muy cruel, tardaba mucho en volver. Lo oía en todos los ruidos y los suspiros nocturnos, oía el galope de su caballo. Tras las confidencias de la víspera, ¿cómo no habían de provocar la desaparición de Venganza y la ausencia de sus armas las más vivas inquietudes, cómo no habían de causarle las más vivas alarmas? La nota que Venganza había escrito y dejado sobre la mesa al marcharse apenas podía servir para tranquilizar a Déborah; porque sólo contenía esta misteriosa frase: «Estad tranquila, madre mía. Volveré». Cuando ciertas preguntas aisladas que Venganza le había hecho surgían en conjunto en su mente, le parecía vislumbrar las cosas, que las cosas se explicaban: entonces su ansiedad alcanzaba sus límites, y ella lloraba; a veces, temblando como un cobarde bajo el hierro de un hacha, caía de rodillas y alzando los brazos al cielo imploraba con voz desgarradora: «Dios mío, —exclamaba—, vos que sois un dios justo, ¡velad por mi hijo! ¡Velad por mi hijo!… ¡Oh, Dios mío! ¡No exijáis de mí un sacrificio demasiado grande!…»

En cuanto oyó los pasos y los relinchos del caballo, sin dudar de que era su hijo adorado que regresaba, dándole gracias a Dios que se lo devolvía, y apresurándose a salir a su encuentro, se había dicho en voz baja: «Ha vuelto triunfante».

Los criados del castillo se adelantaron corriendo con antorchas; porque en el castillo todos los domésticos habían compartido las inquietudes de Déborah, y se habían negado a descansar antes del regreso de su joven amo; y cuando Déborah llegó a la verja, los guardias ya la habían abierto. Entonces el golpe fue terrible: en lugar de aquel hijo ebrio de victoria que volvía orgulloso, con la cabeza de su enemigo colgando del puño —como se lo había imaginado—, no encontró más que un cadáver con las manos atadas y cubierto de sangre; le dio un vuelco el corazón y se precipitó contra tierra lanzando unos sollozos horribles.

Los guardias cortaron enseguida las ataduras con su espada, y el cuerpo de Venganza fue trasladado inmediatamente a la habitación de su madre, donde se produjo un espectáculo todavía más desgarrador: aquella pobre madre tratando de descubrir algún resto de calor sobre un cadáver, arrancando las ropas que le ocultaban la herida, paseando por todas partes sus labios y sus lágrimas.

Cuando ya no pudo seguir alimentando la esperanza, cuando hubo comprobado que su hijo estaba sin vida, cuando hubo metido el dedo en el agujero de su pecho, un frío mortal la heló súbitamente:

—¡Oh, Dios mío! —dijo, en medio de un desfallecimiento horrible—, ¡era preciso este grano de mijo para colmar tu medida!… ¡Me lo han matado! ¡Tú me lo has matado, Dios mío! ¡Oh, Dios mío, qué cruel sois!

XXX

Después de haber llorado amargamente sobre el cuerpo de su hijo, Déborah lo hizo trasladar al cenotafio del jardín de césped. ¡Ay!, viéndole arrodillarse sobre el mármol destinado a recibir los despojos de su padre, porque Venganza iba a rezar allí todos los días, ¿quién hubiera dicho que el pobre niño se arrodillaba sobre su propia tumba? De la misma manera que asiduamente había llorado sobre el cuerpo, Déborah lloró al principio asiduamente sobre el sepulcro; luego su dolor, que poco a poco se había excavado un lecho profundo y estrecho, dejó de derramarse, y sólo volvió a fluir en silencio bajo tupidos alisos, bajo matorrales de zarzas y de juncos, en medio del secreto y del misterio. Pero no por haberse vuelto más interior, más íntimo, la pena de aquella desdichada mujer perdió nada de su realidad ni de su violencia. La pérdida que había sufrido no tenía medida. Era de esas que jamás se borran. El tiempo no podía compensarla. El mundo, aquella triste ciudad de gentes que ya no existen y de gentes que deben dejar de existir, con su memoria corta y su cabeza aventada y ruidosa, nada tenía que hacer. Por otra parte, ¡qué tenía en común el mundo con aquel claustro, con aquel refugio de un gran dolor! Apenas si su zumbido llegaba hasta los pies de las murallas.

Estaba consumado. La vida de la pobre viuda había sido destruida por segunda vez, destruida sin remisión. Su espíritu último se había roto. La felicidad más vaga y más lejana no podía ofrecerse en adelante, ni siquiera en imagen, a sus miradas debilitadas. ¿Con qué mano hubiese podido entonces enjugar sus lágrimas? ¿Hacia qué lado se hubiese inclinado sin encontrar un abismo?… Aunque pareciese que seguía perteneciendo en cierto modo a la vida y no haber acabado por completo su carrera, aunque todavía un enterrador no la hubiese bajado a la fosa, no por ello dejaba de vivir bajo tierra con sus dos muertos. ¡Estaba muerta, muerta con los que amaba, con los que había amado, muerta con Patrick y Venganza, con su esposo y su hijo, muerta y clavada en el mismo ataúd!

En los días que siguieron al fatal suceso, desde el fondo de su dolor Déborah encargó que se hiciesen con energía las más rápidas y hábiles investigaciones para descubrir al cruel asesino que había matado a su hijo. Pero aquellas

instancias fueron tan vanas, tan estériles, como las que en el pasado hizo con Patrick. Las tinieblas que planeaban sobre el fin incierto del padre planearon sobre el trágico fin del hijo. «¡Estaba escrito —murmuraba Déborah en su corazón—, que estas dos almas me serían arrebatadas por un brazo más invisible que el viento que pasa y se lleva la hoja! ¡Y que me quedaría sin la satisfacción de un enemigo palpable sobre el que poder depositar mi cólera y mi odio!… Como sólo unas pocas horas separan el instante del asesinato de Venganza de las revelaciones que había arrancado a su madre sobre el pasado y sobre la fuente de sus males, Déborah no pudo dudar ni por un instante (el joven se había mostrado en esa última ocasión tan temerario y tan terrible) de que hubiera ido a comprometerse con alguno de sus perseguidores; y entre ellos sólo había podido tener en cuenta al señor de Villepastour o a los herederos de Faraón o de Madame Putifar. Villepastour reunía especialmente en su cabeza las sospechas más razonables. Era lo menos inadmisible. Por eso, las investigaciones se practicaron sobre todo en torno a él y contra él. Pero fue imposible, por más tenacidad que se quiso poner, reunir la más mínima prueba algo válida. Icolm-Kill no dejó de reunirse con este hombre, a fin de sondear el terreno bajo sus pies, a fin de confrontar su convicción con la cara, por desgracia demasiado hábil, del viejo cortesano.

Cuando el fiel intendente preguntó al marqués si no había visto a un joven de tales y tales señas que acaso había ido a buscarle pendencia, la marquesa, que estaba allí, sentada ante su clavecín, en el salón, cayó dulcemente desmayada; pero Villepastour respondió con seguridad que no sabía qué quería decir. Luego, recordando de pronto al personaje, lo puso en la puerta bruscamente.

—Vinisteis hace quince años, señor —le dijo—, os recuerdo perfectamente, a reclamarme a un tal Patrick expulsado de los mosqueteros; ¡y hoy venís a pedirme cuentas de un niño! ¿Adónde queréis llegar, señor?… ¡No comprendo el oficio que tenéis!

Icolm-Kill se vio obligado una vez más a tragarse su rabia y a agachar la frente. Como no tenía ninguna certeza de lo que sospechaba, no se atrevió a estallar. Para condenar con una apariencia simple, le faltó valor, no fue un juez suficientemente terrible.

En ocasiones, Déborah se acusaba a sí misma de la muerte prematura de Venganza. En medio de su dolor, quería asumir aquella pérdida. ¿Por qué, pensaba, desarrolló en aquel joven espíritu cualidades tan peligrosas como la audacia y el honor? ¡Ay! Si le hubiese convertido en un cordero, todavía estaría a

mi lado, aún podría acariciarle… Ahora, el sentido de mi vida se ha evaporado para siempre. ¡He sido yo, yo, insensata, la que le ha puesto el cuchillo en la mano… yo la que le envié a la matanza!!! ¿Por qué, corazón débil e imbécil, cedí a unos ruegos que únicamente habrían debido llenarme de espanto? Luego, volviendo enseguida a la verdad de su temperamento y a su virtud varonil, exclamaba: ¡No, no! Has hecho bien, Venganza. La fortuna ha traicionado tu valor; la fortuna se ha equivocado, no tú. ¡Vete! Estoy tranquila, has debido de morir como un valiente. ¡Vete! No lo lamento, porque has muerto bastante pronto para morir sin mancilla, sin haberte manchado en el barro de este mundo. Tu muerte me ha perdido; tu muerte me roba la vida. Morirá bajo mi dolor, pero, no importa, ¡mi dolor es glorioso!… No se dirá, al menos, que de mis entrañas ha salido una raza de cobardes.

XXXI

En la doble soledad de su retiro y de su corazón, no menos desierto uno que otro, Déborah permaneció inquebrantablemente confinada desde la muerte de Venganza. Esperaba impaciente el fin de su suplicio. Se hallaba en el estado cruel de un alma que querría haber acabado con la tierra, y a la que un justo temor de Dios impide dejarse llevar a un atentado. Sus costumbres melancólicas, la pena, la desesperación, habían difundido sobre su persona el mismo estrago que en su espíritu. No es que se hubiese afeado, pero había perdido aquella belleza absoluta que en el pasado la había distinguido entre todas y de todos. No era ya la fiera amazona, no era ya una Pentesilea[172]. Pálida, lenta y pensativa, encorvada, tenía las mejillas hundidas y el aspecto totalmente abatido. Su voz, que se había vuelto sorda y confusa, parecía salir de entre las piedras de una bóveda. Como un enfermo o un fantasma, ya no tenía otra cosa que el brillo macilento de una estatua de mármol o de un vaso de ágata.

En cuanto a Icolm-Kill, que aún conservaba restos de los gustos sediciosos que en otro tiempo le habían arrastrado a tantas aventuras y desgracias, no vivía en un recogimiento tan austero como Déborah. De vez en cuando se ocupaba del mundo y sus tensiones. Había tomado un gusto bastante vivo por la querella de los Parlamentos; sin embargo, hemos de pensar que no se había adentrado mucho en el movimiento público de la época, y que no le prestaba una gran atención; porque hacía casi un mes que la Bastilla había caído en las manos del pueblo y en la mansión de Évêquemont seguía ignorándose el suceso.

Sin embargo, una mañana, Icolm-Kill fue de pronto en busca de Déborah que rezaba al pie del sepulcro de la pradera y, allí, agitando una gaceta que llevaba en la mano, exclamó:

—Señora, mientras nosotros vivimos aquí en medio de una calma tan grande, Francia se debate en la mayor agitación. Al parecer estamos en los umbrales de una revolución que promete ser horrible y sangrienta. En esta hora, en París reina un desorden espantoso. El pueblo, sublevado en nombre de la venganza, pasea la muerte por sus calles. ¡Mirad, ved! Aquí hay algo que, según creo, nos afecta. «En la precipitación de nuestra redacción —leía Icolm-Kill—, hemos

omitido, en medio de tantos hechos gloriosos que han marcado cada instante de esta inmortal semana que, de época en época, provocará hasta el último día del mundo el asombro y la admiración de nuestros descendientes, algunos episodios demasiado importantes para que pudiésemos pasarlos más tiempo en silencio. En la jornada, en la gran jornada grande y memorable del 14, entre otras, cuando salía de París, en una especie de carroza de viaje, disfrazado de lacayo, llevando a su lado a su mujer, disfrazada de costurera, con el rostro pálido y macilento del cobarde que tiene miedo, un despreciador del pueblo, un vil aristócrata, el señor marqués de Gave de Villepastour, antiguo capitán coronel de los mosqueteros del difunto rey, y tan conocido por su insolencia hacia la clase más honorable de los ciudadanos, a la que llamaba la canalla, fue detenido y, como era portador de documentos que parecían comprometerle, llevado por algunos valientes y algunos *soldados de la patria* al Ayuntamiento. Allí, en el momento en que ponía el pie en la calle, la muchedumbre, guiada por esa inteligencia que nunca le falta, se precipitó sobre la carroza de aquel privilegiado del despotismo, la volcó y la quemó en el lugar mismo. En cuanto al señor marqués, como se supondrá, fue visto enseguida: en un abrir y cerrar de ojos fue arrancado de su silla, colgado en esa horca de farol que luego se ha hecho tan célebre (y que inútilmente se esfuerzan en mancillar con el nombre de caníbales), lo destriparon, le sacaron el corazón del pecho, le cortaron la cabeza y la llevaron en el extremo de una pica, para que este gran ejemplo difundiese por todas partes un terror saludable en el corazón endurecido de nuestros tiranos y de los traidores …»

—¡Oh, Dios mío! —exclamó en ese punto Déborah, escondiendo su rostro entre las manos y temblando de asombro y de horror—. ¡Oh Dios mío, qué terrible es la justicia del pueblo!

XXXII

—Pero hay algo que nos afecta más vivamente todavía, señora, y que no sé cómo deciros. Tengo miedo a provocar el estallido en vuestro corazón de sentimientos demasiado violentos y demasiado diversos… En la misma jornada que vio perecer de manera tan cruel al señor marqués de Gave de Villepastour, se encontró, y es cierto el hecho, en lo que parecería el fondo de una mazmorra, en la Bastilla, después de que los insurgentes se hubiesen apoderado de ella y pasado por las armas a los traidores que estaban de guarnición, a un prisionero, ¡cosa horrible!, cubierto de una larga cabellera y de una larga barba, con uñas como un león, y reducido por el sufrimiento al estado de un esqueleto. En la embriaguez de su triunfo, el pueblo ha paseado varios días a ese desdichado por toda la ciudad; lo ha mostrado en todos los lugares públicos como la víctima irrecusable de un orden de cosas que debe dejar de existir para siempre… Pues bien, ese hombre, señora… no me atrevo a decíroslo…, pues bien, debe de ser alguien que os es querido y que creéis bajado a la tumba, un hombre, señora, que hemos buscado mucho, aunque inútilmente: ¡la tiranía tiene abismos tan sombríos! ¿Comprendéis, señora, quién puede ser ese desdichado?… Oh, ayudadme, yo solo no puedo hundiros al mismo tiempo en el corazón semejante puñal y semejante alegría.

Pero Déborah, bajo el choque de una emoción demasiado fuerte, permanecía allí, mirándole fijamente y sin poder articular una palabra.

—Bien, señora, ese hombre, ese desdichado, ¡es él! ¡Es vuestro desgraciado esposo! ¡No podemos dudarlo!

—¡Patrick!… —dijo Déborah, sumida por completo en la sorpresa más trágica.

—¡Sí, señora, Patrick!… Ved, mirad… Ese hombre declara llamarse Whyte, o Fitz-Whyte, o algunas veces Phadruig. Se ignora absolutamente quién es, y desde hace cuánto tiempo estaba detenido en aquel abismo. Ha sido imposible saber nada de él. Como habla muy bien inglés y otra lengua desconocida, todo induce a creer, según dicen, que debe de haber nacido en Irlanda.

¡Déborah no pudo resistir más! En medio de la turbación que la mataba, postrándose de rodillas y con los brazos extendidos hacia al cielo, exclamó entre

sollozos y risas de alegría:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias a ti, que por fin quieres devolvérmelo!… ¡Patrick, Patrick, oh, mi Patrick! ¡Quién hubiese dicho que iba a volver a verte!…

XXXIII

En cuanto Déborah se recuperó algo de esa primera turbación, deseó partir con una prisa terrible. La idea de que el hombre al que tanto había llorado, y cuyos huesos y sepultura tanto tiempo había buscado inútilmente, pisase toda vía la tierra con sus pasos, esa idea, digo, la abrumaba, la colmaba, la embriagaba. ¡Démonos prisa, pensaba, ese pobre amigo debe de tener mucha necesidad de que yo vaya a secar sus lágrimas! ¡Démonos prisa! Porque, en esta hora, es el más desgraciado. Sé que vamos a encontrarnos, sé que vamos a volver a vernos, pero él no lo sabe. ¡Quizá, por su parte, él esté buscando mi tumba como yo he buscado la suya!…

Déborah, que había recuperado su antigua energía, no dudó mucho tiempo, y, sin perder en preparativos un tiempo precioso, mandó enganchar inmediatamente sus dos mejores caballos a su carroza más sencilla. Luego, vestida con un traje rústico para no despertar la envidia, acompañada únicamente por Icolm-Kill, se puso en marcha inmediatamente.

Sin embargo, su pensamiento ardiente rodaba más deprisa todavía alrededor de su eje que la rueda de la carroza que la llevaba. Su corazón latía impaciente con más arrebato que los ijares de sus caballos de fuego que hendían el aire y devoraban el espacio.

Hacía muchos años que Déborah no había puesto los pies en la ciudad; y desde su última visita, París se había transformado de tal forma que, de no ser por algunos edificios grandes que permanecían eternamente allí como un sello sobre un acta para atestiguar su autenticidad, difícilmente la habría reconocido. En vez de encontrar su París de antaño, vivo, elegante, amable, opulento, pródigo de bellezas y de riquezas, entraba por un fielato incendiado en una aldea sombría, ociosa, con el aspecto despavorido y confuso de un perro perdido que busca nuevo amo. Se hubiera dicho que una plaga acababa de abatirse sobre la ciudad y reinaba en ella. Las casas parecían vacías, las calles estaban desiertas. Las puertas y las contraventanas estaban rigurosamente cerradas en todas partes. En lugar de trajes relucientes, cubiertos de cañutillos y dorados, el lugar de rostros apicarados, floridos y entusiasmados, harapos y caras lúgubres o patibularias; oleadas de escarapelas y de banderas rojas y azules; aquí y allá

algunos milicianos y algunos burgueses mal vestidos y mal enseñados a llevar sus armas, se devoraban entre sí con la mirada. Después de todo, sin embargo, nada había cambiado. ¿De dónde venía aquel aspecto siniestro? ¿Habían sufrido una invasión extranjera? ¿Había sido llevada Israel en cautiverio a Nínive o a Babilonia? ¿Habían golpeado a Egipto las siete plagas?… ¡No, no!… Dios había golpeado con el látigo de la virtud las aguas del estanque social, y el cieno del fondo había subido a la superficie.

Icolm-Kill se dirigió insistentemente a todas las clases de magistrados populares que, desde la insurrección, se habían formado, y se esforzaban, los pobres, por poner el agua en un cedazo. Pero ninguna de aquellas nuevas criaturas pudo proporcionarle la menor información. Todos habían tenido perfecto conocimiento del prisionero que Icolm-Kill reclamaba, pero ningún sabía qué había sido de él. Ya empezaba Déborah a arrepentirse de haber creído tan fácilmente en algo tan vago y por así decir imposible. Ya estaba pisoteando su esperanza y mojando sus labios en la amargura cuando un Elector, el señor Éthis de Corny[173], creo, pretendiéndose bien informado, les dio garantía de que el desdichado que buscaban, tras haber sido durante unos días el ídolo de los parisienses, y haber colmado todos los corazones con la compasión más sombría y con la aversión más violenta hacia la tiranía, había debido ser llevado (no sabía a ciencia cierta por qué motivo) al convento de los Hermanos de Charenton.

En el exceso de su alegría y de su gratitud, Déborah cubrió de besos las manos del Elector; le deseó una dulce y larga carrera, y partió inmediatamente hacia el lugar que escondía a su bienamado, y que por fin debía devolvérselo.

Cuando subía la calle Saint-Antoine, Déborah oyó disparar el cañón, y repetidas salvas de mosquetería; luego, divisando una muchedumbre inmensa que se apiñaba alrededor de la Bastilla casi completamente destruida, se sobrecogió un momento de espanto, imaginándose que el pueblo atacaba de nuevo y que iba a asistir a alguna escena sangrienta. Pero el silencio, el orden y el respeto que había en cada frente no tardaron en tranquilizarla. Prosiguió animosa su camino, y comprendió enseguida que simplemente estaban rindiendo honores fúnebres y militares. De entre las ruinas de la horrible fortaleza, ochocientos obreros que trabajaban en su demolición, y a los que se habían unido las diputaciones de algunos distritos y algunos oficiales revolucionarios, salían en cortejo, con los sombreros en la mano y la azada al hombro, con aire austero y convencido. A su cabeza, cuatro de aquellos artesanos portaban, sobre

una tabla, dos esqueletos humanos entre los que aún colgaban cadenas y una enorme bola de hierro. Los restos de aquellas dos víctimas de la barbarie más monstruosa que jamás haya florecido sobre la tierra habían sido encontrados por los demoledores enterrados en una tumba de cal y yeso debajo de los escalones, en la escalinata de una torre; y gracias a un impulso generoso, a una piedad que rara vez falta en el corazón humano, el pueblo había querido mostrar pública señal de su simpatía a los manes de aquellos dos cautivos, con roda seguridad inocentes, caídos, quizá hacía varios siglos, bajo los golpes oscuros de una tiranía cobarde y llena de tinieblas, rendirles los últimos deberes y llevarlos solemnemente a un lugar de descanso.

Es cierto, y no puede ponerse en duda, que en la Bastilla se hicieron en otro tiempo ejecuciones secretas. También se descubrieron más esqueletos; ¿no se encontraron además letrinas secas, llenas de detritus humanos, de huesos y polvo de osamentas?

El espectáculo de aquella lúgubre ceremonia, y la idea de que su destino y el destino de Patrick habían estado tan cerca del destino de aquellos dos prisioneros, que quizá se habían visto sellar vivos en el espesor de una bóveda, desgarró con violencia el corazón de Déborah y acabó de sumirla en una penosa emoción.

Muy triste y pensativa, quebrantada por la fatiga de la ruta, abatida bajo los esfuerzos de los sentimientos tan diversos que desde hacía unas horas se habían sucedido en su seno, llegó por fin a las puertas del convento de Charenton. Allí, cuando traspasaba el umbral, unos presentimientos vagos, pero crueles, se apoderaron violentamente de su alma y expulsaron la pálida esperanza que se agitaba en ellas. Sus piernas se doblaban a cada paso, todo anunciaba en su persona la turbación excesiva de su espíritu.

Dos monjes llamados por la campana del exterior salieron al punto a su encuentro y, con una bondad y una gracia realmente hospitalarias, la guiaron al locutorio. Apenas tuvo fuerzas para sentarse.

—¿Qué tenéis, señora, qué puede atormentaros hasta ese punto? —le dijo entonces uno de los dos religiosos, el hermano Prudence, director del hospicio, cogiéndole tiernamente la mano y esforzándose por endulzar su voz, que el hábito de mandar había vuelto severa.

—No es nada, padre mío —dijo Déborah—; fatiga, una alegría inquieta, una ansiedad profunda, de la que espero, con vuestra gracia, salir dentro de poco.

—Hablad, señora.

—Debéis tener aquí, mi reverendo padre, eso al menos nos han asegurado, desde hace un tiempo, tal vez desde hace unos días, a un pobre desdichado que el pueblo encontró en las mazmorras de la Bastilla y a quien, en nombre del cielo, padre mío, deseo volver a ver. Es mi esposo; se llama Whyte o Patrick, y pronto hará veintisiete años que desgracias inauditas nos separan.

—No sé, señora; desde hace unas semanas hemos recibido varios pensionistas nuevos; pero ignoramos absolutamente quiénes son y de dónde salen. Sin embargo, señora, si creéis que podéis reconocerle, haré que suban de las catacumbas los que han llegado los últimos, y si vuestro esposo se encuentra entre ellos, tranquilizaos, señora, os será devuelto.

El hermano Prudence dio entonces en voz baja algunas órdenes.

—¿A qué llamáis catacumbas, padre mío? —dijo estremeciéndose Déborah, cuya sangre se había helado al oír esa terrible palabra.

—Llamamos así en nuestra casa, señora, a la galería inferior donde están las jaulas de hierro destinadas a encerrar a los pensionistas furiosos… ¡Ved, oíd!… Esos aullidos y esos ruidos de cadenas que oís en este momento salen precisamente de esa espantosa madriguera. Es un lugar triste de ver; y por eso, señora, ahorraré a vuestra sensibilidad el odioso espectáculo.

Cuando el hermano Prudence acababa estas palabras, el segundo monje entró en la sala acompañado por un hombre cubierto con un sayal, grueso y tripudo, de rostro adusto e iluminado, con los ojos medio cerrados y alelados como los de un sileno. La plena luz parecía consternarle. Derramaba a su alrededor la hediondez de una bestia salvaje.

Al verlo, Déborah apartó la cabeza.

—Por favor, apartad de mi vista esta horrible criatura —exclamó—; no, no, padre mío, no es Patrick. Patrick, padre mío, es un hombre alto, hermoso, noble y altivo.

Otros dos personajes más abyectos todavía, y haciendo un ruido terrible, pasaron todavía ante ella. Apenas si se atrevía a alzar sus ojos sobre ellos.

Finalmente, cuando temblaba de impaciencia y de horror, de pronto vio avanzar gravemente a un hombre casi desnudo por completo, de una delgadez excesiva. Entre sus cabellos tupidos y su barba, brillaban dos grandes ojos fijos. Un crucifijo de ébano y plata colgaba del pecho.

A pesar de la miseria y del estado horrible de aquel hombre, en toda su persona había un resto de dignidad y distinción que sorprendía al verlo.

Bajo el choque de una impresión indecible, Déborah se levantó bruscamente

y, sin apartar un instante los ojos, fue a situarse delante del espectro, examinándolo largo rato en actitud indecisa, mezcla de incertidumbre y de espanto, como si hubiese dudado de si estaba ante una criatura o un fantasma.

Hacía ya un rato que duraba aquella escena espantosa y muda cuando, de pronto, viendo en el dedo descarnado del espectro, y retenido por un hilo que terminaba uniéndose a la muñeca, el anillo que en otro tiempo ella misma había dado a Patrick en presencia del cielo y de la naturaleza, en los matorrales de Cockermouth-Castle, Déborah exclamó con voz desgarradora:

—¡Cómo! ¡Eres tú, amigo mío! ¡Tú en este estado!… ¡Tú, mi Patrick!

Y cuando se arrojaba en sus brazos para cubrirlo de besos y de lágrimas, el hombre, manteniendo siempre la misma impasibilidad y el mismo silencio, la rechazó, con tanta violencia incluso que, después de haber vacilado un momento, fue a caer de rodillas a cierta distancia.

A pesar de la opresión que la ahogaba, a pesar de su dolor, la pobre mujer encontró en sí misma fuerzas suficientes todavía para exclamar de nuevo, y de forma más desgarradora todavía:

—Pero ¿no me reconoces, Patrick? ¡Soy Déborah! ¡Tu amiga! ¡Oh, mi pobre amigo! ¡Oh, mi bienamado! ¿No reconoces esta voz que te llama y le implora?… ¡Patrick! ¡Patrick! ¡Patrick! ¡Ah, qué cruel eres!

Arrastrándose a sus pies, Déborah realizó todavía algunos esfuerzos extremos para hacerse reconocer, pero fue en vano. Patrick, que seguía inmóvil, sin prestar atención a lo que ocurría, alzaba los ojos hacia la bóveda y repetía implacablemente con voz sepulcral:

—¡*O thiarna, deán trocaire ormsa morpheacach*!

—Ya lo veis, señora —dijo entonces uno de los monjes—, este desdichado no puede reconoceros ni responderos… ¡Este hombre está loco!

—¡Loco! —repitió lentamente Déborah, lanzando un grito terrible.

Aquello no se le había podido pasar por la imaginación; esa palabra la hería como un rayo. Recogiéndose súbitamente dentro de sí misma con la velocidad de una espada que entra en la vaina, Déborah se derrumbó pesadamente contra tierra, lanzó espantosos sollozos y luego un estertor horrible.

El dolor la había matado… ¡Estaba muerta!

¡Pero qué bien vengada fue!

Por fin ha concluido mi tarea, heme aquí al final de este libro que me ha

causado más penas todavía de las que me ha costado, y que sin duda ha de causarme muchas más. Los infortunios tan reales y tan grandes que mi pluma, o más bien mi corazón, se ha complacido en consignar largamente en estas páginas, no son nada comparados con las aventuras y las desdichas casi novelescas que han recorrido esta obra a lo largo de su carrera; qué curioso sería hacer la biografía de este libro. Si nos ocupamos exclusivamente del material, algunos errores tipográficos, que no me pertenecen, y algunas inadvertencias, que me pertenecen, se me han escapado durante la corrección de las pruebas, por lo que siento una gran pena. Espero que no se me imputen esas erratas como crimen o ignorancia. Confieso que quienes tratasen de hacer de ellas un arma contra mí se volverían perfectamente ridículos a ojos de mis amigos, a ojos de todos cuantos me conocen o conocen mis estudios y mis pretensiones a este respecto. En cuanto a mí, que conozco su medida, sólo me provocarán piedad.

Os doy las gracias, querido lector, por el interés que, desde hace medio siglo aproximadamente, habéis mostrado por esta sombría historia, por la atención que habéis tenido a bien prestarme hasta aquí. Es muy amable de vuestra parte. Nunca olvidaré esa bondad.

También os doy encarecidamente las gracias a vos, mi querida, bella y dulce lectora. Ahora me conocéis a fondo; os he hecho descender hasta los repliegues más secretos de mi corazón; no sé si os agrado, pero sé que yo os amo mucho. Vuestros encantos y vuestra indulgencia me han acostumbrado de forma tan perfecta a vuestra persona que, no puedo ocultarlo, me separo de vos con gran tristeza.

Adiós, señora, me pongo a vuestros pies. Os doy las gracias por vuestra benevolencia; espero que sigáis otorgándomela; os la retengo incluso de antemano para mi próximo libro, que se titulará Tabarín[174].

Hasta Tabarín, pues.

¡Ay!, si alguna vez, después de haberme oído, el público, ese otro príncipe Hamlet, pudiese decirme: ¡Sed bienvenido, señor, a Elsinor[175]!

Notas del prólogo de Mauro Armiño

[1] Hay traducción española de Gonzalo Armero, en la editorial Nostromo (Madrid 1977), reeditada en Miraguano Editores (Madrid, 1994). Las citas anterior y siguiente están sacadas de esa traducción. <<

[2] *La Bastille dévoilée*, citado por J.-L. Steinmetz en su edición de *Madame Puthiphar*, Éditions Phébus, París, 1999.

Hasta el descubrimiento del Whyte histórico, el protagonista de *Madame Putifar* estaba considerado como un esbozo parcial del marqués de Sade y de sus largas estancias carcelarias. Por ejemplo, por parte de Béatrite Didier, en su edición de *Madame Putifar*. Ed. Régine Desforges, 1972. <<

Notas

[1] Las iniciales corresponden a la actriz Lucinde Paradol (1798-1843), *sociétaire* de la Comedie Française de 1823 a 1838 e intérprete de los papeles de reina de tragedia, aunque sus éxitos, según la crítica de la época, se debían más a sus atributos físicos que a sus talentos de actriz. Aunque Pétrus Borel estuvo enamorado de ella desde 1831, la actriz se había casado (1829) con un comandante de marina, y ese mismo año daba a luz un hijo cuya paternidad correspondía a Léon Halévy, padre de Ludovic Halévy. Todavía en 1837 Borel le dedicaba poemas de amor. <<

[2] Tela de seda procedente de China. <<

[3] Los antiguos griegos daban el nombre de hiperbóreos a un pueblo del Norte, y más tarde a los pobladores de más allá del Ponto Euxino. Se decía que eran pueblos felices, que vivían bajo un clima siempre igual, con un año de seis meses de día y seis meses de noche; Borel no parece referirse a esta tradición que convertía a los hiperbóreos en criaturas bienaventuradas. <<

[4] Fra Bartolomeo (1469-1517), fraile dominico y pintor de tablas de tema religioso para iglesias de Florencia. <<

[5] Eustache Le Sueur (1615-1655), pintor francés especializado en cuadros de tema religioso. <<

[6] Esta cita de la tragedia shakespeariana *Romeo y Julieta*, V, iii, encabeza los siete libros de *Madame Putifar*, aunque Borel no cita el texto completo: «¿Dónde está mi señor? / Recuerdo muy bien dónde debo hallarme, / y aquí estoy. ¿Dónde está mi Romeo?» <<

[7] Hijo mayor de Jacobo Estuardo (1720-1788), que defendió sus derechos al trono inglés con las armas. Tras una victoria inicial, fue derrotado en Culloden en 1746. <<

[8] Turbales. <<

[9] La grafía correcta sería *glibbes y cooleens*. Se trata de matas de pelo, dispuestas sobre la frente de distinta forma, que daban a su portador un aire salvaje. <<

[10] Término inglés, con el que se designa a personas nacidas en el este de Londres y especialmente de clase obrera. También indica el dialecto empleado por los habitantes de esa zona. <<

[11] Término provenzal, en femenino, que designa a la amante, la amada. En masculino sería *calignaire*. <<

[12] Pedro el Grande fue zar de Rusia entre 1682 y 1725. Entre sus medidas para modernizar el país y sacarle del primitivismo de sus costumbres dio normas sobre la manera de vestirse y llevar barba. <<

[13] Ministriles, trovadores itinerantes. <<

[14] Mahmud II, sultán turco de 1809 a 1839 que, como Pedro el Grande con Rusia, quiso sacar del primitivismo a su pueblo. <<

[15] Habitantes de la Morea, península del sur de Grecia convertida en isla desde la apertura del canal que corta el istmo de Corinto (1893); éste la unía a la Grecia Continental. Es el antiguo Peloponeso; recibió el nombre de Morea desde la introducción de la sericultura en el país; y durante la Edad Media sirvió para identificar a toda Grecia. <<

[16] August von Kotzbeue (1761-1819), escritor alemán; durante una etapa de su vida se convirtió, en San Petersburgo, en intendente del teatro alemán y alcanzó en su patria, a su regreso, una gran popularidad como autor de comedias; enemigo de los románticos, estuvo a sueldo como espía de los zares Pablo I y Alejandro II, hasta que fue apuñalado y muerto por un estudiante, Carl Sand, miembro de las asociaciones universitarias patrióticas. Los románticos franceses se interesaron por el asesinato de Kotzbeue; Borel lo evocó en sus *Cuentos inmorales*; y Nerval lo convirtió en tema de su drama *Léo Burckart*. <<

[17] Antonio Canova (1757-1822), escultor italiano, el que mayor influencia ejerció entre los artistas del neoclasicismo, y uno de los precursores del romanticismo por la expresividad de sus obras y el tratamiento muy personal de los materiales; pero luego los románticos denostaron la frialdad y estatismo de su obra, que cayó en desgracia. <<

[18] Esclavos del nivel más bajo en la antigua Esparta. <<

[19] «Sagrado corazón de sopa de leche». <<

[20] La condesa de Cockermouth alude a la oscuridad del texto del Apocalipsis.
<<

[21] El cerdo que suele acompañar a ese ermitaño del desierto en la iconografía cristiana. <<

[22] El Parlamento inglés obligó a reconocer su supremacía al Parlamento irlandés, hasta entonces independiente, por el tratado de Limerick (1690), que provocó una abundante emigración. <<

[23] El cardenal Fleury (1653-1743) fue preceptor y ministro de Estado de Luis XV desde 1726; mantuvo relaciones amistosas con el ministro inglés Robert Walpole para intentar mantener la alianza francoinglesa y poner dique a las complicaciones bélicas que amenazaban con surgir en Europa por culpa de Austria y España. <<

[24] Puerto del sudeste de Irlanda, en el condado de ese mismo nombre de Waterford. <<

[25] Fueron más de veinte mil los irlandeses emigrados que se incorporaron al ejército francés tras la rendición y el tratado de Limerick en 1690; lo más granado y los altos mandos del ejército irlandés, así como la élite de la nobleza, pasó el Canal de la Mancha tras la derrota de las banderas de Jacobo II. <<

[26] Hijo del conde de Dillon, obispo de Évreux, arzobispo de Toulouse y Narbona, famoso por su libertinaje y sus excesos sexuales. <<

[27] Cardenal francés (1734-1803) que se dejó engañar por Cagliostro y por la condesa de Lamotte sobre los sentimientos de la reina María Antonieta; Rohan, que aspiraba a su amor, compró un valioso collar, que entregó a la condesa; el collar desapareció, y al no poder pagar Rohan su valor se vio envuelto en uno de los *affaires* más dramáticos de ese período: el cardenal fue enviado a la Bastilla, y la condesa azotada y encarcelada. Fue absuelto por el Parlamento de París en 1786. Además de limosnero mayor de Francia, tuvo otros títulos, y entre ellos el de obispo de Canope, ciudad del Bajo Egipto conocida hoy con el nombre de Abukir. De ahí el «Bochir» que le da Borel. <<

[28] Creación del escritor escocés James Macpherson (1736-1796), que se declaró autor de la traducción de un viejo poeta gaélico, el bardo Ossian. El éxito de sus *Fragmentos de poesía antigua recogidos en las montañas de Escocia* fue tal que se animó a publicar un largo poema épico, *Fingal* (1762) y *Tamora* (1763); pero no tardaron en suscitarse dudas sobre su autenticidad; Samuel Johnson fue el primero en declarar en 1775 el fraude del bardo inventado por Macpherson, dando lugar a una polémica literaria que duró hasta finales del siglo XIX. <<

[29] Puerto cercano a Killarney, en el sudoeste de Irlanda. <<

[30] Génesis, 9, 20-21: «Noé, labrador, comenzó a plantar la viña; y, bebiendo del vino, se embriagó, y quedóse desnudo en medio de su tienda». <<

[31] Habitantes del barrio del Pollet, en Dieppe, dedicados por regla general a la pesca. <<

[32] Palacio de la época renacentista, en la ciudad de Rouen. <<

[33] Calle parisiense, del distrito VII, donde en la época estaba situado —entre las calles du Bac y de Beaune— un cuartel de la primera compañía de los Mosqueteros grises, así llamados por el color de la capa de sus caballos; exactamente en los números 13-17 de la calle du Bac. <<

[34] Según la mitología griega, Pílades se educó con su primo Orestes en Crisa, ciudad al pie del Parnaso; acompañó a Orestes en todas sus acciones y le ayudó a matar a Egisto y Clitemnestra; la amistad entre ambos llegó a ser proverbial. Se casó con la hermana de Orestes, Electra. <<

[35] Bufón de Luis XIII, que Victor Hugo saca a escena en su drama *Marion Delorme*.

(1831). <<

[36] Hay en el texto un juego de doble sentido: según la mitología griega, Afrodita-Venus nació de la espuma del mar. <<

[37] Charles-Mercier Dupaty (1746-1788), a quien se deben unas *Lettres sur l'Italie*. <<

[38] Charles-Albert Dumoutier (o Dumoustier), (1760-1801), autor de *Lettres à Émilie sur la mythologie* (1786-1798), presididas por el sentimentalismo. <<

[39] Antigua ciudad de la isla de Chipre, uno de los centros más antiguos de civilización micénica y fenicia. Floreció entre los siglos VIII y VI a. de C. Durante el período clásico fue célebre en todo el mundo mediterráneo por su templo de Afrodita y de Adonis. <<

[40] Jean-François Marmontel (1723-1799), escritor francés, de obra abundante en todos los terrenos; entre sus títulos figuran varias óperas cuya música escribieron Rameau, Grétry y Piccinni; con este último obtuvo su mayor éxito, *Didon* (1783). Gracias a un sentimentalismo virtuoso y a un liberalismo filosófico consiguió llegar a un público bastante amplio. <<

[41] El juego de palabras de Borel contiene los términos *roi* (= rey) y *roué* (= que ha sufrido el tormento de la rueda); la pronunciación antigua de la sílaba */wé/* los convertía en homófonos. <<

[42] Claude Michel, conocido por Clodion, escultor francés (1733-1814), especializado en terracotas y pequeñas estatuas de tema mitológico, en especial sátiros y bacantes. Para Jean-Luc Steinmetz «es poco probable que haya realizado los grabados licenciosos de que habla Borel». <<

[43] No se ha encontrado ningún libro libertino del siglo XVIII con ese título; existe en cambio *Les Heures de Paphos, contes moraux par un sacrificateur de Vénus* (1787), de autoría anónima, con doce grabados. <<

[44] Personaje tristemente célebre que aparece en numerosas novelas de la época y que se ganó el odio de la sociedad francesa, Antoine Gabriel de Sartine (1729-1801), lugarteniente general de policía de 1759 a 1774, era el encargado de las cartas selladas y de los encarcelamientos secretos ordenados por el rey. <<

[45] Término siríaco, cuya grafía exacta sería *raca*, que aparece en el evangelio de Mateo y significa «injuria». <<

[46] Se trata de la marquesa de Pompadour, Jeanne-Antoinette Poisson (1721-1764); en 1741 se casó con Charles-Guillaume Lenormant, hijo del tesorero general de Francia. Amante y favorita de Luis XV ejerció sobre este monarca una gran influencia. Borel recoge algunos datos de su vida, pero aprovecha sobre todo las pseudomemorias de Mme. du Barry, que, a la muerte de la Pompadour, la sucedió en los favores del rey. <<

[47] Madame Pompadour la puso al frente de sus doncellas; escribió unas *Mémories* de gran interés sobre ese período histórico. <<

[48] *The Paradise lost*, el famoso poema del inglés Milton, apareció entre 1667 y 1674. <<

[49] Tragedia de Voltaire, basada en un episodio del *Orlando furioso* de Ariosto; tras su estreno en 1761, su edición en libro lo dedicaba a la marquesa de Pompadour «por más de una razón». <<

[50] Jacques Guay (1715-1793), grabador del rey en 1745, se especializó en el grabado de piedras finas. <<

[51] El conde Thomas-Arthur de Lally, barón de Tollendal (1702-1766), de origen irlandés, gobernador de las posesiones francesas en la India. <<

[52] Jacques Fitz-James, duque de Berwick (1670-1734), naturalizado francés. Era hijo natural de Jacobo II y de Arabella Churchill. <<

[53] Roger-François Damiens (1715-1757) intentó matar a Luis XV, al que asestó una puñalada; fue condenado a muerte y descuartizado. <<

[54] Alusión a un poema de un novicio jesuita, Jean-Baptiste-Louis Gresset (1709-1777), titulado *Vert-Vert* (1734), nombre de un papagayo protagonista de las aventuras contadas por el poema; en su viaje de un convento de religiosas a otro, de Nevers a Nantes, los marineros le enseñan palabras licenciosas con las que asustará a las monjas de Nantes. El poema dio a Gresset gran predicamento, pero también la animosidad de una superiora de la Visitación, hermana de un ministro. Los jesuitas pidieron a Gresset que renunciase a entrar en la compañía. Tras una vida mundanal en la que consiguió grandes éxitos y títulos, terminó retirándose a su ciudad natal, Amiens, donde volvió a una piedad ferviente, algo escandalosa: se retractó de sus obras burlescas, quemó varios manuscritos y denunció la poesía como un arte peligroso. Por todo ello, Luis XVI le dio cartas de nobleza. <<

[55] Cardenal francés (1715-1794), que desempeñó algunas funciones políticas y diplomáticas durante el reinado de Luis XV; apreciado por Mme. de Pompadour, formó parte de una sociedad elegante y de costumbres libres, escribió poemas galantes y dejó unas interesantes *Memorias*, que alcanzan hasta 1758. Embajador, secretario de Estado para Asuntos Extranjeros, en 1759 perdió el favor de su protectora y regresó a la vida eclesiástica; tras ser arzobispo de Albi (1764), se instaló en Roma, donde vivió como gran señor. <<

[56] Libro de poemas del Inglés Edward Young (1683-1765), en diez mil versos blancos divididos en nueve «noches» que tratan diversos temas relacionados con la muerte; el Tiempo, la Virtud, los espejismos del Placer, la Amistad, la Redención, el Consuelo, la Eternidad. Las *Noches* de Young suponen el paso del clasicismo al romanticismo, movimiento sobre el que ejercieron una gran influencia haciendo populares la idea de la Noche, la Tumba, la voluptuosidad de las lágrimas, el gusto por las ruinas, etc. <<

[57] Falaris (565-549 a. de C.), tirano de Agrigento (Sicilia), oriundo de Creta; construyó un toro hueco de bronce, destinado a quemar a sus víctimas; el constructor fue el primero en probarlo; y los agrigentinos terminaron desembarazándose del tirano mediante el mismo suplicio. <<

[58] Joás fue preparado en secreto por el sumo sacerdote Joad para convertirse en rey de Judá. La alusión parece proceder de Éliacin, personaje de la *Athalie* de Racine. <<

[59] Ceremonia cotidiana, la primera del día, durante la que el rey —o la reina— recibía a determinados cortesanos en su aposento, antes de levantarse de la cama.
<<

[60] Voltaire redactó sus *Élements de la philosophie de Newton* entre 1737 y 1739. <<

[61] Francesco Borromini (1599-1667), arquitecto italiano que trabajó como ayudante de Bernini en Roma, sucediéndole en las obras de la basílica de San Pedro. Fue uno de los propulsores más activos del barroquismo, hasta el punto de merecer el nombre de *borrominesco* el estilo arquitectónico que trabajó. <<

[62] Claude-Henri de Fuzée, conocido como abate de Voisenon (1708-1775). Protegido de Voltaire, fue autor de comedias en verso y prosa que dan la medida de la literatura frívola y libertina del siglo XVIII, lo cual no le impidió escribir poemas bíblicos y religiosos. <<

[63] Jean-Joseph Vadé (1719-1757), autor de libreros de varias óperas cómicas y de comedias. Introdujo el género *poissard*, que reaccionaba mediante un estilo popular y un realismo truculento contra la sosería de los poetas y novelistas mundanos del siglo XVIII. En sus *Deux Poissards*, *Le Déjeuner de la Rapée*, *Les Rébus de Margot la mal-peignée*, etc., calca con exactitud notable el lenguaje del pueblo de París. <<

[64] Este término, que designaba una pequeña cavidad entre dos molduras, terminó dando nombre a un estilo arquitectónico complicado y barroco. <<

[65] Antoine Galland (1646-1715), orientalista francés, cuya traducción de *Las mil y una noches* (12 vols. 1704-1712) todavía sigue editándose por la calidad de su estilo. Tradujo asimismo otros textos orientales y en gran parte se le debe la boga de que gozó el orientalismo en la literatura francesa y europea del siglo XVIII. <<

[66] Mustafá III, hijo de Ahmed III, sultán de Turquía entre 1757 y 1774. <<

[67] Personaje al que la mitología hace hija de Pandión, rey de Atenas; seducida o violada por su cuñado, el rey de Tracia Tereo. Para que no pudiese contar su fechoría, Tereo le cortó la lengua; pese a lo cual Filomela informó a su hermana Procne de lo ocurrido bordando los hechos en un lienzo. Para vengarse, la esposa mató a su propio hijo y persiguió a las hermanas; los dioses, apiadados, convirtieron a Filomela en golondrina, a Procne en ruiseñor y a Tereo en abubilla. En la versión latina del mito, Filomela es transformada en ruiseñor porque el canto de esta ave se correspondería mejor con la idea del amor por la música que indica el nombre de Filomela. <<

[68] Claude-Joseph Dorat (1734-1780), poeta y dramaturgo francés, autor de fábulas, madrigales, cuentos, tragedias y comedias; además, se mostró en sus poemas como versificador agradable y ligero. Gozó de gran éxito en los ambientes mundanos del siglo XVIII. <<

[69] Jean-Françoise-Alfred Bayard (1796-1853), dramaturgo francés, autor de más de doscientas piezas escritas en su mayor parte en colaboración con Scribe. Durante un cuarto de siglo alimentó el teatro parisiense haciendo sátiras ligeras de las costumbres burguesas. <<

[70] Salmo 137 «Super flumina Babylonis». <<

[71] John Dryden (1631-1700), poeta, dramaturgo y crítico inglés, autor de ensayos en los que se defiende de los críticos como: *Sobre la poesía dramática* (1668) y *Sobre el nacimiento y desarrollo de la sátira*. Su nombre se mantiene vivo por sus sátiras y sus odas por un lado, y por sus poemas didácticos de tema religioso, de interés autobiográfico, por otro. <<

[72] En su mayor parte estos nombres son reales y corresponden a personas y, sobre todo, a lugares. <<

[73] Desde Menandro, la historia de amor de la poeta Safo (nacida hacia el año 612 a. de C.) concluye de esta manera: desdeñada por Faón, se habría suicidado arrojándose al mar desde la roca de Léucade. Pero esta leyenda fue urdida por los cómicos antiguos a partir de los poemas sáficos relacionados con Faón, un dios de la fecundidad que formaba parte del séquito de Afrodita, y con el salto de Léucade, que otros poetas, Anacreonte, por ejemplo, prometieron dar en sus versos. <<

[74] Especie de delantal corto que llevaban las mujeres durante los reinados de Luis XIV y Luis XV. El término francés significa: «permite hacer todo». <<

[75] Alusión a Pierre Borel de Castres, autor de un *Trésor des recherches et antiquités gualoises* (1655). En cuanto a Gilles Ménage (1613-1692), fue un erudito muy mundano que frecuentaba los salones, en los que su coquetería y pedantismo bordeaba el ridículo. Molière se burló de él bajo el nombre de Vadius en *Las mujeres sabias* (véase mi introducción a Molière: *Las preciosas ridículas. — Las mujeres sabias*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1995, sobre todo págs. 46 y ss.). Pese a la burla molieresca, Ménage fue un notable intelectual, el mejor conocedor de la lengua francesa de su tiempo, al que se deben unos *Origines de la langue françoise*, y un helenista muy apreciado, además, eso sí, de poeta lamentable. <<

[76] En español, en el original. Era un vino de licor, que se dejaba envejecer y adquiría un sabor semejante al de los vinos españoles. <<

[77] Protagonista de *El sofá*, novela licenciosa de Crébillon hijo, en la que Scha-Baham, como el príncipe de *Las mil y una noches* obliga a sus cortesanos a que le cuenten historias. <<

[78] En español, en el original. <<

[79] «La mujer de un carbonero es más respetable que la amante de un rey», dice exactamente el texto de *La nueva Eloísa* (V parte, carta xiii). <<

[80] El conde de Saint-Florentin, duque de la Vrillière (1705-1777), fue ministro de Estado de 1763 a 1775. <<

[81] En español, en el original. <<

[82] El hijo de Déborah terminará llamándose Venganza; Kildare, como más tarde sabrá el lector, es uno de los nombres de Fitz-Harris. <<

[83] Luis XV compró en 1755 un palacio en el Parc-aux-Cerfs, antiguo barrio de Versalles, para convertirlo en una especie de harén donde su ayuda de cámara Lebel se encargaba de alojar y preparar a las amantes temporales del monarca. <<

[84] Borel utiliza en este capítulo la obra *Six Voyages en Turquie, en Perse et aux Indes*, y de manera especial el tomo VI, *Nouvelle Relation de l'interieur du serail* (1713), de Jean-Baptiste Tavernier. Los términos orientales que utiliza tienen equivalentes: los *baltagis* eran mozos de cuerda; los *agiam-oglans*, aprendices de nueve o diez años, elegidos por su resistencia y fuerza corporal; el *kislar-aga* era el eunuco responsable de dirigir los aposentos de las mujeres; otras tareas eran realizadas por los *bastangis* (jardineros), los *capigis* (porteros) y los *atagis* (cocineros). El *kutzlir-agasi* dirigía el conjunto de eunucos negros; el *chaznadar-baschi* se encargaba de la intendencia del Tesoro; del *capi-aga* dependía la dirección del palacio; y el *hazoda-baschi* era el jefe de habitación. En cuanto al término *selams*, designa los ramos de flores dispuestos de tal modo que expresen un sentimiento o un pensamiento secreto. <<

[85] Caja cilíndrica utilizada por los romanos para guardar los rollos manuscritos. Líneas más arriba se alude a un juego infantil: *La Tour, prends garde*: dos niños se cogen de la mano y Fingen ser una torre; un coronel y un capitán pasean alrededor, cantando una canción en la que les anima a no dejarse abatir. Algo más lejos están sentados el duque de Borbón y su hijo; el coronel y el capitán piden ayuda al duque para tratar de abatir la torre, sin conseguirlo, hasta que el propio duque se pone al frente de la tropa y trata de separar las manos de los niños. El que lo consigue es proclamado nuevo duque. La canción comienza: *La Tour, prends garde, / La Tour, prends garde, / de te laisser abattre*. <<

[86] Dama romana esposa de Tarquino Colatino que, violada por Sexto, hijo de Tarquino el Soberbio, se dio muerte (en el año 509 a. de C.) delante de su padre y de su marido tras explicarles el ultraje de que había sido víctima. El hecho supuso la rebelión del pueblo, que acabó con la monarquía de Roma y estableció la República. <<

[87] Jean-Joseph Cassanéa de Mondonville (1711-1772), violinista y compositor francés, maestro de música de la capilla real y autor de varios grandes éxitos de música para escena y algún fracaso notorio, como la ópera *Thesée* escrita con Lully. <<

[88] Desde 1737, el título de duque d’Ayen se adjudicaba al primogénito del duque de Noailles. <<

[89] Tipo de cafetera de estaño o de cobre. Una de las pasiones de Luis XV era prepararse él mismo el café. <<

[90] La vaina del espantalobos está llena de aire y produce un ruido seco al abrirse. <<

[91] En griego, la ciudad de enfrente (de Niza). <<

[92] De origen irlandés, el conde Thomond dirigió los regimientos irlandeses que en la batalla de Fontenoy luchaban en nombre del rey de Francia. <<

[93] Horace Walpole (1717-1797), hijo del primer ministro de ese apellido y autor de la primera novela del género gótico, *El castillo de Otranto*. Además de otros títulos, dejó una voluminosa correspondencia; se conservan las cartas que le dirigió Mme. du Deffand, pero no las respuestas de Walpole, que ordenó su destrucción. <<

[94] Asilo inglés para locos; el novelista francés Charles Nodier lo convierte en escenario de parte de la trama de *El hada de las migajas*. <<

[95] Aunque existe una familia provenzal de ese apellido, los Chabert de Cogolin de Cuers, nada asegura que entre ellos hubiese un gobernador de la isla de Sainte-Marguerite, según Steinmetz. <<

[96] Estos dos términos designan el homenaje que, en la iglesia católica, se rinde a ángeles y a santos. <<

[97] Célebre dama francesa (1620-1705), cuyo salón fue frecuentado en la segunda mitad del siglo XVII por la aristocracia y las personalidades más importantes de su tiempo. <<

[98] Encarcelado en la fortaleza de Pigneron, en la isla Sainte-Marguerite y en la Bastilla, donde murió en 1703, este prisionero es protagonista de buena parte de la trama de una novela de Alexandre Dumas, *El conde de Montecristo*. <<

[99] Geógrafos o historiadores de la Antigüedad y de la época moderna. <<

[100] *Amélanchier*: arbusto de montaña de frutos negros comestibles. <<

[101] Arbusto de madera dura, especie de cerezo salvaje, utilizado como patrón de injerto para los cerezos cultivados. <<

[102] «El guía de los hebreos ha hecho potables las aguas amargas / Y su vara ha hecho surgir de la roca una fuente. / Mira cómo aquí salen las aguas del rígido mármol / y cómo una dulce onda fluye de una fuente artificial; / Honorat golpea la roca y las aguas salen abundantes, / y su varita iguala la obra de la vara de Moisés». <<

[103] Juegos de cartas: en la *baceta* juega la banca contra los jugadores; en el *hombre*, antiguo juego de origen español, los jugadores son tres. <<

[104] Insectos que atacan los vegetales y las casas. <<

[105] Nombre que recibe también el Espíritu Santo; en griego el término significa «defensor». <<

[106] Islote montañoso al norte del desierto de Libia, en la antigua Cirenaica. <<

[107] En irlandés, el Espíritu Santo. <<

[108] En irlandés, Dios Hijo. <<

[109] Debería ser *æterna*: Invierno eterno. <<

[110] Jeanne Marie Guyon de Quesnoy, de soltera Bouvier de la Motte (1648-1717), mística francesa, inspiradora de la doctrina quietista, conocida como Mme. Guyon. En 1695 fue encarcelada en Vincennes. <<

[111] El conde de Thunn, acusado de traición, pasó doce años encerrado en Vincennes, de 1703 a 1715. <<

[112] El eclesiástico Nicolás Lenglet Dufresnoy (1674-1755) publicó abundantes libelos sediciosos, además de una *Historia de Juana de Arco*. <<

[113] Claude-Prosper Jolyot de Crébillon (1707-1777), más conocido como Crébillon hijo, fue encerrado en Vincennes en 1734, a raíz de la aparición de su novela *L'Écumoire, ou Tanzaï et Néardané*, *histoire japonaise* (1734), ambientada en Japón, pero con claves de la corte francesa. <<

[114] Diderot fue detenido y encerrado en Vincennes en el otoño de 1749, durante tres meses. El pretexto fue la publicación de su *Carta sobre los ciegos*, donde demostraba la debilidad de ciertas pruebas sobre la existencia de Dios. <<

[115] Escritor francés, autor de unas *Mémoires* que sirven precisamente para estos pasajes carcelarios a Borel; estuvo preso en Vincennes de julio de 1749 a junio del año siguiente, fecha en la que se evadió. Fue encarcelado de nuevo en agosto de 1764, y volvió a evadirse en noviembre de 1765. <<

[116] Henri-Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau (1749-1791) fue político y escritor al que se deben algunas obras libres, escritas en la cárcel de Vincennes, donde fue encerrado por tres años y medio en 1777, y donde coincidió con su pariente el marqués de Sade, con el que sin embargo tenía poco que ver ideológicamente. <<

[117] Adulación astuta: Mme. Putifar tenía entonces cuarenta y dos años (Nota de Borel). <<

[118] Abel-Françoise Poisson (1721-1781), hermano de la marquesa de Pompadour. <<

[119] La marquesa de Pompadour murió al día siguiente, el 15 de abril de 1764.
<<

[120] Condado del sudoeste de Irlanda, en la provincia de Connaught. <<

[121] Para enfrentarse a la rapacidad de los *landlors* y del clero protestante, los campesinos irlandeses se unieron, en 1761-1762, en varias organizaciones secretas: los *White Boys*, que se distinguían por su camisa blanca: los *Steel Boys*, o muchachos de acero porque juraban que sólo pagarían sus tierras con el acero de sus cuchillos; los *Oak Boys*, o muchachos del roble, por llevar una ramita de ese árbol en sus sombreros. En 1782, los protestantes del Ulster crearon los *Peep-of-day*, o muchachos del amanecer, para organizar atentados violentos contra los católicos. <<

[122] Archipiélago situado frente a Marsella. <<

[123] Ismael era hijo de Abraham y de su esclava egipcia, Agar. Expulsada del hogar por Sara, la mujer oficial de Abraham, hubo de refugiarse en el desierto donde, a punto de morir, fue salvada por un enviado de Yahvé. <<

[124] Autor de unas coplillas satíricas contra la marquesa de Pompadour. <<

[125] Jean-Blaise Baloin de Blevesse, barón de Vennac, delator de oficio, que fue encerrado en Vincennes en 1757. <<

[126] El caballero de la Rocheguerault fue detenido en Amsterdam como presunto autor de un folleto contra la marquesa de Pompadour. <<

[127] Enguerrand de Marigny (1260-1315), superintendente de finanzas de Felipe el Bello, fue ahorcado tras un proceso urdido con ese fin contra él por Luis X. <<

[128] Isabel de Baviera (1371-1435), esposa de Carlos VI, fue famosa por sus costumbres libertinas, que sirvieron al marqués de Sade para su novela *Historia secreta de Isabel de Baviera*. <<

[129] Macizo montañoso de Tesalia, en Grecia, entre el mar Egeo y la orilla septentrional del golfo Pelásgico, llamado en la actualidad Plesidi. Los gigantes quisieron colocarlo sobre el Osa para escalar el Olimpo. <<

[130] Charles de Fournière, señor de Bernaville [*sic*], gobernador del torreón de Vincennes, donde el prisionero Jean Crônier le agredió con una piedra, y de la Bastilla en 1708: seis meses después de su llegada, consiguió escaparse un preso, el conde de Bucquoy, cuya historia refiere Gérard de Nerval en *Les Faux Saulniers*. <<

[131] Borel debía de conocer este epitafio, evidentemente alquímico, a través del *Non veau Voyage d'Italie*, de F. M. Misson. También lo cita Nerval en *Pandora et le comte de Saint-Germain*. <<

[132] Verdugo de París que se señaló durante la matanza de los Armagnac en 1418; al año siguiente fue decapitado. <<

[133] Leyenda medieval popularizada durante la Edad Media: Genoveva, hija del duque de Brabante y esposa de Sigfrido, conde palatino de Tréveris, fue acusada de adulterio por su propio intendente, el senescal Golo, a quien la había confiado su esposo y que había intentado seducirla. A su regreso de la guerra de Carlos Martel contra los árabes en el siglo VIII. Sigfrido la condenó a muerte tras las acusaciones falsas de Golo; pero, apiadados los servido res encargados de cumplir la sentencia, la abandonaron en un bosque, donde su hijo Benoni fue amamantado por una cierva. Muchos años después, durante una cacería, Sigfrido persigue a la cierva, que lo conduce hasta la caverna donde vive su esposa. Tras el triunfo de la inocencia de la mujer, Golo fue descuartizado. <<

[134] Alusión al río canadiense de ese nombre. Desde el tratado de París de 1763, Canadá pertenecía a la corona inglesa. <<

[135] La alusión en este pasaje a la poetisa griega debe entenderse por su valor literario, y no por la referencia habitual de la poetisa de Lesbos: sus costumbres homosexuales. <<

[136] General del ejército del rey de Asor, en el país de Canaán; según el relato bíblico, al ser derrotado por los israelitas se refugió en la tienda de una mujer llamada Jahel, que le dio muerte traspasándole la cabeza con un clavo, a martillazos. <<

[137] Alusión a la historia de José, hijo de Jacob, y la mujer del intendente real de Egipto, Putifar (Génesis, 39). <<

[138] Chrétien-Guillaume de Lamoignon de Malesherbes (1721-1794), ministro de Luis XVI, apoyó a los enciclopedistas, pero hubo de abandonar el poder ante las presiones de las clases privilegiadas. Póstumo apareció su libro *Pensées et Máximes* (1802), donde arremete contra las cartas selladas. <<

[139] De hecho, el 29 de febrero. <<

[140] Borel traza el recorrido de los encarcelamientos del marqués de Sade, salvo el de Chaufour; Sade conoció la prisión por primera vez en Saumur, en abril de 1768, en Pierre-Encise en mayo de 1768, en la Conciergerie en junio de 1768, en la fortaleza de Miolans de diciembre de 1772 a abril de 1773, de Vincennes en 1784, de la Bastilla y de Charenton donde ingresó en 1789. <<

[141] El 2 de julio de 1789, Sade, a quien se impedía pasear por el patio de la Bastilla, gritó, utilizando su orinal como altavoz, que dentro de la cárcel estaban degollando a los prisioneros y que la población debía liberarlos. Considerado un peligro, fue trasladado a Charenton dos días más tarde. <<

[142] Borel puede aludir a *Justine o las desgracias de la virtud* o a *La Nueva Justine, o las desgracias de la virtud seguida de Juliette*, por la que fue detenido en 1801 y encerrado en Sainte-Pélagie y de nuevo en Charenton, adonde llega el 9 de marzo de 1803 y de donde no saldrá hasta su muerte, el 2 de diciembre de 1814. <<

[143] Fue el barón de Bréteuil quien firmó la orden de traslado de los prisioneros de Vincennes a la Bastilla el 29 de febrero de 1784. <<

[144] Cortesana griega, mujer de Pericles, cuya casa frecuentaban filósofos, escritores y artistas. <<

[145] Alusión a *Lenore*, la balada más famosa del poeta alemán Gottfried August Bürger (1747-1794), muy apreciada por los románticos. Alcanzó un éxito inmediato y prodigioso con su evocación de espectros, pasiones brutales y cuadros sobrecogedores que tenían por temas decorativos la noche, la tempestad y la muerte. <<

[146] Revoltijo de tipos y criados descarados y granujas de la *commedia dell'arte*, pero sobre todo de personajes de Molière: Crispín y Sbrigani *(El señor de Pourceaugnac)*, Oronte (*El misántropo*), Mascarilla y Crísalo (*Las mujeres sabias*), Lucinda (*El amor médico*, *El médico a palos*), Dandín (*George Dandin*), Dorina (*El tartufo*), Sganarelle (*El médico a palos*, *Don Juan*), y Scapín (*Los enredos de Scapin*). <<

[147] Paul Thiry, barón de Holbach (1723-1789), filósofo y químico francés, de origen alemán; recibió en su castillo de Grandval a todos los enciclopedistas, cuyas empresas favoreció. Como filósofo, fue el mayor representante del pensamiento materialista de las Luces. En su principal obra, el *Sistema de la naturaleza*, abogó por el ateísmo radical. <<

[148] Mazeppa, hetmán de los cosacos, sorprendido en adulterio flagrante, fue untado de pez y atado desnudo sobre un caballo salvaje, que terminaría trasladándolo a Ucrania, Acogido por los campesinos italianos, se convertiría en jefe de su revuelta. Lord Byron dedicó a su aventura un poema célebre, y Victor Hugo lo convertiría en protagonista de una de sus *Orientales* (34). <<

[149] Alusión a Napoleón Bonaparte, a quien Borel hace responsable de millones de muertos en el prólogo de sus *Rapsodias*. <<

[150] Alusión a Luis Felipe y sus ministros, por los impuestos con que abrumaban a Francia. <<

[151] Personaje del romancero español, que le culpa de la pérdida de España, entregada por Rodrigo a los árabes. Borel conoce estos hechos y leyendas a través de los *Romances historiques* de Victor Hugo. En la página siguiente, pone en boca de Déborah ocho versos del *Romance de la derrota del rey Don Rodrigo* («Las huestes de don Rodrigo», vv. 43-50), adaptando el primero, «Ayer era rey de España», a la situación de la protagonista. <<

[152] En realidad, Orelio. <<

[153] Gelboé, montaña de la antigua Palestina, en la tribu de Isacar, célebre en la historia bíblica por la derrota y muerte de Saúl y de su hijo Jonatán en la batalla contra los filisteos, Su nombre actual es Yilbo. <<

[154] Frase irlandesa: «Oh señor, ten piedad de mí, pobre pecador». <<

[155] Thiers cita al señor d’Espréménil, pero no le atribuye el retruécano célebre: «No son estados [estadillos, de gastos], sino estados generales lo que necesitamos». <<

[156] En español en el texto, aunque Borel escribe: *Io soy que soy*. <<

[157] Personaje mitológico de genealogía discutida. Según la leyenda más difundida, fue reina de Lidia; tras realizar su duodécimo trabajo, Heracles fue vendido como esclavo por Hermes a Ónfale, de la que tuvo varios hijos. En Lidia realizó el héroe algunas hazañas por lo que la reina le devolvió la libertad. Durante su estancia en Lidia, se decía que Ónfale llevaba la piel de león, la clava y el arco, mientras Heracles había cambiado sus atributos por vestidos de mujer, collares, pulseras y tareas femeniles como el hilado o el cardado de la lana. <<

[158] Para los antiguos, en este cabo, ciudad y caverna de Laconia (Grecia), se hallaba situada la entrada de los Infiernos. <<

[159] Pasquín es el nombre de un sastre de Roma, famoso por los aforismos que soltaba, viniesen o no a cuento. Los romanos dieron su nombre a una estatua en la que se pegaban escritos satíricos. Y las réplicas a éstos se pegaban en otra estatua llamada Marforio. <<

[160] Durante el Antiguo Régimen, Francia dispuso de regimientos de esa nacionalidad. <<

[161] Para historiadores contemporáneos de ese período, las cifras son otras: por ejemplo, para Fernand Bournon, autor de *La Bastille. Histoire et description des bâtiments, administration, événements historiques* (1893), había noventa y cinco inválidos y treinta guardias, además de los administrativos y mandos superiores. <<

[162] Ataque militar nocturno; para reconocerse en la oscuridad, los que participaban en él se ponían una camisa blanca. <<

[163] Thuriot de la Rozière, diputado del distrito de Saint-Louis-la-Culture. <<

[164] Claude-Simonin de Monsigny, capitán de la guarnición de la Bastilla. El salvador de Monsigny se llamaba Aubin Bonnemère. <<

[165] Según la historia, dos suboficiales llamados Férand y Bécard. <<

[166] Según otras versiones, el alcaide dio la llave del puente levadizo al cabo Gaïard y al suboficial Perau, que abrieron la puerta y echaron el puente. <<

[167] Alusión a las jornadas de las «Tres Gloriosas», los días 27, 28 y 29 de julio, en las que parece que Borel participó. <<

[168] Uno de los nombres de Hércules, hijo de Alceo. <<

[169] Prisionero de la Bastilla desde 1788, trató de salvar la vida el 14 de julio de 1789 del mayor de Losme. <<

[170] Medida rusa, equivalente a 1,067 metros. <<

[171] Aunque este tipo de grito se adjudica a la cigüeña. <<

[172] Reina de las Amazonas, a la que dio muerte Aquiles durante la guerra de Troya. <<

[173] Ethys de Corny, procurador del rey y de la ciudad, se puso al frente, en la mañana del 14 de julio de 1789, del ataque a los Inválidos; por la tarde encabezó una diputación enviada al Ayuntamiento para exigir al alcaide de la Bastilla que abriese las puertas de la cárcel. <<

[174] Tabarín es el nombre de una *troupe* de tres cómicos instalados en París en 1618, y que rápidamente conoció gran éxito; el más conocido de los tres se llamaba Jean Salomon (1584-1633), y era un charlatán que representaba pequeñas farsas por calles y plazas; triunfó con su papel de criado taimado cuya capa, transformable en saco, fue uno de los *lazzi* más utilizados de la comedia italiana e incluso de la francesa; lo recuerda Molière, por ejemplo en *Los enredos de Scapin*. Tabarín se convirtió en personaje de distintas obras románticas. <<

[175] «Sed bienvenidos, señores, a Elsinor», *Hamlet*, II, ii. <<